Bodleian Libraries
UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

~~UNS. 164 J. 1.~~

Vet. Span III. B. 89

~~UNS. 164 J. 1.~~

TAYLOR INSTITUTION

DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

Vet. Span III. B. 89

LA DESHEREDADA

Es propiedad. Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello del periódico *La Guirnalda*.

Imprenta y Litografía de *La Guirnalda*, Pozas 12, Madrid.

LA

DESHEREDADA

POR

B. PEREZ GALDÓS

MADRID
Administracion de La Guirnalda y Episodios Nacionales
Calle del Barco, 2 duplicado

UNS.

OBRAS DE B. PEREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

I.—Doña Perfecta (3.ª *edicion*).
II.—Gloria (dos tomos) (2.ª *edicion*).
III.—Marianela (3.ª *edicion*).
IV.—La familia de Leon Roch (tres tomos) (2.ª *edicion*).

DOS PESETAS TOMO EN TODA ESPAÑA

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SÉRIE

I.—Trafalgar (3.ª *edicion*).
II.—La córte de Cárlos IV (3.ª *edicion*).
III.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.ª *edicion*).
IV.—Bailén (2.ª *edicion*).
V.—Napoleon en Chamartin (2.ª *edicion*).
VI.—Zaragoza (2.ª *edicion*).
VII.—Gerona (2.ª *edicion*).
VIII.—Cádiz (2.ª *edicion*).
IX.—Juan Martin el Empecinado (2.ª *edicion*).
X.—La batalla de los Arapiles (2.ª *edicion*).

SEGUNDA SÉRIE

I.—El equipaje del Rey José.
II.—Memorias de un Cortesano de 1815.
III.—La segunda casaca.
IV.—El Grande Oriente.
V.—7 de Julio.
VI.—Los cien mil hijos de San Luis.
VII.—El Terror de 1824.
VIII.—Un voluntario realista.
IX.—Los Apostólicos.
X.—Un faccioso más y algunos frailes ménos.

PRECIO DE CADA TOMO

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

LA
FONTANA DE ORO
(1820-1823)
Un volúmen en 8.° *de* 400 *páginas.*

EL AUDAZ
HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO
(1804)
Un volúmen en 4.° *de* 336 *páginas.*

2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la Administracion de LA GUIRNALDA Y EPISODIOS NACIONALES, calle del Barco, núm. 2 duplicado, Madrid.

TAYLOR INSTITUTION UNIVERSITY OF OXFORD 1960 LIBRARY

Saliendo á relucir aquí, sin saber como ni por qué, algunas dolencias sociales, nacidas de la falta de nutricion y del poco uso que se viene haciendo de los benéficos reconstituyentes llamados *Aritmética, Lógica, Moral* y *Sentido Comun*, convendria dedicar estas páginas... ¿á quién? ¿al infeliz paciente, á los curanderos y droguistas que, llamándose filósofos y políticos, le recetan uno y otro día?... No, las dedico á los que son ó deben ser sus verdaderos médicos; á los maestros de escuela.

B. P. G.

Madrid Enero de 1881.

PERSONAJES DE ESTA PRIMERA PARTE.

Isidora Rufete, protagonista.
Mariano Rufete, su hermano.
La Sanguijuelera, tia.
Augusto Miquis, estudiante de Medicina.
Joaquin Pez, marqués viudo de **Saldeoro,** hijo de
D. Manuel José del Pez, Director general en el Ministerio de Hacienda.
D. José de Relimpio y Sastre, espejo de los vagos.
Doña Laura, su esposa.
Melchor de Relimpio.
Emilia..... } hijos.
Leonor.....
La Marquesa de Aransis.
El Majito, niño.
Zarapicos y Gonzalete, pícaros.
Tomás Rufete.
El señor de Canencia.
Matías Alonso, conserje de la casa de Aransis.
Un concejal.
Un comisario de Beneficencia.
Mi tio el Canónigo, (que no sale.)

Hombres y mujeres del pueblo, niños, Peces de ambos sexos, criados, guardias civiles, etc.

La escena es en Madrid y empieza en la primavera de 1872.

LA DESHEREDADA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.

Final de otra novela.

I

"...¿Se han reunido todos los ministros?... ¿Puede empezar el consejo?... ¡El coche, el coche, ó no llegaré á tiempo al Senado!... Esta vida es intolerable... ¡Y el país, ese bendito mónstruo con cabeza de barbárie y cola de ingratitud, no sabe apreciar nuestra abnegacion, y paga nuestros sacrificios con injurias, y se regocija de vernos humillados! Pero ya te arreglaré yo, país de las monas. ¿Cómo te llamas? Te llamas *Envidiópolis*, la ciudad sin alturas; y como eres puro suelo, simpatizas con todo lo que cae... ¿Cuánto va? Diez millones, veinte y cuatro millones, ciento sesenta y siete millones, doscientos treinta y tres mil cuatrocientas doce pesetas con setenta y cinco céntimos... esa es la cantidad. Ya no te me olvidarás, pícara; ya te pillé, ya no te me escapas, ¡oh cantidad temblorosa, escurridiza é inaprehensible, como una gota de mercurio! Aquí te tengo

dentro del puño, y para que no te vuelvas á marchar, jugando, al cáos del olvido, te pongo en esta gaveta de mi cerebro donde dice: *Subvencion personal*... Permítame Su Señoría que me admire de la despreocupacion con que Su Señoría y los amigos de Su Señoría confiesan haber infringido la Constitucion... No me importan los murmullos. ¡Mandaré despejar las tribunas!... ¡A votar, á votar! ¿Votos á mí? ¿Quereis saber con qué poderes gobierno? Ahí los teneis: se cargan por la culata. Hé aquí mis votos: me los ha fabricado Krupp... ¿Pero qué ruido es este?... ¿Quién corretea en mi cerebro? ¡Eh! quién anda arriba?... Ya, ya; es la gota de mercurio que se ha salido de su gaveta...„

El que de tal modo habla (si merece nombre de lenguaje esta expresion atropellada y difusa, en la cual los retazos de oraciones corresponden al espantoso fraccionamiento de ideas) es uno de esos hombres que han llegado á perder la normalidad de la fisonomía, y con ella la inscripcion aproximada de la edad. ¿Hállase en el punto central de la vida ó en miserable decrepitud? La movilidad de sus facciones y el llamear de sus ojos ¿anuncian exaltado ingénio ó desconsoladora imbecilidad? No es fácil decirlo, ni el espectador, oyéndole y viéndole, sabe decidirse entre la compasion y la risa. Tiene la cabeza casi totalmente exhausta de pelo, la barba escasa, entrecana y afeitada á trozos, como un prado á medio segar. El lábio superior, demasiado largo y caido, parece haber crecido y ablandádose recientemente, y no cesa de agitarse con nerviosos temblores, que dan á su boca cierta semejanza con el gracioso hocico del conejo royendo berzas. Es pálido su rostro, la piel papirácea, las piernas flacas, la estatura corta, ligeramente corva la espalda. Su voz sonora regalaría el oido si su palabra no fuera un compuesto atronador de todas las maneras posibles de reir, de todas las maneras posibles de incre-

par, de los tonos todos del enfático discurso y del plañidero sermon.

Acércase á él un señor sério y bondadoso, pónele la mano en el hombro con blandura y cariño, le toma el pulso, lee brevemente en su extraviada fisonomía, en sus negras pupilas, en el colgante lábio, y volviéndose á un jóven que le acompaña, dice á éste:

"Bromuro potásico, doble dósis."

Sigue adelante el médico, y el paciente toma de nuevo su tono oratorio, tratando de convencer al tronco de un árbol. Porque la escena pasa en un gran patio cuadrilongo, cerrado por altos muros sin resalto ni relieve alguno que puedan facilitar la evasion. Arboles no muy grandes, plantados en fila, tristes y con poca salud, si bien con muchos pájaros, dejan caer uniformes discos de sombra sobre el suelo de arena, sin una hoja, sin una piedra, sin un guijarro, llano y correcto cual una alfombra de polvo. Como treinta indivíduos vagan por aquel triste espacio, los unos lentos y rígidos como espectros, los otros precipitados y jadeantes. Este da vueltas alrededor de dos árboles, trazando con su paso infinitos ochos, sin cesar de mover brazos, manos y dedos, fatigadísimo sin sudar y balbuciente sin decir nada, rugoso el ceño, huyendo con indecible zozobra de un perseguidor imaginario. Aquel, arrojado en tierra, aplica la oreja al polvo para oir hablar á los antípodas, y su cara de idiota, plantada en el suelo, es como un amarillo melon que se rie. Un tercero canta en voz alta, mostrando un papel ó estado sinóptico de los ejércitos europeos, con division de armas y los respectivos soberanos ó jefes, todo lo cual debe ser puesto en música.

El médico va de uno á otro, interrogándoles, contemporizando graciosamente con las manías de ellos, sin dejar de hacer objeciones discretas á cada una. Ya se detiene á

echar un párrafo con aquel, de rostro estúpido, que lleva el pecho cargado de medallas, escapularios y amuletos; ya habla rápidamente con un viejecillo encanijado y risueño que, paseándose solo y tranquilo junto al muro, con un mugriento kempis en la mano, parece filósofo anacoreta ó Diógenes cristiano, por el abandono de su traje y la uncion bondadosa de su fisonomía. Es un sacerdote que tuvo mucho seso. Está meditando ahora la carta que ha de dirigir al Papa en este dia, siguiendo una costumbre que se repite infaliblemente en los trescientos sesenta y cinco de cada año, y ya lleva veinte de encierro. Estrecha con mucho afecto la mano del doctor, échale unos cuantos latines muy bien encajados en la conversacion, y por último pregunta si ha sido echada al correo su epístola del dia anterior, á lo que contesta el médico que sí, y que forzosamente Su Santidad anda muy distraido en Roma, cuando no se digna contestar á comunicaciones de tanta importancia.

Vuelve el médico hácia donde está el que en los primeros renglones hemos descrito, y antes de llegar á él dice al practicante:

"Este desgraciado Rufete va á pasar á *Pobres*, porque hace tres meses que su familia no paga la pension de segunda. El no se dará cuenta del cambio de situacion. Si se exacerba esta tarde será preciso encerrarle."

Poniéndole la mano en el hombro, el facultativo dice á Rufete:

"Basta, basta ya de violencias. Ya hemos dicho que seremos amigos, siempre que usted no se me salga de las vías legales... El país le hará justicia... Calma, serenidad. Si pudiera usted dejar el poder por unos cuantos meses, ¡qué bien nos vendria á los dos! Nos dedicaríamos á curar radicalmente ese constipado...

—No es constipado,—replica Rufete con prontitud, describiendo arcos con la cabeza.—Es una gota de mercurio... Anda rodando y escurriéndose... Ahora está aquí, en la sien derecha... Ahora corre y pasa á la sien izquierda... Son ciento sesenta y siete millones, doscientas...

—Ya, ya sé... Yo quisiera que no se ocupase usted más de esa cantidad, puesto que está segura.

—No, no está segura,—dice Rufete, demostrando terror. —No sabe usted qué guerra me hacen esos pillos. No me pueden ver. Pero yo gozo con sus infamias. Cuando un verdadero génio se empeña en subir á la gloria, la envidia le proporciona escaleras. Déme usted una envidia tan grande como una montaña y le doy á usted una reputacion más grande que el mundo... Adios, me voy al Congreso. ¿No sabe usted que se han sublevado los maceros?... Abur, abur.

El médico hace á su compañero la expresiva seña de *no tiene remedio*, y pasa adelante.

II

No consta si fué aquel dia ó el siguiente cuando trasladaron al infeliz Rufete desde el departamento de pensionistas al de pobres. En el primero habia tenido ciertas ventajas de alimento, comodidad, luz, recreo; en el segundo disfrutàba de un patio estrecho é insano, de un camastron, de un rancho. ¡Ay! Cualquiera que despertára súbitamente á la razon y se encontrase en el departamento de pobres, entre aquella lastimosa turba de séres, que sólo tienen de humano la figura, y se viera en un corral más propio para gallinas que para enfermos, volvería segura-

mente á caer en demencia, con la monomanía de ser bestia dañina. En aquellos locales primitivos, apenas tocados aún por la administracion reformista, en aquel largo pasillo, formado por larga fila de jaulas, en aquel patio de tierra, donde se revuelcan los imbéciles y hacen piruetas los exaltados, allí, allí es donde se ve todo el horror de esa seccion espantosa de la Beneficencia, en que se reunen la caridad cristiana y la defensa social, estableciendo una lúgubre fortaleza llamada manicomio, que juntamente es hospital y presidio! ¡Allí es donde el sano siente que su sangre se hiela y que su espíritu se anonada, viendo aquella parte de la humanidad aprisionada por enferma, observando cómo los locos refinan su locura con el mútuo ejemplo, cómo perfeccionan sus manías, cómo se adiestran en aquel arte horroroso de hacer lo contrario de lo que el buen sentido ordena! Si en unos la afaxia excluye toda clase de dolor, en otros la superficie alborotada de su sér manifiesta indecibles tormentos... ¡Y considerar que aquella triste colonia no representa otra cosa que la exageracion ó el extremo irritativo de nuestras múltiples particularidades morales ó intelectuales...! Que todos, cuál más, cuál ménos, tenemos la inspiracion, el estro de los disparates, y á poco que nos descuidemos entramos de lleno en los sombríos dominios de la ciencia alienista! Porque no, no son tan grandes las diferencias. Las ideas de estos desgraciados son nuestras ideas, pero desengarzadas, sueltas, sacadas de la misteriosa hebra que gallardamente las enfila. Estos pobres orates somos nosotros mismos que dormimos anoche nuestro pensamiento en la variedad esplendente de todas las ideas posibles, y hoy por la mañana le despertamos en la aridez de una sola. ¡Oh! Leganés, si quisieran representarte en una ciudad teórica, á semejanza de las que antaño trazaban filósofos, santos y estampistas, para

expresar un plan moral ó religioso, no, no habrá arquitectos ni fisiólogos que se atrevan á marcar con segura mano tus hospitalarias paredes. "Hay muchos cuerdos que son locos razonables." Esta sentencia es de Rufete.

El cual no se dió cuenta de aquella brusca caida desde las grandezas de pensionista á la humildad de asilado. El patio es estrecho. Se codean demasiado los enfermos, simulando á veces la existencia de un bendito sentimiento que rarísima vez habita en los manicomios, la amistad. Aquello parece á veces una bolsa de contratacion de manías. Hay demanda y oferta de desatinos. Se miran sin verse. Cada cual está bastante ocupado consigo mismo para cuidarse de los demás. El egoismo ha llegado aquí á su grado máximo. Los imbéciles yacen por el suelo. Parece que están pastando. Algunos exaltados cantan en un rincon. Hay grupos que se forman y se deshacen, porque si no amistad, hay allí misteriosas simpatías y antipatías que en un momento nacen y mueren.

Dos loqueros graves, membrudos, aburridos de su oficio, se pasean atentos como polizontes que espian el crímen. Son los inquisidores del disparate. No hay compasion en sus rostros, ni blandura en sus manos, ni caridad en sus almas, porque de todos cuantos funcionarios ha podido inventar la tutela del Estado ninguno es tan antipático como el domador de locos. Carcelero y enfermero, es una máquina muscular que ha de constreñir en sus brazos de hierro al rebelde y al furioso; tutea á los enfermos, les da de comer sin cariño, les acogota si es menester, vive siempre prevenido contra los ataques, carga como costales á los imbéciles, viste á los impedidos; sería un santo si no fuera un bruto. El dia en que la ley haga desaparecer al verdugo, será un dia grande si al mismo tiempo la caridad hace desaparecer al loquero.

Rufete huía maquinalmente de los loqueros, como si realmente les odiara. Aquellos mal humorados funcionarios eran para él la oposicion, la minoría, la prensa, eran tambien el país que le vigilaba, le pedia cuentas le preguntaba por el comercio abatido, por la industria en mantillas, por la agricultura rutinaria y pobre, por el crédito muerto. Pero ya le pondria él las peras á cuarto al señor país, representado en aquellos dos señores tan tiesos que en todo querian meterse, que todo lo querian saber, como si él, el eminentísimo Rufete, estuviera en tan alta posicion para dar gusto á tales espantajos. Le miraban atentos, y con sus ojos investigadores le decian: "Somos la envidia que te mancha para bruñirte y te arrastra para encumbrarte."

Todos los habitantes del corral tienen su sitio de preferencia. Esta atraccion de un trozo de pared, de un ángulo, ó una mancha de sombra es un resto de la simpatía local que aquellos infelices llevan á la region de tinieblas en que vive su espíritu. Constantemente se agitaba Rufete en un ángulo del patio, tribuna de sus discursos, trono de su poder. La pared remedaba las murallas egipcias porque el yeso, cayéndose, y la lluvia, manchando, habian bosquejado allí mil figuras faraónicas.

Cuando Rufete se cansaba de andar, sentábase. Tenia mucho que hacer, despachar mil asuntos, oir á una turba de secretarios, generales, arzobispos, archipámpanos, y despues... ah! despues tenía que echar miles de firmas, millones, billones, cuatrillones de firmas. Se sentaba en el suelo, cruzaba los brazos sobre las rodillas, hundia la cara entre las manos y así pasaba algunas horas oyendo el sordo incesante resbalar del mercurio dentro de su cabeza. En aquella situacion el infeliz estaba contando los ciento sesenta y siete millones de pesetas. Esto era fácil, sí, muy fácil; lo terrible era el pico de aquella suma. ¿Por qué se

escapaban las cifras, huyendo y desapareciendo en menudas partículas del metal líquido por los intersticios del tul del pensamiento? Era preciso pensar fuerte y espesar la tela, para poder coger aquellas 233.412 pesetas, con sus graciosas crias los 75 céntimos.

Los vestidos de este sugeto sin ventura eran puramente teóricos. Habia sobre sus miserables y secas carnes algunas formas de tela que respondian en principio á la idea de camisa, de levita, de pantalon; pero más era por los pedazos que faltaban que por los pedazos que subsistian. Hacia tanto tiempo que su familia no le llevaba ropa!... Ultimamente le pusieron una blusa azul. Pero una mañana se comió la mitad. Era el más indócil y el peor educado de todos los habitantes de la casa. No obstante, sobre aquellos harapos se ponia todos los dias una corbata no mala, liándosela con arte y esmero delante de la pared, hecha espejo de un golpe de imaginacion. Aquel dogal negro sobre la carne desnuda del estirado cuello impedíale á veces los movimientos; pero llevaba con paciencia la molestia en gracia del bien parecer.

Cuando anochecia ó cuando el tiempo estaba malo, Rufete era el último que dejaba el patio. Comunmente los loqueros se veian en el caso de llevarle á la fuerza. Dormia en una sala baja, húmeda, con rejas á un largo pasillo, el cual las tenia á la huerta. Desde los duros camastros veíase la espesura del arbolado; pero la alegría de su intenso verdor llegaba á los ojos de los orates, á causa de las rejas dobles, mermada ó casi perdida, con un efecto de país bordado en cañamazo. En el dormitorio no cesaban, ni áun á horas avanzadas, los cantos y gritos. Las tinieblas eran para la mayor parte de ellos lo mismo que el claro dia. Algunos dormian despiertos. Oíase desde la sala la murmuracion del chorro de una fuente, la cual con tal cons-

tancia estimulaba el oido, que Rufete se pasaba horas enteras en conversacion tirada con el agua charlatana en estos ó parecidos términos: "En todo lo que Su Señoría me dice, señor chorro, hay mucha parte de razon y mucho que no puede admitirse. Subí al poder empujado por el país que me llamaba, que me necesitaba. El primer escalon fué mi mérito, el segundo mi resolucion, el tercero la lisonja, el cuarto la envidia... ¿Pero qué habla usted de convenios reservados, de pactos deshonrosos? Cállese usted, tenga usted la bondad de callarse, le ruego, le mando á usted que se calle."

Y colérico se abalanzaba á la reja, ponia el oido, hacia señales de conformidad ó denegacion, oprimia los barrotes. La fluida elocuencia del chorro no tenia fin jamás. Era como uno de esos oradores incansables que siempre están hablando de sí mismos. La aurora le encontraba engolfado en la misma tésis y á Rufete diciendo con espantosa jovialidad: "No me convence, no me convence Su Señoría."

¡La aurora! áun en una casa de locos es alegre; áun allí son hermosos aquel risueño abrir-de-ojos del dia y la primera mirada que cielo y tierra, árboles y casas, montes y valles se dirigen! Los pájaros madrugadores gorjean allí lo mismo que en las alamedas del Retiro sobre las parejas de novios; el sol, padre de toda belleza, esparce por allí los mismos prodigios de forma y color que en las aldeas y ciudades, y el propio airecillo picante que menea los árboles, que orea el campo, que estimula á los hombres al trabajo y lleva á todas partes la alegría, el buen apetito, la sazon y la salud, derrama tambien por todas las zonas del establecimiento su soplo vivificador. Las flores se abren, las moscas emprenden sus infinitos giros, las palomas se lanzan á sus remotos viajes atmosféricos; arriba y abajo

cada cual cede al impulso excitante segun su naturaleza. Los locos salen de los cuartos ó dormitorios con sus fieros instintos poderosamente estimulados. Redoblan en aquella hora del despertamiento general, sus acostumbrados dislates, hablan más alto, rien más fuerte, se arrastran y se embrutecen más; algunos rezan, otros se admiran de que el sol haya salido de noche, aquel responde al lejano canto del gallo, éste saluda al loquero con la urbanidad más refinada; quien pide papel y tinta para escribir la carta, ¡la indispensable carta del dia!; quien se lanza á la carrera, huyendo de un perseguidor que aparece montado en el caballo del dia, y todo aquel carnavalesco mundo comienza con brio su ordinaria existencia.

La numerosa servidumbre de la casa empieza la faena de limpieza, y estrépito de escobazos corre por salas y pasillos confundiéndose con el sacudir de ropas, el arrastrar de muebles. La campana de la capilla toca á misa, el Director administrativo sale de su despacho á inspeccionar los servicios, y las hermanas de la caridad, alma y sosten del asilo por estar encargadas de su régimen doméstico, van y vienen con la actividad de madres de familia. Sus faldas azules azotadas por enorme rosario, sus blancas tocas aladas, respetables y respetadas en todo el mundo como una enseña de paz, se ven por todas partes, entre el verdor de la huerta, entre los estantes de la botica, en la enorme cocina cuyos hogares de hierro vomitan lumbre; en la despensa llena de víveres; en el lavadero, donde ya saltan los chorros de agua; en el alto secadero que domina la huerta, y en el patio de mujeres, en la region de las locas, que es el departamento del trabajo más penoso y de las dificultades más terribles.

¡Las locas! Estamos en el lugar espeluznante de aquel Limbo enmascarado de mundo. Los hombres inspiran lás-

tima y terror; las hijas de Eva inspiran sentitimientos de difícil determinacion. Su locura es por lo general más pacífica que en nosotros, excepto en ciertos casos patológicos exclusivamente propios de su sexo. Su patio, defendido en la parte del sol por esteras, es un gallinero donde cacarean hasta veinte ó treinta hembras con murmullo de coquetería, de celos, de chismografía frívola y desacorde que no tiene fin, ni principio, ni términos claros, ni pausa, ni variedad. Oyese desde lejos, cual disputa de cotorras en la soledad de un bosque. Pero las hay tambien juiciosas. Algunas pensionistas, tratadas con esmero, están tranquilas y calladas en una habitacion clara y limpia, ocupándose en coser, bajo la vigilancia y direccion de dos hermanas de la Caridad. Algunas se decoran con guirnaldas de trapo ó de flores secas, otras con plumas de gallina. Sonrien con estupidez ó clavan en el visitante extraviados ojazos.

Tambien la *hermosa mitad* tiene sus jaulas de dobles rejas. No serian mujeres si no necesitaran alguna vez estar bajo llave. Es frecuente ver dos manos flacas y nerviosas asidas á una reja, y oir la voz ronca de una desgraciada que pide le devuelvan los hijos que nunca ha tenido. Hay una que corre por pasillos y salas buscando *su propia persona.*

Volvamos al patio de hombres pobres. Aquel dia faltaba en él Rufete. Creeríase que habia crísis. Poco despues de amanecer, se dirigió al loquero y le dijo: "Hoy no estoy para nadie, absolutamente para nadie." Despues cayó en un marasmo profundo. Enmudeció. El chorro de la fuente preguntaba por él y ninguno de los asilados allí presentes, sabia darle razon.

Le llevaron á la enfermería. El médico mandó que le dieran una ducha, y fué llevado en brazos á la Inquisicion de agua. Es un pequeño balneario, sábiamen-

te construido, donde hay diversos aparatos de tormento. Allí dan lanzazos en los costados, azotes en la espalda, barrenos en la cabeza, todo con mangas y tubos de agua. Esta tiene presion formidable, y sus golpes y embestidas son verdaderamente feroces. Los chorros afilados, ó en láminas, ó divididos en hilos penetrantes como agujas de hielo, atacan encarnizados con el áspero chirrido del acero; Rufete, que ya conocia el lugar y la maquinaria, se defendió con fiero instinto. Le embrazaron, oprimiéndole en fuerte anilla horizontal de hierro sujeta á la pared, y allí, sin defensa posible, desnudo, recibió la acometida. Poco despues yacia aletargado en una cama con visibles apariencias de bienestar. Al fin durmió profundamente.

III.

A la misma hora que esto pasaba, una jóven llegó á la puerta del establecimiento. Queria ver al Sr. Director, al señor facultativo, queria ver á un enfermo, á su señor padre, á un tal D. Tomás Rufete; queria entrar aunque se lo vedaran; queria hablar con el señor capellan, con las hermanas, con los loqueros; queria ver el establecimiento; queria entregar una cosa; queria decir otra cosa... Estos múltiples deseos, que se encerraban en uno solo, fueron expresados atropelladamente y con turbacion por la muchacha, que era más que medianamente bonita, no por cierto muy bien vestida ni con gran esmero calzada. Temblaba al hacer sus preguntas y ponia extraordinario ardor en la expresion de su deseo. Sus ojos expresivos habian llorado y áun parece que lloraban algo todavía. Sus manos algo bastas, sin duda á causa del trabajo, oprimian un lio

de ropa semi-nueva, mal envuelta en un pañuelo rojo. Rojo era tambien el que ella en su cabeza llevaba, descuidadamente liado debajo de la barba á estilo de Madrid. ¿Qué era aquello que la cubria? ¿Sotana, manton, gaban de hombre? No: era una prenda híbrida, un arreglo del ruso al español, un cubre-persona de corte no muy conforme con el usual patron. Ello es que su pañuelo rojo, sus lágrimas acabadas de secar, su gaban raido y de muy difícil calificacion en indumentaria, su agraciado rostro, su ademan de resignacion, sus botas mayores que los piés y ya entradas en dias, inspiraban lástima.

No le fué difícil llegar al despacho del señor Director. Al verle y darse á conocer y preguntar por el Sr. Rufete, se le vinieron tantas lágrimas á los ojos, y la garganta se le obstruyó de tal modo que tuvo que callarse. El Director, hombre compasivo, la mandó sentar, rogándole que se calmase.

"Hace tres meses que no se ha pasado la pension,—dijo ella al cabo, metiendo la mano en alguna parte de su extraña vestimenta.

Porque el gaban tenia un bolsillo hondo. Su autora habia sido pródiga en esto, presumiendo tener mucho que guardar. De aquel pozo de tela sacó un paquete de papel que parecia contener dinero.

"Luego, luego veremos,—dijo el director resistiéndose á tomar la suma.—¡Ah! tambien trae usted ropa? Veo que no se descuida usted... Está bien, bien. El pobre D. Tomás tenia ya mucha falta... Déjelo usted ahí. Luego... Siéntese usted y descanse.

—¿Pero no le veré ahora mismo?—preguntó ella con ansiedad.

—No es fácil, no es fácil. Ya sabe usted que se excitan mucho al ver á las personas de su familia. Precisamente el

pobre Sr. Rufete está sufriendo ahora una crisis bastante peligrosa.

La del ruso cruzó las manos, y miró al techo.

"El señor facultativo está haciendo ahora la visita... Le hablaremos, veremos lo que dice. Si él consiente... Pero no lo consentirá. No conviene que usted vea á su señor padre ahora. Más tarde... Siéntese usted, tranquilícese usted. Ya, ya recuerdo cuando vino usted con él hace bastante tiempo. Usted se llama...

—Isidora para servir á usted... ¡Pobrecito papá!—Si no me le dejan ver, dígale usted que estoy aquí, que está aquí su Isidorita, que viene á darle un beso, que mañana traeré á Mariano, mi hermanito... ¡Ah Dios mio! pero él no entenderá, no entenderá nada. ¡Pobre hombre! ¿Y no hay esperanzas de que vuelva á la razon?

El Director hizo signos de cabeza y boca sumamente desconsoladores. Parecia empeñado en quitar toda esperanza. Isidora, que estaba rendida de cansancio, se sentó en un banco. Habiéndole recomendado con frases convencionales, si bien generosas la resignacion y una tranquilidad que era imposible, el Director salió.

No se quedó sola en el despacho la jóven. En un ángulo de este habia una mesa de escribir. Sentado trás ella con la espalda á la pared, un hombre escribia, fija la vista en el papel, trazando con seguro pulso esos hermosos caractéres redondos y claros de la caligrafía española. La mesa estaba llena de papeles que parecian estados, listas de nombres, cuentas con infinitas baterías de números. Un alto estante repleto de papeles y libros rayados indicaba que aquel buen señor de pluma y suma ayudaba al director, cuya mesa no distaba mucho, en la difícil administracion del Establecimiento. Era el tipo del funcionario antiguo, del ya fenecido covachuelista, conservado allí

cual muestra del metódico, rutinario y honradísimo personal de nuestra primitiva burocracia. Era de edad provecta, pequeño, arrugadito, bastante moreno y totalmente afeitado como un cura. Cubria su cabeza con un bonetillo circular, ni muy nuevo ni muy raido, contemporáneo de los manguitos verdes, atados á sus codos. Escribia con trazos tan seguros, uniformes y ordenados que parecia escribientil máquina. Sin alzar los ojos del papel estiraba de rato en rato toda la piel de la boca, mostraba los dientes blancos finos y claros, y por entre los huecos de ellos sorbia una gran porcion de aire. Isidora, harto ocupada de su dolor, no hacia caso del anciano escribiente; pero éste no cesaba de echar ojeadas oblícuas á la jóven como buscando un motivo de entablar conversacion. Siendo al fin más fuerte que su timidez su apetito de charlar, rompió el silencio de esta manera:

"¿Señorita, se cansa usted de esperar?... Todo sea por Dios. No hay más remedio que conformarse con su santa voluntad.

A Isidora (por qué ocultarlo?) le gustó que la llamaran señorita. Pero como su ánimo no estaba para vanidades, fijó toda su atencion en las palabras consoladoras que habia oido, contestando á ellas con una mirada y un hondisímo suspiro.

"Esta casa,—añadió el amanuense dando á conocer mejor su voz melodiosa y dulce, que llegaba al alma,—no es una casa de divertimiento; es un asilo triste y fúnebre, señorita. Yo me hago cargo, sí, señorita, me hago cargo de su dolor de usted...

Y se envasó en el cuerpo, aspirándola por entre los dientes, otra gran cantidad de aire. Jugaba graciosamente con la pluma, y mojándola y sacudiéndola á golpecitos metódicos, prosiguió así:

"Pero no debe esperarse de este pícaro mundo otra cosa que penas, ¡ay!... penas y amarguras. Usted es jóven, usted es una niña, y todavía... vamos, todavía no conoce más que las flores que suelen adornar al principio los bordes del camino; pero cuando usted ande más, más...

Isidora dió otro suspiro. Grandísimo consuelo le infundian las palabras sensatas y filosóficas de aquel bondadoso sugeto, á quien desde entónces tuvo por sacerdote.

"¿Es usted... *por casualidad* sacerdote?—le preguntó con timidez.

—No señora,—repuso el otro escribiendo un poco.—Soy seglar. Hace treinta y dos años que trabajo en esta oficina. Pero volviendo al asunto, el mundo, señorita, es un valle de lágrimas. Váyase usted acostumbrando á esta idea. Afortunadamente hemos nacido y vivimos en el seno de la religion verdadera, y sabemos que hay un *más allá*, sabemos que en ese *más allá*, señorita, nos aguarda el premio de nuestros afanes, sabemos que hemos de volver á ver á los que hemos perdido...

El anciano se conmovió un poco é Isidora tanto que volvieron á salir lágrimas de sus ojos. Llevándose á ellos la punta del pañuelo rojo, exclamó:

"¡Mi pobre enfermo!...

—¡Ah!... ¡qué bello es el dolor de una hija!—dijo el bebedor de aire soltando resueltamente la pluma,—¡cuán meritorio á los ojos de Aquel que todo lo ve, que todo lo pesa, que da á cada uno lo suyo!... Llore usted, llore usted; no seré yo quien trate de combatir su pena con consuelos triviales. Lo único que le diré es que la religion y el tiempo la curarán de este mal, la religion elevando su espíritu y haciéndole ver una segunda vida de premio y descanso donde los que hemos llorado seremos consolados, donde los que tuvimos hambre y sed de justicia, seremos

hartos; el tiempo pasando su mano suave, suave, por estas nuestras heridas y cerrándolas poco á poco. Usted es aún muy jóven. Puede ser que el Señor le reserve aquí en la tierra algo de lo que, por no tener otra palabra, llamamos felicidades; usted será esposa de algun hombre honrado, madre de familia, dignísima abuela...

Acababa de liar un cigarrillo, y con mucha finura dijo así: "¿le molesta á usted el humo del tabaco?

—¡Oh! no señor, no señor.

—Más cómodamente estará usted en el sillon, que en ese banco.—¿Por qué no se sienta usted allí?

—No señor; muchas gracias. Aquí estoy bien.

Isidora estaba encantada. La discreta palabra de aquel buen señor, realzada por un metal de voz muy dulce, su urbanidad sin tacha, un no sé qué de tierno, paternal y simpático que en su semblante habia, cautivaban á la dolorida jóven, inspirándole tanta admiracion como gratitud. El ancianito la miraba como para inundarla, digámoslo así, con las corrientes de bondad que afluian de sus ojos. Habia en su mirar tanta compasion, un interés tan puro y cristiano que la pobre jóven se felicitó interiormente de aquella amistad que le deparaba Dios en momentos de tanta afliccion. Pensándolo así y dando gracias á Dios por un socorro moral de tanta valía, se sintió tocada del deseo de confiarse, de abrir un poco su corazon para mostrar sus penas. Era naturalmente expansiva, y entónces las circunstancias la ponian en el caso de serlo más aún que de ordinario.

"¿Usted conoce á mi padre?—preguntó.

—Sí, hija mia, le conozco, y me da tanta lástima... Bastante se ha hecho en la casa por aliviar sus penas y combatir sus manías... Pero Dios no ha querido. Contra El no se puede nada. Consolémonos todos pensando en que la

grandiosa armonía del mundo consiste en el cumplimiento de su voluntad soberana.

Esta sentencia afectó mucho á la de Rufete haciéndola pensar en lo cara que á ella sola le estaba costando la armonía de todos. Enjugándose otra vez las lágrimas, dijo así:

"¡Y si viera usted qué bueno ha sido siempre!... ¡Cuánto nos queria! No tenia más que un defecto, y es que nunca se contentaba con su suerte sino que aspiraba á más, á más. Es que el pobrecito tenia talento, se encontraba siempre en último lugar debiendo estar en el primer... Hay en el mundo cada injusticia... Por eso él no se conformaba nunca, y estaba siempre de mal humor y se enojaba y reñia con mi madre. Como era caballero y sus posibles no le daban para portarse como caballero, padecia mucho. Y no es que no trabajese... Iba á la oficina casi todos los dias y se estaba en ella lo ménos dos horas. Fué secretario de tres gobiernos de provincias y no llegó á gobernador por intrigas de los del partido. Mi madre le decia "¡ah! mejor te valdria haber aprendido un oficio que no vivir colgado á los faldones de los ministros, hoy me caigo, hoy me levanto".... ¡Pero quía! él sabia de oficina más que la *Gaceta*, y cuando se ponia á hablar de las rentas, del presupuesto y esas cosas de gobernar, todos los que le oian estaban asombrados. Su padre, mi abuelito, habia sido tambien de oficina. El pobre murió de mala manera. ¿Le conoció usted?...

—No, hija mia. Siga usted, que la oigo con mucho interés.

—Fué, en no sé que tiempos, de la Milicia Nacional, hizo barricadas, hablaba mucho y para él todos los que gobernaban eran ladrones. Cuando yo era niña jugaba con el morrion de mi abuelo... Qué cosas!... Oiga usted.... El que

llamo mi padre fué más listo que el que llamo mi abuelo. Oh! sí, era caballero y tenia talento. En el partido le temian. Él mismo lo decia. "Yo tengo que llegar á donde debo llegar ó me volveré loco...„ Pobrecito! Cuando estaba cesante se desesperaba. Iba á las sesiones del Congreso y hacia mucho ruido en la tribuna aplaudiendo á la oposicion. Salia de Madrid con recados secretos. No hablaba más que de la que se iba á armar, de una cosa tremenda... ¿me entiende usted?

El anciano despues de tragarse la mitad de la atmósfera del cuarto, hizo signos afirmativos, arqueando las cejas y sonriendo como hombre conocedor de las debilidades de sus semejantes.

"La última vez que le dejaron cesante, nos vimos tan mal, tan mal que no se podia esperar á que le colocaran. Yo trabajaba; mi mamá cayó enferma; mi padre entró de corrector de pruebas en una imprenta donde se hacía un periódico grande, muy grande... Trabajaba todas las noches junto á un quinqué de petróleo que abrasaba la frente. Se tragaba mil discursos, artículos, sueltos, decretos, y cuando llegaba la mañana (porque el trabajo duraba toda la noche) y volvia á casa, no descansaba, no señor. ¿Qué creerá Vd. que hacia? Pues se ponia á escribir. Todos los dias entraba con una mano de papel y la llenaba toda de cabo á rabo. ¿Qué creerá Vd. que escribia?

—Cartas al Soberano, al Santo Padre, á los embajadores y ministros. Por ahí empiezan muchos.

—Quiá! no señor. Escribia decretos, leyes y reales órdenes. Aunque al salir de su cuarto cerraba siempre, yo hallé una noche medios de abrir, y vimos todo. Mi mamá y yo decíamos "Quizás esté copiando para traernos algo de comer.„ ¡Qué chasco nos llevamos! todo se volvia: *artículo primero*, tal cosa; *artículo segundo*, tal cosa. Y luego:

Quedo encargado de la ejecucion del presente decreto. Habia muchos preámbulos que no se entendian, atestados de disparates. Conforme llenaba pliegos los iba coleccionando con mucho cuidado y á cada legajo le ponia un letrero diciendo: *Deuda Pública*, ó *Clases pasivas*, *Aduanas*, *Bancos*, *Amillaramientos*. Tambien ponia en ciertos paquetes rótulos que no entendíamos porque eran ya locura manifiesta, y decian *Ruinas*, ó bien *Fanatismo*, *Barbarie*, *Urbanizacion de Envidiópolis*, *Vidrios rotos*, *Sobornos*, *Subvencion personal*, y así por este estilo. "¡Ay Dios mio! digimos mamá y yo, ya no tenemos marido, ya no tenemos padre. Este hombre está loco." Estuvimos llorando toda la noche.

—Todo sea por Dios,—dijo con emocion el viejo al ver que Isidora se interrumpia para llorar.—Pero ¿qué es eso, hija mia, comparado con lo que Cristo padeció por nosotros?

—Mi madre murió en aquellos dias,—prosiguió Isidora casi completamente ahogada por el llanto.—Aquel dia, ¡oh Dios mio, qué dia! mi padre hizo los disparates más atroces; no lloró, no se afectó nada. Cuando mi madre espiró en mis brazos, él dió dos ó tres paseos por el cuarto, y mirándome con unos ojos... Jesús, qué ojos!... me dijo: "Se le harán los honores de teniente general muerto en campaña..." No puedo recordar estas cosas: me muero de pena. Fué preciso encerrarle aquí. Un pariente bastante acomodado que teníamos en el Tomelloso se condolió de mí y ofreció dar la pension de segunda. Yo me fuí á la Mancha con él, y mi hermanito quedó aquí con una tia de mi madre. Pasado algun tiempo, mi tio el Canónigo se olvidó de pagar la pension. Es el mejor de los hombres; pero tiene unas rarezas...

Desde la mitad de esta relacion, ya tenia Isidora que

beberse las lágrimas entre palabra y palabra. El bendito señor que la oía, enternecido de tanta desdicha, levantóse de su asiento y dió algunos pasos para vencer su emocion.

"Todo sea por Dios,—dijo liando nerviosamente otro cigarrillo.—Noble criatura, su juventud de usted ha sido muy triste; ha nacido usted en un páramo...

—Y todo cuanto he padecido ha sido injusto,—añadió ella prontamente, sorbiendo tambien una regular porcion de aire, porque todo es contagioso en este mundo.—No sé si me explicaré bien; quiero decir que á mí no me correspondia compartir las penas y la miseria de Tomás Rufete, porque aunque le llamo mi padre, y á su mujer mi madre, es porque me criaron, no porque yo sea verdaderamente su hija. Yo soy...

Se detuvo bruscamente por temor de que su natural franco y espansivo la llevase, sin pensarlo, á una revelacion indiscreta. Pero el escribiente, con esa rapacidad de pensamiento que distingue á los hombres perspicaces, se apoderó de la idea apenas indicada, y dijo así:

"Si, entiendo, entiendo. Usted por su nacimiento pertenece á otra clase más elevada; sólo que circunstancias largas de referir la hicieron descender... Cosas de Nuestro Padre que está en los Cielos! Él sabrá porque lo hace. Acatemos sus misterios divinos, que al fin y á la postre siempre son para nuestro bien. Usted, señorita,—añadió, tras breve pausa, quitándose cortesanamente la gorra,—no ve, no puede ver en el infelicísimo Rufete más que un padre putativo, tal y como lo era el Santo Patriarca San José de Nuestro Señor Jesucristo.

¡De qué manera tan clara relampagueó el orgullo en el semblante de Isidora al oir aquellas palabras! Su rubor leve pasó pronto. Sus lábios vacilaron entre la sonrisa de vanidad y la denegacion impuesta por las conveniencias.

"Yo no quisiera hablar de eso,—manifestó tomando un tonillo enfático de calma y dignidad, que no hacia buena concordancia con su ruso.—Respeto tanto al que llamo mi padre, le quiero tanto, nos quiso él tanto á mí y á mi hermanito!... ¡fuimos tan mimados cuando éramos niños!... Nos hacia el gusto en todo, y como entónces mandaba el partido y él tenia una buena colocacion, (porque estaba en Propiedades del Estado) viviamos muy bien. En aquella épcca Rufete puso nuestra casa con mucho lujo, con un lujo... ¡Dios de mi vida! Como él no tenia más idea que aparentar, aparentar, y ser persona notable...

—Hija mia,—dijo el anciano con vivacidad—una de las enfermedades del alma que mas indivíduos trae á estas casas es la ambicion, el afan de engrandecimiento, la envidia que los bajos tienen de los altos, y eso de querer subir atropellando á los que están arriba, no por la escalera del mérito y del trabajo, sino por la escala suelta de la intriga, ó de la violencia, como si dijéramos, empujando, empujando...

No bien hizo el venerable sugeto esta sustanciosa observacion que indicaba tanto juicio como experiencia, marchó con acompasado y no muy lento andar hácia el rincon opuesto del despacho. Reflexionaba Isidora en aquellas sábias palabras, fijos los ojos en las rayas de la estera de cordoncillo; pero su pena y la situacion en que estaba la reclamaron, y volvió á suspirar y á asombrarse de que el Director tardase tanto. Cuando alzó los ojos, el anciano pasaba por delante de ella en direccion de la mesa; en seguida volvia á pasar en direccion al ángulo. Sin advertir que el buen señor estaba algo agitado, sin duda por hacerse generosamente partícipe de las penas que habia oido referir, Isidora se distraia un poco, pues por grande que sea una desdicha y por mucho que embargue y ahogue, hay

momentos en que deja libre el espíritu para que dé un par de vueltas ó paseos por el campo de la distraccion, y se fortifique antes de volver al martirio. Un dilatado aburrimiento, un largo período de antesala ayudan este fenómeno del alma. Como en el despacho aquel reinaban el silencio y la calma; como en el pasar y repasar del anciano escribiente habia algo de oscilacion de péndulo; como, además, del propio interior de Isidora se derivaba una dulce somnolencia que aletargaba su dolor, la jóven se entretuvo, pues, un ratito contemplando la habitacion. ¡Qué bonito era aquel mapa de España, todo lleno de rayas divisorias y compartimientos, de columnas de números que subian creciendo, de rengloncitos estadísticos que bajaban achicándose, de círculos y banderolas señalando pueblos, ciudades y villas! En la region azul que representaba el mar multitud de barquitos precedidos de flechas marcaban las líneas de navegacion, y por la gran viñeta de la cabecera menudeaban las locomotoras, los vapores, los faros, y además muelles llenos de bultos, chimeneas de fábricas, ruedas dentadas, globos geográficos, todo presidido por un melenudo y enfadado leon y una señora con las carnes bastante más descubiertas de lo que la honestidad exige!... ¡Qué silencio tan hondo y suave se aposentaba en la sosegada estancia, y como se sentia el ambiente puro del campo! Sólo cuando se abria la puerta entraba allí un lejano y horripilante eco de risas y gritos que no eran como los gritos y risas del mundo. ¡Y cuántos y cuán bonitos libros tenia aquel armario de caoba sobre el cual se gallardeaba un busto de yeso! Aquel señor blanco, sin niñas en los ojos, y con los hombros desnudos como una dama escotada, debia de ser alguno de los muchos sábios que hubo en tiempos remotos, y en él, en el estante de libros y en el mapa gráfico estadístico se cifraba toda la sabiduría de los siglos.

En este reconocimiento del lugar empleó Isidora ménos de un minuto. De pronto se fijó en el anciano que seguia pasando por delante de ella con rapidez creciente, y se asombró de ver la agitacion de sus manos, el temblor de sus lábios y la vivacidad de sus ojos, apariencias muy distintas de aquella su anterior facha bondadosa y simpática. Parándose ante Isidora, exclamó con palabra torpe y muy conmovida:

"Señora, nunca hubiera creido esto en una persona como usted.

—¡Yo!—murmuró Isidora llena de espanto.

—Sí,—dijo el otro alzando la voz,—usted me está insultando; usted me está insultando.

Aquel disparatado juicio, la voz alterada del viejo, su agitacion creciente fueron un rayo de luz para Isidora. Se levantó buscando la puerta; corrió hácia ella despavorida.

El terror le daba alas. Entretanto el anciano gritaba:

"Insultándome, sí, sin respeto á mis canas, á mis sufrimientos de padre... ¡Oh! Señor, perdónala, perdónala Señor, porque no sabe lo que se dice."

Isidora salia al pasillo cuando llegó el Director, que al instante comprendió la causa de su miedo. Sonriendo, la tomó de la mano para obligarla á entrar.

—El pobre Canencia...—dijo.—Cosa rara... Hace tanto tiempo que está tranquilo... Pero es un ángel, es incapaz de hacer el menor daño.

Ambos le miraron. El semblante del anciano no expresaba ira sino emocion, y dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Tambien usted me insulta, señor Director,—dijo oprimiéndose el pecho, y con la entonacion y los ademanes de un cómico mediano.—No puedo más, no puedo más... ¡Adios, adios, ingratos!

Y salió escapado.

—Eso le pasa pronto,—indicó el Director á Isidora que aún no habia vuelto de su espanto.—Es un bendito; hace treinta y dos años que está en la casa y pasa largas temporadas, á veces dos y tres años, sin la mas ligera perturbacion. Sus accesos no son más que lo que usted ha visto. Principia por decir que tiene dos máquinas eléctricas en la cabeza y luego sale con que le estoy insultando. Echa á correr, da unos cuantos paseos por la huerta y al cabo de un rato está ya sereno. Trabaja bien, me ayuda mucho, y como usted habrá visto si le ha oido, es de encargo para dar consejos. Parece un santo y un filósofo. Yo le quiero al pobre Canencia. Vino por cuestiones y pleitos con sus hijos... Historia larga y triste que no es de este lugar. Vamos á la de usted, que no es nada alegre tampoco y hoy ménos que nunca.

El Director dió un gran suspiro, expresion oficial de sus sentimientos compasivos, é Isidora quedóse fria aguardando terribles noticias. ¡Como miraba al buen señor, deletreando en su cara, y qué bien le decia esta que no esperara nada bueno!

—Yo le quisiera ver...—balbució Isidora.

—Eso es imposible. ¡Verle! ¿y para qué?... Mal, muy mal está el pobre Rufete,—afirmó el Director, moviendo la cabeza.—Llénese usted de paciencia, porque verdaderamente, si esta enfermedad es incurable, si no cesa de atormentarse el que la padece, mejor es que se vaya á descansar... Yo, lo digo con franqueza, si tuviera alguna persona de mi familia en ese estado, desearia...

Isidora se resistia á admitir la funesta verdad que se le queria anunciar con caritativas precauciones, y tragando mucha saliva, para deshacer aquel nudo que en su garganta habia, habló con medias palabras de esta manera:

—Quien sabe... todavía... Pero yo quiero verle.

—Vamos, que no... Ya...

El buen señor estaba impaciente. Tenia que hacer.

—Siéntese usted...—murmuró acercando un sillon.—¿Quiere usted que le traigan un vaso de agua?

Isidora no decia nada. Sus ojos aterrados se clavaron en el busto de yeso. Lo examinó bien y estúpidamente, viéndole con claridad, por esa atraccion rara que en el momento de recibir una noticia grave ejerce sobre los sentidos un objeto material cualquiera, que luego queda por algun tiempo asociado á la noticia misma...

IV.

Al mismo tiempo que Isidora contaba sus desdichas al inocentísimo Canencia, ocurria no lejos de allí un hecho que, con ser muy triste, no afectaba mucho á los que lo presenciaban. Eran estos el Director facultativo, el administrativo, un practicante, alumno de medicina, el capellan y un enfermero. El moribundo, pues de morirse un hombre se trata, era Rufete. La crisis era violenta y calmosa, de desarrollo fácil y término decidido. El enfermo apenas tenia movimiento y vida más que en la cabeza; no padecia nada; se iba por rápida y llana pendiente, sin choque, sin batalla, sin convulsiones, sin defensa.

"Muere bien,—dijo en voz baja el médico.

El paciente dió un gran suspiro, abrió los ojos, miró á todos uno por uno; y no con furia, no con espasmos de insensato, ni iracundas recriminaciones, sino con apagada voz, con sentimiento tranquilo que más que nada era profundísima lástima de sí mismo, pronunció estas palabras:

—Caballeros ¿es cierto lo que me figuro?... es cierto que estoy en Leganés?

El médico le quiso consolar con palabras campechanas.

"Hombre, no sea usted tonto... si está usted en su casa... Vamos, que se vá usted á poner bueno.

El enfermo movió tristemente la cabeza. Estuvo largo rato mudo. Despues tomó la mano del cura, la besó... Quiso hablar, no pudo, se le vió luchar con la palabra. Al fin, tras un desesperado esfuerzo de voluntad, pudo decir á media voz:

"Mis hijos... la marquesa...

Y calló para siempre. Médico y aprendiz observaron con la atencion y la frialdad de la ciencia aquel caso de tránsito, y despues se fueron á extender el parte. Acercóse á ellos el Director manifestándoles con más lástima que alarma la presencia en la casa de una hija del muerto. El aprendiz de médico declaró al punto conocerla, y alegrándose de que estuviera allí, quiso participar de las dificultades de darle la noticia y del compromiso de consolarla y darle algun socorro si lo habia menester.

Fué el Director á su despacho en busca de Isidora, y allí pasó lo que referido queda. Ya la desgraciada jóven del ruso empezaba á comprender la certeza de su desdicha, cuando entró en el despacho un mozo como de veinte y cuatro años, el cual, llegándose á ella con muestras de confianza, le dijo:

—Con que usted por aquí, Isidora...? Y en qué momento tan triste!... Pero no me conoce usted? Tan desmemoriados estamos, Isidora? No se acuerda usted de D. Pedro Miquis el del Toboso, que iba muchas veces al Tomelloso á buscar á su tio de usted, el Sr. Canónigo, para salir juntos de casa? Pues yo soy hijo de D. Pedro Miquis. No se acuerda usted tampoco de mi hermano Alejandro? No se acuerda

usted de que algunas veces por vacaciones íbamos acompañando á mi padre?... Pues hace cinco años que estoy aquí estudiando medicina. Y cómo está su señor tio? Hace mucho que ha dejado usted aquel célebre Tomelloso?..

Isidora le miraba por una rasgadura hecha en la nube negra de su pena; le miraba y le reconocia. Sí, su memoria se iba iluminando ante aquella fisonomía que con ninguna otra podia confundirse. Aquel semblante pálido y moreno, tan moreno y tan pálido que parecia una gran aceituna; aquella brevedad de la nariz contrastando con el grandor agraciado de la boca, cuyos dientes blanquísimos estaban siempre de manifiesto; aquella ceja ancha tan negra y espesa que parecia cinta de terciopelo y aquellos ojos garzos, donde anidaban traidoras todas las malicias y la ironía toda del mundo; aquella fealdad graciosa, aquella desenvoltura de maneras, aquel abandono en el vestir, y por último, aquella desenfadada manera de insinuarse, pregonaban, sin dejar lugar á dudas, á Augustito Miquis, el hijo de Don Pedro Miquis, el del Tomelloso. De golpe entraron á la mente de Isidora ideas mil y recuerdos de una época en que la infancia se confundia con la adolescencia, época de tonterías, de miedos, de inocentes confianzas y de lances cuya memoria no siempre es agradable. No acertó á contestar sinó con medias palabras. Miquis se hizo cargo de la situacion, y poniéndose todo lo sério que podia, cosa en él de grandísima dificultad, dijo en tono grotescamente compungido:

—Lo primero es que usted salga de esta casa... ¡ay qué casa!... Nada hay que hacer aquí. Si vá usted á Madrid tendré mucho gusto en acompañarla.

Isidora manifestó deseos de marcharse pronto. Quiso dejar el dinero que habia traido para pagar los atrasos de la pension de Rufete; pero el Director no lo consintió. En

cuanto á las ropas, tanto instó ella al bondadoso señor para que las admitiera que éste hubo de dejarlas, dando las gracias en nombre de los demás enfermos pobres que tanto las necesitaban.

Salieron Isidora y Augusto de la morada de la sinrazon y se alejaron silenciosos del tristísimo pueblo, en el cual casi todas las casas albergan dementes. La de Rufete no hablaba, y el charlatan Miquis que respetaba su dolor, tan sólo indicó esto:

—En Carabanchel hallaremos coches. Dicen que van á poner un tranvía.

Al llegar al arroyo de Butarque, Miquis creyó oportuno distraer á su compañera de viaje, porque realmente ¿á qué conducia aquel llorar contínuo, si nada podia remediarse? Era preciso hacer frente al dolor, fiero enemigo que se ceba en los débiles; convenia sobreponerse, pues..... hacerse cargo de que... Tras estos emolientes que hicieron, como siempre, un efecto completamente nulo, Miquis habló de la belleza del primaveral dia (que era uno de los hermosos de Abril), del barranco de Butarque, á quien llamó oasis, y finalmente invitó á Isidora á descansar á la sombra de un espeso y verde olmo, porque el sol picaba bastante y la jornada iba á ser un poco larga.

Sentados uno junto á otro, callaron largo rato, él contemplativo, dolorida ella. Miquis canturriaba entre dientes. Isidora cuidaba de ocultar sus piés para que Miquis no viera lo mal calzados que estaban.

"Isidora...

—¿Qué?

—No me acuerdo bien de una cosa. Ayude usted mi memoria. ¿Es cierto ó no que en el Tomelloso nos tuteábamos?

CAPITULO II.

La Sanguijuelera.

En el domicilio de su pariente y padrino, D. José de Relimpio (de quien se hablará cuando sea menester), pasó Isidora la noche de aquel dia de Abril, esperando con impaciencia el amanecer del siguiente para visitar á su tia Encarnacion y á su hermanito, que habitaban en uno de los barrios más excéntricos de Madrid. La que llamaremos todavía, por respeto á la rutina, hija de Rufete, tenia la costumbre de representarse en su imaginacion, de una manera muy viva, los acontecimientos antes de que fueran efectivos. Si esperaba para determinada hora un suceso cualquiera que le interesase, visita, entrevista, escena, diversion, desde medio dia ó media noche antes el suceso tomaba formas de extraordinario relieve y color en su mente, desarrollándose con sus cuadros, lugares, perspectivas, personas, figuras, actitudes y lenguaje. Así, mucho antes de la aurora, Isidora, despierta y nerviosa, estaba en la casa de su tia y de su hermano; les veia como si les tuviera delante; hablaba con ellos preguntando y respondiendo, ya con seriedad, ya con risas, y oia las inflexiones de la voz de cada uno.

Las ocho serían cuando salió para hacer verdadero lo imaginado; pero como tenia que ir desde la calle de Hernan-Cortés á la de Moratines en el barrio de las Peñuelas, deteniéndose y preguntando por no conocer muy bien á Madrid, ya habian dado las diez cuando entró por el co-

nocido y gitanesco paseo de Embajadores. No le fué difícil desde allí dar con la morada de su tía. A mano derecha hay una vía que empieza en calle y acaba en horrible desmonte, zanja, albañal ó vertedero, en los bordes rotos y desportillados de la zona urbana. Antes de entrar por esta via, Isidora hizo rápido exámen del lugar en que se encontraba y que no era muy de su gusto. Ella tenia, juntamente con el don de imaginar fuerte, la propiedad de extremar sus impresiones, recargándolas á veces hasta lo sumo; y así lo que sus sentidos declaraban grande, su mente lo trocaba al punto en colosal; lo pequeño se le hacia minúsculo, y lo feo ó bonito enormemente horroroso, ó divino sobre toda ponderacion. Al ver, pues, las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de torcidas letras, los faroles de aceite amenazando caerse; al ver tambien que multitud de niños casi desnudos jugaban en el fango, amasándolo para hacer bolas y otros divertimientos; al oir el estrépito de machacar sartenes, los berridos de pregones ininteligibles, el pisar fatigoso de bestias tirando de carros atascados, y el susurro de los transeuntes que al dar cada paso lo marcaban con una grosería, creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de carton podrido. Aquello no era aldea ni tampoco ciudad; era una piltrafa de capital, cortatada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro. Y siguiendo en su manía de recargar las cosas, como viera correr por la calle-zanja aguas nada claras, que eran los resíduos de varias industrias tintóreas, al punto le pareció que por allí abajo se despeñaban arroyuelos de sangre, vinagre y betun, junto con un licor verde que sin duda iba á formar rios de veneno.

Alzóse con cuidadosa mano las faldas, y avanzó venciendo su repugnancia. No tuvo que andar mucho para

encontrar la puerta que buscaba. Sí, allí era. Bien reconocia la muestra que años atrás estaba en la calle de la Torrecilla y que decia clarito, con azules caractéres, *Cacharrería*. Reconoció tambien una amistad vieja en la otra tablita blanquecina donde, jeroglíficamente, se anunciaba un importante comercio. ¡Cómo recordaba Isidora haber visto en su niñez aquella redoma pintada, en cuyo círculo aparecian nadando unas culebrillas, ó curvas negras de todas formas, que servian de insignia industrial á Encarnacion Guillen, conocida en distintos barrios con el nombre de la Sanguijuelera!

La puerta tenia un bastidor ó cancel en la parte baja, el cual parecia servir de mostrador, de resguardo contra los perros y los chicos, y hasta de balcon en caso de que por allí, cosa no imposible, pasasen procesiones cívicas ó religiosas. Isidora se habia figurado que su tia (ó más bien tia de su supuesta madre) estaria en la puerta; pero esto, como otras muchas cosas de las que imaginaba, no resultó cierto. Asomóse á la tienda, y de un golpe de vista abarcó el menguado comercio, sacando consecuencias poco lisongeras respecto al estado pecuniario de Encarnacion Guillen. ¡Cómo habia descendido la infeliz de grado en grado, desde su gran comercio de loza y sanguijuelas de la antigua calle del Cofre, en tiempos desconocidos para Isidora, hasta aquel miserable ajuar de cacharros ordinarios! Y los anélidos que componian su escudo, ¿dónde estaban? ¡Oh! no podian faltar: allí se les veia en enormes botellas, con la viscosa trompa ó ventosa pegada al cristal, enroscados, aburridos, quietos, como si acecharan una víctima y esperasen á que entrara por la puerta. Isidora admiró despues el órden y aseo con que todo estaba puesto y arreglado en tienda de tan poco fuste. Los pucheros de Alcorcon, los jarros de Talavera y Andújar, los botijos y la cristalería

de Cadalso, las escobas, las cajas de arena y tierra de limpiar metales revelaban una mano tan hacendosa como inteligente. Ni faltaba un poco de arte en aquellos cuatro trebejos colocados sobre cuatro no muy iguales tablas. Pero lo que mejor declaraba la mano limpia de su tia era un estantillo que á mano izquierda de la puerta estaba, y que contenia diversidad de artículos, compañeros infalibles del ramo de cacharrería. En un hueco habia flor de malva, en otro cercano violetas secas, más allá greda para limpiar, adormideras, cerillas de carton. Seguia el pimenton molido, que sirve para pintar la comida del pueblo, y luego los cañamones, de que se sustentan los pajarillos presos. El espliego se daba la mano con los estropajos, y no faltaban algunas resmas del papel picado con que las cocineras adornan los vasares. Entre tanta chuchería Isidora encontró otro antiguo conocido, otra amistad de su infancia. Era un cartel que decia:

Ojo al Cristo.
Aquí murió el fiar
y el prestar tambien murió,
y fué por que le ayudó
á morir el mal pagar.

Isidora sabia de memoria esta composicion epigramática de su tia, que terminaba así:

Si fio
aventuro lo que es mio.
Y si presto
al pagar ponen mal gesto.
Pues para librarme de esto,
ni doy, ni fio, ni presto.

Estas observaciones y recuerdos duraron segundos nada más. Isidora gritó: "¡Tia, tia!"

Apareció entónces la Sanguijuelera, y tia y sobrina se abrazaron y se besaron. La jóven callaba llorando; la anciana empezó á charlar desde el primer momento, porque no habia situacion en que pudiese guardar silencio, y antes se la viera muerta que muda.

"¡Oh, quimerilla!... ya estás aquí... Pues mira, te esperaba hoy. Anoche supe que cerró el ojo Tomás... No te aflijas, paloma. Más vale así... ¿Qué vas á sacar de esos sentimientos? Siéntate... Espera que quite estos botijos... Si Tomás ya no vivia ¡el pobre! Bien lo dije yo hace cinco mil domingos. "Este acabará en Leganés." Nunca tuvo la cabeza buena, hija, y con sus locuras despachó á tu madre, aquella santa, aquella pasta de ángel, aquel coral de las mujeres... ¡Pobre Francisca, niña mia!

—¿Y Mariano?—dijo Isidora, que extrañaba no ver allí á su hermano.

—Está en el trabajo... Le he puesto á trabajar. Hija, si me comia un carcañal... Es más malo que Anás y Caifás juntos. No puedo hacer carrera de él. Vaya que ha salido una pieza *colunaria*... Yo le llamo *Pecado*, porque parece que vino al mundo por obra y gracia del Demonio. Me tiene asada el alma. ¿Sabes dónde está? Pues le puse en la fábrica de sogas de ese que llaman Diente, ¿estás? y me trae diez y ocho reales todas las semanas...

—¿Y no va á la escuela?—preguntó Isidora manifestando no poco disgusto.

—¡Escuela! Que si quieres... ¿Y quién le sujeta á la escuela? Bueno es el niño. Ahí le puse en esa de los *Herejes*, donde dicen la misa por la tarde y el rosario por la mañana. Daban un panecillo á cada muchacho, y esto ayuda. Pero aguárdate; un dia sí y otro no, me hacia novillos el tunante. Despues le puse en los *Católicos* de ahí abajo, y se me escapaba á las pedreas... Es un purgatorio saltando. Nada,

nada, á trabajar. ¡Qué puñales!... no están los tiempos para mimos. Estoy muy mal de acá, hija. Ya ves este escenario. ¿Te acuerdas de mi establecimiento de la calle de la Torrecilla? ¡Aquellos sí que eran tiempos majos! Pero tu divina familia me arrumbó; tu papaito, que de Dios goce, ¡tres puñales! me trajo á esta miseria. ¡Ya ves qué polla estoy! sesenta y ocho años, chiquilla, sesenta y ocho Miércoles de Ceniza á la espalda. Toda la vida trabajando como el obispo y sin salir nunca de cristos á porras. Hoy ganado y mañana perdido. Todo se hace sal y agua. Eso sí, siempre tiesa como un ajo, y todavía, aquí donde me ves, le acabo de dar una patada á la muerte, porque el año pasado tuve una ronquera, pero una ronquera... Pues nada, Dios y la flor de malva me aclararon el modo de hablar, y aquí me tienes. Soy la misma Sanguijuelera, más saludable que el tomillo, más fuerte que la puerta de Alcalá, siempre ligera para todo, siempre limpia como los chorros del oro, más fiera que el leon del Retiro, si se ofrece, contenta con la mala suerte, sin deber nada á nadie, y más charlatana que todos los cómicos de Madrid.

Era Encarnacion Guillen la vieja más acartonada, más tiesa, más ágil y dispuesta que se pudiera imaginar. Por un fenómeno comun en las personas de buena sangre y portentosa salud, conservaba casi toda su dentadura, que no cesaba de mostrarse entre sus lábios secos y delgados durante aquel charlar contínuo y sin fatiga. Su nariz pequeña, redonda, arrugada y dura como una nuececita, no paraba un instante; tanto la movian los músculos de su cara pergaminosa, charolada por el fregoteo de agua fria que se daba todas las mañanas. Sus ojos, que habian sido grandes y hermosos, conservaban todavía un chispazo azul, como el fuego fátuo bailando sobre el osario. Su frente surcada de finísimas rayas curvas que se estiraban ó se contraian

conforme iban saliendo las frases de la boca, se guarnecia de guedejas blancas, con cuyos reducidos materiales se entretejia el más gracioso peinado de esterilla que llevaron momias en el mundo, recogido á tirones y rematado en una especie de ovillo, á quien no se podria dar con propiedad el nombre de moño. Dos palillos mal forrados en un pellejo sobrante, eran los brazos, que no cesaban de moverse amenazando siempre tocar un redoble sobre la cara del oyente; y dos manos de esqueleto, con las falanjes tan ágiles que parecian sueltas, no paraban en su fantástico girar alrededor de la frase, como comentario gráfico de sus desordenados pensamientos. Vestia una falda de diversos pedazos bien cosidos y mejor remendados, mostrando un talle recto, liso, cual madero bifurcado en dos piernas. Tenia actitudes de gastador y paso de cartero.

Era mujer de buena índole aunque de génio tan turbulento y díscolo que nadie que junto á ella estuviese podia vivir en paz. No habia tenido hijos, ni habia sido casada. Crió á una sobrina, á quien quiso á su manera, que era un amor entreverado de pescozones y exigencias. La tal sobrina casó con Rufete, resultando de esta union una desgraciadísima familia y el violentísimo ódio que la Sanguijuelera profesaba á todos los Rufetes nacidos y por nacer. Aquel matrimonio de una mujer bondadosa y apocada con un hombre que tenia la más destornillada cabeza del orbe, consumió diferentes veces las economías y la paciencia de Encarnacion, que era trabajadora y comerciante, y tenia sus buenas libretas del Monte de Piedad. "Todo se lo comió ese descosido de Rufete, decia—ese holgazan con cabeza de viento. Mi comercio de la calle del Pez se hizo agua una noche para sacarle de la cárcel, cuando aquel feo negocio de los billetes de lotería. La cacharrería de la calle de la Torrecilla se desquebrajó despues, y

pieza por pieza se la fueron tragando el médico y el boticario, cuando cayó Francisca en la cama con la enfermedad que se la llevó. He ido mermando, mermando, y aquí me tienen, ¡qué puñales! en este confesonario, donde no me puedo revolver. Quien se vió en aquellos locales, con aquellas anaquelerías y aquel mostrador donde habia un cajon de dinero que sonaba á cosa rica... verse ahora en este nido de urracas, con cuatro trastos, poca parroquia, y en un barrio donde se repican las campanas cuando se ve una peseta, ¡qué puñ...!

Francisca murió; Rufete fué encerrado en Leganés; de los dos hijos, Encarnacion recogió al pequeñuelo, é Isidora partió al Tomelloso á vivir al amparo de su tio el Canónigo. De lo demás, algo sabe el lector, y el resto, que es mucho y bueno, irá saliendo.

"¿Sabes que estás muy cesanta?—dijo la Sanguijuelera observando el vestido y las botas de Isidora, cosas que en verdad dejaban mucho que desear.

Isidora contestó con tristeza que su tio el Canónigo no era hombre de grandes liberalidades. Despues la Sanguijuelera observó con malicia el rostro y talle de la jóven, diciéndole:

"Pero estás guapa. Pues no lo parecias... Cuando niña tenias un empaque... Me acuerdo cuando andabas en aquella casa... ¡qué casa!... parecia la cueva del leon... pues andabas por allí en pernetas con un mal faldellin Parecias el Cristo de las enagüillas. ¡Qué flaqueza! ¡qué color! Yo decia que te habian destetado con vinagre y que te daban tu racion en moscas... Vaya, vaya, en la Mancha has engordado... ¡qué duras carnes!—añadió pellizcándola en diferentes partes de su cuerpo.—Y en la cara tienes mucho ángel. De ojos no andamos mal... ¡Qué bonitos dientes tienes! Veremos si te duran como los mios. Mírate en este espejo.

Y le enseñó su doble fila de dientes, muy bien conservada para su edad. Isidora se aburria un poco. Mirando con tristeza á la calle, preguntó:

"¿En dónde está trabajando Mariano? Yo quiero verle.

—Si la vecina no tiene que hacer y quiere guardarme la tienda, iremos allá. No es á la vuelta de la esquina; pero yo ando más que un molino de viento... Seña Agustina...

Gritó desde la puerta; pero como no respondiera al llamamiento su vecina, salió impaciente. No tardó cinco minutos en volver acompañada de una mujer jóven y flacucha, insignificante, lacrimosa, horriblemente vestida, pero peinada con increible esmero. Aquella gente tiene su lujo, su aseo y su elegancia de cejas arriba, y aunque se cubra de miserables trapos, no pueden faltar el moñazo empapado en grasa y bandolina, ni los rizos abiertos y planchados sobre la frente, como una guirnalda de plumas negras pegada con goma. Arrastraba aquella mujer una astrosa bata de lana roja con cuadros negros, que parecia haber servido de alfombra en un salon de baile de Capellanes.

"Guárdeme la tienda un ratito—le dijo la Sanguijuelera—que voy con mi sobrina á un recado... ¿No conocia usted á mi sobrina? ¿Ve usted qué moza?... Isidora, esta señora es una amiga... pared por medio. Se llama la señora *A tí suspiramos*, porque no resuella como no sea para lamentarse. Verdad es que ella está enferma, su marido es borracho, su padre ciego, y la casa ¡qué puñales! no está empedrada con pesetas...

Agustina dió un conmovedor suspiro seguido de dos expectoraciones. Con esto anunciaba un relato sentidísimo de sus desgracias. Pero la Sanguijuelera, cortándole la palabra, se echó un manton sobre los hombros y salió con su sobrina, tomando el camino de la calle de las Amazonas, á donde llegaron pronto.

CAPITULO III.

Pecado.

"Ese tunante de Pecadillo—dijo la Sanguijuelera metiéndose por un portal oscuro—no sospecha qua va á ver á su hermana. No te conocerá. Era un cachorro cuando te fuiste. Pero qué... ¿no ves? Agárrate á mí, que yo veo en lo negro como las lechuzas.

Atravesaron un antro. Encarnacion empujó una puerta. Halláronse en extraño local de techo tan bajo que sin dificultad cualquier persona de mediana estatura lo tocaba con la mano. Por la izquierda recibia la luz de un patio estrecho, elevadísimo, formado de corredores sobrepuestos, de los cuales descendia un rumor de colmena, indicando la existencia de pequeñas viviendas numeradas ó sea de casa celular para pobres. La poca claridad que de aquella abertura, más que patio, venia, llegaba tan debilitada al local bajo, que era necesario acostumbrar la vista á tan telarañoso espacio para distinguir los objetos; y áun despues de ver bien, no se podia abarcar todo el recinto sino la zona más cercana á la puerta, porque lo demás se perdia en ignoradas capacidades de sombra. Era como un gran túnel del cual no se distinguia sino la parte escasamente iluminada por la boca. Lo demás se perdia en la indeterminada cavidad fria de un callejon tenebroso. En la parte clara de tan extraño local habia grandes fardos de cáñamo en rama, rollos de sogas blancas y flamantes, trabajo por hacer y trabajo concluido, resíduos, fragmentos,

recortes mal torcidos; y en el suelo y en los bultos todos una pelusa áspera, filamentos mil que despues de flotar por el aire, como espectros de insectos ó almas en pena de mariposas muertas, iban á posarse aquí y allá, sobre la ropa, el cabello y la nariz de las personas.

En el eje de aquel túnel que empezaba en luz y se perdia en la oscuridad, habia una soga tirante, blanca, limpia. Era el trabajo del dia y del momento. El cáñamo se retorcia con áspero gemir, enroscándose lentamente sobre sí mismo. Los hilos montaban unos sobre otros quejándose de la torcion violenta, y en toda su magnitud rectilínea habia un extremecimiento de cosa dolorida y martirizada que irritaba los nervios del espectador, cual si tambien, al través de las carnes, los conductores de la sensibilidad estuviesen sometidos á una torcion semejante. Isidora lo sentia de esta manera, porque era bastante nerviosa, y propendia mucho á ver en las formas y movimientos objetivos, acciones y extremecimientos de su propia persona.

Miraba y no comprendia de dónde recibia su horrible retorcedura la soga trabajada. Allá en el fondo de aquella cisterna horizontal debia estar la fuerza impulsora, alma del taller. Isidora puso atencion, y en efecto, del fondo invisible venía un rumor hondo y persistente como el zumbar de las alas de colosal moscardon, zumbido semejante al de nuestros propios oidos, si tuviéramos por cerebro una gran bóveda metálica.

"Es la rueda—dijo la Sanguijuelera adivinando la curiosidad de su sobrina y queriendo iniciarla en los misterios de aquella considerable industria.

—¡La rueda! ¿y Mariano dónde está?

Miraba á todos lados y no veia sér vivo. Pero de pronto apareció un hombre, que salia de la oscuridad andando hácia atrás muy lentamente y con paso tan igual y unifor-

me como el de una máquina. En su cintura se enrollaba una gran madeja de cáñamo, de la cual, pasando por su mano derecha y manipulada por la izquierda, salia una hebra que se convertia instantáneamente en tomiza, retorcida por el invisible mecanismo. Aquel hombre del paso atrás, ovillo animado y huso con piés, era el principal obrero de la fábrica, y estaba armando los hilos para hacer otra soga.

"¿No está D. Juan?—le preguntó la Sanguijuelera extrañando no ver allí al dueño del establecimiento.

El huso vivo movió bruscamente la cabeza para decir que no, sin dignarse expresarlo de otro modo.

"¿Pero dónde está mi hermano?—preguntó Isidora con angustia.

La anciana señaló á lo oscuro, diciendo con aterrador laconismo: „En la rueda.

Isidora echó á andar hácia dentro, dando la mano á su tia, porque, á causa de los accidentes del piso y de la oscuridad, necesitaban apoyarse mútuamente. Anduvieron largo trecho tropezando. ¡Oh! la soga era larga, la caverna parecia interminable. En lo oscuro aún se veia la cuerda blanca gimiendo, sola, tiesa, vibrante. Cuando las dos mujeres anduvieron un poco más, dejaron de ver la soga; pero oyeron más fuerte el zumbar de la rueda acompañado de ligeros chirridos. Se adivinaba el roce del eje sobre los coginetes mal engrasados y el extremecimiento de las trasmisiones, de donde obtenian su girar las roldanas, en las cuales estaban atadas las sogas. Pero nada se podia ver.

"¡Mariano, hermanito!—exclamó Isidora, que creia sentir su garganta apretada por uno de aquellos horribles dogales.—¿En dónde estás? ¿Eres tú el que mueve esa rueda? ¿No estás cansado?

No se oyó contestacion. Solamente parecia que el arte-

facto amenguaba la rapidez de su marcha. Las roldanas, las trasmisiones, la rueda, se emperezaban como quien escucha.

"Pecado, ¿qué tal te va?—gritó con bufonesco estilo la Sanguijuelera.

Y volviéndose á su sobrina, añadió:

"Es un holgazan. Así criará callos en las manos y sabrá lo que es trabajar y lo que cuesta el pedazo de pan que se lleva á la boca... ¿Qué crees tú? Es buen oficio... No podia hacer carrera de este gandul. Todo el dia jugando en el arroyo y en la praderilla. Al ménos que me gane para zapatos. Tiene más malicias que un Iscariote.

Desde el comienzo de este panegírico, redoblóse bruscamente la marcha del mecanismo, y acreció el ruido hasta ser tal que parecian multiplicarse las trasmisiones, las roldanas y los ejes.

"¡Mariano!—gritó Isidora extendiendo los brazos en la oscuridad.—¡Pára, pára un momento y ven acá! Quiero abrazarte. Soy tu hermana, soy Isidora. ¿No me conoces ya?

El ruido volvió á ceder, y la maquinaria tomaba una lentitud amorosa.

"No puede pararse el trabajo,—dijo Encarnacion.

Pero como realmente se detenia, oyóse un grito del huso viviente que dijo: ¡Aire! ¡Aire á la rueda!

Y en efecto, la rueda volvió á tomar su aire primero, su paso natural. Las dos mujeres callaron, consternada y atónita la jóven, aburrida la vieja. Como habia pasado algun tiempo desde su llegada al término de la caverna, los ojos de entrambas comenzaron á distinguir confusamente la silueta del gran disco de madera, que trazaba figura semejante á las extrañas aberraciones ópticas de la retina, cuando cerramos los ojos deslumbrados por una luz muy viva.

"¿Ves aquellas dos centellitas que brillan junto á la rueda...? Son los ojos de Pecado...

Isidora vió en efecto dos pequeñas ascuas. Su hermano la miraba.

"Pronto serán las doce—indicó la anciana.—Esperemos á que levanten el trabajo, y nos iremos los tres á comer.

La hora del descanso no se hizo esperar. Soltó el obrero el cáñamo, paróse la rueda, y el que la movia salió lentamente del fondo negro, plegando los ojos á medida que avanzaba hácia la luz. Era un muchacho hermoso y robusto, como de trece años. Isidora le abrazó y le besó tiernamente, admirándose del desarrollo y esbeltez de su cuerpo, de la fuerza de sus brazos, y afligiéndose mucho al notar su cansancio, el sudor de su rostro encendido, la aspereza de sus manos, la fatiga de su respiracion.

"Es un gañan — dijo Encarnacion examinándole la ropa con tanta severidad como un juez que interroga al criminal ante el cuerpo del delito...—Ya me ha roto los calzones... Ya verás, Holofernes, ya verás.

Turbado por la presencia y los cariños de su hermana, á quien no conocia, Mariano no desplegaba sus lábios. La miraba con atencion semejante á la estupidez. Por último dijo así con aspereza, remedando el hablar francote y brutal de la gente del bronce:

"Chicáaaa... no me beses más, que no soy santo.

— A casa — dijo la Sanguijuelera saltando sobre el cáñamo.

Aquel dia añadió Encarnacion á su olla algo extraordinario. Comieron en la trastienda, que más bien era pasillo, por donde la tienda se comunicaba con un patio. Durante el festin, que tuvo su añadidura de pimientos y su contera de pasas, no habria sido fácil explicar cómo con una sola boca podia la Sanguijuelera engullir medianamente y hablar más que catorce diputados. Isidora, triste, cejijunta, ni hablaba ni hacia más que probar la comida.

Observaba á ratos con gozo la voracidad de su hermano.

—Ya ves qué lindo buitre me ha puesto Dios en casa, —decia Encarnacion.—Es capaz de comerme el modo de andar si le dejo. El come y yo soy quien se harta, sí; me harto de trabajar para su señoría. Pero oye, leon, ¿dirás algun dia: "ya no quiero más?„

Pecado devoraba con el apetito insaciable de una bestia atada al pesebre, despues de un dia de atroz trabajo.

"Y tú, linda mocosa, ¿no comes?—añadió la vieja. —O es que te has vuelto tan pava y tan persona decente que no te gustan estas cosas ordinarias. Vamos, que para otro dia te pondré álas de ángel... Se conoce que allá en el Tomelloso se estila mucha finura.

Isidora no contestó. Parecia que estaba atormentada de una idea. Cuando se acabó la comida y se marchó Pecado para jugar un poco por el barrio antes de volver al trabajo, Isidora, sin dejar su asiento y mirando á su tia, que á toda prisa levantaba manteles, le dijo:

"Tia Encarnacion, tengo que hablar con usted una cosa.

—Aunque sean cuatro.

Como quien se quita una máscara, Isidora dejó su aspecto de sumisa mansedumbre, y en tono resuelto pronunció estas palabras:

"No quiero que mi hermano trabaje más en ese taller de maromas; no quiero y no quiero.

—Le señalarás una renta,—replicó la anciana con ironía.—¡Le pondrás coche! Y para mis pobres huesos, ¿no habrá un par de almohadones?

—No estoy de bromas. Mi hermano y yo somos personas decentes...

—Ya lo creo...

—Pues claro.

—Pues turbio.

—Somos personas decentes...

—Y príncipes de Asturias...

—Aquel trabajo es para mulos, no para criaturas. Yo quiero que mi hermano vaya á la escuela.

—Y al colegio.

—Eso es, al colegio—repitió Isidora marcando sus afirmaciones con el puño sobre la endeble mesa.—Yo lo quiero así... y nada más.

¡Qué fierecita! ¡Cómo hinchaba las ventanillas de su nariz, y qué fuertemente respiraba y qué enérgica expresion de voluntad tomó su fisonomía! Todo esto lo pudo observar la Sanguijuelera sin dejar su ocupacion. Amoscándose un poco, le dijo:

"¿Sabes que estás cargante, sobrina, con tus colegios y tus charoles? A ver, echa aquí lo que tengas en el bolsillo. ¿Crees que la gente se mantiene con cañamones? ¿Crees que hay colegios de á ochavo como los buñuelos? ¡qué puño!... Dáme guita y verás.

—Tengo para no pordiosear.

—¿Te ha dado el Canónigo?

—Lo bastante para poner á Mariano en una escuela y para vestirme con decencia.

—¡Ah! canóniga... tú pitarás... Hablemos claro.

Y se sentó, haciendo silla de una tinaja rota. Puesto el codo en la mesilla y el hueso de la barba en la palma de la mano flaca, aguardó las explicaciones de su sobrina.

"Tia...—murmuró ésta sintiendo mucha dificultad para iniciar la cosa grave que iba á decir.—Usted sabe que yo y Mariano... ¿Pero usted no lo sabe?

—No sé sino que sois un par de perchas que ya, ya. Nada habria perdido el mundo con que os hubiérais quedado por allá,... en el Limbo. Venís de Tomás Rufete, y ya sé que de mala cepa no puede venir buen sarmiento.

—A eso voy, tia, á eso voy. Precisamente... Usted lo debe saber, como yo... Precisamente ni yo ni mi hermano venimos de Tomás Rufete.

—Justo, justo, mi Francisca, mi ángel os parió por obra del Espíritu Santo, ó del demonio.

—¿Para qué andar con farsas? No somos hijos de Don Tomás Rufete ni de Doña Francisca Guillen. Esos dos señores, á quienes yo quiero mucho, muchísimo, no fueron nuestros padres verdaderos. Nos criaron fingiendo ser nuestros papás y llamándonos hijos, porque el mundo... ¡qué mundo este!

La Sanguijuelera cambió bruscamente de disposicion y de tono. No palideció, por ser esto cosa prohibida á la inanimada sustancia de los pergaminos; pero abrió los ojos, y empuñando el brazo de su sobrina, le golpeó el codo contra la mesa, y le dijo con ira.

"¿De dónde has sacado esas andróminas? ¿Quién te ha metido esa estopa en la cabeza?

—Mi tio el Canónigo.

—Me parece á mí que tu tio el Canónigo...

—El me ha contado todo—afirmó Isidora con acento de profundísima conviccion.—Usted se hace de nuevas, tia, usted me oculta lo que sabe... No se haga usted la tonta. ¿Es la primera vez que una señora principal tiene un hijo, dos, tres, y viéndose en la precision de ocultarlos por motivos de familia, les da á criar á cualquier pobre, y ellos se crian y crecen y viven inocentes de su buen nacimiento, hasta que de repente un dia, el dia que ménos se piensa, se acaban las farsas, se presentan los verdaderos padres... Eso no se está viendo todos los dias?

—En sesenta y ocho años no lo he visto nunca... Me parece que tú te has hartado de leer en esos librotes que llaman novelas. Cuánto mejor es no saber leer! Mírate en mi

espejo. No conozco una letra... ni falta. Para mentiras, bastantes entran por las orejas... Pero acábame el cuento. Salimos con que sois hijos del Nuncio, con que una señorita principal os dió á criar y se desapareció...

—¡Usted lo sabe, usted lo sabe!—exclamó la jóven rebosando alegría.

—No sé más sino que te caes de boba. Eres más sosa que la capilla protestante.

—Mi madre—declaró Isidora poniéndose la mano en el corazon, para comprimir, sin duda, un movimiento afectuoso demasiado vivo,—mi madre... fué hija de una marquesa.

Como un petardo que estalla, así reventó en estrepitosa risa la Sanguijuelera, apretándose la cintura y mostrando sus dos filas de dientes semi-sanos. Se desbarataba riendo, y despues la acometió una tos de hilaridad que hizo suspender el diálogo por más de un cuarto de hora. Algo confusa, Isidora esperaba á que su tia volviese en sí de aquel síncope burlesco, para seguir hablando. Por último dijo con malísimo humor:

"¡Que bien finge usted!

—Perdone vuecencia—replicó Encarnacion en el tono más cómico del mundo.—Perdone vuecencia que no la hubiera conocido... Pero vuecencia tendrá que hacer diligencias y buscar papeles.

—Tengo papeles... ¡y qué papeles!

—¿Quiere vuecencia que le preste dos reales?... porque tendrá que untar escribanos.

—No creo que sea preciso, porque está bien claro mi derecho.

—Vuestra serenísima majestad cogerá una herencia, porque sin herencia todo sería pulgas, ¿verdad, hermosa?

—Mi madre no vive. Mi abuela sí.

—¡Ah! ¿la abuelita de tu vuecencia vive? ¿y quién es la señora pindonga?

—No se burle usted, tia. Esto es muy sério,—manifestó Isidora tocada en lo más vivo de su orgullo.—Es usted lo más atroz... Yo que venía á que usted me diese pormenores y su parecer...

—Voy á darte mi parecer, hijita de mi alma,—repuso la Sanguijuelera levantándose.—Pues tú has querido que yo te dé pormenores... pobre almita mia...

En el rincon del pasillo habia una larga caña que servia para descolgar los cacharros. Encarnacion revolvió sus ojos buscándola.

"Vaya que ha sido una picardía haberle ocultado á estos angelitos que habian salido del vientre de una marquesa.

Y tomó la caña.

"¡Quién será el dragon que ha querido birlaros la herencia!... ¡A ese tunante le sacaria yo las entrañas!... Cuidado que engañar así á mis niños, haciéndoles pasar por hijos de un Rufete... Quitad allá, pillos, que mi niña es duquesa y mi niño vizconde... ¡Re-puñales!

Honradez y crueldad, un gran sentido para apreciar la realidad de las cosas, y un rigor extremado y brutal para castigar las faltas de los pequeños, sin dejar por eso de quererles, componian, con la verbosidad infinita, el carácter de Encarnacion la Sanguijuelera. Su flaca pero fuerte mano empuñó la caña, y descargándola sin prévio anuncio sobre la cabeza de su sobrina, la rompió al primer golpe. Puso el grito en el cielo la víctima, exclamando: "¡Pero tia!..." La vieja recogió y unió los dos pedazos de la caña, de lo que resultaba que podia pegar más á gusto, y ¡zas! emprendió una série de cañazos tan fuertes, tan bien dirigidos, tan admirablemente repartidos por todo el cuerpo de Isidora, que ésta, sin poder defenderse, gesticulaba, manoteaba, gemia, se

dejaba caer en el suelo, se arrastraba, escondia la cabeza, se revolvia. Y en tanto la feroz vieja, incitada al castigo por el castigo mismo, encendíase más en furia á cada golpe y los acompañaba de estas palabras:

"¡Toma, toma, toma, duquesas, marquesas, puños, cachas!... Cabeza llena de viento... Vivirás en las mentiras como el pez en el agua, y serás siempre una pisa-hormigas... Malditos Rufetes, maldita ralea de chiflados... ¡Ah puño! si yo te cogiera por mi cuenta, con un pié de solfeos cada dia te quitaria el polvo. Toma vanidad, toma lustre...

Y cada palabra era un golpe y cada golpe un cardenal leve (es decir, subdiácono), un rasguño ó moledura. Incapaz Isidora de desarmar á su verdugo, aunque lo intentó devolviendo cólera por cólera, hubo de rendirse al fin y sucumbió diciendo con gemido: "Por Dios, tia, no me pegue usted más."

En sus veinte años, Isidora tenia ménos fuerzas que la sexagenaria Encarnacion. Sin aliento yacia en tierra la víctima, recogiendo sus faldas y sacudiéndoles la tierra, tentándose en partes diversas para ver si tenia sangre, fractura ó contusion grave, mientras la Sanguijuelera, respirando como un fuelle en plena actividad, arrojaba los vencedores pedazos de caña, y alargaba su mano generosa á la víctima para ayudarla á levantarse.

"¡Cómo se conoce—dijo al fin la sobrina con vivísimo tono de desprecio—que no es usted persona decente!

—¡Más que tú, marquesa del pan pringao!—gritó la vieja, esgrimiendo de tal modo las manos, que Isidora vió los diez dedos de ella á punto de metérsele por los ojos.

—Usted no es mi tia. Usted no tiene mi sangre.

—Ni falta... A mucha honra... De gloria y descanso te sirva tu ducado, harta de miseria. Mira, como vuelvas aquí, ¿sabes lo que hago?

—¿Qué?—preguntó Isidora sintiéndose con más fuerzas para rechazar un nuevo ataque.

—Pues si vuelves aquí, cojo la escoba... y te barro, ¡qué puño! te echo á la calle como se echa el polvo y las cáscaras de fruta.

Isidora no dijo nada, y recobrándose marchó hácia la puerta. Abierto con trémula mano el cancel, salió andando á prisa, cuesta arriba, en busca de la Ronda de Embajadores, que debia conducirla á país civilizado. Temia que la vieja iria detrás de ella injuriándola, y no se equivocó. La Sanguijuelera, echando la cabeza fuera de la puerta, la despedia con una carcajada, que produjo siniestros ecos de hilaridad en toda la calle. Asomaban caras curiosas, frentes guarnecidas de rizos, bocas de amarillos dientes descubiertos hasta la raíz por estúpido asombro, bustos envueltos en pañuelos de distintos colores; y más de cuatro andrajosos chiquillos saltaron detrás de Isidora para festejarla con exclamaciones y cabriolas.

Sin detenerse, Isidora lanzó desde lo profundo de su alma, llena de pena y asco, estas palabras:

"¡Qué odioso, qué soez, qué repugnante es el pueblo!

CAPITULO IV.

El célebre Miquis.

I.

Salvo algunas ligeras neuralgias de cabeza, Isidora tenia excelente salud. Tan sólo era molestada de frecuentes y penosos insomnios, que á veces le hacian pasar de claro en claro las noches. La causa de esto parecia ser como una sed de su espíritu, que se fomentaba, sin aplacarse, de forzadísimas previsiones de lo futuro, de un perpétuo imaginar cosas que pasarian, que tendrian que pasar, que no podian ménos de tomar su puesto en las infalibles séries de la realidad. Era una segunda vida encajada en la vida fisiológica y que se desarrollaba potente, construida por la imaginacion, sin que faltase una pieza ni un cabo, ni un accesorio. En aquella segunda vida, Isidora se lo encontraba todo completo, sucesos y personas. Intervenia en aquellos, hablaba con estas. Las funciones diversas de la vida se cumplian detalladamente, y habia maternidad, amistades, sociedad, viajes, todo ello destacándose sobre un fondo de bienestar, opulencia y lujo. Pasar de esta vida apócrifa á la primera auténtica érale ménos fácil de lo que parece. Era necesario que las de Relimpio, con quienes vivia, le hablasen de cosas comunes, que fuese muy grande el trabajo y empezase muy temprano el ruido de la máquina de coser, ó que su padrino, el bondadosísimo D. José Relimpio, le contase algo de su vida pasada. Como

estuviese sola, Isidora se entregaba maquinalmente, sin notarlo, sin quererlo, sin pensar siquiera en la posibilidad de evitarlo, al enfermizo trabajo de la fabricacion mental de su segunda vida.

Cinco dias despues de su llegada á Madrid y á los cuatro de la escena con la Sanguijuelera, levantóse Isidora más tarde que de costumbre, por haber dormido la mañana, y se arregló á prisa. Aquel dia estrenaba unas botas. ¡Qué bonitas eran y qué bien le sentaban! Esto pensó ella poniéndoselas y recreándose en la pequeñez y configuracion graciosa de sus piés, y dijo para sí con orgullo: "Hoy, al ménos, no me verá con aquellas horribles botazas rotas que traje del Tomelloso." La vergüenza que sintió al mirar las botas viejas que en un rincon estaban, tambien muertas de vergüenza, no es para referida. Juró dar aquellos miserables despojos, al primer pobre que á la puerta llegase.

Púsose su vestidillo negro, que á toda prisa se habia hecho aquellos dias, colocóse el velito en la cabeza y hombros, mirándose al espejo con movimientos de pájaro, y se dispuso á salir. Antes abrió el balcon, y mirando á la calle dijo: "Allí está ya. ¡Qué puntual y qué caballero es!

Salió. Las de Relimpio le preguntaron que á donde iba.

"Voy en busca de mi tia—repuso ella.

Y bajando la escalera, decia para sí:

"He tenido que decir una mentira. Cuando yo esté en mi posicion, en mi verdadera posicion, no diré jamás una mentira. ¡Cuánto me repugna lo que no es verdad!... ¿Pero cómo lo tomarian si les dijera que voy á paseo con Miquis?... Es domingo, hoy no tiene clase, y anoche me dijo que queria enseñarme las cosas bonitas de Madrid, el Museo, el Retiro, la Castellana.

Y se volvió á mirar las botitas. Los documentos de que se ha formado esta historia dicen que eran de becerro mate

con caña de paño negro, cruzada de graciosos pespuntes.

"Me han costado tres duros—pensó Isidora en los últimos peldaños.—Con siete del vestido son diez; seis que dí á Doña Laura á cuenta son diez y seis. Aún me queda para vestir á Mariano y ponerlo en la escuela. Despues el tio me mandará más, y despues...

Isidora vivia en el 23 de la calle de Hernan Cortés. Miquis se paseaba desde la lechería á la esquina de la calle de Hortaleza, y estaba embozado en su capa de vueltas rojas, porque si bien el dia era claro y hermoso, se sentia fresco.

Saludáronse y emprendieron su marcha hácia el Retiro. Isidora, conforme á su costumbre de anticiparse á las ideas y á las intenciones de los demás, pensaba así durante los primeros pasos:—"Ahora me va á decir que parezco otra que me he trasformado desde que estoy aquí...„

Pero tambien se equivocó esta vez, como otras muchas, porque Miquis habló de cosa muy distinta.

—Me parece,—dijo,—que yo conozco á esas de Relimpio. Las he visto en las regiones etéreas. ¿No entiendes, En el paraíso del Teatro Real.

—Sí, allá van alguna vez. Son dos chicas, Emilia y Leonor. Trabajan mucho, cosen á máquina; pero ganan tan poco... Me han cedido un cuartito con balcon á la calle. Antes no sé si lo ocupaba un señor sacerdote. Necesitan ayudarse las pobres. Son muy buenas. Mi padrino D. José es el tipo más célebre del mundo.

Isidora rompió á reir y despues haciendo gala de uno de sus talentos mas brillantes, el de retratar en cuatro rasgos á una persona, se explicó así:

"¿No le conoces? Si le hubieras visto alguna vez no le olvidarias. Es un galan viejo, con la cara sonrosada. Tiene un bigotito rubio que parece cabello de angel, y hace unos

pliegues con la boca... Los ojos son de almibar; qué sé yo... Parecen dos uvas demasiado maduras. Usa un gorro con borla de oro, y es tan fino, tan relamido. Ha sido un Tenorio, segun dicen. Cose á máquina para ayudar á las chicas; pero su oficio es lo que llaman la Partida Doble. Se entretiene en poner todos los gastos en un libro grande ¿sabes?... Es preciso que le conozcas.

—¿Hace falta médico en la casa?

—Hombre sí. Doña Laura se queja de un dolor... no sé donde.

—Pues entraré contigo. Iré á hacerte una visita de ceremonia, diciendo que me manda tu tio, el del Tomelloso.

—Ya veremos el modo de que entres.

Despues siguieron hablando de otras cosas, y avanzaban poco en su paseo, porque Isidora se detenia ante los escaparates para ver y admirar lo mucho y vario que en ellos hay siempre. Tambien era motivo de sus detenciones el deseo oculto de mirarse en los cristales, pues es costumbre de las mujeres, y áun de los hombres, echarse una ojeada en los escaparates, para ver si van tan bien como suponen ó pretenden.

En el Museo las impresiones de aquella singular jóven fueron muy distintas, y sus ideas, levantando el vuelo, llegaron á zonas mucho más altas que aquella por donde andaban al rastrear en los muestrarios llenos de chucherías. Sin haber adquirido, por lecturas, nocion alguna del verdadero arte, ni haber visto jamás sino mamarráchos, comprendia la superioridad de lo que á su vista se presentaba; y con admiracion silenciosa, su vista iba de cuadro en cuadro, hallándolos todos, ó casi todos, tan acabados y perfectos, que se prometió ir con frecuencia al edificio del Prado para saborear más aquel goce inefable y desinteresado, que hasta entónces le fuera desconocido. Preguntó á

Miquis si tambien en aquel sitio destinado á albergar lo sublime, dejaban entrar al pueblo, y como el estudiante le contestara que sí, se asombró mucho de ello.

Llegaron por fin al Buen Retiro, cuyo lindo nombre ha querido en vano cambiarse con el insulso rótulo de *Parque de Madrid*. Allí las emociones de Isidora fueron una alegría casi infantil, un deseo vivo de correr, de despeinarse, de entrar descalza en los charcos de las acequias, de subir á las ramas en busca de nidos, de coger flores, de dormir á la sombra, de cantar. Aquella naturaleza hermosa, aunque desvirtuada por la correccion, despertaba en su impresionable espíritu instintos de independencia y de candoroso salvajismo. Pero bien pronto comprendió que aquello era un campo urbano, una ciudad de árboles y arbustos. Habia calles, plazas y hasta manzanas de follaje. Por allí andaban damas y caballeros, no en facha de pastorcillos, no al desgaire, ni en trenza y cabello, sino lo mismo que iban por las calles, con guantes, sombrilla, baston. Prontamente se acostumbró el espíritu de ella á considerar el Retiro (que sólo conocia por vagos recuerdos de su niñez) como una ingeniosa adaptacion de la Naturaleza á la cultura; comprendió que el hombre, que ha domesticado á las bestias, ha sabido tambien civilizar al bosque. Echando, pues, de su alma aquellos vagos deseos de correr y columpiarse, pensó gravemente de este modo: "Para otra vez que venga, traeré yo tambien mis guantes y mi sombrilla."

Despues de admirar el afeitado Parterre, fueron á dar la vuelta al estanque grande, que es un mar de bolsillo, como decia Miquis. Este la llevó luego por sitios escondidos y por las callejuelas y laberintos que están entre el estanque y la fuente de la China. Miquis estaba alegre como un niño, porque tambien en él, parroquiano constante del

Retiro, hacia sentir su influjo la vegetacion nueva de Primavera, los juegos del sol entre las ramas, el meneo de las hojas acariciándose, y aquel ambiente, compuesto de frescura y tibieza, que al mismo tiempo atemperaba el cuerpo y el alma. La capa le daba calor. Se la quitó arrojándola por tierra. Hizo despues una almohada de ella y se tendió en el suelo. Isidora se sentó frente á él.

"¿Oyes los pájaros?—dijo Miquis.—Son ruiseñores.

Isidora habia oido hablar de los ruiseñores como cifra y resúmen de toda la poesía de la Naturaleza; pero nunca los habia oido. Estos artistas no iban nunca por la Mancha. Puso atencion, creyendo oir odas y canciones, y su semblante expresaba un éxtasis melancólico, aunque á decir verdad lo que se oia era una conversacion de miles de picos, un galimatías parlamentario-forestal, donde el músico más sutil no podria encontrar las endechas amorosas de que tanto se ha abusado en literatura. Miquis se echo á reir, y como si tuviera gusto en despoetizar la hermosa situacion en que ambos se encontraban, dijo de improviso:

"Isidora, ayer he estado trabajando en el anfiteatro con el doctor Martin Alonso desde las dos hasta las cinco. Eramos tres alumnos. Le ayudábamos á hacer la autopsia de un viejo que murió del corazon. Si vieras, chica...

Isidora se puso las manos ante la cara con muestras de horror.

"Es el trabajo más bonito,—añadió Miquis.—Tonta, ¿por qué no se ha de hablar de esto? Si es la realidad, la ciencia... ¿Qué sería de la vida si no se estudiara la muerte? Nada me gusta como la cirugía, chica. O he de ser un gran cirujano ó nada. Verás. Cuando el doctor no estaba allí, cogíamos uno de los brazos del muerto y ¡zás! nos pegábamos bofetadas unos á otros...

Isidora dió un grito.

"Eres tonta... Pues si vieras lo que yo gozo cuando levanto un músculo con mi escalpelo, cuando me apodero de una entraña...

Isidora se levantó, echando á correr y metiéndose un dedo en cada oido.

"Aguarda, ruiseñora, no hablaré más de esto.

Luego se iban á otro sitio. Isidora, sentada junto á un tronco, se quedaba meditabunda, mirando, por un hueco del ramaje, las blancas masas de nubes que avanzaban sobre lo azul del cielo con soberana lentitud. Miquis cogia una rama seca y acercándose cautelosamente por detrás de la jóven, se la pasaba por la cara y decia con voz lúgubre: "¡La mano del muerto!"

Isidora daba un chillido; despues reian los dos. Miquis cantaba trozos de ópera; corrian un poco; escondíase él tras las espesas matas de aligustre, para que ella le buscase; encontrábanse fácilmente; se cogian las manos; se sentaban de nuevo; charlaban, convidados de la hermosura del dia y del lugar, donde todo parecia recien-criado, como en aquellos dias primeros de la fabricacion del mundo, en que Dios iba haciendo las cosas y las daba por buenas.

II.

Augusto Miquis, por quien sabemos los pormenores de aquellas escenas, es hoy un médico jóven de gran porvenir. Entónces era un estudiante aprovechadísimo, aunque revoltoso, igualmente fanático por la cirugía y por la música, ¡qué antítesis! dos extremos que parecen no tocarse nunca, y sin embargo se tocan en la region inmensa, inmensamente hetereogénea del humano cerebro. El recor-

daba las melodías patéticas, los graciosos ritornelos y las cadencias sublimes allá en la capacidad taciturna del anfiteatro, entre los restos dispersos del cuerpo de nuestros semejantes. El, en presencia de Raoul y Valentina, ó ante la sublime conjuracion de Guillermo Tell, ó en la sala de conciertos, pensaba en la aponeurosis del gran supinador. El, posado sobre los libros, como un ave sobre su empolladura, soñaba con un monumento colosal que expresase los exfuerzos del génio del hombre en la conquista de lo ideal. Aquel monumento deberia rematarse con un grupo sintético: ¡Beethoven abrazado con Ambrosio Paré!

Nació en una aldea tan célebre en el mundo como Babilonia ó Atenas, aunque en ella no ha pasado nunca nada, el Toboso. Dióle el Cielo inteligencia superior, que en aquella edad era todavía un desordenado instinto genial. Su aplicacion no era constante como la de las medianías, sino intermitente y caprichosa. Tan pronto devoraba libros, emprendia penosos estudios y practicaba con ardor la cirugía, como lo abandonaba todo para leer partituras al piano, tocándolo con pocos dedos y ménos nociones de música. Pero en estas alternativas de trabajo y holganza, se iba apoderando poco á poco de la ciencia, y cada idea que llegaba á ser suya, daba al punto en su mente magníficos frutos.

Todas las teorías novísimas le cautivaban, y le cautivaban más cuando eran más enemigas de la tradicion. El transformismo en ciencias naturales y el federalismo en política le ganaron por entero. La innovacion á que siempre se opuso fué la escuela de Wagner, porque este revolucionario, fabricante de mosáicos de notas, le heria en lo más vivo de su alma. Tenia Miquis gran facilidad de diccion. Se asimilaba prodigiosamente las ideas de los libros y las ideas de los maestros orales, sus frases, su estilo y hasta

su metal de voz. Burla burlando, imitaba á todos los profesores de la facultad, y como poseia extraordinaria retentiva, lo mismo era para él repetir un *allegro* lleno de dificultades, que pronunciar dos ó tres discursos sobre medicina ó filosofía naturalista.

Su carácter siempre alegre, erizado de malicias, se manifestaba en punzadas mil, en bromas á veces nada ligeras, en apropósitos, y en un charlar voluble, compuesto ya de hipérboles, ya de pedanterías burlescas, que ciertamente no indicaban que él fuese pedante, sino que, por bromear, bromeaba hasta con la ciencia. Tomando un tono hueco, hacia pasar por sus lábios todas las palabras retumbantes, todas las frases oscuras de la fraseología científica, y las intercalaba de paradojas de su propia cosecha, graciosamente originales. Aun hoy, que es un hombre de saber sólido, no ha perdido aquellas mañas, y nos divierte con sus chuscas habladurías. A veces parece querer zaherir aquello que adora; pero en realidad no hace más que mofarse de lo que es realmente pedantesco. Entónces no; sus burlas no perdonaban ni la verdad misma, ni la ciencia adorada. En la leonera que tenia por vivienda y que era una caverna de disputas, se oia su voz declamatoria, diciendo estas ó parecidas cosas: "...porque, señores, á todas horas estamos viendo que, unidas en fatal coyunda las enfermedades diatésicas, determinan la depauperacion general, la propagacion de los vicios herpético y tuberculoso, que son, señores, permitidme decirlo así, la carcoma de la raza humana, la polilla por donde parece marchar á su ruina...„ O bien, elevándose á lo teórico, gritaba: "Reconociendo, señores, la revolucion que las ciencias naturales, y especialmente la química, han hecho en la materia médica moderna, no conviene afirmar que la química, señores, forma un sistema médico por sí sola, porque antes que las leyes químico-or-

gánicas están las leyes vitales. Volved la vista, señores, á Paracelso, Helmoncio y Agrícola, y ¿qué hallareis, señores?...

Isidora vió una araña que se descolgaba de un hilo, un pájaro que llevaba pajas en el pico, una pareja de mariposas blancas que paseaban por la atmósfera con esa elegante desenvoltura que tanto ha dado que hablar en poesía, y sobre estos accidentes y otros dijo cosas que hicieron reir á Miquis. Hablando y hablando, Augusto llegó á decir:

"Por qué, señores, evolucion tras evolucion, enlazados el nacer y el morir, cada muerte es una vida, de donde resulta la armonía y el admirable plan del Cosmos.

¡El Cosmos! Qué bonito eco tuvo esta palabra en la mente de Isidora! ¡Cuanto daria por saber lo que era aquello del Cosmos!..... porque verdaderamente ella deseaba y necesitaba instruirse.

"¿Quieres saber lo que es eso, tonta?—le preguntó Miquis.—Vamos, veo que eres un pozo de ignorancia.

—No sé más que leer y escribir: deseo aprender algo más, porque sería muy triste para mí encontrarme dentro de algun tiempo tan ignorante como ahora. Enséñame tú. Yo me pongo á pensar qué será esto de morirse. Pues el nacer tambien...

—Tambien tiene bemoles,—añadió Augusto en tono sumamente enfático,—porque, señores, debemos principiar declarando que todo el mundo se compone de las mismas sustancias no creadas, no destructibles, y se sostiene por las mismas fuerzas imperecederas que actúan segun las mismas leyes, desde los átomos individuales hasta la inmensa multitud de cuerpos celestes, conservándose invariables en el conjunto de su efecto total... ¿Te has enterado?

—El demonio que te entienda... ¡Qué jerga!

—¡Qué bonitos ojos tienes!

—Tonto... Vamos á ver las fieras.

—No me da la gana. ¿Qué más fiera que tú?

—El leon...

—¡Leoncitos á mí!... Esos dos hoyuelos que te abrió Natura entre el músculo maseter y el orbicular me tienen fuera de mí... No te pongas séria, porque desaparecen los hoyuelos.

—Vámonos de aquí,—dijo Isidora con fastidio.

—Estamos en el lugar más recogido del laboratorio de la Naturaleza. Señores, hemos sido admitidos á presenciar sus trabajos misteriosos. Entremos en la selva profunda y sorprenderemos el palpitar primero de las nuevas vidas. Ved, señores, como de los infinitos huevecillos acariciados por el sol salen infinitos séres que ensayan entre las ramas su primer paso y su primer zumbido. ¿No oís cómo estrenan sus trompetillas estos niños alados que vivirán un dia y en un dia alborotarán la vecindad de este olmo? En el reino vegetal, señores, la nueva generacion se os anuncia con una fuerte emision de aromas mareantes, alguno de los cuales os afecta como si la esencia misma del vivir fuera apreciable al olfato. Las oleadas de fecundidad corren de una parte á otra, porque la atmósfera, señores, es mediadora, tercera ó Celestina de invisibles amores. Sentís afectado por esas emanaciones lo más íntimo de vuestro sér. Mirad, señores, los tiernos pimpollos, mirad cómo al influjo de esa fuerza misteriosa desarrollan las menudas florecillas sus primeras galas, cómo se atavían las margaritas mirándose en el espejo de aquel arroyo, cómo se acicalan...

—Cállate... Pues no tendrias precio para catedrático..

—Para catedrático-poeta, que es la calamidad de las aulas. Mira; el dia en que yo sea médico, voy á poner una cátedra para explicar...

—¿Qué?

—Para dar una leccion de armonía de la Naturaleza,—dijo Miquis mirándola á los ojos,—y explicar esos radios de oro que nacen en tu pupila y se extienden por tu íris... Déjame que lo observe de cerca...

—¡Qué pesado! Quita... Enséñame las fieras.

—Vamos mujer, esposa mia, á ver esas alimañas,—dijo Augusto en tono de paciencia.—Desde que me casé contigo me traes sobre un pié. Eras tan amable de polla, y ahora de casada tan regañona y exigente... Vamos, vamos, y me pondré un tigre en cada dedo... ¿Qué más? Se te antoja una girafa. ¡Isidora, Isidorilla!

Ambos se detuvieron mirándose entre risas.

"Si no me das un abrazo, me meto en la jaula del leon... Quiero que me almuerce. O tu amor ó el suicidio.

—Si pareces un loco.

—El suicidio es la plena posesion de sí mismo, porque al echarse el hombre en los amorosos brazos de la nada.... Pero vamos á ver á esos señores mamíferos.

—¿Qué son mamíferos?—preguntó Isidora, firme en su propósito de instruirse.

—Mamíferos son coles. Vidita, no te me hagas sábia. El mayor encanto de la mujer es la ignorancia. Dime que el sol es una tinaja llena de lumbre; dime que el mundo es una plaza grande y te querré más. Cada disparate te hará subir un grado en el escalafon de la belleza. Sosten que tres y dos son ocho y superarás á Vénus.

—Yo no quiero ser sábia, vamos, sino saber lo preciso lo que saben todas las personas de la buena sociedad, un poquito, una idea de todo... ¿me entiendes?

—¿Sabes coser?

—Sí.

—¿Sabes planchar?

—Regularmente.

—¿Sabes zurcir?

—Tal cual.

—¿Y de guisar cómo andamos?

—Así, así:

—Me convienes, chica. Nada, nada, te digo que me convienes, y no hay más que hablar.

—Pues á mí no me convienes tú.

—*¡Boa constrictor!*

—¿Qué es eso?

—Tú.

—Pero qué, ¿es cosa de medicina?

—Es una culebra.

—¿La veremos aquí?... Entremos. ¿Es esto la Casa de fieras?

—¿Quieres ver el oso? Aquí me tienes.

—Sí que lo eres—dijo Isidora riendo con toda su alma.

Y entraron. Un tanto aburrido Miquis de su papel de indicador, iba mostrando á Isidora, jaula por jaula, los lobos entumecidos, las inquietas y feroces hienas, el águila meditabunda, los pintorreados leopardos, los monos siempre soeces, y el leon monomaniaco, aburridísimo, flaco, comido de parásitos, que parece un soberano destronado y cesante. Vieron tambien las gacelas, competidoras del viento en la carrera, las descorteses llamas, que escupen á quien las visita, y los zancudos kanguróos que se guardan á sus hijos en el bolsillo. Satisfecha la curiosidad de Isidora, poca impresion hizo en su espíritu la menguada coleccion zoológica. Más que admiracion, produjéronle lástima y repugnancia aquellos infelices bichos privados de libertad.

"Esto es espectáculo para el pueblo,—dijo con desden.—Vámonos de aquí.

—Aunque enamorado,—indicó Miquis al salir,—estoy

muerto de hambre. Lo divino no quita lo humano. Amémonos y almorcemos.

III.

Tambien Isidora estaba desfallecida. Discutieron un rato sobre si darian por terminado el paseo en aquel punto, yéndose cada cual á su casa; pero al fin Miquis hizo triunfar su propósito de almorzar en uno de los ventorrillos cercanos á los Campos Elíseos. No eran ciertamente modelo de elegancia ni de comodidad, como Isidora tuvo ocasion de advertir, al tomar posesion de una mesa coja y trémula, de una silla ruinosa, y al ver los burdos manteles y el burdísimo empaque de la mujer súcia y ahumada que salió á servirles. Compareció sobre el mantel una tortilla flácida que, por el olor, más parte tenia de cebolla que de huevo, y Miquis la dividió al punto. El vino que llegó como escudero de la tortilla era picon y negro, cual nefanda mistura de pimienta y tinta de escribir. El plato, mal llamado fuerte, que siguió á la tortilla, y que sin duda debia la anterior calificacion á la dureza de la carne que lo componia, no gustó á Isidora más que el local, el vino y la dueña del puesto. Con desprecio mezclado de repugnancia observó la pared del ventorrillo, que parecia un mal establo, el interior de la tienda ó taberna, las groseras pinturas que publicaban el juego de la rayuela, el piso de tierra, las mesas, el ajuar todo, los cajones verdes con matas de *evónymus*, cuyas hojas tenian una costra de endurecido polvo, el aspecto del público de capa y manton que iba poco á poco ocupando los puestos cercanos, el rumor soez, la desagradable vista de los barriles de escabeche, chorreando salmuera...

"¡Qué ordinario es esto!—exclamó sin poderse contener.—Vaya, que me traes á unos sitios...

—Bah, bah... ¿No te gusta conocer las costumbres populares? A mí me encanta el contacto del pueblo... Para otra vez, marquesa, iremos á uno de los buenos *restaurants* de Madrid... Perdóname por hoy. ¡Esto estaba tan á mano!...Tenias tú una carita de hambre...

—Esto no es para mí,—dijo Isidora con remilgo.

—¡Impertinencia, tienes nombre de mujer!—exclamó el estudiante, á un tiempo riendo y mascando.—¡Descontentadiza, exigente! ¿A qué vienen esos melindres? Somos hijos del pueblo; en el seno del noble pueblo nacimos; manos callosas mecieron nuestras cunas de mimbre; crecimos sin cuidados, mocosos, descalzos; y por mi parte sé decir que no me avergüenzo de haber dormido la siesta en un surco húmedo junto á la panza de un cerdo. Usted, señora duquesa, viene sin duda de altos orígenes y ha gateado sobre alfombras, y ha roto sonajeros de plata; pero usted se ha mamado el dedo como yo, y ahora somos iguales, y estamos juntos en un ventorrillo, entre honradas chaquetas y más honrados mantones. La humanidad es como el agua; siempre busca su nivel. Los rios más orgullosos van á parar al mar, que es el pueblo; y de ese mar inmenso, de ese pueblo, salen las lluvias, que á su vez forman los rios. De todo lo cual se deduce, marquesa, que te quiero como á las niñas de mis ojos.

—Vámonos,—dijo Isidora con fastidio.

—Vámonos á Puerto-Rico,—replicó Miquis, despues de pagar el gasto.—Vámonos despacito hácia la Castellana, para que te hartes de ver coches, aristócrata, sanguijuela del pueblo... Si digo que te he de cortar la cabeza... Pero será para comérmela.

¡Con qué inocente confianza y abandono iban los dos,

en familiar pareja, por los senderos torcidos que conducen desde el camino de Aragon á Pajaritos! Bajaban á las hondonadas de tierra sembrada de miés raquítica; subian á los vertederos, donde lentamente, con la tierra que vacian los carros del Municipio, se van bosquejando las calles futuras; pasaban junto á las cabañas de los traperos, hechas de tablas, puertas viejas ó esteras, y blindadas con planchas que fueron de latas de petróleo; luego se paraban á ver muchachos y gallinas escarbando en la paja; daban vueltas á los tejares; se detenian, se sentaban, volvian á andar un poco, sin prisa, sin fatiga. Miquis, á ratos, hacia burlescos encarecimientos del paisaje. "Allá, decia, las pirámides de Egipto, que llamamos tejares; aquí el despedazado anfiteatro de estas tapias de adobes. ¡Qué vegetacion! Observa estos cardos seculares que ocultan el sol con sus ramas; estas malvas vírgenes, en cuya impenetrable espesura se esconde la formidable lagartija! Mira estos edificios, San Márcos de Venecia, Santa Sofía, el Escorial... ¡Ay! Isidora, Isidora, yo te amo, yo te idolatro. ¡Qué hermoso es el mundo! ¡Qué bella está la tarde! ¡Cómo alumbra el sol! ¡Qué linda eres y yo qué feliz!...

Pasaban otras parejas como ellos; pasaban perros, algun guardia civil acompañando á una criada decente; pastores conduciendo cabras; pasaban tambien hormigas, y de vez en cuando pasaba rapidísima por el suelo la sombra de un ave que volaba por encima de sus cabezas. Y ellos charla que charla. Miquis empezó contándole su historia de estudiante, llena de peripecias graciosas. Su hermano mayor, Alejandro Miquis, que estudiaba leyes, habia muerto algun tiempo antes, de una enfermedad terrible. Augusto habia despuntado desde muy niño por la medicina, y jamás vaciló en la eleccion de carrera. Su padre le enviaba treinta y cinco duros al mes, y él sabia arreglarse. ¡Habia te-

nido diez y siete patronas! Entregábale las mesadas, y tenia además el encargo de vigilarle y darle consejos, un hombre de posicion humilde y sanas costumbres, bastante viejo, amigo y áun algo pariente de los Miquis del Toboso. Este bravo manchego se llamaba Matías Alonso y era conserje de la casa de Aransis.

Al oir este nombre Isidora palideció, y el corazon le saltó en el pecho. Su espontaneidad quiso decir algo; pero se contuvo asustada de las indiscreciones que podria cometer. Despues salió á relucir el tema más comun en estos paseos de parejas. Hablaron de aspiraciones, del porvenir, de lo quo cada cual esperaba ser. Miquis habló sériamente, sin dejar su expresion irónica, por ser la ironía, más que su expresion, su cara misma. El esperaba ser un facultativo de fama y operador habilísimo. Llevaría un sentido por cada operacion, y viviría con lujo, sin olvidar á su bondadoso y honrado padre, labrador de mediana fortuna, que tantos sacrificios hacia para darle carrera. En cuanto ésta fuese concluida, pensaba el buen Miquis hacer oposicion á una plaza de hospitales. En los hospitales, decia, en esos libros dolientes es donde se aprende. Allí está la teoría unida á la experiencia por el lazo del dolor. El hospital es un museo de síntomas, un riquísimo atlas de casos, todo palpitante, todo vivo. Lo que falta á un enfermo le sobra á otro, y entre todos forman un cuerpo de doctrina. Allí se estudian mil especies de vidas amenazadas y mil categorías de muertes. Las infinitas maneras de quejarse acusan los infinitos modos de sufrir, y éstos las infinitas clases de lesiones que afligen al organismo humano; de donde resulta que el supremo bien, la ciencia, se nutre de todos los males y de ellos nace, así como la planta de flores hermosas y aromáticas es simplemente una trasformacion de las sustancias vulgares ó repugnantes conteni-

das en la tierra y en el estiércol. El pensaba trabajar y aplicarse mucho, sin desdeñar espectáculo triste, ni dolencia asquerosa, ni agonía tremenda, porque de todas estas miserias habia de nutrir su saber. Despues vendrian las visitas bien remuneradas, las consultas pingües. El se dedicaria á una especialidad. Al fin completaría sus satisfacciones abonándose á diario á la Opera, para que su espíritu, cansado del excesivo roce con lo humano, se restaurase en las frescas auras de un arte divino.

Luego tocaba á Isidora explanar sus pretensiones. ¡Pero le era tan difícil hacerlo!... Sus aspiraciones eran confusas, y su posicion particular, su delicadeza, no le permitian hablar mucho de ellas. ¡Oh! si dijera todo lo que podia decir, Miquis se asombraría, se quedaría hecho un poste. ¡Pero no, no podia explicarse con claridad! La cosa era grave. Quizás entre el presente triste y el porvenir brillante habrian de mediar los enojos de un pleito, cuestiones de familia, escándalos, revelaciones, proclamacion de hechos hasta entónces secretos, y que llenarían de asombro á la buena sociedad, á la *buena sociedad*, fijarse bien, de Madrid. Entre tanto, únicamente se podia decir que ella no era lo que parecia, que ella no era Isidora Rufete, sino Isidora... A su tiempo madurarían las uvas; á su tiempo se sabria el apellido, la casa, el título... Vivir para ver. Estas cosas no ocurren todos los dias, pero alguna vez...

Pasó un naranjero.

„¿Son de cáscara fina?—preguntó Miquis al comprar cuatro naranjas.—Toma, cómete esta para que se te vaya refrescando la sangre. La fluidez de la sangre despeja el cerebro, da claridad á las ideas...

—Así es—prosiguió Isidora con cierta fatuidad mal disimulada,—que si me preguntas cosas que no sean de lo que ahora está pasando, quizás no te podré contestar. ¿Qué

sé yo lo que será de mí? ¿Conseguiré lo que deseo y lo que me corresponde? ¡Hay tanta picardía en este mundo!

—Verdaderamente que sí,— dijo Augusto en el tono más enfáticamente burlesco que usar sabia.—El mundo es una sentina, una cloaca de vicios. En él no hay más que dolo y falsía. Malo es el mundo, malo, malo, malo. ¡Duro en él! En cambio nosotros somos muy buenos; somos ángeles. La culpa toda es del pícaro mundo, de ese tunante. Es el gato, hija mia, el gato, autor de todas las fechorías que ocurren en... el cosmos. ¡Ah! ¡mundo, pillin, si yo te cogiera!... Pero ven acá, alma mia; puesto que vas á dar un salto tan brusco en la escala social... díme: allá, en esos Olimpos, ¿te acordarás del pobre Miquis?

—¿Pues no me he de acordar? Serás entónces un médico célebre.

—Y tan célebre!... Vamos á lo principal. Y tendrás á ménos ser esposa de un Galeno?

—¿De un qué?... ¿de una notabilidad?... ¡Oh! no. Poco entiendo de cosas del mundo; pero me parece que los grandes doctores pueden casarse con...

—Con las reinas, con las emperatrices.

—Y sobre todo, chico,—añadió Isidora,—de algo ha de valer que nos conozcamos ahora. Y lo que es á mí...

¡Cuánta ternura brilló en sus ojos, mirando á Miquis que la devoraba con los suyos!

—Lo que es á mí... no me han de imponer un marido que no sea de mi gusto, aunque esté más alto que el sol.

—¡Bendita sea tu boca!- -exclamó Augusto apoderándose de las dos manos de ella.—¡Ay! prenda, ¡qué frias tienes las manos!

—¡Y las tuyas qué calientes!

Isidora volvió á pensar en que nunca más saldria á la calle sin guantes.

—¿Querrás siempre á este pobre Miquis, que te quiere más...? Desde que te ví en Leganés, me estoy muriendo, no sé lo que me pasa, no estudio, no duermo, no puedo apartar de mí esos ojos, ese perfil divino y todo lo demás.

Ella empezó á comer otra naranja, y él la miraba embebecido. Nunca le habia parecido tan guapa como entónces. Sus lábios, empapados en el ácido de la fruta, tenian un carmin intensísimo, hasta el punto de que allí podian ser verdad los rubís, montados en versos, de que tanto han abusado los poetas. Sus dientecillos blancos, de extraordinaria igualdad y finísimo esmalte, mordian los dulces cascos como Eva la manzana, pues desde entónces acá, el mundo no ha variado nada en la manera de comer fruta. Saboreando aquella, Isidora ponia en movimiento los dos hoyuelos de su cara, que ya se ahondaban, ya se perdian, jugando en la piel. La nariz era recta. Sus ojos claros, serenos y como velados, eran, segun decia Miquis, de la misma sustancia con que Dios habia hecho el crepúsculo de la tarde.

Miquis intentó abrazarla. Isidora habia despuntado un casquillo con intencion de comérselo. Variando de idea al ver las facciones de su amigo tan cerca de las suyas, alargó un poco la mano y puso el pedazo de naranja entre los dientes de Miquis. El se comió lo que era de comer y retuvo un rato entre sus lábios las yemas de aquellos dedos rojos de frio.

Isidora entónces se levantó bruscamente y echó á correr por el sendero.

Corrieron mucho.

"¡Ya te cogi!—exclamó Augusto fatigadísimo y sin aliento, apoderándose de ella.—Perla de los mares, antes de cogerte se ahoga uno.

—Formalidad, formalidad, señor doctorcillo,—dijo Isidora poniéndose muy séria.

—¡Formalidad al amor! El amor es vida, sangre, juventud, al mismo tiempo ideal y juguete. No es la Tabla de Logaritmos, ni el Fuero Juzgo, ni las Ordenanzas de Aduanas.

—Juicio, mucho juicio, Sr. Miquis.

—El juicio está claro, señorita. Yo sé lo que me digo. Oye bien. Por mi padre, que es lo que más quiero, juro que me caso contigo.

—¡Hui qué prisa!...

—Está dicho,

—¡Mira este!

—Un Miquis no vuelve atrás; *un re non mente*; la palabra de un Miquis es sagrada.

—¡Bah! ¡bah!

—Soy del Toboso, de ese pueblo ilustre entre los pueblos ilustres. Un tobosino no puede ser traidor.

—Pero puede ser tinaja.

—No te rias; esto es sério. Estamos hablando de la cosa más grave, de la cosa más trascendental.

Y era verdad que estaba sério.

"No nos detengamos aquí,—dijo Isidora viendo que el estudiante buscaba un sitio para sentarse. Hace fresco.

—Sigamos. En otra parte hablaremos mejor.

—¿A dónde quieres llevarme? yo no voy sino á mi casa.

—Por ahora bajemos á la Castellana, para que veas cosa buena.

—Sí, sí, á la Castellana. Mi tio el Canónigo me decia que es cosa sin igual la Castellana.

—Escribiré mañana á tu tio el Canónigo.

—¿Para qué?

—Para pedirte. Agárrate de mi brazo. Vamos á prisa... Cuando digo que me caso. Sí, estudiante y todo. Mi padre pondrá el grito en el cielo; pero cuando te conozca, cuando

vea esta joya... desprendida de la corona del Omnipotente...

Las risas de Isidora oíanse desde lejos. Al llegar al barrio de Salamanca, guardaron más compostura y desenlazaron sus brazos. Bajaban por la calle de la Ese cuando Isidora se detuvo asombrada de un rumor contínuo que de abajo venia.

IV.

"¿Hay aquí algun torrente?—preguntó á Miquis.

—Sí, torrente hay... de vanidad.

—¡Ah! ¡coches...!

—Sí, coches... Mucho lujo, mucho tren... Esto es una gloria arrastrada.

Isidora no volvia de su asombro. Era el momento en que la aglomeracion de carruajes llegaba á su mayor grado, y se retardaba la fila. La obstruccion del paseo impacientaba á los cocheros, dando algun descanso á los caballos. Miquis veia lo que todo el mundo ve, muchos trenes, algunos muy buenos, otros publicando claramente el *quiero-y-no puedo* en la flaqueza de los caballos, vejez de los arneses y en esa tristeza especial que se advierte en el semblante de los cocheros de gente tronada; veia las elegantes damas, los perezosos señores, acomodados en las blanduras de la berlina, alegres mancebos guiando faetones, y mucha sonrisa, mucha confusion de colores y líneas. Pero Isidora, para quien aquel espectáculo, además de ser enteramente nuevo, tenia particulares seducciones, vió algo más que lo que vemos todos. Era la realizacion súbita de un presentimiento. Tanta grandeza no le era desconocida. Ella la habia soñado, la habia visto, como ven los místicos el Cielo antes de morirse. Así la rea-

lidad se fantaseaba á sus ojos maravillados, tomando dimensiones y formas que sólo son propias de la fiebre y del arte. La hermosura de los caballos, y su grave paso y gallardas cabezadas, eran á sus ojos como á los del artista la inverosímil figura del hipogrifo. Los bustos de las damas, apareciendo entre el desfilar de cocheros tiesos y entre tanta cabeza de caballos; los variados matices de las sombrillas, las libreas, las pieles, producian ante su vista un efecto igual al que en cualquiera de nosotros produciria la contemplacion de un magnífico fresco de apoteosis, donde hay ninfas, pegasos, nubes, carros triunfales y flotantes paños. ¡Qué gente aquella tan feliz! qué envidiable cosa aquel ir y venir en carruaje, viéndose, saludándose y comentándose! Era una gran recepcion dentro de una sala de árboles, ó un rigodon sobre ruedas. ¡Qué bonito mareo el que producian las dos filas encontradas, y el cruzamiento de perfiles marchando en direccion distinta! Los ginetes y las amazonas alegraban con su rápida aparicion el hermoso tumulto; pero de vez en cuando la presencia de un antipático simon lo descomponia.

"Debian prohibir,—dijo Isidora con toda su alma,—que vinieran aquí esos horribles coches de peseta.

—Déjalos... En ellos van quizás algunos prestamistas que vienen á gozarse en las caras aburridas de sus deudores, los de las berlinas. El simon de hoy es el *landau* de mañana... Esto es una noria; cuando un cangilon se vacía otro se llena.

Apareció un coche de gran lujo, con lacayo y cochero vestidos de rojo.

"El Rey Amadeo,—dijo Miquis.—El Rey. Mira, mira, Isidora... No me quitaré yo el sombrero como esos tontos.

—Si apenas le saludan...—observó Isidora con lástima.

—Pues cuando vuelva á pasar, le hago yo la gran cortesía·

Mi tio el Canónigo dice que está excomulgado este buen señor; pero el Rey es Rey.

Pasado su primer arrobamiento, Isidora empezó á ver con ojos de mujer, fijándose en detalles de vestidos, sombreros, adornos y trapos.

"¡Qué variedad de sombreros! Mira este, mira aquel. Miquis...! vaya un vestidito! Y tú, ¿por qué no montas á caballo? Para parecerte á aquel jóven...

—Es un cursi.

—Y tú un veterinario... ¡Qué hermosas son las mantillas blancas! Es moda nueva, quiero decir, moda vieja que han desenterrado ahora... Creo que es cosa de política. Mi tio el Canónigo decia...

—Hazme el favor de no nombrarme más á tu tio el Canónigo, quiero decir, á mi querido tio... Esto de las mantillas blancas es una manifestacion, una protesta contra el Rey extranjero.

—¡Qué salado! Si yo tuviera una mantilla blanca tambien me la pondria.

—Y yo te ahorcaría con ella.

—¡Ordinario!

—Tonta.

—Esta gente,—afirmó Isidora con mucho teson,—sabe lo que hace. Es la gente principal del país, la gente fina, decente, rica; la que tiene, la que puede, la que sabe.

—Trampas, fanatismo, ignorancia, presuncion.

—Pues y tú...? grosero, salvaje, pedante...

— Isidora, mira que eres mi mujer.

—Yo mujer de un albeitar...?

—Isidora, mira que te cojo.... y ni tu tio el Canónigo te saca de mis manos.

—Basta de bromas. ¡Vaya que te tomas unas libertades...! Nuestros gustos son diferentes.

—Su gusto de usted, señora, se amoldará al gusto mio. Eso se lo enseñará á usted mi secretario, que es una vara de avellano.

—A mí tú!—exclamó ella con brío, deteniéndose y mirándole.

—No hagas caso..... Te quiero como á la medicina. Haz de mí lo que gustes...

—Eso ya es otra cosa...

—Cuando nos casemos, como yo he de ganar tanto dinero, tendrás tres coches, catorce sombreros, y la mar de vestidos...

—Si yo no me caso contigo...—manifestó la jóven en un momento de espontaneidad.

Habia en su expresion un tonillo de lástima impertinente, que poco más ó ménos queria decir: "Si yo soy mucha cosa para tí, tan pequeño!„

"Falta saberlo. Te casarás por fuerza. Te obligaré. Tú no me conoces. Soy un tirano, un mónstruo, un Han de Islandia; beberé tu sangre...

—Qué es eso de Han de Islandia?—preguntó ella en su prurito de ilustrarse.

—Han de Islandia es berengenas. Déjese usted de sabidurías. Coser, planchar y espumar el puchero.

—No espumaré yo el tuyo, paleto.

—Marquesa de pañuelo de hierbas!

—Saca-muelas.

Los dos se echaron á reir.

—No te quiero,—murmuró Isidora.

—Pues me echo á llorar.

—No te quiero ni pizca, ni esto.

—Pues yo te adoro. Mientras más me desdeñas más me gustas. Cuando pienso que ya se acerca la hora de separarnos, no sé qué me da... Se me antoja robarte.

—¡Y cuánta gente á pié!—exclamó ella sin hacer caso de las gracias de Augusto.

—Aquí, en dias de fiesta, verás á todas las clases sociales. Vienen á observarse, á medirse, y á ver las respectivas distancias que hay entre cada una, para asaltarse. El caso es subir al escalon inmediato. Verás muchas familias elegantes que no tienen que comer. Verás gente dominguera que es la fina crema de la cursilería, reventando por parecer otra cosa. Verás tambien despreocupados que visten con seis modas de atraso. Verás hasta las patronas de huéspedes disfrazadas de personas, y las costureras queriendo pasar por señoritas. Todos se codean y se toleran todos, porque reina la igualdad. No hay ya envidia de nombres ilustres, sino de comodidades. Como cada cual tiene ganas rabiosas de alcanzar una posicion superior, principia por aparentarla. Las improvisaciones estimulan el apetito. Lo que no se tiene se pide, y no hay un solo número uno que no quiera elevarse á la categoría de dos. El dos se quiere hacer pasar por tres; el tres hace creer que es cuatro; el cuatro dice "si yo soy cinco„ y así sucesivamente.

—Ya se van los coches,—dijo Isidora que apenas habia oido la charla de su amigo.

Era tarde. Llegaba el momento en que, cual si obedecieran á una consigna, los carruajes rompen filas y se dirigen hácia el Prado. Es tan reglamentario el paseo, que todos llegan y se van á la misma hora. Isidora notó la confusion del desfile al galope, tomándose unos á otros la delantera, escurriéndose los más osados entre el tumulto; y oia con delicia el chasquido de látigos, el *¡jeh!..* de los cocheros, y aquel profundo rumor de tanta y tanta rueda, pautando el suelo húmedo, entre los crujidos de la grava. Ella habria deseado correr tambien. Su corazon, su espíritu se iban con aquel oleaje. Allá lejos brillaban ya al-

gunas luces de gas entre el polvo del Prado. Aquella neblina que se forma con el vaho de la poblacion, las evaporaciones del riego, y el contínuo barrer (de que son escobas las colas de los vestidos) se iba iluminando hasta formar una claridad fantástica, cual irradiacion lumínica del suelo mismo. Viendo como los coches se perdian en aquel fondo, Isidora apresuró el paso.

"Vamos por aquí,—dijo Miquis, desviándola de la línea de paseos para subir hácia el Saladero y acortar camino.

—¡Jesús! siempre me llevas por lo más feo, por donde no se encuentran más que tios. ¿Hay tambien aquí ventorrillos?

—¿Quieres que comamos juntos? Iremos á una fonda.

—No, no, no. Basta de paseos. Esto no está bien... ¡qué se dirá de mí! Para calaverada basta.

—¡Maldita sea la hora en que nací!—gruñó el estudiante. —¿Dejarte ahora, separarnos?... ¿Vas á tu casa?

—Sí, hombre. ¡Qué dirán!

—¡Oh! sí, ¡qué dirán los marqueses de Relimpio!

—No son marqueses, pero son personas honradas.

—¿Quieres ir esta noche al Teatro Real?

¡El Teatro Real! Otro golpe mágico en el corazon y en la mente de la sobrina del Canónigo.

"Pero á eso que llamais paraiso, van personas...

—¿Personas decentes?... lo más decente de Madrid, la flor y nata.

Como no estaba bien que ella saliese sola con Miquis por la noche, convinieron en que éste convidaria tambien á las niñas de Relimpio. A esto debia anteceder la presentacion reglamentaria de Augusto en el domicilio de doña Laura, para lo que se acordó, tras cortas vacilaciones, una mentirijilla venial. Isidora diria que al volver á su casa desde la de su tia se habia encontrado al tal jóven, amigo

íntimo, deudo y áun pariente lejano del señor Canónigo. Era, no ya estudiante, sino médico hecho y derecho, y bien podia prestar servicios tan excelentes como gratuitos á una familia que no gozaba de perfecta salud.

Despidiéronse con fuertes apretones de manos, que á Miquis no le parecian nunca bastante fuertes. Isidora subió sumamente fatigada. Las de Relimpio le dijeron que habia venido á visitarla un caballero de muy buen porte. Entró la jóven en su cuarto, donde la esperaba una gratísima sorpresa. Sobre la cómoda habia una tarjeta con el pico doblado.

CAPITULO V.

Una tarjeta.

El corazon se le queria salir del pecho al ver aquellos bonitos caractéres que decian:

El marqués viudo de Saldeoro.

Largo rato estuvo perpleja, con la cartulina en la mano, sin apartar los ojos del sortilegio que sin duda contenian las letras negras del nombre y las pequeñitas de las señas, donde se leia: *Jorje Juan*, 13. Las emociones varias que despues se sucedieron en ella, las cosas que pensó en rápido giro de la mente, no son para contadas. Todo se resolvió en alegría, de la que se derivaban, como de rico manantial, diversas corrientes de sentimientos expansivos, á saber: un profundo agradecimiento á aquel distinguido caballero que la visitaba, y un deseo vivo de que llegase pronto, muy pronto, lo más pronto posible, el dia siguiente.

Su buen tio habia escrito á dos principales señores de Madrid, padre é hijo, para que la ampararan, defendieran y aconsejaran en el grave negocio de reclamar su posicion y herencia. ¡Cosa extraña y digna de gratitud! Una de las personas á quienes venia recomendada, el hijo, el marqués de Saldeoro, de cuya gallardía y proezas galantes habian llegado noticias al mismo Tomelloso, no esperaba á ser visitado por ella, sino que, dando una prueba más de su acatamiento al bello sexo, se apresuraba á visitarla en tan humilde morada!...

Y como la impresionable jóven, cuando se ponia á ver las

cosas por su faz risueña y á hacer combinaciones felices, llegaba á límites incalculables, empezó á ver llano y expedito el camino que antes le pareciera dificultoso; pensó que se le abririan voluntariamente las puertas que creyó cerradas, y que todo iba bien, perfectamente bien. Usando entónces de aquella propiedad suya que ya conocemos, dió realidad en su mente al marqués de Saldeoro, favorito de las damas, segun decian lenguas mil; le tuvo delante, le oyó hablar agradecida, le preguntó ruborizada; construyó, si así puede decirse, con material de presunciones y elementos fantásticos, la visita personal que al siguiente dia no podia ménos de realizarse.

Consecuencias precisas de esta febril concomitancia con un personaje á quien suponia adornado de las más seductoras cualidades, fueron un desden muy vivo hácia el pobre Miquis, y una vergüenza de las escenas de aquel dia. El paseo con el estudiante, la escena del ventorrillo, la vil tortilla cebolluna, las naranjas comidas en campo raso, las confianzas, las carreritas, se reprodujeron en su imaginacion como un sabor amargo y malsano, haciendo salir el rubor á su semblante. Habian sido aquellas aventurillas tan contrarias á su dignidad y á su posicion futura, que diera cualquier cosa porque no hubieran pasado.

Tan metida en sí misma estaba con estos bochornos y aquellas alegrías, que apenas comió. Como recordara en la mesa que debia hablar algo de Augusto para preparar su presentacion, dijo que era un estudiante pobre, un buen chico, hijo de labradores, algo tocado de la cabeza, más músico que médico y más médico que fino. Cuando Augusto llegó, negóse Isidora á ir al teatro, porque le habia dado jaqueca. Emilia y Leonor no quisieron ir tampoco, y el buen estudiante quedó en la situacion más desairada del mundo. Pero como era tan listo, y maravillosamente se ple-

gaba á todo, hasta dominar las situaciones más difíciles, bien pronto cautivó á toda la familia con sus donaires. Doña Laura propuso jugar á la brisca; trajo D. José de su cuarto una sebosa baraja; y en el comedor, bajo la pestífera llama del petróleo mal encendido, formaron el más alegre corrillo que vieron casas de huéspedes.

Huyendo de tanta vulgaridad, retiróse Isidora á su cuarto, donde se encerró.

"Ese pobre Miquis—decia—es muy buen muchacho, pero tan ordinario... ¡Pobrecillo! me da lástima de él; ¿pero qué voy á hacer? ¿Puedo yo hacer que las cosas sean de otra manera que como Dios las ha dispuesto?... Está que ni pintado para Emilia ó para Leonor... Me alegraré mucho de que sea un hombre de provecho. Necesitará proteccion de las personas acomodadas, y en lo que de mí dependa...

Se acostó, no para dormir, sino para seguir dando vida ficticia en el horno siempre encencido de su imaginacion, á la visita del dia siguiente y á las consecuencias de la visita. El marqués de Saldeoro entraba; ella le recibia medio muerta de emocion, le hablaba temblando; él le respondia finísimo. ¡Y qué claramente le veia! Ella rebuscaba las palabras más á propósito, cuidando mucho de no decir un disparate por donde se viniera á conocer que acababa de llegar de un pueblo de la Mancha... El era el más cumplido caballero del mundo... Ella se mostraba muy agradecida... El dejaria su sombrero en el sillon... Ella tendria cuidado de ver si alguna silla estaba derrengada, no fuera que en lo mejor de la visita hubiese una catástrofe... El habia de dirigirla alguna galantería discreta... Ella tenia que prever todas las frases de él para prepararse y tener dispuestas ingeniosas contestaciones... ¡Cielo santo! y aún faltaba una larga noche y la mitad de un larguísimo dia para que aquel desvarío fuera realidad... Era preciso arreglar el cuarto lo

mejor posible... ¡Qué pensaria él al ver aquellos cuatro trastos!... Isidora no podia mirar, sin sentir pena, las tres láminas que ornaban las paredes empapeladas de su cuarto. Aquí una vieja estampa sentimental representaba la *Princesa Poniatowsky en el momento de recibir la noticia de la muerte de su esposo*; allí el cuadro del Hambre; en frente dos amantes escuálidos, alambicados y de pié muy pequeño, él de casaca con mangas de pernil, ella con sombrero de dos pisos, se juraban fidelidad junto á un arroyo... Si doña Laura no se incomodase, Isidora arrojaria á la calle las tres laminotas... Pues, ¿y la cómoda con su cubierta de hule manchado? Más valia no verla... Pero ella se levantaria temprano y fregotearía bien la cómoda, el lavabo de tres patas, y haria maravillas de órden y limpieza... Despues saldria á comprar una corbata bonita... Rogaria á doña Laura que la dejara traer de la sala dos sillas de damasco con sus fundas de percal... En fin... No contenta con pensar lo que pasaria al siguiente dia, pensó los sucesos del tercer dia y los del otro y los del mes próximo, y los del año venidero, y los de dos, tres ó cuatro años más.

Dejémosla mal dormida, abrazada consigo misma, allá á las altas horas de la noche, cuando todo ruido cesara en la casa. ¿Era aquello felicidad ó martirio? Dice Miquis, y quizás dice bien, que no existiria ni siquiera el nombre de felicidad, si no se hubiera dado al hombre, como se da al niño el juguete, el consuelillo de esperarla.

CAPITULO VI.

¡Hombres!

I.

Aquella buena mujer que pared por medio de la Sanguijuelera vivia, tenia por consorte á un rico comerciante americano. Entiéndase bien que lo de rico se le aplica por ser tal su apellido (se llamaba Modesto Rico), y lo de americano por tener su establecimiento, no en las Américas que están de la otra banda de la mar, sino en aquellas, ménos pingües y lejanas, que se extienden por la Ribera llamada de Curtidores, pasan la procelosa Ronda de Toledo y van á perderse entre basuras, escombros y resíduos de carbon, en las Pampas de la Arganzuela, cerca de donde, por fétidas bocas, arroja Madrid sobre el Manzanares lo que no necesita para nada.

Modesto Rico tenia un tingladillo de clavos usados, espuelas rotas, hebillas, cerraduras mohosas, jáulas de loro, abolladas alambreras y tinteros de cobre. Era además lañador y lañaba de lo lindo. Ganaba poco, y este poco se lo quitaba su aficion á la horchata de cepas. Animal más digno de desprecio y lástima no se ha visto ni verá. Una y otra vez en el curso de la semana, y principalmente los domingos y lunes, hacia sus cuentas sobre las costillas de su

mujer, con una vara de acebuche ó simplemente con la mano, más dura que granito.

Pues de esta union habia nacido un niño, el más bonito, el más gracioso, el más esbelto, el más engañador y salado que en el barrio habia. Contaba á la sazon diez años que parecian doce, segun estaba el rapaz de espigado y suelto. Su cara era fina y sonrosada, el corte de la cabeza perfecto, los ojos luceros, la boca de ángel chapado á lo granuja, las mejillas dos rosas con rocío de fango; y su frente clara, despejada y alegre, rodeada de graciosos rizos, convidaba á depositar besos mil en ella. Por estas lindezas, por la soltura de sus miembros y gallardía de su cuerpo alto y delicado, estaba más orgullosa de él su madre que si hubiera parido un príncipe. Hablaba el lenguaje de su edad, con graciosos solecismos, comiéndose medio idioma y deshuesando el otro medio. Si en el Cielo hay algun idioma ó dialecto, el oir como lo destrozan los ángeles será el mayor regocijo y entretenimiento del Padre Eterno.

Hacia grandes esfuerzos Angustias (á quien llamaban tambien *Palo-con-ojos*) por poner sobre aquellas tiernas carnes ropa apropiada á la preciosa cara y al bonito cuerpo de su hijo. Su pobreza no le permitia el lujo más ansiado de su corazon. Pero allá como Dios le daba á entender, con guiñapos del Rastro y otros que ella arreglaba, conseguia vestirle á su placer, y se recreaba en él; se miraba en aquel espejo que era su vida y sus amores; se henchía de satisfaccion oyendo los encomios que del muchacho hacian las vecinas. Para los domingos tenia un pantalon azul, más bien recortado que corto, unas botas usadas, de segunda mano, ó mejor, de segundos piés, y una camisola que su madre cuidaba de planchar el sábado. Pero lo más lindo era una chaquetilla de felpa roja, tan raida como bien ajus-

tada, sobre la cual liaba Angustias una faja hecha de dos ó tres cintas de colores perfectamente cosidas, con lo que el muchacho parecia un sol, más que un príncipe, algo de sobrenatural en belleza y gallardía, como un Niño Jesús vestido de torero. Desde que apareció por primera vez en la calle de Moratines, le pusieron por apodo *El Majito*, y así se llamó toda su vida. Su nombre era Rafael. Decian los vecinos que todas aquellas galas habian sido de niños muertos, y de despojos allegados, sabe Dios como, en el oscuro borde de la tumba. No nos corresponde aclarar esto, y tuvieran ó no razon las murmuradoras, ello es que el Majito estaba majísimo con aquellos arreos.

Lo que vamos á contar pasó en un domingo. El Majito salió brincando de su casa para ir á enredar en las agenas. Miróle salir gozosa *Palo-con-ojos;* mas no era fácil que el regocijo se pintase en su cara, por tenerla casi toda cubierta con un pañuelo, á causa del dolor de muelas y de la hinchazon que estaba sufriendo aquel dia. Y áun así no faltaban alrededor de su frente las sortijillas pegadas con tragacanta, ni la canastilla y peinas. Era la carátula más grotesca que imaginarse puede, pues uno de los lados de su rostro parecia calabaza, y tal era el peso, que no separaba de aquella parte la mano.

El Majito se metió de un salto en la tienda de la Sanguijuelera. Esta solia mimarle y le obsequiaba unas veces con piñones y otras con azotes.

"Hola, lagartijilla, ¿ya estás aquí?... No enredes en la tienda, porque te voy á reventar...

—¿Y Pecado?

—En el taller... Dios le tenga allá...

Aquel dia, aunque era festivo, el soguero tenia trabajo hasta las doce. No habia querido ir Mariano; pero su severa tia le cogió por una oreja, y... ¡Valiente holgazan!

"¿Y Pecado?—volvió á preguntar el Majito.

—Te digo que está en el trabajo... No te montes sobre la tinaja. Si la rompes, vas á ver. ¡Eh, eh! no te encarames, ó te vas de aquí más pronto que la vista.

—¿En dónde está Pecado?

Para preguntar, los sábios y los chicos. La Sanguijuelera, cansada de responder á la misma pregunta, le cogió con una mano los dos carrillos, estrujándoselos, con lo que la boca del Majito resultó como una guinda. Le dió un beso en ella, diciéndole: "¡Qué pesado eres... y qué rebonito!"

"¡Suéltame, vieja!— exclamó Rafael, limpiándose la cara.

—Eso es, frótate, bobo... Y me has llenado de babas.

—¿Y Pecado?

—¡Toma Pecado!

Y le arreó dos nalgadas. Como un jilguero saltó el Majito, y de un brinco se puso en el pasillo, y de otro brinco en el patio interior, y con un tercer brinco se metió en el aposento donde Encarnacion vivia, el cual no era notable por su desahogo ni por sus claridades. Difícilmente se podria determinar, sin tener costumbre de andar dentro de tal laberinto, lo que allí habia; pero el Majito, que conocia el local como el raton conoce las entradas y salidas de la casa que habita, subió á eminencias que parecian camas; descendió á negros abismos que parecian arcones abiertos; trepó por las gastadas graderías de un estante viejo; se arrastró por suelos polvorientos; metió su brazo por tortuosas grietas formadas de informes bultos arrimados á la pared. Sin duda buscaba algo. Su flexible cuerpecillo se escurria y se deslizaba en silencio de hueco en hueco, hasta que al fin, apoyado en un cofre, dió una voltereta agitando las patillas en el aire, y se sumergió como el nadador en persecucion de la perla. Era un rincon oscuro,

polvoroso, lleno de cachivaches, antes apreciables al tacto que á la vista, objetos de carton, de cuero, de metal, algo como mochilas, bayonetas, cartucheras, trozos de arreos militares, desechados por inútiles en la liquidacion de un bazar de juguetes. El Majito miró y se estuvo quieto, atento. Sus ratoniles ojos veian en la oscuridad aquel monton de cosas. Era un cuadro en las profundidades del mar, con ansiedad de buzo y resplandor de mariscos entre el lívido verdor del agua. Las arañas se paseaban sobre los objetos; pero Rafael no les tenia miedo. Las correderas entraban y salian por los intersticios, huyendo azoradas al ruido; pero el Majito tampoco les tenia miedo.

Estuvo un rato en acecho, dudoso, mirando y eligiendo. Fuerte cosa era decidir cual objeto tomaria. Por último, decidido, tiró de una brillante empuñadura y sacó un sable. Despues revolvió el conjunto y vió un brillo seductor de galones. Dióle un salto el corazon de ratero y tomó lo que brillaba. Era un sombrero que parecia escudilla, un ros de carton, deforme, cuarteado, pero con tres tiras de papel dorado, pegadas en redondo. El Majito, que tan poco sabia del mundo, sabia que los tres entorchados son la insignia de capitan general, y que esta es la gerarquía más alta del ejército. ¡Vaya usted á averiguar donde esos diablos de chicos aprenden ciertas cosas!

Se puso el ros y vió que era bueno. Empuñó el sable. Era un palito pinchante amarrado á una empuñadura de metal, que en su orígen parecia haber sido asa de un brasero de cobre. Habia en la prenda militar una fabricacion tosca, pero ingeniosa, que denotaba tanta habilidad como falta de medios. Autor y dueño de aquellos arreos era, como se habrá comprendido, el famoso Pecado, gran amigo de cosas de guerra, y que desde su tierna infancia se mostraba muy precoz para las artes mecánicas.

El apandaba, no se sabe donde, aunque es de presumir que fuera en sus viajes por las Américas, restos de juguetes, pedazos de hojalata, de madera, de hierro; y con un clavo viejo, una cuerda, una navaja rota y un enorme guijarro lque servia de martillo y de piedra de afilar, hacia maravilas. En cuanto al ros, justo es consignar que no vino á sus manos por causa de rapiña, sino que lo recogió en la calle, en el momento de caer de un balcon, arrojado por unos niños. Era una pieza lastimosa; pero ¡cómo se trasformó en sus hábiles manos! Púsole visera que no tenia, para lo cual le bastó media suela de una zapatilla; lo moldeó y le dió forma, que casi habia perdido; adornóle con una vistosa placa, que sacó de la chapa circular de un botecillo de betun, y por último, con ciertos tirajos de papel dorado, sutilmente desprendidos de una caja de mazapan, le puso sus tres entorchados. ¡Muy bien! ¡Así se hacen las cosas! El ros tuvo en sus orígenes plata y oro, insignias de comandante. Pecado le hizo ganar de un salto la mayor gerarquia militar con una prontitud que envidiaria la misma *Gaceta*... ¡ála!

Dejemos al Majito con el ros encasquetado, el sable en la derecha mano, en actitud tan belicosa que si le viera el *sheriff* de Marruecos, convocara á toda su gente á la guerra santa. Con la mano siniestra se limpió el polvo y las telarañas que no se querian desprender de la felpa de su chaqueta; y dando despues tres ó cuatro brincos, se puso en la calle gritando con todo el vigor de su pecho infantil: "soy *Plin*."

¡Ser Prim! Ilusion de los hijos del pueblo en los primeros albores de la ambicion, cuando los instintos de gloria comienzan á despuntar en el alma, entre el torpe balbucir de la lengua y el retoñar, casi insensible, de las pasiones! Esta ilusion que era entónces comun en las turbas infanti-

les, á pesar de la reciente trágica muerte del héroe, se va extinguiendo ya á medida que se va borrando aquella enérgica figura. Pero aún hoy queda algo de tan bella ilusion; aún se ven zamacucos de cinco años, con un palo al hombro y una gorra de papel en la cabeza, que quieren ser Prim ó ser O'Donnell. ¡Lástima grande que esto se acabe, y que los chicos que juegan al valor no puedan invocar otros nombres que los gárrulos motes de los toreros!

"Ya la hicimos,—dijo Encarnacion, mirando al Majito. —Apandó los chirimbolos, y cuando el otro venga tendremos la de no te menees.

El Majito se dejó ir con grave paso por la calle de Moratines abajo. Era el dia ventoso, frio y seco, hijo maldito de la malditísima Primavera de Madrid. La pluma del ros del Majito (porque una pluma de pavo tenia) se torcia con la fuerza del viento. La cola de las gallinas que andaban por la calle se doblaba tambien, obligándolas á dar tumbos entre el fango. Todo lo que colgaba de las paredes, ropa, trapos, sogas, se ponia horizontal; balanceábanse las bacías de cobre colgadas en la puerta del barbero; las faldas de las mujeres se arremolinaban; se rompian las vidrieras; los hombres iban sujetando con la mano sus gorras y sombreros; los curas apenas podian andar; todo lo flotante, tendia á tomar la horizontal, y en medio de esta desolacion relativa, el Majito avanzaba tieso y altanero, como hombre supinamente convencido de la importancia de sus funciones.

En la calle de Ercilla tenia ya un séquito de seis muchachos; en la del Labrador, ya se le habia incorporado una partida de diez y siete, entre hembras y varones, siendo las primeras, ¡cosa extraña! las que más bulla metian. Los tres chicos del capataz de la fundicion de hierro salieron batiendo marcha sobre una plancha de laton, y pronto

se agregaron á ellos, para aumentar tan dulce orquesta, los dos del tendero, tañendo esas delicadas sonatas de Navidad, que consisten en descargar golpes á compás sobre una lata de petróleo. Eran estos enemigos del género humano, pequeñuelos y súcios. Calzaban botas indescifrables, pues no se podia decir á ciencia cierta donde acababa la piel y empezaba el cordoban. Estaban galoneados de lodo desde la cabeza á los piés. Si la basura fuera una condecoracion, los nombres de aquellos caballeritos se cogerian toda la *Guia de forasteros*.

Al desembocar el ya crecido ejército en la plaza de las Peñuelas, centro del barrio, agregóse una chiquillería formidable. Eran los dos nietos de la Tia Gordita, los cuatro hijos de Ponce el buñolero, los del sacamuelas y otros muchos. Mayor variedad de aspectos y de fachas en la unidad de la inocencia picaresca no se ha visto jamás. Habia caras lívidas y rostros siniestros entre la muchedumbre de semblantes risueños. El heredado raquitismo marcaba con su sello amarillo multitud de cabezas, inscribiendo la predestinacion del crímen. Los cráneos achatados, los pómulos cubiertos de granulaciones, y el pelo ralo ponian una máscara de antipatía sobre las siempre interesantes facciones de la niñez. En un momento se vió á la partida proveerse de palos de escoba, cañas, varas, con esa rapidez puramente española que no es otra cosa que el instinto de armarse; y sin saber como, surgieron picudos gorros de papel con flotantes cenefas que arrebataba el viento, y aparecieron distintivos varios, hechos al arbitrio de cada uno. Era una página de la historia contemporánea, puesta en aleluyas en un olvidado rincon de la capital. Fueran los niños hombres y las calles provincias, y la aleluya habria sido una página séria, demasiado séria. Y era digno de verse como se coordinaba poco á poco aquel menudo ejército, como sin

prodigar órdenes, se formaban columnas, como se eliminaba á las hembras, aunque alguna hubo tan machorra que defendió su puesto y gerarquía á pescozones.

Crecia el estrépito, engrosaban las haces. ¿De dónde habia salido toda aquella gente? Eran la discordia del porvenir, una parte crecida de la España futura, tal que si no la quintaran el sarampion, las viruelas, las fiebres y el raquitismo, nos daria una estadística considerable dentro de algunos años. Eran la alegría y el estorbo del barrio, estímulo y apuro de sus padres, desertores más bien que alumnos de la escuela, un plantel de que saldrian quizás hombres de provecho y sin duda vagos y criminales. De su edad respectiva poco puede decirse. Eran niños y tenian la fisonomía comun á todos los niños, la cual, como la de los pájaros, no determina bien los años de vida. La variedad de estaturas más bien indicaba los grados de robustez ó cacoquimia que los años trascurridos desde que vinieron al mundo. El mal comer y el peor vestir pasaba por sobre todos un triste nivel. Algunos llevaban entre sus lábios, á modo de cigarro, un caramelo largo, de esos que parecen cilindro de vidrio encarnado, y con un fácil movimiento de succion le hacian entrar en la boca ó salir de ella, repitiendo este gracioso mete-y-saca con presteza increible.

El militar paseo tenia por música, además del estruendo de las latas, el reir inmenso de la bandada, el pio-pio mezclado de voces prematuramente roncas, y salpicado de esos dicharachos que al ser escupidos de la boca de un niño nos recuerdan al feo abejon cuando sale zumbando del cáliz de la azucena. Habia en las filas renacuajos de dos piés de alto con las patas en curva y la cara mocosa, que blasfemaban como carreteros; habia quien mudando los dientes escupia por el colmillo; habia quien llevaba una colilla de cigarro detrás de la oreja y una caja de fósforos en un hue-

co, que no bolsillo, de la ropa. Habia piernas blancas desnudas asomándose á las ventanas de un pantalon que á pedazos se caia; habia zancas negras, esbeltas cinturas ceñidas por súcia cuerda ó por tirajo informe; chaquetones que fueron de abuelos, y calzones que fueron mangas; blusas que aún se acordaban de haber sido chalecos; gorras peludas que fueron ¡ay! manguito de elegantes damas. Pero la animacion principal de aquel cuadro era un centellear de ojos, y un relampaguear de alegrías divertidísimo. Con aquel lenguaje mudo decia claramente el infantil ejército: "¡ya somos hombres!„ ¡Cuántas pupilas negras brillaban en el enjambre con destellos de génio y chispazos de iniciativa! ¡En cuantas actitudes se observaban pinitos de ferocidad! ¡Allí la envidia, aquí la generosidad, no lejos el mando, más allá el servilismo, claros embriones de egoismo en todas partes! En aquel murmullo ¡qué bien se concentraban los chillidos para decir: "Somos granujas; no somos aún la humanidad, pero sí un cróquis de ella. España, somos tus polluelos, y cansados de jugar á los toros, jugamos á la guerra civil„!

II.

Llegaron á la vía férrea de circunvalacion que corta el barrio, sin valla, sin resguardo alguno. La miseria se familiariza con el peligro como un pariente. Sintieron silbar la máquina, y los condenados se pusieron á bailar sobre los carriles desafiando el tren mugidor que venia. Le azuzaban, le escarnecian, hasta que apareció la locomotora en la curva, y al verla cerca se dispersaron como una bandada de gorriones. El tren de mercancías pasó, enorme, pesado, haciendo temblar la tierra, y ellos á un lado y otro de la vía, le saludaban con espantosa rechifla, le amenazaban con puños y palos, le trataban de tú, remedaban con insolente

escarnio los bufidos de la máquina, el desengonzado movimiento de las bielas, y por último pusieron al guarda-freno como hoja de peregil. El tren les hacia tanto caso como á una nube de mosquitos, y desapareció dejando atrás su humo y su ruido.

Entónces se volvió á ordenar la hueste y siguieron marchando, con el Majito á la cabeza. ¡Ah! Todavía mandaba. Góza, goza del brillo de tu alta posicion, que tiempo vendrá en que las grandezas se humillen y las altas torres se desplomen. Avanzaban por la planicie que se extiende entre el hospital del Niño Jesús y los collados áridos que rodean el barranco. Allí no hay casas todavía, es decir, no hay miseria. ¿Quién direis que salió á recibirles? Pues un pavo que habitaba en muladar próximo, y que tódas las mañanas se paseaba solo por el llano, con esa gravedad enfática que tanta semejanza le da con ciertos personajes. El pavo les miró; ellos le miraron y se detuvieron. Hizo él la rueda y les echó una arenga, es decir, que despues de soltar dos ó tres estornudos que son la interjeccion natural del pavo, les soltó esa carcajada que parece ladrido. Ellos se echaron á reir en inmenso coro, y el animal volvió á hacer la rueda y á echarles otra arenga, diciendo "amados compatricios mios...„ con el cuello rojo cual la esencia del bermellon, el moco tieso, las carúnculas inyectadas como un orador herpético. Más gritaban ellos, más gargajeaba él. A cada voz respondia con sus estornudos y su carcajada. Parecian aclamaciones á la pátria, *vivas* contestados con *hurras*. Despues dió media vuelta y marchó delante. Era esa caricatura militar de antaño que se llamaba tambor mayor. El viento le despeinaba las plumas, y al arrastrar las alas y dar el estornudo era el puro emblema de la vanidad. No le faltaba más que las cruces, la palabra y la edad provecta para ser quien yo me sé.

Habia llegado el momento en que la partida necesitaba hacer algo para justificar su existencia. ¿Qué haria? una simple fiesta militar, ó dividirse en dos bandos para batirse en toda regla? El susurro y la confusion indicaban que la falange se hacia á sí misma aquella pregunta. Bien pronto nadie se entendia allí. La discordia descompuso las filas, y todo era empujones, codazos, gritos. No habia uno que no quisiera ser Prim, incluso el renacuajo de las patas corvas. ¿Pues qué? el Majito no habia mandado ya bastante? Hasta el pavo, con aquella carcajada que parecia un vómito de sonidos, exclamaba: "¡abaaa..... jojojo el Majito!„

"Miá este,—dijo uno de los chicos del carbonero, atacando al general en jefe con el codo, así como los pollos embisten con el ala.—Dice que me ponga detrás... Si no te callas, puñales, te pego la bofetá del siglo.

—Pega, hombre pega,—chilló Rafael preparándose á recibirle, animoso, imponente, con el puño cerrado, y presentando tambien el codo y ante brazo como una especie de escudo.—Vamos, hombre...

—No vus perdais, muchachos; no vus perdais,—dijo en tono conciliador el del herrero, interponiéndose.

—Ponte atrás ¡coles!—gritó el Majito.—¡Qué coles! si no te pones atrás, verás...

—Que no me da la gana, hombre...

—Achúchale, achúchale,—dijeron algunos que querian ver reñir al Majito con el hijo del carbonero.

—No vus perdais, muchachos,—volvió á decir el otro, sin soltar de la boca sucia el caramelo largo.

—¡Qué le achúche, que le achúche!—graznaron varios, arremolinándose.

El Majito y Colilla, que así se llamaba el del carbonero, se sacudieron el primer golpe en los hombros.

"¡Leña!

—¡Atiza!

A los primeros golpes, cayó á tierra el ros. Más pronto que la vista, lo cogió Gaspar (el de las patas corvas), se lo puso y echó á correr hácia abajo, en direccion á las Yeserías. Allí le detuvieron dos muchachos que subian del rio; le quitaron la codiciada prenda, y uno de ellos se la puso. Miróse en un charco verdoso y estalló en risa. En tanto la refriega habia cesado, y el Majito, con la cara soplada, los ojos encendidos, el corazon hirviendo de rabia, se habia subido á una colina de las inmediatas al barranco, y desde allí gritaba que iba matar á uno y á reventar á seis si no le devolvian su sombrero.

Los que subian del rio eran como de doce años, descalzos, negros, vestidos de harapos. El uno traia una espuerta de arena. Los dos mostraban grandes manojos de una yerba que se cria en aquellas praderas. Es una liliácea que algunos llaman matacandil y otros jacinto silvestre ó cebolla de lagarto. Tiene un tallo ó tuetanillo que se chupa ¡y es dulce!

—¡Mata-candiles!—chillaron muchos, arrojando las armas y saliendo á recibir á los dos indivíduos, conocidos en la república de las picardías con los nombres de Zarapicos y Gonzalete.

—¿A cómo?—preguntó una voz.

—A cinco.

—¡Qué coles!... á cuatro.

—¡A cinco! El que no dé cinco no chupa.

—Maldita sea tu madre... ¡á cuatro!

Y empezó un regatear febril, una disputa de contratacion que retrasaba las ventas. Pero ¿qué se vendia y qué se compraba allí? Los mata-candiles, que en las tardes de primavera dan materia á un animado comercio infantil? se cambiaban por dinero? No, porque la escasez de numerario

no lo permitia. Sin embargo, no puede decirse que no fuera metálico el segundo término del cambio, porque los mata-candiles se cambiaban por alfileres.

Zarapicos y Gonzalete eran comerciantes. No daban un paso por aquellos muladares habitados, ni aún por las calles de Madrid, sin que sacaran de él alguna ganancia. ¡Bien por los hombres guapos! Vivian de sus obras y de sus manos; su casa era la capital de España, ancha y ventilada; su lecho, el quicio de una puerta ó cualquier rincon de casa de dormir; su vestido una série de agujeros pegados unos á otros por medio de girones de tela; su sombrero el aire y el sol; sus zapatos los adoquines y baldosas de las calles. No eran hermanos: eran amigos. Habian llegado cada uno á Madrid por distinta vía y puerta; Zarapicos por el Norte, Gonzalete por el Sur. Tenian padres; pero ya no se acordaban de ellos. Habian venido pidiendo limosna. Despues habian visto que Madrid es un campo inmenso para la actividad humana, y á la limosna habian unido otras industrias. Zarapicos fué durante algun tiempo lazarillo de un ciego; Gonzalete sirvió á una mujer que al pedir en la puerta de la iglesia, le presentaba como hijo. Uno y otro se cansaron de aquella vida mercenaria y poco independiente, y ansiosos de libertad se lanzaron á trabajar por su cuenta. Entónces se conocieron, y entablaron cariñosa amistad. Ambos aspiraban á vender *La Correspondencia* ó *El Imparcial*, pero ¡ay! ciertas posiciones, por humildes que parezcan, no están al alcance de todos los indivíduos. Eran demasiado granujas todavía, demasiado novatos, demasiado pobres, y no tenian capital para garantizar las primeras manos. Uno de ellos logró vender *El Cencerro* los lunes; otro merodeaba contraseñas en las puertas de los teatros. Eran dos millonarios en capullo. Zarapicos decia á Gonzalete: «Verás, verás como semus cualquier cosa.»

Antes de llegar á las altas posiciones comerciales tenian que pasar por humillante aprendizaje y penoso noviciado. ¡Recoger colillas! Ved aquí un empleo bastante pingüe. Pero tal comercio tiene algo de trabajo y exige recorrer ciertas calles, instalarse en las puertas de los cafés, consagrarse al negocio con cierta formalidad; ellos eran niños, necesitaban juego, como el pez necesita agua, y así por las tardes se iban al rio á recoger mata-candiles. Allí se presentaba inopinadamente algun bonito recreo, tal como cortar la cuerda de una cabra que estuviera atada en los bardales, y á veces se presentaban buenos negocios. Ocurria con frecuencia el caso de tropezar con una herradura en la carretera del Sur, y ¡cuántas veces, junto á las fábricas, podian recogerse pedazos de lingote, clavos y otras menudencias que reunidas se vendian en el Rastro! Con estas cosillas resultaba que tanto Zarapicos como Gonzalete pudieran tocarse el titulado pantalon, para sentir sonar algo como retintin de un cuarto dando contra otro. Eran ricos; pero no gastaban un ochavo en comer. Dos veces al dia la guarnicion de Palacio da á los chicos las sobras del rancho, á trueque de que estos les laven los platos de laton. Esta sopa boba, á la cual los granujas llaman *Piri*, atrae á mucha gente menuda á los alrededores del cuerpo de guardia, y es disputada á coscorrones.

Despues de bien llena la panza, nuestros dos amigos bajaban hácia el rio. Si tenian ganas de trabajar, ayudaban á las lavanderas á subir la ropa; si no, tiraban hácia las Yeserías. Aquel dia cogieron tantos mata-candiles, que apenas podian llevarlos. Por la mucha abundancia, Zarapicos fijó en cinco alfileres el precio de la docena de mata-candiles. Hubo temporada en que se cotizaron á diez y once, manteniéndose firme este precio durante toda una semana.

Lo mismo Zarapicos que Gonzalete tenian las solapas de sus deformes chaquetas llenas de alfileres, tan bien clavados que sólo asomaban la cabeza. El borde de la tosca tela parecia claveteado como un mueble..... Las transacciones empezaron en seguida. Ellos daban tallos, los otros chupaban y pagaban. Muchos tenian repuesto de alfileres; otros corrian á sus casas, encontraban á sus madres peinándose al sol, en las puertas de las casas, y les quitaban la moneda ó se la robaban.

En tanto el Majito, desde la cumbre de una eminencia formada por escombros, increpaba á la muchedumbre infantil de abajo, diciendo que iba á reventar á patadas á todos y cada uno, si no le devolvian su sombrero. ¡Qué vergüenza! Zarapicos lo tenia puesto, y estaba tan contento de su adquisicion, que desde abajo amenazó al Majito con subir y sacarle las tripas si no se callaba. Con el viento y la bulla que el pavo metia apenas se sentian las chillonas voces y provocaciones. El Majito, cansado de parlamentar sin fruto ni resultado alguno, lanzó una piedra en medio de la turba de comerciantes. Al voltear, haciendo honda de su elástico brazo, parecia un gallito de veleta, obedeciendo más al viento que al corage. Gonzalete al recibir la piedra en un hombro, gritó: "¡Repuñales! ¡Maldita sea tu sangre!"

Entónces Zarapicos tiró al Majito; la piedra silbó en el aire y no hirió al muchacho, que al punto disparó la segunda suya. Instantáneamente, sin que se dieran órdenes, ni se concertara cosa alguna, generalizóse la pelea. Muchos se pasaron al bando del Majito sin darse la razon de ello; otros permanecieron abajo, y todos tiraban, soldados bravos, saliendo á la primera fila y desafiando el proyectil que venia. Bajarse, elegir un guijarro, cogerlo, hacer el molinete con el brazo y lanzarlo, eran movimientos que se hacian con una celeridad inconcebible.

Para que no les viera la gente mayor del barrio ni los de Orden Público, se corrieron al barranco de Embajadores, lugar oculto y lúgubre. Ninguna órden se dió entre ellos para este hábil movimiento, nacido como la batalla misma, de un superior instinto. El Majito y los suyos ocupaban la altura, Zarapicos y su mesnada el llano. Piedra va, piedra viene, empezaron las abolladuras de nariz, las hinchazones de carrillos, y los chichones como puños. Mientras mayor era el estrago, mayor el denuedo. "¡Leña! ¡atiza! ¡dale!" ¡Qué ardientes gritos de guerra! Ni las moscas se atrevian á pasar por el espacio en que se cruzaban las voladoras piedras. Una de éstas alcanzó á una mujer y la detuvo en su camino, obligándola á retirarse con la mano en un ojo. Muchos chiquillos se retiraron tambien berraqueando, porque el dolor les enfriaba los ánimos, dando al traste en un punto con todo su valor.

El barranco de Embajadores, que baja del Salitre, es hoy en su primera zona una calle decente. Junto á la Fábrica de Tabacos es un buen solar. Atraviesa la Ronda y se convierte en despeñadero, rodeado de casuchas que parecen hechas con amasada ceniza. Despues no es otra cosa que una sucesion de muladares, forma intermedia entre la vivienda y la cloaca. Chozas, tinglados, construcciones que juntamente imitan el palomar y la pocilga, tienen su cimiento en el lodo de la pendiente. Allí se ven paredes hechas con la muestra de una tienda ó el encerado negro de una clase de matemáticas; techos de latas claveteadas; puertas que fueron portezuelas de ómnibus, y vidrieras sin vidrios, de antiquísimos balcones. Todo es allí vejez, polilla; todo está á punto de desquiciarse y caer. Es una ciudad movediza compuesta de ruinas de ruinas. Al fin de la barriada está lo que queda de la antigua Arganzuela, un llano irregular, limitado de la parte de Madrid por la-

vaderos, y de la parte del campo por el arroyo propiamente dicho. Este precipita sus aguas blanquecinas entre collados de tierra que parecen montones de escombros y vertederos de derribos. La línea de circunvalacion atraviesa esta soledad. Parte del suelo es lugar estratégico, lleno de hoyos, eminencias, escondites y burladeros, por lo que se presta al juego de los chicos y al crímen de los hombres. Aunque abierto por todos lados, es un sitio escondido. Desde él se ven las altas chimeneas y los ventrudos gasómetros de la fábrica cercana; pero apenas se ve Madrid. Hay un recodo matizado de verde por dos ó tres huertecillas de coles, el cual sirve de union entre la plaza de las Peñuelas y la Arganzuela. En este recodo el transeunte cree encontrarse léjos de toda vivienda humana. Sólo hay allí una choza guardada por un perro, dentro de la cual un indivíduo, al modo de gitano, cuida los plantíos de coles.

Pues bien, por este paso, que se llama la Casa Blanca, los valientes muchachos se corrieron desde las Peñuelas á la Arganzuela, lugar que ni hecho de encargo fuera mejor para descalabrarse á toda satisfaccion.

¡Zás, zás! iban y venian las pedruscos del campo del Majito al campo de Zarapicos y vice versa. Ocupaba el primero, como hábil capitan, las alturas sinuosas, y los desalmados del bando contrario se dispersaban por el llano, al borde de los charcos verdosos. Habíales seguido el pavo, y colocándose en lugar seguro, de donde dominar pudiera la perspectiva del campo de batalla, les animaba con sus guerreros toques á degüello. Más enfurecidos ellos cuanto mayor era el número de los que se retiraban contusos, se atacaban con creciente furor. Estaban rojos. Sus brazos, al parecer descoyuntados, elásticos, flexibles como una banda de cuero, funcionaban con aterradora prontitud. Ni Zarapicos se acordaba ya de los mata-candiles,

ni Gonzalete de los alfileres. Morir matando era su ilusion. Estaban ébrios, y los más intrépidos se reian de los pucheros de los desanimados... De repente hubo en todos los combatientes de uno y otro ejército un movimiento de sorpresa. Oyóse una voz, dos, veinte que dijeron "¡Pecado!„ y cien ojos se volvieron hácia lo alto del barranco. Por él venia, descendiendo á saltos, un muchacho fornido, rechoncho, tan mal vestido como los demás, el cual á cada paso lanzaba una interjeccion y amenazaba con el puño. Era el gallito del barrio, el perdona-vidas de la partida, capitan de gorriones, bandolero mayor de aquellos reinos de la granujería, angelon respetado y temido por su fuerza casi varonil, por su descaro, por su destreza en artes guerreras y de juego. Así no hubo en el cotarro uno solo que no temblara al oirle gritar: "Estarvus quietos... vus voy á reventar...„

III.

Pararon las manos ardientes que empuñaban la piedra, y todos le miraron. Fundábase la superioridad de Pecado en la fuerza, de donde venia la justicia, es decir, que solia dirimir contiendas de chicos, unas veces á trompada limpia y otras con atinadas y comedidas razones, aunque todo hace creer que el primer argumento era el que con más frecuencia usaba.

"¿Por qué vos zurrais?—preguntó ceñudo, tremendo.

El Majito habia salido á su encuentro. Pecado era para él más que un amigo, un protector, un maestro amado. Al verle, todo aquel valor homérico de que dió pruebas en la altura, se trocó en llanto de desconsuelo, cosa natural en

chicos, cuya rabia se deshiela en lágrimas; y haciendo pucheros que desfiguraban su hermosura, exclamó:

"Picos... mi sombrero... Yo soy *Plin.*"

En vez de llorar, el desvergonzado Zarapicos se echó á reir como un sátiro. Con inflamados ojos miró Pecado su querido ros en la cabeza de aquel mónstruo de rapacidad; y poniéndose los brazos en jarras, habló así:

—¿Sabes lo que te digo?... que si no sueltas el ros te reviento á patás.

—¡Ladron!—chilló el Majito, sintiéndose otra vez más valiente por la presencia de Mariano.

Al oirse llamar con nombre tan infamante, Zarapicos, que era un rapaz honrado, aunque pobre, no pudo contener el ímpetu de su ira, y echando la mano al cuello del insolente Majito, le derribó en tierra, diciendo:

¡Figurero!... ¡coles! ¡te deslomo!

Pero el Majito supo reponerse, sacudirse, levantarse, y una vez en pié, sus manos alzaron un canto tan grande como medio adoquin.

"Suéltalo,—le dijo prontamente Pecado con voz y gesto de prudencia.

El Majito soltó la piedra refunfuñando las más feroces amenazas de asesinato. Volviéndose á los desvergonzados comerciantes, Pecado les dijo con imperioso ademan, en que habia tanta energía como orgullo:

—Dirvos.

—No nos da la gana.

—Dirvos, digo... y venga mi sombrero.

—Miale, miale... ¿Te quieres callar? El sombrero es mio.

Al oir Pecado una afirmacion tan contraria á los sagrados derechos de propiedad, no se pudo contener más. Huyó de su corazon la generosidad, de su espíritu la pruden-

cia, y arremetió á Zarapicos con tal empuje que éste dió algunos pasos atrás, y habria caido en tierra si no fuera tambien un muchachote robusto. Lucharon, ¡ay! con varonil fiereza. Las bofetadas se sucedian á las bofetadas, los porrazos á los porrazos. De cada golpe se inflaba un carrillo. Trabados al fin de manos y brazos, cayeron rodando, Zarapicos debajo, Pecado encima. Pecado vencia, y machacó sobre su víctima con ferocidad. El niño rabioso supera en barbarie al hombre. ¿Habeis visto reñir á dos pájaros? El tigre es un animal blando al lado de ellos.

Bien molido estaba Zarapicos, cuando acertó á coger entre sus dientes un dedo de Pecado. ¡Oh! con qué inefable delicia apretó las quijadas! Mariano dió agudísimo grito, y saltó como un gallo herido. El otro se levantó. Su rostro era un conjunto de dolor, de vergüenza, totalmente embadurnado en fango y lágrimas. Al mismo tiempo reia y lloraba. Pecado estaba ciego; no veia nada; llevó la mano á la cuerda que sujetaba sus calzones á la cintura. La última injuria que cambiaron fué referente á sus respectivas madres. Cuando nada inmundo les queda por decir, arrojan aquel postrer salivazo de ignominia sobre la cuna que poco antes les ha mecido.

—Tu madre es una *acá* y una *allá*.

—Tu madre es esto ó lo otro.

Pecado no dijo ni oyó más; sacó de la cintura una navajilla, cortaplumas ó cosa parecida, un pedazo de acero que hasta entónces habia sido juguete, y con él atacó á Zarapicos. Del golpe, el infeliz chiquillo cayó seco.

¡Hombres ya!

Hubo un silencio terrorífico. Los muchachos todos se quedaron yertos de miedo. Al principio no comprendian la realidad abominable del hecho. Cuando la comprendieron, los unos echaron á correr llevados de un compasivo hor-

ror, los otros rompieron á llorar con ese clamor intenso, sonoro, dolorido que indica en ellos la intuicion de las grandes desdichas.

Aquello no era una travesura, era algo más. Aquello de que estaba manchado Zarapicos no era el almagre de que se pintaban alguna vez para jugar; era sangre, ¡sangre! Zarapicos no jugaba al muerto; no hacia aquellos gestos para hacer reir á sus compañeros; no decia con voz doliente ¡madre! para representar una comedia; era que se moria realmente... Temblando, pálido y siniestro, con los ojos secos, sin tener clara idea de su accion, Pecado arrojó el arma que habia sido juguete. El instinto le mandaba huir, y huyó.

Alborotóse en un instante el barrio de las Peñuelas. Salieron todas las mujeres á la calle, gritando, algunas con el cabello á medio peinar. Los hombres corrian tambien. La Guardia Civil, que tiene su puesto en la calle del Labrador, se puso en movimiento; y hasta un señor concejal y un comisario de Beneficencia, que á la sazon paseaban por el barrio eligiendo sitio para el emplazamiento de una escuela, corrieron al lugar del atentado... ¡Horror y escándalo!

Las mujeres clamoreaban alzando al cielo las manos; los hombres gruñian; la Sanguijuelera misma salió de su tienda á buen paso, medio muerta de terror y vergüenza, y por todas partes no se oia sino: "Pecado, Pecado."

La Arganzuela se llenó de gente. Unos corrian en busca del juez; otros decian que el juez no le encontraria vivo; los más hablaban de llevarle á la casa de socorro, y todos decian: "¡Pecado!"

Vino corriendo el boticario con árnica y vendajes, diciendo tambien: "¡Pecado!" El concejal, seguido del comisario de Beneficencia (que por ser hombre muy grueso no

podia seguirle muy aprisa), hacia, siguiendo á la multitud, las consideraciones más sustanciosas sobre un hecho que, si bien algo extraordinario, no era nuevo en los anales de la criminalidad de Madrid.

"Van siete casos de esta naturaleza en diez años,—decia el comisario de Beneficencia, harto sofocado, por ser poco compatibles su gordura y la celeridad del paso.

—Terrible es el asesino hombre, pero el asesino niño ¿qué nombre merece? Dicen que éste tiene trece años.

—¡Qué país!

—¡Pero qué país!

—En Málaga son frecuentes estos casos.

—Y en Madrid lo van siendo tambien.

—¡Y nos ocupamos de escuelas! ¡Presidios es lo que hace falta!

—Escuelas penitenciarias, ó cárceles escolares... Es mi tema...

Cuando llegaron al sitio de la catástrofe, los dos señores, dignísimos representantes de lo más meritorio y venerable que hay en los pueblos modernos, se echaron recíprocamente el uno sobre el otro estas dramáticas exclamaciones:

"¡Esto es espantoso!

—Esto parte el corazon.

—Escuelas, Sr. de Lamagorza.

—Presidios, Sr. D. Jacinto.

—Yo digo que jardines Frœbel.

—Yo digo que maestros de hierro que no usen palmeta sino fusil Remington.

—¿Pero qué? ¿se lo llevan ya?

—No está muerto; pero parece muy mal.

—¡Golpe más bien dado!—murmuró un chulo.—Ese chico es de *búten*.

—Vaya que la madre que parió tal patíbulo—apuntó una de estas que llaman del partido.

—El asesino, el asesino, ¿dónde está?—gritó el concejal dándose gran importancia, y brujuleando en la muchedumbre con fieros ojos.—Guardias, busquen ustedes al asesino... ¡Qué país!... Pero guardias... los de Orden Público, ¿dónde están?

Pero ya la Guardia Civil habia comenzado sus pesquisas. Los chicos, que en estas cosas suelen ser más diligentes que los hombres, indicaban la direccion que habia seguido Pecado en su fuga. Habia opiniones diversas. Unos decian que se habia refugiado en la Quinta de la Esperanza; otros que habia tomado por la vía férrea adelante. Un naranjero que con su comercio portátil de naranjas, cacahuetes y caramelos largos, se habia acercado al lugar de la pelea, aseguró haber visto al asesino saltar la tapia de una corraliza inmediata á las huertecillas de coles y acelgas que rodean el arroyo. Fundada era la declaracion del naranjero. Acercáronse hombres y mujeres á la corraliza: unos empinándose sobre las puntas de los piés, otros subiéndose á una piedra, miraron por encima de las bardas de adobes, y vieron al terrible muchacho, tratando de esconderse en un ángulo. Pecado miró con receloso espanto la hilera de cabezas que en el borde de la tapia se le aparecia, y ante aquella vision de pesadilla se sintió domeñado, aunque no cobarde. Terrible coro de amenazas é injurias brotó de aquella fila de bocas, y más de cincuenta brazos se extendian ríg dos por encima de la tapia. Pero el alma de Pecado se componia de orgullo y rebeldía. Su maldad era todavía una forma especial del valor pueril, de esa arrogancia tonta que consiste en querer ser el primero. El estado casi salvaje en que aquella arrogancia crecia, trájole á tal extremo. De esta manera un muñeco abandonado á sus

instintos llega á probar el licor amargo de la maldad y á saborearlo con infernal delicia. A Pecado se le conquistaba fácilmente con hábiles ternuras. Era tan bruto, que el Majito mismo, con un poco de mimo y otro poco de esa adulacion que algunos chicos manejan como nadie, le tenia por suyo. Pero de ningun modo se le conquistaba con la fuerza.

Así, cuando vió delante aquel cerco de semblantes fieros; cuando se vió amenazado por tantas manos é injuriado por tantas lenguas, desde la provocativa de la harpía hasta la severa y comedida del guardia civil; cuando notó la saña con que le perseguia aquella muchedumbre, en quien de una manera confusa entreveia la imágen de la sociedad ofendida, sintió que nacian serpientes mil en su pecho, se consideró ménos niño, más hombre y áun llegó á regocijarse del crímen cometido. Cosas tan tremendas como desconocidas para él hasta entónces, la venganza, la protesta, la rebelion, la terquedad de no reconocerse culpable, penetraron en su alma. Por breve tiempo la ocupaba el miedo, y lágrimas de fuego escaldaban sus megillas; pero pronto la ganó por entero el instinto de defensa. Entrevió, como un ideal glorioso, el burlar á toda aquella gente, escapándose y aumentando el daño antes causado con otros daños mayores.

Esta era la situacion moral de Pecado cuando el comisario de Beneficencia, llevado de un celo que nunca será encomiado bastante, se empinó como pudo sobre una piedra, y asomando la cabeza y hombros por encima de la tapia, dirigió al criminal su autorizada y en cierto modo paternal palabra, diciendo:

"Mequetrefe, sal pronto de ahí, ó verás quién soy yo.

¡Cuánto habria dado el criminal porque cada mirada suya fuera una saeta! Queria despedir muertes por los ojos.

Cogió un ladrillo, y apuntando á la por tantos títulos respetabilísima cabeza del apóstol de la Beneficencia oficial, lo disparó con tan funesta puntería, que el buen señor gordo gritó "¡carástolis!„ y estuvo á punto de caer desvanecido. Testigos respetables dicen que en efecto cayó.

¡Víctima ilustre ciertamente!

¿Nos atreveremos á decir que la agresion inícua y cási sacrílega de que habia sido objeto el señor comisario, provocó algunas sonrisas y áun risotadas entre aquella gentuza, y que hubo quien entre dientes dijo que habia tenido el chico la mejor sombra del mundo?..... Digámoslo, sí, para eterno baldon de la clase chulesca.

Zarapicos habia sido llevado ya en gravísimo estado á la Casa de socorro, y la nueva víctima pateaba y rabiaba de ira, al sentir el dolor de su frente y ojo, y al verse manchada de sangre aquella mano benéfica que sólo para alivio de los menesterosos existia.

"¡Guardias, guardias, reventad á ese miserable... ¡Vaya un geniecito!... ¡Carástolis! ¡Ay! ¡ay! Sr. Lamagorza, este truhan me ha matado... ¡Qué país!... ¡qué país!

Alguien apoyaba por allí cerca estas sentidas razones con otras igualmente enérgicas, que revelaban una indignacion fulminante. Era el pavo, que se avanzó haciendo la rueda y arrastrando las alas hácia el señor comisario herido. En tanto Pecado, rápido como el pensamiento, se subió al cobertizo y se dejó caer en el arroyo por una vertical de más de cinco metros, deslizándose por la escabrosa superficie de tierra. Dieron vuelta hácia la otra parte los guardias y el público para cogerle; pero él se escurrió por el borde del arroyo, metió los piés en el agua cuando le faltó el terreno, y buscó un refugio en el agujero negro de la alcantarilla por donde aquella agua blanquecina y nada limpia desembocaba.

"Que le cojan ahora,—dijo una mujer del pueblo, que despues de la descalabradura del señor comisario, simpatizaba ¡oh vilipendio! con el criminal.

—Que venga la guardia de la alcantarilla!—exclamó el concejal inflamado de corage.

Los guardias civiles y los de Órden público trataron de remontar el arroyo; pero venia muy crecido. Peligraba el lustre de las botas y áun las botas mismas.

"¿Quién pesca ahora á ese condenado?

—Hay una reja que no le dejará internarse. Ha de estar á cuatro ó cinco varas de la boca.

Miraban todos y no le veian. Un guardia civil arriesgó las botas acercándose á la boca. Llevaba fusil.

"Allí está,—gritó.—Le veo los ojos.

El guardia distinguia dos luceros en la oscuridad. Desde allí Pecado atisbaba á sus perseguidores con cierta serenidad provocativa.

"¡Granuja!—gritó el civil, sal de ahí ó te hago fuego.

—¡Fuego, fuego! clamó á lo lejos la voz del comisario, á quien piadosas chulapas ponian una venda.

Pecado habia entrado con ánimo de no parar hasta no hallarse en lugar seguro, aunque tuviera que ir á las entrañas de la tierra. Pero la oscuridad y el espanto de aquel sitio acongojaron su corazon, aún no suficientemente varonil para arrostrar ciertos lugares. Se detuvo; vióse entre dos especies de muertes y vaciló... Le consolaba que los guardias no podrian entrar á cogerle. Pero si le hacian fuego?... Entónces se achicó tanto, que volvió á ser niño y á tener miedo. Dirigió la mente á ciertas ideas confusas de su tierna niñez; pero aquellas ideas estaban tan borradas, tan lejanas que poco ó ningun alivio encontró en ellas. De Dios no quedaba en él más que un nombre. Era como el rótulo escrito sobre un arca vacía, de la

cual, pieza por pieza, han sido sacados los ricos tesoros. Nada sabia; su tia le hablaba poco de Dios, y el maestro de escuela le habia dicho sobre el mismo tema mil cosas huecas que nunca pudo comprender bien. Las nociones de su tia y las palabras del maestro se le habian olvidado con el penoso trabajo de la soguería y aquella vida errante de juegos, raterías y miseria.

Sin saber como, este órden de ideas llevóle á reconocerse culpable. Algo chillaba dentro de él que se lo decia. Era criminal, y los que le perseguian tenian razon en perseguirle y áun en matarle atándole en un palo y extrangulándole. Esto le hizo extremecer de espanto, ¡á él que habia visto una y otra ejecucion en el Campo de Guardias sin conmoverse!... Pero aunque se reconoció bien perseguido, su orgullo estaba allí para aconsejarle no entregarse. ¡Fuera miedo!... Desgraciadamente para él, estos fieros se aplacaban con el agotamiento de las fuerzas físicas. Estaba cansado; en todo el dia no habia comido más que el currusco de pan que le dió su tia al ir al trabajo. Habia dado tantas vueltas á la rueda en el aposento oscuro del soguero...! habia corrido tanto despues para ir desde la calle de las Amazonas á su casa...! tenia un hambre tan grande y una sed!... sobre todo una sed de padre y muy señor mio. A estas insufribles molestias se unia el frio. Tenia los piés en el agua y desde lo interior del cañon de ladrillo venia un aliento glacial, que le empujaba hácia afuera. ¿Qué haria?

Verificóse entónces en él ese fenómeno de observacion retrospectiva que suele acompañar á las situaciones de gran perplejidad. El espíritu turbado abandona el palenque de la duda, y se refugia en las cosas y hechos que han precedido inmediatamente á la situacion terrible. Espantóse de no haber previsto aquello, y comparó la serenidad

de la mañana con el apuro y desasosiego de la tarde. ¡Qué lástima haber vivido aquel dia!..... ¡Qué lejos estaba de que iba á cometer barbaridad tan grande! El no habia ido con gusto al trabajo, por ser Domingo. El no iba nunca con gusto, porque él daba á la rueda y su tia cobraba. Pero al fin, con gusto ó sin él, habia ido, tranquilo, pensando en que por la tarde se divertiria en el Canal ó en la Arganzuela. Habia estado toda la mañana esperando con mucho anhelo la hora de soltar el trabajo. Contaba los segundos por las vueltas de la odiosa rueda. El mismo creíase motor del misterioso reloj del tiempo. Dale que dale, habia llegado al fin la hora, y la manivela, que para él era parte de sus propias manos, se habia quedado sola en el taller, quieta y muda. Sin decir adios al maestro, porque el maestro no le saludaba á él tampoco á ninguna hora, habia salido, y bajado á saltos por la Ribera de Curtidores. Aún le parecia ver los puestos rastreros y las manos recogiendo cachivaches. Era dia de toros. Aquellos barrios estaban muy animados. Todo lo recordaba perfectamente; todo lo veia, como si lo tuviera delante, revivido á sus ojos en la oscuridad de su escondite. Se acordaba de que, al llegar á la Ronda, le habia detenido el paso un perezoso carromato de siete mulas, de esos que no acaban de pasar nunca, cuando pasan. El, impaciente y atrevido, habia atravesado por debajo de la panza de una de las mulas, que por mas señas era torda. Despues habia visto un entierro; luego habia encontrado á dos chicas del barrio que le habian dado un cacahuet, y él... él les habia administrado un par de nalgadas á cada una, porque eran muy bonitas... Representábase luego la llegada á su casa; recordaba que su tia, antes de darle de comer, le habia anunciado el hurto del ros, y que él, sin poderse contener al oir tan atroz noticia, habia abandonado la co-

mida, y subiendo otra vez á la Ronda, se habia lanzado por el barranco abajo en busca de la cuadrilla. Lo demás, por ser más reciente y desagradable, se le representó con matices aún más vivos. El ensangrentado cuerpo de Zarapicos no se quitaba ya de delante de sus ojos... Su orgullo y sus malos instintos rebuscaban todos los sofismas del egoismo por producir una reaccion; pero si estos ganaban algun terreno, al punto lo perdian. Los sofismas hacian grandes esfuerzos por destruir aquella hermosa flor del arrepentimiento; pero cuantas más hojas le arrancaban, más lozanas las echaba ella.

"¡Date, date, canallita!—gritó el guardia,—ó te dejo seco.

Pecado miró al guardia. No, no se entregaria. Antes morir que entregarse. Eso de que le llamaran canallita, le exasperaba... Vislumbró el presidio, como en sus sueños infantiles habia vislumbrado otras veces el Cielo... Pero si el hambre y la sed le devoraban ¿qué podia hacer más que entregarse? Y el guardia aquel era precisamente un hombre á quien Mariano admiraba mucho por su gallardía y su simpático rostro. Se llamaba Mateo Gonzalez, y estaba en el puesto de la calle del Labrador. Pecado le imitaba en el modo de andar. En sus sueños de ambicion, no se le ocurria jamás ser general, ni obispo, ni banquero, ni comerciante famoso, sino ser Mateo Gonzalez.

Este, que era ladino, tuvo una idea feliz.

Pecado le vió desaparecer, y por un momento tembló de alegría. Pero no le dió tiempo el guardia á regocijarse, porque otra vez apareció por el arroyo adelante. En vez de fusil, traia dos naranjas en la mano derecha.

"¡Eh! ¡Marianin!—gritó inclinándose para verle mejor y mostrarle lo que llevaba.—Sal; no seas tonto. No te haremos nada... ¿Ves? Si sales, te doy estas dos naranjas.

Pecado dió un salto hácia fuera, y se arrojó en brazos del guardia.

„Ah! tunante...!—exclamó éste con alegría, echándole la zarpa al cuello y dejándose arrebatar las naranjas.

IV.

Consagremos un recuerdo de consideracion y lástima, en el último renglon de esta tragedia, al digno señor comisario de Beneficencia, autor de tantos y tan hermosos expedientes, que él solo sería capaz, si le dejaran, de elevar á una altura increible, en pocos años, dentro de los archivos nacionales, esos grandiosos monumentos papiráceos en que se cifra nuestra bienandanza. Sería preciso tener corazon de estuco para no afligirse al verle descalabrado, con la mano en la frente y esta ceñida por un pañuelo, corriendo en coche simon hácia la casa de socorro de la calle de Embajadores, donde por la noche se vistió de la luz de los serafines el pobrecito Zarapicos. *La Correspondencia* recogió en el Juzgado de guardia nota del suceso de aquel dia, y lo dió á sus lectores en un sueltecillo crudo. Cuando lo leyeron los amigos que acompañaban al Sr. de Lamagorza en su casa, y cuando éste les refirió detalles del hecho, oyéronse las exclamaciones más ardientes sobre el estado moral é intelectual del país; se recordaron otros hechos análogos ocurridos antes en Madrid, Valencia y Málaga, y por último se declaró con unanimidad muy satisfactoria que era preciso hacer algo, ¡algo, sí! y consagrar muchos ratos y no pocas pesetas á la curacion del cuerpo social. Como la prensa alarmada acalorase el asunto en los dias sucesivos, se formaron juntas, se nombraron comisiones, las cuales á

su vez parieron diversas especies de subcomisiones; y hubo discursos seguidos de aplausos... y se lucieron los oradores; y otros, que ávidos estaban de dar sus nombres al público, adquirieron esa celebridad semanal que á tantos desvanece. Tanta actividad, tanta charla, tanto proyecto de escuelas, de penitenciarías, de sistemas teóricos, prácticos, mixtos, sencillos y complejos, celulares y panoscópicos, docentes y correccionales, fueron cayendo en el olvido, como los juguetes del niño, abandonados y rotos ante la ilusion del juguete nuevo. El juguete nuevo de aquellos dias fué un proyecto urbano más práctico y además esencialmente lucrativo. Ocupáronse de él juntas y comisiones, las cuales trabajaron tan bien y con tanto espíritu de realidad, que al poco tiempo se alzó grandiosa, provocativamente bella y monumental, toda roja y feroz, la nueva Plaza de Toros.

CAPITULO VII.

Tomando posesion de Madrid.

La noticia de la barrabasada de su hermano fué para Isidora un golpe terrible. Precisamente, cuando supo el extraño caso, hallábase en la más lisongera situacion de espíritu que un alma juvenil puede apetecer. Todas sus ideas tenian como un tinte de aurora, y así detrás de cuanto pensaba, creia notar un resplandor delicioso, el cual, demasiado vivo para contenerse en su alma, salia por los sentidos afuera y matizaba de extrañas claridades los objetos todos. Nada veia que no fuera para ella precioso, seductor, magnífico ó por cualquier concepto interesante, y hasta un carro de muertos que encontró al salir de la casa, más que por fúnebre, le chocó por suntuoso.

Habia salido temprano á comprar varias cosillas, ó si se quiere, habia salido por salir, por ver aquel Madrid tan bullicioso, tan movible, espejo de tantas alegrías, con sus calles llenas de luz, sus mil tiendas, su desocupado gentío que vá y viene como en perpétuo paseo. Los Domingos por la mañana, si esta es de Abril ó Mayo, los encantos de Madrid se multiplican; crecen la animacion y el regocijo; hay una bulla que no aturde y un movimiento que no marea. Mucha gente vá á misa, y á cada paso halla el transeunte bandadas de lindas pollas, de cintura bien ceñida y velito en la frente, que salen de la iglesia, devocionario en mano, risueñas y coquetuelas.

Las campanas dijeron algo á Isidora, y entró á oir misa en San Luis, en cuya escalerilla se estrujaba la gente. Dentro, las misas sucedian á las misas, y los fieles se dividian en tandas. Unos se marchaban cuando otros caian de rodillas. Allí se persignaba una tanda entera, aquí se ponía de pié otra, y las campanillas, anunciando los diversos actos del sacrificio, sonaban sin interrupcion.

"¡Qué bueno es el Señor,—pensaba Isidora delante de la Hostia,—que me allana mi camino y me manifiesta su proteccion, desde el primer paso que doy para lograr mi puesto verdadero...! No podia ser de otra manera, porque lo justo justo es, y Dios no puede querer cosas injustas, y si yo no fuera ante el mundo lo que debo ser, ó mejor dicho, lo que soy ante mí, resultaría una injusticia, una barbaridad...

Y luego cuando el sacerdote consumia:

"Bendito sea el Señor, que me ha deparado la ayuda del marqués de Saldeoro, ese caballero sin igual, fino y atento como no hay otro... ¡Y qué hermosos ojos tiene, qué guapo es y de qué manera viste! Aquello es vestirse; lo demás es taparse... ¡Qué bien habla, y cómo se interesa por mí! Tiene razon cuando me dice: "¡Oh! esté usted tranquila, que si esto no se arregla por bien, como yo espero, entónces... ahí tenemos los tribunales. ¡Es asunto ganado!" ¡Oh! Sí, eso es, los tribunales. ¡Qué bonitos son los tribunales!... Todo será cuestion de algunos meses. Despues...

Por la mente de Isidora pasaba una vision tan espléndida, que á solas y en presencia del sacerdote, del monaguillo y de los fieles, la venturosa muchacha se sonreia.

"No es caso nuevo ni mucho ménos,—decia.—Los libros están llenos de casos semejantes. ¡Yo he leido mi propia historia tantas veces...! ¿Y qué cosa hay más linda que cuando nos pintan una jóven pobrecita, muy pobrecita,

que vive en una buhardilla y trabaja para mantenerse; y esa jóven, que es bonita como los ángeles y, por supuesto, honrada, más honrada que los ángeles, llora mucho y padece, porque unos pícaros la quieren infamar; y luego, en cierto dia, se para una gran carretela á la puerta y sube una señora marquesa muy guapa, y ve á la jóven, y hablan, y se explican, y lloran mucho las dos, viniendo á resultar que la muchacha es hija de la marquesa, que la tuvo de un cierto conde calavera? Por lo cual de repente cambia de posicion la niña, y va á habitar palacios, y se casa con un jóven que ya, en los tiempos de su pobreza, la pretendia, y ella le amaba... Pero si se ha acabado la misa. ¿Piés, para qué os quiero?„

Y con tanta prisa y con tal desgaire bosquejaba la señal de la cruz sobre la frente, cara y pechos, y tan atropelladamente mascullaba un Padre-Nuestro, al despedirse del santo altar, que parecia decir: "Abur, Dios.„

En la puerta, las vendedoras de flores entorpecian el penoso paso de la gente, y alargaban sus manos con puñados de rosas y otras florecillas, gritando: "Un ramito de olor„... "Cuatro cuartos de rosas.„ Isidora compró rosas para acompañarse de su delicado aroma por todo el camino que pensaba recorrer. Al punto empezó á ver escaparates, solicitada de tanto objeto bonito, rico ó suntuoso. Esta era su delicia mayor cuando á la calle salia, y orígen de vivisimos apetitos que conmovian su alma, dándole juntamente ardiente gozo y punzante martirio. Sin dejar de contemplar su faz en el vidrio para ver qué tal iba, devoraba con sus ojos las infinitas variedades y formas del lujo y de la moda. ¡Cuántas invenciones del capricho, cuántas pompas reales ó superfluidades llamativas! Aquí las soberbias telas, tan variadas y ricas que la Naturaleza misma no ofreciera mayor riqueza y variedad; allí las joyas

que resplandecen, asombradas de su propio mérito, en los estuches negros;... más lejos ricas pieles, trapos sin fin, corbatas, chucherías que enamoran la vista por su extrañeza, objetos en que se adunan el arte inventor y la dócil industria, poniendo á contribucion el oro, la plata, el niquel, el cuero de Rusia, la celulóide, la cornalina, el azabache, el ámbar, el laton, el caoutchouc, el coral, el acero, el raso, el vidrio, el talco, la madreperla, el chagrin, la porcelana y hasta el cuerno;... despues los comestibles finos, el jabalí colmilludo, la chocha y el faisan asados y cubiertos de su propio plumaje, con otras mil y mil cosas aperitivas, que Isidora desconocia y la mayor parte de los transeuntes tambien;... más adelante los soberbios muebles, las recamadas tapicerías, el ébano rasguñado por el marfil, el roble tallado á estilo feudal, el nogal hecho encaje, las soberbias camas de matrimonio llenas de majestad, y por último bronces, cerámicas, relojes, ánforas, candelabros y otros prodigios sin número que parecen soñados, segun son de raros y bonitos.

El hechizo que estas brillantes instalaciones producian en el ánimo de Isidora era muy particular. Más que como objetos enteramente nuevos para ella, los veia como si fueran recobrados despues de un largo destierro. El entusiasmo y la esperanza que llenaban su alma le hacian mirar todo como cosa propia, al ménos como cosa apropiada á ella, y decia: "Con esas pieles me abrigaré yo en mi coche; en mi casa no habrá otros muebles que esos; pisaré esas alfombras; las amas de cria de mis niños llevarán esos corales; mi esposo... porque he de tener esposo... usará esas petacas, bastones, escribanías, fosforeras, alfileres de corbata; y cuando alguno esté enfermo en casa, se tomarán esas medicinas tan buenas, guardadas en tan lindas cajas y botecillos."

Por mirarlo todo, tambien se detenia á contemplar las encías con que los dentistas anuncian su arte, las caricaturas políticas de los periódicos colgados en las vidrieras de los cafés, los libros, los cromos, los palillos de dientes, las aves disecadas, las pelucas y postizos, las condecoraciones, las fotografías, los dulces, y hasta los comercios ambulantes en que todo es *á real*.

Necesitaba comprar algo, poca cosa... Pero con el tiempo... Ya, ya, cuando ella saliera de su destierro social, ¡qué gusto ir de tienda en tienda, mirar todo, escoger, esto tomo, esto dejo, pagar, mandar llevar á casa el objeto comprado, volver al dia siguiente!... Entró en una tienda de paraguas á comprar una sombrilla. ¡Le pareció tan barata!... Todo era barato. Despues compró guantes. ¿Cómo iba á salir sin guantes, cuando todo el mundo los llevaba? Sólo los pordioseros privaban á sus manos del honor de la cabritilla. Ella hizo propósito de usarlos constantemente, con lo cual y con la abstinencia de todo trabajo duro, se le afinarian las manos hasta rivalizar con la misma seda.

Despues de adquirir un abanico no pudo resistir á la tentacion de comprar un imperdible. ¡Cayó en la cuenta de que le hacia tanta falta!... Incapaz de calcular las mermas de su nada abundante peculio, vió en los Diamantes Americanos ciertos pendientes que, una vez puestos, habrian de parecer como nacidos en sus propias orejas. Comprólos, y no tardó en enamorarse de un portamonedas. ¿Cómo podia pasarse sin aquella útil prenda, tan necesaria cuando se tiene algun dinero? No habia cosa peor, segun ella, que llevar las monedas sueltas en el bolsillo, expuestas á perderse, á confundirse y á caer en las largas uñas de los ladrones. Puesto el tesoro en el flamante portamonedas, siguió viendo cosas, y á cada instante emigraban de él las pesetas y los duros, ya para tomar algo de perfumería, ya

para horquillas, ¡de que tenia tanta falta! bien para una peina modesta, bien para papel de cartas con su elegante timbre. Verdaderamente no se podia pasar sin papel de cartas, ¡ni de qué servia un papel que no tuviera timbre!...

"Aún me queda bastante,—dijo al regresar á su casa,—para poner á Mariano en un colegio y comprarle algo de ropa...

Hacia cuentas mentalmente; pero las cifras sustraidas eran tan rebeldes á su espíritu, que ni se acordaba bien de ellas, ni acordándose, sabia darles su justo valor. Como todos los gastadores (cuya organizacion mental para la aritmética les hace formar un grupo aparte en la especie humana), veia siempre engrosadas las cifras del activo, y atrozmente flacas é insignificantes las del pasivo. Este grupo de los derrochadores arrastraria á la humanidad á grandes catástrofes, si no lo contrapesara el grupo de los avaros, creado por las leyes del equilibrio.

Isidora se habia dejado la calderilla suelta en el bolsillo, como cosa indigna de ocupar un departamento en los pliegues de raso del portamonedas, y por la calle iba dando limosna á todos los pobres que encontraba, que no eran ciertamente pocos. Eso sí: corazon más blando ni que más fácilmente se enterneciera con agenas lástimas y desdichas no existió jamás. En su mano habia quizás un vicio fisiológico, y decimos vicio, porque si esta noble parte de nuestro cuerpo parece hecha para el acto de la aprehension ó por la aprehension formada (que en esto hay graves diferencias entre los doctores), la suya parecia hecha para el acto contrario, y no habria tenido razon de ser, si el dar no existiera.

Entró en su casa ya tarde, cargada de compras, porque añadio á las indicadas arriba dos cucuruchos con orejones

y galletas para obsequiar á D. José Relimpio. Con tanto paquete entre las manos se le ajaron las rosas. Púsolas en un vaso con agua fresca, almorzó, y escribió dos cartas, gastando en ellas, por su torpeza en la caligrafía, ocho pliegecillos del timbrado papel, y habria gastado más, si no le dieran á la sazon la noticia del crímen de su hermano. Dejólo todo y salió agitada, para enterarse en el Juzgado, visitar á Mariano en la cárcel y ver el partido que debia tomar. Entónces cayó en la cuenta de que necesitaria gastar algun dinero, y segura de tener bastante, registró los huequecillos rojos del portamonedas, contó, revisó, pasó las piezas de una parte á otra; pero por más vueltas que daba y trasiegos que hacia, resultaba siempre que apenas tenia dos docenas de pesetas. ¿En dónde estaba lo demás? ¿La habian robado? Por un momento creyóse víctima de los infinitos rateros que hormiguean en Madrid; pero repasando las compras y estableciendo, por la fuerza incontrastable de la Aritmética que á veces se impone á sus mayores enemigos, la realidad de las cifras, vino á hacer liquidacion neta de todo y á declararse ratero de sí misma. Su siempre viva imaginacion veia las monedas que habia tenido, la media onza, la pieza de á cuatro, los tres duros aquellos algo anticuados y por lo mismo más valiosos. ¿En dónde estaban? Poco á poco fué recordando que la primera habia caido en tal tienda, la segunda más allá, y que á ocupar su lugar venian pesetas gastadas y algun duro flamante que parecia de lata. Cuando el maniroto suelta las monedas, le queda en el alma, á la manera de un dejo numismático, cierta creencia de que no las ha soltado, y conserva la idea ó imágen de ellas, y no se convence de su error hasta que la necesidad le obliga á hacer una cuenta, y vienen los ceñudos números cargados de lógica y ponen las cosas en su lugar.

Nada sacó en limpio Isidora de las diligencias de aquella tarde, sino un nuevo gasto en coches y tranvías. Acompañábala D. José Relimpio, el cual mostró tales deseos de fumar, que Isidora, sensible á esta necesidad como á todas, le obsequió con un paquete de puros de á medio real. Cuando regresaron, ella desalentada y pesarosa, él tieso y humeante, doña Laura recibió á su digno esposo con endemoniado gesto, y le dijo:

"Quita allá, vicioso... Ya tenemos la chimenea encendida. Contenta me tienes. Tú, con mirarte al espejo y chupar el maldito coracero crees que no hace falta nada más. Mejor trabajaras...

CAPITULO VIII.

Don José y su familia.

I.

A la mano se viene ahora, reclamando su puesto, una de las principales figuras de esta historia de verdad y análisis. Reconoced al punto el original del retrato exacto y breve trazado con tanta destreza por Isidora. El bigotito de cabello de ángel, de un dorado claro y húmedo; los ojos como dos uvas, blandos y amorosos; la cara arrebolada, fresca y risueña, con dos pómulos teñidos de color rosa-ajada; el mirar complaciente, la actitud complaciente, y todo él labrado en la pasta misma de la complacencia (barro humano, del cual no hace ya mucho uso el Creador) formaban aquel conjunto de dulzura é inutilidad, aquel ramillete de confitería, que llevaba entre los hombres el letrero de José de Relimpio y Sastre, natural de Muchamiel, provincia de Alicante. Rematemos este retrato con dos brochazos. Era el hombre mejor del mundo. Era un hombre que no servia para nada.

Tenia sesenta años. Procedia de honrada y decentísima familia. Habia sido militar en sus mocedades; pero por no servir para la milicia, vióse forzado á dejar la pesadez y estruendo de las armas. Habia sido empleado en Rentas, pero cumplia tan mal y se tomaba tan largas vacaciones

que le despidieron de la oficina. Fué contador de un teatro, y se arruinó la empresa. Fué asociado de un contratista de fielatos, y por razon de su maldita amabilidad, la parte mayor de las vituallas entraban sin pagar. Fué marido de doña Laura, y gastó el reducido patrimonio de esta en varias suertes de amabilidades.

Doña Laura, mujer de áspera naturaleza, agriada por la vejez y por el cansancio de aquella vida de tentativas penosas y sin fruto, le decia con dramático acento:

"Hombre inútil, hombre-muñeco. El dia en que me casé contigo, debió el Señor haberme llevado de este mundo. ¿Para qué sirves tú, como no sea para comer?

—Soy tenedor de libros,—respondia D. José, satisfecho de una razon que, á su juicio, excusaba todas las demás razones; y consideraba para sí cuán lejos está de la mente del vulgo aquel precioso arte ó ciencia en que era maestro. Bien por su larga permanencia en oficinas, bien porque se dedicó resueltamente á ello, lo cierto era que D. José conocia la Partida Doble como conoció Newton las Matemáticas y Colon la Náutica. Hay afinidades verdaderamente extrañas entre el espíritu humano y los distintos modos del saber, y aquel que por su organizacion parece no prendarse de las cosas ideales y halagüeñas, encuentra en las arideces de la contabilidad los mayores encantos. Habiendo dominado esta ciencia, emprendió el escribir un tratado de ella en sus ratos de ócio, que eran los más del año, y si no lo dejara á la mitad, habria sido un monumento de la humana sabiduría. Sobre cada parte de la Teneduría tenia escritos sustanciosos tratados, y era de ver con qué inspirada sagacidad explicaba la *Banca en comision*, las *Cuentas de Resaca*, la *Gruesa ventura á cobrar*, las *Fianzas* y *Avales*, los *Depósitos* y *Mercaderías*. Suspendió el trabajo al llegar á ocuparse del precioso tema de

Mi cuenta, *Su cuenta* y *Cuenta comun*, y es lástima que en tan interesante punto lo suspendiera.

Lo extraño era que siendo D. José poseedor de los más escondidos secretos de la contabilidad, no tuviera nada que contar. El movimiento de sus fondos y el manejo de la casa no merecian que se emplease en ellos una gota de tinta; pero D. José que, tratándose de hacer números, iba siempre más allá de las necesidades, tenia en su cuarto el libro *Mayor*, el *Diario*, el *Diario Provisional*, el *Mayor de mercancías*, el de *Caja*, el de *Cuentas corrientes*, el de *Efectos á cobrar*, el de *Facturas*, y otros voluminosos mamotretos, en cuyas hojas ponia más números que arenas tiene el mar, sin que la familia supiese qué sustancia sacaba de ello.

Pero lo que más enfurecia á doña Laura era que, con ser viejo y cascado, se mirase tanto al espejo. En efecto; además de que en su cuarto, á solas, se pasaba las horas muertas mirándose, no entraba en pieza alguna donde hubiese un espejillo, sin que, ya con disimulo, ya sin él, se echase una visual para examinar su empaque, y atusarse despues el bigote, ó poner mano en los contados cabellos que venian flébiles y pegajosos, desde la nuca, á tapar el gran claro de la coronilla.

"Eso es, mírate bien,—le decia doña Laura,—para que no te olvides de esa cara preciosa. ¡Lástima que no vengan los pintores á sacar tu figura de gorrion mojado!

D. José se reia con esto. Era tan bueno... Si la miel es condicion y sustancia precisa en la naturaleza del hombre, aquel era, más que hombre, un merengue andando. Riendo decia á su cara consorte: "No todos tenemos la suerte de conservarnos como tú, que estás tan hermosa y frescachona como cuando te conocí.

—Calla, Sardanápalo.

—La verdad por delante. Todavía, todavía... Vamos, que alguien daria un resbalon.

—Quita, quita,—clamaba la señora con expresion de asco.—Me tomas por esas...?

D. José habia sido un galanteador de primera. No lo podia remediar: estaba en su naturaleza, en su doble condicion de tenedor de libros y de galan jóven, y así, ya casado y viejo, no veia mujer bonita en la calle sin que la siguiera y áun se propasase á decirle alguna palabreja. Entre sus amigos, solia llevar la conversacion desde los temas trillados á los motivos de amor y aventuras; y todo se volvia almíbar, hablando de piés pequeños, de tal pantorrilla hermosa, vista al subir de un coche, de una mirada, de un gesto. Las aventuras no pasaban generalmente de aquí y eran pura charla, porque su timidez le ponia grillos para pasar á cosas mayores.

Pero áun en aquellos dias de vejez y decadencia, cuando salia á tomar el sol, embozado en su raida capita, iba á los lugares más concurridos de muchachas guapas. Si topaba con alguna que fuese sola, se aventuraba á seguirla con su paso vacilante, sin malicia, sólo por *rutina del oficio*, como solia decir; y siempre que en sitio y ocasion de apreturas, como parada militar ó procesion de Corpus, se hallase en contacto inmediato con alguna beldad, el alma se le salia á los lábios, toda acaramelada y jaleosa, para decir: "Como me gusta usted, señora...!„ ¡Vaya una real moza!... Dichoso el mortal que tal posee.„

Este libertino platónico era tio de Isidora en tercer grado, por ser primo segundo de Tomás Rufete; y además la habia sacado de pila. La habia visto nacer y crecer, y desde aquellos tiempos habia profetizado, con la seguridad de un conocedor profundo en teneduría de destinos humanos, que la niña sería una hermosa mujer, quizás ele-

gante y famosa dama. ¡Cuánto se alegró de volverla á ver ya crecida, y cuánto compadeció sus desgracias, y con qué puro interés se ofreció á ella para servirla en todo lo que hubiese menester!

La familia de Relimpio vivia pobremente, porque don José, con ser tan maestro en números, no habia sacado de ellos jugo alguno. Doña Laura conservaba una casa y una viña en Dolores, que le daban mil reales al año. Las niñas trabajaban para las camiserías. Tenian máquina, y cosiendo noche y dia, velando mucho y quedándose sin vista, allegaban de cinco á siete reales diarios. Melchor, el varon, no habia llevado hasta entónces un solo céntimo á la casa, como no fuera el caudal inmenso de ilusiones y proyectos; pero la familia fundaba en él grandes esperanzas. Melchor, recien salido del vientre de la madre Universidad, tan desnudo de saber como vestido de presuncion, habia de ser pronto un personaje, una notabilidad. ¿No lo eran otros? Este era un punto inconcuso, el axioma de la familia, pues no hay familia que no tenga algun axioma.

Para pagar con desahogo la casa, la familia tenia que ceder un gabinete á caballero decente, sacerdote, ó señora viuda sin hijos. Durante tres años proporcionáronle este alivio distintos sujetos. Vacó dos meses el gabinete, hasta que vino Isidora y con ella los cuatro reales diarios, y á más los ocho de la comida. Sin este refuerzo la hacienda de Relimpio se habria resentido bastante.

Pero las cosas vienen segun Dios quiere, y no segun nuestro gusto y conveniencia, y Dios quiso que á Isidora se le acabase el dinero, para lo cual le inspiró aquel desordenado apetito de compras, ántes mencionado. El se sabria los motivos de esto. Doña Laura, que gustaba de meterse á descifrar los designios del Ordenador de todas las cosas, decia que éste habia mandado á aquella muchacha á su

casa, como una plaga de Egipto, para probar su paciencia.

En suma, Isidora se quedó sin un cuarto, y su tio el Cánonigo mostraba la mayor pachorra del mundo para enviarle fondos. ¡Ay! esa gente de provincias cree que una onza es un millon. ¡Un mes llevaba la pobre de grandes apuros, haciendo diligencias inútiles en pró de su hermano, que en la cárcel seguia, y privada de todo, viendo tantas cosas bonitas sin poderlas comprar! Cumplido el vencimiento del hospedaje, no sólo no pudo pagar el dinero del gabinete ni los ocho reales de la comida, sino que, por añadidura, tuvo que pedir prestada cierta cantidad á doña Laura. Diósela ésta con el gesto ménos gracioso que se puede imaginar; pero la esperanza de un próximo envío del Cánonigo, consolaba á todos. Remolon estaba el buen señor, y transcurrió otro mes sin que entrase por las puertas la ansiada libranza. Aspera y recelosa doña Laura incitaba á Isidora á trabajar con especiosos argumentos. ¿No tenia manos? ¿No sabia coser? ¿No trabajaban como negras aquellas dos señoritas decentes, Emilia y Leonor?

Isidora era hábil en la costura y en prepararla, pero no sabia manejar la máquina. En esto era consumada maestra Emilia, la más inteligente y trabajadora de las dos hermanas. Habia llegado á amar la máquina como se quiere á un animal querido; conocia los secretos de su maravilloso artificio, y habia hecho de este un esclavo sumiso. Semanalmente la engrasaba con cariño, la recorria con una especie de interés fraternal, para ver si alguna parte ó miembro de ella necesitaba reparacion, y todos los dias cosia en ella con presteza increible. Cuando llegaba la hora del reposo la cubria y abrigaba bien para que no le cayese polvo. Entre las dos costureras, una de hierro y otra de carne, hacian los pespuntes más preciosos, largos ó menudos, segun fuera menester. Además de esto, Emilia, á quien

inspiraba sin duda el espíritu venturoso de Elías Howe, dominaba los mecanismos auxiliares para hacer dobladillos, enjaretar, marcar y coser bastillas.

D. José conocia regularmente la máquina (que era la *Canadiense* de Raymond) y sabia prepararla; pero aunque sus hijas y su mujer le apremiaban á todas horas para que cosiese y las ayudase, él no se daba á partido, bien porque le pareciera impropio de varon aquel trabajo, bien porque creyera (y esto es lo más probable) que una cuenta bien llevada aprovechaba á la familia más que todas las costuras del mundo. A él no le sacaran de apuntar números, de leer *La Correspondencia*, hacer cigarrillos y charlar. Todo lo demás era ocupacion denigrante. Una noche de verano sin embargo, en que estaba toda la familia reunida en el comedor, como de costumbre, D. José empezó á mover la máquina.

"Papá,—le dijo Emilia,—ya que no nos ayuda usted, al ménos enseñe á coser á Isidora.

D. José queria tanto á su ahijada y gozaba tanto en verse próximo á ella, que aceptó gozoso. Las primeras explicaciones tuvieron poco éxito. Isidora no podia comprender aquel endiablado mete-y-saca del hilo superior, que por tantos agujerillos tiene que pasar hasta que lo coge en su pico horadado la aguja, y empieza, debajo de la placa, la rápida esgrima con el hilo inferior. Se atacan con encarnizamiento, se cruzan, se enlazan, se anudan y se retiran tiesos, para volver á embestirse despues que pasa una vigésima parte de segundo.

¡Qué lástima que Isidora no tuviera su espíritu aquella noche en disposicion de atender á las sabias enseñanzas de su padrino! Estaba aburridísima. Habian pasado tres meses sin que su situacion variara sensiblemente. El Canónigo le habia mandado fondos, mas eran tan escasos que, cu-

biertas algunas atenciones perentorias, volvieron las privaciones y apuros. Mariano continuaba en la cárcel y la causa seguia adelante. El interés que el público y la prensa habian mostrado por aquel grave suceso, quitaba toda esperanza de arreglarlo satisfactoriamente. A estos motivos de pena añadia la de Rufete el ningun adelanto que en tantos dias habia tenido el principal y más interesante negocio de su vida, con más otras cuitas, sobre las cuales, por tenerlas ella como en delicado secreto, no nos atrevemos á aventurar palabra alguna. Tan distraida estaba, de tal modo se le escapaba el pensamiento para entregarse á su viciosa maña de reproducir escenas y hechos pasados, presentes y futuros, el habla y figura de distintas personas, que no atendia á la leccion más que con los ojos y con un mutismo respetuoso, que Relimpio tomaba por la mejor manera de atencion posible.

Empezaba el verano. El comedor, que era pieza expuesta al Poniente, estaba caldeado como un horno. Emilia y Leonor hilvanaban junto á la mesa, ya despojada de manteles, á ratos silenciosas, á ratos charlando por lo bajo sobre cosas que las hacian reir. Doña Laura habia abierto la ventana que daba á un denegrido patio, por donde subia el vaho infecto de una cuadra de caballos de lujo instalada en el fondo de él; y depositándose en un sólido sillon que, como señora gruesa, tenia para su exclusivo uso, se quedó dormida. En la misma mesa y en el lado opuesto al ocupado por las dos hermanas, tenia Relimpio máquina y discípula, y sobre aquel círculo amoroso de confianza y trabajo derramaba una colgada lámpara su media luz, tan pobre y triste, que los que de ella se servian no cesaban de recriminar á aquel astro, achacando su falta de claridad ya á la escasez de petróleo, ya á la falta de mecha, ó bien á lo mal que la preparara la moza. Todo era darle á la llave para su-

bir la mecha, con lo cual se ahumaba el tubo, ó para bajarla, con lo que se quedaban todos de un mismo color. Pero sin acobardarse por la pestilencia del petróleo ni por la penumbra de su avara luz, seguian trabajando aquellas pobres chicas, sometidas á la ley de la necesidad, que obliga á comprar el pan de hoy con los ojos de mañana.

"Ahora voy á enseñarte á llenar una canilla,—decia D. José.—¿Ves este carretillo de acero que saco de la lanzadera? Pues hay que llenarle de hilo, para lo cual se pone aquí, y con el mismo volante de la máquina se le hace dar vueltas y...

Isidora fijaba los ojos en la operacion; pero ¡cuán lejos andaba su pensamiento!

"Qué triste vida!—decia para sí.—La deshonra que ha echado Mariano sobre mí me impide reclamar por ahora nuestros derechos... Parece que Dios me desampara... Una persona me demostró interés. ¿Por qué no viene á verme ya? ¿Qué ha pasado? ¿Qué piensa de mí?.....

—Ahora, ya que tenemos la canilla bien repleta de hilo la metemos en la lanzadera. Ajajá. Fíjate bien en la maña con que hay que ponerla. Pif, ya está. Ahora viene lo más delicado. De esto depende el coser bien ó el coser mal. Atiende, hija; pon aquí tus cinco sentidos. Hay que pasar la punta del hilo por estos agujeritos, ¿ves?

—Será preciso que yo le escriba. ¿No me recomendó mi tio á él y á su padre...? Pues le escribiré. Así no puedo vivir. ¡Qué triste es el verano en esta tierra! Toda la gente elegante se va, y yo me quedo sola, sin amigos, sin amparo...

—Cojo la punta del hilo, sacándola por la izquierda de la canilla, la meto con mucho cuidadito por el primer agujero, pif, ya está: Mira... Ahora mi señor hilo tiene que meterse por el segundo agujero, pif. Muy bien, y despues allí va por el tercero. En seguida... que no se te olvide esta

particularidad... el hilo pasa por debajo de la uncella y ya está. Ahora pongo mi canillita en su puesto, engancho el hilo de abajo con el de arriba, para lo cual basta dar una vuelta, y... adelante con los faroles. Niñas, tela.

—Hace cerca de veinte dias que no viene á verme. ¿Se habrá ido á veranear sin despedirse de mí...? Creerá que soy una impostora...? Esta idea me mata.

—Ahora bajo mi pisatela, acorto el punto dándole una vuelta al tornillo... atiende bien... y despues de aflojar un poco el hilo superior, empiezo. Anda, maquinita, que á casa vas...

—¡Qué idea me ocurre! Iré á su casa... No, eso no debe ser... Le escribiré con cualquier pretexto.... Quizás no sea preciso... El corazon me dice que vendrá mañana... ¡Oh! Dios de mi vida, si viniera...

II.

Doña Laura dió varias cabezadas, y entre dormida y despierta, exclamó con ira: "Siempre mirándote al espejo."

—Mujer,—dijo riendo D. José sin dejar su obra.—Si no me miro al espejo, si estoy cosiendo...

Las niñas se sonreian. Algo azorada doña Laura, despertaba del todo y decia: "No, no estaba dormida. Yo sé lo que me digo."

Habia en el comedor un reloj de pared que era el Matusalen de los relojes. Su mecanismo tenia, al andar, son parecido á choque de huesos ó baile de esqueletos. Su péndulo descubierto parecia no tener otra mision que ahuyentar las moscas, que acudian á posarse en las pesas. Su muestra amarilla se decoraba con pintada guirnalda de peras y manzanas. De repente, cuando más descuidada estaba la fa-

milia, dejó oir un rumor amenazante. Allí dentro iba á pasar algo tremendo. Pero tanta fanfarronería de ásperas ruedas se redujo á dar la hora. Sonaron once golpes de cencerro.

Doña Laura se levantó y las niñas dejaron la costura. La criada tomó el dinero de la compra. Isidora desapareció, mientras Emilia guardaba la máquina. D. José tenia la costumbre de acostarse una hora más tarde que su señora y niñas, y esa hora la empleaba en leer *La Correspondencia*, deleite sin el cual no podia pasar, y despues en hacer cigarrillos de papel, valiéndose de un aparato muy conocido, el cual es un cilindro de madera lleno de agujeritos, donde se introduce el papel liado, y se cargan y atacan despues de picadura. Echóse al cuerpo el periódico, leyendo con extremada atencion las conferencias de hombres políticos, y repasando al fin los muertos y los anuncios. Luégo, mientras atarugaba la máquina de pitillos, meditaba sobre los sucesos del dia y sobre política general. No carecia de convicciones arraigadas en materia de gobernacion del Reino. Declarábase enemigo de todos los partidos; sostenia que todos los españoles debian unirse para bien de la patria, y que entónces se acabarian las trapisondas y las revoluciones. Tenia por las glorias de su patria un entusiasmo ardiente. Tres cosas le indignaban: 1.ª Que los ingleses no nos devolvieran á Gibraltar. 2.ª Que los ministros tuvieran treinta mil reales de cesantía. 3.ª Que no se hubiera levantado un monumento á Mendez Nuñez. En aquellos tiempos el repertorio de sus ideas se habia enriquecido con una, muy firme, que no cesaba de manifestar en todas las ocasiones. "Nada, nada,—decia,—este D. Amadeo es una persona decente.

Cuando el reloj dió las doce, retiróse D. José dejando *La Correspondencia* sobre la mesa, para que la leyera Mel-

chor, que entraba siempre alrededor de las dos. Mucho sorprendió á Relimpio, cuando se acercó al lecho conyugal, ver á su cara mitad todavía despierta.

"¿Estás en vela, chica?—le dijo quitándose su gorrete. —Acabo de leer el periódico... ¡qué cosas pasan! ¡Cómo marean á ese pobre señor! Yo sigo en mis trece; sostengo que D. Amadeo es una persona decente.

—Déjame en paz. Contenta me tienes. Estoy desvelada pensando en esa... Valiente mosca se nos ha posado encima.

—Quiá, quiá, mujer. Es una huérfana...

—¿Es mi casa hospicio? Nos va á arruinar esa... Dios me perdone el mal juicio; pero creo que va á acabar mal tu dichosa ahijada. No le gusta trabajar, no hace más que emperifollarse, escribir cartas, pasear y lavarse. Eso sí; más agua gasta ella en un dia que toda la familia en tres meses.

—Quiá, quiá; déjala que se lave. Pues tambien trabaja. Esta noche ha tomado con tanta atencion y empeño la leccion de costura, que dentro de poco coserá en máquina mejor que yo.

—Eres un bobo, Relimpio. Esa chica tendrá mal fin. ¡Y qué humos, bendito Dios, qué pretensiones! ¡Y qué morros nos pone á veces, despues que la estamos manteniendo! Hay que echarle memoriales algunos dias para poderle hablar.

—Es una huérfana. ¿Crees tú que el Canónigo la desamparará? No, yo no lo creo.

—Fíate del Canónigo y no corras. Lo más gracioso... no sé cómo me rio, es que ella está echando chispas de rabia porque no puede gastar en bicocas... Vamos, que si esta tuviera dinero, gastaría un lujo asiático y tendría lacayos colorados como ese Rey...

—El cual, la verdad por delante, es la persona más decente...

—Ay, Isidorita Isidorita, me parece que Vd. es una buena pieza, y el dia ménos pensado la voy á plantar á Vd. en la calle.

—¡Laura!—exclamó tímidamente D. José, ya acostado.

—Quita, quita. Fuera moscones. No nos faltará quién ayude á pagar el alquiler. No quiero lios en mi casa.

—¿Lios...? ¡Quiá!

—Lios, sí; ¿pues qué quieren decir las visititas del marqués de Saldeoro? ¿Sabes quién es ese danzante?

—Una persona decentísima, un caballero, un jóven...—murmuró Relimpio principiando á aletargarse.

—Sea lo que quiera, esas visitas me apestan. No es mi casa para estas cosas, señorita doña Isidora. Tú, Relimpio, como eres tan alma de Dios, no te fijas, yo sí. Ese marquesito, ó lo que sea, vino aquí un dia y estuvo de visita con ella un cuarto de hora. Volvió á la semana siguiente, y la encerrona fué más larga, ¿te enteras? Despues siguió viniendo cada tres ó cuatro dias. ¡Oh, cómo se le conoce en la cara á esa berganta, cuando le espera, cuando tarda, cuando no ha de venir! Tú eres un simple y no ves nada. Yo me he puesto detrás de la puerta á escucharles, y les he sentido charlar muy animados, sumamente animados; pero no he podido entenderles una sola palabra. Les he oido reir, sí, reir mucho, pero ¿de qué...? Aquí hay algo, Relimpio, aquí hay algo.

D. José, que ya estaba, si no enteramente dormido, á punto de llegar á estarlo, murmuró claramente estas dulces palabras, que salieron de sus lábios envueltas en una sonrisa:

—¡Y qué guapa es...!

—Quita allá, quita, esperpento. Contenta me tienes...

—Nada, mujer; decia que D. Amadeo es una persona...
—Quita, quita...!
—Quiá, quiá...!

III.

Las relaciones de Isidora con las hijas de su padrino, si cordiales al principio de la vida comun, fueron enfriándose poco á poco. Isidora no disimulaba bien su idea de la inferioridad de Emilia y Leonor, ya en posicion social, ya en hermosura, buen gusto y manera de presentarse. Se creia tan por encima de sus primas en esto, que cuando se trataba de prendas de vestir, de la eleccion de un color, flores, ó adorno cualquiera, la de Rufete manifestaba á las de Relimpio un desden compasivo. "Estas pobres cursis,—decia para sí,—se despepitan por imitarme, y no lo pueden conseguir."

Algo de verdad habia en esto. Isidora tenia una maestría singular y no aprendida para arreglarse. Con ella habia nacido, como nace con el poeta la inspiracion, aquella facultad de sus ojos para ver siempre lo más bello, sorprender lo armonioso y elegir siempre de un modo magistral, así como aquella destreza de sus manos para colocar sobre sí misma cualquier adorno. Poseia la rarísima aficion á la sencillez, que comunmente no se halla en las zonas medias de la sociedad, sino que es don especial de la civilizacion primitiva ó de la muy refinada cultura. Las niñas de D. José, reconociendo esta superioridad, se aconsejaban de ella, consultándole sobre todos los arreglos de trapos que hacian. Su pobreza les vedaba ciertamente el lujo; pero como es ley que todas las clases de la sociedad, á excepcion de la jornalera, vistan de la misma manera, y

como hay un verdadero delirio en los pequeños por imitar la manera de presentarse de los grandes (de donde resulta que la hija de un empleado de doce mil reales apénas se distingue, en la calle, de la hija de un prócer), las de Relimpio se emperifollaban tan bien con recortes, desechos, pingos y cosas viejas remozadas, que más de una vez dieron chasco á los poco versados en fisonomías y tipos matritenses.

Eran ambas agradables, y Emilia bastante bonita, de ese tipo fino, delicado y esbelto, que tanto en Madrid abunda. Largos meses vivieron con un solo vestido bueno para las dos, un par de botinas comunes y una pelliza blanca de invierno, de lo que resultaba que cada dia le tocaba á una sola niña salir á paseo con doña Laura. Mas á fuerza de trabajar, de desvelos y de casi inverosímiles economías, lograron vestirse y calzarse ambas de la misma manera, y áun tener sendos sombreros de moda, arreglados por ellas, bajo la inspeccion de Isidora, con despojos y reliquias de otros sombreros que conseguian de balde en una tienda para la cual trabajaban. ¿Qué mujer no tiene sombrero en los años que corren? Sólo las pordioseras que piden limosna se ven privadas de aquel atavío; pero dia llegará, al paso que vamos, en que tambien lo usen. La humanidad marcha, con los progresos de la industria y la baratura de las confecciones, á ser toda ella elegante ó toda cursi.

Con ser tipos perfectos de la miseria disimulada, las niñas de D. José se habrian horrorizado de que se les propusiera casarse con un hábil mecánico, con un rico tendero ó con un propietario de aldea. Doña Laura misma, hecha ya á aquella vida miserable, barnizada y compuesta para que no lo pareciese, no pensaba en alianzas denigrantes. Sus ilusiones eran que Emilia se casase con un médico, de estos chicos listos que salen ahora, por cuya

razon no veia con malos ojos las visitas de Miquis. En cuanto á Leonor, á quien su madre suponia dotada de un talento no comun, le vendria bien un oficial de Estado Mayor, de Ingenieros, ó cosa así.

En el paraíso del Teatro Real, á donde iban un par de veces por semana, tenian estas dos niñas finas su círculo de mozuelos galanteadores y estudiantes y empleados de esas categorías ínfimas que rayan en lo microscópico. Ellas se daban una importancia colosal, aparentando, particularmente Leonor, lo que ni en sueños podian tener; y como eran muy agradables de cara y sueltas de lengua, muchos inocentes caian en el lazo, y las miraban como lo granadito de la sociedad. La confusion de clases es la moneda falsa de la igualdad.

Hablemos ahora de Melchor, honra y gala de la familia, orgullo de su madre, y esperanza de todos, pues primero se dudara allí de los Cuatro Evangelios que de la próxima ascension del jóven Relimpio á una posicion coruzcante. ¿Cómo no, si Melchor era, segun doña Laura, lo más selecto del orbe en hermosura, talento, y sociabilidad? Y verdaderamente, si la figura y buen talle es la escalera por donde los humanos han de subir á la gloria ó á la riqueza, Melchor debia empinarse más que ningun otro porque tenia la mejor fachada personal que pudiera desear un hombre. Era el primer fruto del matrimonio de D. José con doña Laura, y áun decian malas lenguas que era tres-mesino, cosa que no nos importa averiguar. Su edad no pasaba de veinte y seis años. Tenia la barba negra, los ojos idem, el pelo idem, el entendimiento idem; mas su filiacion era difícil en lo tocante á la primera de estas señas personales, pues muy á menudo variaba la ornamentacion capilar de su cara; de modo que si este mes se le veia con barba corrida, el que entra llevaba patillas;

al año siguiente aparecia con bigote solo; despues con bigote y perilla, como si quisiera inscribir en su cara, con la navaja de afeitar, la caprichosa inconstancia de sus pensamientos.

Con ser primogénito y hombre, era el Benjamin y el niño mimado de la casa. Todos los sacrificios parecian pocos, y se le habia acostumbrado á la humillacion de sus padres ante la majestad de sus antojos. Mirábanle D. José y doña Laura como un sér superior, sagrado, que, por casualidad ó por misterioso intento de la Providencia, habia nacido del vientre de aquella mujer humilde. En las cuestiones con sus hermanas, siempre tenia razon Melchor, y las niñas podian carecer de lo más preciso para que Melchor disfrutara de lo supérfluo. Doña Laura comia mal ó no comia para que su hijo fumase bien. A D. José se le negaba el vino en la mesa para que Melchor pudiese tomar café y no hacer un mal papel entre sus amigos. En las casas pobres suelen vestirse los hijos con la ropa desechada de los padres. Allí, por el contrario, le hacian á D. José chaquetas de los gabanes viejos de Melchor, y todas las corbatas de éste pasaban, despues de usadas, á decorar el cuello paterno. El bolsillo de D. José estaba siempre más limpio que patena, porque era hombre tan derrochador que, si allegaba algun cuarto, cometia la vil accion de comprar castañas y sentarse á comérselas en un banco del Retiro. Pero en el chaleco de Melchor siempre sonaba algo, aunque fuera media docena de pesetas, reunidas por doña Laura, Dios sabe cómo, con mil apuros, con el enfermizo velar de las niñas y el ahorro llevado á límites increibles.

Melchor habia seguido la carrera de derecho. Un chico tan sin segundo, tan extraordinariamente dotado por Dios en talento y figura, no podia degradarse en oficios mecánicos y bajos menesteres. Darle carrera poco lucida habria

sido contrariar sus altos destinos. Tenia doña Laura un hermano, que era y es afamado ortopedista de Madrid, hombre que ha labrado una fortuna en su taller. Este laborioso industrial, luégo que Melchor, de quien era padrino, llegó á los quince, quiso llevarle consigo y enseñarle aquel honrado oficio; pero tanto doña Laura como D. José consideraron esto como un insulto. ¡Melchor ortopedista, arreglador de jorobas, corrector de hérnias, fabricante de muletas y aparatos tan feos!... Vamos, vamos, esto era monstruoso. Doña Laura oyó las proposiciones de su hermano, no ya con indignacion, sino con asco. El jóven mismo, cuando ya despuntaba en la Universidad y tenia su barniz literario, reíase de su tio el ortopedista. Sólo la idea de ir á trabajar con él en aquella odiosa tienda, le sublevaba. ¿Cómo podian entenderse él y su tio, él tan sábio, tan listo, llamado á tan altos destinos, y su tio, un hombre tosco y rudo que sólo sabia hacer suspensorios y cazar, un bárbaro que llamaba *cláusulas* á las cápsulas, y que cuando se puso el primer tranvía hablaba de la *tripulacion* de los coches, en vez de decir trepidacion?

Salió Melchor de la Universidad hecho, como decia Miquis, *un pozo de ignorancia*. Entre todas las ciencias estudiadas, ninguna tenia que quejarse por ser ménos favorecida; es decir, que de ninguna sabia una palabra.

Se trató entónces de *lanzarle*. Era un bonito bajel, recien hecho y pintado, al cual no faltaba ya más que hacerle flotar en el mar sin fin de las ambiciones. El diputado por Monóvar le consiguió un destino en la Direccion de Rentas Estancadas, asunto del cual Melchor entendia tanto como de cantar la epístola. Vamos, vamos, que entraba con pié derecho. Desgraciadamente pasó algunos años alternando entre colocaciones miserables y calamitosas cesantías. El jóven se desesperaba, viendo la desproporcion

grande entre su posicion real y la artificial que él se habia creado con amistades de chicos pudientes, con la necesidad de vestir bien y sus eternas pretensiones, fomentadas sin cesar por toda la familia.

No tenia amor al estudio, porque oia decir constantemente que el estudio de poco aprovecha. Pero el roce con muchachos listos le habia suministrado un mediano caudal de frases hechas y de ideas de repertorio, por lo cual no era de los más callados en los cafés. Disputaba sobre política, y áun metió su cuarto á espadas en ella, escribiendo en algun periodiquejo. Era de notar que siempre lo hacia en tono tan indignado, y mostrando una ira tan cínica contra el gobierno, que sus trabajillos gustaban en las redacciones y áun le produjeron algunos cuartos.

Fué colocado, y durante una temporada corta se dedicó al espiritismo. Asistia á nocturnas reuniones de esta secta que es la antesala del Limbo, y llegó á adquirir esas convicciones tenaces que sólo se encuentran en los prosélitos de los sistemas más absurdos. Muchas horas de la noche pasaba en su casa en tétrica conversacion con las patas de las mesas, ó bien escribiendo con mano temblona lo que, segun él, le decian éste y el otro espíritu; y aunque tales boberías no agradaban mucho á doña Laura, por ser remachada católica, la bendita señora no le decia una palabra, ni trataba de arrancar de la mente de su hijo las telarañas de aquella ridícula doctrina.

Pero pasó el tiempo, y con él el espiritismo de Melchor dejando el puesto á otros ideales más prácticos. Veia trascurrir los años sin que sus medios pecuniarios estuvieran en armonía con sus pretensiones, ni con aquel porvenir brillante que su buena madre le anunciaba. Él no era rico, pero era preciso parecerlo; es decir, vestirse como los ricos, tratar con ricos. Es cruel eso de que todos sea-

mos distintos por la fortuna y tengamos que ser iguales por la ropa. El inventor de las levitas sembró la desesperacion en el linaje humano. Padecia con esto Melchor horriblemente, y cada dia sufria una humillacion nueva. El lujo de los demas le azotaba la cara. Paseaba. ¿Por qué era suyo el cansancio y de los demás el coche? ¿Por qué razon él sentia el amor, y era otro el que tenia la querida? Iba al teatro. ¿Por qué era suya la aficion á la música y ageno el palco? Estas cuestiones brotaban sin cesar en su cerebro como las chispas en la fragua. Para colmo de pena, oia hablar á cada instante de fortunas improvisadas. En el café, en los círculos todos, se contaban maravillosos cuentos, como los de magia. Aquí un pobrete audaz habia redondeado colosal ganancia en pocos meses. Allá una idea feliz, engendrando el más pingüe de los negocios, habia hecho rico al que un año ántes era mendigo. Mil agentes bullian en Madrid, realizando, con maravillosos beneficios, esas combinaciones oscuras entre el Tesoro y los usureros, entre los servicios y las contratas, de que resultaban los únicos milagros del siglo XIX.

Desde que le vinieron estos pensamientos, Melchor ideaba todas las semanas un plan ó arbitrio nuevo. Lo maduraba en su mente, se lo comunicaba á su madre expuesto ya en claras cifras; encontrábalo de perlas doña Laura; trataba él de llevarlo á la práctica, y entónces, de las dificultades venia la muerte del plan y el engendro de otro.

Primero tratábase de una cosa muy sencilla. "Son habas contadas, mamá,"—decia él.—Todo se reducia á combinar un sistema de anuncios con un sistema de regalos, ofrecidos por las tiendas á cuantos comprasen en ellas. El plan era soberbio. Produciria millones, con tal que todos los tenderos de Madrid aceptasen la cosa, y con tal que todos los industriales facilitasen los anuncios. Ya se habia

entendido él con un litógrafo que le haria las primeras tarjetas crómicas.

Á estas habas contadas sucedieron otras. Tratábase de una red de tranvías aéreos. ¿El capital? Seguridad tenia de encontrarlo, cuando los banqueros conocieran su plan. Pero éstos no supieron ver la inmensidad de millones que podia dar de sí el negocio, y los tranvías aéreos se quedaron en los aires. Despues se trató... tambien habas contadas... de conseguir del gobierno el privilegio de expender fósforos, luégo de montar una agencia para conseguir destinos, y sucesivamente de otros delirios y extravagancias.

Entre tantas combinaciones, no se le ocurrió al jóven Relimpio la más sencilla de todas, que era trabajar en cualquier arte, profesion ú oficio, con lo que podia ganar, desde una peseta para arriba, cualquier dinero. Pero él, fanatizado por lo que oia decir de fortunas rápidas y colosales, queria la suya de una pieza, de un golpe, no ganada ni conquistada á pulso, sino adquirida por arte igual al hallazgo de la mina de oro ó del sepultado tesoro de diamantes. En los dias á que nuestra historia se refiere, andaba Melchor algo desanimado, y grandísima confusion reinaba en su espíritu. En su mente lo inverosímil luchaba en sombrío pugilato con lo posible. ¿Saldria de este batallar alguna idea grande, algun plan jamás soñado de otro alguno? Las visiones de la riqueza real se peleaban dentro de él con las imágenes de la fortuna agena, entre el estruendo de los rebeldes apetitos, tanto más revoltosos cuanto más distantes de ser saciados.

Llegaba á su casa todas las noches entre una y dos de la madrugada, fatigado, triste, pensativo; soltaba la capa; ponia los codos sobre la mesa del comedor, las quijadas entre las palmas de las manos, y así se estaba media hora ó más en reposada meditacion. Si habia entrado fumando,

que era lo más probable, consagraba su atencion á curar, ennegrecer ó *culotar* (no hay otra manera de decirlo), una boquilla de espuma de mar, empeño que le traia muy atareado á diferentes horas del dia. Llevaba adelante su obra con tanto esmero y paciencia, que en el café oia más de un elogio por la perfeccion é igualdad de ella. Hay orgullos muy singulares. El que Melchor fundaba en su pipa era disculpable, porque la pipa iba pareciéndose al ébano más puro y reluciente, y el artista, despues de arrojar sobre ella, distribuyéndolos bien, chorros de espeso humo, la frotaba con el pañuelo, y se miraba despues en aquel espejo de azabache... Cuando concluia de fumar, guardaba la pipa en el estuche y se iba á la cama, de donde no salia hasta la una del siguiente dia.

Isidora no simpatizaba con el mimado hijo de los Relimpios. Aquella hermosura tan ponderada por doña Laura, parecíale á ella ordinaria, y sus modales y vestir afectados y cursis. En cuanto á las altas cualidades morales y mentales con que, en opinion de la familia, estaba agraciado por Dios, Isidora no comprendia nada. Parecíale el más desaforado holgazan, el más bárbaro egoista del mundo.

CAPÍTULO IX.

Beethoven.

I.

El palacio de Aransis, situado en la zona de la parroquia de San Pedro, es un edificio de apariencia vulgar, como todas las moradas señoriles construidas en el siglo XVII, las cuales parecen responder á la idea de que Madrid fuese una corte provisional. Seguros los grandes de que tarde ó temprano se fijaria el Rey en otra parte, hacian, en vez de casas, enormes pabellones ó tiendas de campaña, empleando en vez de lienzo y tablas el ladrillo y el yeso. La importancia artística de tales caserones es nula; su solidez mediana, y en cuanto á comodidades interiores, solamente es habitable lo que ha sido reformado, pues los señores antiguos parece se acomodaban á vivir sin luz y sin abrigo, ya en anchas cavidades desnudas, ya en oscuras estrecheces. La casa de Aransis es de las reformadas en el siglo pasado. Al exterior, fuera de su puerta almohadillada, por la cual entrarian sin inclinarse los gigantones del Córpus, nada absolutamente tiene de particular. Interiormente conserva bastantes obras de mérito, como tapices, muebles y cuadros, sin que ninguna de ellas raye, ni con mucho, en lo extraordinario. El abandono en que sus dueños lo tienen nótase desde la puerta al tejado, pues aunque todo está en órden y bien defendido de la polilla,

hay allí olor de soledad y presentimiento de ruina. Digan lo que quieran los que se empeñan en que ha de ser bueno todo lo que no es moderno, el interés artístico de los salones de Aransis no pasa de mediano.

Desde el 63 todo estaba cerrado allí, ménos los dias de limpieza. La casa tenia por habitante el silencio, que se aposentaba en las alcobas, entre luengas colgaduras hechas á imágen del sueño, y la oscuridad se agasajaba en las anchas estancias. Por algunas rendijas la luz metia sus dedos de rosa, arañando las tapicerías. De noche, ni ruido, ni claridad, ni espíritu viviente moraban allí.

Un dia de otoño del 72 alegróse de súbito el palacio; abriéronse puertas y ventanas; entraron aire y luz á torrentes, y los plumeros de media docena de criados expulsaron el polvo que mansamente dormia sobre los muebles. Luégo sucedió traqueteo de sillas, lavatorio de cristales y preparacion de luces. En medio de este alboroto oíanse las notas sueltas de un piano, martirizado en manos del afinador. Al dia siguiente, hubo estruendo de baules descargados, oficiosa actividad de lacayos, rodar tumultuoso de carruajes en la calle y en el portal inmenso, desnudo, vacío. Una señora de cabello entrecano y gallarda estatura envuelta en pieles, tapada la boca, trémula de frio, subió la escalera, dando el brazo á un señor cacoquimio, y pasó de pieza en pieza, sin parar hasta aquella donde debia reposar del viaje. Acompañábanla, además del señor cacoquimio, un jovencito como de catorce años, que llevaba tras sí, atado de una cadena, enorme perro negro, y cerraban la comitiva dos criadas jóvenes y guapas, que no tenian facha de gente española.

La marquesa de Aransis, viuda desde el 54, vivia de asiento en París, en Lóndres durante la temporada ó *season*, parte del verano en un puerto de Bretaña, y algunos

inviernos solia venir á España para templar su salud, no muy buena, en el clima de Córdoba, donde tenia casa y posesiones. En Madrid no estaba sino cuatro ó cinco dias, de paso para Córdoba ó Granada. Aquel año verificaba su viaje á fines de Setiembre, y mostrándose, sin saber por qué, ménos cariñosa que otras veces con su patria, habia dicho al entrar en la casa: "Esta vez no estaré sino tres dias.„ Era lúnes.

Descansó hasta las dos, hora en que el jovencito que la acompañaba se puso al piano para tocar dificilísimos ejercicios y no lo dejó hasta la hora de comer. Recibió luégo la señora muchas visitas, comió con el señor cacoquimio, el muchacho pianista, la marquesa de San Salomé, el apoderado de la casa y dos personas más, y retiróse á su alcoba despues de rezar mucho.

Empleó casi todo el dia siguiente en devolver visitas y se encerró á las cuatro. No queria recibir á nadie. Deseaba estar sola. Aquella casa la repelia arrojando sobre su alma una sombra triste y lúgubre, y al mismo tiempo la llamaba á sí y la retenia con amorosos recuerdos. Llegó la temprana noche. La marquesa habia resuelto abrir el cuarto de su hija difunta, que estaba cerrado desde la muerte de ésta, acaecida nueve años ántes. En tan largo espacio de tiempo no habia permitido la madre que fuese abierta por nadie la fúnebre alcoba; no habia querido abrirla ella misma, porque la miraba como á una tumba, y las tumbas no se abren. Pero en aquella ocasion estaba decidida á quebrantar su propósito. Ya desde Paris habia traido la idea de realizar aquel acto tristísimo. Su deseo procedia de una piedad entrañable, del temor mismo, que á veces nos estimula robando su aguijon á la curiosidad.

"Lo abriré esta noche,„—pensó dando un gran suspiro, y despues de comer se trasladó á un hermoso gabinete, la

mejor y más rica pieza de la casa. En uno de los testeros estaba el gran piano de Erard donde tocaba mañana y tarde el jovencito que habia venido con la señora; en otro el espejo de la gran chimenea reproducia con misteriosa indecision la cavidad adornada de la estancia. Frente al espejo, la abertura de dos cortinas, pesadamente recogidas, dejaba ver una puerta blanca, lisa, una puerta en la cual se echaba de ménos un epitafio.

En las paredes habia cuadros modernos de dudoso mérito y algunos retratos de señoras de antaño, de esos que están metidos en cincelada armadura de ceremonia, el brazo tieso y en la mano un canuto, señal de mando. Los muebles no eran de lo más moderno. Pertenecian á los tiempos del tisú y de la madera dorada, y los bronces proclamaban con su afectada estructura griega la disolucion de los Quinientos y los *senatus consultus* de Bonaparte. Aunque no hacia frio, la humedad de la desamparada casa era tal, que se habia encendido la chimenea.

El jóven, ó más bien niño, entró jugando con el perro, á quien llamaba Saul.

"No alborotes, hijo—indicó la señora, molestada del ruido,—deja en paz á Saul.

Poco despues estaba Saul régiamente echado en medio de la sala, y parecia un leon de ébano. Su hermosa cabeza destacábase soberbia, inteligente, á un tiempo cariñosa y fiera, sobre el ramaje de colores de la alfombra, y sus ojos devolvian en chispas vivísimas la lumbre de la chimenea.

Trató de abrir la marquesa la puerta, mas con mano tan insegura lo hacia, que la llave tanteaba en el hierro sin acertar á introducirse. Al fin sonó el chasquido de la metálica lengua al recogerse. Empujada, cedió la puerta con lastimero sollozo de herrumbres, y mostró el ámbito negro,

del cual salia un aliento de esa humedad estacionada que se nutre de las tinieblas, de la quietud, de la soledad.

La marquesa, que se habia detenido bajo el temido umbral, paralizada del temor y respeto que aquel interior, no abierto en nueve años, le infundia, retrocedió un instante; tomó una de las dos lámparas que en el gabinete habia, y resuelta, con devocion y ánimo, penetró en la habitacion, cuya puerta de par en par abrió.

"Hija de mi alma, ya te hemos perdonado,„—murmuró á manera de rezo, al dar los primeros pasos.

En el centro habia una mesa, sobre la cual dejó la señora la lámpara. Sentóse en un sillon que junto á la mesa estaba, y cruzando las manos empezó á llorar y á rezar, derramando su vista por todas las formas de la estancia, los muebles y cortinas, y fijándola en algunas con la saña que á veces emplea contra sí misma el alma dolorida. La sed de ver se nutria del temor de ver, englobándose uno en otro, miedo y apetito, para que el alma no supiera distinguir del suplicio el goce. Entónces, oyéronse las notas medias del piano acordadas dulcemente, indicando un motivo lento y sencillo de escaso interés musical, pero que semejaba una advertencia, el *érase una vez* del cuento maravilloso.

La marquesa no hacia caso de aquella música que estaba cansada de oir. Su nieto era un precoz pianista, un mónstruo, un fenómeno de agilidad y de buen gusto. Habia sido discípulo y era ya émulo de los primeros pianistas franceses. Orgullosa de esta aptitud, la marquesa obligaba al muchacho á estudiar diez horas al dia. Sin hacerle caso aquella noche, ni áun darse cuenta de lo que el niño tocaba, la ilustre señora, solicitada de otros pensamientos y emociones más crudas y reales que las que produce la música, seguia mirando todo. No habia visto aquellos objetos desde el dia en que espiró su hija. La muerte habia

impreso su sello triste en todo. La falta de luz habia dado á la tela de los muebles tonos decadentes. El polvo habia deslustrado las hermosas lacas, y tendido sobre todo una neblina áspera y gris que no podia ser tocada sin extremecimiento de nervios. Sobre la chimenea habia un jarron con flores que habian sido naturales y frescas nueve años ántes. Eran ya un indescriptible harapo cárdeno, que al ser tocado, caia en partículas secas y sonantes, como los despojos de cien otoños. Habia muebles finísimos de caprichosa construccion; pero los dorados se habian vuelto negros. Un gran armario ropero de triple luna tenia las puertas entreabiertas, y de su seno de cedro se veian salir desordenados vestidos, rasos y granadinas, fayas y gros riquísimos, todo ajado y descolorido, todo en tal manera invadido por la muerte, que parecia iba á caer, si se le tocaba, en menudas partículas como las flores de antaño. Olor de polilla y de flores mústias y de perfumería podrida y descompuesta por la vejez, salia de aquellos despojos. Veíanse tambien por el suelo, junto al armario, zapatos y botitas apénas usadas, y un corsé cuyo cordon suelto describia rúbricas por el suelo. Mirando esto, la marquesa recordó el más triste detalle de aquel dia triste. Pocas horas ántes de morir, su hija, creyéndose bien por una de esas raras alucinaciones del temperamento, que son la más tremenda ironía de la muerte, habia tenido el antojo de engalanarse. Sintiendo en aquel instante engañosas fuerzas, se habia vestido con febril ansiedad diciendo que ya no estaba mala y que iria al teatro aquella noche. Despues habia sentido de súbito como una puñalada en el corazon, y habia caido al suelo. Le quitaron las ropas de lujo, la descalzaron, le fueron arrancando una á una las bellas prendas, profanadoras del sepulcro, y poco despues de esto dejó de existir.

Este recuerdo, que siempre la horrorizaba, llevó á la marquesa á contemplar un hermoso cuadro que sobre la chimenea estaba. Era un retrato de mujer, en cuyo agraciado rostro hacia contraste la sonrisa de los lábios frescos con la melancolía de los ojos pardos, debajo de las cejas más galanas que se han podido ver. Resultaba una doble expresion de enamorada y de burlona, y allí se echaba de ver el sentimiento hondo y fuerte, mal disimulado con la hipocresía de un carácter superficialmente picaresco.

La marquesa no se saciaba de mirar el retrato. ¡Estaba tan parecido, y era la pintura, como de Madrazo, tan fina, tan conforme con la distincion, elegancia y gracia del original! ¡Qué admirable aquella circumpostura del cabello abundante, guarneciendo el rostro, no ciertamente muy oval, ántes bien tirando á una redondez algo voluptuosa! ¡Qué palidez tan encantadora, resultando que lo enfermizo tuviera inexplicables seducciones! ¡Y aquella mano blanca recogiendo la negra mantilla, qué airosa, qué viva en su admirable modelado!... A la madre se le escaparon en un murmullo de dolor, estas palabras:

"¡Pobre hija mia! ¡Pobre pecadora!"

Y diciendo esto, levantóse de la caja del piano próximo un murmullo vivo, que pronto fué un lamento tumultuoso, expresion de iracundas pasiones. Era la grandiosa elegía de los dolores humanos, que á veces, por misterioso capricho del estilo, usa el lenguaje del sarcasmo. Luégo las expresiones festivas se trocaban en los acentos más patéticos que pudiera echar de sí la voz misma de la desesperacion. Una idea sola, tan sencilla como desgarradora, aparecia entre el vértigo de mil ideas secundarias, y se perdia luégo en la más caprichosa variedad de diseños que puede concebir la fantasía, para reaparecer al instante transformada. Si en el tono menor estaba aquella idea ves-

tida de tinieblas, ahora en el mayor se presentaba bañada en luz resplandeciente. El dia sucedia á la noche, y la claridad á las sombras en aquella expresion del sentimiento por el medio musical, tanto más intenso cuanto más vago.

De modulacion en modulacion, la idea única se iba desfigurando sin dejar de ser la misma, á semejanza de un histrion que cambia de vestido. Su cuerpo subsistia, su aspecto variaba. Á veces llevaba en sus sones firmes la expresion dura de la constancia; á veces en sus trémolos la vacilacion y la duda. Ora se presentaba profunda, en las octavas graves, como el sentimiento perseguido que se refugia en la conciencia; ora formidable y guerrera en las altas octavas dobles, proclamándose vencedora y rebelde. Sentíasela despues acosada por bravío tumulto de arpegios, escalas cromáticas é imitaciones, y se la oia descender á pasos de gigante, huir, descoyuntarse y hacerse pedazos... Parecia que todo iba á concluir; pero un soplo de reaccion atravesaba la escala entera del piano; los fragmentos dispersos se juntaban, se reconocian, como se reconocerán y juntarán los huesos de un mismo esqueleto en el juicio final, y la idea volvia á presentarse triunfante como cosa resucitada y redimida. Sin duda alguna una voz de otro mundo clamaba entre el armonioso bullicio del clave: "Yo fuí pasion, duda, lucha, pecado, deshonra; pero fuí tambien arrepentimiento, expiacion, redencion, luz y Paraíso."

II.

La marquesa, que no habia dejado de mirar el rostro de su hija hasta que las lágrimas echaron un velo sobre

sus ojos, volvió á rezar, y mientras pronunciaba una oracion especialmente consagrada á las ánimas, pensaba así:

"Dios te habrá perdonado, pobre alma querida, como te perdoné yo.

Y empezó á traer á la memoria recuerdos mil, algunos tristes como reflejo del cariño herido, otros punzantes y terribles como la imágen del honor vulnerado. Recordó que si las faltas de la hija habian sido de esas que en los términos sociales no pueden perdonarse, la severidad de la madre habia sido implacable. Con estas lastimosas memorias, la marquesa sintió algo que podria llamarse el remordimiento del deber. ¿Habia sido cruel con su hija? El descubrimiento de liviandades que pronto se hicieron públicas, habia puesto á la señora á punto de morir de indignacion y vergüenza. ¡Qué bien recordaba esto y cómo se renovaban sus iras con las memorias enardeciéndole la sangre! Ella entónces habia encerrado á su hija, con todo el rigor que la palabra indica. La habia reducido á aquella habitacion, de donde no salia nunca, ni tenia comunicacion alguna con el exterior. Vivió como emparedada seis meses. ¿De qué murió? No se sabia bien. Murió de encierro, y fué víctima de la inquisicion del honor.

¡Oh rigor extremo! La marquesa era una mujer de otras edades. Estaba forjada en el yunque Calderoniano con el martillo de la dignidad social, por las manos duras de la religion. No cabian en ellas las viles condescendencias que son el fruto amargo de una de las maneras de la civilizacion. Mientras su hija estuvo prisionera, se le permitia engalanarse; pero no salir del cuarto. La marquesa no hablaba con ella más que lo preciso, sin usar jamás frase cariñosa ni vocablo atento. La buena señora recordaba, como se recuerda la impresion de una quemadura, estas palabras

de fuego dichas por su hija el dia ántes de caer enferma: "Mamá, mátame con cuchillo: no me mates con tus miradas."

De súbito la enfermedad, incubada perezosamente, estalló desarrollándose con rapidez en seis dias. Desde el primero anuncióse un fin desgraciado. Todo el rigor de la madre cedió al instante, como el hielo que se funde. ¡Cómo recordaba, despues de nueve años, la expresion de la cara del médico, las medicinas, los antojillos de la enferma, nacidos de terribles aberraciones nerviosas! Ya pedia flores, ya helados que no habia de tomar. De pronto pedia todos los libretos de ópera que se pudieran adquirir. Otra vez hizo llevar á su casa gran parte del almacen de música de Romero. "Pájaros, pájaros..." Le llevaron media Plaza de Santa Ana. "¡Oh! ¡Tengo que contestar tantas cartas!..." Y se ponia á escribir. De estos deseos locos, ansiosos, que eran como los tirones que daba la muerte para arrancarla más pronto de raíz, se alimentaba su fiebre galopante.

"Moriste como una pobre mártir,—pensó la marquesa, rezando otra vez.—Moriste reconciliada con Dios, recitando oraciones y besando la santa imágen de Nuestro Redentor."

Oyóse otra vez la voz del clave, con triste elocuencia de salmodia. La frase tenia un segundo miembro. Bien podria creerse que un alma dolorida preguntaba por su destino desde el hueco de una tumba, y que una voz celestial contestaba desde las nubes con acentos de paz y esperanza. Descansaba el motivo sobre blandos acordes, y este fondo armónico tenia cierta elasticidad vaga que sopesaba muellemente la frase melódica. Á ésta seguian remedos, ahora pálidos, ahora vivos, sombras diferentes que iba proyectando la idea por todos lados en su grave desarrollo.

Las sabias formas laberínticas del cánon sucedieron á aquella sencillez soberana, de donde resultó que la hermosa idea se multiplicaba, y que de tantos ejemplares de una misma cosa formábase un bello trenzado de maravilloso efecto, por hablar mucho al sentimieuto y un poco al raciocinio, juntando los encantos de la mística pura á los retruécanos de la erudicion teológica. Bruscamente, una modulacion semejante á un hachazo, variaba, con el tono, el número, el lenguaje, el sentido. Estrofa amorosa, impregnada de candor pastoril, aparecia luégo, y despues el festivo rondó, erizado de dificultades, con extravagancias de juglar y esfuerzos de gimnasta. Enmascarándose para dar bromas, agitaba cascabeles. Se subia, con gestos risibles, á las más chillonas notas de la escala, como sube el mono por una percha; descendia de un brinco al pozo de los acordes graves, donde simulaba refunfuños de viejo y groserías de fraile. Se arrastraba doliente en los medios imitando los gemidos burlescos del muchacho herido, y saltaba de súbito pregonando el placer, el baile, la embriaguez y el olvido de penas y trabajos.

La marquesa habia abierto el pupitre de un escritorio de ébano, y revolvia papeles, cartas, objetos diversos. Sus ojos deseaban y temian encontrar las cosas. Fijáronse en un paquete de cartas; recorrieron con sobresalto algunos renglones, y se apartaron con horror como de un espectáculo de oprobio. "Se quemará todo esto„—dijo poniendo á un lado el paquete execrable.—Despues halló un pliego en que estaba empezada una carta. La enferma habia tenido el delirio de escribir cartas; pero apénas comenzadas, las dejaba. En algunas sólo se veian deformes garabatos, hechos al rasguear de la pluma temblorosa; en otras las letras claras manifestaban ideas sueltas, palabras tiernas agrupadas sin sentido alguno. En algun papel la me-

lancolía habia repetido muchas veces una misma palabra, trazándola primero con grandes letras, que luégo iban disminuyendo hasta ser como puntos.

"Se quemará todo,„—volvió á decir la marquesa haciendo un monton de lo que se destinaba á la hoguera.

Revolviendo más, encontró un retrato. La señora puso muy mala cara al mirarle. Le causaba horror; mas por lo mismo volvió á mirar la aborrecida imágen, porque el odio tiene tambien sus embebecimientos. No bastaba destinar al fuego la cartulina. Era preciso descuartizar primero al reo. La marquesa rompió en menudos pedazos el retrato.

¡Cómo se reia entónces Beethoven! Su alegría era cómo la de Mephisto disfrazado de estudiante. Luégo entonaba amorosa serenata, escrita con lágrimas de cocodrilo y arrullos de paloma. Pero la marquesa no ponia atencion y seguia rebuscando.

"¿Qué será esto?—pensó al tomar un paquetito atado con cinta de color de rosa.

Desdobló el paquete y vió un collar de perlitas, con un papel que decia: "Para mi hija. Le suplico que sea buena y rece por mí.„

La marquesa se echó á llorar de nuevo. Su mano halló al instante un paquete más chico. Abriólo. Dentro habia una sortija pequeña, con un papel que decia: "Para mi niño, que hoy cumple cinco años. 12 de Abril de 1863. Deseo que sea bueno y piense en mí.„

La marquesa lloraba ya con ruidosos gemidos. Acudió el perro negro y puso su hermosa cabeza sobre las rodillas de la dama, mirándola de hito en hito con sus ojos negros y cariñosos, á cuya dulzura nada podia compararse. Dejó de oirse la voz inefable del piano, y Beethoven, con su mundo de sentimientos y de formas, desapareció en el silencio como una gran luz tragada por las tinieblas. Acudió

el niño músico, y asustado de ver tan afligida á la marquesa, le preguntó la causa de su duelo. La marquesa le besó en la frente, le tomó despues la mano, buscó en ella un dedo.....

—¿Es para mí esa sortija?—preguntó el muchacho.

—Para tí. Quizás sea demasiado pequeña... Pero en el meñique bien puede entrar. Ya está. No la pierdas.

—¿Es regalo tuyo?

—Sí.

Y poco despues se volvia á cerrar la triste alcoba, y retirándose personas y luces, todo quedaba en silencio y soledad tristísima. Y al dia siguiente se hizo una mediana hoguera en la chimenea, donde ardieron con chisporroteo, que parecia una protesta contra la Inquisicion, papeles varios, recuerdos, flores, mechones de cabello, cartulinas. Magestuosamente sentado sobre sus cuatro remos, el perrazo negro presenciaba con atencion solemne aquel acto, retratando en sus pupilas de endrina la llama movible que se comia, sin hartarse, las páginas del ignorado drama. Cuando la llama se extinguia, lamiendo las últimas cenizas, Saul bostezó con soberano fastidio.

Y no hubo más. El piano sonó tambien casi todo aquel dia, y al siguiente la señora marquesa, acompañada del caballero cacoquimio, del niño músico, de las dos criadas extranjeras y del perro, partió para Córdoba; y el caseron de Aransis se quedó otra vez solo, frio, oscuro, mudo, como inagotable arca de tristezas, que despues de saqueada, conserva aún tristezas sin número.

CAPÍTULO X.

Sigue Beethoven.

El caseron, no obstante, tenia su alegre nota. Como la voz del grillo en una grieta del sepulcro, así era la voz del conserje Alonso, cantando peteneras en su habitacion cercana al portal y en el patio. Era un hombre casi viejo, de buena pasta, honrado y comedido. Vivia allí con su mujer enferma, de la cual no tenia hijos, y la mitad del dia se la pasaba trabajando en carpintería, por pura aficion, bien haciendo marcos de láminas, para lo que tenia especiales aptitudes, bien arreglando muebles antiguos para venderlos á los aficionados. No se sabe qué funciones habia desempeñado en la casa en su juventud. Créese que fué montero, porque siempre acompañaba al marqués de Aransis en sus excursiones venatorias. Lo cierto es que en una de estas tuvo Alonso la desgracia de perder una pierna, de cuyo desastre le vino aquel destino sedentario. A pesar de ser hombre acomodado (pues á sus gajes y ahorros añadia una regular herencia), nunca quiso abandonar el puesto humilde de conserje. Era natural del Toboso, y áun algo pariente de los Miquis. Manejaba los capitalitos de algunos manchegos que querian colocar su dinero en fondos públicos. Y ved aquí un banquero que pasaba horas largas limpiando metales, quitando el polvo, haciendo recorrer tejados y chimeneas, y cobrando, por ayudar al administrador, los recibos de inquilinato de las muchas casas que el marquesado de Aransis posee en Madrid.

Estaba una mañana el buen hombre en el patio, cuando se abrió la puerta y aparecieron tres personas. Una de ellas saludó con mucha afabilidad á Alonso, el cual dijo así:

"Dichosos los ojos que te ven, Augusto, cabeza sin tornillos...! Ayer tuve carta de tu padre. Dice que le escribes poco y que andas distraidillo.

—¡Pobre viejo!... Si le escribo todas las semanas... ¿Y cómo está Rafaela? ¿Qué tal le va con las píldoras?

—Pues no va mal. Hoy, como está el dia tan bueno, le dije: "Anda, mujer, anda á que te dé un poco el aire." Y con efecto ha salido. Ya sabes que un hermano suyo ha venido á establecerse en Madrid. Hará dinero, porque estos catalanes saben ganarlo. ¿No le has oido nombrar? Juan Bou, litógrafo. Está viudo; necesita quien le ayude á arreglar su casa... y con efecto, Rafaela ha ido allá... Es calle de Juanelo. Yo debia haber ido tambien, y con efecto...

—Con efecto—dijo Miquis repitiendo el estribillo de su amigo,—veníamos... Ya me parece que hablé á usted de ello la semana pasada. Estos dos amigos, esta señorita y este caballero, desean ver el palacio de Aransis.—Cuentan que es tan hermoso...

Alonso era complaciente. Entró en su vivienda, sacó un manojo de llaves, y señalando la escalera dijo con formas respetuosas:

"Pasen los señores. Verán lo que hay.

Miquis, presentando á los que le acompañaban, no pudo reprimir sus instintos de malignidad zumbona, y habló así con afectada finura:

"El Sr. D. José de Relimpio y Sastre, consejero de Estado.

D. José se inclinó turbado, sin atreverse á protestar.

"Y su sobrina, la señorita de Rufete, que acaba de llegar de Paris...

Isidora miró á Miquis con tan indignados ojos, que el estudiante no se atrevió á seguir. El conserje echó una mirada á la poco flamante levita de D. José y al traje sencillamente decoroso de Isidora, no hallando completa armonía entre el vestido y las personas. Ó quizás, hecho á las burlas de Miquis, no quiso llevar adelante sus investigaciones. Subieron.

"Esto es del género Luis XV,—dijo con infulas de cicerone instruido, enseñándoles la primera sala.—La decoró el señor marqués viejo. Aquí todo es antiguo.

Como en nuestra moderna edad, tan pronto demasiado enfatuada como descontenta de sí misma, se ha convenido en que sólo lo antiguo es bueno, Miquis, que hacia el papel de artista magistralmente, empezó á manifestar esa admiracion lela de viajero entusiasta, y á lanzar exclamaciones, y á torcerse el pescuezo para mirar al techo, quedándose una buena pieza de tiempo con la boca abierta.

"Esto es maravilloso—decia.—Vaya con las patitas de las consolas... ¡Qué elegancia de curvas! ¿Y esas cortinas con amorcillos y guirnaldas?... Pero dónde llega el techo... ¡María Santísima! Yo me estaria toda la vida mirando esas pastoras que dan brincos y esos niños que van cabalgando en un cisne. Ha de convenir usted conmigo, Sr. D. José, en que hoy por hoy no se hacen más que mamarrachos. Aquí tiene usted un salon que usted debia tomar por modelo para el palacio que está usted construyendo en la Castellana. Verdad que no tiene usted allí una pieza tan grande; pero mucho se puede hacer todavía, mandando tirar algun tabique.

D. José le daba con disimulo codazos y más codazos para que cesara en sus burlas. Tambien él, D. José, creia de su deber honrar la casa que visitaban, embobándose de admiracion y lanzando interjecciones cada vez que el bue-

no de Alonso señalaba un espejo, un cuadrito ó el biombo de cinco hojas, tan lleno de pastores que ni la misma Mesta se le igualara.

"Y á tí, Isidora, ¿qué te parecen estas maravillas?—prosiguió Augusto, cuando pasaban á otra sala.—Probablemente no te llamarán mucho la atencion, porque vienes del centro mismo de la elegancia y del lujo, de ese París... Mira, mira esos retratos de caballeros y señoras de los siglos XVI y XVII... ¡Qué nobles fisonomías! Aquel que empuña un canuto, semejante á los de los licenciados del ejército, debe de ser algun guerrero ilustre. ¡Vaya unos nenes! Aquella señora de empolvado pelo ¡cuán hermosa es y qué bien está dentro de su tonelete! ¿Y aquella monja?...

—Es el retrato de sor Teodora de Aransis,—indicó Alonso con respeto,—superiora del convento de San Salomó, donde murió ya muy anciana y en olor de santidad hace diez años.

—¡Guapa monja! ¿Qué tal D. José?

D. José dijo al oido de Miquis:

"¡Si pestañeara!..."

Pasaron de sala en sala cada vez más admirados; Miquis enfático y grandilocuente; D. José repitiendo como un eco las exclamaciones de su amigo; Isidora muda, absorta, abrumada de sentimientos extraños á las emociones del arte; mirándolo todo con cierta ansiedad mezclada de respeto, que más bien parecia el arrobamiento devoto que inspiran las reliquias sagradas.

Llegaron al gabinete donde estaba el piano. Dejando que marcharan delante Alonso é Isidora, D. José se llegó á Miquis y en voz baja le dijo:

"Oiga Vd. lo que pienso, amigo D. Augusto. ¡Lo que es el mundo!... ¡Que unos tengan tanto y otros tan poco!... Es un insulto á la humanidad que haya estos palacios tan ri-

cos, y que tantos pobres tengan que dormir en las calles... Vamos, le digo á Vd. que tiene que haber una revolucion grande, atroz.„

—Eso digo yo, Sr. D. José. ¿Por qué todo esto no ha de ser nuestro? A ver, ¿qué razon hay? ¿Qué pecado hemos cometido Vd. y yo para no vivir aquí?

—Justamente: ese es mi tema.

—Hay que decir las cosas muy claritas.

—Que venga esa revolucion, que venga. ¿Somos iguales, sí ó nó?

—Sí,—afirmó Miquis con acento de Mirabeau.

—Así es que yo no me explico...

La mente de D. José caia en un mar de confusiones, hundiéndose más á medida que veia más objetos, ya de lujo, ya de comodidad. Iba á seguir emitiendo juicios muy filosóficos sobre aquella revolucion próxima, cuando Miquis acertó á ver el piano. Verlo, correr hácia él, abrirlo, hojear los papeles de música, y dar con su dura mano un acorde en la octava central, fué cosa de un instante.

Beethoven estaba allí, en aquel ingente librote que por lo grande, lo revuelto, lo oscuro, tenia algo de mar; allí estaba su turbulento genio escondido debajo de mil líneas, puntos, rasgos, tildes y garabatos que parecen oscilar, encresparse y confundirse con la rítmica hinchazon de las olas. En la superficie alborotada de un libro de sonatas difíciles, sólo es dado navegar al músico experto. Tambien estaba allí la nave, admirable construccion de Erard. No faltaba más que el piloto, el músico, el intérprete, bastante hábil para lanzarse al abismo con ánimo valeroso y manos seguras. Miquis sentia la inspiracion en su mente; pero sus dedos, tan adiestrados en la cirujía, apénas acertaban á manejar torpemente algunas teclas, esto es, que no sabian apartarse de la orilla.

Pero tocó. Apénas podia leer la enmarañada escritura del autor de *Prometeo*. Los sonidos equivocados, que eran los más, le desgarraban los oidos. El tono era difícil, y anunciaba sus asperezas una sarta de infames bemoles, colgados junto á las dos claves, como espantajo para alejar á los profanos. No obstante, ayudado de su voluntad toda, de su anhelo, de su furor músico, Miquis tocaba. Pero ¡qué sonidos roncos, qué acordes sesquipedales, qué frases truncadas, qué lentitud, qué tanteos! Resultaba lastimosa caricatura, cual si la poesía sublime fuese rebajada á pueril aleluya.

En tanto Alonso abria la puerta de la alcoba, y sin traspasar el dintel de ella, en voz baja y con respetuoso acento, hablaba de una persona muerta allí nueve años ántes, de la puerta cerrada, del retrato, de la quema de papeles, de la piedad de la señora marquesa...

"Y con efecto,—añadió tocándose la punta de la nariz con la idem del dedo índice;—dicen, y yo estoy en que será verdad, que para el año que viene se hará aquí una capilla... ¡Qué guapa era la señorita! ¿No es verdad?

Los tres contemplaron en silencio el retrato: Alonso con lástima; Relimpio con la curiosidad mundana del que se cree experto en cosas femeninas; Isidora con doloroso pasmo en toda su alma, el cual crecia, dándole tantas congojas, que retiró su vista del cuadro y se apartó de allí para no dar á conocer lo que sentia.

Ninguno de los presentes conocia el secreto de su vida. No queria confiarlo á D. José por ser éste demasiado sencillo, ni á Miquis por excesivamente malicioso. En la semana anterior fué grande su disgusto al saber, por Saldeoro, que la marquesa de Aransis habia estado en Madrid tres dias, y que ella, por ignorarlo, no se habia presentado á la noble señora. ¡Qué contrariedad tan penosa! Pasados algu-

nos dias, como sintiese cada vez más vivo el deseo de ver el palacio de Aransis, no quiso dejar de satisfacer prontamente aquel antojo y se valió de Miquis, cuya amistad con el guardian de la casa le era conocida. ¡Qué dia aquel! Todo cuanto allí vió le habia causado profundísimas emociones; pero el retrato ¡cielos piadosos! la habia dejado medio muerta de asombro y amor.

"¡Si pestañeara!—dijo para sí aquel calaveron incorregible de D. José Relimpio.—Yo he visto esa cara en alguna parte; esa fisonomía no me es desconocida.

Alonso seguia dando noticias discretas y mostrando algunas preciosidades, á lo que atendia con mucha urbanidad el padrino de Isidora. Pero ésta no veia ni oia ya nada. Se habia quedado de color de cera y temblaba de frio. Por un instante creyóse á punto de perder el conocimiento, y á su turbacion uníase, para hacerla más cruel, el miedo de darla á conocer ridículamente. Se sentó; hizo firme propósito de serenarse. La endemoniada, balbuciente y atroz música de Augusto le rompia el cerebro. No era aquello el canto numeroso ni el expresivo lloro de las Musas, sino el berraquear insoportable de un chico mimoso y recien castigado.

"Música alemana, ¿eh?—indicó Relimpio con airecillo de suficiencia.—Señor de Miquis, si eso parece un solo de zambomba...

—¡Pobre Beethoven mio!—exclamó el estudiante dejando de tocar y haciendo un gesto de desesperacion.—¡Qué léjos estabas de caer entre mis dedos!

—Me parece que debemos marcharnos,—dijo el tenedor de libros ofreciendo un pitillo á Alonso, que respondió: "No lo gasto."—¿Nos vamos, Agusto?

—A escape. Ya no me acordaba de que tienen ustedes que ir á comer á la embajada inglesa...

Salieron, desandando las habitaciones, no sin volver á admirar de paso lo que ya detenidamente habian admirado. Isidora se quedó atrás. ¡Qué ansiosas miradas! Sin duda querian recoger y guardar en sí las preciosidades y esplendores del palacio. Así, cuando llegó á la última sala, se oprimió el corazon, dilatado por furioso anhelo, y no con palabras, sino con la voz honda, tumultuosa de su delirante ambicion, exclamó: "¡Todo es mio!"

CAPÍTULO XI.

Insomnio número cincuenta y tantos.

"¡Qué hermoso palacio, Dios de mi vida! ¡Cuánto habrá costado todo aquello! ¡Pensar que es mio por la Naturaleza, por la ley, por Dios y por los hombres, y que no puedo poseerlo!... Esto me vuelve loca. Dios no quiere protejerme, ó quiere atormentarme para que aprecie despues mejor el bien que me destina. Si no fuera así, Dios hubiera hecho que yo me enterara de que la marquesa estaba en Madrid. El corazon no me puede engañar, el corazon me dice que cuando yo me presente á ella, cuando me vea... No, no quiero pleitos; quiero entrar en mi nueva, en mi verdadera familia con paz, no con guerra, recibiendo un beso de mi abuela y sintiendo que la cara se me moja con sus lágrimas. Es tan buena mi abuelita!... Y aquel Alonso cojo ¡qué fiel y honrado parece!... Siempre, siempre seguirá en la casa, con su pata de palo, que va tocando marcha por las escaleras... Mis papeles están en regla. Debo tomar el tren y marcharme á Córdoba. ¿Y con qué dinero, Vírgen Santísima? Vaya, que mi tio se porta... Tantas promesas y tan poca sustancia. ¡Ah! ¡Señor Canónigo, cómo se conoce la avaricia! Temo presentarme á mi abuela con esta facha innoble. Ya mis botas no están decentes, ya mi vestido está muy *cesante*, como dice la Sanguijuelera. Tanta vergüenza tengo de mí que quisiera no hubiese espejos

en el mundo... Siento llegar á ese lindo ganso de Melchor: es la una. Yo debiera dormirme. ¡Si Dios quisiera darme un poquito de sueño!... Me volveré de este otro lado...

Ya siento un poco de sueño. Detrás de los ojos noto una pesadez... Si no fuera por este pensar contínuo y esto de ver á todas horas lo que ha pasado y lo que ha de pasar... Ven, sueñecito, ven... ¿Pero cómo he de dormir? Me acuerdo de mi hermano preso, y la cabeza se me despeja, doliéndome. Está visto, no me dormiré hasta las dos. ¡Pobre, infeliz hermano! ¡Qué afrenta tan grande para mí y para él! No, miéntras esto no se arregle y Mariano salga de la cárcel, no diré una palabra, no daré un solo paso, no veré á mi abuela... ¡Ay, infeliz Isidora, infeliz mujer, infeliz mil veces! ¿Cómo quieres dormir con tanta culebrilla en el pensamiento? Aquí, debajo de este casco de hueso, hay un nido en el cual una madre grande y enroscada está pariendo sin cesar... El palacio, mi abuela, mi hermano criminal, yo sin botas, yo llena de deudas, y luego aquél, aquél, aquél, que ha venido á trastornarme más... ¡Qué hermosos, qué divinos ojos los de mi madre! Cuando la ví en pintura me pareció verla viva, que me miraba y se reia, diciéndome cosas de esas que se les dicen á los hijos. Madre querida, mándame un beso y con él un poco de sueño. Quiero dormir; pero no se duerme sin olvidar, y yo no puedo echar de mi cabeza tanta y tanta cosa. Si se lograra dormir cerrando mucho los ojos; si se pudiera olvidar apretándose las sienes... Me volveré de este otro lado. ¿Para qué, si al instante me he de cansar tambien? Más vale que abra los ojos, que me distraiga rezando ó contándome cuentos. ¡Jesús, qué negro está mi cuarto! Si no duermo, vale más que encienda luz y me levante, y abra el balcon y me asome á él... Pero no, tendré frio, me constiparé, cogeré una inflamacion, una erisipela. ¡Ay, qué

horror! Me pondré tan fea... y es lástima, ¡porque soy tan guapa, me estoy poniendo... divina! Aquí, recogida una en sí, y en esta soledad del pensar, cuando se vive á cien mil leguas del mundo, se puede una decir ciertas cosas, que ni á la mejor de las amigas ni al confesor se le pueden decir. ¡Qué hermosa soy! Cada dia estoy mejor. Soy cosa rica, todos lo dicen y es verdad... ¡Dios de mi vida, las dos! Ese chasquido que oigo es el muellecito de la caja en que Melchor guarda su pipa. El asno bonito se va á acostar... ¡Las dos y yo despierta!...

¡Qué silencio tan grande hay en la casa! Me volveré de este otro lado... ¡Oh! qué calor tengo! Me deslizaré á esta otra parte que está más fresca. Tengo un cuerpo precioso. Lo digo yo y basta... Vamos, ¿pues no me estoy riendo, cuando son las dos y no he podido dormirme? Vírgen Santísima, sueño, sueño, olvido... Esta es otra; ¿por qué me palpita el corazon? Lo mismo fué hace dos noches. Yo tengo algo, yo estoy enferma. Este latido, este sacudimiento no es natural. Parece que se me salta... ¡Jesús, madre mia! ¿Qué siento? ¡Pasos en mi cuarto! ¡Alguien ha entrado!... ¡Ah! no, no hay nada: es como una pesadilla... ¡Cómo sudo, y qué sudor tan frio! ¡Si al ménos me durmiera! ¿Pero cómo, si el corazon sigue palpitando fuerte?... Tengamos serenidad. Corazon, estate quieto. No bailes tanto, que me dueles... Cuidado, que te me rompes, que te me rompes!... ¡Que cosas pienso! Cuando estoy despavilada y paso toda la noche afinando el pensamiento, hasta se me figura que me entra talento... Y vamos á ver, ¿por qué no he de tener yo talento? Sí que lo tengo. Eso, ántes que los demás, lo conoce la misma persona que lo tiene. No, mamá mia, no has echado tontos al mundo. Yo... ya ves; y en cuanto á Mariano, deja que salga de esa maldita cárcel, que se afine, que se pulimente, que se instruya... ¡Dios me valga! ¡Las tres!

¿Pero las horas se han vuelto minutos? La noche vuela y yo no duermo. Daré otra vuelta y cerraré los ojos; los apretaré aunque me duelan... ¿Por qué no puedo estar quieta un ratito largo? ¿Qué es esto que salta dentro de mí? ¡Ah! son los nervios, los pícaros nervios, que cuando el corazon toca, ellos se sacan á bailar unos á otros. ¡Que suplicio! Me muero de insomnio... ¡Un baile en aquellos salones, Cielo santo, ¡qué hermoso será! ¡Cuándo verás en tí, garganta mia, enroscada una serpiente de diamantes, y tú, cuerpo, arrastrando una cola de gró!... Me gustan, sobre todas las cosas, los colores bajos, el rosa seca, el pajizo claro, el tórtola, el perla. Para gustar de colores chillones, ahí están esas cursis de Emilia y Leonor... ¡Cómo me agradan los terciopelos y las felpas de tonos cambiantes! Un traje negro con adornos de fuego, ó claro con hojas de Otoño resulta lindísimo... El buen gusto nace con la persona... Vamos, gracias á Dios que me duermo. Poquito á poco me va ganando el sueño. Al fin descansaré: bien lo necesito... Ya llegan los convidados, mi abuelita me manda que los reciba. Estoy preciosa esta noche... Entran ya. ¡Cuánta sonrisa, cuánto brillante, qué variedad de vestidos, qué bulla magnífica, y... en fin ¡qué cosa tan buena! Hay una tibieza en el aire que me desvanece; me zumban los oidos, y en los espejos veo un temblor de figuras que me marea. Pero esto es precioso, y ya que una ha de morirse, porque no hay más remedio, que se muera aquí. ¡Jesús, qué cosa tan buena! Mi vestido es motivo de admiracion. Eso bien se conoce. Acaba de llegar Joaquin y se dirige hácia mi... ¿Qué campanas son estas? ¡Las cuatro! Si estoy despierta, si no he dormido nada, si estoy en mi cuarto miserable... Dios no quiere que yo descanse esta noche. Me volveré de este otro lado...

El tal marqués viudo de Saldeoro está loco por mí;

pero no seré tonta, no le daré á conocer que me gusta... ¡y cómo me gusta!... En fin, suspiremos y esperemos. Conviene tener dignidad. ¿Soy acaso como esas cursis que se enamoran del primero que llega? No, en mi clase no se rinde el corazon sin defenderse. Firmeza, mujer. Si Miquis te es indiferente y el marqués viudito te encanta, no des á entender tu preferencia... ¡Los hombres! ¡Ah!... que se fastidien. Se dice que son muy malos, y yo lo creo... Pero el marquesillo me gusta tanto... Es lo que ambiciono para marido; y él me jura que lo será... ¡Jesús, qué cosa tan buena! ¡Qué hermosa figura, qué modales, qué manera de vestir tan suya...! Pero yo me pregunto una cosa: ¿dirá qué me quiere porque sabe que voy á ser riquísima?... Mucho cuidado, mujer; no te fíes, no te fíes... Por de pronto le agradezco sus invenciones delicadas para ofrecerme dinero y obligarme á aceptarlo... Por nada del mundo lo aceptaría... ¡Humillarme yo!... Ántes morir... ¡Las cinco, Vírgen del Cármen, y yo despierta!

No quiero pensar en Joaquin, ni en mi abuela, ni en mi hermano, ni en mis botas rotas, á ver si de este modo me olvido y duermo. Meteré la cabeza debajo de la almohada. ¡Ah! esto me da algun descanso... Hace dos semanas que no veo á Joaquin, y me parece que hace mil años ¡Estuve tan fuerte aquel dia!... ¡Me fingí tan incomodada! Verdad es que él fué atrevido, atrevídisimo... Es tan apasionado, que no sabe lo que se hace... Estaba fuera de sí. ¡Qué ojos, qué fuerza la de sus manos! Pero que séria estuve yo!... Con cuánta frialdad le despedí... y ahora me muero porque vuelva... ¡Jesús, acaban de dar las cinco y ya dan las seis! Esto no puede ser. Ese reloj está borracho... Tengamos calma. Siento mucho sueño. Al fin el cansancio me hará dormir. Si yo no pensase... ¡Qué felices deben ser los burros!... Firme, mujer; miéntras más apa-

sionado esté Joaquin, más fria y tiesa tú... Ya siento á doña Laura trasteando por la casa. Ya entra la luz del sol en mi cuarto. ¡Es de dia y yo despierta! Todos, todos los talentos que hay en mi cabeza, los doy, Señor, por un poco de sueño. Señor, dame sueño, y déjame tonta... Ya siento bulla en la calle... Pasan carros por la de Hortaleza; pronto empezarán los pregones. Mañana, ¿qué digo mañana? hoy es miércoles, 17. ¿Recibiré carta y libranza de mi tio? Mi tio no es; pero así le llamo. El pobrecito es tan bueno, pero tan avaro!... Doña Laura riñe con la criada. ¡Maldita sea doña Laura! El dia en que tenga con qué pagar á esa mujer feroz, será el más alegre de mi vida... ¡Las siete ya! Quiero dormir, aunque no despierte más. Esta cama es un potro, un suplicio. Si dentro de un ratito no duermo, me levantaré. No puedo estar así. En mi cabeza hay algo que no marcha bien. Esto es una enfermedad. ¿Si se morirá la gente de esto, de no dormir?... Entónces la muerte será un despavilamiento terrible. Francamente, envidio á las ostras. ¡Cómo entra el sol por mi cuarto! El pícaro va derecho á iluminar mis pobres botas, que ya no sirven para nada. Tambien da de lleno en mi vestidillo para hacerle parecer, con tantísima luz, más feo de lo que es. ¡Qué miserable estoy, Dios mio! Esto no puede seguir así; no seguirá. Voy á escribir á mi tio, á la marquesa, á D. Manuel Pez, á Joaquin... ¡Las ocho, Dios de mi vida! Me levanto. Dormire mañana á la noche.

CAPÍTULO XII.

Los Peces (sermon).

Dijo tambien Dios: Produzcan las aguas reptiles de ánima viviente...

Y crió Dios las grandes ballenas, y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas segun sus especies... Y vió Dios que era bueno.

Y las bendijo diciendo: Creced y multiplicaos y henchid las aguas de la mar...

Génesis. cap. 1, *Vers.* 20, 21 y 22.

Amados hermanos mios: feliz mil veces *la postrera de las tierras hácia donde el sol se pone*, esta nuestra España, que concibió en su seno y crió á sus pechos á D. Manuel José Ramon del Pez, lumbrera de la Administracion, fanal de las oficinas, astro de segunda magnitud en la política, padre de los expedientes, hijo de sus obras, hermano de dos cofradías, yerno de su suegro el Sr. D. Juan de Pipaon, indispensable en las comisiones, necesario en las juntas, la primer cabeza del orbe para acelerar ó detener un asunto, la mejor mano para trazar el plan de un empréstito, la nariz más fina para olfatear un negocio, servidor de sí mismo y de los demas, enciclopedia de chistes políticos, apóstol nunca fatigado de esas venerandas rutinas sobre que descansa el noble edificio de nuestra gloriosa apatía nacional, maquinilla de hacer leyes, cortar reglamentos,

picar ordenanzas y vaciar instrucciones, ordeñador mayor por juro de heredad de las ubres del presupuesto, hombre, en fin, que vosotros y yo conocemos como los dedos de nuestra propia mano, porque más que hombre es una generacion, y más que persona es una era, y más que personaje es una casta, una tribu, un medio Madrid, cifra y compendio de una media España.

D. Manuel José Ramon Pez andaba, en la época á que se refiere este nuestro panegírico, entre los cincuenta y los sesenta años. Desde su tierna edad servia en esta maternal administracion española. De niño habia tenido el amparo de otros Peces mayores y de los Pipaones, que tambien eran Peces por la rama materna. Más adelante se gobernó solo, y casi siempre desempeñó elevados y ubérrimos destinos, con intervalos de cesantías; que nada hay estable ni completo en este mundo. Gozaba reputacion de honrado, lo que el predicador declara con gusto, aunque esto de la honradez bien sabemos todos que ha llegado á ser una idea puramente relativa. De sus principios políticos no queremos hablar, porque no hay para qué. Ni esto importa gran cosa, con tal de establecer que aquellos principios, presupuesto que los hubiera, tenian por atributo primero una adaptacion tan maravillosa como la de los líquidos á la forma y color del vaso que los contiene. Eran, pues, principios líquidos, lo que no es ciertamente el colmo de la incohesion, pues tambien los hay gaseosos. Si un carácter ha de formarse de una sola pieza y de una sola sustancia, descartando las demas como puramente ornamentales, el carácter de D. Manuel se componia de una sola y homogénea cualidad, la de servir á todo el mundo, prefiriendo siempre, por la ley de la gravitacion social, á los poderosos. Es fama que no hay cosa, debajo de la jurisdiccion de lo humano, que no se consiguiera por mediacion

de Pez, y de aquí que Pez estuviera en aquellos dias de apogeo, tan abrumado de recomendaciones como lo está de ex-votos un santo milagroso. La recomendacion es entre nosotros una segunda Providencia; equivale á lo que otros pueblos ménos expedientescos llaman suerte, fortuna. Por ella se puede llegar á altísimas cumbres; por ella se abren los caminos que hallan cerrados el trabajo y el talento. Debemos al misticismo esa forma administrativa de la paciencia que se llama el expediente; debemos al favoritismo esa forma gubernamental del soborno que se nombra la recomendacion.

No como una segunda fase de su carácter servicial, sino como una ampliacion de él, tenia D. Manuel la virtud de la filogenitura, ó sea proteccion decidida, incondicional, una proteccion frenética y delirante, á la copiosísima, á la inacabable, á la infinita familia de los Peces. En aquellos dias, amados hermanos mios, desempeñaba una de las principales direcciones de Hacienda, y áun se le indicaba para ministro. En los mismos dias veríais repartidos por toda la redondez de la Península, número considerable de funcionarios que por llevar el claro nombre de Pez, manifestaban ser sobrinos, primos segundos, cuartos ó sétimos, ó siquiera parientes lejanos de D. Manuel. Habia cuatro ó cinco Peces entre los oficiales generales del ejército, todos con buenos lotes en direcciones ó capitanías generales. Los magistrados y jueces y promotores fiscales del género Pez se contaban por centenares distribuidos por toda España. Para que en todas las jerarquías hubiera algun miembro de esta omnisciente familia de bendicion, tambien habia un obispo Pez, y hasta doce canónigos y beneficiados, que pastaban en el banco del Culto y Clero. En ayudantes de obras públicas, capataces, recaudadores de contribuciones, empleados de Sanidad, vistas de Aduanas, inspectores de

Consumos, jefes de Fomento, oficiales cuartos, sétimos y quincuagésimos de Gobiernos de provincia, el número era ya tal que no se acertaba á contar. Invoquemos el texto divino: *Crescite et multiplicamini, et replete aquas maris.*

De la Mancha, centro y venturoso nido de aquella familia, no hay que hablar, porque allí los habia hasta de las más bajas categorías. Sin contar alcaldes, secretarios de ayuntamiento, cuyo parentesco con D. Manuel era evidente, aunque remotísimo, habia mil y mil Pececillos, solo relacionados con el ilustre jefe por los servicios mútuos y el apellido, que tomaban su parte de sopa boba, ya de peones camineros, ya de peatones, quiér de maestro de escuela, quiér de sacristan. Para decirlo todo de una vez, y concretándonos al distrito perpétuo de D. Manuel, basta decir que era una pecera. Amados hermanos mios, recordemos la opinion que acerca de esta gente formuló el *Apóstol de las Escuelas*, Augusto Miquis, manchego. De sus profundos estudios ictiológicos sacó la clasificacion siguiente:—Orden de los *Malacopterigios abdominales*. Familia, *Barbus voracissimus*. Especie, *Rémora vastatrix*.

II.

Amados hermanos mios: si de la Mancha pasamos, pues todo es España, á la Direccion de que era jefe D. Manuel, hallaremos un espectáculo no ménos patriarcal. De su matrimonio con una de las hijas de D. Juan de Pipaon (que de Dios goza), habia tenido D. Manuel siete criaturas. Descontando al hijo mayor, Joaquin Pez, de quien se hablará cuando le toque; descartando tambien á las dos señoritas de Pez, ya casaderas, quedaban cuatro pimpollos. Luis, de veintiseis años, tenia treinta mil reales en la se-

cretaría del ministerio; Antoñito, de veintidos Navidades, gozaba veinticuatro mil reales en una Direccion limítrofe; Federico, de diez y nueve, se habia dignado prestar sus servicios al lado del papá por la remuneracion de catorce mil reales; Adolfito, de quince, habia admitido un bollo de ocho mil entre los escribientes, y el gato... no, el gato no habia recibido aún la credencial; pero la recibiria en justo galardon de su celo persiguiendo los ratoncillos que se roian los papeles de la oficina.

No pasaremos adelante, por respeto al mismo Sr. de Pez, sin hacer una breve excursion al campo de la aritmética. Es una observacion ó problema, que el público ha formulado muchas veces ante ciertas antítesis, que, á fuerza de repetirse, han llegado á sernos familiares. Cuando D. Manuel era Director, el boato de su familia igualaba al de una familia propietaria con quince ó veinte mil duros de renta. Él no tenia bienes raíces de ninguna clase, no estaba inscrito en el gran libro, no debia tener tampoco economías. Sumando su sueldo con los sueldos de los pececillos, el total no alcanzaba, con las mermas del descuento, á seis mil duros. Problema; por qué misteriosas alquimias pasaba esta cantidad para alimentar las siguientes partidas: casa de diez y ocho mil reales, buena mesa, estreno constante de ropa por todos los indivíduos de la familia, lujosos vestidos de baile para las niñas, landó, palco á primer turno en el teatro Real, excursiones á los otros teatros, viajes en el verano, imprevistos, etc... Áun suponiendo doble el activo por lo que D. Manuel percibia de algunas compañías de ferro-carriles, quedaba la mitad del gasto en el aire. Pero estos rompe-cabezas, que en tiempos pasados preocupaban algo á los vagos, amigos de averiguar vidas agenas, ya, por ser de todos los momentos, han llegado á parecer cosa natural y corriente. Familiarizada la sociedad

con su lepra, ya ni siquiera se rasca, porque ya no le escuece.

Introduzcámonos en el hogar Pez; nademos un momento en el agua de esta redoma de felicidad, donde brillan las escamas de plata y oro de este matrimonio dichoso, y de esta prole dichosísima. Los tiempos eran prósperos. Tocaba entónces estar arriba. El árbol fecundísimo del poder protegia con su plácida sombra á la familia. Bastaba alargar la mano para cojer sus sabrosas frutas. El aroma de sus flores embriagaba. De situacion tan bella procedia aquel febril deseo de goces en todos, y el delirio de llamar la atencion, de parecer mucho mucho más de lo que realmente eran. La señora de Pez ya no aspiraba simplemente á que sus hijas casasen bien con hombres ricos y decentes. No; sus yernos habian de ser millonarios, y ademas duques, ó cuando ménos marqueses; ellas mismas (dañadas ya sus inocentes almas por la fatuidad), habian hecho suyas las ideas de su endiosada mamá, y áun iban más léjos, y soñaban con príncipes, ¿por qué no con reyes?

Eran dos niñas preciosas, de hermosura delicada y frágil, de esa que luce en la juventud con la belleza enfermiza de una flor de estufa y luégo se disipa en el primer año de matrimonio; rubias, delgadas, quebradizas, porcelanescas. Sus ojos claros lucian demasiado grandes en la delgadez linda y afilada de sus caritas de cera. Á fuerza de ser traidas y llevadas por su mamá de salon en salon, de teatro en teatro, de fiesta en fiesta, parecian fatigadas, pero no hartas de frívolos pasatiempos y goces. Se las educaba en la inmodestia, de donde resultaba que estas tales niñas apénas podian esconder, bajo el barniz de la urbanidad, el desprecio que sentian hácia todo lo que fuera ó pareciese ser inferior á la esfera en que ellas estaban. No se les caia de la boca la palabra *cursi*, aplicándola á éste ó aquél que no viviese inmerjido en el mar de felicidades de

la familia Pez; y al hablar de este modo no comprendian las tontuelas que ellas caian tambien debajo del fuero de la cursilería, porque ésta es un modo social propio de todas las clases, y que nace del prurito de competencia con las clases inmediatamente superiores. Aquellas niñas, mil veces dichosas, no habian visto el mundo sino por su lado frívolo; no conocian la sociedad ni su mecanismo, ni sus orbes y gravitacion admirables. Su instruccion se circunscribia á un poco de Catecismo, una tintura de historia ¡y qué historia! algunos brochazos de francés y un poco de aritmética. Pero ¿de qué servian los rudimentos de esta ciencia madre á las preciosas Josefa y Rosa, si no les cabia en la cabeza que ellas careciesen de cosas que la hija del duque de Tal poseia en abundancia? En aquellos cerebros, tan limpios de malicia como de sindéresis, cerebros atiborrados de hojas de rosa, para ahuyentar á las ideas, como si éstas fueran cucarachas, no podia entrar la comparacion entre los diez millones de renta del duque de Tal y los cincuenta mil reales del Director de Hacienda, áun suponiéndole Pez, y Pez grandísimo. *Creavit Deus Cete grandia* (los grandes cetáceos).

Dejémoslas en paz. Eran felices. ¿Á qué conturbar su felicidad, picoteándola con números? Que gocen de la vida, de los verdes años. Ocupémonos de Adolfito, del precoz funcionario, que no iba á la oficina sino cuando le daba la gana; que habia encargado un velocípedo á Lóndres y habia extendido él mismo la órden para que el administrador de la Aduana de Irún lo dejase pasar sin derechos. ¡Qué rasgo de génio! "Tú irás muy léjos, niño,„ le dijo el jefe de negociado. Y realmente aquel rasgo valia una cartera. ¡Genialidad infantil que anunciaba el embrion de un hombre de Estado español!

Ocupémonos tambien, amados hermanos mios, de Fe-

derico y Antoñito Pez, que estaban á punto de ser abogados, y que eran el uno filósofo (muchos filósofos de hoy tienen diez y siete abriles) y el otro economista. ¡Ah! La economía política es una ilusion que se pierde siempre á los veinte años. Federico se habia distinguido en esos círculos de sabiduría temprana donde centenares de ángeles juegan al discurso. Era oradorcito. Allí era de oir lo siguiente: "El señor que me ha precedido en el uso de la palabra...„ Y el tal preopinante no llevaba chichonera porque hoy es moda que los niños de teta usen sombrero. Las controversias de los menudos filósofos y economistas tomaban siempre un tono de acaloramiento y personalismo, que agriaba aquellos nobles caractéres. La memoria escrita por Federico sobre no sé qué, pasó desde la tribuna á la prensa, apareció en una Revista; el niño se creció; inscribióse en un círculo más nombrado; hízose oir; le aplaudieron. Primero hablaba y luégo gritaba. Ensordecia los pasillos. Llegó á envanecerse con su facilidad de palabra y á creerse un Moret, un Gabriel Rodriguez. Hubo de volverse loco porque le dijeron si mamaba aún. ¡Disparate! Él no mamaba sino del presupuesto.

Antoñito, que era el filósofo, empleaba las horas de oficina en hacer revistas musicales para un periódico de teatros. La filosofía y la música tienen dentro de un alma de diez y nueve años una afinidad que parece parentesco. Son dos cuerdas distintas del laud de la tontería. Antoñito, que habia hecho en su cabeza una especie de pasta filosófica, amasando al padre Taparelli con Augusto Comte, era ademas un wagnerista furibundo, aunque, la verdad ante todo, en jamás de los jamases habia oido música de Wagner. En sus artículos, llamaba á todas las cantantes *divas* y á todas las obras *spartitos*. Era severísimo con los artistas cuando no le daban butaca.

Ocupémonos, finalmente, de Luis Pez, el cual no era filósofo ni economista, ni músico: era ginete. Habia comenzado una carrera militar, pero tuvo que abandonarla por falta de luces. Su pasion eran los caballos. Se ocupaba del propio tanto como de los agenos, y deploraba que no tuviéramos hipódromo (1872). Como el de sus hermanas, estaba su cerebro tan limpio de aritmética que no acertaba á comprender por qué él tenia un solo caballo y su amigo, el hijo de los duques de Tal, montaba alternativamente cinco, sin contar los veinte que ocupaban la cuadra de la calle de San Dámaso. Hé aquí una contradiccion económica ante la cual Federico Pez, un Bastiat en estado de larva, habria tenido quizás algo que decir. Iba nuestro galan centáuro á la oficina lo ménos que podia.Estaba agregado á la comision de empleados que redactaban las nuevas Ordenanzas de Aduanas. ¿Para qué habia de molestarse este digno funcionario en asistir á su trabajo, si él no sabia lo que era comercio? ¿Si no sabia lo que era un puerto; si no habia visto otro mar que el mar sin barcos de Biarritz; si ignoraba lo que es un buque, un cargamento, y lo que son derechos, valores, rol, tasa, escala alcohólica, arancel, y demas cosas que atañen al tráfico y y desarrollo del cambio? Bostezaba en la oficina, cobraba su sueldo, esperaba con ansia la hora y la calle. Amados hermanos mios, tiempo es ya de que digamos con el ángel: *¡Ave María!*

III.

Sorprendamos á D. Manuel José Ramon Pez (ó del Pez), cuando recien abandonadas las ociosas plumas, entraba en su despacho á enterarse de varios asuntos, agenos

á su empleo, aunque muchos tenian con él relacion misteriosa, solo de él conocida. Envuelto en su abrigadora bata, calados los lentes ó quevedos, afeitada y descañonada ya la barbilla violácea; bien peinadas y perfumadas con colonia las patillas de un gris de estopa, revolvia cartas, consultaba notas, hojeaba memorandums, ordenaba *in mente* lo que no tenia órden, hacia cálculos, esbozaba proyectos, trazaba planes. La frase y el guarismo se entrecruzaban en su cerebro, demarcando en su frente una arruga fina, delicada, que parecia hecha con tira-líneas; se dejaba abismar en meditaciones; despues tarareaba una cancioncilla; pasaba la vista por los periódicos de la mañana; daba algunas órdenes á su escribiente y se ocupaba un poco de teatros y diversiones.

A cada instante era visitado el despacho por un ángel que entraba retozando. ¡Qué cháchara suplicatoria y qué mendicidad mezclada de regocijo! "Papá, dale el dinero á Francisco para que vaya por el palco de la Comedia... Papá, no olvides que hoy se renueva el abono del Real... Papaito, págame esta cuenta de Bach... Papá, el sastre... Papá, la modista... Papá, la florista... Papá, la cuenta de Arias... Papá, nuestros abanicos... Papá, el caballo... Papá, papá, papá..." Era un pio, pio que no cesaba. Por fortuna D. Manuel José Ramon era la imágen viva de la Providencia, segun generosamente daba y repartia, sin quejarse, sin regañar; ántes bien, regodeándose de ver tanto gusto y apetito satisfechos. Adoraba á la familia y se recreaba en ella. Tambien él era feliz, porque si algun bien positivo hay en el mundo, es el que experimentan mano y corazon en el momento de dar algo.

Y en tanto, en el recibimiento de la casa se agolpaba un gentío fosco, siniestro, una turba preguntona y exigente, que queria hablar con el señor, ver al señor, decir dos pa-

labritas al señor. Sonaba á cada instante la campanilla, y entraba uno más. Eran los desfavorecidos de la fortuna, pretendientes, cesantes de distintas épocas, de la época de Pez y de la época del antecesor de Pez. Algunas bocas famélicas pedian pan; otras no pedian más que justicia. Aquéllos, sofocados por la necesidad, pedian para el momento; éstos para el mes que viene, y algunos estaban atrofiados ya y tan sin fuerzas para pretender, que pedian *para cuando hubiese una vacante.* Con este gentío calagurritano se mezclaban los postulantes de otra esfera, personajes y señorones que pasaban al despacho desde que llegaban. El criado no podia contener á la turba impaciente, desesperanzada, á veces rabiosa, que tenia en sus maneras el ímpetu del asalto. Una mujer mal vestida atropelló en cierta ocasion al criado, se metió por el pasillo adelante, entró sin anunciarse en el despacho, y encarándose con D. Manuel, dijo con lágrimas y gestos de teatro: "Señor, soy viuda de un Pez."

D. Manuel repartia promesas, limosnas, á veces credenciales de poca monta, y para todos tenia una palabra, un consuelo ó un duro. Era bondadoso y muy bien educado. Habia en su mente, junto á la idea de su derecho al presupuesto, la idea de ciertos deberes ineludibles para con la humanidad cesante y desposeida.

Por concluir nuestro panegírico con un hecho concreto de la vida del santo, diremos que una mañana D. Manuel mandó que no entrase nadie. Estaba fatigado. Queria ir pronto á la oficina, donde tenia cita con el marqués de Fúcar y con el ministro para tratar de salvar al Tesoro, haciéndole un préstamo.

"¡Ah! se me olvidaba...—murmuró echando la vista sobre una carta.—Francisco, díle al señorito Joaquin que suba.

Joaquin Pez, el mayor de los Pececillos, tenia treinta y cuatro años. Se habia casado por amor con la hija única de la marquesa de Saldeoro. Quedóse viudo á los ocho años de su matrimonio, no exento de alborotos, y cuando las cosas de esta relacion ocurren, estaba asombrosamente consolado de su soledad. Por dos calidades, de mucho valer ambas, se distinguia, física la una, moral la otra. Era su corazon bueno y cariñoso. Era su figura y rostro de lo más apuesto, hermoso y noble que se pudiera imaginar. Tenia toda la belleza que es compatible con la dignidad del hombre, y á tales perfecciones se añadian un aire de franqueza, una agraciada despreocupacion, ó si se quiere más claro, una languidez moral muy simpática á ciertas personas, una cháchara frívola, pero llena de seducciones, y por último, maneras distinguidísimas, humor festivo, vestir correcto y con marcado sello personal, y todo lo que corresponde á un tipo de galan del siglo XIX, que es un siglo muy particular en este ramo de los galanes.

Y hablemos ahora, amados hermanos mios, del defecto de Joaquin Pez, defecto enorme, colosal, reprobado por la filosofía, por la Iglesia, por los Santos Padres y hasta por la gente de poco más ó ménos. Este defecto es la debilidad, deplorable incuria para defenderse del mal, dejadez de ánimo y ausencia completa de vigor moral. Conocidas las condiciones físicas y sociales del Pez, bien se comprenderá que este vicio del alma habia de tener por expresion sintomática el desenfreno de las pasiones amorosas.

Disculpémosle. Era tan guapo, tenia tanto partido, que más que el tipo del seductor leyendario, tal como nos lo han transmitido los dramas, era en varias ocasiones un incorregible seducido. Las mujeres absorbian su atencion toda, todo su tiempo y todo su dinero, muy abundante al

recibir la herencia de su esposa, pero muy mermado ocho años despues. Cuando le conocemos, Joaquin estaba en el apogeo de sus triunfos, y en todos los terrenos sociales se presentaba con su carcaj y flechas; es decir, que no despreciaba ninguna pieza de caza, ya estuviese en palacios, ya en cabañas ó andurriales.

Ya os oigo decir, amados mios, que estas cacerías, léjos de fortificar al hombre, le desmedran y embrutecen. Tan claro es eso como el agua; pero nuestro vigoroso Pez no habia llegado aún, cuando le conocimos, á aquel grado de envilecimiento que es el término de las pasiones locas. Su vicio era todavía un vicio del corazon, intervenido por la fantasía. Habia en él aún algo de ilusiones juveniles, con sus delicadezas, sus entusiasmos, sus melancolías, sus arrebatos, sus impaciencias. El cuerpo principiaba á envejecer ántes que el alma, porque ésta retardaba su extenuacion con fantasmagorías y esfuerzos de iluminismo, de que nacian, aunque por modo artificioso, afectos parecidos á la ternura.

Vivia solo este jóven, en el piso bajo de la casa, cuyo principal ocupaban sus padres. Levantábase tarde, almorzaba con su familia, y despues de la una rara vez le volvian á ver sus padres hasta el dia siguiente.

"Pero, hombre, ¿has visto?—le dijo el papá Pez prejuzgando con su tonillo burlon el asunto de que iba á tratar.—Otra carta del Canónigo en que viene con las mismas historias...Nos recomienda á esa tal Isidora y á su hermano, para que les aconsejemos y les dirijamos... ¡qué tontería! en su pretension... Dice que son nietos de la marquesa de Aransis; que él lo probará ante los tribunales. ¿Tú crees esto?

—Yo... yo, verdaderamente...—manifestó Joaquin con aquella indolencia que de su cuerpo se ampliaba hasta invadir su pensamiento.—No lo afirmo ni lo niego.

—Logomaquías, hombre,—dijo D. Manuel apartando de sí con desprecio la carta de su amigo el Canónigo, cacique y faraute de los Peces en buena parte de la Mancha.—Esto es novela... ¡Nietos de la marquesa de Aransis!... Cierto es que aquella pobre Virginia... ¿Conoces tú á esa Isidora?

—Sí.

—¿Y ella sostiene...?

—Como el Evangelio.

—Logomaquías. Estas historias de muchachos mendigos que á lo mejor salen con la patochada de tener por papás á duques ó príncipes, no pueden pasar en el dia, mejor dicho, yo creo que no han pasado nunca. Admitámoslo en las novelas; pero en la realidad... En fin, sea lo que quiera, es preciso atender al Canónigo, que nos sirve bien. Entérate. Dice que pongamos á disposicion de la muchacha algunas cantidades. En lo que no le haré el gusto, por ahora, es en lo de hablar á la marquesa de Aransis de este asunto. Es cosa muy delicada. Cumpliremos diciéndoselo á su apoderado, el marqués de Onésimo... Logomaquías, hombre...

—Yo me encargaré de esto,—replicó decididamente Joaquin.—Ya he visto á esa hija de reyes. Es una muchacha simpática, discreta y buena, que merece, sí, merece sin duda algo más de lo que tiene.

Cuando Isidora llegó á Madrid, recibió D. Manuel una carta del Canónigo recomendando á su sobrina, é indicando de un modo vago el asunto que tanto habia hecho reir al señor Director. Por encargo de éste, Joaquin la visitó, encontróla guapa el primer dia, el segundo muy guapa, y el tercero deliciosísima, con lo que la diputó por suya. Trazó las primeras paralelas; halló resistencia; trazó las segundas y halló más resistencia, una tenacidad que anunciaba el heroismo. De aquí vino aquella retirada hábil que

desconcertó, como ántes se dijo, á la jóven no vencida por el ataque, sino por el aburrimiento de no verse atacada. ¡Cuán cierto es que el ócio enerva y rinde al más aguerrido ejército ántes que el fuego y las balas!

Las dotes militares de Joaquin, más que de general de tropas regladas, eran de guerrillero, hábil en golpes de mano. Viene esto de la índole de los tiempos, que repugnan la epopeya. No pueden sustraerse los amores á esta ley general del siglo prosáico... El atrevido capitan de partidas, desde que habló con su padre, ideó, pues, la emboscada más hábil que concertaron guerrilleros en el mundo. No pondria sitio. Enviaria un parlamentario al enemigo para hacerle salir de la plaza. Si el enemigo caia en el lazo, si pasaba el rio de la Prudencia y se ponia bajo los fuegos del desfiladero de la Audacia...

En el capítulo siguiente vereis, ¡oh amados feligreses! lo que pasó.

CAPÍTULO XIII.

¡Cursilona!

Serian las cuatro cuando Isidora, acompañada de su padrino, llegó al portal de la casa de Joaquin Pez. Su ansiedad era grande, porque habia recibido una elegante esquela en que el viudito de Saldeoro, despues de declararse imposibilitado de salir á la calle, invitaba á la señorita de Rufete á venir á su casa, donde seria enterada de una comunicacion del Canónigo en que se le enviaba dinero, y de un asunto extraordinariamente importante y venturoso. Los comentarios que hizo Isidora desde la calle de Hernan-Cortés á la de Jorge Juan, no cabrian en este volúmen, aunque fuese doble. ¡De qué manera y con qué fecundidad de imaginacion dió vida en su mente á la entrevista próxima á verificarse! Al llegar al portal y al decir á D. José, "dése usted una vueltecita por el barrio y vuelva aquí dentro de media hora,„ ya habia ella desarrollado en sí misma cien visiones distintas de lo que iba á pasar. Cuando ella entraba, salian las dos niñas de Pez con su mamá para subir al coche que las esperaba en la calle. ¡Qué elegantes! Isidora las miró bien; pero iba ella, á su parecer, tan mal, con tan innoble traza, que de buena gana se hubiera escondido para no ser vista de las otras. Porque la de Rufete, pobre y mal ataviada, se consideraba, por esto, fuera de su centro. Su apetito de engrandecerse no era un deseo tan sólo, sino una reclamacion. Su pobreza no le pa-

recia desgracia, sino injusticia, y el lujo de los demas mirábalo como cosa que le habia sido sustraida y que tarde ó temprano debia volver á sus manos.

Las niñas de Pez apénas se fijaron en la muchacha que entraba. Pero ésta las examinó bien, y en ménos de lo que se dice, hizo de ellas una crítica acerba, las desnudó, les quitó los sombreros, censuró aquellos talles de araña, y concluyó por considerar en su mente lo que resultaria si la más guapa de las chicas de Pez se vistiera con los arreos de Isidora, y ésta se pusiera los de la chica de Pez.

Entró en casa de Joaquin, y el criado la encerró en un gabinete miéntras pasaba recado al señorito. ¡Qué hermosos y finos muebles, qué cómodos divanes, qué lucientes espejos, qué blanda alfombra, qué graciosas figuras de bronce, qué solemnidad la de aquel reloj, sostenido en brazos de una ninfa de semblante severo, y sobre todo, qué magníficas estampas de mujeres bellas! La escasa erudicion de Isidora no le permitia saber si aquellas señoras eran de la Mitología ó de dónde eran; pero la circunstancia de hallarse algunas de ellas bastante ligeras de vestido le indujo á creer que eran Diosas ó cosa así. ¡Y qué bonito aquel armario de tallado roble, todo lleno de libros iguales, doraditos, que mostraban en la pureza de sus pieles rojas y negras no haber sido jamás leidos! "Pero, ¿qué harán en los rincones aquellos dos señores flacos? ¡Ah! Esa pareja se ve mucho por ahí. Son Mefistófeles y D. Quijote, segun me ha dicho Miquis. Yo no haré nunca la tontería de tener en mi casa nada que se vea mucho por ahí. Vamos, que aún puedo yo dar lecciones á esta gente." Mirando y remirando los ojos de Isidora toparon con el Cristo de Velazquez, y estaba ella muy pensativa tratando de averiguar qué hacia nuestro Redentor entre tanta Diosa, cuando entró Joaquin.

"Albricias,—le dijo de buenas á primeras, tomándole las dos manos y apretándoselas mucho, mucho.—Papá ha tenido una carta del Canónigo... Papá va á hablar á la marquesa de Aransis. Todo se arreglará... Esto va bien. ¿No lo dije yo?

Isidora estaba tan conmovida por esta irrupcion brusca de buenas noticias, que no acertaba á decir nada. Miraba embebecida á Joaquin. Pasada la primera impresion de las noticias, lo que dominó en el espíritu de la jóven fué la vergüenza de que Joaquin, tan admirador de ella, la viese tan mal vestida. Habia estado dos horas arreglándose para disimular su mala facha. Venia compuesta con galana sencillez, respirando aseo y coquetería; pero todo el aseo del mundo, toda la gracia y sencillez no podian disimular la fea catadura del descolorido traje, ni ménos ¡y esto era lo más atroz! la desgraciadísima vejez y mucho uso de las botas, que no sólo estaban usadas y viejas, sino ¡rotas! Lo que Isidora padecia con esto no es decible. Cuidadosamente escondia bajo la falda sus piés, tan pequeños como mal calzados, para que Joaquin no se los viera.

Pero ya él se los habia visto, sin perder por eso el amor, ó llámese como se quiera, que sentia; ántes bien exaltándose más. Por efecto de esas aberraciones del gusto que marcan el tránsito de la pasion al vicio, Joaquin la amaba más con aquel infeliz atavío; y si estuviera completamente derrotada, como mendiga de las calles, viera en ella sublimado el ideal del momento.

"¿Y cuándo hablará su papá de usted á la marquesa?—preguntó Isidora, ya más dueña de sí.—La marquesa está en Córdoba...

—¿En Córdoba?... Ya.—murmuró Joaquin, á quien no le importaba gran cosa que la marquesa estuviera donde mejor le acomodase.—Eso no importa. La marquesa ven-

drá... ¡Ah! ya me olvidaba de decir á usted lo mejor. Tenemos órden del señor Canónigo para entregar á usted las cantidades que necesite. Usted dirá.

—¡Las cantidades que necesite!—repitió Isidora embelesada, y viendo en su imaginacion una cascada de dinero.

¡Tener dinero! ¡Qué alborozo! Parecia que en su alma, como en alegre selva iluminada de repente, empezaban á trinar y á saltar mil encantadores pajarillos. ¡De tal modo se le anunciaban las necesidades satisfechas, los goces cumplidos, las deudas pagadas y otras satisfacciones más, traidas por la soberana virtud del oro!

Conocedor Joaquin de la manera de tocar ciertos registros del alma humana y de los efectos de la sorpresa teatral en los sentidos del hombre, y más aún de la mujer, llegóse á la chimenea, tomó de ella una cajita, abrióla y mostró á los admirados ojos de Isidora porcion cumplida de dinero, monedas de oro y plata, y dos ó tres manojillos de billetes de Banco.

"No se lo que habrá aquí,—dijo Pez revolviendo el tesoro con sus dedos, y afectando hacerlo con indiferencia para dar á entender su familiaridad con los millones.—Mil, dos, cuatro, ocho... Usted dirá.

El efecto fué inmenso. Atónita y embobada estaba la de Rufete, paseando su alma, con las miradas, por el interior de la hermosa cajita, y si bien la cantidad no era fabulosa ni mucho ménos, por ser todos los billetes pequeños, la pobre jóven, que tanto se dejaba llevar de la exageracion, creia ver pasar por entre los dedos de Joaquinito Pez toda la corriente del dorado Pactolo.

"Usted dirá—repitió él, hojeando los cuadernillos de billetes, como si fueran libritos de papel de fumar.—Mi parecer es que usted, por quien es y por la posicion que va

á ocupar, no debe seguir viviendo en aquella casa. Usted debe tomar una casa para sí y su hermano, ponerse en otro pié de vida, no escatimar ciertas comodidades, en fin... ¿Quiere usted que yo me encargue de buscarle casa, de proporcionarle muebles, modista...?

Joaquin la miró. ¡Qué guapo era! Isidora le oia hablar como si oyera una descripcion del Paraíso á quien realmente ha estado en él. Luégo, cuando Joaquin la miró tan de cerca que ella le podia contar los pelos de la barba rubia y los rádios dorados de sus pupilas oscuras, creyó ver al mismo ángel de la puerta del Paraíso, mostrando las llaves de él... Por un instante Isidora no hizo más que saltar la mirada de la cajita al rostro, y del rostro á la cajita. Las profundas simpatías que por el jóven sentia se acrecentaban hasta parecer cariño entrañable. ¡Era tan seductor su modo de mirar!... Tenia un no sé qué tan distinto de todos los demas hombres!... Isidora lo pensaba así, sintiendo herida y traspasada toda aquella parte de su corazon que dejaba libre el orgullo.

Usted dirá,—volvió á indicar Joaquin dejando á un lado la cajita y tomando las manos de Isidora.

Esta se puso á temblar, tuvo miedo, porque Joaquin se le hizo más guapo, más seductor, más caballero, revistiéndose de todas las perfecciones imaginables.

"¿Me porto mal,—dijo él con voz blanda;—me porto mal en pago de la ofensa que usted me hizo despidiéndome y diciéndome que no me podia querer?

Isidora fluctuaba entre el reir y el temer. Se reia y estaba pálida. Despues sintió mucho frio.

Yo bien sé lo que pasará cuando usted llegue al fin de su camino,—prosiguió él.—En vez de quererme entónces como ha prometido, me despreciará... Será entónces usted tan superior á mí!...

La perfidia de estas palabras era tanta, que no cabia debajo de todos los pliegues del disimulo.

Isidora, ademas de reir, ademas de temer, ademas de tener frio, se sentia como mecida en un vagoroso y aéreo columpio. La cara hermosísima del jóven Pez pasaba ante sus ojos con oscilacion de resplandores celestes que van y vienen. ¿Cómo no, si de pronto empezó á oir retahila de palabras ardientes, que jamás oyera ella sino en sueños? Joaquin la tuteaba, Joaquin se extralimitaba de palabra. Rápidamente conoció Isidora la proximidad de su mal, y y tuvo una de esas inspiraciones de dignidad y honor que son propias de las naturalezas no gastadas. Su debilidad tuvo por defensor y escudo á lo que por otra parte era causa de todos sus males, el orgullo. Se salvó por su defecto, así como otros se salvan por su mérito. No es fácil definir lo que rápidamente pensó, las cosas que trajo á la memoria, las sacudidas que dió á su dignidad de Aransis para que despertase y saliese á defenderla. Ello es que saltó del asiento con tal rapidez, que no pudo Joaquin detenerla, y con velocidad de pájaro se puso en la puerta. El violento palpitar de su seno, cortándole la respiracion, apénas le permitió decir:

"No quiero nada, no quiero nada „

Evidentemente aludia al contenido de la cajilla. Joaquin corrió tras ella, diciendo: "Formalidad, formalidad.„ Pero la de Rufete, valiente y decidida, trató de abrir la puerta. Estaba cerrada. Era de ver su ligereza de gorrion, su prontitud para correr de un punto á otro, perseguida, mas no alcanzada. Corrió á la ventana, que por ser de piso bajo, estaba á dos varas de la calle, abrióla, y apoyándose en el alféizar, vuelta hácia adentro, dijo así con animosa voz:

"Si usted no me abre la puerta y me deja salir, grito desde aquí y pido socorro.

Quedóse parado el Pez; reflexionó un instante. De repente su amor se deshizo en despecho y su despecho en risa.

"¿Escenita?... ¿Gritar en la calle? ¡Qué ridiculez! Usted se empeña en que hagamos el oso.

La ira retozaba en sus labios. Miró á Isidora con tanto enojo, que ésta se turbó y creyó haber sido desconsiderada y excesivamente altanera. Despues el jóven abrió la puerta. Indicó á Isidora la salida, dejando escapar de sus labios, trémulos de ira, esta palabreja:

"*¡Cursilona!...*"

Tres minutos despues, Isidora se unia á D. José en la esquina de la calle, y marchaba hácia su casa con el alma llena de turbacion, alegre de la victoria y triste de la pobreza, satisfecha y desconcertada, diciendo para sí:

"Me ofende porque soy huérfana, y me insulta porque soy pobre; y á pesar de todo..."

CAPÍTULO XIV.

Navidad.

I.

Al dia siguiente recibió Isidora una carta de Joaquin incluyéndole algunos billetes de Banco, y pidiéndole perdones mil por el caso del dia anterior. Decíale que si alguna palabra áspera y mal sonante salió de sus labios al despedirla, la tuviese por dicha en son de broma ó por no dicha. Finalmente, le pedia permiso para verla de nuevo en casa de Relimpio. Agradeció ella con toda su alma el desagravio, y sus aflicciones de aquel dia se le disiparon con la grata vista del pan bendito, ó llámese papel moneda. Dió al olvido sus agravios; pero si perdonó fácilmente á Joaquin la injuria intentada contra su honor, tuvo que hacer un esfuerzo de bondad para perdonarle el que la hubiera llamado *cursilona*. Tal es la condicion humana, que á veces el rasguño hecho al amor propio duele más que la puñalada asestada contra la honra. El marqués viudo la visitó dos dias despues, y su comedimiento, despues de las audacias referidas, la cautivaba y enamoraba más, ó si se quiere de otro modo más claro, su comedimiento tenia la virtud de hacer disculpable y áun amable la osadía pasada; que así se contradicen los corazones en su lógica de miste-

rios. Poco á poco, con las visitas y el largo charlar de ellas, Isidora iba queriendo al viudo, y el viudo aficionándose tanto á ella, que llegó un punto en que hubo de sorprenderse y asustarse de la formalidad de su cariño. En tanto el asunto marchaba satisfactoriamente. D. Manuel Pez y el marqués de Onésimo habian escrito á la marquesa de Aransis, y aunque ésta no contestaba, era de presumir que contestaria pronto y á gusto de todos. Tambien llevaba buen camino lo de la causa criminal de Mariano. Joaquin bebia los vientos para que le soltase el juez, aunque fuera bajo fianza, por razon de la irresponsabilidad que le daban sus pocos años. Isidora visitaba á su hermano dos veces por semana, llevándole ropa y golosinas. Algunas veces se encontraba en la cárcel á la Sanguijuelera, que iba con fin semejante; y ambas se trababan de palabras, distinguiéndose la vieja por la procacidad de su lenguaje erizado de *puños* y el ningun respeto que á su sobrina tenia.

Llegó Navidad, llegaron esos dias de niebla y regocijo en que Madrid parece un manicomio suelto. Los hombres son atacados de una fiebre que se manifiesta en tres modos distintos: el delirio de la gula, la calentura de la lotería, y el tétanos de las propinas. Todo lo que es espiritual, moral y delicado, todo lo que es del alma, huye ó se eclipsa. La conmemoracion más grande del mundo cristiano se celebra con el desencadenamiento de todos los apetitos. Hasta el arte se encanalla. Los teatros dan mamarrachos, ó hacen la caricatura del Gran Misterio en sacrílegos nacimientos. Los cómicos hacen su agosto; la gente de mal vivir, hembras inclusive, hace alarde de su desvergüenza; los borrachos se multiplican. Tabernas, lupanares y garitos revientan de gente, y con las palabras obscenas y chabacanas que se pronuncian estos dias habria bastante pon-

zoña para inficionar á una generacion entera. No hay más que un pensamiento, la orgía. No se puede andar por las calles, porque se triplica en ellas el tránsito de gente afanada, que va y viene á prisa. Los hombres, cargados de regalos, nos atropellan, y á lo mejor se siente uno abofeteado por una cabeza de pavo ó capon que á nuestro lado pasa.

Las confiterías y tiendas de comidas ofrecen en sus vitrinas una abundancia eructante y pesada que, por la vista, ataruga el estómago. No bastan las tiendas, y en esquinas y rincones se alzan montañas de mazapan, canteras de turron, donde el hacha del alicantino corta y recorta sin agotarlas nunca. Las pescaderías se inundan de cuanto Dios crió en mares del Norte y del Sur. Sobre un fondo de esteras, coloca Valencia sus naranjas, cidras y las granadas rojas, llenas de apretados rubíes. En los barrios pobres las instalaciones son igualmente abundantes; pero la baratura declara la inferioridad del género. Hay una cáliza dulzona que se vende por turron y unas aceitunas negras que nadan en tinta. De la Plaza Mayor hácia el Sur escasea el mazapan cuanto abunda el cascajo. La escala gradual de la gastronomía abraza desde los refinamientos de Pecastaing, Prast y la Mahonesa, hasta la cuartilla de bellota y la pasta de higos pasados que se vende en una tabla portátil hácia las Yeserías. El enorme pez de Páscuas comprende todas las partes y sustancias de cosa pescada, desde el ruso *caviar* hasta el escabeche y el arenque de barril, que brilla como el oro y quema como el fuego.

Una familia podrá morirse toda entera; pero dejar de celebrar la Noche Buena con cualquier comistraje, no. Para comprar un pavo, las familias más refractarias al ahorro consagran desde Noviembre algunos cuartos á la hucha. ¿Cómo podian faltar los de Relimpio á esta tradi-

cional costumbre? Tambien ellos, pobres y siempre alcanzados, tenian su pavo, como el que más, gracias á los estirones que doña Laura daba al dinero, y tenian, así mismo, sus tres besugos de dos libras y media que se presentarian engalados de olorosos ajos y limon. D. José era el hombre más venturoso de Madrid desde el dia veinte y dos. Ocupábase en recorrer los puestos de la Plaza del Cármen para traer á su mujer noticias auténticas del precio de la merluza, el besugo, los pajeles. Tratábase de esto en consejo, y D. José decia con gravedad. "Todo está por las nubes. Veremos mañana." El 23, D. José y doña Laura tomaban un berrinchin, porque no les habia caido la lotería, fenómeno extraño que todos los años se reproducia infaliblemente. Opinaba doña Laura que todos los premios se los embolsaba el gobierno, y que la lotería era un puro engaño; pero más juicioso D. José, aseguraba que el número jugado era muy bonito y que no habian faltado más que dos unidades (¡qué te quemas!) para que tocara premio. Concluian ambos por exclamar con cristiana paciencia: "Otro año será."

Pero llegaba la mañana del 24, y entónces D. José era la imágen de la felicidad, siempre que nos representemos á ésta embozada en su capa y con su gran cesto enganchado en el brazo derecho. D. José llevaba el cesto y doña Laura el dinero, y aquí era el recorrer tiendas, el mirar todo, el preguntar precios, no arriesgándose á acometer la empresa de sus compras hasta no estar seguros de que compraban lo mejor. Ya Relimpio estaba enterado de los puntos dónde era legítimo el turron de Alicante y Jijona, dónde era más barato el mazapan, más dulces las granadas y más gordas las aceitunas. De todo compraban, aunque fuera en cortísima cantidad.

Los comentarios de él sobre la calidad de las cosas com-

pradas no tenian término. Y luégo, cuando entraban en la casa, ella con la bolsa vacía, él doblado bajo el grato peso de la cesta, ¿quién no se conmoveria viéndole sacar todo con amor para enseñarlo á las chicas, y poner cada cacho de turron ordenadamente sobre la mesa, diciendo á qué clase pertenecia cada uno, y regañando si algun ignorante confundia el de yema con el de nieve? Lo que no podia sufrir doña Laura era que él probase de todo para darlo por bueno, y con este motivo habia algunas peloteras; pero él aseguraba que todo estaba ríquísimo, que todo era gloria, y con esto y con recoger doña Laura las compras para guardarlas con siete llaves, concluian las cuestiones. Despues, D. José se metia tambien en la cocina para ayudar y dar más de un consejo; que algo se le entendia de arte de estofados y otros estilos culinarios. Las niñas dejaban la costura aquel dia; no se pensaba más que en la cena; y entre componerse para ir al teatro Martin con Miquis, y ayudar un poco á su madre, se les pasaba la tarde.

D. José, á quien las horas se le hacian siglos, no pensaba en apuntar en el Diario ni en el Mayor los gastos extraordinarios de aquel dia. Por la tarde ocupábase en instalar la mesa en la sala, por ser el comedor muy pequeño para tan gran festin. Despues se miraba diez y nueve veces al espejo, se acicalaba, y en el colmo ya del regocijo, les quitaba á los chicos del tercero el tambor con que atronaban la casa toda, y se ponia á tocarlo por los pasillos con furor y denuedo, seguido de la turba infantil y por ella con alegres chillidos aclamado.

Á la bendita y honesta cena de esta excelente familia, no asistia nunca, desde muchos años, el señorito Melchor, que se iba á cenar con sus amigos. Léjos de censurar esto, doña Laura hallaba natural que su hijo, escogido entre los escogidos, no se sentase á la vulgar mesa de sus padres.

Mejor papel haria en otra parte. Ya Melchor se rozaba mucho con literatos, diputados, artistas y empleados de cierta categoría. Probablemente aquel año iria á cenar en casa de un marqués.

En cambio les acompañaba el ortopedista, hermano de doña Laura, y el hijo de éste llamado Juan José. ¡Ah! El ortopedista era saladísimo para una cena. Hombre de gran formalidad, se hacia el más gracioso del mundo desde que bebia dos vasos de vino; decia los disparates más chuscos que se podian imaginar. Él y Relimpio, que tambien perdia la chabeta en cuanto empinaba un poco, por estar privado de mosto durante el año entero, eran los héroes de la fiesta, brindaban con gritos, se abrazaban riendo como locos, y despues se echaban á llorar. En suma, que era preciso llevarlos á cuestas á la cama, con gran algazara y risa de todos los demas comensales. Los únicos convidados de fuera de casa eran Miquis y un poeta presentado por éste en la casa, llamado Sanchez Berande, el cual hacia monos y versos no se sabe bien si á Emilia ó á Leonor.

Ea... ya tenemos la mesa arreglada en la sala, por ser el comedor pequeño para tanto gentío. D. José, que se pintaba solo para arreglar un banquete, contemplaba su obra con legítimo orgullo, y se recreaba en el brillo de la loza y de la cristalería, en la muchedumbre de luces, en el adorno y opulencia de la mesa. Despues esparcia miradas de felicitacion por toda la capacidad de la sala, por la sillería de reps que habia sido desnudada de sus fundas de percal, y por las cajitas de dulces, las bandejas de laton y demas chucherías... Todo estaba bien, perfectamente bien. Hasta el retrato del dueño de la casa, al óleo, detestable, colgado en la pared principal, rebosaba satisfaccion en su acaramelado semblante. "Estoy hablando„ decia Relimpio

siempre que lo miraba. Frente al retrato habia una laminota, en la cual doña Laura se inspiraba siempre para increpar á su marido. Era Sardanápalo quemándose con sus queridas... Completaban el decorado de la pieza tres ó cuatro fotografías de niños muertos. Eran los hijos que se le habian malogrado á doña Laura en edad temprana. Vistos á la luz de las bugías del próximo festin, los pobrecitos tenian cara de muy desconsolados por haberse ido del mundo tan pronto y no haber alcanzado la hartazga de aquella noche.

II.

Isidora estaba tambien llena de júbilo. Aquel dia, el 24, soltarian á Mariano. Ella misma iba á sacarle de la horrenda cárcel. ¡Oh! ¡Si no se hallara muy mal de dinero, aquel dia habria sido uno de los más felices de su vida! ¿En qué habia gastado lo que le diera dos meses ántes el marqués de Saldeoro por cuenta del Canónigo? Verdaderamente ella no lo sabia. Habia pagado á doña Laura, se habia comprado ropa... ¿Pero lo demas donde estaba? Isidora reflexionó.

En perfumería habia adquirido lo bastante para tres años. ¿Y de qué le servian aquellos candeleros de bronce, y aquel jarro de porcelana, y aquel *cabás* de cuero de Rusia? Cosas eran éstas que compró por la sola razon de comprarlas. ¡Eran tan bonitas!... Pues ¿y aquel vaso de imitacion de Sajonia, de qué le servia?... ¿Y las botellas para poner cebollas de jacinto?

Más necesario era sin duda el librito de memorias, el plano de Madrid, las cinco novelas y la jaula, aunque todavía le faltaba el pájaro. Estaba muy desconsolada por no tener un buen baño; ¿pero cómo podia satisfacer este

gusto en un cuarto tan pequeño? Luégo, la maldita doña Laura estaba siempre hecha un veneno por la mucha agua que Isidora gastaba. Si ésta no podia disfrutar de una hermosa pila de mármol, en cambio se habia provisto de tarjetas, de papel timbrado, de una canastilla de paja finísima, de una plegadera de marfil para abrir las hojas de las novelas, de un *antucás*, de pendientes de tornillo con brillantes falsos, de un juego de la cuestion romana y de algo más, tan lindo como caprichoso. Mucha, muchísima falta le hacia un buen mundo para poner la ropa; pero ya lo compraria más adelante. Tampoco estaba bien de ropa blanca; pero tiempo habia de hacerse un hermoso equipo.

Estaba tan alegre... Daba la última mano á su atavío para salir en busca de su hermano. La órden del juez para soltarle debia estar ya en las oficinas de la cárcel. Salió radiante y satisfecha; mas no quiso tomar el breve camino de la calle de Hortaleza, porque le daba vergüenza de pasar por cierta tienda donde debia algunas cantidades, poca cosa en verdad.

Ya anochecia cuando Isidora regresó acompañada de su hermano, el cual, vergonzoso y cohibido, bajaba los ojos delante de la gente. Recibióle D. José Relimpio con ciertos asomos de severidad, dándole una palmada en el hombro y diciéndole: "Hombre, veremos cómo te portas ahora.„ pero doña Laura, implacable y fiera, dijo que Mariano no, se sentaria á su mesa, aunque bajase Cristo á mandarlo. Oyó esto Isidora con rabia; mas conteniéndose, devoró tal afrenta y se amordazó la boca para que no saliesen las palabras que del corazon le brotaban. Encerróse con el chico en su cuarto, le lavó y vistió, para lo que tenia apercibida gran cantidad de agua y ropa nueva. El muchacho observó en los ojos de Isidora una lágrima, más bien que del sentimiento, nacida del despecho, y le dijo:

—¿Por qué lloras? ¿Por lo que ha dicho esa tia bruja?

—¡Gente ordinaria!...—murmuró Isidora.

—¿Por qué no le contestaste?—dijo Mariano con extraña rudeza.

—No me rebajo yo á tanto.

—¡Puño!

Mariano dió un puñetazo sobre su propia rodilla. Luégo Isidora le echó un sermon sobre su detestable maña de decir á cada paso palabras mal sonantes, y aunque el muchacho alegó, para defenderse, que tambien las decian los caballeros, ella se mantuvo inflexible y decidida á castigar las malas palabras como si fueran malas acciones.

"Ahora, señorito,—le dijo con severidad,—ha de andar usted derecho. Pase que en otro tiempo, cuando nuestra desgracia nos tenia poco ménos que en la miseria, ocurrieran ciertas cosas... ciertas barbaridades, Mariano, de que no quiero acordarme... Echémosles una losa encima. Pero ahora ya han cambiado las cosas. Eres un bárbaro, y vas á empezar á desbastarte. Tú no seas tonto; principia por convencerte de que eres persona decente, y así tendrás dignidad. De nuestra tia Encarnacion, hazte cuenta que no existe porque no la volverás á ver. Eres ya otra persona.

Oyó atentamente el muchacho estas advertencias y se prometió á sí mismo hacer todo lo posible para entrar con pié derecho en aquella senda de caballería y decencia que su querida hermana le indicaba. Tras esto Isidora cayó en la cuenta de que Mariano y ella habian de cenar aparte aquella noche, pues si el chico no podia sentarse á la mesa de los Relimpios, tampoco ella se sentaria por nada del mundo. Al punto determinó salir en busca de alguna cosa para aderezar la cena. ¡Muy bien, excelente idea! Mariano y ella cenarian tan ricamente en su cuarto, solos, y sin rozarse con aquella gente ordinaria. Pero sobrevino la

más grande contrariedad que en vísperas de un banquete puede ocurrir. Isidora no tenia dinero. Entre las múltiples propiedades de este metal, ella habia notado principalmente una, la de acabarse en los momentos en que más falta hacia. El portamonedas no contenia más que un par de pesetas y algunos cuartos. Buscó y rebuscó Isidora en todos los bolsillos, gavetas y huecos, porque recordaba que en otra ocasion parecida habia encontrado de repente una moneda de oro, olvidada en el fondo de un cajon de la cómoda; mas ninguna moneda de plata ni de oro pareció aquella vez, con lo que se dió por vencida, y resolvió que la cena fuese una modesta colacion más propia de dia de ayuno que de noche de Navidad. Aunque nada debia á doña Laura, ántes muriera que pedirle dinero despues del atroz desaire recibido de ella. No se atrevia tampoco á acudir á Joaquin Pez.

Salió. Mariano se quedó sólo. Por no ser excesivo el número de sillas que en el cuarto habia, estaba sentado en un baul bajo. A su lado, en un rincon, habia varios paquetes de papeles viejos liados fuertemente con bramante. Eran los cartapacios y protocolos que Tomás Rufete habia emborronado durante su enfermedad, y que fueron guardados en casa de Relimpio, hasta que sus hijos los recogieran, por si habia algo de interés entre tal matalotage de desatinos. Isidora los habia llevado del desvan en que estaban, á su cuarto, y los tenia allí con ánimo de someterlos á un exámen cualquier dia. Mariano leyó, no sin trabajo, los rótulos que decian: "*Desolacion... Hacienda pública... Desfalcos... Muerte... Latrocinio,*" y otras cosas extravagantes. Como ninguna distraccion sacaba de ver letreros, empezó luégo á revolver todo lo que su hermana tenia sobre la cómoda, y despues lo que en el primer cajon habia. Todo lo revisaba, lo examinaba por dentro y por

fuera; hojeó las novelas, levantó de las botellas las cebollas de jacinto para ver las raíces, abrió el estuche de los tornillos de diamantes americanos, revolvió la caja y los sobres de papel timbrado; y como en el momento de estar sobando el papel, echase de ver el tintero y la pluma, tomó ésta y trazó sobre un plieguecillo, con no pocos esfuerzos, alargando mucho el hocico y haciendo las más violentas contorsiones con el codo y la muñeca, estas palabras: *Mariano Rufete, alias Pecado.* Contempló satisfecho su obra, y luégo, con gran ligereza, echó una rúbrica que parecia la figura de un puñal. Se echó á reir como un bruto y dejó el papel sobre la mesa. Luégo le llamó la atencion el tocador de su hermana; fué viendo uno por uno los botes que en él habia, metiendo en todos las narices y diciendo "¡qué bueno!„ ó "¡qué rico!„ Se puso pomada, se perfumó con esencias y se lavó las manos, sonriendo de gusto al ver cómo se deslizaban dedos sobre dedos al suave resbalar del jabon.

"¡Eh! ya me has revuelto todo,—dijo Isidora al entrar de la calle—¡Jesús, qué desórden! Mira, te voy á pegar.

Mariano se reia.

"¿Y qué has escrito aquí? *Mariano Rufete, alias Pecado...* ¿Qué es eso de *Pecado*? Como yo vuelva á oirte dándote á tí mismo esos apodos...

—Como los toreros,—observó estúpidamente Mariano sin cesar de reir.

—¿A ver... es que no quieres ser persona decente?... Pero qué haces, gandul? ¿Te enjugas las manos en mi vestido? Quita allá, asqueroso. ¿No ves la toalla? Lo que digo, no quieres entrar por el camino de las personas decentes. Eres un salvaje... Ya se ve, no has tratado sino con cafres.

Y diciendo esto, de un pañuelo que cogido por las cuatro puntas traia, sacó sucesivamente varios pedazos de

turron y algunos puñados de cascajo, castañas, nueces, avellanas y bellotas. Al poner sobre la cómoda la última porcion de tan variados bastimentos, lanzó de su pecho un suspiro enorme.

"¿Todo eso has traido?—preguntó Mariano.—¿Y el pavo? Yo quiero pavo.

—Cenarás lo que te den,—replicó ella pasando de la pena al enfado.—Es una mala educacion pedir lo que no hay.

—El año pasado,—dijo Mariano con rudeza y desden,—mi tia la Sanguijuelera tenia besugo, y pimientos encarnados, y turron de frutas, y lombarda, y una granada de este tamaño. Yo me la comí toda. Estaba más rica...

Ceñuda y pensativa, Isidora puso la mesa. Mariano se sentó en una silla alta y ella en otra baja.

"Mañana será otro dia,—dijo ella.—Eso de atracarse la Noche Buena es propio de gente ordinaria. Ya te enseñaré yo á ser caballero... Vaya que está rico este turron. Pruébalo.

No se hacia de rogar Pecado, ántes engullia sin cumplimiento. En la sala de la casa habia empezado ya la algazara; mas no la cena, porque se esperaba á Miquis. La entrada de éste se conoció desde el retiro de los Rufetes por un repentino aumento del bullicio. Un instante despues Isidora vió que se abria suavemente la puerta de su cuarto y que entraba la irónica fisonomía del estudiante.

"Vengo á tener el gusto de saludar á la señora archiduquesa,—dijo éste, sombrero en mano, con ceremoniosa cortesanía. —Bien se vé que estamos ya en plena aristocracia. Esta noche *se queda usted en su casa;* quiero decir, que recibe usted á sus amigos...

—Toma,— le dijo Isidora ofreciéndole una bellota.—Es lo mejor que te puedo ofrecer.

—Gracias, marquesa,—repuso Miquis sentándose.—Es delicioso el obsequio. Vamos á cuentas y hablemos con seriedad. ¿Por qué no cenas con nosotros?

—Nosotros,—manifestó Isidora ahogada por la pena y el despecho,—no somos dignos... Vete, vete, pronto. Te esperan. Ya han sacado la sopa de almendras.

—¡Ay! chiquilla. ¡Cuánto más me gustan tus bellotas...! Pero no llores. De buena gana te acompañaria... Pero es tan tiránica la sociedad...

—Vete, vete... Mi hermano y yo cenamos solos. Ya ves... Estamos tan contentos... Mejor es así. Cada uno en su casa.

Augusto la contempló en silencio, asombrado de su hermosura, que cada dia iba en dichoso aumento, enriqueciéndose con un encanto nuevo.

"Aquí viene bien aquello de *á tus piés marquesa*,—dijo levantándose.

Y luégo, volviendo la vista para observar con una mirada en redondo todo el cuarto, añadió:

"Estás perfectamente instalada, marquesa. Magnífico gabinete. Aquí los arcones de roble; ahí el gran armario de tres lunas. Cuadros de Fortuny, tapices de Gobelinos, porcelanas de Sevres y de Bernardo Palissy... Muy bien. Bronces, acuarelas...

Mariano le miraba con cierto espanto. Isidora entreveraba de sonrisas su pena profundísima. Pero se sintió herida en lo más vivo de su alma, cuando Miquis, despues de transformar el humilde cuarto en aristocrático gabinete, dijo con el mismo tono de encomio:

—Bien se conoce en esta rica instalacion el buen gusto del marqués viudo de Saldeoro. Adios, marquesa. Ceno en el palacio de Relimpio.

III.

Cuando Augusto se marchó, quedóse Isidora meditabunda, clavados los ojos en su propia falda.

"¿Quién es ese?—le preguntó Mariano.

—Un tipo, un mequetrefe,—repuso ella sin mirar á su hermano, señales claras por donde manifestaba estar aún dentro de la esfera de atraccion del pensamiento que la dominaba.

—Dame más turron, marquesa,—exclamó el muchacho.

—¿Por qué me llamas así?—preguntó Isidora bruscamente, despertando de su mental sueño.

—¿Es apodo? ¡Puño!... ¿Y por qué te pone motes ese gatera?

—Mariano, cuidado cómo se habla.

—¡Se burla de tí!—gritó Pecado con aquel arrebato de infantil fanfarronería que en él parecia cólera de hombre.

—Yo te juro que no se burlará más,—dijo ella con los ojos húmedos de lágrimas.

Mariano la miró diciendo:

"Tonta, no ha sido para tanto... Las mujeres lloran por cualquier cosa. Que venga á mí con bromas; verá como le saco las entrañas...

—Mariano, loco, bruto y salvaje, gritó ella despertando otra vez de su letargo de pena y despecho.—Si te oigo hablar así otra vez...

—No dije nada, nada... Dame turron.

La algazara de la sala crecia, y por las palabras sueltas, los plácemes y exclamaciones que de ella hasta el cuarto de los Rufetes llegaban, así como por los olores culinarios que invadian toda la casa, se podia saber á qué al-

turas andaba el festin. Se sintió sucesivamente la aparicion del besugo, la del pavo, aclamado con palmoteo y vivas. D. José le recibia cantando la marcha real. Despues se oyeron las ruidosas cuestiones á que dió motivo el gran acto de trincharlo. Las risas sucedian á las risas, y los comentarios á los comentarios. Al mismo tiempo se conocian los efectos del Valdepeñas y del Cariñena en la torpe lengua del ortopedista, que desgranaba las palabras, y en el entusiasmo anacreóntico de D. José Relimpio, que no decia cosa alguna derecha y con sentido.

La criada entró en el cuarto de Isidora trayendo un plato con varias lonjas de pechuga y un poco de relleno. Encendiéronsele á Mariano con luces mil los ojos al ver aquello, y no parecia sino que cada destello de su mirar era un largo tenedor; pero Isidora, en quien el orgullo no daba lugar al agradecimiento ni al perdon, vió con repugnancia aquel tardío obsequio. Aunque comprendió que éste habia nacido en el bondadoso corazon de Emilia, siempre veia en él como un mensaje de lástima que no le gustaba. Rechazó la fineza diciendo:

"Que muchas gracias y que no queremos nada."

—Chica, chica, tú eres tonta,—gruñó Mariano con su rudeza propia, exacerbada hasta el salvajismo en aquel instante.

—Si no te callas, te pego.

—Yo quiero cenar,—afirmó él con brutal terquedad, echando á un lado la cabeza y dando un golpe con ella sobre la mesa.

—Eso es, rómpete la cabeza.

—Mala hermana, ¡no das de cenar á tu hermanito! Mira tú, mejor estaba en la cárcel...

—Como vuelvas á nombrar...

—¡Nombro... Puño!

—Como vuelvas á decir...

—¡Puño!—repitió el bergante alzando la mano.

—¡Alzas la mano!... ¡á mí!... á tu hermana.

—Yo me quiero ir con mi tia.

—Si vuelves á nombrar...

—¡Mala hermana... marquesa!...

Pecado empezó á hacer burla de su hermana con tanto descaro, que ésta hubo de ponerle á raya con dos bofetadas muy bien dadas que, ó mucho nos engañamos, ó se oyeron desde la sala. No era ella mujer que se dejaba embromar de un mocoso, aunque éste tuviera los buenos puños y los medianos antecedentes del señorito Rufete. Dominado éste por la actitud de su hermana y por el cariño que le tenia se contuvo. Echado de bruces sobre la mesa, con la barba apoyada en el arco que con sus brazos hacia, la contemplaba en silencio con la seriedad y atencion hosca de uno de esos perrazos que muerden á todo el mundo ménos á su amo.

El bullicio de la sala llegaba ya al delirio. D. José hacia el amor á su mujer echándole los más tiernos requiebros entre los aplausos de los divertidos comensales. Doña Laura llamaba á su marido Sardanápalo. El ortopedista habia empezado á cantar villancicos, acompañándose de golpes dados sobre la mesa con el mango del cuchillo. Sólo Emilia y Leonor conservaban su amable serenidad, la una obsequiando á Miquis, la otra á Sanchez Berande. El jóven poeta, Miquis y el hijo del ortopedista, alborotaban tambien mucho, el primero con sus discursos, el segundo con sus cantorrios de playeras y malagueñas. Despues se hizo una grande y solemne pausa porque Berande, á ruegos de todos, iba á recitar versos. Creíase destinado á la inmortalidad; tenia un buen tomo preparado para darlo á la estampa, en el cual, como en muestrario de bazar, habia

de todo: elegías, odas, pequeños poemas, poemas grandes, epigramas, doloras, *suspirillos germánicos*, sáficos y octavas reales. La sala parecia tribuna del Congreso, que se hundia con los aplausos al terminar Berande su recitacion.

"Versos,—dijo Mariano alzando su cabeza y poniendo atencion.

—¿Te gustan los versos?—preguntóle Isidora, gozosa de sorprender en su hermano un síntoma de decencia.

—Sí,—replicó el muchacho;—me sé de memoria los de *Francisquillo el Sastre* que empiezan:

Salga el acero á brillar
pues soy hijo del acero...

—Calla, bruto; esas son barbaridades.

—Tambien sé los del *Valeroso Portela,* que dicen:

Escuchen, señores mios,
les diré de Juan Portela,
el ladron más afamado
de la gran Sierra-Morena.

—Calla, hombre, calla por Dios. Me estás envenenando con tus horribles coplas. Ningun jóven guapo y decente aprende esas cosas. Eso está bien para el pueblo, para el populacho. ¿Sabes tú lo que es el populacho?

—Mi tia la Sanguijuelera,—contestó el chico con tan graciosa naturalidad, que Isidora no pudo contener la risa.

—Ya aprenderás mil cosas que no sabes. Y díme ahora, ¿qué aspiracion tienes tú?... ¿Qué quieres ser?...

—Yo no quiero ser nada,—repuso él con apatía.

—Es preciso que estudies y que trabajes. No volverás á la fábrica de sogas. Irás á un colegio. ¿Qué carrera quieres seguir?

Mariano meditó un instante. Despues dijo con resolucion:

"La de tener mucho dinero.

—¿Y para qué quieres tú el dinero?

—Toma... *miá* ésta... Pues para ser rico.

—Pero es preciso ser algo.

—Rico...

—¿Y en qué gastarás el dinero?

—En comer lomo, granadas, turron y en beber buen vino. Tendré un caballo y me vestiré todo de seda.

—¿No te gustaria ser militar y llegar á general?

—Sí, sí,— afirmó Pecado, despidiendo de sus ojos brillo de animacion y alegría.—Para ir mandando la tropa y arreando palos... así... ¡toma!

—No, no, no se pega. No creas que los generales pegan... Hay carreras preciosas como Estado Mayor, Ingenieros, Artillería.

—¡Artillero, artillero!—gritó Pecado dando golpes en la mesa.—Ya me verás, cañonazo va, cañonazo viene... ¡Bum, bum!

—Dispararías cuando fuera menester...

—No, no, siempre... Al que me hiciera algo, ¡zás!...

Á esto llegaban cuando volvió la criada trayendo un plato con varios pedazos de turron, de parte de la señorita Emilia y del señorito Miquis. No considerándose aún desagraviada Isidora con estos regalitos, negóse á admitirlos; pero Mariano se abalanzó al plato más pronto que la vista, y arrebatando el turron, empezó á engullir con tanta prisa, que no pudo su hermana evitarlo..

—¡Mal criado... gloton!—le dijo cuando otra vez se quedaron solos.—¿No has comido ya bastante?

Mariano negó con la cabeza, por no poderlo hacer con la boca.

"Te pondré interno en un colegio.

Mariano hizo con los dedos una señal que queria decir: "Me escaparé."

"No te escaparás. ¿Piensas que vas á lidiar con bobos? Hay un maestro muy rígido.

—De la bofetada que le pego,—dijo Mariano pudiendo ya articular algunas palabras,—va volando al tejado.

—¡Fanfarron!...

En la sala, la cena parecia próxima á concluir. Todas las clases de turron habian sido probadas, así como las granadas y las ruedas de naranja espolvoreadas de azúcar. Relimpio, con la última copa de Cariñena, dió con su cuerpo en tierra. "¡A la Misa del Gallo, vamos á la Misa!" gritaba con torpe lengua el insigne galan rodando debajo de la mesa. Muertos de risa los demas, le cogieron por los cuatro remos para llevarle á la cama, y él iba cantando el *Kirie eleison* con voz de sochantre, y los demas riendo y vociferando, de lo que resultaba el más grotesco cuadro y música que se pudiera imaginar.

—¡Cuánta grosería! ¡Qué gente tan ordinaria!—exclamó Isidora.

Poco despues llegó Emilia al cuarto de ésta, y dióle excusas por la soledad en que se habia quedado en noche de tanta alegría. Mas no dando su brazo á torcer Isidora, replicó que habia estado perfectamente en su cuarto. Trajeron un catre de tijera para que se acostase Mariano, y cuando Isidora le mandó que se recogiera, por ser ya más de media noche, el maldito muchacho se le plantó delante y le dijo con sus bruscos modos:

"Dame dinero.

—¿Y para qué quieres tú dinero, tunante? Acuéstate.

—Me acostaré; pero yo quiero dinero. Si no me das dinero, no te quiero...

—¿Para qué lo necesitas?

—Para ir mañana á los toros.

—Si ahora no hay toros, mentecato.

—Pero hay novillos y mojiganga.

—¿Y cómo sabes eso?

—Por los chicos... Si no me das dinero, no te quiero.

—Mañana te daré unos cuartitos...

—¿Cuartitos? Tú eres rica,—dijo pasando la vista con malicioso exámen por los diversos objetos que Isidora habia adquirido.—Tú tienes dinero, porque has comprado estas cosas ricas, y yo no tengo nada, nada; soy un pobre.

Al decir esto se empezaba á acostar.

"Yo tambien soy pobre,—afirmó Isidora;—pero con el tiempo, tal vez dentro de poco, tú y yo estaremos bien y tendremos todo lo necesario y aún más.

—La señorita gasta y come bien, y tiene á su hermanito muerto de hambre,—gruñó él, ya acostado.

—No seas tonto. Cállate y duerme.

—Si mañana no me das dinero, salgo á la calle y pido limosna. Ya sé yo cómo se pide. Me lo ha enseñado un chico.

—¿Qué estás diciendo, cafre?

—Que pediré limosna. Verás.

—No me sofoques... A un colegio, á un colegio.

—Ya me estoy durmiendo... Hasta mañana.

—¿No rezas, herejote?

Mariano murmuró algo que no era fácil descifrar, y se durmió sosegadamente. Todavía quedaba en él algo de niño. Su hermana le contempló un instante movida de un sentimiento extraño en que se combinaban el cariño y el terror. Iba á darle un beso; pero cuando ya casi le tocaba con sus labios, se apartó diciendo: "Temo que se despierte y me pida lo que no le puedo dar."

CAPÍTULO XV.

Mariano promete.

A la siguiente mañana, no repitió Mariano sus exigencias de la noche de Navidad. Estaba de buen humor, alegre, salton, inquieto y condescendiente. Gozosa tambien Isidora de verle sin las siniestras genialidades de la pasada noche, hízole mil caricias, le vistió, le arregló, púsole una elegante corbata, que há dias tenia para él, le peinó, sacándole raya, y cuando estuvo, á su parecer, bastante acicalado y compuesto, llevóle delante del espejo para que se viera y le dijo: "Ahora sí que estás hecho una persona decente." Él se miraba riendo, y decia una y otra vez... "Quiá quiá, ese no soy yo."

Despues salieron juntos á pasear por las calles. Á cada paso, Mariano queria que le comprara cosas; y en verdad que si ella tuviera algo en su bolsillo, le tapara la boca más de una vez; pero nada tenia, y así los dos se volvieron á casa algo cariacontecidos. Él se preguntaba que de qué servia tanta pomada en el cabello, tal lujo de corbata y camisa blanca, si entre los dos no tenian ni un ochavo partido. Por la tarde, Mariano salió solo, cuando su hermana no estaba en el cuarto, y volvió ya muy entrada la noche, todo sucio, desgarrado, con la camisa rota y la corbata hecha girones. Pintar la ira de Isidora al verle en tal facha, fuera imposible. Él confesó, con loable franqueza,

que habia estado jugando al toro con otros chicos en la plaza de las Salesas, con lo que redoblándose el enojo de la hermana, le dió un vapuleo de esos que duelen poco. Lo más extraño es que el muchacho, con ser tan bravío y rebelde, no se defendió de los azotes, ni hizo ademan de volver golpe por golpe, ni chistó siquiera... Por la noche ya habian hecho las paces; él prometia ser bueno, y fino y persona decente. Exigió que su hermana le llevara al teatro, ella lo prometió así; mas como no pudiese cumplirlo al siguiente dia por la causa que fácilmente conocerá el lector, se enfureció el chico, pidió dinero, negóselo ella, hablaron más de la cuenta, y él puso término á la disputa con esta amenazadora frase:

—¡Dinero! ya se yo cómo se encuentra cuando no lo hay. Los chicos me lo han enseñado.

Isidora no hizo caso. El dia de Inocentes salió un momento. Al volver, Mariano habia revuelto todo el cajon alto de la cómoda.

¿Qué haces?—preguntóle su hermana previendo algun desastre.

—¿Aciértame lo que tengo aquí?—le dijo Mariano mostrándole su puño cerrado.

Isidora trató de abrir el puño del muchacho; pero éste apretaba tan fuertemente sus dedos, que los blandos y flojos de Isidora no pudieron moverlos ni un punto, ni separarlos. Con su fuerza varonil, el muchacho hacia de su mano un arca de hierro.

"Abre la mano, ábrela.

—No quiero.

—¿Qué tienes ahí?... ¿Qué has cogido?

Mariano se puso de un salto en la puerta, siempre con el puño cerrado. Riendo como un desvergonzado bruto, dijo á su hermana: "Abur, chica."

Al punto echó Isidora de ménos sus diamantes de tornillo, que aunque falsos, valian cuatro duros. ¡Cuántas lágrimas derramó aquel dia! Mariano estuvo una semana sin parecer por la casa de Relimpio.

Una noche, cuando ménos se le esperaba, apareció al fin avergonzado, compungido, la ropa hecha girones, imágen del hijo pródigo. Con la alegría de verle, no fué la severidad de Isidora tan grande como cumplia, y le perdonó. Tenia Mariano entre sus maldades, desarrolladas por el abandono, algunas cosas buenas, y la principal de estas cosas buenas era la franqueza con que confesaba sus delitos, sin ocultar nada, ni dorarlos con comen tarios artificosos para hacerlos pasar por donaires, comootros suelen hacer. Todo cuanto habia hecho en la semana, lo contó puntualísimamente; pero ninguna parte de aquella Odisea de travesuras causó tan penoso efecto en el alma de la señorita de Rufete como estas palabras:

"Estuve en casa de mi tia Encarnacion, ¿sabes?... y mi tia Encarnacion y la tia *Palo-con-ojos* estaban comiendo juntas; y mi tia Encarnacion, me dijo: "Anda pillete, anda con tu hermana á que te dé de comer y te vista de señorito, pues bien puede hacerlo. Entónces mi tia Encarnacion y la tia *Palo-con-ojos* se pusieron á hablar de tí, y mi tia Encarnacion dijo que tú tienes un novio marqués que te da mucho dinero.

Isidora se quedó yerta; pero como el mostrar enfado por aquel ultraje habria sido ocasion de que entrara más en malicia el chico, que ya era harto malicioso, fingió tomar á broma el caso, aunque le destrozaba el alma, y se echó á reir. Pero su fingimiento de buen humor fué de todo punto imposible, cuando Mariano, con aquel descaro suyo que determinaba en él el tránsito brusco del candor al cinismo, le dijo:

"Ya, ya. Las mujeres todas sois unas... Bien, sé lo que haceis para tener siempre dinero. Los chicos me lo han dicho.

Risas, azotes, lágrimas sucedieron á esta declaracion; pero tambien paces al siguiente dia. Isidora, que recibió del marqués de Saldeoro otra visita platónica y una nueva remision de fondos por cuenta, al parecer, del Canónigo, salió de aquella sombría situacion de escaseces y apuros; pagó sus deudas, compró un Diccionario de la Lengua Castellana, y llevó á su hermano al teatro, de lo que éste recibió tanto gusto, que en algunos dias apareció como transformado, encendida la imaginacion por las escenas que habia visto representar, y manifestando vagas inclinaciones al heroismo, á las acciones grandes y generosas. Contenta Isidora de esto, comprendió cuánto influye en la formacion del carácter del hombre el ambiente que respira, las personas con quienes tiene roce, la ropa que viste y hasta el arte que disfruta y paladea. Animada al ver que no carecia su hermano de algun fundamento bueno y sólido para construir en él una persona decente, determinó que no corriera un dia más sin ponerlo en un colegio. Pasado Reyes, el señorito fué confiado á un profesor que apacentaba su rebaño de muchachos en un colegio de la calle de Valverde. Mal, muy mal le supo al de Rufete la sujecion, porque sobre todos sus instintos malos y buenos, dominaba el de la vagancia y el gusto de correr por calles y caminos, con cierto afan como de buscar aventuras. Era desaplicadísimo, y la mortificacion de su amor propio al ver que le eran muy superiores niños de ménos edad que él, aumentaba el horror que al colegio y á su maldito profesor tenia. Era casi un hombre, y en todas las clases ocupaba el último lugar. Era el burro perpétuo, burla y mofa de todos los demas chicos. Su barbárie llegó á ser prover-

bial en las clases; los alnmnos todos celebraban con risas y pataleo los dislates que decia en sus lecciones, y el maestro mismo, cargando sobre él todo el peso de su desden pedagógico, solia decir, reprendiendo á cualquiera de los alumnos: "Eso no se le ocurriria ni al mismo Rufete. Eres más tonto que Rufete."

La poca estimacion que se le tenia mató en él sus escasos deseos de aprender. Concluyó por despreciar el colegio como el colegio le despreciaba á él, de donde vino su costumbre de hacer novillos, la cual aumentó de tal modo, que, sin saberlo su hermana, dejó de asistir un mes entero al estudio. En aquellos dias de aventuras y pilladas y esparcimiento, cualquiera que hubiese tenido interés en seguir los pasos de este desgraciado muchacho, le habria visto encaramándose en la verja de la puerta principal de la Plaza de Toros para alcanzar á ver algo del ensayo de la mojiganga, ó bien jugando en los tejares adyacentes, ó en el rio entre las lavanderas. En sus compañías, que al llegar al colegio fueron de niños decentes, descendió poco á poco hasta el más bajo nivel, concluyendo por incorporarse á las turbas más compatibles con su fiereza y condicion picaresca. Granujas de la peor estofa, aspirantes á puntilleros, toda clase de rapaces desvergonzados y miserables, formaban su pandilla; y como Mariano solia tener algun dinero, eran de ver su boga y popularidad entre esta chulería menuda, que sin cesar se ofrece á nuestra vista por calles y caminos, con escándalo de la moral, con bochorno de la sociedad y del cristianismo, que no aciertan á recoger ni á sujetar estos presidios sueltos del porvenir.

CAPÍTULO XVI.

Anagnórisis.

¡Hosanna, hosanna! A principios de Febrero, Joaquin visitó una tarde á Isidora para anunciarle que la señora marquesa de Aransis habia llegado de Córdoba y deseaba verla. El regocijo que esta nueva produjo en Isidora la dejó alelada por breve rato, y en su aturdimiento no hacia más que contemplar al mensajero y recrearse en su belleza. Si no hubiera puesto ya en él todos los afectos disponibles de su gran corazon, bastaria aquel acto para que le amase sobre todas las cosas. Pero Joaquin dijo más. La señora marquesa de Aransis se habia dignado fijar el dia siguiente, 11 de Febrero, á las cuatro de la tarde, para recibir á la señorita de Rufete. Ésta se ruborizó de golpe por la idea sola de aproximarse á la marquesa. ¡Qué minuto de asombro y congoja dulce! Despues el marqués viudo habló algo de los graves sucesos políticos del dia; pero á Isidora le importaba poco que se llevara el diablo á todos los políticos, y no se enteró de nada. Cuando se quedó sola ¡qué cosas pensó y dijo! Y por la noche ¡cómo se anticipó á los sucesos! ¡Con qué vigor y fuerza de fantasía construyó en su mente la persona de la marquesa, á quien nunca habia visto, y qué bien imaginaba, falsificando la realidad, el cuadro que las dos harian, abrazadas, llorando juntas, sin poder expresar la multitud de afectos propios de un mo-

mento tan sublime! Vióse repentinamente transportada á las altas esferas que ella no conocia sino por ese brillo lejano, ese eco y ese perfume ténue que la aristocracia arroja sobre el pueblo. Vióse dueña del palacio de Aransis, mimada, festejada y querida. Dió gracias al Señor porque reparaba al fin la gran injusticia cometida por la sociedad con ella; rezó, se espiritualizó, bañó su alma, si así puede decirse, en ondas de honradez y virtud; la aromatizó con esencias sacadas de la dignidad, de la magnanimidad y nobleza. Hizo luégo mil proyectos, todos grandiosos y humanitarios, como socorrer pobres, vestir desnudos y consolar afligidos y menesterosos; y desde esta region de la beneficencia se precipitó á escape hácia los ensueños del lujo, en un carro triunfal tirado por atrevidos pensamientos, corriendo por entre nubes de supuestas delicias, hasta que fué á caer sin aliento, fatigada y moribunda, en el abismo de rosas de un sueño dulce. Al despertar creyóse por un momento en los brazos de su abuela. ¡Oh! La luz de aquel dia, de aquel juéves, 11 de Febrero, tenia para ella un tinte sonrosado y divino, lleno de poesía y de esperanza, como si todo el dia fuera aurora. Su primer juicio fué para apreciar lo que tardaba la hora de su dignificacion gloriosa; la hora de una de las más grandes justicias que habia visto la tierra. En el tiempo habia aquel dia un monstruoso pliegue: las cuatro de la tarde.

Isidora empezó á arreglarse desde muy temprano. ¿Cómo iria? No era conveniente presentarse á su abuela con apariencias de un gran bienestar. Todo prurito de llamativa elegancia en su honrada pobreza le parecia chocarrero y de mal gusto. Tampoco convenia presentarse con desaliño, anunciándose como demasiado influida por la baja condicion en que tan injustamente habia vivido. El desaseo y abandono serian de muy mal efecto. Era preciso

que su apariencia comedida, modesta, honrada y grave revelara la dignidad con que pasaba de su estado miserable á aquel otro esplendoroso. Así se mostraria merecedora del nuevo puesto, demostrando no haber deshonrado su orígen en la humildad. Toda la mañana la pasó en estos pensamientos. Tambien meditó si convendria ó no llevar consigo á Mariano, decidiéndose por la negativa, por temor á que la comprometiese con su salvajismo. Tiempo habria de presentarle y tambien de ponerle en un colegio de Francia, donde seguramente vendria á ser caballero digno de su escogido linage. Cuando se acercaba la hora, púsose su vestido de merino negro, tan decente que no se podia pedir más, muy bien cortado y hecho; pero sin perifollos ni afectados paramentos. Miróse mucho al espejo, embelesándose en su propia hermosura, de la cual muy pronto se habia de congratular la marquesa como de cosa propia, y se dió algunos toques en el peinado. Uno de sus mayores encantos era la gracia con que se compartia y derramaba su abundante cabello castaño alrededor de la frente, detrás de las orejas y sobre el cuello. Aquella diadema de sombra daba á su rostro no sé qué matices de poesía crepuscular, como si todo él estuviese formado con tintas y rasgos tomados de la melancolía y sosiego de la tarde. Sus ojos eran pardos y de un mirar cariñoso, con somnolencia de siesta ó fiebre de insomnio segun los casos; un mirar que lo expresaba todo, ya la generosidad, ya el entusiasmo, y siempre la nobleza. Rara vez se le conocia el orgullo en su mirada afable y honesta. Miquis decia que habia en aquellos ojos mil elocuencias de amor y propaganda de ilusiones. Tambien decia que eran un mar hondo y luminoso, en cuyo seno cristalino nadaban como nereidas la imaginacion soñadora, la indolencia, la ignorancia del cálculo positivo y el desconocimiento de la realidad.

Miróse mucho al espejo y se puso el velo. ¡Bien, bien! Su dignidad, su hermosura, su derecho mismo, resplandecian más en la decencia correcta y limpia de su vestido negro. Miróse luégo á los piés. ¡Bien, muy bien! Admirablemente calzada, aunque sin lujo, completaba su personalidad con la decencia de las botas, parte tan principal del humano atavío, que por ella quizás se dividen las clases sociales.

Dieron las tres. Tomó de una gabeta, donde muy guardados estaban, los papeles que su tio le habia dado, y que eran testimonio de su derecho incontestable, á saber: dos partidas de bautismo, varias cartas y otro documento interesantísimo. Pasó la vista por ellos, aunque ya se los sabia de memoria, y los guardó. No los necesitaba, sin duda, porque la cosa era tan clara... pero quiso llevarlos por prevision ó delicadeza. Al salir echó sobre su pobre aposento una mirada de lástima en que tambien habia algo de gratitud. Le parecia tan excesivamente humilde, que se admiraba de que ella se hubiera dignado por tanto tiempo honrarlo con su presencia. La princesa de Poniatowsky parecia afligirse más al verla partir, y los del cuadro del *Hambre* se volvian más flacos y macilentos. ¡Pobre cuarto... tan pobre y tan rico en recuerdos, sueños y emociones! Se lo hubiera llevado con gusto para incrustarlo en los muros venerables del palacio de Aransis.

Al salir se despidió mentalmente de las de Relimpio. Les echó una rociada de desprecio. Así se puede decir, pues tal era su idea. Ella se figuraba que tenia en la mano una de aquellas mangas de riego que habia visto en las calles, y que, apuntándola á doña Laura, arrojaba sobre ella, en forma de inundacion, todo el desden que puede caber en un corazon tan grande como el depósito del Campo de Guardias. Sólo esceptuaba de este chaparron al bueno de don

José, para quien destinaba, *in mente*, la plaza de tenedor de libros en cierta casa. D. José, como siempre, la acompañó aquella tarde.

Serian las tres y media cuando pasaron por la Puerta del Sol. Á medida que se acercaba Isidora á los barrios próximos á San Pedro, le iba entrando una turbacion tan grande, que creyó le faltarian las fuerzas para llegar allá. Miraba la hora en los relojes de las tiendas y tabernas. Unos marcaban ya las cuatro, otros las cuatro ménos diez. Nueva confusion. El tiempo estaba tambien turbado. Ella no sabia si apresurarse ó detenerse. No queria llegar ántes ni despues de la hora. Al fin vió en el extremo de una callejuela un esquinazo de revoco, un balcon, el primero de larga fila de balcones, y se detuvo mirándolo. Allí era: tuvo miedo, frio y unas ganas de llorar...

Despidióse de D. José, el cual no comprendia por qué su ahijada le mandaba retirarse.

"¿Pero qué? ¿Te quedas aquí?... No vuelves á casa...

—No me pregunte usted nada, padrinito. Pronto lo sabrá usted todo. Adios.

—A tí te pasa algo. Que pálida estás... Pero aguarda...

—Adios, adios.

Dejándole plantado en medio de la calle, dirigióse á la puerta del palacio. El gran sobresalto de su alma crecia á cada paso. ¡Oh! sin duda su abuelita la esperaba con igual ansiedad. Hasta llegó á imaginar que estaria en un balcon esperándola. Miró y no habia nadie. La casa estaba muda, cerrada, como el retiro misterioso á donde, para gozarse en sí mismo, se hubiera confinado el silencio. La gran puerta estaba entreabierta. Isidora, al tocarla, sintió como un valor repentino. El contacto de su propiedad le devolvia el dominio de sí misma. ¡Revelacion magnética de su derecho!

Con voz clara preguntó al conserje por la marquesa. El cojo, como si la esperara, la invitó á pasar adelante y subir. En lo alto de la escalera habia otro criado que, sin aguardar á que ella preguntase, abrió con mucho respeto una mampara. Esto animó mucho á Isidora. Dentro de ella se reia un sentimiento y lloraba otro. Andaba como una máquina. Su corazon no era corazon, sino un martinete que daba golpes terribles. Un tercer criado le salió al encuentro, y diciéndole "pase usted,„ la llevó de sala en sala hasta un gabinete. El criado dijo: "La señora saldrá al instante.„

Isidora se sentó. Instante único, tremendo; ángel con el pié levantado y las alas extendidas, que va á volar y no se sabe si dirigirá su vuelo al suelo ó al infinito; instante soberano; dogal que oprime la garganta; espada de un cabello suspendida; es hermano del instante en que se nace ó en que se muere, del instante en que se hunden los imperios, y de aquél, no conocido todavía, en que se acabará el mundo... ¡Ah! la puerta del gabinete se abria... Isidora vió entrar una dama de cabello casi blanco, grave, hermosa, imágen de la dignidad y de la nobleza, como reina y madre de reyes. Tan turbada estaba Isidora, que no acertó á contestar al saludo afectuoso de la señora. No sabia lo que le pasaba. Se levantó, se volvió á sentar. No podria asegurar si dijo ó no dijo algo. Se sentia morir. ¡El semblante de la marquesa no expresaba nada... la marquesa no la habia abrazado... la marquesa no habia parado mientes en su fisonomía!... Las dos se miraron.

Entónces Isidora vió que la marquesa sacó unos lentes de oro, y aplicándoselos á sus ojos, la miraba, la observaba detenidamente, callada, fria, como si examinara un objeto raro, pero no tan raro como para despertar admiracion. Isidora creyó que la señora habia estado mirándola siglo y medio, año más año ménos.

Al fin, de aquella hermosa esfinge con lentes salió una palabra.

"El Sr. de Pez me ha dicho que usted deseaba hablarme. El Sr. de Pez me escribió á Córdoba diciéndome que usted... parece que asegura...

¡Cosa rara! Tambien estaba turbada la marquesa. Pero lo que más pasmaba y confundia á Isidora era no ver en la digna señora señales de enternecimiento.

"Es usted, segun creo,—dijo ésta,—una jóven que se llama Isidora, hija de un tal Rufete...

—No, señora,—manifestó Isidora recobrando en un punto su valor, y usando un lenguaje en que se combinaba hábilmente la energía con la urbanidad.—He llevado y llevo ese nombre, que no es el mio. D. Tomás Rufete ha pasado, hasta que murió, por padre mio, y por tal le tuve y le quise; pero yo me llamo Isidora de Aransis.

La marquesa la interrumpió con un gesto de enojo. Volvió á mirarla fijamente y palideció.

"Me han asegurado,—dijo,—que usted pretende pasar por hija de mi desgraciada Virginia. ¿Es cierto que usted lo cree así?

—¡Oh! ¡qué si lo creo!—exclamó Isidora echándose á llorar.—Si no lo creyera, no viviria...

—Parece,—indicó la marquesa,—que esa creencia en usted es sincera; parece que es una conviccion arraigada y profunda... No puede usted figurarse,—añadió con cierto cariño,—lo que me ha dado qué pensar esta idea de usted. Cuando me escribieron dándome cuenta de una jóven que se llamaba nieta mia, estuve muchos dias preocupada con esto... He tenido mucha curiosidad de ver á usted... y ahora que la veo, no puedo negarle que me interesa un poco. Si la apariencia, si el semblante son indicios de la condicion moral de las personas, desde luégo

aseguro que al declararse usted nieta mia, no la ha movido ningun interés maligno. Usted es sincera y honrada, usted tiene la conviccion...

—Señora,—exclamó Isidora cayendo de rodillas á los piés de la aristócrata.—La voz de la sangre me ha llamado hace tiempo; la voz de la sangre me pone ahora á los piés de la madre de mi madre.

Le besó las manos con religioso respeto. Y el alma se le iba tras los besos, con la más santa y sincera afeccion que es dado imaginar. Pero aquellas manifestaciones tan extraordinariamente expresivas, léjos de enternecer á la marquesa, provocaron en ella una á manera de alarma, y dijo con sequedad:

"Pero, ¿qué es ésto?... Levántese usted, hija... No puedo consentir... Usted no me ha entendido bien...

Isidora se levantó. Creia que la marquesa queria llevar las cosas por el terreno de las explicaciones frias ántes de entregarse á las expansiones del sentimiento.

"Usted no me ha entendido bien,—repitió la de Aransis, viendo cómo Isidora se enjugaba las lágrimas luégo que se sentó.—He dicho tan sólo que usted, por la manera de expresarse, por cierto sello de honradez y bondad que hallo en su fisonomía... (es usted muy hermosa...) me ha parecido desde un principio digna de interés y consideracion. Usted sin duda no ha venido aquí á representar una comedia; usted se declara hija de mi desgraciada hija porque así lo cree, fundada en motivos y circunstancias que ignoro; pero de eso, á admitir que usted tenga razon, hija mia, hay inmensa distancia, y así, señorita, no puedo ménos de manifestar á usted con la seriedad que exige el caso, que está usted completamente equivocada.

Si á Isidora le hubieran dejado caer de un golpe sobre el corazon toda la catarata del Niágara, no habria experi-

mentado sensacion más dolorosa de choque duro y frio. Se quedó convertida en estátua, y sus lágrimas se secaron, evaporadas por el vivo calor interno que le salió á los ojos. *¡Completamente equivocada!* Decirle esto á ella era lo mismo que decirle: "Tú no existes, tú eres una sombra, ménos aún, un ente convencional." ¡Tan profundas raíces tenia en su alma aquella creencia!

"Yo no sé,—prosiguió la marquesa con frialdad,—cómo ha llegado usted á adquirir ese absurdo convencimiento; no sé, ni quiero saberlo, por qué série de circunstancias, de *quid pro quo* y de falsas apariencias, ha llegado usted á creerse nacida de mi desgraciada hija. Ignoro si en su error ha obrado, como causa, una mala inteligencia ó la astucia de séres malignos que esperan sacar ventaja de esas cosas; lo que sí puedo asegurar á usted, y lo aseguro porque lo sé, es que ha sido usted atrozmente engañada, hija mia, y espero que no insistirá usted despues de lo que acabo de manifestar.

Pedir á Isidora que no insistiera, era como pedir al sol que no alumbrase. Era toda conviccion, y la fé de su alto orígen resplandecia en ella como la fé del cristiano, dando luz á su inteligencia, firmeza á su voluntad y base sólida á su conciencia. El que apagara aquella antorcha de su alma, habria extinguido en ella todo lo que tenia de divino, y lo divino en ella era el orgullo. Al oir á la marquesa creia oir los términos más terribles de la injusticia humana. La pena que con esto sintiera la colmó de confusion y espanto en los primeros momentos; pero despues, su orgullo contrariado se hizo brutal soberbia. Su ira surgió, como una espada que se desenvaina, y le dió concisa elocuencia para decir:

"Por Dios que nos oye, juro que soy quien soy, y que mi hermano y yo nacimos de doña Virginia de Aransis. Se

nos podrá arrebatar lo que es nuestro; se nos podrá negar nuestro patrimonio y hasta nuestro nombre; pero Dios, que conoce nuestro derecho, nos defenderá.

—En vista de esa terquedad,—dijo la marquesa esforzándose en no llevar la cuestion á un terreno dramático y en huir de las declamaciones,—me arrepiento de haber hecho á usted la justicia de creerla sincera y sin malicia. Una vez para siempre digo á usted que de los dos niños de mi infeliz hija, la hembra murió; el varoncito vive y está á mi lado. Si insiste usted en traer á mi casa esas farsas estudiadas ó capítulos de novelas, me veré obligada á tenerla á usted ó por impostora ó por loca...

—Tengo documentos,—exclamó Isidora mostrando sus papeles.

—No quiero verlos. Supongo qué pruebas son esas. Yo las tengo clarísimas para probar lo que he dicho.

—Y yo... ¡yo tambien probaré!—balbució Isidora con el corazon, hecho pedazos, en los labios.—¡Ah! ¡Qué desgraciada soy, señora! Yo me muero.

Rompió á llorar con tanta amargura, que la marquesa, la bondad misma, tuvo lástima de ella.

"He empleado con usted palabras duras,—le dijo.—Pero usted ha tenido la culpa, hija mia. Usted ha sido engañada. No será quizás impostora. Hablará usted de buena fé; pero han abusado miserablemente de su credulidad y de su inocencia... Usted parece buena... Confiéseme sus penas, porque penas hay, lo sospecho. ¿Quién ha metido á usted en la cabeza esas historias? Cuénteme usted todo. Despues, si usted necesita algo, si usted se ve en alguna necesidad...

—Hasta aquí he vivido arrojada de mi casa, de mi posicion, privada de mi verdadero nombre. Si no se me restituye lo que desde que nací me pertenece, nada quiero. Pido justicia, no limosna.

La marquesa no creyó deber prolongar un coloquio de aquella especie. Las últimas palabras de Isidora tocaban en la insolencia. Levantóse, y mirando á la pobre jóven con más lástima que cólera, le dijo:

"Si tan convencida está usted, acuda usted á los tribunales.

—Acudiré,—exclamó Isidora con firme conviccion.

—Entre tanto, es inútil que disputemos aquí. Puede usted retirarse.

La marquesa iba á tirar del cordon de la campanilla. Con un movimiento inesperado, Isidora la detuvo, y postrándose ante ella, exclamó con viva explosion de sentimientos nobles:

"Señora, usted me echa de su casa, cuando yo esperaba que me recibiria usted con los brazos abiertos... Usted me aborrece porque no cree en mi derecho, y yo la adoro porque creo en él. No hay ódio en mi corazon ni puede haberlo para la madre de mi madre... Déjeme usted besar sus manos...

La marquesa parecia muy disgustada de aquella escena. Volvia el rostro, y apartaba de sí á Isidora. Ésta se puso en pié. Tuvo otra inspiracion más grande que la anterior. Con gentil arrogancia separó su velo para mostrar más completos el rostro y busto. Su cara se sublimaba por la fé. ¿Qué destello divino era aquel que de sus ojos emanaba? No puede darse idea del timbre de su voz al decir:

"¿Para qué leyes? Soy mi propio testigo, y mi cara proclama un derecho. Soy el retrato vivo de mi madre.

La marquesa la miró otra vez y se puso pálida. ¿Cruzó por la mente de la noble señora un rayo de duda?... ¿Vaciló en su firme creencia? Quién puede saberlo. A sus ojos asomaron lágrimas.

"No interprete usted mis lágrimas como una concesion,—dijo á Isidora.—Lloro por el recuerdo de mi querida hija. En cuanto al parecido...

La volvió á observar tan fijamente, que Isidora, al sentirse acariciada por aquel mirar profundo, se extremecia de esperanza. La hermosura de la jóven, su distincion innegable, su modo de vestir, sencillo y honesto, hicieron en la noble dama profundísima impresion.

"En cuanto al parecido, —continuó ésta,—nada tengo que decir, porque si alguno hay, es puramente casual... Me hará usted un favor en retirarse.

Tiró de la campanilla, y se alejó serenamente sin prisa y sin cólera, como nos alejamos despues de aplastar un insecto.

Isidora se encontró sola en el gabinete. Un lacayo apareció en la puerta. Era señal de que la ponian bonitamente en la de la calle. Levantóse y salió. Tenia la afectada arrogancia y la serenidad terrible de que se revisten algunos de los que van al cadalso. Las salas del palacio se iban quedando atrás, como se desvanece el mundo cuando nos morimos.

Cuando bajaba la escalera, un lacayo subia. Tomóla éste por una de las infinitas personas, de aspecto decente, que venian á pedir limosna á la marquesa, y le dijo: "Qué bonita es usted, prenda."

Puede juzgarse cómo estaria su espíritu, cuando este ultraje apénas le hizo impresion. En el portal estaban Alonso y un hombre muy gordo, el cual al pasar la miró con atencion picaresca. Ambos la hicieron un frio saludo. Salió sin darse cuenta de nada y dió algunos pasos por la calle. Como si tropezara con un poste, hallóse de improviso frente á D. José de Relimpio. Isidora despertó al choque y dijo:

"¿Pero está usted aquí?

—Si, hija mia, -replicó el galan viejo muy conmovido.—El corazon me decia que habias de salir pronto, y esperé... No me podia acostumbrar á la idea de no volverte á ver... ¿Qué quieres tú?... yo tomo cariño á las personas con mucha facilidad... Aquí se me ha pasado el tiempo mirando como un bobo á los balcones y diciendo: "Ella ha de salir, ella ha de salir."

CAPÍTULO XVII.

Igualdad. — Suicidio de Isidora.

Isidora no ponia atencion á las cariñosas palabras de D. José. Sintió en su cerebro una impresion extraña, como el rastro aéreo de inmensa caida desde la altura á los más hondos términos que el pensamiento puede concebir. ¡Y qué manera tan rara de ver el mundo y las cosas todas que estan debajo del cielo, y áun, si se quiere, el cielo mismo! Cambio general. El mundo era de otro modo, la Naturaleza misma, el aire y la luz eran de otro modo. La gente y las casas tambien se habian transformado; y para que la mudanza fuera completa, ella misma, Isidora, era punto ménos que otra persona.

"¿Pero á dónde vamos, hija?—preguntó Relimpio viendo que andaban y desandaban calles, subian costanillas, y divagaban pasando muchas veces por un mismo sitio.

Isidora no le contestaba y seguia adelante, llevándole como rodrigon. Ella miraba al suelo, él al cielo. Sin saber cómo, halláronse en las Vistillas. Empezaba á caer la tarde. D. José llamó la atencion de su ahijada hácia la magnificencia del crepúsculo que desde aquel despejado sitio se gozaba; alzó los ojos ella y miró, arrojando sobre la inmensa capacidad que á su vista tenia un suspiro tan grande que parecia destinado á llenarla de tristeza. Como Isidora siempre trataba de encontrar armonías entre su esta-

do moral y la Naturaleza, aquella hermosísima retirada y apagamiento del dia no eran extraños al occidente que habia en su alma. Los destellos de oro fundido iban palideciendo poco á poco, ó se hundian dejando tras sí un rastro pálido y verdoso. A la derecha, la sierra azul, de masa uniforme y sin contornos, se alejaba, desvaneciéndose en el fondo del firmamento, donde al fin quedaria como el espectro de un mundo. Marcábanse las curvas del rio por girones de niebla desvaida, vellones sueltos, que se iban reuniendo hasta formar un velo salpicado de motas blancas, ó sea la ropa de los lavaderos.

"¡Qué feísimo es esto!—murmuró Isidora con ira que indicaba cierta hostilidad contra la Naturaleza.

Entónces el patriarcal D. José se puso á admirar la belleza del cielo, que estaba limpio, azul, profundo, expresando como nunca la proyeccion abovedada del pensamiento humano. La luna nueva, como una hoz de plata, caia del lado de Poniente, precedida de Vénus. Apénas, en lo restante del firmamento principiaba á verse una que otra estrella, como el vago apuntar de la idea en el cerebro. D. José desparramó su vista por toda la redondez de arriba, y apuntando con suficiencia de astrónomo á un astro que brillaba más á cada instante, dijo lacónicamente:

"¡Júpiter!

Isidora tambien miró, pero con escarnio y desden.

"¡Qué horrible está la luna!—murmuró.

Y la comparó al corte de una uña. Volviéndose á su embelesado padrino, que se atrevia á hablar de distancias y magnitudes sidéreas, le dijo con mucha displicencia:

"¿Y qué tengo yo que ver con Júpiter?... ¿Qué me va á dar á mí Júpiter?

Bajaron á la calle de Segovia, ella delante, detrás él.

"A tí te pasa algo... ¿Qué tienes?—le dijo el maestro de Teneduría.

—¡Qué le importa á usted! Si no quiere usted acompañarme, puede dejarme sola.

—¡Pues no faltaba más!... Hasta el fin del mundo...

Una sombra lúgubre que sobre la calle se proyectaba les hizo alzar la vista, y vieron la mole del viaducto en construccion, un bosque de andamios sosteniendo enorme enrejado de hierro.

"Cuando este puente se acabe,—dijo Relimpio en tono de mucha autoridad,—no servirá sino para que se arrojen de él los desesperados.

Isidora miró con desprecio al puente y repuso:

"¡Quiá! Eso es muy bajo.

Subieron por la calle adelante. De una taberna, donde vociferaban media docena de hombres entre humo y vapores alcohólicos, salió una exclamacion que así decia: "Ya todos somos iguales,„ cuya frase hirió de tal modo el oido y por el oido el alma de Isidora, que dió algunos pasos atrás para mirar al interior del despacho de vinos.

"Se confirma lo que esta mañana se decia,—murmuró D. José demostrando una gran pesadumbre.—El Rey se va, renuncia á la corona, y á mí no hay quien me quite de la cabeza que es la persona más decente...

—Todos somos iguales,—afirmó Isidora repitiendo la frase.

Y la frase parecia volar multiplicada, como una bandada de frases, porque á cada paso oian: "Todos somos iguales... El Rey se va.„ Salian estas palabras de los grupos de hombres, y áun de los que formaban mujeres y chicos en las puertas de algunas casas.

Miéntras D. José dejaba oir con tímida voz las consideraciones más prudentes y juiciosas sobre el suceso del

dia, Isidora pensaba que aquello de ser todos iguales y marcharse un Rey á su casa, indicaba un acontecimiento excepcional de esos que hacen época en la vida de los pueblos, y se alegró en lo íntimo de su alma, considerando que habria cataclismo, hundimiento de cosas venerables, terremoto social, y desplome de antiguos colosos. Esta idea, no obstante, con ser tan conforme al hundimiento moral de Isidora, no la consolaba. A la momentánea alegría siguió pena agudísima. Por un instante se sintió invadida de un dolor tan grande, que llegó á pensar en que no debia vivir más tiempo. Pero esta desesperacion tambien duró poco. Todos los medios de apartarse voluntariamente de la vida le parecian dolorosos, antipáticos y áun cursis. Heridos su orgullo y su dignidad; muertas sus ilusiones, algo la ataba aún á la vida, aunque no fuera más que la curiosidad de goces y satisfacciones que no habia probado todavía... No, morir, no. Tiempo habia para eso.

Á medida que se acercaba á la zona interior de Madrid y recibia su calor central, se iba robusteciendo en ella la idea del vivir, del probar, y del ver y del gustar. Habia sofocado una vida para fomentar otra. Cuando ésta moria, justo es que resucitara aquélla.

De la calle Mayor pasaron á la plaza de Oriente, porque Isidora estaba cansadísima y queria sentarse. No sólo tenia necesidad de reposo sino de meditacion, pues tanto como su desengaño, la mortificaba aquella noche la idea de tener que volver á casa de doña Laura No; decididamente no volveria allá aunque tuviera que quedarse á dormir en aquel banco duro y frio. En tanto D. José miraba al real Palacio tratando de adivinar lo que en su interior ocurria; mas nada revelaba el coloso en su muda faz de piedra. En ningun balcon se veia luz. Todo estaba cerrado y som-

brío como el disimulo que precede á las grandes resoluciones.

"¡Pobre señor!—exclamó Relimpio ofreciendo á la dinastía extranjera el homenaje de un suspiro.—Le tienen mareado... aburrido. Yo me pongo en su caso...„

Despues de sondear su alma y de pensar atropelladamente diversas cosas, Isidora dijo esto á su buen padrino:

"Debe usted marcharse... Yo no voy todavía á casa.

—¡Marcharme! ¡dejarte sola!... Tu estás loca,—replicó él no sabiendo renunciar al goce indecible de estar al lado de su ahijada.

—Es que no puedo ir á casa todavía... Márchese usted; que si no, le reñirá doña Laura.

—Déjala... Yo te acompañaré á donde quieras. No faltaría más... ¡ir tu sola por esas calles de noche! En Madrid hay mucho atrevido. Te lo digo con franqueza, porque yo no soy ningun anacoreta. A los pícaros españoles nos gustan tanto las hembras bonitas... No, hija, no. No puedes andar sola de noche. Estás cada dia más guapa, y por donde quiera que vas, llamas mucho la atencion.

—"¡Llamo mucho la atencion!„—pensó ella, y se levantó decidida.

—¿A dónde vamos, hija?

—No lo sé todavía.

Al penetrar en las calles bulliciosas, cuya vida y animacion convidan á los placeres y á intentar gratas aventuras, sintió la jóven que se amenguaba su profundísimo pesar, como el dolor agudo que cede á la energía narcótica del calmante. Se sintió halagada por el contacto de la sociedad; percibió en su cerebro como un saludo de bien venida y voces simpáticas llamándola á otro mundo y esfera para ella desconocida. Y como la humana soberbia afecta desdeñar lo que no puede obtener, en su interior hizo un

gesto de desprecio á todo el pasado de ilusiones despedazadas y muertas. Ella tambien despreciaba una corona. Tambien ella era una reina que se iba.

Adelante. La Puerta del Sol, latiendo como un corazon siempre alborozado, le comunicó su vivir rápido y anheloso. Allí se cruzan las ansiedades; la sangre social entra y sale, llevando las sensaciones ó sacando el impulso. Madrid, á las ocho y media de la noche, es un encanto, abierto bazar, exposicion de alegrías y de amenidades sin cuento. Los teatros llaman con sus rótulos de gas, las tiendas atraen con el charlatanismo de sus escaparates, los cafés fascinan con su murmullo y su tibia atmósfera en que nadan la dulce pereza y la chismografía. El vagar de esta hora tiene todos los atractivos del paseo y las seducciones del viaje de aventuras. La gente se recrea en la gente.

Isidora observó que renacia en ella, dominando su sér por entero, aquel su afan de ver tiendas, aquel apetito de comprar todo, de probar todos los manjares, de conocer las infinitas variedades del sabor fisiológico y dar satisfaccion á cuantos anhelos conmovieran el cuerpo vigoroso y el alma soñadora. Se miraba en los cristales, y se detenia larguísimos ratos delante de las tiendas, como si escogiera. No paraba mientes en el susurro de los grupos que decia: "El Rey se aburre, el Rey se va."

A la entrada de la calle de la Montera la animacion era, como siempre, excesiva. Es la desembocadura de un rio de gente que se atraganta contenido por una marea humana que sube. A Isidora le gustaba aquella noche, sin saber por qué, el choque de las multitudes y aquel frotamiento de codos. Sus nervios saltaban, heridos por las mil impresiones repetidas del codazo, del roce, del empujon, de las cosas vistas y deseadas. El piso húmedo, untado de una especie de jabon negro, era resbaladizo; pero ella se

sostenia bien, y en caso de apuro se colgaba al protector brazo de su padrino. El ruido era infernal. Subian los carros de la carne con las movibles cortinas de cuero chorreando sangre, y su enorme pesadez extremecia el suelo. Los carreteros apaleaban á las mulas. Bajaban coches de lujo, cuyos cocheros gritaban para evitar el desórden y los atropellos. Deteníanse los vehículos atarugados, y la gente, refugiándose en las aceras, se estrujaba como en los dias de pánico. La tienda del viejo Schropp detenia á los transeuntes. Como se acercaba el Carnaval, todo era cosa de máscaras, disfraces, caretas. Éstas llenaban los bordes de las ventanas y puertas, y la pared de la casa mostraba una fachada de muecas. En frente, el escaparate de Marabini lleno de magníficos brillantes, manifestaba al público tentadoras riquezas.

"Dejemos esto, chica,—dijo D. José á su ahijada que miraba embebecida las joyas.—Esto no es para nosotros.

De repente la de Rufete anduvo hácia á la puerta del Sol.

"¿Otra vez?

—Quiero ir hácia el Congreso,— declaró ella.

—Ya... ¿para ver si se arma?... No nos metamos en apreturas, hija, no sea que por artes del demonio...

Habia muchos grupos; pero todos pacíficos. No eran hordas de descamisados, sino bandadas de curiosos. Se oia decir muchas veces: "La república, la república;„ pero sin gritos ni amenazas. Se hablaba con frialdad de aquella cosa grande y temida. No habia entusiasmo, ni embriaguez revolucionaria, ni amenazas. La república entraba para cubrir la vacante del Trono, como por disposicion testamentaria. No la acompañaron las brutalidades; pero tampoco las victorias. Parecia que habia venido de la botica tras la receta del médico. Se la aceptaba como un brevaje de ignorado sabor, del cual no se espera ni salud ni muerte.

¡Cuánta gente en la Carrera! Es abierta lonja de noticias. El Congreso donde se forja el rayo; el Casino donde imperan los desocupados, y el café de la Iberia, que es el Parnasillo de las políticos, hacen que esta calle tenga en dias ó noches de crísis un aspecto singular. Isidora y su padrino siguieron la corriente. ¡Cuántos hombres y tambien cuántas mujeres! El contacto de la muchedumbre, aquel fluido magnético, conductor de misteriosos apetitos, que se comunicaba de cuerpo á cuerpo por el roce de hombros y brazos, entró en ella y la sacudió.

"Déjeme usted sola,—dijo á su padrino.—Yo tengo que hacer. Le va á reñir á usted doña Laura.

—Deja á doña Laura que se la lleve el demonio,—exclamó Relimpio, á quien la idea de no acompañar á su sobrina ponia furioso...—Hay por aquí tanto hombre imprudente. Ya ves que no cesan de echarte requiebros y decirte flores. Esto es indecoroso, y no seria extraño que yo tuviera un lance.

¡Ay Isidora! ¿Qué significó ese susurro de carcajadas que sentiste dentro de tí?...—Es que empezaba á comprender la posibilidad de consolarse sin renunciar á sus ideales. ¡Oh, no! Ántes morir que abandonar sus sagrados derechos. "¡Las leyes!—pensó.—¿Para qué son las leyes?„ Esta idea le infundió algun contento. Sí; ella confundiria el nécio orgullo de su abuela; ella subiria por sus propias fuerzas, con la espada de la ley en la mano, á aquellas alturas que le pertenecian. Si su abuela no queria admitirla de grado, ella ¿qué tal?... ella echaria á su abuela del trono. Venian dias á propósito para esto. ¿No éramos ya todos iguales? El pueblo habia recogido la corona arrojada en un rincon del Palacio y se la habia puesto sobre sus sienes duras. ¡Bien, bien, bien! Y se aplaudió á sí misma, se palmoteó con esas manos inmateriales, que para apo-

yar sus discursos tiene el corazon. ¡Pleito! Esta palabra, anunciadora de una gran idea, se le quedó fija en la mente desde entónces, como grabada en fuego. Vió una turba infinita de escribanos y jueces, y pirámides de papel en cuya cúspide brillaba deslumbrante y cegadora la inextinguible luz de su verdadero estado civil.

En la calle de Floridablanca el gentío era más espeso; pero los curiosos no hacian nada, ni siquiera gritaban. Eran turbas comedidas que no daban vivas ni mueras. Se hablaba de la llovida república, como se habria hablado de un chubasco que acabara de caer. Nada de lo que dentro de las Córtes pasaba se traslucia fuera.

Aunque Isidora no iba sola, era demasiado guapa y don José demasiado humilde para que la jóven dejase de oir una y otra vez algunas fórmulas equívocas del requiebro de las calles, nacido de la mala educacion y de la falta de respeto á las mujeres.

"Vamonos á casa,—dijo Relimpio algo amostazado. Yo no me puedo contener. Soy una pólvora. Tú no conoces mi genio. Pues bien, me estás comprometiendo.

—Váyase usted, que yo me quedo,—replicó ella impávida.

—Pero ¿estás loca?...

—No estoy loca. Es que...

—Pero ¿tú buscas á alguien? ¿Esperas á alguien?

Isidora no apartaba sus ojos de aquella puerta pequeña por donde entra y sale toda la política de España.

"Vaya, que tienes unas cosas... Ya van á dar las diez.

Isidora no le hizo caso. De repente avanzó hácia la calle del Sordo, mirando no sin disimulo á tres indivíduos que acababan de salir del Congreso. Uno de ellos se distinguia por su gaban claro.

"¿Al fin nos vamos?—preguntó D. José con alegría.

—No se enfade usted conmigo. padrinito.—dijo Isidora mirándole.—Le quiero á usted mucho.

Avanzaban por la calle del Turco. Relimpio no se habia fijado en los tres señores que delante iban á distancia como de unos treinta pasos. Al llegar á cierto sitio, D. José, que gozaba mucho con los recuerdos históricos, se paró y dijo con voz lúgubre:

"Aquí mataron á D. Juan Prim. Todavía están en la pared las señales de las balas.

Isidora no miró las señales de las balas. Miraba á los tres caballeros que se habian detenido algo más arriba, junto al jardin de Casa-Riera. Parecia que se despedian. En efecto, dos siguieron hácia la Presidencia, y el del gaban claro bajó por la calle de Alcalá.

¡Instante tremendo, que no olvidaria jamás D. José de Relimpio aunque viviera mil años! Cuando el señor del gaban claro pasó por la trágica esquina, Isidora echó á correr, llegóse á él, se le colgó del brazo. Hubo exclamaciones de sorpresa y alegría... Despues siguieron juntos, y se perdieron en la niebla.

¡Ah!...—Murmuró D. José con vivo dolor...—Es el marqués viudo de Saldeoro... ¡Ingrata!... ¡Y qué hermosa!

El pobre señor se apoyó en la esquina porque su desconsuelo era grande. Pensó que no la veria más. Vuelta la cara á la pared, ¿qué hizo durante el rato que permaneció allí?... ¿Lloró? Quién lo sabe. Tal vez estampó una lágrima en aquella pared donde á balazos estaba escrita la página más deshonrosa de la historia contemporánea.

CAPÍTULO XVIII.

Ultimos consejos de mi tio el Canónigo.

¡Qué lástima tan grande no ser poeta épico para expresar, con la elocuencia propia del caso, el enojo de doña Laura, el cual, si no rayaba tan alto como la ira de los dioses, estaba á dos dedos de ella! Todo porque la señorita Isidora no se conducia decorosamente. D. José estaba profundamente afligido por no poder salir á la defensa de su querida ahijada. Y si alguna tímida palabra salia de su boca, doña Laura se le queria comer vivo. El cargo principal que contra Isidora se formulaba era que se habia quedado fuera de casa en la noche del 11. "Nada, nada,—dijo la iracunda señora á su marido, del modo más imperioso.—Esa... *Sardanápala* no tiene que poner más los piés en mi casa. Si la ves díle que mande por sus cuatro pingos y por los papelotes de su padre.

Y en efecto, al anochecer del 12, Isidora mandó por su equipaje. ¡Temblad, humanos!... ¡ponia casa! El furor de doña Laura crecia, y en ella chocaban las palabras con las ideas y las ideas con las palabras, como las olas de un mar embravecido. Relimpio no podia disimular una afliccion honda que tenia su asiento en la region cardíaca. Parecia atacado de un aplanamiento general. Melchor dijo mil groserías de la ahijada de su padre, y las dos chicas, contenidas por el pudor, no dijeron nada.

Y tú, oh lector, ¿qué dices? Yo te ruego que no sigas á esta familia por el peligroso sendero de los juicios temerarios. Sabe que el poner casa la de Rufete no puede atribuirse aún á sospechosos motivos; sabe, pues hay obligacion de que se te diga todo, que el mismo dia 12 por la mañana recibió nuestra hermosa protagonista dos cartas del Tomelloso. En la una su tio el Canónigo se despedia de ella para el otro mundo y le daba mil consejos de mucha sustancia, amén de un legadillo para que ambos huérfanos prosiguieran la empresa de reclamar su filiacion y herencia, si ya no estaban en posesion de ambas cosas. La otra carta anunciaba la muerte del santo varon.

El cual, hora es ya de decirlo, no era tal Canónigo ni cosa que lo valiera, sino un seglar soltero, viejo y extravagante, á quien desde luengos años se habia aplicado aquel apodo por su amor á la vida descansada, regalona y sibarítica. En sus buenos tiempos, D. Santiago Quijano-Quijada, primo carnal de Tomás Rufete, habia sido mayordomo de una casa grande y despues administrador de otras varias. Cuando tuvo para vivir sin ayuda de nadie, se retiró á su pueblo, donde vivió célibe, entre primas y sobrinos, más de treinta años, dedicado á la caza, á la gastronomía y á la lectura de novelas. Tenia ciertos hábitos de grandeza, y en su modo de hablar y de escribir distinguíase tanto de sus convecinos, que ántes que lugareño parecia de lo más refinado y discreto de la córte. Era muy avaro y sumamente excéntrico. Omitiendo las mil aseveraciones contradictorias que corrian por toda la Mancha acerca de su caballerosidad ó de su avaricia, de su ingenio ó de sus no comprendidas chifladuras, dejaremos que se nos muestre él mismo en la carta que escribió á Isidora y que copiamos á la letra.

"El Tomelloso á 9 de Febrero de 1873.

"Mi querida sobrina (ó cosa tal): Cuando recibas estos renglones, ya este pecador, á quien llamaste tio y que más que tio ha sabido ser padre tuyo, estará en la Eternidad dando cuenta á Dios de sus muchas culpas. Aquella dolencia que ni el médico de este pueblo ni el de Argamasilla entendieron, me coje ya toda el arca del pecho, quitándome la respiracion de tal modo, que á cada momento pienso que se me va fuera el alma. Y aprovecho el poquito tiempo que esta señora ha de estar dentro de mi cuerpo, para escribirte y darte la despedida, sintiendo mucho no poderlo hacer por mi mano. Tengo que estar tendido boca arriba sin movimiento, y el Sr. Rodriguez Araña, secretario de este Ayuntamiento, me hace el favor de escribir lo que dicto, puesto el pensamiento en tí y en tu hermano, á quienes supongo ya en pacífica posesion del marquesado.

"Por tu última carta veo que esperabas aviso de la señora marquesa de Aransis. Esa buena señora os habrá reconocido como nietos, porque no puede ser de otra manera. Ojalá fuera tan seguro que he de alcanzar la gloria eterna, como lo es que tú y Mariano nacísteis de aquella hermosa y sin ventura Virginia, de quien sacaste tú la figura y rostro en tal manera y semejanza, que verte á tí és lo mismo que verla á ella resucitada. Pero si por artes de algun enemigo ó boberías de la marquesa (que á ésta gente endiosada hay que tenerle miedo), se te hubiese cerrado la puerta de Aransis, te aconsejo, te mando y ordeno que acudas con tu cuita á los tribunales de justicia, pues tan claro y patente está tu derecho en los papeles que tienes y en otros que yo conservaba para el caso y que te remito, que en dos repelones has de ganar el pleito y tomar

por la ley lo que de otro modo no quisieran darte. Yo tengo gran fé en la fuerza de la sangre; y me parece que estoy viendo á la señora marquesa echándote los brazos al cuello y comiéndote á besos. Si las cosas han pasado de otra manera, trata de que la señora te reconozca por el parecido. Conviene que te registres bien el cuerpo todo, á ver si tienes en él algun lunar ó seña por donde la marquesa venga en conocimiento de que eres hija de su hija; que yo he leido casos semejantes, en los cuales un lunarcillo, un ligero vellon ó cosa así, han bastado para que encarnizados enemigos se reconocieran como padre é hijo y como tales se abrazaran. De ésto están llenas las historias.

"Para que lo goceis, si es que ya estais en vuestro trono, ó para que siga el pleito, si no lo estais, os dejo un legado que no es cosa mayor. Os doy por curador á mi amigo el Sr. D. Manuel Pez, nuestro diputado, persona á quien conoces y seguramente tendrás por la misma caballerosidad.

"Cuando poseas lo de Aransis, que es buen bocado, no dejes que se te vaya la mano en el gastar, pues las liberalidades consigo mismo ó con los demas son el peligro de los ricos y la sangría de las bolsas. Cásate con persona de tu condicion, pues si lo haces con quien por debajo de tí esté, te expones á que el peso de tu cónyuge te tire hácia abajo y no te deje flotar bien. En caso de no hallar exacta pareja, más vale que te unas con quien te sea superior, que tambien hay príncipes y duques por esas tierras.

"No tengas vanidad; pero tampoco des tu brazo á torcer. Haz limosna; que los pobres y necesitados tienen á los ricos por providencia intermedia entre la Providencia grande y su miseria. Sois como delegados del Sumo Repartidor de bienes, para que de lo vuestro deis una parte á los que nada tienen.

"Que no se conozca nunca que has sido pobre, pues si

descubres por entre tus sedas el paño burdo de tus primeros años, habrá tontos que se rian de tí. Instrúyete bien en las cosas que no has podido aprender en la pobreza. Tú eres lista y harás grandes progresos. No olvides de darte algunas tareas de piano; que esto de teclear es, á mi modo de ver, cosa fácil y que se aprende con un poco de paciencia.

"Para no descubrirte, muéstrate al principio circunspecta y callada, que con esto pasarás por modesta, y la modestia es virtud que en todas partes se aprecia; y en este período primero de circunspeccion, dedícate á observar lo que hacen los demas para aprenderlo y hacerlo tú misma luégo que te vayas soltando. Observa cómo saludan, cómo manejan el abanico, cómo dan el brazo, cómo se sientan á la mesa, cómo entran en el palco, cómo se quitan y ponen el abrigo. Hasta de la manera de dar limosna á un pobre tienes que hacer particular estudio. Date un buen curso de todas estas cosas para salir consumada maestra.

"Dicen que la sociedad camina á pasos de gigante á igualarse toda, á la desaparicion de las clases; dicen que esos tabiques que separan á la humanidad en compartimientos, caen á golpes de martillo. Yo no lo creo. Siempre habrá clases. Por más que aseguren que esta igualdad se ha iniciado ya en el lenguaje y el vestido, es decir, que todas las personas van hablando y vistiendo ya de la misma manera, á mí no me entra eso. ¿La educacion general traerá al fin la uniformidad de modales? Patarata. ¿Los salones de la aristocracia se abren á todo el mundo y dan entrada hasta á los periodistas y folicularios? Á otro perro con ese hueso. Dicen que las señoras de la grandeza cantan flamenco, y que los veterinarios echan discursos de filosofía. Esa no cuela. Yo no lo creeré aunque lo vea.

Si en algun momento de inundacion social ha podido pasar eso, las cosas volverán á su cauce.

"Haz lo posible por distinguirte de los demas sin humillar á nadie, se entiende. Usa siempre las mejores formas, y hasta cuando quieras ofender hazlo con palabras graciosas y suaves. Si tienes que dar una bofetada, dala con mano de algodon perfumado, que así duele más.

"Una buena mesa es cosa que enaltece al rico y pone, por decirlo así, el sello á su grandeza. En nada se conoce el buen gusto, nobleza y dignidad de un alto señor, como en sus guisos y manera de presentarlos y servirlos. Digna córte de los finos manjares es un buen círculo de convidados que sazonen la comida con las especias finísimas del ingenio discreto, especias, hija mia, que más bien son flores de aroma delicado. Mira bien á quién convidas. No sientes parásitos á tu mesa, que éstos, despues de vivir á tu costa, te criticarán. Elige diariamente un pequeño número de comensales, graves sin afectacion, ingeniosos sin descaro, festivos sin chocarrería, y que coman sin gula y beban sin embriaguez, honrando tu casa y celebrando tu mesa.

"Mucho te hablaria de tu cocina, si mi mal me diera espacio para ello. Sólamente te diré que pues la moda quiere que el arte francés con sus invenciones, en que entran el gusto y la forma, prevalezca sobre nuestra cocina nacional, no te dejes vencer del patriotismo, tratando de restablecer usos culinarios que están ya vencidos. Adopta la cocina francesa; toma un buen jefe y provéete de cuanto la moda y la especulacion traen de remotos países. Pero has de saber que es de buen gusto el no condenar en absoluto nuestras sabrosas comidas; y así no hay cosa de más chispa que sorprender un dia á tus convidados con un plato de salmorejo manchego bien cargado de pimienta, ó con un estofado de la tierra, bien espeso y oloroso. Esto, hecho á

tiempo y tras una exhibicion hábil de fruslerías francesas, no sólo no te será vituperado, sino que te valdrá grandes alabanzas.

"Vístete con primor. Huye tanto de la vulgaridad poniéndote lo que todas se pongan, como de la excesiva singularidad poniéndote lo que á nadie se le haya ocurrido usar. Hay un término medio, delicadísimo, muy difícil de alcanzar, en el cual debe mantenerse la persona verdaderamente elegante. Muchos que quieren huir demasiado de la vulgaridad, dan en la extravagancia; procura que en tus atavíos, sin que falte lo comun y corriente, haya algo exclusivamente tuyo, algo personal, personalísimo que no puedan imitar los demas, y habrás logrado el objeto.

"Sé siempre buena católica cristiana, que lo primero es salvar el alma. Cumple los preceptos de la Iglesia, que todo ello se puede hacer sin fatigarse. Pero no te entregues con excesivo afan á las prácticas religiosas; trata á los curas con consideracion, y dales para que coman, que á esta gente hay que tenerla contenta. De cuando en cuando costea novenas y alguna que otra funcion; pero sin pasar de ahí ni abrir tu puerta á los señores de hábito negro, los cuales, si les dejaras, pronto imperarian en tí y en tu casa. Ten cuenta que si eres beata, dirá la gente que lo haces para encubrir tus trapisondas, y considera que ya no hay santos ni cosa que lo valga.

"De una cosa sumamente grave te quiero hablar ahora, y es de tu vida conyugal, cosa que, segun oigo decir, anda ahora muy por los suelos. Yo quisiera que la tuya fuera ejemplar y que nadie pudiese en ningun punto poner en duda la limpieza de tu honor ni la firmeza de tu fé matrimonial. Es muy posible que tu esposo, llevado de la corriente y de los perversos usos del dia, se hastíe un poco de

tí, y busque entretenimiento y variedad en otras mujeres. ¡Atroz desaire que te producirá no pocos sofocones y te pondrá á dos dedos del mayor peligro en que jamás se han visto tu dignidad y virtud!... pues si te dejas llevar del despecho y rabia de los celos, si te impacientas demasiado por la soledad en que tu esposo te tiene, te faltará poco para caer en pecado igual al suyo. Cuidado, hija mia, mucho cuidado. A su poligamia contesta con tu castidad, á su lascivia con tu abstinencia. Aguanta, resiste, y no degrades tu corazon dándolo á algun pelafustan que lo tome por vanidad, y por hacer gala de tu conquista entre los tontos y desocupados. Consérvate digna, recatada, siempre señora é inexpugnable; que al fin y al cabo tu marido, por la fuerza de sus vicios, reventará, y entónces podrás volverte á casar eligiendo con todo cuidado otro marido que te considere más y te atienda mejor que el primero.

"Otras muchas cosas quisiera decirte; pero como creo haber manifestado las más importantes, no digo más, porque las fuerzas me faltan. Acuérdate de lo mucho que hemos hablado de esto en las largas noches de invierno. Mi pensamiento se va nublando, y temo que, si no doy punto aquí, me falten fuerzas para firmar ésta. Dentro de poco habré cerrado mis ojos á la luz de este mundo. Quiera Dios abrírmelos á los de la gloria eterna. He recibido los Santos Sacramentos, y espero el perdon de mis culpas. Tengo la conciencia tranquila; no temo la muerte, y me importan ya poco las molestias de mi cuerpo. Perdono á mis enemigos; me despido de mis amigos, y recibe tú el último pensamiento y el suspiro último de tu amantísimo tio (ó cosa tal),

SANTIAGO QUIJANO-QUIJADA.»

PARTE SEGUNDA

PERSONAJES DE ESTA SEGUNDA PARTE.

Isidora Rufete, protagonista.
Mariano Rufete, su hermano.
Augusto Miquis, doctor en Medicina.
Joaquin Pez.
D. José de Relimpio y Sastre, tenedor de libros.
Melchor de Relimpio, arbitrista
Emilia de Relimpio de Castaño.
La Sanguijuelera.
D. Alejandro Sanchez Botin, Padre de la Patria.
Juan Bou, litógrafo.
Juan José Castaño, ortopedista.
Muñoz y Nones, notario.
Madama Eponina, modista.
Riquin, niño.
El Majito.
Modesto Rico, tratante en vinos.
Palo-con-ojos.
Gaitica.
Diversos Peces.
Diversos Pájaros.
Un gran personaje (que no habla).
Diversos personajes (que no hablan tampoco).

Un abogado, testigos, carceleros y carceleras, curiales, un oficial de litografía, hombres y mujeres del pueblo, porteros, tropa, etc.

La escena es en Madrid y principia en Diciembre de 1875.

LA DESHEREDADA

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.

Efemérides.

La República, el Cantonalismo, el golpe de Estado del 3 de Enero, la Restauracion, tantas formas políticas, sucediéndose con rapidez, como las páginas de un manual de Historia recorridas por el fastidio, pasaron sin que llegara á nosotros noticia ni referencia alguna de los dos hijos de Tomás Rufete. Pero Dios quiso que una desgraciada circunstancia (trocándose en feliz para el efecto de la composicion de este libro), juntase los cabos del hilo roto, permitiendo al narrador seguir adelante. Aconteció que por causa de una fuerte neuralgia necesitó éste la asistencia de Augusto Miquis, doctorcillo flamante, que en los primeros pasos de su carrera daba á conocer su gran disposicion y altísimo porvenir. Enfermo y médico charlaban de diversas cosas. Un dia, cuando ya se habia iniciado la convalecencia, recayó la conversacion en los sucesos referidos en la primera parte, y Miquis, para quien no podia

haber un tema más gustoso, habló largamente de Isidora, diciendo, entre otras cosas, lo que sigue:

"Está ahora esa mujer... vamos... está guapísima, encantadora. Parece que ha crecido un poco, que ha engrosado otro poco y que ha ganado considerablemente en gracia, en belleza, en expresion. Se me figura que será una mujer célebre. Vive en la misma casa donde se instaló hace dos años, al final de la calle de Hortaleza. Ha tenido un hijo.—¡Un hijo! ¿Qué me cuenta usted?—Lo que usted oye. Ya tiene dos años. Es algo monstruoso; lo que llamamos un *macrocéfalo*, es decir, que tiene la cabeza muy grande, deforme. ¡Misterios de la herencia fisiológica! Su madre me pregunta si toda aquella gran testa estará llena de talento. Yo le digo que su delirante ambicion y su vicio mental le darán una descendencia de cabezudos raquíticos... El chico es gracioso y de una precocidad alarmante...

"Pasando á otra cosa, yo tengo para mí que el marqués viudito está más tronado que la nacion española. Sus deudas se remontan como el águila, ávida de las altas cumbres; sus gastos no disminuyen. Para estos tales, carecer es morir, y pasarán por toda clase de ignominias ántes que decapitarse, renunciando al lujo y á la vida de rumbo y disipacion. Por desgracia de la sociedad, siempre encuentran tontos que les presten, cándidos que les fíen y malvados que les ayuden. Observe usted que nunca mueren en un hospital. Su mendicidad no tiene harapos; pero piden, y á veces toman sin pedir. Yo pregunto: ¿No habrá algun dia leyes para enfrenar la alta vagancia? ¿No se crearán algun dia palacios correccionales? ¿No establecerán las generaciones venideras asilos elegantes, forrados de seda, para tener á raya á la demagogia azul, dándole de comer? Yo pregunto tambien: Puesto que tanto se ha hablado del derecho á la vida, ¿existirá tambien el derecho al lujo? Si el

populacho nos pide los talleres nacionales, la alta vagancia nos pedirá algun dia los casinos costeados por el Estado. Lógica, lógica, digo yo. Y á los que predican el comunismo les digo: "Estais tocando el violin, porque el comunismo existe entre nosotros con tan profundas raíces como la religion: es nuestra segunda Fé. No falta más que perfilarlo, darle la última mano, y ponerlo bien clarito en las leyes, tal como lo está en nuestras costumbres." Ahora bien, señores, si esto no os gusta, empecemos por renovar la sociedad toda. Hagamos una revolucion para destruir el comunismo, y esto es lo práctico, porque hacer revolucion por establecerlo es como si encendiéramos el gas de las calles en pleno dia. Revolucion, pues. Suprimamos la administracion, que es una hipocresía del reparto universal; suprimamos el presupuesto, que es la forma numérica del *restaurant* nacional; suprimamos las contribuciones, que son el almacenaje omnímodo de que se nutre el comunismo, y una vez suprimido esto, lo demas, ejército, gobierno, armada... se suprimirá por sí mismo. Entónces diremos: *todo acabó; nadie se encarga de nada...* Que cada cual salga por donde pueda. Fúndese una sociedad nueva entre el estruendo de los palos. ¿Qué tal? Sí, señores, el comunismo no muere sino ahogado en un océano de negaciones. Luégo se unirán el interés y la fuerza para crear el nuevo derecho...

Todos los que conozcan á Miquis verán que no exajeramos ni añadimos nada al poner aquí sus graciosas paradojas.

Efectivamente, Isidora vivia al fin de la calle de Hortaleza, en un número superior al 100. Su casa era nueva, bonita, alegre, nada grande. Constaba, como todas las casas de Madrid que, aunque nuevas, están fabricadas á la usanza antigua, de sala mayor de lo regular, gabi-

netes pequeños con chimenea, pasillo ni claro ni recto, comedor interior dando á un patio tubular, cuartos interiores de diferentes formas y escasas luces. Los gabinetes daban paso á las alcobas por un intercolumnio de yeso, plagiado de las embocaduras de los teatros. No estaba mal decorada la casa, si bien se advertia en ella mucha heterogeneidad, gran falta de órden y simetría. La carencia de proporciones indicaba que aquel hogar se habia formado de improviso y por amontonamiento, no con la minuciosa juxtaposicion del verdadero hogar doméstico, labrado poco á poco por la paciencia y el cariño de una ó dos generaciones. Allí se veian piezas donde el exceso de muebles apénas permitia el paso, y otras donde la desnudez casi rayaba en pobreza. Algun mueble soberbio se rozaba con otro de tosquedad primitiva. Habia mucho, procedente de liquidaciones, manifestando á la vez un orígen noble y un uso igualmente respetable. Casi todo lo restante procedia de esas almonedas apócrifas, verdaderos baratillos de muebles chapeados, falsos, chapuceros y de corta duracion. La sala tenia sillería de damasco amarillo rameado, en imitacion de palo santo, dos espejos negros, y alfombra de moqueta de la clase más inferior; dos jardineras de bazar y un centro ó tarjetero de esas aleaciones que imitan bronce, ornado de cadenillas colgando en ondas, y de piezas tan frágiles y de tan poco peso que era preciso pasar junto á él con cuidado, porque al menor roce daba consigo en el suelo. La consola sustentaba un relojillo de estos que ni por gracia mueven sus agujas una sola vez. El mármol de ella se escondia bajo una instalacion abigarrada de cajas de dulces, hechas con cromos, seda, papel cañamazo y todo lo más deleznable, vano y fragil que imaginarse puede.—A Isidora no gustaba esta sala, que era, segun ella, el tipo y modelo de la sala cursi. Habia sido comprada

in solidum por Joaquin en una liquidacion, y provenia de una actriz que no pudo disfrutarla más de un mes. Isidora tenia propósito de deshacerse á la primera oportunidad de aquellas horrorosas sillas de tieso respaldo, en cuyo damasco rameado habia lo bastante para hacer media docena de casullas, y áun sobraba algo para vestir un santo y ponerle de tiros largos.

En el gabinete inmediato á la sala estaba casi constantemente la heroina de esta historia. A la izquierda de la chimenea tenia su armario de luna, mueble chapeado y de gran apariencia en los primeros dias de uso, pero que pronto empezó á perder su brillo y á desvencijarse, manifestando su orígen, como nacido en talleres de pacotilla y vendido en un bazar por poco dinero. A la derecha, cerca del balcon, estaba el tocador, mueble precioso pero muy usado. Habia pertenecido á una casa grande que liquidó por quiebra. Un escritorio pequeño con gabetillas y algun secreto ocupaba uno de los lados de la puerta, quedando el otro para la cómoda. Sobre esta se elevaba un monton de cosas revueltas, en cuya ingente masa podian distinguirse cajas de sombreros y cajas de sobres estropeados, libros, lios de ropa, un álbum de retratos, un Diccionario de la Lengua Castellana y un caballo de carton.

En la chimenea, y sobre graciosos caballetes de ébano y roble, habia varios retratos, entre ellos el de Isidora, obra admirable por la perfeccion de la fotografía y la belleza de la figura. Parecia una duquesa, y ella misma admiraba allí, en ratos de soledad, su continente noble, su hermosura melancólica, su mirada serena, su grave y natural postura. En la pared no habia ninguna lámina religiosa; todas eran profanas, á saber: las parejas de frailes picarescos con que Ortego ha inundado las tiendas de cromos; canónigos glo-

tones, cartujos que catan vinos, el clérigo francés que se come la ostra y el que muestra el gusano en la hoja; ademas borrachos láicos y algunas majas y chulos que entónces empezaban á ponerse en moda. Todo esto habia sido adquirido por Joaquin, que se reia mucho contemplando al fraile embobado junto á la muchacha, ó al capuchino beodo. Pero á Isidora no le hacian maldita gracia los cromos frailescos. Encontrábalos groseros, de mal gusto y ordinarios, por ser cosa de estampa que se veia en todas partes. ¡Cuando realizaria ella su gran ideal de rodearse de hermosos cuadritos al óleo, de los primeros pintores!

Desde principio de Marzo del 73, ocupaba Isidora aquella vivienda. Si habia sido feliz ó desgraciada en su modesta y bonita casa, ella misma nos lo dirá. Todo lo ocurrido en ese largo espacio de treinta y cuatro meses en que ha estado fuera de nuestra vista, merece algo de historia, y para ello aprovechamos las efemérides verbales de don José de Relimpio, cuya amabilidad para el suministro de noticias es inagotable.

1873. 1.° *de Marzo.*—Instalacion de Isidora en su casa de la calle de Hortaleza, no se sabe si con propios recursos ó á expensas del marqués viudo de Saldeoro. Escándalo. Pronuncia doña Laura su célebre frase: "Ya veia yo venir esto."—Disturbios en Barcelona; cunde la indisciplina militar.—La Sanguijuelera visita á los de Relimpio y califica la conducta de su sobrina con palabras que la pluma más hipócrita no podria velar con los disimulos del lenguaje.

Abril.—Desarme de la Milicia por la Milicia. Dos cobardías se encuentran frente á frente y del choque resulta una página histórica. No corre la sangre.—Primera cuestion entre Isidora y Joaquin por la manera de invertir el dinero heredado del Canónigo. Isidora gasta sin sustancia una buena parte de él en los preliminares de su pleito.

Se permite el esplendor de una berlina de Alonso, pero al mes tiene que privarse de este inocente lujo. La modista apunta con ojo certero á los fondos que quedan de la herencia. En la casa reina una abundancia incongruente. Suelen escasear, y áun faltar del todo, las cosas necesarias. El panadero y el carbonero son tan mal educados, que se atreven á quejarse de que no se les atiende con puntualidad.—Célebre discurso de Pí.

Junio.—Reúnense las Córtes Constituyentes. La guerra toma proporciones alarmantes, y en Navarra se ven y se tocan las desastrosas consecuencias de la desgraciada accion de Eraul.—Joaquin Pez marcha á Biarritz. Isidora tiene que quedarse en Madrid para averiguar el paradero de su hermano, que ha desaparecido del colegio en que estaba.—Consternacion. Nuevo gabinete. Asesinato del coronel Llagostera. La guerra, la política, ofrecen un espectáculo de confusion lamentable. D. José de Relimpio manifiesta con gran seso que la cesantía de treinta mil reales que disfrutan los ex-ministros españoles es la causa de estas tremolinas.

Julio.—Alcoy, Sevilla, Montilla. Sangre, fuego, crímenes, desbordamiento general del furor político.—Doña Laura cae gravemente enferma.—La guerra civil crece. Cada dia le nace una nueva cabeza y un rabo nuevo á esta idea execrable. Isidora, sin esperanzas de encontrar á su hermano, toma el tren y se va á Santander, donde llama la atencion y se hacen acerca de ella novelescos comentarios.—Ministerio Salmeron.

Setiembre.—Cartagena, excursiones de las fragatas. ¡Oh! D. José les perdonaria á los cantonales su calaverada si aprovecharan del empuje de las fragatas para irse á Gibraltar y conquistar aquel pedazo de nuestro territorio retenido por la pérfida Inglaterra! Si viviera Mendez Nuñez otro

gallo nos cantara.—Horrores del cura Santa Cruz.—Doña Laura, como si fuera símbolo humano de la unidad y el honor de la patria, sucumbe en aquellos tristes dias. Antes de morir, tiene el inefable consuelo de ver á su hijo gobernador de una provincia de tercera clase.—Célebre apóstrofe de D. Manuel Pez contra las improvisaciones. Los prohombres de la tertulia de Pez exhalan, en desgarradoras quejas, el sentimiento de ver á la patria en situacion tan triste. Todos quisieran salvarla. D. Manuel, recordando su destino, iguala á Isaías en gravedad elegíaca y arrebato poético. Verífícase en toda España una limpia general del comedero de todos los Peces habidos y por haber. Hay quien cree firmemente que se acaba el mundo.—Dispersion de la familia de Relimpio. Isidora vuelve á Madrid; está algo desfigurada, pero, segun sus cuentas, en Diciembre concluirá aquello.—Castelar ministro. El buen Relimpio, en quien no se ha entibiado ni un punto la noble simpatía que por su ahijada sentia, se va á vivir con ella, la sirve en todo lo que puede y la acompaña cuando está sola y aburrida. Recuerda el noble anciano á su esposa, y honrando la memoria de sus cualidades, deja escapar melancólicos suspirillos.

Diciembre.—Castelar reorganiza el ejército. La patria da un suspiro de esperanza. Se convence de que tiene siete vidas, como vulgarmente se dice de los gatos. La marea revolucionaria principia á bajar. Se ve que son más duros de lo que se creia los cimientos de la unidad nacional.—El 24, Noche Buena, Isidora da á luz un niño, á quien ponen por nombre Joaquin.—Háblase ya de la sima de Igusquiza y se cuentan horrores del feroz Samaniego.

1874. *Enero.*—El dia 3 Pavía destruye la república sin disparar un tiro. Desaloja el salon del Congreso y pone en las calles cañones que no hacen fuego. Llueve un Poder Eje-

cutivo.—La Sanguijuelera, que permanece adicta al antiguo régimen y no cree que hay más reina que Isabel II, da un viva al príncipe Alfonso. Célebre apotegma de D. Manuel María Pez sobre el órden armonizado con la libertad, y la libertad armonizada con el órden. Este varon insigne ocupa otra vez la Direccion con beneplácito de los Peces, los cuales, multiplicándose de nuevo, colean en todo el país. Recobran los Peces hijos sus puestos, con lo que la administracion nacional queda asentada sobre fundamentos diamantinos. Todo va bien, admirablemente bien. La guerra civil avanza. Sobre las ruinas de las fortunas que desaparecen, elévanse las colosales riquezas de los contratistas. El Tesoro público hace milagros.—La provincia que gobernaba Melchor se ve libre de este azote. Melchor, reducido otra vez á la nada, da vueltas en su cerebro á un nuevo proyecto. Ahora sí que son habas contadas. Trátase de comprar habichuelas podridas y arroz picado para vendérselo al gobierno como bueno. Para realizar sus milagros, este taumaturgo cuenta con amistades de valer en altos centros, y áun aparenta entusiasmo por el nuevo régimen, tomando una actitud completamente pisciforme.

Marzo.—San Pedro Abanto. Inmenso interés despiertan en toda España el estado de la guerra y el sitio de Bilbao. Tristeza del marqués viudo de Saldeoro. Los últimos vencimientos le abruman. Su fortuna triplicada no le bastaria para pagar. Toma por modelo al Tesoro público y recibe dinero al trescientos por ciento. Renuévanse las discordias entre Joaquin é Isidora por cuestiones de celos y fondos. Padecimiento moral de la de Rufete por su situacion social, su penuria y la poca esperanza de remedio. Comenzado el pleito, intenta pleitear por pobre; pero el bienestar aparente de su casa y el lujo de su persona hacen fracasar la informacion. El viudito de Saldeoro, para obtener de ella el

empeño de las alhajas, le hace mimos y repite su antigua, manoseada y ya gastadísima promesa de casarse con ella. —Sangrientos combates del 25, 26 y 27, que ocupan la atencion pública. Hay muchos liberales que, por ser enemigos del gobierno, se alegran de las ventajas carlistas. Contra éstos truena en patriótica indignacion D. José de Relimpio, el cual se compra un mapa de Vizcaya y, clavando sobre él alfileres, sigue y escudriña y estudia con sublime anhelo los movimientos militares.

Mayo.—Bilbao es libre. Alegría, repiques, farolitos. Crece á los ojos del país la gran figura militar del marqués del Duero.—Mariano Rufete, que ha vuelto al lado de su hermana, parece inclinado á mejorar de conducta. Ha aprendido algunas cosas; pero en modales y lenguaje sus adelantos son imperceptibles. Lee bastante; pero sus lecturas no son de lo más escogido. Su hermana daria cuanto tiene (ménos los ideales), por verle corregido.—Emilia Relimpio se casa con su primo Juan José, hijo del ortopedista; Leonor, ilícitamente unida á un sargento primero, desaparece de Madrid. D. José, recordando los grandiosos pensamientos de doña Laura acerca del himeneo de las niñas con célebres médicos ú oficiales de Estado Mayor, se aflige extraordinariamente, y áun derrama una lágrima que va á caer sobre el mapa de la guerra civil. Vive constantemente con Isidora, y ésta le aprecia mucho. Crece el niño de Isidora. Es bonito y sabedor, pero tiene la cabeza muy grande. D. José le pasea, le mima, le cuida, le viste, le canta. La Sanguijuelera, que algunas veces visita á su sobrina, tiene gran cariño al cabezudito; le coje, le zarandea, le da gritos, y le llama *¡rico! ¡riquin!*... De donde resulta que al muchacho se le pega este nombre, y en lo sucesivo todos le llaman *Riquin*.

Junio.—Muerte del general Concha. Pánico y luto.

Retirada. La patria, que creia próxima su salvacion, gime. Augusto Miquis expone con su acostumbrada originalidad una atrevida paradoja. Segun él, la mejor manera de acabar con los carlistas es dejarlos triunfar, traer á D. Cárlos á Madrid y plantarle en el trono. En España, el primer paso para la ruina de una causa es su triunfo. El carlismo guerrero se sostiene. El carlismo establecido no podrá durar un mes. Desde el momento en que trate de aplicar á la vida real sus ideales, se hundirá por su propio peso y caerá hecho polvo.

Diciembre.—La guerra sigue. La Restauracion toca á las puertas de la patria con el aldabon de Sagunto. Asombro. La Restauracion viene sin batalla, como habia venido la República. La Providencia y el Acaso juegan al ajedrez sobre España, que siempre ha sido un tablero con cuarteles de sangre y plata.—Entusiasmo de la Sanguijuelera, que cada dia simpatiza ménos con la demagogia. Dice que los señores son siempre señores y los burros siempre burros. Se promete ir á recibir al nuevo Soberano y áun medita una arenga.

1875. Isidora visita á Emilia y se queda encantada de la dichosa paz que reina en la ortopedia. El padre de Juan José se ha retirado del trabajo, y no se ocupa más que de cultivar la huerta que ha comprado en Pinto. Juan José está al frente del establecimiento, y bajo su hábil mano éste se conserva en el mismo estado de prosperidad. Isidora quisiera un aparato para que la cabeza de Riquin no creciera tanto. Juan José, que algo entiende de medicina, se rie y receta al hijo reconstituyentes y á la madre un Manual de Doctrina Cristiana.—Consternacion. Los Peces grandes y chicos se ven desterrados de las claras aguas de sus plazas y oficinas. Bien quisieran ellos aclamar tambien al Rey nuevo; pero la disciplina del partido les impone

¡ay! una consecuencia altamente nociva á sus intereses. Tienen que poner un freno á sus agallas. Ademas la lucha por la existencia, ley de las leyes, ha llevado á los Pájaros al gobierno, y éstos no encuentran en la Administracion bastantes ramas en qué posarse. Algunos Peces de menor tamaño y del género *voracissimus* quedan en oficinas oscuras. Son Peces alados, transicion zoológica entre las dos clases, pues la triunfante tuvo en situaciones anteriores sus avecillas con escamas.—Mariano torna á ser vagabundo. Gusta mucho de los toros, va á Getafe á una novillada y su preciosa vida está en gran peligro.—Saldeoro parece reparar sus desastres. Terribles celos de Isidora que descubre en su amante fervorosa inclinacion á la secta de los mormones. Riñas y escándalos, acompañados de no pequeños apuros.—Todos los Peces, confirmando la antigua idea de que en España el despecho es una idea política, se alegran de las ventajas de los carlistas.—Isidora activa su pleito. Pretende de nuevo la informacion de pobreza; pero no lo puede conseguir. Celebrado el juicio de conciliacion, presenta su demanda. —Miquis gana por oposicion la plaza de médico-director de uno de los principales hospitales de Madrid. Es novio de la hija del honrado notario Muñoz y Nones. Sábese por buen conducto que Leonor tiene una casa de huéspedes en la Coruña.—Ocúpase la prensa de cierta irregularidad administrativa en que ha intervenido, como irregularizador, Melchor de Relimpio. La gente se pregunta si será mandado á presidio, y efectivamente, la *Gaceta* le nombra... oficial primero de Aduanas en Cuba. Parte decidido á concluir la insurreccion, para lo cual no procede llevar tropas á Cuba, sino traerse á Cuba á España. Habas contadas. El se traerá de seguro les tres cuartas partes de la isla, ó las Antillas todas, dejando vacío el Mejicano Golfo.

CAPÍTULO II.

Liquidacion.

I.

"Isidorita Rufete, ¿conoces tú el equilibrio de sentimientos, el ritmo suave de un vivir templado, deslizándose entre las realidades comunes de la vida, las ocupaciones y los intereses? ¿Conoces este ritmo que es como el pulso del hombre sano? No; tu espíritu está siempre en estado de fiebre. Las exaltaciones fuertes no cesan en tí sino resolviéndose en depresiones muy terribles, y tu alegría loca no cede sino ahogándose en tristezas amargas. ¿Persistes en creerte de la estirpe de Aransis? Sí, ántes perderás la vida que la conviccion de tu derecho. Bien, sea. Pero deja al tiempo y á los tribunales que resuelvan esto, y no te atormentes, costruyendo en tu espíritu una segunda vida ilusoria y fantástica. Ten paciencia, no te anticipes á la realidad; no te trabajes interiormente; no saborees con falsificada sensibilidad goces de que están privados tus sentidos. Miquis te ha dicho, bien lo sabes, que eso es un vicio, un puro vicio, como tantos otros hábitos repugnantes, como la embriaguez ó el juego, y de ese vicio nace una verdadera enfermedad. El pensamiento se pone malo, como las muelas y el pulmon, y ¡ay de tí si llegas á un estado morboso que

te impida disfrutar luégo en la realidad lo que ahora quieras gozar en sueños, contraviniendo á las leyes del tiempo y del sentido comun!

Sostienes que ese vicio, aberracion ó como quiera llamarle Miquis, es una fuente de consuelos para tí. Ya, ya se conoce tu sistema. Despues de un dia de penas, apuros, celos y disputas, llega la noche, y para consolarte... das un baile. ¡Qué gracioso! Satisfaces tu orgullo y tus apetitos determinando en tí una gran excitacion cerebral, de la cual irradian sensaciones y goces. Sabes vestir con tal arte la mentira, que tú misma llegas á tenerla por verdad. Te engañas con tus propias farsas, desgraciada. Te posees de tu papel y lo sientes. Enseñas á tus nervios á falsificar las sensaciones y á obrar por sí mismos, no como receptores de la impresion, sino como iniciadores de ella. ¡Bonito juego! ¡Violacion de los órdenes de la Naturaleza!

Mira, Isidorita, tu vida social está bastante desarreglada; pero tu vida moral lo está más aún. El principal de tus desórdenes es el amor descabellado que tienes á Joaquin Pez. Le amas con lealtad y constancia, prendada más bien de la gracia y nobleza de su facha que de lo que en él constituye y forma el sér moral. Bien dices tú que ya el amor no es ciego, sino tonto. Tienes razon: ya se le conoce el largo trato que ha tenido con los malos poetas. ¿Por qué no haces un esfuercito para desprenderte del cariño que tienes á Pez? Por ahí debe empezar tu reforma. Tú le adoras y no le estimas. El te ama y tampoco te estima nada. Considera cuánto perjudican á tus planes de engrandecimiento tus relaciones con el hombre que ha manchado tu porvenir y deshonrado tu vida. Isidora de Aransis... pues segun tú, no hay más remedio que darte este nombre... Isidora de Aransis, mírate bien en ese espejo social que se llama opinion, y considera si con tu actual traza

puedes presentarte á reclamar el nombre y la fortuna de una familia ilustre! Tonta, ¿has creido alguna vez en la promesa de que Joaquin se casará contigo? Advierte que siempre te dice eso cuando está mal de fondos, y quiere que le ayudes á salir de sus apuros... Casada ó no con él, esperas rehabilitarte; dices que el mundo olvida. No te fíes, no te fíes, pues tal puede ser la ignominia que al mundo se le acabe la indulgencia. Se dan casos de esto.

Hay otro desórden Isidorita, que te hace muy desgraciada, y que te llevará léjos, muy lêjos. Me refiero á las irregularidades de tu peculio. Unas veces tienes mucho, otras nada. Lo recibes sin saber de dónde viene; lo sueltas sin saber á dónde va. Jamás se te ha ocurrido coger un lápiz (que cuesta dos cuartos), y apuntar en un pedacito de papel lo que tienes, lo que gastas, lo que debes y lo que te deben. No haces cuentas más que con la cabeza, y tu cabeza es tan inepta para esto...! La Aritmética, hija, no cabe dentro de la jurisdiccion de la fantasía, y tú fantaseas con las cantidades; agrandas considerablemente el activo y empequeñeces el pasivo. A veces parece que quieres ordenar tu peculio; pero tus apetitos de lujo toman la delantera á tus débiles cálculos, y empiezas á gastar en caprichos, dejando sin atender las deudas sagradas.

Tu generosidad te honra porque indica tu buen corazon; pero te perturba mucho. Has sido estafada por muchos que, conociéndote el flaco y tu índole liberal, se han fingido menesterosos. Y díme ahora, ¿qué has hecho de los dos mil duros que á tí y á tu hermano os dejó D. Santiago Quijano? Ya los has gastado en el pleito, en vestidos, en la educacion de Mariano, y... confiésalo, que si es un misterio para todo el mundo, no lo es para quien te habla en este momento... No lo ocultes, pues no hay para qué. Más de la mitad de aquel dinero te lo ha distraido Joaquin Pez.

Voz de la conciencia de Isidora ó interrogatorio oficioso del autor, lo escrito vale.

II.

Una mañana de Diciembre de 1875, estaba Isidora triste y sin sosiego. Sus idas y venidas dentro de la casa, sin motivo aparente de tal actividad, indicaban que algo muy grave ocurria. Se sentaba, leia una carta, lloraba un poco, guardaba luégo la carta, arrugándola en el bolsillo de la bata; iba en seguida al comedor, regresaba al gabinete, repetia la lectura, la lágrima y el estrujamiento del dichoso papel... ¿Qué es eso, señora? ¿Qué pasa?

Desde el gabinete se veia toda la cavidad de la alcoba, donde la gran cama dorada se alzaba como un catafalco, elevando hasta muy cerca del techo su armadura de cobre, sin cortinas. La alcoba se comunicaba con otro cuarto, del cual venian dos voces distintas, pero acordadas en un tono de candorosa alegría. Era la una dulce, angelical y tiernísima. Era la otra cascada y á veces chillona. ¡Vaya con la pareja! Riquin y D. José de Relimpio jugaban arrastrándose por el suelo. Caballo y ginete se besaban, locos de regocijo, en la confusion de las caidas leves.

Abrióse de pronto la puerta de la sala, y entró... nada ménos que la Sanguijuelera.

—Gracias á Dios que viene usted, tia,—le dijo Isidora reconviniéndola.—Siéntese usted. Tenemos que hablar detenidamente.

—¡Hablar detenidamente!—exclamó la vieja puesta en jarras.—No digas más, ya entiendo tus *detenidamentes*. Ya sé que es para pedir dinero. Sí, en cuanto llegó á casa tu

D. José, y ví su cara de carnero á medio morir, dije: "Ojo al Cristo...„ Pues mira, hija, toca á otra puerta.

Isidora estaba harto afligida para seguir á su tia por el camino de las bromas. Con la concision de los grandes apuros, dijo que era cuestion de vida ó muerte para ella reunir en aquella mañana cierta suma, y que contaba con la generosidad de su tia, á quien otras veces habia pedido caudales, reembolsándoselos con buenos intereses.

—Cierto que te he consolado; cierto que me has pagado; pero no lo hay. Ya sabes que *aquí murió el fiar*... Pues sí; que están unos tiempos divinos... Pero dí, quimerilla, ese hombre, ese hombre, ¿en qué piensa que no te da...?

—Lea usted,—replicó Isidora alargando su carta con un gesto y tono que se usan mucho en los dramas.

—¡Oh! no; ya sabes que me estorba lo negro.

—Pues dice... En fin: hemos reñido. Él está mal. Probablemente tendrá que irse con un empleo á la Habana... ¿Qué le parece á usted eso?

—Sopas en queso. ¿Á mí que más me da que se vaya á la Habana, ó á *Sierra-Ullones*, ó al Infierno?

—En fin, hemos reñido. Todo se acabó. No hablemos de eso. Hoy tengo un gran compromiso.

—¡Anda, anda, frutilla temprana...! ¡en la que te has metido!—dijo Encarnacion encendida en ira.—¿Y qué vas á hacer ahora? Ya no tienes salvacion, ya estás perdida. Bien me lo temí y bien te lo dije cuando te ví en estos andares. Yo tengo mucho mundo,—añadió señalando del modo más insinuante su ojo derecho;—aquí dentro hay mucho quinqué. Pues claro, á esto habias de venir á parar. Ahora empiezas, ahora... ¡Y quieres que te dé dinero!... Anda, anda, castaña pilonga, que otra cosa podrá faltarte ahora; pero dinero... No, no cuentes con tu tia, no te acuerdes más de esta perla vieja de la honradez...

Las groserías de su tia Encarnacion enfadaban atrozmente á Isidora. Queriendo concluir pronto, expuso en términos tan concretos como pavorosos su situacion y luégo hizo una protesta enérgica de sus ideas morales. Ella queria y se proponia ser honrada. Las reticencias de su tia la herian en lo más vivo de su alma.

"No vengas con andróminas,—replicó la cacharrera.—Tú podrás tener buenas ideas; pero has dado el pasito, y ya no puedes volver atrás. ¡El pasito, hija! ¡Repuñales! De todo tiene la culpa ese hombre, ese hombre... Es un lame-platos. Siento que no esté aquí para despotricarme con él y decirle las del barquero... Total, chica, que yo no tengo un real partido por medio.

—No, no creo que usted me vea en tales agonías y no me favorezca.

—¿Yo?... ¿Y de dónde lo voy á sacar?

—Del arca.

—No estás tú mal arca de Noé.

—¡Tia!

—Si debes más que el gobierno; si te has metido en unos belenes... Suponte tú, y es mucho suponer, que yo, echando por zancas y barrancas, arañando aquí y allá, reuna mil reales...

—Mil reales es muy poco.

—¿Pues qué?... ¿Creias que te iba á dar un ojo de buey?—gritó la vieja riendo á todo reir.—¡Mira ésta!...

—Yo queria lo ménos dos mil,—dijo Isidora con terror.

—¡Jo... sus! ¡Los dos mil los tienes tú en el canto de la memoria! Yo los quisiera para mí. En fin, y *mismamente*... si me prometes devolvérmelos pronto, podré buscarte mil... ¡Ay! arrastrada, ¿en qué gastas tú el dinero? Si hubieras hecho lo que yo te aconsejé... Yo te decia: "Guarda, aprovéchate; sácale á ese hombre el redaño y ve poniendo en el

Monte para el dia de mañana...„ Pero tú, grandísima pandorga, con gastar y gastar... Aquí parece que siempre está la gata de parto, segun se gasta y derrocha.

—¡Tia, dos mil!

—Dos mil puñales...

—Ande usted...

—No, no te caerá esa breva.

—No la dejaré á usted en paz hasta que me los dé...

—Trabajo tienes... Ganas de trasquilar la marrana.

—Pues vengan los mil; pero pronto, al momento.

Instantáneamente formó Isidora un plan distinto del que habia hecho contando con los dos mil.

"Te los traeré para las doce. ¡Ay! ¿En qué parará esto..?

—Antes de las doce, si puede ser. Váyase usted pronto para que vuelva pronto... Coja usted un coche.

—Venga la peseta.

—Tome usted la peseta.

—Otra para el papel del recibo... porque no te pienses que te los voy á dar sin recibo.

—¿Otra peseta?... ahí va. Váyase usted pronto. ¡Ay! ¡qué dia está!—dijo Isidora, mirando con tristeza al balcon, cuyos cristales azotados por la lluvia sonaban con estrépito de perdigonada.

—¡Si fueran monedas de cinco duros..! Voy á dar un beso á Riquin.

—Despues, despues.

—¡Jo...sús! Qué prisa... Agur, agur.

Luégo que la anciana estuvo fuera, Isidora sacó de la cómoda un cofrecillo y del cofrecillo un libro. Era una novela entre cuyas hojas habia varios papeles ó cédulas guardadas con cierto órden y clasificacion. No debian de ser ciertamente billetes de Banco, porque Isidora, al volver de cada hoja, daba un suspiro y ponia cara de mal humor.

Despues de pasar revista á su tesoro negativo, gritó: "Don José,„ y como D. José, á causa del ruido que él mismo hacia, jugando con Joaquin, no pudiera oir la voz de su ahijada, ésta tuvo que levantarse á llamarle por la puerta de la alcóba.

—¡Venga usted acá por Dios!...

—Hija, no te habia oido.

Veríais entónces aparecer al gran D. José, fatigado de tanto andar á cuatro piés, ligeramente encendido el rostro; pero hecho todo miel, y tan risueño y bondadoso como antaño. Traia en brazos á Riquin, que era muy lindo, gracioso y dicharachero. Su deformidad incipiente no era tal que le privara de los encantos de la niñez, ántes bien daba risa verle erguir su cabezota con cierto aire de valentia, como un hijo de Atlante predestinado á superar á su padre en la facultad de cargar grandes pesos.

"Deje usted al niño... Riquin, hijito; vas á irte un rato con Ramona... ¡Ramona!

El sucesor de los Rufetes (ó Aransis, que ello está por saber), declaró con un gesto de fastidio y preludios de llanto el agravio que se hacia á su dignidad haciéndole pasar de los brazos de D. José á los de la niñera. Pero no le valieron sus artimañas. Cargó con él la moza, y D. José y su ahijada se quedaron solos en presencia de las papeletas.

"Es preciso hacer un esfuerzo, echar mano de todo.

—¡Cuánta papeleta!—exclamó el santo varon cruzando sus manos con ademan piadoso.

Isidora las pasaba, las leia, las iba contando. ¡Ay! cuando ella se entregaba á la Aritmética, su cara se volvia lúgubre y desconcertada, cual si estuviera sometida á la accion de fenómenos morbosos. La Aritmética tenia para ella algo de enfermedad cimótica, y así, desde que absor-

bia con su atencion aquellos miasmas deletéreos llamados números, se ponia pálida y se le alteraba el pulso. ¡Y pensar que no puede haber dinero sin que haya cifras! Los hombres lo empequeñecen todo. Desdichadas las almas que siendo hermanas de lo infinito, tienen que entroncarse á la fuerza con estas miserias del planeta llamadas cantidad, relacion, gravedad. Verdaderamente, ¿qué cosa más contraria á lo infinito y á lo ideal que aquellos nefandos papeles?

"Esta es del Monte,—murmuró Isidora con el corazon oprimido.—Esta... ¿á ver?... es la de mi calabrote.

—El calabrote está en la calle del Clavel,—manifestó Relimpio con el aplomo de un agente de Bolsa, que tiene en la memoria las colocaciones de fondos realizadas en todo el año.

—Es verdad... ¿y el brillante?

—Tambien, hija. ¿No te acuerdas? Lo llevé el mes pasado. Del Monte ha de haber cinco papeletas.

—Justo, cinco... Hay ademas ocho...

—Tu reloj... Si no recuerdo mal, está en treinta duros. Pero qué te pasa hoy. ¿Vas á sacar todo?

—¿A sacar?—repitió Isidora, herida por aquella ironía como por un porrazo.

—¿Qué cálculos haces?

Isidora se auxiliaba de sus dedos para calcular. La tersura y fineza de aquellas extremidades de sus manos indicaban no estar ocupadas ya más que en trabajos matemáticos.

"Ya comprendo, hija,—dijo él entre dos suspiros.

—¿Cuánto darán por esto?—preguntó ella mostrando aquellas cédulas que por su nombre debian de ser montaraces.

—Eso no lo puedo decir. Se las llevaré á Rodriguez, el

de la calle de Cádiz. Es amigo mio... buena persona. Por papeletas, ya sabes que no se corren mucho.

Isidora se llevó las manos á las orejas.

—¿Tus pendientes?... Espera, te vas á hacer daño. Yo te los destornillaré.

Y con suma delicadeza realizó la operacion, gozoso de que sus dedos jugaran, siquiera por un momento, con los pulpejos de las orejitas de su ahijada.

"Ya están aquí.

—Pongámoslos en el estuche.

—Estos te los regaló cuando vino al mundo Riquin. Por estos darán... darán...

Se cogió entre los dedos el labio inferior, y moviendo la cabeza y hundiendo la barba en el pecho, metia los ojos debajo de las cejas.

"En fin... yo hablaré con Rodriguez... Es amigo mio... buena persona.

—¡Dos mil quinientos!—murmuró la jóven ensimismada en sus cálculos, como un calenturiento sumergido en el doloroso caos de su estupor febril.

—Veremos... quizás se pueda...

—Ahora,—dijo Isidora con resolucion alargando la mano hácia el chaleco del buen hombre,—venga el reloj...

—¿El mio?... ¿Y la cadena?

—Todo.

Algo se desconcertó el viejo al verse privado del uso de aquella prenda, no de mucha valía, que Isidora le habia regalado el 19 de Marzo del año anterior. Pero como la voluntad de su ahijada era ley para él, no dijo más que lo siguiente:

"Dejámelo puesto, pues yo lo he de llevar... Darán diez y ocho ó veinte. Recordarás que la otra vez...

—Ahora, los cubiertos de plata.

—¿Los...?

—Sí,—afirmó ella levantándose con expresion triunfante. —Creo que está vencida la situacion por hoy. Pero la semana que entra...

—Dios dirá.

—La semana que entra,—declaró Isidora,—vendo la sala.

—¡Vendes la sala!

—Sí. Pásese usted luégo por casa de la prendera. Que venga á verla. Veremos lo que da.

Despues echó una mirada de cariñoso desconsuelo al armario de luna.

"¿Y el armario tambien?

—Tambien.

—¿Y la cama dorada?

Isidora meditó un rato. Despues dijo:

"No; me quedo con la cama.

En esto andaban cuando reapareció la Sanguijuelera. Entró sacudiéndose el manton calado de agua.

"¡Jo... sús, qué tiempo! Llueven capuchinos de bronce.

—¿Pero no ha venido usted en coche?

—¿Por quién me tomas, tonta? La peseta del coche es para mí, por el mandado. Tengo más salud que el Botánico, hija, y ando más que un molino de viento... Con que toma... cuatrocientos y cuatrocientos son ochocientos... Nueve duros en plata...

—Falta un duro.

—¡Reparona! ¿Qué más da?

—Son novecientos ochenta,—declaró D. José haciendo gala de su saber de cuentas.

—¿Quiere usted callar?... Usted, Sr. D. Pepe, no tiene que poner su carne en este garfio.

—La equidad, amiga doña Encarnacion...

—¡Amiga, doña!.. Diga usted, tio Lilaina, ¿en qué bodegon hemos comido juntos? ¿Se quiere usted meter en sus cosas y dejarme á mí?

—Falta un duro,—repitió Isidora.

—Total; que no he podido reunir más. Aquí está el papel para el recibo... Pon mil doscientos reales para el mes que viene.

—Mejor será para el otro mes.

—Mira, mira, no pintes el diablo en la pared. Pon el mes que viene.

D. José empezó á extender el recibo.

"Bien clarito, señor escribano... ¡Hola, hola, ¿está aquí tu Holofernes?... ¡Vida! ¡Gloria!

Habia entrado Riquin paso á paso, porque sus piernas eran cortas y débiles. Se le habia desatado el faldellin corriéndosele por la cintura abajo. Estaba, pues, en traje talar que le arrastraba, y por los bordes de él asomaban sus patitas vacilantes. Traia empuñado en ambas manos el baston de D. José, y caminaba derecho á la Sanguijuelera, todo risas y alegría, con la evidente intencion de darle un palo. Ella se dejó pegar, le cogió luégo en brazos y le dió tantos y tan sonoros besos, que el muchacho empezó á gruñir y á defenderse á cabezazos.

—Dale un palo á tu madre, anda, pégale...

—No, no, no se pega,—dijo Isidora atándole en su sitio la falda.—No le gusta más que pegar. En las piernas no tiene fuerzas; pero en los brazos...

—Riquin, hijo mio, díle: "Yo voy á ser un hombre de puños...„ ¡Leña en ella!... Como te coja... Cuidado como riñen á mi cabezudito.

—El médico me ha dicho que ahora se le desarrollará bien el cuerpo,—afirmó Isidora contemplándole con satisfaccion de madre.

—Pues si no... ¡Y qué bonito es, qué rico, qué galan! Le quiero más...! ¡Que tonta soy! Me da rabia conmigo misma. Desde que veo un mocoso, ya se me cae la baba.

Isidora se reia. Cogió á Riquin y le dió muchos besos.

"¡Pobrecito mio! Todos han de tener que decir algo sobre si tiene la cabeza grande. Pues yo digo que la tiene toda llena de talento.

—¿Sabes lo que digo?—manifestó la Sanguijuelera en tono de misterio.—Pues digo que este chico es el Anticristo. No te rias. Sí; por lo que sabe parece que tiene cuatro años.

—No, mi niño no es un fenómeno, mi niño no es el Anticristo,—dijo Isidora oprimiendo contra su garganta aquella cabeza, mayor de lo conveniente, pero muy hermosa.

—Te digo que este chico ha venido al mundo para alguna tremolina. ¿Ves esa cabeza? Pues dentro debe de traer unas cosas... Hija, tu pimpollo es cosa mala.

—No diga usted disparates.

—Anticristo ó lo que seas,—exclamó Encarnacion volviendo á tomarle en sus brazos,—me tienes boba.—Te voy á comer.

Y estallaban los besos como cohetes. En pié ya para marcharse, despues de tomar su recibo, la Sanguijuelera, sin soltar á Riquin, dijo á Isidora:

"¡Pero qué alma tienes! dijiste que le ibas á comprar un pandero, y no se lo has comprado... ¡Anda, mala madre! Yo se lo compraré, yo, yo. ¿Verdad, hijo?..."

—Ven acá, ven acá, que la tia se marcha.

—Oye tú... dame una peseta.

—¿Para qué?

—Vaya que estás lela. . Para el pandero.

Dióle Isidora la peseta, y la Sanguijuelera se fué gruñendo.

III.

Decir cómo aquella casa llena de comodidades, se deshizo en unos cuantos dias; contar cómo las feroces prenderas llegaban, veian, tasaban, huian, llevándose en las garras, cuál un dorado relój, cuál la alfombra ó el lavabo, seria lacerar el corazon de nuestros lectores. Isidora, que no sabia regatear comprando, era vendiendo enemiga de entorpecer los negocios con estériles discusiones. Tomaba lo que le ofrecian, despues de pedir tímidamente un poco más. Así iba saliendo, mueble tras mueble, cuanto en la casa habia. Y ésta, poco á poco, se iba quedando vacía y se iba agrandando. El frio y la soledad se apresuraban á invadir los polvorientos y tristísimos huecos que los muebles dejaban tras sí.

Cuando todo hubo concluido, la sala era un páramo. Para estar en ella habria sido necesario proveerse de tiendas de campaña. El gabinete conservaba su alfombra, la cómoda, un espejo pequeño y algunas sillas. La cama dorada de la alcoba permanecia como núcleo y fundamento de la casa. Interiormente habian desaparecido la sillería y aparador de nogal tallado del comedor; subsistian intactos el cuarto de Riquin, el del baño, parte principal de la casa, el que solia ocupar D. José Relimpio cuando se quedaba allí, el de Mariano y el de la muchacha. La cocinera y doncella habian sido despedidas; no quedaba más que la niñera, á quien Isidora revistió de las más extensas atribuciones.

—He pagado mis deudas, y he tapado la boca al procurador,—dijo Isidora á su padrino la noche del último dia de liquidacion.—Estoy tranquila. Me queda esto...

Dió un gran suspiro mostrando un papel donde habia varias monedas y un sucio billete de Banco.

—¿Cuánto es?

—Vamos á contar,—dijo ella extendiendo su tesoro sobre el veladorcito del gabinete, mueble de hierro pintado, que se salvó por milagro.

D. José puso la luz en el velador y tomó asiento.

—Si hay aquí un dineral. El billete es de doscientos... veinte, cincuenta, ochenta. Total: setecientos veinte y ocho reales y dos perritos.

—Y no debo nada al casero... Estamos bien. Ahora se verá si soy mujer de gobierno. Principio quieren las cosas... Sr. D. José,—añadió en ese tono especial de las cuentas galanas,—desde hoy en adelante voy á trabajar.

—Si es lo que yo te vengo diciendo desde hace tres años, hija,—replicó el anciano con las narices hinchadas por esa satisfaccion vanidosa que acompaña á las ideas felices.—Si es mi tema. Tú tienes grandes habilidades. Si quieres entrar en una vida de órden, economía y trabajo, aquí me tienes para ayudarte.

—He sido muy tonta. Pero ya veo con claridad lo que me conviene. Si mi pleito marcha adelante, como espero, es preciso que miéntras dure, y despues y siempre, nadie me tome en lenguas. Soy honrada, quiero ser honrada, honradísima, por respeto á mi nombre, á mi familia... ¡Ah! mi familia,—añadió suspirando otra vez... Si me hubiera acogido con amor, no hubiera dado yo un mal paso!... Mi familia tiene la culpa, ¿no es verdad padrino?

—Sí, sí, hija mia. Ella tiene la culpa.—Pero vamos á lo que importa... ¿Con qué cuentas para mantenerte? ¿Qué te queda de lo que te dejó tu tio?

—Nada,—replicó con profunda tristeza la joven haciendo con sus manos un significativo movimiento que

representaba el vacio. ¡Pero trabajaré! ¿No tengo yo manos?

Y diciendo esto se le representaron en la imaginacion figuras y tipos interesantísimos que en novelas habia leido. ¿Qué cosa más bonita, más ideal, que aquella jóven, olvidada hija de unos duques, que en su pobreza fué modista de fino, hasta que, reconocida por sus padres, pasó de la humildad de la buhardilla al esplendor de un palacio y se casó con el jóven Alfredo, Eduardo, Arturo ó cosa tal? Bien se acordaba tambien de otra, que habia pasado algunos años haciendo flores, y de otra cuyos finos dedos hacian deslumbradores encajes. ¿Por qué no habia de ser ella lo mismo? El trabajo no la degradaba. ¡La honrada pobreza y la lucha con la adversidad, cuán bellas son! Pensó, pues, que la costura, la fabricacion de flores ó encajes le cuadraban bien, y no pensó en ninguna otra clase de industrias, pues no se acordaba de haber leido que ninguna de aquellas heroinas se ocupara de menesteres bajos, de cosas mal olientes ó poco finas.

"¡A trabajar, á trabajar!—exclamó inundada de aquel entusiasmo que tan fácilmente se posesionaba de su alma.

—Yo te ayudaré. Si tuviéramos ahora la máquina... Harias camisas de hombre...

—¿Camisas de hombre? Eso no me gusta.

—Ó ropa blanca de señoras... Cosa rica, cosa buena.

—Mejor seria... Yo pensaré.

—Confecciones, sombreros... ¿qué tal? Tú tienes un gusto...

—Gusto sí.

—Consulta con Emilia. Ella te dará buenos consejos.

—Yo lo pensaré; yo meditaré sobre esto y lo decidiré pronto. Ahora vamos á otra cosa. De nada vale el trabajo sin órden y economía.

—Perfectamente; muy bien pensado y dicho,—exclamó Relimpio dando todo su asentimiento á aquella gran idea. —Si no, acuérdate de lo que hacia mi pobre Laura con lo poco que se ganaba. Hacia milagros.

—Por consiguiente, de aquí en adelante, gastar poquito, y sobre todo, saber lo que se gasta, pues si no se sabe, se equivoca una. ¿Creerá usted que en mi vida he apuntado una cifra? Todas mis cuentas las he hecho siempre con mi cabeza. Así ha salido ello.

—¡Oh! malo, malo... La primera condicion del órden es una buena contabilidad. La Providencia te depara en mí á uno de los hombres, no lo digo por alabarme, á uno de los hombres que no temen desafiarse con todo Madrid en contabilidad y Partida Doble. Has hecho tu suerte, chica. Ya verás, ya verás qué libros.

—Todo lo apuntaremos,—dijo Isidora jugando con aquella idea, como un niño juega con una mariposa.—Se dice, por ejemplo: hay que gastar tanto, las cosas valen cuanto; y luégo se apunta todo...

—Nada, te has salvado, chica. Vamos á ver. ¿Tomas criada?

—Pienso pasarme con Ramona.

—Admirable. Yo te auxiliaré en todo... Ramona es buena y humilde, pero algo torpe. Ya la despabilaremos. Á fé que va á lidiar con tontos; ya, ya. Yo te la instruiré en dos palotadas. Mira, pon atencion y verás cuánto puedo ayudarte. Yo,—dijo marcando por los dedos las distintas funciones que iba á desempeñar,—te haré la compra; yo... te aviaré las luces; yo... te haré todos los recados que exijan cierta inteligencia, como cobrar cuentas, tomar localidades en algun teatro, etc...; yo... coseré á máquina si decides comprar una; yo... apuntaré en mis libros todos los gastos é ingresos, sin olvidar, sin perdonar ni el ochavo que se le da á un pobre; yo... por último, cuidaré á Riquin

y le pasearé y le entretendré todo el tiempo que me dejen libre mis ocupaciones principales.

—Bueno, bueno.

—Y tambien entiendo de limpiar metales, de componer algo de carpintería; hasta de cocina entiendo un poco... Ea, señora,—dijo restregándose las manos una con otra con tanta fuerza que á poco más saca fuego,—empecemos. Disponga usted la compra de mañana.

—Un duro.

—Es un despilfarro. Vengan catorce reales. Yo me entiendo. Basta de mimos. Comerá usted lo que haya.

—Hay que traer carbon.

—Eso es aparte.

—Y cerillas.

—Las compraré al por mayor. Una gruesa... Traeremos al por mayor todo lo que se pueda, para lo cual destinará usted una cantidad que se carga á la cuenta del mes. Quédese el diario en diez reales y déme usted seis duros para el por mayor. Adelante. ¿Qué principio traigo?

—Langosta.

—¡Un ojo de la cara!

—No importa. Por una vez...

—¿Qué postre?

—¿Habrá tangerinas?... Ciruelas de Burdeos.

—Eso es caro; pero yo lo sacaré barato. Regatearemos, sí señora, regatearemos.

—El queso de Italia, la cabeza de jabalí y las salchichas de Bolonia me gustan.

—Todo eso, traido al por mayor, puede obtenerse... en buenas condiciones

—No tomaremos Champagne. Es muy caro.

—Veremos si hallo una partida... pues... en buenas condiciones.

No prolongaremos la relacion circunstanciada de lo que hablaron padrino y ahijada aquella noche. Acostóse Isidora pensativa, y D. José se retiró muy entusiasmado á su cuartito. Durmióse como un serafin, y soñó que estaba en la contaduría de una casa grande, donde habia catorce empleados y más de cien libros. Ingresos y gastos ascendian á millones; pero todo iba al pelo. Era D. José como un director de orquesta, sólo que los músicos eran escribientes y las notas números. La sinfonía de órden que resultaba mecia en embriagador arrobamiento el espíritu del tenedor de libros.

Al dia siguiente, cuando Isidora se levantó, ya estaba su padrino de vuelta de la compra. Traia el cesto bien repleto, y fué sacando cosas y mostrándoselas á Isidora, que admiraba la bondad y baratura del género.

"El primer gasto, hijita, ha sido para comprar estos tres libros de cuentas,—dijo Relimpio mostrando dos enormes y un pequeño.—El Mayor y el Diario, y un Provisional. Sin esto no haremos nada, porque la base del órden es una contabilidad perfecta... ¿Ves? aquí está la langosta. Te permito este lujo. Aquí está la carne. No compré las ciruelas. Conténtese usted con dátiles. Tampoco he traido Champagne porque no lo hallé en buenas condiciones. Patatas... Faltan los garbanzos y el azúcar, que no pude comprar porque se me acabó el dinero... ¡Ah! un mazo de cigarros para mí.

—Muy bien,—dijo Isidora con benevolencia, echando una mirada compasiva á los libros de cuentas. Todo está muy bien.

D. José tuvo que salir á la calle dos veces más porque era preciso traer los garbanzos, el azúcar y los huevos. Despues volvió á salir porque no habia sal, ni peregil, ni sopa. Trajo tapioca, y de camino tomó nota de

diversas cosas que se pudieran adquirir... *en buenas condiciones.*

Luégo que almorzaron, alegres y satisfechos del buen principio que tenia una vida tan arreglada y económica, Isidora se fué á vestir á Riquin y á entretener con él la tristeza que no podia dominar. Más tarde se bañó, costumbre á que no podia renunciar. La peinadora vino luégo y se distrajo con ella un rato. Tampoco podia acostumbrarse á peinarse por sí misma. Toda aquella tarde estuvo pensando en la clase de ocupacion que más le convendria; pero sus grandes cavilaciones no llevaron luz ninguna á la confusion y perplejidad que en su mente reinaba.

En tanto D. José se dió con toda su alma á la gran tarea de abrir las cuentas en los libros. Con una importancia y gravedad indecibles, apuntó gastos é ingresos, sin olvidar lo más mínimo; *cargó* y *abonó*, dibujó preciosos números, tiró líneas con regla, hizo cuenta de *varios á varios*, de *imprevistos*, de *suplidos* y de *deudores varios*. En ésta, dando una prueba de acrisolada honradez, puso el importe de los cigarros que con el dinero de su ahijada se habia comprado.

CAPÍTULO III.

Entreacto en la Iglesia.

Un mes no completo habia transcurrido de esta vida honrada y económica, sin que Isidora pudiera llegar á decidir en qué profesion, arte ú oficio habia de emplear su talento y ganas de ponerse al trabajo. Los libros de don José, ya repletos de números, no contenian más que partidas fallidas, y daba dolor ver en sus garabateadas páginas el triste papel que hacian los Haberes junto á las nutridas columnas del Debe. Veamos cómo pasaba el tiempo la dueña de la casa. Entre bañarse, peinarse, vestir y arreglar á Riquin se le iba la mañana. Por la tarde, si no tenia que ir á casa del procurador, solia matar el fastidio en las iglesias, de donde resultó que en aquel período oyó más sermones y rezó más novenas que en el resto de su vida. Distraíase con estas superficiales devociones, y áun llegó á figurarse que se habia perfeccionado interiormente. Recordaba las oraciones aprendidas en su niñez, y se deleitaba con las cosas de religion, por pura novelería. Pero esta santidad de capricho no sofocaba, ni mucho ménos, su orgullo dentro de la iglesia. Más que el sermon ampuloso, más que el brillo del altar, más que la poesía del templo y sus imágenes, llenas de expresion, la cautivaba el señorío que iba por las tardes á la casa de Dios. Cuando habia novena ó Manifiesto costeado por alguna dama de

la aristocracia, de aquellas que ocupaban los bancos de la nave central ostentando en su pecho la cinta de la cofradía, Isidora no faltaba, y desde el rincon de una capilla observaba todo con interés profundo, más atenta á las Magdalenas que venian con el bálsamo, que á Jesús mismo. Causábale admiracion y envidia la señora del petitorio, que no cesaba de repiquetear con una moneda en la bandeja de plata.

Pollos elegantes y atrevidos se agolpaban en las naves laterales para mirar á las niñas y ser de ellas mirados. Habia sonsonete de rezos y rumor de cuchicheos mundanos, los cuales, unidos al rodar de coches de lujo en la calle, no permitian oir con claridad el sermon. ¿Pero qué le importaba á Isidora el sermon aunque saliera de labios elocuentes? Lo que á ella le importaba no eran las manotadas y enfurecimiento de aquel santo varon que no cabia en el púlpito, sino el aspecto y brillo del público, de aquel público que, si hubiera revisteros de iglesias, seria *distinguido, elegante* y *numeroso* como el de los teatros. ¡Oh! ¡Dios de mi vida! ¡Qué injusticia tan grande! La pobre señorita Isidora no debia estar olvidada en un rincon, al lado de cuatro viejas rezonas, sino en la gran nave, donde luciera como merecia, ó pidiendo en la mesa de petitorio entre dos velas. ¡Qué bien repicaria ella en la bandeja, y qué maña se daria para que cuantos entraban aflojaran duros y pesetas! La belleza de las postulantes aguza la caridad.

Una tarde notó que un señor la miraba mucho. Sus ojos, distraidos de cuanto en la iglesia habia, pasaban por delante del orador (con no poca irreverencia) é iban derechitos á buscar á Isidora al fondo de la capilla donde ponerse solia. A la tarde siguiente observó que aquel señor de los ojos irreverentes entraba acompañando á unas damas muy guapetonas; que éstas pasaban al centro, adorna-

das con la cinta de la cofradía, y que él se quedaba entre la masa de hombres. Seguia mirándola, y ella le miraba alguna vez sin otro móvil que el de la curiosidad. El caballero, en verdad, no tenia nada de simpático; era muy descarado, bastante feo, morenísimo, de edad entre los cuarenta y cinco y los cincuenta. Miéntras Isidora hacia estas y otras observaciones, notaba que algunas de las elegantes cofrades eran miradas tenazmente por los caballeretes, y que ellas solian mirarles tambien con afectada distraccion, de donde vino á considerar que si tanto flechazo de ojos dejase una raya en el espacio, el interior de la iglesia pareceria una gran tela de araña. ¡Mísera humanidad!

Tercera tarde. Cuando Isidora salió, ya anochecido, vió en la puerta al señor miron. Estaba con Miquis, y al pasar ella cuchichearon. Apresuró la jóven el paso y se fué á su casa, donde Relimpio, celoso del buen desempeño de su cargo, se creyó en el deber de manifestarle sériamente el horroroso déficit que arrojaban los libros. Las cifras del Debe, encrespadas y amenazadoras, eran ya como las olas de un piélago tempestuoso donde naufragaba el frágil esquife del Haber. ¡Oh! Fugaz curso de las cosas humanas! Aquel órden tan perfectamente inaugurado, no era más que humo. No sólo se habia acabado el dinero, sino que se debia á todo el mundo; y el panadero, la lechera y el de la tienda venian todos los dias á dar tormento con su grosero pedir. D. José les recibia con bondadosa sonrisa, les enseñaba los libros de cuentas, por el forro, y les decia: "No hay cuidado, señores; estamos esperando fondos, y ya no pueden tardar."

Isidora padecia horriblemente con este género de vida, pues su carácter, su nobleza no se avenian con las trampas. Gastar mucho, sí, pero pagar sin dilacion era su ideal. Habia llegado á carecer de lo más preciso. La limpieza de

sus bolsillos era absoluta, y el crédito, apurado ya, faltaba. ¡Qué habria sido de ella si sobre estos horrores no apareciera un sol de vida y esperanza! ¡Ganar el pleito! La idea de un triunfo próximo le daba fuerzas para hacer frente á tantas humillaciones. Iba á ver al procurador; pero si éste le decia que habia tarea para mucho tiempo, le entraba un descorazonamiento, una pena tan grande... Volvia á su casa, se entretenia con su hijo, resucitaba los proyectos de trabajar... ¿pero en qué? Convencíase pronto de que era imposible; sonaba la campanilla de la puerta anunciando acreedores que entraban fieros como leones; y á los tormentos de zozobra y vergüenza seguian horas y noches enteras de tristeza y desaliento. El nuevo dia llegaba acompañado de la escasez, de la privacion, de la miseria...

No se sabe cómo se puso al habla con Isidora el señor miron; pero es indudable que se puso. Manifestó él conocer los antecedentes todos y la historia completa de la desgraciada jóven, y se presentó como un bienhechor de la humanidad, amparo y arrimo de la orfandad desvalida. ¡Era tan rico!... ¡pero tan antipático...!

¡Pobrecito D. José! Ahora sí que eres el más infeliz de los hombres. No sólo te han quitado tus venerandos libros, sino que te han puesto de patitas en la calle con órden expresa de no volver á presentarte en la casa de tu ahijada. ¡Crueldad sin ejemplo! Hay hombres que parecen fieras... José, eres un mártir.

CAPÍTULO IV.

A ó B... Palante.

I.

Miéntras duraron en casa de Isidora las abundancias y el regalo, Mariano hizo la vida de señorito holgazan, rebelde al estudio, duro al trabajo, blando á la disipacion y al juego, manifestando con su precocidad para dar gusto á los sentidos, que habia de ser muy menguada en él la vida del espíritu. Parece que la Naturaleza quiso hacer en aquella pareja sin ventura dos ejemplares contrapuestos de moral desvarío; pues si ella vivia de una aspiracion insensata á las cosas altas, poniendo, como dice San Agustin, su nido en las estrellas, él se inclinaba por instinto á las cosas groseras y bajas; recibia gusto especial del desaliño, y recogia con lamentable asimilacion todas las palabras necias y bárbaras para darse, usándolas desvergonzadamente, aires de maton. Pronto comprendió Isidora que su hermano no seria nunca persona decente, y que no habia debajo del sol colegio alguno capaz de darle pulimento. Y si al principio podia dominarle, valiéndose del amor que Mariano le tenia, más tarde aquel amor se enfrió; con el cariño huyó el respeto, y ya no fué posible contener la impetuosa inclinacion del muchacho á la vida vagabunda y aborrecimiento del estudio. Pasado algun tiempo de luchas, empezó á tenerle miedo,

asustada por su bestial y aborrecido lenguaje. Donde suena un lenguaje soez sólo puede haber malas acciones y pensamientos poco delicados. Donde cantan las ranas, ¿qué ha de haber sino charcos y cieno?

Cuando Pecado curó de las heridas que le hizo el novillo de Getafe, Isidora se armó de valor, echóle un sermon, y le dijo muy clarito que no volveria á tener un cuarto si él mismo no lo ganaba. Quedó, pues, convenido que aprenderia un oficio; pero hasta en aquella ocasion excepcional descollaron, sobre el enojo de Isidora, sus pruritos aristocráticos, porque no consintió que su hermano fuera zapatero, ni albañil, ni cerrajero, ni sastre, ni ménos peluquero; y discurriendo sobre á cuál industria le dedicaria, vino en determinar que seria grabador, es decir, fabricante de esas preciosas estampas que adornan las publicaciones ilustradas y de las magníficas reproducciones de los Museos... Para que la industria se pueda hacer pasar por noble, necesita fingir parentescos con el arte.

Buscando por ahí, buscando por acá, no se hallaban otros talleres que los de litografía. Miquis tomó con empeño el asunto, y habló al cuñado de Matías Alonso, un tal Juan Bou, que se habia establecido recientemente, y tenia, entre otras cualidades, la de ser muy severo con sus oficiales. Accedió Bou á admitir á Mariano, de cuyas inclinaciones aviesas se le dió noticia para que le tratase con rigor y sacara de él, si era posible, un obrero hábil y trabajador.

Juan Bou era un barcelonés duro y atlético, de más de cuarenta años, dotado de esa avidez de trabajar y de esa potente iniciativa que distinguen al pueblo catalan; saludable como un toro, segun su propia expresion; de humor festivo y palabra laboriosa. Su cara, enfundada en copiosa barba negra y revuelta, mostraba por entre tanto áspero pelo dos ojos desiguales, el uno vivísimo, dotado de un

ligero movimiento rotatorio, el otro fijo y sin brillo; más abajo, y puesta como al acaso, una nariz ciclópea; más arriba una frente lobulosa, que estaba pidiendo algunos golpes de escoplo para ser como las demas frentes humanas; item, una cicatriz sobre la ceja derecha, resultado, segun decia, del *beso de una bala*... Podia pasar por marinero, curtido en cien combates contra las olas, y tambien por bandido de las leyendas. Tenia en sus extremidades altas dos manojos de dedos, con que trabajaba; y ciertamente, nadie que viera la tosquedad de aquellas manazas creeria que eran delicadísimas para el dibujo. Su estructura basta las hacia más propias para la maroma de la vela mayor ó la palanca del cantero. Respiraba como el fuelle de una fragua, y siempre tenia tos; pero una tos tan bronca y sofocante que, cuando le daba el acceso, se quedaba mi hombre cabeceando y todo encendido, y parecia que iba á reventar, y el ojo rotatorio se le echaba fuera, miéntras el apagado se escondia en lo más hondo de la órbita.

Tenia dos géneros de fanatismo; el del trabajo, pues no podia estar inactivo nunca, y el de la política. Deliraba por los derechos del pueblo, las preeminencias del pueblo y el pan del pueblo, fundando sobre esta palabra ¡pueblo! una serie de teorías, á cual más extravagante. Realmente estas teorías no eran suyas. Una generacion se habia embobado con ellas, mirándolas como pan bendito. Pero Juan Bou las habia sublimado en su mente indocta, convirtiéndolas en una fórmula de brutal egoismo. Segun él, muchos miembros importantes del organismo social no tenian derecho á ser comprendidos dentro de esta designacion sublime y redentora: ¡el pueblo! Nosotros, los que no tenemos las manos llenas de callos, no éramos pueblo; vosotros, los propietarios, los abogados, los comerciantes, tampoco érais pueblo... De toda idea exclusiva nace una tiranía, y de aque-

lla tiranía nació el obrero-sol, Juan Bou, que decia: "El pueblo soy yo."

En Barcelona habia logrado fundar un buen establecimiento de litografía. Pero sus economías y el establecimiento mismo naufragaron por las liviandades de una mujer, con quien, por obra del demonio sin duda, se habia casado. Su señora tampoco era pueblo; era una sanguijuela del país, como vosotros los que esto leeis. ¡Quién le meteria en la cabeza á Juan Bou casarse con la hija de un recaudador de contribuciones! De semejante vampiro, ¿qué podia nacer sino una hembra casquivana, disipadora, levantada de cascos? Enviudó Juan al fin, y para rehacer su peculio destruido, se puso á trabajar de nuevo. Pero con el sacudimiento del 68, encendióse el ánimo del obrero; de manso se hizo furibundo, de discreto charlatan; creyó que el mundo se iba á volver del revés, y que la sociedad alteraria sus términos inmortales; vió la eterna columna con el ligero capitel en el suelo y el pesado plinto en el aire; imaginó que de allí en adelante se andaria con la cabeza y se pensaria con los piés; y llevado de estas ideas, tomó parte en todos los motines, trabajó en todas las sublevaciones, fué desterrado, perseguido, moró en calabozos y arrastró durante algun tiempo vida penosa y miserable.

Cuando los acontecimientos políticos le dieron respiro, vino á establecerse á Madrid, donde vivia su hermana, casada con el conserje de la casa de Aransis. Pero ántes de que pudiera empezar á trabajar, otros acontecimientos le arrastraron de nuevo á las aventuras; cayó enfermo, tuvo que abandonar las luchas políticas, y en Octubre del 73 estaba definitivamente establecido en Madrid, mas no curado de su supersticion redentorista.

Oyéndole contar sus proezas, era cosa de canonizarle. Él no era sólo un apóstol, era un mártir. La fama no tenia

trompetas ni figles bastantes para llevar á todas partes la noticia de sus persecuciones. Las celebridades del partido liberal no habian hecho nada... ¡Farsa, pura farsa! Él lo habia hecho todo, y su gran vanidad no conocia freno cuando se ponia á hacer planes de gobierno. Todo se lo sabia. Éranle familiares las cosas y las personas, y fácilmente lo arreglaria todo. Sus procedimientos tenian el encanto de la sencillez. Lo primero era coger cuatro docenas de individuos y colgarles de los faroles de la Puerta del Sol. Despues venian los decretos, todos de *Artículo único*. ¡Si sabria él lo que habia que hacer, un hombre que habia leido tanto, un hombre que habia arrastrado grillos y cadenas y habia sido llevado de calabozo en calabozo...! Así como el soldado muestra sus heridas, él mostraba la huella de las esposas en sus manos... ¡Habia comido ratas! ¿Qué más títulos necesitaba para gobernar el mundo.

Sus primeros años de trabajo en Madrid fueron muy felices, y ganó bastante dinero. Entónces habia algo de renacimiento industrial y se empezaba á desarrollar el gusto por presentar los objetos mercantiles con primor, halagando los ojos del que compra. Hizo Bou muchos millares de etiquetas para almacenes de vinos, tarjetas de anuncios, cartelillos de tres ó cuatro tintas y cromos ordinarios para cajas de fósforos. ¡Qué iniciativa la suya! Fué el primero que imaginó hacer en gran escala las cenefas con que adornan las cocineras los vasares. Ántes que él nadie habia hecho el siguiente cálculo: Hay en Madrid 92.188 viviendas que son 92.188 cocinas, ó lo que es lo mismo, 92.188 cocineras. Suponiendo que haya 70.000 que renueven el papel tan sólo una vez al mes poniendo sólo tres tiras, resultan 210.000 tiras á cuarto. La resma de 1.000 tiras se vende á tres duros. Las 210 resmas hacen, pues, 630 duros mensuales. Ensayó, y bien pronto las cacharrerías todas

de Madrid expendian papel picado, que en comparacion del antiguo era un modelo de elegancia, pues tenia figuras de majas, toreros y tipos populares.

El único vicio de Juan Bou, si vicio puede llamarse, era jugar á la Lotería. No habia extraccion en que no comprase su par de décimos. Era para él este juego nacional una forma hipócrita de la administracion socialista. Tenia muy mala suerte; pero no desmayaba, y sabia escoger siempre los números más bonitos. Con todo, no habia tenido más ganancias que las de su trabajo. Así, desde que sacó adelante el negocio de las cenefas, estableciose en la calle de Juanelo, donde tenia un taller grande, aunque incómodo. Compró algunas piedras más de gran tamaño, una hermosa máquina de Janiot, guillotina, glaseadora, buenas tintas, aparato de reducciones y otras cosas. Su iniciativa no descansaba. Comprendiendo que algo de imprenta no venia mal como auxilio de la litografía, adquirió cajas y máquina, y se quedó con todas las existencias de una casa que trabajaba en romances de ciego y aleluyas. El material de planchas y grabados era inmenso, y se lo dieron por un pedazo de pan. Montó tambien esta especulacion en gran escala, y los ciegos pudieron comprar la mano de romances á un precio fabulosamente barato. Las cacharrerías, las tiendas de arena y estropajo y los vendedores ambulantes se surtian por muy poco dinero de aleluyas del antiguo repertorio, y de otras nuevas con soldados franceses ó españoles, moros ó cristianos.

El establecimiento era un verdadero laberinto, como formado de distintas piezas, que se habian ido agregando poco á poco, segun las necesidades de ensanche lo pedian. Ocupaba la imprenta destinada á romances y aleluyas la peor y más lóbrega parte. Todo allí era viejo, primitivo y mohoso. La máquina, sonando como una desgranadora de

maíz, tenia quejidos de herido y convulsiones de epiléptico. Consagrada durante seis años á tirar un periódico rojo, subsistia en ella un resto, un dejo de la fiebre literaria que por tanto tiempo habia estado pasando entre sus rodillos y su tambor. Las cajas, donde yacia en pedazos de plomo el caos de la palabra humana, eran desvencijadas, polvorientas y sudaban tinta. Habian servido para componer papeles clandestinos, y conservaban el aspecto de la alevosía que trama sus actos en la sombra. La horrible guillotina, cuya enorme cuchilla lo mismo podia cortar un librillo de papel de fumar que una cabeza humana, ocupaba el ángulo más sombrío de la sucia estancia, que más parecia sótano ó bodega que taller del Arte de imprimir, soberano instrumento de la Divinidad, vicario de la Providencia en la tierra. Viendo aquellos trabajos, se podia sospechar que el tal Arte habia sido encarcelado allí para expiar las culpas que alguna vez, por andar en malas manos, ha podido cometer.

II.

En esta mazmorra de Gutenberg fué metido Mariano para hacer su aprendizaje. Primero le habia puesto Juan Bou á copiar dibujos fáciles con tinta autógrafa; pero mostró tan escasa disposicion para esto, que le confinó á la imprenta, mandándole adiestrarse en la caja. Sus primeras torpezas, sus descuidos, sus malas respuestas, fueron castigadas tan severamente por el maestro, ayudado de una correa, que bien pronto el muchacho le tuvo miedo, y con el miedo vino el respeto y cierta conviccion de que la obediencia y el trabajo le convenian por el momento más que la holganza y la maldad. En poco tiempo adquirió alguna destreza, al amparo de un cajista viejo, casi inválido, y de

un chico listísimo, á quien años atrás conocimos y conoció mejor Mariano con el nombre de *El Majito*. Este ganaba cuatro reales y Pecado tan solo dos; pero aquella honrada ganancia llevaba semanalmente á su alma como un grano de legítimo orgullo, el cual bien podia con el tiempo ser base sobre que se construyera la dignidad de que carecia. El rigor del castigo y la obligacion de ocuparse en un ejercicio sedentario y monótono, en local de mediana luz y nada alegre, hiciéronle taciturno; palideció su rostro y adelgazó su cuerpo. A los cuatro meses ya componia él solo, si no con ligereza, con exactitud, las leyendas de las aleluyas, que eran en número fabuloso. Se las sabia todas de memoria y le bastaba ver la tosca viñeta para adivinar y componer en seguida los pareados. Él y su compañero el Majito se disparaban á cada instante los versillos aplicándolos á cualquier idea ó suceso del momento. Tan pronto salia á relucir alguna oportuna cita de la *Vida del Hombre flaco*, á saber: *El verlo en paños menores—causaba risa, señores*, como aquella de la *Vida de don Espadon* que dice: *Todo el dia está bailando—y á su dama acariciando.* El aburrimiento de los dos chicos les llevaba, por una especie de proceso psicológico que enlaza el bostezo con el arte, á poner en música los tales pareados, y cuando el Majito cantaba los de la *Procesion del Viérnes Santo,* que dicen: *Muchos niños en seguida—van con velita encendida,* le contestaba Pecado: *Delante van con decencia—los de la Beneficencia.*

Tambien sabian de memoria, sin olvidar una tilde, los romances de matones, guapezas, robos, asesinatos y anécdotas del patíbulo.

Cuando Mariano ganó tres reales, Juan Bou, haciendo justicia á sus progresos, atendió sus reclamaciones. El muchacho aborrecia la caja. Queria trabajar en litografía; pe-

ro como no tenia aptitud ni pulso para el dibujo, queria ser estampador. Púsose á ello, ayudando al oficial de la prensa y máquina, y bien pronto conoció Bou que Mariano habia escogido bien. Aprendió á manejar con habilidad el ácido y la grasa, y tambien sabia marcar con precision. La máquina agradaba tanto á Pecado, que siempre que podia estaba alrededor de ella, atento á sus ordenados movimientos. Al mirarla, afanada, despidiendo de sus dientes y coyunturas un sudor negro y craso, él sentia que se le comunicaba el vértigo de ella, y por momentos se suponia tambien compuesto de piezas de hierro que marchaban á su objeto con la precision fatal de la mecánica.

Á pesar de sus baladronadas políticas y de su aspecto feroz, Juan Bou, el *ursus spelæus*, era lo que vulgarmente se llama un infeliz, un buenazo, un alma de Dios. Tenia corazon tierno, bondadoso y sensible, y no podia ver una desgracia sin tratar de aliviarla. Si cuando estaba picado de mala mosca su lenguaje era conciso y brutal y se comia los niños crudos, cuando tenia buen humor, su diccion se fluidificaba, adornándose con toda la hojarasca de la fanfarronería. Entónces conversaba familiarmente con los muchachos, mostrándoles, ya la extension seductora de sus sabidurías políticas, ya los dramáticos pasajes de su historia de mártir.

Cuando Mariano llevaba seis meses de aprendizaje y ganaba seis reales, era ¡cosa rara! el oficial con quien más simpatizaba Juan Bou. ¿Habia entre ellos semejanza grande ó disparidad absoluta? No se sabe bien. No se sabe bien tampoco cuál de estas dos cosas engendra la simpatía. Conste, sin embargo, que tambien Mariano era fanfarron, y que en el trato de seis meses con Bou se le habia comunicado la idolatría del ente Pueblo. En cuanto á las sanguijuelas del país, *que se chupan la santa sangre del*

obrero, y en cuanto á todos nosotros, los que no tenemos callosidades en las manos, Mariano creia aborrecerlos tanto como su maestro; pero lo que hacia era envidiarlos, pues la envidia usa mucho la máscara del odio.

En el fondo de su alma Pecado anhelaba ser tambien sanguijuela y chupar lo que pudiera, dejando al pueblo en los puros huesos; se desvivia por satisfacer todos los apetitos de la concupiscencia humana, y por tener mucho dinero, viniera de un modo ó de otro. En esto se distinguia radicalmente de su maestro, amantísimo del trabajo. Bou no queria galas, ni lujo, ni vicios caros, ni palacios; lo que queria es que todos fueran pueblo; que todo el que tuviera boca tuviera una herramienta en la mano; que no hubiera más que talleres y se cerraran los palacios; que se suprimieran las rentas y no hubiera más que jornales; que cada cual no fuera propietario más que de la cuchara con que habia de comer la sopa nacional.

En la sala donde estaba la máquina, tenia Bou su mesa de trabajo, y la piedra en que dibujaba entónces estaba sobre la mesa, puesta sobre un disco de madera giratorio, con cuyo mecanismo él le daba vueltas como si fuera un papel. A poca distancia veíase la prensa de mano donde se sacaban las pruebas y se hacian los reportes. El estampador era un jóven muy aficionado á la charla, hablaba sin ton ni son, escapándose de él el discurso y la palabra como se escapa el aire de un fuelle agujereado. Era un *intellectus* lleno de roturas. Mariano tenia en su laconismo una brutalidad sentenciosa.

"¿Qué hablais ahí, muchachos?—dijo de pronto Juan Bou, que estaba aquel dia de bonísimo talante, por haber cobrado una antigua cuenta.

—Éste—replicó el estampador, con el sentimiento de modestia que le inspiraban sus pocas luces al ponerlas

frente á la sabiduría de su maestro,—éste dice que el año que viene ya no trabaja más.

—Eso lo dirá la correa,—manifestó Bou sonriendo y sin levantar los ojos de la piedra.—¿Y qué vas á comer si no trabajas?... Me parece que tú eres de casta de sanguijuela... Y algo he oido yo. No sé quién me dijo que si eres noble ó no eres noble...

—Dice éste,—prosiguió el estampador, gozoso de que el maestro pensase como él,—que cuando su hermana gane el pleito, será caballero.

—¿El pleito?... ¿Sabeis cómo haria yo que se ganaran de una vez todos los pleitos?—dijo Bou, regocijándose con el efecto que sus admirables ideas causaban en los dos muchachos.—Pues mandaria pegar fuego á todos los archivos, á la escribanía *A* y á la escribanía *B*. Total, que no dejaria un papel vivo. La humanidad no necesita de papeles. Hay que liquidar... ¿estais? Hay que decir: "hasta aquí llegó la cosa„... y *palante*... Yo diria á los jueces, escribanos, alguaciles, magistrados y demas pillería: "¿Quereis almorzar? Pues ahí teneis la azada, el arado, el escoplo ó lo que más os convenga. Pero con papeles no se come aquí, señores...„ ¿Que no querian? Pues hacia un estanque de tinta, les ahogaba en él... y *palante*.

—Dice éste,—repitió el oficial, que se pirraba por delatar los disparates de su amigo,—que todos no son iguales y que él está ya cargado de ser pobre.

—No hay pobreza en la honradez, no hay honra como la del trabajo,—afirmó Juan Bou incorporándose y dejando ver el esplendor lumínico de su ojo rotatorio, que parecia una rueda de fuegos artificiales.—¡Pobre! ¿Qué quiere decir esto? Es una necedad, una... elucubracion contraria á los grandes principios. ¿Tienes satisfechas tus necesidades? sí. ¿Tienes hambre? no. ¿Estas vestido? sí. Pues

eres tan rico como el duque *A* ó el conde *B*, ó quizás más.

Y de este lenguaje sencillo y lapidario, que le ponia á la altura de Marco Aurelio, pasó por graduacion suave á otro más acentuado, más enérgico, si bien no más elocuente, diciendo:

"Todo lo demas es superfluidad y lujo, es explotar al obrero, chupar su sangre, alimentarse de su sudor bendito, comerse los refinados manjares amasados con las lágrimas del pobre. Ved esos que andan por ahí, toda esa chusma de señores y de holgazanes. ¿De qué viven? De nuestro trabajo. Ellos no labran la tierra, ellos no cogen una herramienta, ellos no hacen nada más que pasear, comer bien, ir al teatro y leer libros llenos de boberías... Comparémonos ahora. Nosotros somos las abejas, ellos los zánganos; nosotros hacemos la miel, vienen ellos y se la comen. Nos dejan las sobras, nos echan un pedazo de pan, por lástima, como á los perros... Pero todo se andará, tunantes, todo se andará; vendrá la cosa y haremos cuentas, sí, la gran cuenta, el Juicio Final de la humanidad. ¡Oh! pillos, tambien nosotros tenemos nuestro valle de Josafat. Allí se os aguarda. Allí estaremos. Con un pedazo de lápiz, tamaño así, y un papel de cigarro, basta para hacer el gran balance. Es la liquidacion fácil, porque es la última... y *palante.*

Mariano y su colega le oian absortos.

"Dice éste,—continuó el estampador, incansable en la denuncia,—que él ha de poder poco ó ha de soltar pronto la blusa.

—Vamos á ver,—manifestó el maestro volviendo á su trabajo;—explícanos lo que tú piensas... ¿A qué aspiras tú? ¿Qué deseas tú?

—¿Yo?—dijo Mariano con terrible laconismo.—Tener dinero.

—¡Tener dinero! El dinero es una fórmula, un medio de

cambio,—declaró con olímpica suficiencia Juan Bou.—¿Y si llega un dia en que no haya dinero, en que no represente nada el dinero, porque las cosas, ó mejor dicho, el servicio *A* y el servicio *B* se cambien directamente sin necesidad de ese intermediario?

—Chúpate esa,—dijo por lo bajo el estampador á su compañero.

—Sí, se suprimirá el dinero, que no sirve más que para hacer negocios indecentes. Suprimiendo el numerario quedaran suprimidos los ladrones... y *palante*.

Ambos abrieron medio palmo de boca.

—Pero el dinero,—se aventuró á decir Mariano,—no se ha de quitar hoy ni mañana...

—Quién sabe... La cosa está mal. Dicen que esto se va. Me escriben de Barcelona que se está trabajando...

—El dinero no se suprime,— afirmó Pecado rebelándose tenazmente contra la incontrovertible sabiduría del maestro.

—Hombre, que sí.

—Pues yo quiero ser rico.

—¡Ser rico! ¿Y qué es la riqueza, bruto? Es una cosa convencional, acémila. Hay por ahí unos cuantos tunos que están comiéndose lo que no es suyo, lo que es de todos, del comun, y el dia en que se diga: "ea, bastante ha durado la mamancia...„ va á ser bueno, va á ser bueno. Nosotros diremos: "A ver, señor duque de Tal, ¿de dónde sacó usted las tierras *A* y las dehesas *B*? Señor banquero Cuál, ¿de dónde sacó usted los millones *A* ó *B* que tiene en el Banco?„ —"Hombre, diran ellos, pues yo...„—"Valientes pillos están ustedes, acaparadores, por no decir otra cosa...„ Con que ya ves. No habrá entónces dinero, ni Banco, ni Bolsa, no habrá más que servicios mútuos, toma y daca. Que yo necesito un jamon, el comestible *A* ó el

comestible *B*. Me voy á la tienda, y me encuentro que el tendero necesita etiquetas, anuncios. Pues ahí va, y venga. El sastre le hará pantalones al zapatero, y el zapatero le hará zapatos al sastre. Es un organismo sencillísimo, brutos. Vosotros, no habeis estudiado la cosa, no habeis trabajado por la cosa, no habeis estado en calabozos, no habeis comido ratas desabridas... Se trata de un organismo, ¿sabeis lo que es un organismo?

Ambos callaron. Creian que se trataba de un organillo; pero no se atrevian á decirlo.

"Éste dice tambien,—añadió el denunciador sin poder contener la risa,—que quiere ser célebre.

—¡Célebre! tá, tá, tá,—exclamó Juan Bou, radiante, al considerar el triunfo que se preparaba á su oratoria.—¿Con que célebre y todo?... es decir, hombre grande. ¡Valiente papamoscas! ¿Y qué entiendes tú por celebridad? La de los guerreros y capitanes, la de esos bobos que llaman poetas, escritorzuelos... Los unos son los verdugos de la humanidad: no han hecho más que matar gente. Los otros han engañado y extraviado á la humanidad, contándola mil mentiras y embelecos. Cójeme á tal ó cual guerrero, al poeta *A* ó al prosista *B*. ¿Qué han hecho por el pueblo? Nada. Su celebridad se acabará tambien, porque se suprimirá la historia. Se hará una historia nueva en que no figuren más que los que han inventado una máquina ó perfeccionado la herramienta *A* ó *B*. Esos sí, esos sí que tendrán estátuas.

—¿Y quién... va á hacer las estátuas?—preguntó con gran viveza de pensamiento Mariano.

—Toma,—dijo Bou, reponiéndose despues de desconcertarse un poco;—los escultores. Habrá escultores que harán las estátuas de los obreros célebres, de los padres de la patria, y se les pagará con comestibles, mano de obra...

Parece que eres tonto... Ahora si tú quieres ser célebre inventando la direccion de los globos, ó cosa así, entónces nada te digo. Por ahí, por ahí... Pero no envidies á los personajes del dia, á esas sanguijuelas del pueblo. Mira tú qué tipos: ¿Prim? un tunante. ¿O Donnell? un pillo. Tiranos todos y verdugos. Olózaga, Castelar, Sagasta, Cánovas. Parlanchines todos. ¿Y ese Thiers, de Francia? Otro que tal. Cuando toquen á barrer, vereis como queda esto... Nada, nada, aplícate á este oficio y puede que llegues á notabilidad. Ya sabes, comerás y vestirás con tu trabajo. Toma y daca... y *palante*.

—Pero éste dice que quiere ser célebre, aunque sea haciendo una barbaridad.

—Hombre, hombre, ¿tú quieres dar golpe? Valiente papamoscas. Pues dalo, hombre, dalo. No te faltará ocasion. Cuando se grite "abajo la tiranía,„ pórtate bien. Inventa cualquier cosa, aunque sea una barbaridad, como dices. Puede que no lo sea. Hoy se tiene por barbaridad lo que mañana quizás se mire como una gran accion. Nada, hombre... *palante*, *palantito*...

Siguió hablando en este tono y desarrollando una idea con tal copia de audaces juicios, que los dos muchachos le oian como si fuera una sibila.

"Lo que yo quiero es moneda, volvió á decir Mariano con su concisa rudeza.

—¡Ah! ya no quieres celebridad, sino plata. No era como tú el célebre Erostrato.

—¿Quién?

—Uno que pegó fuego,—dijo Bou reventando de erudicion,—á un templo... no sé si de Babilonia, de Venecia ó de dónde.

—¿Y sacó dinero?

—Vuelta con el dinero.

—Con dinero se tiene todo.

—Y tú quieres tener todo; gozar, disfrutar, lo mismo que cualquiera de esos pillos, lo mismo que la sanguijuela *A* ó la sanguijuela *B*...

Mariano gruñia, dando á conocer, con bárbaro modo, su ardiente anhelo de ser sanguijuela.

"Ea, bastante se ha charlado,—dijo el maestro echando un vistazo á la prensa.—*Palante*... sacadme esos reportes ahora mismo.

Y siguió un silencio sólo turbado por los rumores de la actividad taciturna. Oíase el gemido de la prensa, el roce del pegajoso rodillo negro y el rascar de la pluma del maestro sobre la piedra. Juan Bou, que aunque buen catalan tenia un oido infernal, destrozaba entre dientes la Marsellesa, como destroza el fumador la colilla del cigarro. Despues escupia unas cuantas notas, y callaba para empezar de nuevo al poco rato. Se habia contagiado de la aficion de sus aprendices á cantorrear los pareados de las aleluyas, y así, sin pensarlo, cantaba con la música de Rouget de L'Isle estos versos: *Muchos niños pequeñitos—van vestidos de angelitos*.

CAPÍTULO V.

Entreacto en el Café.

Mariano pasó algun tiempo en esta vida sin que ocurriera cosa alguna digna de ser contada. Pero en la primavera del 76 ya empezaba á aburrirse. Dejaba de asistir al taller con harta frecuencia, y se pasaba horas y más horas en el café del Sur. Por el afan de aumentar su peculio habia contraido el vicio del juego, frecuentando innobles garitos, ó agregándose á los nefandos círculos que al aire libre, en las puertas de los ventorros de extramuros funcionan. Su suerte era mala, se aturdia y perdia casi siempre. Cuando ganaba se permitia lujos desenfrenados, como ir al teatro de la Infantil y ver todas las funciones, desde la primera á la última, convidarse á chuletas con tomate en cualquier taberna, ir á los bailes vespertinos de criadas y modistas, donde danzaba y hacia conquistas. Cuando las ganancias habian sido por ventura fenomenales, alquilaba un jamelgo, se iba trotando hasta la Puerta de Hierro, ó daba la vuelta á Madrid pasando por el Retiro entre las filas de coches de lujo y ginetes ricos. Para que esta parodia vil y nauseabunda de las disipaciones de la clase superior fuese más completa, tenia sus pequeñas deudas con el mozo del café y con los amigos.

Ya faltase todo el dia al taller de Bou, ya asistiese puntualmente, nunca dejaba de ir al café del Sur. A veces no estaba más que un rato, á veces cuatro ó cinco horas. Se

le veia solo, en blusa azul y gorra, con los codos sobre la mesa, el vaso de café delante y en la boca un puro de á cuarto, mirando las nubecillas de humo con estúpida somnolencia.

¿Pero quién es aquel señor que abre la puerta del café y esparce su vista por el local, como buscando á alguien, y desde que ve á Mariano viene hácia él, y se le sienta enfrente? ¿Quién ha de ser sino el bendito D. José? Bien se conoce en su faz su martirio y las tristezas que está pasando. Ved su cara demacrada y lánguida, sus ojos impregnados de no sé qué melancolía de funeral; ved tambien sus mejillas, ántes competidoras de las rosas y claveles, ahora pálidas y surcadas de arrugas. ¿Qué le pasa? Él nos lo dirá. Durante algun tiempo su único consuelo ha sido agregarse á Mariano en el café del Sur y frente á él exhalar sus quejas, semejantes á las de los pastores de antaño, y así como las ovejas (dicho está por los poetas) se olvidaban de pacer para escuchar los cantos de los Salicios y Nemorosos, Mariano dejaba enfriar el café por atender á lo que don José le referia.

"Hoy tampoco la he podido ver,—dijo aquel dia (Abril de 1876).—Ese Sr. Botin es un verdugo: no la deja salir de casa; no la deja asomarse al balcon... Te digo que me gustaria que el Sr. Botin y yo nos viéramos un dia las caras... Yo soy padrino de tu hermana, yo soy su segundo padre, y debo velar por ella... ¡Luégo el pobre Riquin estará tan solo; extrañará tanto no verme á todas horas, y no jugar conmigo, como ántes!... Porque has de saber que Riquin no quiere á nadie más que á mí; me quiere más que á su propia madre. Lo que es á Botin no le puede ver.

Al decir esto, Relimpio dejaba conocer, al trasluz de su pena, el regocijo de la venganza. ¡Riquin no queria al otro! ¡Oh placer de los dioses!

—Mi hermana tiene la culpa,—dijo Mariano.—Ese tio Botin es una fiera. ¿Por qué no le planta en la calle, como es debido? Pero vea usted... de aquellas cosas que pasan, ¡puño!... El es rico; ella se ve mal... Si trabajara como yo, viviria como es debido... De consiguiente, yo no pienso poner los piés en su casa, porque una vez que fuí, me dijo que no volviera. De consiguiente ese Botin no quiere que ni yo, ni usted, ni mi tia Encarnacion vayamos allá. No quiere estorbos. Yo no voy, porque suponga usted que nos encontramos Botin y yo, hablamos, y sin saber cómo, pues... de aquellas cosas que pasan... reñimos. Total, que me hago cuenta de que no tengo tal hermana.

—Si al ménos la dejara salir á la calle siempre que ella quisiera,—indicó Relimpio embuchándose el café, miéntras el otro se rompia las mandíbulas para sacar humo del duro cigarro.—Pero, quiá, quiá. Tiene que valerse de mil tretas para salir. La pobre lleva ya tres meses de esta vida y no sé cómo aguanta. ¿Al teatro? que si quieres. Los domingos la hace ir á misa, y aquí paz. Dicen que ese señor es mojigato.

—Es rico,—afirmó Mariano con el tono de asombro mezclado de respeto que empleaba siempre para expresar aquella idea.

—Riquísimo. Gana muchos millones. Si lo dejan se come á España en ménos que pía un pollo. ¿Y no sabes lo mejor? Es casado. Mira, si yo no fuera una persona decente, le escribiria un anónimo á su señora contándole los devaneos... Pero no está en mi sangre, no. La señora de Botin es condesa ó baronesa, él es conde ó baron consorte, ¿te enteras? Ella es, segun dicen, buena persona, y hace muchas caridades. Hablan de que va á fundar un hospital.

—Sanguijuelas del país y del pobre que trabaja, ¡repuño!... Ellos gastan lo nuestro... Pero ya, ya verán ¡puño! El

mejor dia... de aquellas cosas que pasan... el mundo da una vuelta, y *palante*... Ahora nos toca á nosotros. De consiguiente, venga dinero. Que todo se reparta como es debido.

—Y el que no trabaje que no coma. Lo mismo pienso yo. Desde que se fué D. Amadeo ¡y aquél sí era persona decente! esto está perdido. Es verdad que se acabó la guerra; ¿pero cómo se acabó? á fuerza de dinero. Esta gente es atroz. Aquí no hay administracion, ni se llevan los libros de cuentas del Estado como manda la teneduría. Mira tú; miéntras no se suprima eso de que los exministros tengan treinta mil reales... Yo no sé cómo no se les ocurren estas cosas... Señor, que no podemos con la Hacienda, que hay déficit. ¿Pues qué más tiene usted que quitar tanto empleado vagabundo?... Señor, que la política... Pues fuera política. Si quisieran, todo lo arreglarian bien. Con ir dejando á un lado á los pillos y colocando á la gente honrada... Mira tú, es bien fácil. Á ver... ¿D. Fulano es un hombre honrado? sí señor. Pues venga acá. ¿Y D. Zutano? tambien. Venga. Ea, ya me tienes la administracion arreglada. Yo sé que los tunantes chillarian; pero que chillaran hasta reventar.

Estas sábias apreciaciones duraban poco, y luégo volvia D. José á la monotonía de sus lamentos pastoriles. Durante varios dias repitió las mismas cosas... La habia visto un momento... Estaba desmejorada y triste... Riquin tampoco era feliz... En Mayo añadió á tan enfadosos temas uno que era más agradable á la concupiscencia de Mariano.

—"¿Sabes,—le dijo,—que mi hijo Melchor ha emprendido un gran negocio? Llegó aquí el mes pasado. Por cierto que me cogió desprevenido. Yo le creia en la Habana. Pero el Capitan General le quitó del destino á los veinte dias de haber tomado posesion de él y me le embarcó para la Península... Cosas de la política... envidias y miserias.

—De aquellas cosas que pasan...—murmuró Mariano demostrando perspicacia.—D. Melchor tendria las uñas un poco largas; de consiguiente...

—Quita, quita, hombre. Melchor es la misma honradez.

—Sí; pero... de aquellas cosas que pasan... al verse allí entre tanto dinero... de consiguiente...

—Hombre, no.

—Total, que se volvió para acá sin un real.

—No tanto. Algo ha traido... Pues te contaré el negocio, que es grande, tremendo. Es un secreto que ha descubierto.

—¡Un secreto!... y lo guardará... como es debido.

—No, lo pone á disposicion de todo el mundo. Ha hecho unos prospectitos, ¿sabes? Luégo ha puesto un anuncio en los periódicos, diciendo que el que quiera saber el secreto del negocio mande veinte reales en sellos. Ajajá. No puedes figurarte los sellos que han entrado en casa. Pero ya se va cansando la gente y vienen pocas cartas.

—¿Pero el secreto?

—No sé cuál es.

—Y si... de aquellas cosas que pasan... resulta que no hay tal secreto...?

—Yo no sé... Desde que tomó la casa en la calle de los Abades, donde vivimos, se ocupa de otras cosas. Escribe artículos en un periódico. La ha tomado con las compañías de ferro-carriles y otras empresas gordas, y ¡si vieras! las pone como hoja de peregil. Nada, que las mata, que las está matando. Yo le digo que ya que escribe, escriba de cosas útiles, por ejemplo, de que los ingleses deben devolvernos á Gibraltar. Eso sí, yo creo que si esto se dice un dia y otro dia, al fin hemos de lograrlo. Y si no, guerra, guerra con los ingleses. ¡Ah! ¿No hicimos lo del Callao? Aquello sí que fué grande. Te lo contaré, pues lo sé como si lo hubiera visto.

Pero Mariano no atendia á aquel interesante capítulo de historia. La epopeya de los veinte reales en sellos cautivaba más su espíritu, adormeciéndole en cálculos voluptuosos y combinaciones de riquezas y placeres.

Algunos dias despues, Mariano era el que llevaba noticias del hijo de D. José.

"Ayer,—dijo,—estuvo D. Melchor hablando más de dos horas con Juan Bou. Va á hacer una rifa para los pobres. Está unido con otros señores, y de consiguiente tiene la autorizacion del Gobierno, como es debido. Re-contrapuño, que negocito! Juan Bou hace los billetes y le dan parte.

—Si estoy enterado, hombre. Como que yo he de llevar la contabilidad. Es una idea humanitaria. Ya no habrá más pobres por las calles... Volviendo á lo mismo, Marianin, te diré que la ví ayer en misa. Por la tarde fuí á sacar al niño á paseo. ¡Ah! ¿No sabes? Lo del pleito va bien. Hombre, si te veremos al fin...

Mariano se desperezó, y despues que hubo estirado bien sus estremidades, descargó el puño sobre la mesa diciendo:

¡Maldita sea la Biblia!

Isidora, que vivia en la calle de las Huertas, salia con frecuencia al balcon, y si veia á su padrino paseándose de arriba abajo y echando con disimulo un vistazo al piso segundo, sentia pena y lástima. Unas veces le hacia señas de que entrase, otras de que no entrase, y D. José obedecia con humildad. Llamóle un dia con agraciado gesto, desde dentro, alzando el visillo y mostrando su cara preciosa tras el cristal. Relimpio subió.

¡Cómo le palpitaba el corazon! Entró, cogió en sus brazos al niño, dióle mil besos en la frente, en los rizos, y cargado con él, entró en la sala. Isidora tenia una bata azul

de corte elegantísimo. Acababa de peinarse y su cabeza era una maravilla. Nadie que la viese, sin saber quién era, podria dudar que pertenecia á la clase más elevada de la sociedad. Contemplóla D. José más que con amor con veneracion, con fanatismo, como el salvaje contempla el fetiche, y poco faltó para que se le hincara delante.

"Estás, estás...—le dijo turbado por la emocion,—que pareces una diosa... Vengan las duquesas á tomarte por modelo... ¡Riquin! hijo mio, sol, dame más besos... ¡Bendita sea tu madre!

Mucho se alegraba tambien Isidora de ver á su padrino; pero un asunto urgentísimo les iba á separar al momento.

"¿No viene hoy ese bruto?— dijo Relimpio.

—No, hoy habla en el Congreso.

—¿De modo que me estaré aquí hasta anochecido?

—No, porque tengo que hacer, tengo que salir...

D. José puso una cara tan triste...! Sus ojos vivos se amortiguaron como la llama de la exhausta lámpara colgada delante del santo.

"Tengo que hacer,—dijo Isidora sacando una carta.—Y usted me va á hacer el favor de llevar ahora mismo esta carta á Joaquin.

D. José dió un gran suspiro. Puso la cara más desconsolada y agoniosa del mundo, la cara que pondria toda persona á quien se obligara á beber un vaso de vinagre.

"¿De veras que no estás hoy en casa?

—No. Si usted quiere puede venir á jugar con Riquin.

—Le sacaré á paseo. Está bueno el dia. ¿Qué te parece?

—Muy bien.

—Pues voy, voy á hacer tu encargo,—murmuró el viejo consolándose en la idea de pasear al niño.

Isidora salió. Su traje realizabe al difícil prodigio, no á todas concedido, de unir la riqueza á la modestia, pues todo en ella era selecto, nada chillon, sobrecargado ni llamativo. Llevaba en su cara y en sus maneras la más clara ejecutoria que se pudiera imaginar, y por donde quiera que iba hacia sombra de blasones. Y sin embargo, por desgracia suya, empezaba á ser conocida, y cuantos la encontraban sabian que no era una *lady*.

¡Dama por la figura, por la elegancia, por el vestido!... Por el pensamiento y por las acciones, ¿qué era?... La sentencia es difícil.

CAPÍTULO VI.

Escena vigésima quinta.

Aposento no muy grande, cómodamente amueblado y á media luz.

ISIDORA, JOAQUIN.

JOAQUIN. (*Con admiracion*). Pero qué guapa estás, ó mejor dicho, qué hermosa eres!... Joya digna de un rey, ¿por qué estás condenada á encerrar tu brillo dentro de la esfera de una posicion mediana, oscura y equívoca? ¡Tremendas ironías del destino! Fíate de que el nacimiento y el temperamento te hayan hecho ilustre... si la realidad y el mundo traidor no te permiten manifestarte como eres... Pero no suspires, no te entristezcas hoy. Hoy es dia de alegría, y juntos los dos aquí olvidaremos todas nuestras penas... Cada dia me es más difícil vivir sin tí.

ISIDORA. (*Con coquetería*). ¡Embustero!... Me quieres mucho cuando me necesitas, cuando eres desgraciado. ¡Desde que prosperas un poco, ¡adios! ya no te acuerdas de mí. Yo no debia hacerte caso; pero mi debilidad es más fuerte que mi fortaleza, ¿entiendes?... ¿Quién no tiene un castigo en el mundo?

Mi castigo eres tú. En vez de darme enfermedades ó de volverme fea, Dios me ha dicho: "Quiérele;" y ya ves, te quiero y padezco. El corazon me dice que será constante. Te querré siempre, miéntras viva. Mi corazon es de una pieza. No puede querer sino á uno solo, y quererle siempre... Los hombres, descartado el mio, me hastían; les aborrezco. Uno solo me ha conquistado, y de ese soy. Venga lo que viniere, á mi amor me atengo. No sé como hay mujeres que adoran hoy á éste y mañana al otro. Yo no soy así (*Con tristeza*). ¿No es verdad que nací para ser honrada?

JOAQUIN. Y para mí. (*Entusiasmándose por grados*). Sólo yo te comprendo, sólo yo. Los demas te juzgaran mal quizás. Yo, que te conozco, sé que eres un ángel de bondad. La responsabilidad de tus faltas las tomo para mí y te dejo á tí la gloria de tus bellas acciones. ¡Y qué ingrato he sido contigo! Pero me has dado una de esas lecciones que son propias de las grandes almas. A mis ligerezas respondes con tu generosidad.

ISIDORA. (*Mirándole á los ojos*). ¿Estás satisfecho de mí?

JOAQUIN. Te idolatro.

ISIDORA. ¿Me he portado bien?

JOAQUIN. Como una princesa, como una reina. No todas las coronas están donde deben estar... ¡Ay! Isidora ¡bendito sea tu orgullo! Quien nota en su alma esa cosilla, ese no se qué, signo de elevacion sobre el nivel comun, está preparado para las cosas grandes y sublimes. El orgullo no es en tí un defecto, es una inspiracion santa.

ISIDORA. Pero no tengo la conciencia tranquila... Ya ves que...

JOAQUIN. Desecha las ideas convencionales. Cada accion tiene un punto de vista desde el cual debe juzgársela, lo cual prueba la gran variedad de las perspectivas del alma humana...

ISIDORA. Yo siento algun remordimiento...

JOAQUIN. Porque no has hecho un análisis frio del hecho en sí y te dejas llevar de la rutina.

ISIDORA. (*Gozosa*). ¿Te pusiste contento cuando recibiste mi carta?

JOAQUIN. La besé mil veces, y áun creo que se me escapó una lágrima, cosa en mí muy desusada.

ISIDORA. Ya ves que cumplí mi palabra. El juéves, cuando me pintabas tu compromiso y me decias que tu honor y tu buen nombre estaban en peligro, te dije: "Yo, á quien tan grandes desaires has hecho, te he de salvar„. . No hay nada que me cautive tanto, que tanto interese á mi alma, como un acto de estos atrevidos y difíciles, en que entren la generosidad y el peligro. Nací para estar arriba, muy arriba.

JOAQUIN. En las estrellas te pondria yo.

ISIDORA. Las cosas bajas y fáciles, las pasiones mezquinas no caben mí. Tú me habias hecho muchas picardías; pues ahora verás... Yo soy así. La idea de devolverte bien por mal me daba alegría y valor para vencer las dificultades. Fuí á mi casa pensando en tus apuros. Yo calculaba, discurria, hacia cuentas. A media noche no habia dormido aún; estaba sola. Podia pensar á mis anchas, y pensar en tí como me diera la gana. Llegó la mañana. ¿Qué creerás que hice? La cantidad era enorme. ¡Mil duritos! ¿De dónde habia de sacar yo ese dineral? Pues verás... Vendí mis pendien-

tes de tornillo y mi alfiler grande. Saqué doce mil reales. Compré otros diamantes falsos para que él no conociera el engaño. Despues empeñé la pulsera, el relój; pero nunca bastaba, hijito. Por tu suerte, él me habia dado cierta cantidad para renovar parte de la sillería... pues al monton con ella. En fin, mi tia Encarnacion me proporcionó el resto... Y aquí vienen los escozores que siento en mi conciencia...

JOAQUIN. (*Con excepticismo y fortaleza de espíritu*). Eres una chiquilla. Es preciso que tu inteligencia se ponga á la altura de tu gran corazon.

ISIDORA. (*Con monería*). Déjame; que yo me entiendo. Te diré la verdad pura. Por engañarle no tengo remordimientos. Es un animal á quien aborrezco con toda mi alma. No me merece. ¡Pero hay tantas clases de traicion!... Te diré...

JOAQUIN. (*Azotándola con cariño*). Pero ven acá, tonta...

ISIDORA. (*Abofeteándole con amor*). Escucha, idiota... Digo que las traiciones de dinero no me gustan. Hay algo en mí ahora que las rechaza. Te diré; con gusto ó sin gusto mio, él me da cuanto necesito. Es verdad que los tornillos eran mios; me los habias regalado tú. Pero el alfiler me lo dió él... ¡Y el dinero para la sillería!... Ya ves.

JOAQUIN. Déjame hablar ahora.

ISIDORA. (*Tapándole la boca con la mano*). Aguarda.

JOAQUIN. (*Quitándose á viva fuerza la mordaza y besándola mucho*). Déjame hablar á mí. Escucha, escucha. Si ese animal tuviera cien veces más dinero del que tiene; si en vez de haberse comido una parte del país, se lo hubiera comido entero, todo su caudal no bastaria para pagar una de

tus caricias, áun otorgada con violencia y sin amor. Esa cantidad que he recibido de tí me ha salvado de la deshonra. Yo te queria ya, yo te queria siempre, á pesar de mis devaneos. Pero ahora te adoro, ahora soy tu esclavo. Esta deuda es sagrada, es doble; deuda del corazon y deuda de bolsillo. Te pagaré religiosamente.

ISIDORA. ¡Pagarme! ¡Ay! Yo no cobro nunca. Mis manos no nacieron para eso. Si en algo estimas el beneficio que te he hecho, ya sabes la recompensa que quiero.

JOAQUIN. (*Amoscado*). ¿Cuál?

ISIDORA. Te lo he dicho mil veces. El reconocimiento de Joaquin...

JOAQUIN. (*Sintiéndose atacado de sordera*). No te oigo.

ISIDORA. Que reconozcas á nuestro hijo.

JOAQUIN. ¡Ah! ya... eso es corriente. (*Disimulando su contrariedad*). En estos dias me hallo en tal situacion, que no podré celebrar ningun acto civil... ¡Ay! querida mia, confesor mio, para tí no debo tener secretos. Delante de tí no debo ni puedo disimular mis faltas. He sido un calavera, un disipador; merezco lo que me está pasando. Yo tenia una regular fortuna. ¿Sabes tú cómo se me ha ido de entre las manos? Pues yo tampoco lo sé, y me confundo... Cosa de magia, chica, porque yo... te juro que vivo con una economía... Malditos sean los usureros, fieras desenjauladas, dragones sueltos contra quienes nada puede la humanidad indefensa. Y gracias que renovando á tiempo, con tu divino auxilio (*Da un gran suspiro*), he podido salvar el honor por el momento. A tí te debo que no haya caido una gran

mancha sobre el honrado nombre de Pez... ¿Pero qué sucederá? Que dentro de poco llegará otro vencimiento. Chiquilla, con las fechas no se juega. El tiempo es implacable... Papá me ha hablado sériamente el otro dia. Hemos hecho un balance. Le he descubierto todos mis lios; se ha incomodado, y por fin hemos resuelto que no tengo más remedio que irme á la Habana.

ISIDORA. ¡A la Habana!

JOAQUIN. Sí, con un destino en la Aduana, un gran destino. Es el único remedio. Los españoles tenemos esa ventaja sobre los habitantes de otras naciones. ¿Qué país tiene una Jauja tal, una isla de Cuba para remediar los desastres de sus hijos?

ISIDORA. ¡Ya!

JOAQUIN. Me iré á la perla de las Antillas, como decimos por acá. ¿Quieres ir conmigo?

ISIDORA. (*Reflexionando sériamente*). Te diré... ir contigo seria mi dicha. Yo te cuidaria si caias malo, y te desviaria de tus calaveradas, porque allá... Pero no puedo, no puedo salir de aquí. Tengo que estar á la mira de mi pleito. El abogado me ha dicho que lo ganaré si tengo paciencia. Ya se ha hecho lo que llaman la réplica, y luégo que la señora presente su dúplica, vendrá la prueba... Ya ves, me voy enterando de estas cosillas fastidiosas.

JOAQUIN. Si lo ganaras... (*Afectando confianza*). Yo creo...

ISIDORA. Es el principal móvil de mi vida. Cuando consiento en separarme de tí por pleitear, figúrate si es cosa de importancia...

JOAQUIN. (*Con seriedad*). Y yo lo comprendo... No debes salir de aquí. Cuando yo venga, ¡toma! de seguro te encontraré en pacífica posesion...

ISIDORA. ¡Dios te oiga!... Yo tambien lo creo así.

JOAQUIN. Es evidente... Nada, nada, es cosa hecha.

ISIDORA. Cosa clara. (*Se abrazan para comunicarse recíprocamente su confianza*). ¿Y cuándo te vas?

JOAQUIN. No lo sé. Dejaré pasar el verano. Papá y el Ministro han hablado ya. Aunque en el Congreso se tiran á matar, allá, entre bastidores, son amigos y se sirven bien. Cuando papá era Director, servia á ese señor en cuanto le pedia, y ahora para el Ministro no hay mejor recomendacion que la de mi padre.

ISIDORA. (*Con mucho mimo*). Pero yo siento que te vayas. ¿Por qué no tratas de remediarte aquí? ¿Por qué no trabajas en algo?

JOAQUIN. ¿Aquí? ¡Trabajar aquí!... Tú te has caido de un nido. En España no se recompensa el mérito. ¡Qué país! Es claro; yo trabajaria, yo me dedicaria á algo; ¿pero qué pasa? Los escritores, los artistas, los industriales y hasta los comerciantes, todos se mueren de hambre. Que trabaje el obispo. No hay más medio de ganar dinero aquí que metiéndose en negocios patrocinados por el Gobierno. Pídele datos de esto á tu señor, Sanchez Botin. Es un genio.

ISIDORA. (*Con malignidad*). Es un genio... inaguantable. Está muy hueco con el discurso que pronunció ayer. Es de... de la comision. ¿No se dice así?

JOAQUIN. De la comision, justo. Todavía no he leido su discurso. (*Incorpórase, y del bolsillo de su levita saca un diario*). Es un atajo de barbaridades soporíferas. Cuando hablaba, no habia seis diputados en el salon, y de estos seis, cinco estaban dormidos. Todos los oradores versados en administracion producen

estos efectos de narcótico. Papá mismo, cuando habla de esto... Ayer papá era el único que logró estar despabilado durante la oracion fúnebre-administrativa de Sanchez Botin.

ISIDORA. Pues él dice que apabulló á tu padre.

JOAQUIN. ¡Qué gracia! Verás. (*Amenaza leer*).

ISIDORA. Por Dios, deja eso.

JOAQUIN. Oye qué admirable estilo. (*Lee*). "Los señores que se sientan en esos bancos...„

ISIDORA. ¡Por la Vírgen Santísima!

JOAQUIN. Si esto es muy divertido. (*Sigue leyendo*). "...no quieren acabar de comprender que los que nos sentamos en estos bancos y la comision...„

ISIDOBA. (*Arrebatando el papel de manos de Joaquin*). Si tú le estuvieras oyendo á todas horas...

JOAQUIN. Es un bruto que mereceria el desprecio si no mereciera el presidio Su discurso es el colmo de la sabiduría. Dice que en tiempo de papá eran mayores los escándalos y las irregularidades... Voy á contarte en dos palabras las gracias de Botin.

ISIDORA. (*Tristemente*). ¿Será tarde? (*Hace un gorro con el periódico en que está el discurso de Botin*).

JOAQUIN. No, querida, es temprano.

ISIDORA. Paréceme que entra poca luz, que anochece...

JOAQUIN. Es que se ha nublado.

ISIDORA. Mira el reloj.

JOAQUIN. No me da la gana.

ISIDORA... ¡Qué horas tan felices si no fueran tan cortas! (*Acaba el gorro de papel y se lo pone*). ¿Qué tal?

JOAQUIN. (*Dando su aprobacion expresivamente*). ¡Mona!... Pues te contaré las gracias de Botin.

ISIDORA. ¡Ay! esas gracias me han hecho llorar mucho. Si él supiera las mias...

JOAQUIN. Hace unos quince años Sanchez Botin era un zascandil. Andaba por ahí con un gaban perenne y sucio; pero ya dejaba traslucir sus disposiciones para la intriga; adulaba á todo el mundo, y agenciaba cosas de poco valor en las oficinas. Empezó á levantar cabeza, trabajando elecciones por los pueblos del Alto Aragon. Hacia diabluras, resucitaba muertos, enterraba vivos, fabricaba listas, encantaba urnas. Despues le colocaron en el ministerio, y casó con la de Castroponce, que le aportó dos millones. Hízose diputado y gerente del ferro-carril de Albarracin. Aquí empiezan sus triunfos. Como tiene amistad con el Ministro y allá se gobiernan bien los dos, hace lo que quiere. Figúrate, la ley autoriza á los ayuntamientos para auxiliar á las compañías de ferro-carriles con el 80 por 100 de sus bienes de propios.

ISIDORA. (*Bostezando*). ¡Qué cosas!

JOAQUIN. Tú no entenderás esto. Yo tampoco. Ello es que hay un papel que se llama Inscripciones, el cual está en la Caja de Depósitos. Botin se las arregla para sacarlo, da una pequeña parte al Ayuntamiento, y con el resto y la subvencion van construyendo el ferro-carril sin adelantar una peseta. El Gobierno les da prórogas...

ISIDORA. (*Cerrando dulcemente los ojos*). ¡Qué picardía!

JOAQUIN. (*Con verbosidad*). Pero esta tostada, con ser un negocio inmoral, no es tan atroz como la que resulta de comprar por un pedazo de pan los abonarés de los soldados de Cuba, que llegan aquí muertos de miseria, enfermos y con un papel en el bolsillo. El Gobierno no puede pagarles; pero Botin ha reunido millones en esos abonarés, y

el mejor dia se los admite el Gobierno en pago de un empréstito... Pues en las subastas no te digo nada. Ahí es donde están las ricas tostadas. Él hace lo que quiere. Es un bajá administrativo, mejor dicho, un sultan que tiene las rentas públicas por serrallo. Se pone de acuerdo con el Gobierno, y redacta á su gusto el pliego de condiciones, de manera que no se pueda presentar nadie... ¿Pero qué es eso?... (*Poniéndole la mano en la frente*). ¿Isidora?... Se ha dormido... ¡Qué hermosa está! ¡Qué cuello y hombros tan admirables!... Pura escuela veneciana... Isidora.

ISIDORA. (*Despertando*). Me dormí arrullada por las gracias de Botin... ¿Será tarde? Ahora sí que anochece.

JOAQUIN. Es que cae un chubasco, tonta. El cielo está negro.

ISIDORA. Es hora de marcharme. Mira el reloj.

JOAQUIN. Para que te desengañes. (*Mira el reloj*). ¿Ves? Todavía me debes una hora, segun lo convenido.

ISIDORA. ¡Una hora! (*Con pena*). Sesenta minutos me separan de la presencia de ese bruto. No le puedo apartar de mi imaginacion. Es una pesadilla que me atormenta noche y dia. ¡Cuándo despertaré de ese hombre!... Me parece que le veo entrar esta noche como todas. "Buenas noches,"—buenas noches. —"¿Dónde has estado? Tú has salido"... Aquí de mi talento para inventar cosas. Yo no he gustado nunca de decir mentiras; pero desde que vivo con él, me he adiestrado de tal modo en ellas, que las suelto sin pensar; se me ha desarrollado un talento para mentir... Pues, te diré. Entra él: como entienda que he salido sin su permiso,

¡María Santísima! Él gasta en mí su dinero á la calladita; y me compra cuanto apetezco con tal que no lo luzca, con tal que nadie me vea. Quiere que me ponga guapa para él solo. Basta que cualquier persona me mire para que él se enfade, porque cree que con los ojos se le roba algo de lo que tiene por suyo. No quiere que me dé á conocer en la calle, porque no gusta de escándalos, y se asusta de que esto se descubra. Dice que aquí no estamos en Paris, y que es preciso no chocar, no dar motivo á la murmuracion, no faltar á las buenas apariencias sociales. Es un egoiston y un hipócrita... Lo primero que me encarga es que vaya á misa todos los domingos. Dice que conviene no dar mal ejemplo al pueblo. Cuando echa un discurso sobre los buenos principios que son la base del órden social, me lo lee con una entonacion... ¡si lo oyeras! y me dice con toda su alma: "Yo no puedo desmentir estas ideas. Con que mucho cuidado„... En teatros no hay que pensar. Alguna vez me permite ir de tapadillo, vestida de cualquier modo, y me hace subir á los anfiteatros. Ni aún allí me deja libre, porque le veo atisbándome desde las butacas y observando si miro ó no miro, si hay moros por la costa, ó algun hombre sospechoso cerca de mí... En fin, es un tipo insufrible. ¡Qué celoso, Dios mio! Si me ve asomada al balcon, ya se le figura no sé qué. ¡Ah!... pues lo mejor es que á cada instante me está sacando á relucir su dinero. ¡Qué tonillo toma! (*Remedando voz de hombre*). "Señora, yo me gasto con usted mi dinero, y usted ha de ser para mí„... ¡Para él! El quisiera que yo fuera un vaso de agua

para beberme de un trago. Quiere absorber mis miradas todas y empaparse en mis pensamientos...

JOAQUIN. (*Con desprecio*). ¡Zopenco!

ISIDORA. ¡Y cuánto me hace padecer! Si me rio, cree que me burlo de él; si estoy séria, dice que no le quiero y que estoy pensando en otro. Si me canso me llama *fria, pedazo de mármol.* Me toma cuenta del respirar, y si doy un suspiro, ¡ay, Dios mio! ya está armada la tempestad. ¡Y cómo me agobia! No sabe lo que es delicadeza. Á veces quiere tenerla, y sus melifluidades me dan asco. Ménos me repugna bruto y celoso que enamorado. Mi tia Encarnacion dice que es el papamoscas de Búrgos injertado en el bobo de Coria. Yo me rio de él, no lo puedo remediar. (*Rie*). Cuidado que es feo, ¿no es verdad? No tiene más que la figura, que es medianilla, aunque ha engordado demasiado. ¿Has visto aquella cara apelmazada, que parece hecha en barro á puñetazos?

JOAQUIN. Pues pocos habrá de más pretensiones. Dicen que en los escaños del Congreso está siempre mirándose el pié, porque lo tiene muy pequeño. La verdad es que otro más antipático no ha nacido...

ISIDORA. Cuando palidece se le pone la cara de un tinte ceniciento que causa horror. Si se quita las gafas sus ojos son tan feos, tan raros... Te digo que no se le puede mirar, porque los ojos parecen dos huevos duros, todos surcados de venillas rojas. Cuando el bigote se le desengoma y la barba negra y cana se le desordena, parece un escobillon inglés. (*Rie*). Las manos las tiene bonitas... sin duda es de contar tantos billetes de Banco... Pues no digo nada de la gracia que me hace cuando se pone á echar-

me sermones, y á reirse de mi pleito y de mi nacimiento. Un dia por poco le pego... Cuando está por moralizar, me dice que si me porto bien haré mi suerte con él; que hay muchos modos de ser honrada una mujer, y que yo puedo serlo todavía. *Da un gran suspiro*). "Si quieres llevar una buena vida, me dice, yo te protejeré. Te casarás con un criado mio, que es ni pintado para el caso. (*Con gran indignacion*). Y una vez que estés casada te daré un estanco." ¡Un estanco! (*Riendo con estrépito*). Ese animal no sé qué se figura... Habla muy poco de su mujer. Dice que es un ángel; pero que se ha hecho muy mística, y que él, respetando mucho el misticismo, ha tenido que buscar fuera de su casa lo que en ella no encontraba... No tiene hijos. Una cosa me agrada en él... para que veas que todo no ha de ser malo... Quiere mucho á mi Joaquin, le acaricia, le cuenta cuentos, lo pone á cabalgar sobre sus rodillas, le lleva dulces y juguetes... Esto sólo hace que le respete y le estime un poco, ya que no pueda de ningun modo quererle.

JOAQUIN. Has hecho de él la gran pintura. No tiene delicadeza, ni verdadera generosidad, porque lo que te da es para que realces tus atractivos y te ofrezcas más rica y sabrosa á sus insaciables apetitos... No comprendo estos caractéres. Me parece que son la escoria del género humano; me parecen hechos con algo puramente material y grosero que sobró despues de hacernos á todos, y que pudo tal vez ser destinado á hacer los animales. Pero la mente divina quiso formar la transicion del hombre al bruto, y fabricó á Botin.

ISIDORA. (*Riendo*). Es verdad, es verdad. Entre la palabra y el rebuzno, ¿qué hay? Un discurso de Botin.

JOAQUIN. ¡Bravísimo!... Vamos, cuando me comparo con él... Permíteme que me alabe en presencia de ese bárbaro egoista. Yo vivo de lo ideal, yo sueño, yo deliro y acato la belleza pura, yo tengo arrobos platónicos. En otro tiempo ¿quién sabe lo que hubiera sido yo? Quizás un D. Juan Tenorio; quizás uno de esos grandes místicos que han escrito cosas tan sublimes... Ahora, ¿qué soy? Un desgraciado, por lo mismo que me estorba lo negro en cuestiones de positivismo. Y, sin embargo, yo me congratulo de ser como soy. Es verdad que falto á la moral, ¿pero por qué? Porque no he sabido poner freno á mi fantasía; porque no he podido cerrar y soldar mi corazon, vaso riquísimo que cuanto más se derrama, más se llena... He querido á muchas mujeres; he hecho mil disparates; he derrochado una fortuna. ¡Desventajas de la constante aspiracion á lo infinito, de esta sed, Isidora, que no se satisface nunca! ¿Ves mis calaveradas? Pues nunca he sido verdaderamente vicioso. ¡Oh! ¡quién hubiera sido poeta!... Derramando mi idealidad en versos, habria conservado mi sér moral. Pero nunca supe hacer una cuarteta, ni he sabido distinguir á Júpiter de Neptuno... ¿Ves cómo estoy? ¿Ves mi ruina? Pues mira, tengo la conciencia tranquila. No he despojado á nadie. Joaquin Pez pedirá limosna ántes que comerciar con el hambre y la desnudez de un licenciado de Cuba. Yo no puedo ver en la calle un pobre sin echar mano al bolsillo; yo no puedo ver una mujer guapa sin prendarme de ella. (*Isidora le da un pe*

llizco). ¡Ay! Será debilidad, será lo que quieras. Yo lo llamo *abundantia cordis*, opulencia del corazon... No lo puedo remediar. Soy como una pelota. La mano de la generosidad me arroja, y voy á estrellarme en la pared de la belleza... ¿Ves lo de mi proyectado viaje á la Habana? Pues se me figura que volveré de allá tan pobre como estoy aquí. Yo no sirvo para esto. No soy como mi padre y mis hermanos, que saben Aritmética. Yo no la entiendo. Esa ciencia y yo... no nos hablamos hace tiempo... Yo la he despreciado, y ella se venga haciéndome unas perradas...

ISIDORA. (*Con efusion de amor*). Menos en lo de querer al por mayor, ¡cuánto nos parecemos! Yo tambien veo lo infinito, yo tambien deliro, yo tambien sueño, yo tambien soy generosa, yo tambien quisiera tener un caudal de felicidad tan grande, que pudiera dar á todos y quedarme siempre muy rica... Mi ideal es ser rica, querer á uno solo y recrearme yo misma en la firmeza que le tenga. Mi ideal es que ese sea mi esposo, porque ninguna felicidad comprendo sin honradez. Riqueza, mucha riqueza; una montaña de dinero; luégo otra montaña de honradez, y al mismo tiempo una montaña, una cordillera de amor legítimo... eso es lo que quiero. ¡Oh! ¡Dios de mi vida! (*Llevándose las manos á la cabeza*). ¿Llegará esto á ser verdad?

JOAQUIN. ¿Pues no ha de llegar á serlo?... Abrázame fuerte.

ISIDORA. Ahora sí que es tarde. (*Alarmándose*). Me voy, me voy.

JOAQUIN. Todavía...

ISIDORA. Sí, ya han encendido el gas. (*Mira al techo*). Mira los dibujos que hacen en el techo la sombra de

los árboles de la calle y el resplandor de los faroles.

JOAQUIN. Sí. Sonó la hora triste. Y ahora, ¿qué dia...?

ISIDORA. ¡Ay! tontin, ¿sabes que no lo puedo decir? (*Arreglándose aprisa*). Se me figura que nuestro dragon está receloso. Me vigila mucho. Tengo la seguridad de que sospecha algo. El mejor dia descubre mis gracias...

JOAQUIN. No lo creas...

ISIDORA. ¡Ah! es muy tuno... Sí, yo creo que nos sigue la pista. Estoy viendo que cualquier dia regañamos, y le mando á paseo. Sin ir más lejos, mañana habrá cuestion. ¿No es mañana San Isidro?

JOAQUIN. Sí.

ISIDORA. Pues yo deseo ir á la Pradera y ver la romería, que nunca he visto, y él se empeña en que no he de ir... Allá veremos. ¡Dios de mi vida, qué tarde!

JOAQUIN. ¿Y cuándo te veré?

ISIDORA. Te avisaré con mi padrino. (*Despídense con manifestaciones de ardiente cariño*).

JOAQUIN. Abur, chiquilla.

ISIDORA. *Riquin*, adios. (*Al salir*). No me olvides.

JOAQUIN. (*Solo*). ¡Bendita sea ella! Vale infinitamente más que yo.

CAPÍTULO VII

Flamenca Cytherea.

La union nefanda de estos dos vocablos, bárbaro el uno, helénico el otro, merece la execracion universal; pero no importa. Adelante.

Contraviniendo la voluntad y las amonestaciones claras del Excmo. Sr. (tenia la Gran Cruz) D. Alejandro Sanchez Botin, Isidora fué á la pradera de San Isidro, acompañada de su doncella, de Riquin, de D. José de Relimpio y de Mariano. La prisionera del Sátiro no podia resistir ya el anhelo de expansion, de correr libremente, de ser dueña de sí misma un dia entero, y principalmente de darse el gusto de la desobediencia. Haciéndole rabiar gozaba más que divirtiéndose ella misma. Él se aplacaria, pronunciando un par de buenos sermones, y si no se aplacaba, mejor. Estaba cansada de tan grande y molesto estafermo, y bien podia suceder que no haciendo caso de sus insufribles exigencias llegase á dominarle y someterle. Para fundar este imperio convenia un golpe de Estado.

Entre su doncella y la peinadora la vistieron de chula rica. Aquella mañanita de San Isidro, miéntras duró el atavío chulesco, todo era regocijo en la casa, todo risas y alegría. D. José andaba á gatas sirviendo de cabalgadura á Riquin, que estaba ya vestido desde el amanecer de Dios, y Mariano cantaba en la cocina rasgueando una guitarra.

El vestirse de mujer de pueblo, léjos de ofender el orgullo de Isidora, encajaba bien dentro de él, porque era en verdad cosa bonita y graciosa que una gran dama tuviera el antojo de disfrazarse para presenciar más á su gusto las fiestas y divertimientos del pueblo. En varias novelas de malos y de buenos autores habia visto Isidora caprichos semejantes, y tambien en una célebre zarzuela y en una ópera. Si esto pensaba cuando la doncella y peinadora la estaban vistiendo, luégo que se vió totalmente ataviada y pudo contemplarse entera en el gran espejo del armario de luna, se quedó prendada de sí misma, se miró absorta y se embebeció mirándose, ¡tan atrozmente guapa estaba! El peinado era una obra maestra, gran sinfonía de cabellos, y sus hermosos ojos brillaban al amparo de la frente rameada de sortijillas, como los polluelos del sol anidados en una nube. No le faltaba nada, ni el manton de Manila, ni el pañuelo de seda en la cabeza, empingorotado como una graciosa mitra, ni el vestido negro de gran cola y alto por delante para mostrar un calzado maravilloso, ni los ricos anillos, entre los cuales descollaba la indispensable haba de mar. En medio de Madrid surgia, como un esfuerzo de la Naturaleza que á algunos pareceria aberracion del arte de la forma, la Vénus flamenca. D. José estaba medio lelo y si fuera poeta no dejara de cantar en sáficos la novísima encarnacion de la huéspeda de Gnido y Pafos.

Salieron gozosos, acomodándose en una carretela que alquiló Isidora... y á vivir. Llegaron á la Pradera. Isidora sentia un regocijo febril y salvaje. Todo le llamaba la atencion, todo era un motivo de grata sorpresa, de asombro y de risa. Su alma revoloteaba en el espacio libre de la alegría, como una mariposa acabada de nacer. Almorzaron en un ventorrillo. Nunca habia comido Isidora cosas más ricas. ¡Cuánto rieron viendo cómo se atracaba Mariano! D. José com-

pró dos pitos, uno para Riquin y otro para él, y ambos estuvieron pita que te pitarás todo el santo dia. Si hubieran dejado á Isidora hacer su gusto, habria comprado lo ménos dos docenas de botijos, uno de cada forma. Pero no compró más que cuatro. De todas las fruslerías hizo acopio, y los bolsillos de la pandilla llenáronse de avellanas, piñones, garbanzos torrados, pastelillos y cuanto Dios y la tia Javiera criaron. Nunca como entónces le saltó el dinero en el bolsillo y le escoció en las manos, pidiéndole, por extraño modo, que lo gastase. Lo gastaba á manos llenas, y si hubiera llevado mil duros, los habria liquidado tambien. A los pobres sin número les daba lo que salia en la mano. A todos los cojos, estropeados, séres contrahechos y lastimosos, les arrojaba una moneda. Por último se le antojó tambien pitar y compró el más largo, el más floreado y sonoro de los pitos posibles. Mariano y la doncella tambien pitaron.

Visitó la ermita y el cementerio, y por último, no queriendo acabar el dia sin experimentar todas las emociones que ofrecia la Pradera, visitó una por una las innobles instalaciones donde se encierra algo raro para asombro de los paletos; vió la mujer con barbas, la giganta, la enana, el cordero con seis patas, las serpientes, *os ratas tigres proveniertes do Japao* y otras mil rarezas y prodigios. Por donde quiera que pasaba, recibia una ovacion. Preguntaban todos quién era, y oia una algarabia infinita de requiebros, flores, atrevimientos y galanterías, desde la más fina á la más grosera. Cuando se retiró estaba embriagada de todo ménos de vino, porque apénas lo probaba, embriagada de luz, de ruido, de placer, de sorpresa, de polvo, de gentío, de pitazos, de coches, de ayes de mendigos, de pregones, de blasfemias, de vanidad, de agua del Santo. Cuando llegó á su casa le dolia la cabeza; acordóse entónces de Botin, á quien de seguro encontraria en la

casa, esperándola airado, y entónces cayó un velo negro sobre sus alegrías. Se volvieron oscuras, y andaban dentro de ella azoradas, corriéndosele del corazon á los labios y dejándole un sabor amargo en todas las partes de su sér por donde pasaban.

Al subir la escalera, despacio, se representaba en la mente, segun su costumbre, lo que le habia de decir Botin y lo que ella habia de contestarle. Decididamente le pondria cara de perro; él echaria su sermon de costumbre sobre el escándalo, y despues se aplacaria. Llegaron jadeantes al piso segundo. D. José, que cargaba á Riquin dormido, iba detras pitando todavía.

Entró en la sala y vió luz en el gabinete. Allí estaba sin duda. Pasó adelante y le halló sentado en una butaca fumando. Desde la primera mirada comprendió Isidora que la gresca seria fenomenal. Botin (á quien no describiremos, porque Isidora misma lo ha descrito), estaba pálido, con cierta hinchazon en las serosidades de su cara lobulosa. Isidora afectó indiferencia, dejándose caer en el sillon con la pesadez propia de su cansancio. Como entraran tambien irreflexiblemente Relimpio y Mariano, Botin hizo un gesto de expulsion, diciendo: "No quiero aquí á nadie."

"Con permiso...—balbució D. José.

Quedáronse solos los dos amantes. Isidora, decidida á hacer frente á la tempestad y áun á provocarla, ofreció el pito á Botin, diciéndole con sorna:

"Te he feriado. Toma el pito del Santo.

Botin rompió en dos pedazos el tubo de vidrio y lo arrojó al suelo con ira.

—Todo ese furor es porque he ido á San Isidro sin tu permiso.

Botin vacilaba. En su alma luchaban la ira y el asom-

bro, ó más bien la pasion que despertaba en él la traza chulesca de Isidora. Fuertes razones habia sin duda para que venciera la cólera.

"Mucho me enfada,—dijo con cierta serenidad parlamentaria,—que haya usted ido sin mi permiso á la romería. Pero hubiera perdonado fácilmente esa falta. Otras no se pueden perdonar... Estoy aquí desde las cuatro, esperándola á usted para decirle que se porta conmigo de una manera infame.

Isidora palideció. Subiendo la escalera habia previsto la disputa; pero en ésta resultaba una espantable cosa que ella no habia previsto.

"De una manera infame,—repitió Sanchez Botin.—Acabemos. Me gustan las cosas claras y los juicios rápidos. ¿Dónde están los pendientes de tornillo?

—Aquí están,—dijo Isidora llevándose la mano á la oreja.

—¡Mentira! Esos son falsos. Los buenos los ha vendido usted... ¿Y el alfiler, la cadena, el medallon...?

—Esas prendas son mias y puedo disponer de ellas á mi gusto,—dijo Isidora prontamente, dueña ya de sí misma.

—Las ha empeñado usted.

—Las he *pignorado*—replicó ella con aplomo y burla,—como dicen ustedes los hombres de negocios.

—Sé por el tapicero que no ha pagado usted las sillas. Y sin embargo...

—Usted me dió el dinero. Yo preferí emplearlo en otra cosa.

Al decir esto Isidora se puso muy encarnada... Su lengua estaba torpe.

"Se turba usted...

—No me turbo, no;—dijo ella subiéndose de un salto á la cúspide de su orgullo y contemplando desde allí la cólera mezquina de Botin.

Durante la pausa lúgubre que siguió á esta última frase, Isidora revolvió su mente hácia el orígen de aquella escena; consideró con vergüenza y despecho que su infidelidad habia sido descubierta, y pasó revista á las circunstancias que pudieron haber motivado el tal descubrimiento. ¡Ah! las indiscreciones de Joaquin Pez, la falta de prudencia... Bien conocia ella que el viudito no era hombre para guardar secretos. Sin duda otras mujeres andaban en aquel torpe lio... Pensó en las prenderas, en las peinadoras, en los chismes y enredos que forman invisible tela de araña en torno de toda existencia equívoca é inmoral; y la ignominia de un hecho tan poco noble abatió por un instante el orgullo de su alma.

"Hace usted un bonito uso de mi dinero,—dijo Botin.

Isidora iba á contestar lo siguiente: "¿Y para qué me lo da usted?„ Pero su conciencia se alborotó, y sintióse llena de perplejidad, que nacia del fiero tumulto y combate en que estaban dentro de ella la cólera, los remordimientos, el orgullo. Buscaba una salida pronta, enérgica, que cortase la disputa, dejando á un lado la cuestion moral. Encontróla en estas palabras:

"Usted me es muy antipático. Déjeme usted en paz.

—¡Y tiene el atrevimiento de despedirme!—exclamó Botin con sarcasmo. Usted, que estaba muerta de miseria cuando yo...

Isidora sentia que venian llamas á su lengua. No pudo contenerse, y abrasó á Botin con estas palabras:

"Su dinero de usted no basta á pagarme... Valgo yo infinitamente más...

Botin, cubriéndose con su calma egoista y dando á la disputa un giro tranquilo, que era como los círculos que hace la serpiente, dijo así:

"No quiero incomodarme. Veremos quién desaloja... Isi-

dora, he sabido todo lo que ha pasado. No hay que fiarse de precauciones... Esto se acabó... Usted se lo ha ganado... Usted pierde más que yo.

—Me está usted mareando. Déjeme usted en paz.

—Á eso voy, á dejar á usted en paz. Á ver, á ver, las alhajas, todas las alhajas que he dado á usted y que no estén... pignoradas, váyamelas usted entregando.

Isidora se quitó con nerviosa presteza las sortijas; sacó de una cajita varios objetos de oro, y todo lo tiró á los piés de Botin.

"Bien, bien,—dijo el padre de la patria, no desdeñándose de inclinarse para recoger lo que estaba por el suelo.—Ahora quítese usted el manton de Manila.

Isidora se lo quitó, y haciéndolo como un lio, se lo tiró á la cara.

"¿Quiere usted que le entregue todos mis vestidos?

—No es preciso que me los entregue usted,—replicó Botin con calma feroz.—Yo me haré cargo de ellos. Quítese usted el que lleva puesto.

Bien pronto la Cytherea se quedó en enaguas.

"Es lástima que no se lleve usted tambien mis botas,—dijo Isidora sentándose y apoderándose con verdadera furia de uno de sus piés para descalzarlo.—Llévelas usted para que las use su señora.

Y se quitó una bota.

"No, no tanto,—dijo Botin,—conserve usted su calzado.

Isidora dió algunos pasos cojos, con un pie calzado y otro no, y entrando en su alcoba se puso otras botas.

Botin tuvo que dar en aquel instante una nueva batalla á su pasion; pero el caso era tan grave, que la dignidad llevó la mejor parte. Apartó los ojos de la despojada imágen que delante tenia, y para verla lo ménos posible, levantóse, y con atencion de prendero avaro, abrió el armario de luna

y las gabetas de la cómoda, entró en la alcoba, registró todo como un curial que embarga ó inventaría. Isidora en tanto arrojaba las preciosas botas en medio del gabinete, y despues hacia lo mismo con su peineta.

—Bien,—dijo Botin, sentándose otra vez y mirándose su pié pequeño como hacia en el Congreso. Ahora póngase usted el vestidito que usaba cuando iba á rezar á la iglesia con tanta devocion.

—Lo he dado. Yo no guardo pingos.

Botin volvió á la alcoba. Tomó de una percha una bata, y ofreciéndola á Isidora con imperturbable frialdad, le dijo:—"Póngase usted éste."

Volvió la cara para no verla, para no ver las lágrimas gruesas que corrian por las mejillas de Isidora, lava de su orgullo que como ardiente volcan bramaba en su pecho.

Sin decir nada, vistióse ella. Botin tomó entónces un tonillo conciliatorio. No era todo lo fiera que es necesario ser para habitar en medio de los bosques. Tenia algo de hombre, si bien nada de caballero.

—Puede usted disponer de toda la ropa blanca,—murmuró.—Mande usted por ella mañana.

—No quiero nada, -replicó Isidora bebiéndose sus lágrimas de fuego, pálida, trémula. Y andando hácia la puerta tuvo una inspiracion de drama y se volvió á él y le echó rociadas de desprecio por los ojos, y le dijo:—"Soy la vengadora de los licenciados de Cuba."

Botin se sonreia como un demonio que ha ganado un alma.

—Gozo, gozo con haber ultrajado á un hombre como usted.

—Todavía,—dijo Botin haciendo esfuerzos para reir, y golpeándose con el baston el pié bonito,—todavia tiene

usted algo que agradecerme. Puede usted llevarse todo lo del niño.

—Mi hijo no necesita nada.

Isidora corrió hácia dentro. En la cocina, Mariano dormia, reclinado sobre la mesa. En el comedor, D. José y la doncella asistian á Riquin, que habia vomitado, y reclinando su hermosa cabeza grande sobre el hombro de Relimpio, se quejaba con agitada somnolencia.

—Le ha hecho daño la comida,—dijo el tenedor de libros.

—Tiene algo de calentura,—indicó la doncella tocándole las mejillas.

Isidora le examinó. Sus lágrimas volvieron á correr.

"D. José,—dijo resuelta.—Cargue usted á Riquin. Envolverlo bien en un manton. Nos vamos ahora mismo.

—¡Ahora!—exclamó D. José con espanto.

En la puerta del comedor apareció Botin. Despues se paseó en el pasillo. Si Isidora estuviera fuerte en Mitología, le habria comparado al Minotauro, vagando por las oscuras galerías del laberinto de Creta. Volvió la bestia al gabinete, y desde allí llamó con voz fuerte: "Isidora, Isidora." Y viendo que ésta no acudia, salió otra vez al pasillo y dijo en tono más humanitario:

"No llevemos las cosas hasta el último extremo. Riquin está malo. Puedes quedarte aquí hasta mañana.

Pero Isidora iba y venia recogiendo algunas cosas *enteramente suyas.*

"Quédate, mujer, quédate hasta mañana.

Entró ella en la alcoba. Botin se paseaba con lento andar en el gabinete.

"Vamos, vamos, no seas terca. No te perdono; pero te doy respiro hasta mañana. Ademas...

La miró atentamente, miéntras ella revolvia en la có-

moda. La miró embelesado, ¿á qué negarlo? y algo confuso le dijo:

"Y mañana podrás llevarte todos tus vestidos.

Isidora no le contestó, ni le miró siquiera. Pero él seguia dando paseos. Estaba nervioso, incomodado consigo mismo. Mitológicamente hablando, se mordia su propia cola.

"Estas mujeres locas,—murmuró gruñendo,—si comprendieran su interés; si supieran apreciar lo que valen las relaciones con una persona decente... Isidora, aguarda, oye la voz de un amigo. Vuelve en tí, reflexiona, acuérdate de lo que muchas veces te he dicho. ¿Por qué no has de entrar en una vida ordenada? Yo estoy dispuesto á auxiliarte, proporcionándote un estanco...

Isidora salió sin concederle ni una mirada. Él fué tras ella. Desde la sala repitió en voz alta:

"Puedes contar con el estanco...

No recibió contestacion. De repente oyó el golpe de la puerta cerrándose con violencia. Todos, ménos la doncella, habian salido.

TAYLOR INSTITUTION LIBRARY OXFORD

CAPITULO VIII.

Entreacto en la calle de los Abades.

I.

"¿A dónde vamos?—preguntó Isidora cuando salieron á la calle.

—¡Qué pregunta!... á mi casa,—repuso D. José estrechando á Riquin entre sus brazos con ardiente cariño.—Abades, 40. No parece sino que hemos de quedarnos en la calle. No te apures, hija; de ménos nos hizo Dios. En casa no te faltará nada. Melchor la ha puesto muy guapamente.

Y en medio de la turbacion que el repentino desalojamiento le producia, D. José experimentó cierto gozo al considerarse protector de su ahijada, al sentirla tan cerca de sí, sometida á su generoso amparo. Siempre que hacia algo en beneficio de ella, el pobre señor se crecia y se hinchaba; que hay muchas especies de orgullo. Iban silenciosamente por la calle, él delante, ella detras, porque la estrechez de las aceras no les permitia ir juntos.

Cuando llegaron, Melchor estaba en casa. Habia hecho de la sala despacho y oficina, y trabajaba en ella, á la luz de una lámpara con pantalla verde que derramaba un círculo de claridad sobre la mesa. Un hombre acompañaba á Melchor trabajando con él en la misma mesa. Del cerebro

del hombre descendia al pupitre una invisible corriente de cálculos que al tocar el papel se condensaba en números, como al influjo de la helada la humedad de la atmósfera cristaliza sobre el suelo. Melchor se levantó un momento para recibir á Isidora, enterarse de lo ocurrido y ofrecerle su casa. Despues se volvió á sentar y requiriendo la benéfica pluma, entónces consagrada á la humanidad doliente, siguió su trabajo.

Rápida ojeada bastó á Isidora para observar á Melchor, que definitivamente se habia dejado toda la barba y tenia un aspecto muy vistoso, aunque nunca simpático; para observar tambien al hombre de los números, que la miró con cierto azoramiento de bestia taurina al hallarse en medio del redondel. Vió tambien la desamparada sala con su estante, formando como nichos de cementerio, donde yacian ordenados papeles. Un plano de Madrid acompañaba al de la Península, haciendo ambos el papel emblemático que hacen los planos de minas ó ferrocarriles en las oficinas de explotacion. Prospectos de cuatro tintas en que se pintaban figuras altamente conmovedoras, con Hermanas de la Caridad conduciendo mendigos al Asilo; el fronton mismo del Asilo ideal con columnas griegas y un sol con la insignia triangular de Jehová, difundian por toda la sala la idea de que allí se trabajaba por aliviar la suerte de los menesterosos. Las palabras *Rifas*, *Grandes rifas*, *Tres sorteos mensuales*, *seis millones*, impresas en colores chillones, revoloteaban por las paredes cual bandadas de pájaros tropicales; y como el papel de que aquéllas estaban cubiertas era de ramos verdes, la fantasía loca de Isidora no habia de esforzarse mucho para hacer de aquel recinto una especie de selva americana alumbrada por la luna. Despues vió el resto de la casa, que era de construccion reciente, mas con tan sórdido aprovechamiento del terreno,

que más parecia madriguera que humana vivienda. D. José destinó á Isidora su propio cuarto, por no haber otro mejor en la casa, y al punto se ocupó en desalojarle: Él se iria al aposento de la muchacha y la muchacha dormiria Dios sabe dónde. Era interior el cuarto, y tan vasto, que á Isidora le pareció un sepulcro. D. José iba y venia cargando trastos, y cuando estuvo instalada la cama y acostaron en ella á Riquin, díjole Isidora:

"Vaya usted á buscar á Miquis, que ahora, para acabar de arreglar la habitacion, la muchacha y yo nos entenderemos.

La muchacha era una alcarreña, de esas que acaban de llegar al mercado de criadas, y traia frescas la rudeza del pueblo, la suciedad, la torpeza de manos y de cabeza. Todo lo hacia al revés. Tenia buena voluntad, pero un aliento insoportable. Sus ropas parecian no haberse desprendido de su rechoncho cuerpo desde que nació, y sus greñas mal peinadas, de color de barbas de maíz, despedian un olor á pomada de baratillo, que era más desagradable que su aliento. Isidora sentia hácia ella repulsion invencible; no la podia mirar, no la podia tocar, y al sentirla cerca, se extremecia de horror. Ántes moriria de hambre que comer cosa hecha por ella. Lo primero que Isidora echaba de ménos era su doncella Agustina, tan aseada, tan lista, tan ligera, tan señorita. "No, no,—exclamó la jóven llena de angustia.—Yo no nací para pobre, yo no puedo ser pobre.

Dios la amparó en aquella noche de prueba, porque al poco rato de haber lanzado aquella exclamacion dolorosa, salida de lo más vivo de sus entrañas, llegó su cara doncella. Traia en un gran lio toda la ropa de Riquin y algo de la del ama.

"La fiera,—dijo,—me mandó sacar todo esto. Está bramando. ¡Ay! señorita, si usted le dice dos palabras al salir,

hay reconciliacion... Yo lo siento. Está arrepentido de su barbaridad. Yo queria traer más; pero no me dejó. Mañana llamará á las prenderas... ¡Ay! ¡qué lástima! ¡Qué riqueza hay allí!

Agustina se ofreció á seguir á su servicio, é Isidora lo aceptó con gozo, aunque no tenia en sus bolsillos una sola moneda. ¡Terrible contradiccion! Ella no podia ser pobre, y sin embargo lo era.

Ocupándose de arreglar la habitacion y de procurarse algunas comodidades, ¡cuántas cosas echaban de ménos!... Empezaron á nombrar esto y lo otro. Tal cosa habia quedado en la tercera gabeta de la cómoda; tal otra en el armario de luna... Pero ya no habia remedio. Por cada objeto que no tenia, Isidora echaba á volar media docena de suspiros encargados de transmitir su desconsuelo á las insondables esferas de lo pasado.

Riquin parecia mejor. Dormia tranquilamente y su respiracion fácil sonaba como el eco de músicas serafinescas tañidas á la parte allá de lo visible.

Miquis y D. José tardaban. Isidora pasó á la sala porque Melchor le habia dicho que tenia que hablarle. Era para ampliar sus ofrecimientos. Podia disponer de toda la casa si gustaba. Si era necesario llamar algun médico afamado, que lo llamaran al momento, y de cuenta de él, del benéfico y filantrópico Melchor, corrian los gastos de botica. Lo principal era que ella se tranquilizase, que no tomara el cielo con las manos, pues estaba en casa de parientes que la querian mucho y donde nada le faltaria... En tanto el hombre corpulento que hacia números no quitaba del rostro de Isidora sus ojos, y parecia pasmado, fascinado por religiosa ó mitológica vision.

Como el gran Relimpio hablara entónces de médicos y ensalzase á Miquis, el hombrazo dijo:

"¡Ah! ¡Miquis!... Ese todo lo cura con agua fria. Le conozco mucho. Asiste á mi hermana Rafaela, la mujer de Alonso, el conserje de la casa de Aransis...

Isidora no esperaba oir citar su casa ilustre, y se inmutó un poco. Sin dejar de mirarla, el hombron prosiguió así:

"Y ahora que nombro á la casa de Aransis, me parece... ¡Ah! bien decia yo. Ya me acuerdo. Un dia... hace años, estaba yo con mi hermana en el portal del palacio y salieron usted, Miquis y otro sujeto. Eso es... Bien decia yo que no era la primera vez... Despues he tratado mucho á Miquis. Es simpático. Como él tiene instruccion y yo... algo entiendo de ciertas cosas, discutimos sobre la cuestion *A* ó la cuestion *B*. Yo le aprieto de firme y él se defiende con retóricas...

"Vamos, vamos á concluir esto,—dijo Melchor con impaciencia.—Tenemos que de los veinticuatro mil billetes quedan sin vender y á beneficio de la administracion seis mil quinientos...

Isidora no oyó más porque llegaron Miquis y D. José. El médico venia de frac, que se alcanzaba á ver bajo un ligero abrigo. Iba á un sarao de cierta casa de tono. Precursoras y compañeras de su fama eran sus relaciones y la entrada que iba teniendo en los más escogidos círculos de la sociedad.

Examinado Riquin, le recetó un calomelano. Era cosa ligera, una indigestion, y probablemente al venidero dia estaria como si tal cosa. Hablando despues con Isidora del suceso de aquel dia, le dijo así:

"Siento ese percance, porque no hallarás otra fiera como esa. No hay dos Botines en el mundo. Si los hubiera ¿dónde estaria ya nuestra querida patria? Desde Pirene á Calpe habria sido devorada, y todos los españoles nos

agitaríamos en una cárcel de tela, ¡ay! en los bolsillos de ese segador de naciones... ¡Tonta! si hubieras sabido aprovecharte... Pero tú no haces números, y en esta época el que no hace números está perdido.

—Déjame á mí de números .. ¿Á donde vas ahora?

El frac la cautivaba, y ya se estaba ella figurando en su mente los resplandecientes salones en que iba á entrar Augusto dentro de poco, la mesa riquísima en que iba á sentarse y las personas cultas y elegantes con quienes estaria en roce familiar y discreto gran parte de la noche. Era esta la clase de imaginaciones que más fácilmente se moldeaba en su cerebro. Miquis lo conocia y le pasaba la miel por los labios, contándole cosas estupendas, algunas de ellas falsas, y describiéndole aquellos apartados mundos donde ella no podia penetrar sino con la fantasía y mejor aún con su ferviente anhelo.

"Hace pocas noches,—le dijo,—comí en casa de la duquesa con tu Pez. Parece que se va á nadar á la Habana, porque aquí se queda en seco. Le han escamado los usureros. ¿Sabes que me da lástima? Es lo que llaman un buen muchacho, servicial, amable, cariñoso, débil y que no hace daño á nadie más que á sí mismo.

Isidora, turbada y nerviosa, varió la conversacion y fingió ganas de reir.

"¡Ah! me han dicho que te casas. ¿Es verdad?

—Eso dicen, sí. Y cuando el rio suena, boda lleva.

—¿Con la del notario?

—Con la de Muñoz y Nones.

—Bien sabes tú arrimarte á buen árbol. Es rica.

—Te juro que no me ha movido... Desprecio las pompas y vanidades del mundo. Me caso por amor, por puro amor del corazon. Esto no lo hacemos ya más que los pastores y yo...

—¿Y es bonita?

—Para mí no hay otra cosa que se le iguale.

—"Mejorando lo presente,„ se dice.

—Y sin mejorarlo, vamos. Ántes que todo es mi dama.

—¿Por qué no dices á tu suegro dos palabritas acerca de mi pleito? Va á declarar como testigo. Ademas es el notario de la casa de Aransis.

—¡Culebra! quieres corromper al ave fénix de los notarios.

—Yo no. Es justicia. Yo le pido que no se deje corromper por los de Aransis. Con eso me basta.

—No conoces á mi presunto suegro. Con decirte que él, por sí solo, desmiente y hace olvidar la mala fama que en todos tiempos han tenido los señores de pluma y sello... Muñoz y Nones ofrece á la admiracion de la humanidad el siguiente fenómeno: es un hombre que ha hecho una fortuna con su honradez, fortuna no muy grande, se entiende, como corresponde á la materia de que está hecha. Mi suegro desacredita y niega mil cosas convencionales y rutinarias. Desde Quevedo acá, se ha tenido por corriente que los escribanos sean rapaces, taimados, venales y, por añadidura, feos como demonios, zanquilargos, flacos, largos de nariz y de uñas, sucios y mal educados. Esta figura amanerada ha desaparecido, y en prueba de ello ahí tienes á mi suegro, que es honrado, franco, liberal, y ademas guapo, simpático, amabilísimo y de agradable trato. En estos tiempos de renovacion social las figuras antiguas fenecieron, y no hay ya un determinado modelo personal para cada arte ó profesion. Así verás hoy un juez de primera instancia que parece un guardia de Corps; verás un barítono que parece un alcalde de Casa y Córte; verás marinos que parecen oidores, y hasta podras ver un filósofo que se confundiria con un canónigo. Dígolo porque Muñoz y Nones parece un

diplomático. Tiene inclinaciones de gran señor y hábitos de *sportman*. ¡Lástima que no haya abierto nunca más libro que la *Ley de Enjuiciamiento civil!* Por lo demas, en la honradez es un lince, y tiene por este concepto casi tanta fama como la que otros tienen por pillos. Es costumbre en nuestra edad suponer y afirmar que no hay por todas partes sino malas acciones, egoismo y rapacidad. ¡Error, disparate! El mundo se pudriria si le faltase en un momento el desinfectante de la virtud, cuya accion enérgica se nota en todas partes, en las más altas así como en las más bajas esferas... Con que me voy, porque te estoy aburriendo...

—Quedamos en que recomendarás á tu suegro mi pleito.

—Quedamos en que es inútil.

—Bobalicon.

—Serpiente de cascabel, abur.

II.

Despues que se fué Miquis entró Mariano, que buscaba á su hermana para que le proveyese de fondos. Tan léjos estaba de encontrar allí á su maestro, que al verle se desconcertó, porque hacia una semana que no parecia por el taller. Levantóse contra él una tempestad de censuras; increpóle su hermana por su mala conducta, hizo Juan Bou consideraciones morales, Melchor le llamó vago, pillete y predestinado al presidio, y hasta su amigo y compañero de café, Relimpio, promulgó, sobre la vagancia, los conceptos más severos. Anonadado y sin valor para pedir á su hermana dinero, Mariano se retiró á un banco de palo que en el estrecho recibimiento habia, y allí se estuvo larguísimo espacio de tiempo solo, callado, hecho un ovillo

meditando sobre una sola idea, ya mil veces apurada, como un perro que roe y voltea un solo hueso, despues de haberle quitado hasta la última hilacha de carne.

El afan de goces, el apetito y sed ardiente de satisfacciones materiales que tan grande parte tenian en el sér moral de Mariano y que habian de tenerla mayor cuando fuera hombre formado, se objetivaban, valga la palabra, en el hijo de D. José Relimpio. Aquellas pasiones vagas siempre cristalizan, por decirlo así, en envidia, que es unipersonal y antropomórfica.

Mariano, arrinconado en el recibimiento, y oyendo desde allí el rasguear de las plumas que en la sala hacian tan lucrativos números, se preguntaba por qué razon tenia el señorito Melchor sombrero de copa y él no; por qué motivo el señorito Melchor vestia bien y él andaba de blusa; por qué causa el señorito Melchor comia en los cafés, galanteaba bailarinas, fumaba buenos puros y paseaba con caballeros, miéntras él, el pobre Mariano, comia y fumaba casi como los mendigos y tenia por amigos á otros tan pobres y desgraciados como él. La soledad en que vivia le habia despabilado ántes de tiempo, y tenia una precocidad para comparar y para hacer cálculos, que no es comun en los chicos amparados por padres ó parientes cariñosos. Porque el abandono y el vivir entregado á sí propio, favorecen el crecimiento moral en el niño. De la índole nativa depende que este crecimiento sea en buen ó mal sentido, y es evidente que los colosos del trabajo, así como los grandes criminales, han nutrido su espíritu en una niñez solitaria. El árbol salvaje, juguete de los vientos en deshabitado país, adquiere un vigor notorio.

Mariano era rebelde por naturaleza; no se dejaba querer ni sabia apreciar el dulce calor de la casa de familia. No queria vivir con su tia Encarnacion porque le trataba

con aspereza, ni con su hermana porque le sermoneaba, ni con Juan Bou porque vigilaba todas sus acciones. Gustaba de albergarse en fementidas casas de huéspedes de los barrios del Sur; mudaba de domicilio con frecuencia, y, por temporadas, en vez de tener domicilio fijo, pernoctaba en las casas de dormir y comia en las tabernas. El ejercicio de la vida independiente le dió cierto vigor de voluntad que es propio de los vagos; aguzó su ingénio, precipitó su desarrollo intelectual. Conviene estudiar bien al vago para comprender que es un sér caracterizado por el desarrollo prematuro de la adquisitividad, del disimulo y de la adaptacion. No se explican de otro modo la gran precocidad ni los rasgos geniales que son desesperacion de la policía y espanto de la sociedad en criminales de diez y ocho y veinte años. El gitano, sér salvaje dentro de la sociedad, es un prodigio de agudezas, un archivo de triquiñuelas jurídicas y un burlador hábil de la policía. El vago adolescente, otra manera de salvaje, sabe más mundo y más economía política que los doctores recien incubados en la Universidad.

Mariano hallábase á la sazon á punto de consumar su sabiduría en aritmética parda; se le habia desarrollado ya el genio de los cálculos, el furor de la adquisitividad, y las facultades oscuras de la adaptacion, del disimulo y de la doblez.

Despues de aquella noche en que le dejamos arrinconado en el banco del recibimiento, empezó á asistir de nuevo con puntualidad al taller. Trabajaba por hipocresía. El maestro Juan Bou estaba tan amable con él aquellos dias, que no sabia qué hacerle. Y su amabilidad era tan extraordinaria é inexplicable, que hasta llegó á llamarle hijo y á departir con él como de igual á igual.

"Bien, hijo, bien; vamos bien. Has sido algo calavera,

pero tú mismo conoces que el trabajo es la vida, la religion del pueblo... Voy á hacerte una proposicion. ¿Quieres venirte á vivir conmigo? Yo estoy solo. Te daré un cuarto, una cama, un plato y una cuchara. En mi casa no hay lujo, pero no falta nada de lo necesario.

Despues le hacia, acerca de su hermana, mil preguntas enojosas y prolijas á que Mariano no sabia qué contestar. Si Isidora estaba contenta, si se levantaba tarde ó temprano, si le gustaban la fresa y el requeson, si iba al teatro. Ademas, el maestro Juan Bou estaba siempre tan alegre... Los oficiales no concordaban en explicar la causa de esta alegría; unos la atribuian á la buena marcha del negocio de las Rifas; otros á que se habia sacado el premio gordo de la Lotería. Pero Juan Bou desconcertaba todas las disquisiciones de sus oficiales, porque de repente se volvia triste y daba unos suspiros que habrian partido la piedra litográfica si ésta fuera un poco ménos dura. Parecia que se incomodaba consigo mismo y que queria echar de sí una mala idea. Algunos dias trabajaba poco, y más de una vez ocurrió que se retrasaran y embrollaran los dibujos *A* ó *B* por las distracciones y torpezas del maestro, cosa totalmente desusada en hombre tan metódico para el trabajo.

Otro suceso digno de llamar la atencion ocurrió por aquellos dias. Juan Bou notó que la contabilidad de la empresa de las Rifas benéficas no marchaba con toda la limpieza que debia esperarse, y ya fuera por obedecer á su conciencia, ya por ceder al egoismo que le aconsejaba no comprometerse con la justicia, echóse fuera de la sociedad, renunciando á toda participacion en ella. Quedóse, sí, con los trabajos de litografía que le habian de pagar religiosamente, segun convenio. Desde entónces sus relaciones con Melchor fueron ménos estrechas.

Entrado el mes de Junio, Mariano vió con envidioso

asombro que Melchor parecia avanzar rápidamente por el camino de la prosperidad. Salia en coche de dos caballos, acompañado de señorones; comia siempre fuera de casa; recibia regalos de puros de la Habana y otras cosas ricas; el sastre le traia ropas y más ropas; amueblaba con lujo parte de la casa... Y de tanto pensar en la creciente prosperidad del señorito Melchor, Pecado perfeccionaba su *intellectus*, enriqueciéndolo con nuevas ideas y luces nuevas acerca de la propiedad, de la adquisicion, del número y la cantidad, luces é ideas que burbujeaban en su cerebro, como los embriones de la belleza y el vago apuntar del plan artístico en la mente del poeta, al pasar de niño á hombre.

Por San Juan dejó de trabajar. Una noche fué á pedir dinero á su hermana, y como ésta no quisiese darle nada, se enfureció Mariano, trabáronse de palabras, asustóse ella, renegaron uno de otro, él le dijo algun vocablo mal sonante, lloró ella, intervino con más celo que autoridad don José, y por fin el chico salió de la casa gruñendo así:

"No me quieren dar nada. Pues me lo dará Gaitica...

Desde aquella noche Mariano desapareció. Le buscaron y no fué hallado por ninguna parte, ni en mucho tiempo se tuvo noticia de él.

III.

Con estas y otra cosas Isidora estaba tristísima. Sus insomnios se repetian casi todas las noches, atormentándola con el alternado suplicio de ilusiones locas y de miserias reales, de delirio suntuario y de terror ó desengaño. Un pensamiento, referente á cosa muy práctica, la punzaba y afligia, y era el siguiente:

"Por cierto que en mes y medio que llevo aquí, Melchor me ha ido facilitando, facilitando cantidades, que será preciso pagarle algun dia... Es tan cómodo el sistema para mí, que sin saber cómo, me estoy empeñando en dinerales. Me basta decir á D. José mis necesidades, y D. José va á la sala, habla con él, y del fondo de Rifas... ¡Dios mio! ¿á cuánto subirá ya? Yo no lo sé, porque no apunto nada. Aquí vendrian bien los librotes del padrino. Melchor lo apuntará de fijo y pensará cobrarme, pero ¿de qué manera?...

Largos ratos pasaba pensando en el pleito y decia:

"Va marchando. Ahora viene lo que llaman el alegato de bien probado. Pero hasta que pase el verano no habrá nada. El abogado me da grandes esperanzas. Si esto se resolviera pronto para pagar á Melchor y escapar al lazo que me tiende„...

Pensando en Juan Bou, que á menudo la obsequiaba, decia:

"¡Pobre Bou! Es el animal más cariñoso que conozco. Le quiero como se quiere al burro en que salimos á paseo.

El barrio en que su mala suerte la habia traido á vivir, era para la de Rufete atrozmente antipático. Algunas tardes salia con Riquin y D. José á dar una vuelta por la calle de Meson de Paredes, el Rastro y calle de Toledo, y sentia tanta tristeza como repugnancia. Empezaba á ser insoportable el calor, y por la noche todo el vecindario estaba en las aceras, los chicos jugando, las mujeres charlando. Isidora hallaba en todo, casas, calle, gente, hombres, mujeres y chicos un sello de grosería que su compañero de paseo no podia apreciar. La estrechez de las aceras, obligando al transeunte á contradanzar constantemente del arroyo á las baldosas, añadia nueva incomodidad á la molestia de la bulla, del mal olor y del polvo.

Expulsada de aquellos sitios por su propia delicadeza y buen gusto, solia dirigirse hácia el Norte y acercarse á la Puerta del Sol "para respirar un poco de civilizacion." Pero no se aventuraba mucho por los barrios del centro, porque la vista de los escaparates, llenos de objetos de vanidad y lujo, le causaba tanta pena y desconsuelo, que era como si le clavasen un dardo de oro y piedras preciosas en el corazon. La repugnancia de la zona del Sur y el desconsuelo de la del centro la llevaban á las afueras, con gran gusto de D. José, que amaba el campo y los retozos pastoriles.

Julio hacia de Madrid una sarten. Riquin fué atacado de la tos ferina, y era preciso llevarle á otra parte. ¡Pobrecito Anticristo! Daba pena verle, cuando le daba el ataque, todo encendido, agarrotado y sin aliento, como si fuera á quedarse sin vida en aquel mismo instante... Pero su mamá carecia de los recursos necesarios para el viaje, de lo que recibia grandísima pena. Joaquin Pez estaba en Francia, y ni siquiera escribia... Afortunadamente (y quién sabe si desgraciadamente) Melchor se brindó de muy buen grado á resolver el difícil problema. ¡Porque la pobre carecia de tantas cosas! No tenia ningun vestido propio para viaje, ni sombrero, ni nada de lo que ordena el implacable imperio del verano, que con sus chapuzones iguala en dispendios al invierno con sus bailes y fiestas. Riquin estaba casi desnudo.

"Nada, nada—dijo Melchor en tono paternal;—yo no puedo consentir que carezcas... Pues no faltaba más...

Empezaron á funcionar las modistas, y éstas, así como la eleccion de telas y de sombreros, tuvieron á Isidora febrilmente distraida y excitada durante algunos dias. La vanidad la hacia vivir doble y la engañaba, como á un chiquillo, con apariencias de bienaventuranza. Volvió á ver lucir su

belleza dentro de un marco de percales finos, de cintas de seda, de flores contrahechas, de menudos velos, y á recrearse con su hermosa imágen delante del espejo. ¿Qué es la vida? un juguete.

Melchor decidió que fuera al Escorial, y él se brindó á acompañarla. A Isidora no le hacia mucha gracia la compañía; pero las circunstancias, ¡ay! con su abrumadora lógica, la obligaron á aceptarla. Estaba en las uñas de su insidioso prestamista y no podia evadirse. Habia sido víctima de una emboscada, formada en las traidoras sombras de la miseria; habia caido en una trampa de infame dinero armada con el cebo de la vanidad. Aún podia salvarse rompiendo por todo, declarándose insolvente y resignándose á la indigencia; pero Riquin tenia la tos ferina, estaba como un hilo y amenazado de morir consumido en las calores de Madrid como arista en el fuego. No habia más remedio. La fatalidad lo queria así, segun Isidora decia, llamando fatalidad á la série de hechos resultantes de sus propios defectos.

Melchor dispuso que su padre se quedara en Madrid para cuidar la casa. ¡Atroz destierro y pesadumbre para D. José! Segun el bien meditado plan del jóven Melchor, éste iria y vendria, residiendo algunos dias en el Escorial y otros en Madrid, pues sus negocios no le permitian abandonar la Córte sino por poco tiempo. Cumplióse fielmente el programa. D. José iba al Escorial los domingos en el tren de recreo cuando Melchor quedaba en Madrid. ¡Qué feliz era aquel dia! ¡Diez horas con Isidora y con Riquin! Algo enturbiaba su dicha el notar en su ahijada una tristeza sombría y como enfermiza. Si hablaba de Melchor lo hacia en los términos más desfavorables para el aprovechado jóven. ¡Y qué ardientes deseos tenia de volver á Madrid! Riquin, que estaba muy mejorado, saltaba y corria por el campo, y en sus mejillas renacian los frescos colores de la

salud. Todo el dia lo pasaba D. José embelesado, encantado, y no hartaba sus ojos de mirar á la madre y al hijo. Paseaban los tres por la montaña, se sentaban, hacian vida de idilio, semejante á la que D. José habia visto pintada en los biombos de la casa de Aransis. Por la noche regresaba Relimpio á Madrid y á su casa; dormia como un santo y soñaba que era pájaro y estaba cantando en la rama de un árbol. Tambien Riquin era pájaro y revoloteaba dando sus primeros pasos por el mundo aéreo. Isidora era una avecilla melancólica. Todos cantaban; pero D. José era el que cantaba más y el que subia á la rama más alta.

Á mediados de Setiembre regresó Isidora á Madrid, dejando fama en la colonia veraniega del Escorial. Entónces ocurrió en la vida de Melchor un hecho singular. De repente su prosperidad, su boato y grandeza, se hundieron como por escotillon, sin que se supiera la causa. Juan Bou decia que los señores de la sociedad rifadora debieron de hallar sapos, culebras y otras alimañas en la gestion del jóven Relimpio. Lo cierto es que un dia vinieron mozos de cuerda y se llevaron los libros y todo el material de la oficina. Melchor se despidió por la tarde de su padre y de Isidora diciéndoles que allí les quedaba la casa, que hicieran de ella lo que gustaran, porque él se iba á Barcelona á emprender un nuevo negocio.

Quedáronse, pues, solos los tres, Isidora, Riquin y el viejo y véase por dónde vino á ser casi real el sueño ornitológico de D. José en que los tres gorjeaban en las ramas. Eran efectivamente pájaros, porque no tenian más que lo presente y lo que la Providencia divina quisiera darles para pasar del hoy al mañana. El mundo se diferencia de los bosques en que es necesario pagar el nido. Nuestras tres avecillas tenian casa, pero no con qué pagarla, pues Melchor habia dejado las arcas en tal estado de pulcritud que no se en-

contraba en ellas rastro de moneda alguna. "Dios aprieta pero no ahoga„ dijo Relimpio. Isidora, para atender á las apremiantes necesidades de cada dia, empezó á despojarse de su ropa. No era la primera vez que tenia que desnudarse para comer. Poco á poco los vestidos fueron pasando de la cómoda á la cocina, por conducto de las prenderas. Ultimamente, en un triste y húmedo dia de Octubre, se comieron el sombrero de paja de Italia. ¡Era el último plato!

CAPÍTULO IX.

La caricia del oso.

En todo este período de desastre, en que los tres desgraciados habitantes de aquella casa (Abades 40) se iban desprendiendo de su equipaje como el buque náufrago que arroja su carga para mantenerse una hora más sobre las bravas olas, Juan Bou les visitaba todas las noches despues del trabajo. Isidora ocultaba cuidadosamente la lenta y dolorosa catástrofe, procurando dar á la casa cierto aspecto de órden y velar sus afanes bajo apariencias de mentirosa tranquilidad. Movido de un galante respeto hácia Isidora, Bou violentaba su palabra para que no fuese áspera, y así hablando del pueblo y de la liquidacion social usaba términos blandos y oraciones trabajosamente delicadas que salian de su boca, como los gorjeos de un buey que se propusiera ser émulo de los ruiseñores. En esto se conocia la pasta de su corazon. Miquis habia hecho del buen litógrafo infinitas definiciones. Era, segun nuestro amigo, un tonel con marca de *alcohol*, y lleno de agua; un oso torcaz; una hidra sin hiel; un alfiler guardado en la vaina de un sable; un cardo con cáliz de azucena; un gorrion vestido de camello, y un epigrama escrito en octavas reales. Oirle contar sus épicas luchas por la causa del pueblo era el gran pasmo de don José y de Riquin; pero Isidora no contenia fácilmente la risa.

Las galanterías de Bou con Isidora semejaban algunas veces á las del oso que quiso mostrar el cariño que tenia á su amo, matándole una mosca sobre la frente. Otras veces, sin embargo, dejando hablar á sus sentimientos libremente, se expresaba con sencillez y naturalidad. Era como esos mascarones trágicos que en el arte decorativo aparecen echando flores de sus bocas monstruosas.

Una de las deferencias más expresivas que Bou tenia con Isidora y su padrino, era ofrecerles participacion en los billetes de lotería que jugaba; pero como habia tanta falta de dinero en la casa, rara vez se realizaba la operacion. El oso queria ceder gratuitamente la parte de billete; pero Isidora no lo consentia. Las demas atenciones eran acompañarles á paseo por el Retiro, comprar juguetes y dulces á Riquin y darles de noche larga y cariñosa tertulia. ¡Era tan obsequioso con Isidora y la miraba con tan manifiesta intencion de decirle algo delicado y difícil...! A veces, en los largos paseos que daban, iba Juan Bou callado y suspirante. Parecia que su misma fiereza nutria su timidez. En cambio, en la tertulia de la noche se desataba á hablar de cosas diversas, y ponderaba con inmodestia su amor al trabajo, sus ganancias, y hacia planes de vida regalada y espléndidamente metódica. Ademas tenia noticias de la muerte de un pariente suyo, muy rico, y esperaba una bonita herencia. Se conceptuaba afortunadísimo, aunque algo le faltaba, sí, algo le faltaba para ser completamente feliz.

Tambien hacia mencion de su hermana Rafaela, mujer de Alonso, que estaba muy enferma, y al oir mentar la casa de sus antepasados, Isidora se conmovia y alteraba toda. Repetidas veces la invitó Bou á visitar juntos el palacio de Aransis, cuyas bellezas él no habia visto; pero Isidora se escusaba siempre por miedo á la exacerbacion de sus sen-

timientos en presencia de aquellos venerados y queridos sitios, su patria perdida.

Un dia que la de Rufete venia de casa de su prendera, encontró al litógrafo en la calle del Duque de Alba.

"Voy al palacio de Aransis á ver á mi hermana,—le dijo.—Está peor, y anoche le han dado los Sacramentos. ¿Quiere usted venir?

El primer impulso de ella fué negarse á acompañar á Bou; pero con tal empeño redobló éste sus instancias y ruegos, que por fin Isidora no quiso ser esquiva con él en tanto grado y se fueron juntos. Por otra parte, la misma emocion que temia la solicitaba con fuerza misteriosa. Hay en toda alma, juntamente con el miedo á las emociones, la curiosidad de ellas, indefinible simpatía del humano corazon con lo patético. Como la vista en las alturas siente el llamamiento del abismo, así el alma siente la atraccion alevosa del drama.

Llegaron. Rafaela estaba mejor aquel dia, y los Sacramentos, dando reposo y alegría á su espíritu, habian amansado el mal. Alonso parecia contento y con no pocas esperanzas de salvar á la enferma. Isidora y Bou estuvieron largo rato en la salita de la portería, hablando de enfermedades en general y del asma en particular, del clima de Madrid, del de Mataró, patria de los Bou, de los médicos, del remedio *A* á *B*... Realmente Isidora no tomaba parte en la conversacion sino con monosílabos de discreta aquiescencia, porque sus cinco sentidos estaban puestos en la observacion de la portería de su casa, y en admirar la confortable humildad de aquel nido de pobres hecho en un rincon de un palacio de ricos. La estera, la cómoda, los muebles, desecho glorioso de la anterior generacion de Aransis, y sobre todo las múltiples láminas de santos y vírgenes, la estampa de los Comuneros y otros grabados de ilustracio-

nes, pegados en la pared con graciosa confusion, la ocuparon todo el tiempo que allí estuvo. Cansado de hablar y enormemente satisfecho de la mejoría de su hermana, levantóse Bou del sofá de paja, emblandecido con colchonetes de percal rojo, y estirándose dijo:

"Matías, dame las llaves, que quiero ver lo de arriba.

Entregando un sonoro manojo de llaves, Alonso miró á Isidora con atencion recordativa.

"Me parece,—indicó,—que he visto aquí otra vez á esta señorita... En fin, suban ustedes y vean lo que hay.

Juan Bou subió la gran escalera despaciosamente, porque su corpulencia era declarada enemiga de la agilidad. Isidora subió corriendo y en el último példaño esperó á su amigo, echándole una mirada triste y una sonrisa discreta y amistosa, á la cual se podia dar atrevida interpretacion de burla. La persona del bravo catalan se componia de dos partes: su cuerpo atlético, liado en una americana de cuadros, y un baston róten, cuyo puño, formado de un asta de ciervo, se encorvaba ofreciendo á la mano todas las facilidades de adaptacion, ya para apoyarse, ya para hacer el molinete, ó bien para que el palo fuera una especie de batuta de la palabra. Jamás, fuera de casa, se separaban el baston y el hombre, y se apoyaban el uno sobre el otro, segun los casos. Completaba la persona de Bou un sombrero hongo, de la forma más vulgar, ligeramente inclinado al lado derecho, como si de aquella parte estuviesen todas las ideas que era preciso protejer de la intemperie.

Y al subir cantorreaba entre dientes. ¿En qué consiste que es tan difícil echar de los lábios una tonadilla cualquiera cuando se pega á ellos? Sin saber lo que decia, Bou entonaba á murmullos no sabemos qué música con letra de aleluyas. Isidora no podia contener la risa oyéndole cantar: *Vienen luégo los ciriales—con las mangas parroquiales.*

"¡Cómo me canso de subir escaleras!—dijo el oso torcaz llegando arriba.—Cuando se reforme la sociedad, se suprimirán los escalones. Piso bajo todo el mundo.

Y abrió la primera puerta y entraron; y miéntras Bou seguia abriendo puertas, Isidora hacia lo mismo con los balcones para que entrase la luz, ganosa de alumbrar aquellos ricos antros. Creeríase que todo el contenido de las vastas salas se regocijaba al verse iluminado. Despertaba todo, abriéndose cual ojos soñolientos, y la luz, acometiendo las cavidades negras, resucitaba, como á bofetones, las tapicerías y los cuadros.

"Anda, anda, ¿quién será este animal?—decia el litógrafo parándose ante los retratos.—Vaya una tiesura. Perdone usted, caballero, yo creí que era usted un palo. Y nos mira con cierto enfado... Nada, señor, no nos comemos la gente... Toma, tambien hay aquí una monja. ¡Y es guapa...! Buena pieza seria usted, hermana. ¡Qué tiempos! Siento que se hayan ustedes muerto, señores, porque así no verán cómo vamos á arreglar á las sanguijuelas del pueblo, á los verdugos del pobre obrero... ¡Ah! usted, el de la golilla que parece un plato, el de la cruz de Calatrava, usted, caballerete, si viviera en estos tiempos de ahora y alcanzara el dia de la justicia, no nos miraria con esos ojos... ¡Quiá! se le pondria una escoba en la mano, y mi señor cruzado barreria las calles... y *palante*.

Despues, volviéndose á Isidora, que horrorizada del bestial lenguaje de su amigo miraba á la calle al través de los vidrios, le dijo:

"Es cosa que aterra el pensar todo el sudor del pueblo, todos los afanes, todas las vigilias, todos los dolores, hambre y privaciones que representa este lujo supérfluo. Eso es, el pobre obrero se deshuesa trabajando para que estos holgazanes se den la buena vida en estos palacios llenos de

vicios y crímenes, sí, de crímenes, no me arrepiento de lo dicho. ¡Maldita casta!... Isidora, ¿no piensa usted como yo? Por ejemplo. El pobre obrero se rompe el espinazo trabajando, duerme en una mala cama, come un mal puchero, no tiene en su casa más que una silla dura en qué sentarse, y estos tios... estos tios, por no decir otra cosa, sin coger una herramienta en la mano, ni ocuparse de nada, pisan alfombras, comen de lo fino, beben y se recuestan en estos muebles blandos, que ellos no saben fabricar.

Y uniendo la accion á la palabra, se recostó, mejor ditro, se dejó caer sobre un sillon de muelles en los cuales se hundia su pesado cuerpo.

—*Voto va Deu*, ¡qué blando es esto! ¡qué comodidad!—exclamó riéndose de su propia malicia.—¡Valientes pícaros! Ya os daria yo sillones de muelles, por ejemplo, un banco de carpintería... ¡Hala! y darle al mazo.

Isidora estaba irritadísima ante tan groseras chocarrerías. ¡Y el pobre Juan Bou tan inocente del efecto que producian sus ladridos! A cada instante decia: "¿No piensa usted como yo?„ y andando de un lado para otro, se tiraba con violencia en sillas y sofás para probar su blandura, se arrodillaba en el cogin de un reclinatorio, daba vueltas al rededor de un biombo, se reia como un salvaje, ponia el dedo en los bronces, acariciaba las mejillas de las ninfas doradas, decia chicoleos á las damas retratadas, y siempre que iba de una sala á otra, daba fuertes golpes con su baston sobre el piso, como deseando que tambien la alfombra recibiese, con el lenguaje de los palos, la expresion contundente de la ira del pueblo... En tanto Isidora no le podia mirar. Creia ver en sus palabras, en sus actitudes de burla, en sus carcajadas, en su persona toda y en su baston, erigido en intérprete del populacho, la profanacion más odiosa. Era como el hereje que pisotea la hostia. Por mo-

mentos le aborrecia, le execraba, y habria dado cualquier cosa de gran valor por poder plantarle en la calle, despues de mandar que le rompieran su baston en las costillas.

—¡Y qué cortinas!—decia Bou tocándolas de un modo irreverente con el róten.—Esta gente no gusta de tener frio. ¡Toma! el frio se ha hecho para el pobre obrero que anda sin trabajo por las calles. Eso es, hay dos Dioses, el Dios de los ricos que da cortinas, y el Dios de los pobres que da nieve, hielo. Isidora, Isidora... ¿no opina usted como yo, no cree usted que esta canalla debe ser exterminada? Todo esto que vemos ha sido arrancado al pueblo; todo es, por lo tanto, nuestro. ¿No cree usted lo mismo?

La de Rufete, por no contestarle con la severidad que merecia, no decia nada, y hacia como que miraba las porcelanas. Bou se puso tambien á admirar aquellas mil chucherías que no servian para nada; las tocaba, las cogia en la mano, y las volvia á poner con violencia en su sitio, á riesgo de romperlas. Pasado un largo rato, volvióse para decir algo de mucha importancia á su amiga y no la vió. Llamóla en voz baja, despues á gritos; pero Isidora no respondia.

Pasó Bou á otra sala, de allí á un hermoso gabinete, del gabinete á una recatada y oscura alcoba, y allí creyó distinguir á la que buscaba. La escasa claridad no permitia á Juan Bou ver los objetos. Avanzó, empezó á ver bien, y en efecto, allí estaba Isidora, sentada junto á una cama en la cual apoyaba su brazo derecho. Reclinada la cabeza sobre el brazo, lloraba en silencio, expresando una pena viva y sin espasmos, un dolor tranquilo como todos los dolores viejos que se normalizan con su monotona permanencia. Quedóse absorto Juan Bou ante aquella escena, y despues hizo una tras otra las preguntas vulgares propias del caso. ¿Está usted mala? ¿Tiene usted algo?

Viendo que Isidora no le contestaba, Bou tomó una silla y se sentó junto á la dolorida. En el momento de sentarse ocurrióle una idea que le causó mucha afliccion. Habia recordado súbitamente que Isidora pleiteaba con una casa grande. ¡Cielo santo! aquella casa era la de Aransis, sí, recordaba haber oido vagas noticias sobre ello, porque Isidora hablaba de su pleito sin nombrar jamás á la marquesa. Sin duda las cosas importunas dichas por Bou al visitar las salas habian ofendido á la jóven, que se suponia heredera y lo era sin duda de tan noble familia.

"¿Está usted enojada conmigo por las tonterías que he dicho? ¿Se ha resentido usted?...

Isidora negó con la cabeza.

"¡Ah! ¡ya sé, ya sé,—exclamó él con regocijo, variando de pensamientos.

Creyó penetrar entónces la verdadera causa del dolor de su amiga. Él habia entendido que Isidora estaba mal de intereses. Sin duda en aquel dia los ahogos pecuniarios habian llegado á su mayor grado, y la infeliz é interesante jóven se veia amenazada de un conflicto grave. ¡Oh! Qué bella ocasion se le presentaba á Juan Bou para realizar un acto moral que há tiempo meditaba! ¡Soberbia coyuntura! En un punto, en un momento podia atender á la caridad y al amor, dos cosas que son una sola, hemisferios distintos de un solo mundo infinito.

Algo habia en el lugar solitario y recogido, así como en la pena de Isidora, que le instaba á no retardar más tiempo su generosa resolucion. ¡Oh Dios del cielo! Si en todas las ocasiones Isidora le habia parecido hermosa, en aquella le parecia punto ménos que sobrenatural, engalanada con la divina expresion de su pena. Lástima y amor juntos, ¡qué poder tan grande sois!

"Isidora, Isidora,—dijo balbuciente la hidra sin hiel.

Despues se calló por algun tiempo. Pasó un cuarto de hora que le pareció un cuarto de siglo. Deshaciéndose todo en un suspiro colosal, volvió á decir:—"Isidora."

Esta le miró sin hablarle, fijando en la ciclópea catadura de Bou sus ojos empañados por las lágrimas. Bou sintió que su corazon se partia en una porcion de pedazos, y se expresó así con acongojada voz:

"Isidora, ya que usted no quiere confiarme sus penas le voy á confiar las mias. Hace tiempo... desde que tuve la dicha de conocerla á usted...

Isidora con su penetracion admirable, comprendió todo. Tuvo una vision. Rasgóse un velo y vió al mónstruo herido que se postraba ante ella y le lamia las manos. Tuvo horror, asco. Toda la nobleza de su sér se sublevó alborotada, llena de soberbia y despotismo. Era cosa semejante al allanamiento de las moradas aristocráticas por la irritada y siempre sucia plebe. Sonaba el odiado trueno de las revoluciones, y destruidas las clases, el antipático populacho queria infamar las grandes razas emparentándose con ellas.

"Mis intenciones han sido siempre buenas,—dijo el catalan, que imposibilitado de remontarse al drama caia en la vulgaridad.—Primero me agradó usted; despues me hizo soñar; hízome pensar despues. Tornóse esto en una necesidad del corazon, y como estoy solo, como no me gusta estar solo... No tengo grandes riquezas que ofrecer á usted, pero soy trabajador, gano mucho y vivo con mucha holgura... Desde que la ví á usted me gustó tanto...! La ví á usted salir de esta casa, y dije: "¿ quién será?"... En fin, que usted vale mucho, es muy buena, y yo quiero casarme con usted... Vamos, ya lo dije... y *palante*.

Isidora, estupefacta, no sabia en qué términos responder. Tenia que contestar negativamente, porque la idea de

casarse con aquel bárbaro le causaba horror. Pero Bou era un hombre sincero y honrado, que no debia recibir el desaire con crudeza y desvío. Ella valia infinitamente más que él, ella era noble; mas la dudosa ejemplaridad de su vida podia hacerla parecer inferior. ¡En qué vacilacion tan grande estaba! En su alma el asco era inseparable del agradecimiento. ¿Cómo contestarle y expresar en una frase el desprecio y la consideracion?... ¡Que un ganso semejante se atreviese á poner sus ojos en persona tan selecta! Era para darle de palos y mandarle á la cuadra. Pero al mismo tiempo... ¡cuán sencillo y generoso parecia! Ofrecia su mano con verdadera intencion y creencia firme de hacer un bien. ¡Si el pobre no alcanzaba más; si era un zopenco; si ignoraba con quién hablaba...! Isidora buscó rápidamente las frases más convenientes, y al fin dijo:

"Señor Bou, yo le agradezco á usted mucho su proposicion; yo le aprecio á usted. Es usted un buen hombre. Pero me veo obligada á no admitir... porque quiero á otro hombre.

—¡Quiere á otro hombre!—repuso con aturdimiento el litógrafo.—Despues que nos casemos le olvidará usted, y me querrá á mí. Yo soy muy bueno.

Isidora se sonrió.

"Yo soy bueno, aunque así, al pronto, meto miedo, por estas ideas que tengo y porque... Como he sido tan perseguido y... aunque me esté mal el decirlo... he hecho heroicidades y cosas grandes, tengo este modo de hablar tremendo. Eso sí, no bajo mi cabeza al despotismo. Soy hombre que vale para cualquier cosa, y en Cataluña basta que yo me presente para que se arme una... Pasando á otra cosa, yo trabajo bien y gano; espero una herencia... No le faltará á usted nada.

—Quiero á otro hombre,—repitió Isidora, creyendo que

esta afirmacion daba á tan penoso asunto el corte brusco y radical que más convenia.

—Y ahora,—dijo Juan Bou, con un nudo en la garganta,—¿lloraba usted por ese...?

La sospecha de que su rival era una sanguijuela del pueblo, elevaba el aborrecimiento de Juan á los más altos límites.

"Sí, sí, por él,—repuso decididamente Isidora, para ver si con esto se callaba el mónstruo y la dejaba en paz.

Y como se desgaja la peña del monte y rodando cae al llano y aplasta y destruye cuanto encuentra, hasta que para y queda inerte otra vez, rodeada de muerte y silencio, así se desprendió del alma de Juan Bou su esperanza, rodó, hizo estrago, produjo cólera y despecho; pero bien pronto todo quedó en atonía dolorosa y muda. Miraba al suelo y su respiracion sonaba como el mugido de una tempestad lejana, que á cada rato está más lejos. La cólera fué instantánea. Pasó dejando el abatimiento en el alma y la confusion en el cerebro del coloso. Y en el cerebro fluctuaban, como restos de un vapor fugitivo, las vagas notas de un canto acompañado de sílabas. ¿Por qué esas músicas pegajosas, que toman posesion del oido y de los labios, insisten en su fastidioso dominio cuando el alma azorada, despues de una catástrofe, se desmaya en duelo y tristeza? No se sabe. Se sabe, sí, que entre el oido, el cerebro y los labios de Juan Bou, andaba vagando un sonsonete que decia: *Los curas van alumbrando—el Miserere rezando.*

Isidora habia secado sus lágrimas. Para poner fin á tan fastidiosa escena, lo mejor era marcharse.

"Yo no puedo detenerme más,—dijo andando lentamente hácia la puerta.

Bou no contestó nada, ni hizo movimiento alguno.

"¿Viene usted?

Entónces la miró con desconsuelo. Isidora sintió provocacion de risa; pero se contuvo.

"Nos iremos,—dijo Bou levantándose con tanta pesadez que parecia haberse hecho de bronce.

Isidora iba delante, él detras. Salieron y bajaron sin decirse nada. En la puerta de la calle el desairado amante manifestó que se quedaria un rato más en casa de su hermana.

"Me ha matado usted, — dijo al despedir á la ingrata.— Creo que estoy malo. Maldita sea mi suerte.

Y cuando ella se alejó, el bárbaro, mirándola desde el portal, pensaba cosas tristísimas y abominables. Sus pensamientos desencadenados brotaban en burbujas sueltas.

"¡Ingrata! no conocer el valor del hombre que se le ha ofrecido... ¿Soy acaso un chisgarabís, un danzante, uno de esos vampiros del pueblo?... Yo tan tremendo; yo tan formal; yo tan útil á la humanidad; yo que tengo estas ideas elevadas... Y yo pregunto: ¿por qué es tan guapa?... El demonio le hizo á ella la hermosura y á mí los ojos... ¡Despreciarme á mi!... La mujer es una traba social, una forma del oscurantismo, y si el hombre no tuviera que nacer de ella, deberia ser suprimida.

CAPÍTULO X.

Las recetas de Miquis.

I.

Dia de prueba fué el siguiente. No sólo estaban agotados todos los recursos, sino tambien todas las combinaciones para vencer apuros del momento. No habia crédito, no habia materia pignorable. ¡Oh situacion horrible! Faltaba ya de un modo absoluto el sustento. Isidora, Riquin y D. José tenian hambre.

Inspirado por la desesperacion, D. José tuvo una idea, ¡oh rasgo de humanidad y de amor! Se le ocurrió salir disfrazado á pedir limosna, seguro de que encontraria almas generosas. No llegó esto á verificarse porque se opuso resueltamente Isidora. ¿Pero qué harian? ¿Pedir á Emilia? De ninguna manera. Ántes se acudiria á la limosna. ¿Á quién, á quién, ¡Dios de mi vida! si ya estaban explotadas todas las amistades?

Alguien se presentó en casa de Isidora á ofrecerle cuanto necesitase para vencer dificultades tan angustiosas. Pero las condiciones de estos anticipos eran tales, que la jóven los rechazó espantada. El loco amor al lujo y á las comodidades eran los puntos débiles de Isidora; su necesidad la brecha por donde la atacaban, prometiéndole villas y castillos; pero no obstante estas desventajas, resistia batiéndose con el arma de su orgullo y amparada del broquel de su nobleza. Tanta fuerza tomó de esto, que cortó

los vuelos á las instigadoras, diciendo: "Ántes pediré limosna." ¡Oh! si Joaquin estuviese en Madrid, no pasaria ella tan crueles angustias. Pero á París, donde estaba, le habia escrito siete veces en tres meses sin obtener contestacion. Volvíase con el pensamiento á todas partes, como el habitante de la casa incendiada que, cercano á las llamas, busca un escape, un amparo, una cuerda... ¡Ah, cielos divinos! De pronto vió Isidora su cuerda. Acordóse de una persona, y la esperanza rieló en la superficie de su ennegrecido espíritu.

Era de noche. Al dia siguiente pondria en ejecucion su pensamiento. Por fortuna D. José habia tenido la inmensa suerte de encontrar aquella tarde á un bondadoso amigo que le facilitó la cantidad necesaria para un mediano almuerzo. Segura, pues, Isidora de que habria con qué desayunarse á la venidera mañana, pasó tranquila la noche. Á las once del siguiente dia llamaba á una puerta.

"¿Está el doctor Miquis?

¡Qué suerte! Estaba. Pasó la jóven al despacho, y allí, sola con el médico, no pudiendo contener la pena que se desbordaba de su corazon, rompió á llorar. Recibióla con mucha bondad Augusto, la hizo sentar, preguntóle mil cosas; pero ella, acongojada, no podia decir más que esto, que repitió tres veces:

"Dame de comer, y no me toques.

Augusto se puso serio, comprendiendo que la situacion de su amiga no era para tratada en broma. Hablaron. Él, aunque jóven, tenia el arte de la interrogacion, y ella comprendia cuán ventajosas le serian la espontaneidad y franqueza. Así, al cuarto de hora de confesion, ya Miquis sabia los últimos episodios de la vida de ella, el viaje al Escorial, la penuria, la declaracion de Bou, las proposiciones de aquellas tales... Cuando nada importante quedaba por

decir y formuló Isidora la síntesis de su problema, diciendo: "¿Qué tengo de hacer para poder vivir?„ Miquis se quedó en silencio un buen rato, y despues le contestó así:

"No te apures, no te apures. Veremos. Estás enferma, estás llagada. Tu mal es ya profundo, pero no incurable.

La inspiracion brotó en su mente. Su grande y vivaz ingenio le sugirió una idea, y con la idea estas palabras:

"Pues te he de curar... Lo dijo Miquis, punto redondo.

Isidora llenó el despacho con un suspiro. Era el quejido de su enfermedad, ya extendida y profunda.

"Manos á la obra,—añadió Augusto con gran solemnidad.—¿Quieres que te cure? Responde sí ó no.

—Sí.

—Pues bien. ¿Estás dispuesta á ponerte á mis órdenes, y á hacer ciegamente lo que yo te mande?

—Sí, sí,—replicó ella con ansiedad doliente.

—Pues empecemos. Lo primero es cambiar de aires.

—¿Me mandas al campo?

—No... Mejor dicho, sí, te mando á un valle urbano.

Y llevándola al balcon le mostró la casa de en frente. En el piso bajo veíanse unas rejas, por entre cuyos hierros salian matas de tiestos, colocados dentro en una tabla. La casa hacia esquina, y el cuarto bajo á que correspondian las rejas tenia por la otra calle una tienda con dos vitrinas. Pero esto no se veia desde el balcon de Miquis, aunque se adivinaba, mirando un rótulo que en áureas letras decia: *Castaño, ortopedista*. Otra grande y aparatosa muestra, colgada más arriba, en el piso principal de la misma casa, decia: *Eponina, modista*. Como Isidora la mirase, díjole Miquis:

"Huye de esas peligrosas alturas, y vuelve tus ojos al valle ameno que está abajo.

—Sí; ahí viven Emilia y Juan. ¡Qué felices son!

—Pues en esa casa, en ese establecimiento salutífero vas á vivir desde mañana.

—¡Oh! ¡Si vieras qué envidia les tengo!... Pero no, no no me admitirán.

—¿Te negarán ese favor, si se lo pido yo?... He salvado del garrotillo al mayor de sus chicos. Les asisto de balde. Me llaman casi todos los dias.

—Entónces tú les pedirás que me admitan...

—Hoy mismo; pero ya comprenderás que les he de responder de tu buena conducta. Cuidado...

—¡Oh! yo te juro... Lo que deseo es tranquilidad, paz...

—Bien,—dijo Miquis retirándose del balcon.—Ahora viene lo mejor. Una vez que cambies de aires, has de considerar que empiezas á vivir de nuevo. Tienes que educarte, aprender mil cosas que ignoras, someter tu espíritu á la gimnasia de hacer cuentas, de apreciar la cantidad, el valor, el peso y la realidad de las cosas. Es preciso que se te administre una infusion de principios morales, para lo cual, como tu estado es primitivo, basta por ahora el catecismo. ¡Oh! ¡si tuvieras buena voluntad...!

—La tendré.

—Ahora viene lo gordo, hija. Despues de entonarte, paso á recetarte el gran emético, medicina un poco fuerte y desagradable; pero que si la tomas con buena voluntad, ha de sentarte maravillosamente con el tiempo, y regenerarte por completo.

—¿Cuál es la medicina?

—Pues que te cases con Juan Bou.

Isidora hizo un movimiento de repeler cosa muy nauseabunda... y puso una cara... ¡Jesús, qué cara!

"Comprendo que no te agrade por el pronto. Pero reflexiona. ¿No has oido decir que toda persona tiene la fortuna en la mano una sola vez en la vida?

—Sí, lo he oido; pero te diré...

—Pues considera si en tu situacion puede haber para tí fortuna mayor que el que un hombre honrado te ofrezca su mano. No creo que pretendas un Coburgo Gotha. Reflexiona, observa el punto en que te hallas, echa una mirada atrás, otra adelante, y dí si mi medicina no está perfectamente indicada.

—Yo no sé si será conveniente ó no,—dijo Isidora con tristeza y confusion.—Podrá serlo, mirando las cosas por lo bajo... Pero en cuestion de matrimonio, el gusto y el amor son lo primero...

—Es verdad que Juan Bou no es un Adonis; pero no es tampoco un mónstruo... Es un hombre de bien, trabajador, sencillote, y, á pesar de sus bravatas, tiene el corazon más bondadoso y tierno del mundo.

—Lo sé, lo sé... pero... quita allá, por la Vírgen Santísima; yo no me caso con él. No lo pienses... Este caso mio no es como otros casos;—dijo Isidora haciendo los mayores esfuerzos para que su acento expresase la conviccion firmísima de su alma.—Para juzgar las cosas es preciso verlas completas. Es verdad que si fuera yo nada más que lo que parezco, la cosa no tenia duda; pero tú bien sabes que sostengo un pleito de filiacion con una familia poderosa; tú debes considerar que el mejor dia gano el pleito, como es de ley; que paso á ocupar mi puesto y á heredar la fortuna y el nombre de esa familia, que son mios y me pertenecen. Pues bien, ¿te parece bonito que al tomar posesion de mi casa lleve colgado del brazo ese lindo dije de Juan Bou? Á fé que me lucia... Miquis, tú estás lelo: yo no sé donde está tu talento, cuando dices ciertas cosas.

—¡El pleito! Precisamente has nombrado un desórden fisiológico que me trae á la memoria otra de las más importantes medicinas que te voy á recetar.

—¿Cuál?

—Resumamos. Primero mudar de aires. Luégo entonarte con una enseñanza primaria; despues sigue la gran toma, el casorio con Juan Bou, y por último viene la estirpacion del cáncer que es la idea del marquesado.

Isidora creia escuchar el mayor de los insultos.

—Si de ese modo quieres curarme,—dijo con altivez,—renuncio á tus medicinas.

—Entendámonos,—añadió Miquis rectificando.—Si tus derechos no son una farsa, si hay algo de serio y legítimo en eso, enhorabuena que siga adelante tu pleito. Lo que yo quiero es que no consagres tu vida á la idea de ocupar una posicion superior, que no vivas anticipadamente en ella con el pensamiento, sino que tengas paciencia y reposo de espíritu... ¿Qué ganas el pleito? Pues bien; te embolsas tu herencia y sigues, con tu marido, en la esfera de modestia, quietud y desahogo en que todos vivimos. ¿No quieres? ¿No aceptas mi plan?

—No lo acepto, no,—dijo Isidora de muy mal humor. —Es un plan tonto.

—¡Ah! ¡mimosa! ¿Sabes lo que debo yo hacer en vista de tu rebeldía? Pues no tenerte lástima, no interesarme por tí, y mirarte como tierra comun en la cual todos tienen derecho á sembrar sus deseos para recoger tu deshonra. Desgraciada, si no acabas en la casa de Aransis, acabará en un hospital.

—Bien, me agrada eso. O en lo más alto ó en lo más bajo. No me gustan términos medios.

—Y sin embargo, en ellos debemos mantenernos siempre... ¿Con que quedamos en eso?

—¿En qué?

—En que, rechazado por tí mi tratamiento, te debo considerar como incurable y hacerte el amor.

—¡Qué disparates dices!

—¿Vámonos al Retiro?... Te acuerdas de aquellos paseitos, del Museo, de las fieras, de las naranjas que nos comimos entre los dos?

—Bien me acuerdo... Déjate de tonterías.

—No, no creas que voy á repetir ahora lo que entónces te decia. No habrá aquello de "me caso contigo.„ Entónces te lo decia; pero no pensaba hacerlo, no creas...

—Ya lo suponia.

—¡Y la verdad es que me gustabas de una manera!... Y si he de serte franco, creí hacer contigo la gran conquista. Yo queria acreditarme entre mis compañeros, y decia para mí: "esta no se me escapa„ ¡Y qué traidoramente se me escapó!... Hoy nos encontramos otra vez. Tú, despues de dar mil vueltas, vienes á mí... Pues mira, simplona, te juro que en este momento, vista tu terquedad en no dejarte curar, debiera yo ponerte los puntos... y si no fuera por ésta...

Se levantó y tomando un retrato que sobre la mesa estaba, lo mostró á Isidora.

"¡Ah! tu novia... Ya sé que te casas pronto, maulon. ¿Sabes que no vale nada?

—Te pego si lo vuelves á decir. Vale más que tú. No es muy guapa; pero es un ángel.

—Si no vale dos cominos,—dijo Isidora riéndose descaradamente ante el retrato.

—¿Qué entiendes tú de eso? Ésta, ésta que ves aquí es mi salvaguardia contra tí; es mi patrona, mi abogada, mi Vírgen del Amparo. Por ésta, ¿la ves bien? por ésta, con quien me casaré el lúnes, Dios mediante, me libro del peligro de tenerte delante, y me hago un señor héroe, y atropellando por todo, te doy la batalla y te venzo y por fin te salvo, aunque no quieras... Esta tarde mis-

ma hablaré con Emilia, y mañana te irás á vivir con esa gente, para que aprendas, víbora, para que veas, pantera, para que sepas, demonio con faldas, lo que es el bien.

Á cada frase daba un paso hácia ella, amenazándola con el retrato. Ya Isidora se habia serenado bastante, y no veia las cosas tan tétricamente como ántes. Él, por su parte, iba dejando de mano la gravedad de médico, el énfasis de moralista, y tornaba á ser, por gradacion rápida, el Miquis de antaño, alegre, vivo y ligero, con su follaje de palabrería metafórica y su corazon repleto de bondad.

—No me acordaba de que tengo que escribir unas cartas,—dijo Isidora repentinamente.—¿Me las dejas escribir aquí, en tu mesa?

—Sí, sí, ángel ponzoñoso,—contestó Augusto, en cuya alma retoñaban devaneos estudiantiles.

Precipitadamente sacó papel, sobres. Isidora se sentó en el sillon de la mesa de despacho, él le dió pluma, y ella se puso á escribir. Miéntras la jóven despachaba su correspondencia que era algo larga, Miquis se paseaba, las manos metidas en los bolsillos, y miraba á Isidora con expresion entremezclada de asombro y miedo, diciendo para sí:

"Fuera ciencia, fuera gravedad... Juventud no te me vayas sin dárteme á conocer... Tiempo hay de encerrarse en esa armadura de carton que se llama severidad de principios.

Y volvia al paseo, y á echarle ojeadas y á meditar.

"Pero si me caso el lúnes, y hoy es miércoles... ¡Cuando se le ocurre á uno casarse!... Estoy entre el altar y el abismo... Hombre, *homo sapiens de Linneo*, no te deslices, coge una piedra y date con ella en el pecho como San Jerónimo. Honradez, tienes cara de perro...

Isidora dejó de escribir, poniendo la pluma á un lado.

"Voy á descansar un ratito.

—Aunque sean dos ratitos, chica... Ya sabes que tengo el mayor gusto... Estás en tu casa...

—Vaya, que tienes un bonito cuarto. Pero hombre, ya podias haber puesto ese esqueleto en otra parte. ¡Qué horror!

—Quiero estar contemplando á todas horas la miseria humana.

—¿De quién serian esos pobres huesos?...

—Son de mujer. Quizás una tan hermosa como tú... Mírate en ese espejo.

—Gracias, chico. Tus espejos son muy particulares. ¡Y cuánto librote! A ver. ¡Jesús, qué títulos! Todo medicina. ¡Qué lástima de dinero empleado en esto! Tanto libro para no saber nada. Porque tú no sabes nada, Miqui;s eres un ignorante, un tonto.

—Quizás estás diciendo la más profunda verdad que ha salido de esos labios, de esas envenenadas rosas. Sí, soy un mentecato. Desprecia á Miquis, que habiendo descubierto un tesoro, permitió que ese tesoro fuera para todos ménos para él. El simple y desventurado Miquis ha sido un libertino del estudio; sus calaveradas han sido las calaveras. A su lado pasó, coronada de rosas y con la copa en la mano, la imágen de la vida, y Miquis volvió los ojos para contemplar embebecido ¡ay! la arrugada faz de los catedráticos. La ocasion de vivir, de gozar, de ver cara á cara el ideal, de tocar el cielo, se le ha presentado varias veces; pero Miquis, este memo de los memos, en vez de poner la mano en esa ocasion hermosa, se iba á descuartizar cadáveres... ¡Y este Miquis se casa el lúnes, es decir, que el lúnes cierra la puerta á la juventud y entra en la madurez de la vida, en el régimen, en la rutina y método! Para él se acabó lo im-

previsto; se acabarán los deliciosos disparates. ¡Desgraciada la boca tapiada á la risa! Ahora ciencia, trabajo, suegro, amas de cria. Terrible cosa es recibir el adios de la libertad, y ver la espalda á la juventud fugitiva. ¡Bienaventurados los chiquillos, porque de ellos es la vida!

—Tienes una bonita casa,—dijo Isidora sin hacerle caso.—¿Cuánto te cuesta?

—A tí nada te importa, pues no me la has de pagar. ¿Has concluido tus cartas?

—Voy á concluirlas.

Y él volvió á pasearse y á mirarla... ¡Qué hermosa estaba! ¿Quién lo metia á él á moralista, ni á redentor de Samaritanas? Soltó una carcajada en lo recóndito de su sér, allí donde su alma contemplaba atónita la imágen de la ocasion. "Pero me caso el lúnes, el lúnes..." Miró el retrato de su novia.

De pronto suena la campanilla, entra un señor, y pasa á la sala... Es el papá de la novia de Miquis, que viene á consultarle un punto de higiene. Augusto deja á Isidora en su despacho, y tiene que resistir durante una hora la embestida de su suegro, el cual le habla de Sanidad y de la fundacion de la Penitenciaría para jóvenes delincuentes.

Cuando su suegro se marcha, Miquis vuelve al despacho. Está aturdido; la visita le ha dejado insensible. Hay en su cuerpo algo de efecto de paliza; pero está fortificado interiormente. Isidora aguarda ansiosa. Está pálida, y ha llorado un poco, porque no puede apartar del pensamiento que su hijo y su padrino no tienen qué comer aquella tarde.

"¡Cuánto has tardado! Es pesadito ese señor. En fin, amigo, yo siento molestarte. Acuérdate de lo que te dije al entrar.

Miquis hace una rápida exploracion en su alma, en-

cuentra en ella algun desórden y dispone que todo vuelva á su sitio. "Soy un hombre sublime,—dice para sí,—un hombre de honor y de caridad, soy tambien un hombre que se casa el lúnes."

Isidora le habia dirigido al entrar una súplica angustiosa, elocuente expresion salida de los más sagrados senos del alma humana. Juntando el quejido de la necesidad á la súplica del pudor, Isidora le habia dicho: "Dame de comer y no me toques."

Miquis abre su bolsa á la desvalida hermosa, y con magnánimo corazon le dice:

"Mañana estarás en casa de Emilia.

II.

La admitieron. ¡Tanto pesaba en aquella casa la recomendacion de Miquis, que habia salvado del *croup* al niño mayor y de los peligros de la denticion al más pequeño!

Ya sabe el lector cómo Emilia de Relimpio se casó con su primo, el hijo del ortopedista que llamaba *cláusulas* á las cápsulas; matrimonio degradante si se le mira desde la altura de las pretensiones de doña Laura; pero muy natural, proporcionado y acertadísimo, siempre que la interesada lo mirase al nivel de sus sentimientos y de su porvenir moral y práctico. Juan José Castaño era tan hábil como su padre, y le superaba en inventiva y en asimilarse los descubrimientos y novedades del arte ortopédico. Sostenia el gran crédito del establecimiento y ganaba mucho dinero, porque, desgraciadamente para la Humanidad, parece que ésta es una vieja máquina que se desvencija y deshace, hallándose cada dia más necesitada de remiendos y puntales, ó llámense muletas, cabestrillos, fajas, cinchas, suspen-

sorios, etc... Nada, nada, nos desbaratamos. Unos dicen que es por estudiar mucho, otros que por gozar demasiado, y alguien echa la culpa á las armas de precision; pero cualquiera que sea la causa, ello es que la Ortopedia tiene un porvenir tan brillante como el de la Artillería. Son dos ciencias complementarias como la Filosofía y el Alienismo.

En su pacífica y laboriosa vida, Emilia, que tenia buen fondo y excelente corazon, se habia curado de aquellas tonterías de aparentar y suponerse persona encumbrada. Ni volvió á ponerse sombrero, más que cuando iba de viaje los veranos, ni á tratar de parecerse á las niñas de Pez, las cuales (dicho sea de paso) continuaban tratando de imitar á las niñas de los duques de Tal. Poseia un sólido bienestar; ella, y su marido y sus hijos satisfacian plenamente sus necesidades, y de añadidura tenian grandes ahorros, un establecimiento de primer órden, y ademas, como perspectiva risueña, la hermosa finca de Pinto, con otras riquezas que el viejo guardaba. En suma, Emilia habia tomado un magnífico sitio en el anfiteatro de la vida, donde tantos están de pié ó pésimamente sentados. Su marido era sencillo, bueno, cariñoso, sin más defecto que el querer hacer las cosas demasiado bien y pronto, por lo que siempre estaba en riña con sus oficiales.

Por más que Isidora reconociera la importancia moral de aquella casa, no podia remediar que le fueran antipáticos el establecimiento, la tienda llena de feísimos objetos, la trastienda donde trabajaban Rafael y sus oficiales, y la vivienda toda, honrada, virtuosísima, modelo de dignidad, de laboriosidad y de cristianismo, pero que estaba impregnada de un cierto olor de badana cruda y tenia muy malas luces y mucho ruido de taller.

Este juicio no excluia el agradecimiento que tenia á Juan José y á Emilia. ¡Insigne mérito y bondad habia en

ellos al admitirla, cuando, si la despreciaran, estaban en su derecho! Y véase aquí la eficaz influencia del medio ambiente. Á los tres ó cuatro dias de estar allí, el espíritu de Isidora se habia adaptado á la regularidad placentera de la casa, á la poca luz, al olor de badana, á la vista de los feos objetos, y experimentaba una tranquilidad, un gozo que hasta entónces le eran desconocidos. Riquin habia hecho tan buenas migas con los dos chicos de Emilia, como si se hubieran criado en la misma cuna. Todo el santo dia estaban enredando desde la trastienda á la cocina é inventando diabluras. D. José era el que parecia ménos feliz. Estaba triste, segun decia, por la falta de ocupacion. Castaño, que no necesitaba teneduría, le empleó en llevar recados y cobrar cuentas; pero aunque el buen señor desempeñaba estos encargos con docilidad, bien se le conocia que su principal gusto era no hacer nada, contemplar á Isidora, pasear con ella, y prestarle cuantos servicios hubiese menester.

Miquis solia pasar por allí; pero estaba muy poco tiempo. Como vivia en frente, por las tardes enviaba con su criada unos papelitos que hacian reir á Isidora, á Emilia y al mismo D. José taciturno. Hé aquí una muestra:

RÉCIPE.—*Del extracto de paciencia.*—100 *gramos.*
Del ajetreo de máquina de coser.—*c. s.*
Mézclese y agítese. S. a.
Para tomar á todas horas.

DOCTOR MIQUIS.

"¿Ves?—decia Emilia riendo.—Te manda que trabajes y que me ayudes á coser en la máquina. Este Miquis es lo más salado... ¡Y qué razon tiene! Ocuparte en algo es lo que más te conviene. Cuando se pone la atencion en cualquiera labor, no hay medio de pensar tonterías.

Bien lo comprendia la enferma; así, desde el primer dia empezó á adiestrarse en la soberbia máquina de Singer que Emilia poseia. ¡Bien, bien! Con un poco de aplicacion llegaria á dominarla. Al dia siguiente, otro papelito.

RÉCIPE.—*De la infusion de raíz de olvido.* —25 *gramos.*
De esencia de modestia.—7 *toneladas.*
Disuélvase en agua de goma, añádase la ipecacuana, ó sea Juan Bou, y háganse 40.000 *píldoras para tomar una cada segundo, con observacion.*

DOCTOR MIQUIS.

Nota. El cual entra mañana en capilla. Cantad la salve de los presos.

Aunque las recetas eran de burlas, no desestimaba Isidora la prudente leccion contenida en ellas. Hizo propósito firme de trabajar, de poner en olvido ciertas cosas, originarias de su perdicion, y de acortar los orgullosos vuelos de su alma. Otro papel apareció diciendo:

"Se recomienda á la enferma que ayude á su patrona „en cosas de la casa, para que se vaya instruyendo, y que „en las horas de descanso se dé un atracon de lectura. Le „recomiendo el *Bertoldo*, el *Año cristiano* ó las *Páginas de „la infancia*. Adiéstrese en contar para que se familiarice „con las cantidades. En esto le podrá servir el Águila de „Patmos de la contabilidad, su padrinito. Se recomienda „especialmente á la enferma que si va Juan Bou (*álias* Ipe- „cacuana), le reciba con amabilidad. El pobre está triste, „aunque espera una herencia.

„*Nota.* El patíbulo de miel está armado en la capilla „de los Desamparados. Orad por Miquis.„

Por la noche fué Miquis un momento cuando estaban comiendo. ¡Qué algazara! Los tres chicos corrieron hácia

él, y miéntras uno se le colgaba de un brazo, el otro se le enredaba en una pierna, y todos le aclamaban como si el jóven doctor fuera el más divertido de los juguetes. Emilia é Isidora le sacaron el tema de su boda, y ya le felicitaban, ya le hacian burla, miéntras él tan pronto hacia el panegírico de su futura como se lamentaba de perder su libertad. Subió luégo al piso principal á ver á una anciana, madre de la célebre modista Eponina. Esta era una habilidosa francesa de mucha labia y trastienda, que en pocos años habia hecho gran clientela. La vecindad fué causa de que Eponina y Emilia entablaran amistad. Algunas noches bajaba la francesa á casa del ortopedista, y otras los de Castaño subian al taller de modas. Isidora ya conocia á Eponina, porque ésta le habia hecho algunos vestidos en los prósperos tiempos Botinescos. Conocedora Eponina del buen gusto de la de Rufete, siempre que ésta subia, mostrábale sus galanas obras, pidiéndole parecer, de lo que Isidora recibia mucho gusto, si bien éste se desvanecia con el desconsuelo de ver tantas cosas ricas que no eran para ella. Luégo, al volver á la ortopedia con el cerebro lleno de peregrinas visiones de trapos y faralaes, ¡le entraba una tristeza!...

De esta manera pasaron algunos dias. Miquis les envió los dulces de la boda, acompañados de estos renglones:

"Desde la mazmorra de flores, desde el delicioso ataud de la luna de miel, el inmolado Miquis saluda á los señores de Castaño, y á la señora de Bou. Recomiendo á ésta la calma. He sabido con disgusto que ha contravenido mis prescripciones higiénicas, remontándose al taller de madama Eponina, y probándose varios vestidos de baile para ver su buen efecto. Esto es muy peligroso, y hace renacer la fiebre. Prescribo el alejamiento absoluto de los centros miasmáticos. En los ratos que tenga libres, dedíquese la

enferma á bordar unas zapatillas al Sr. Juan Bou, para lo cual, dicho se está que ha de emplear dos varas de cañamazo. Eso no importa. Yo regalo el cañamazo y las lanas. La enferma irá á convalecer á la sombra del árbol de la Ipecacuana, ese árbol milagroso, señoras, que está plantado en la litografía de la calle de Juanelo, y que ansía estrechar entre sus ramas á la descendiente de cien reyes.—Saluda á todos el más novel de los maridos y el más feliz de los médicos.—MIQUIS.„

Ya no se reia Isidora de las cartas y recetas. Desde el dia anterior estaba muy ensimismada, y hablaba muy poco. Atribuyendo Emilia y Castaño aquella repentina tristeza á que su amiga se veia apremiada por el procurador para abonar los crecidos gastos del pleito, la exploraron con habilidad; mas ninguna explicacion categórica pudieron obtener de su taciturna melancolía. Un accidente habian notado que les hizo caer en desagradables sospechas: D. José, al volver de la calle, habia hablado en secreto con Isidora, y de aquel secreteo databan el abatimiento y tristeza de la jóven enferma. Observando con malicia, los esposos notaron que Relimpio salia y entraba con frecuencia, como si trajera y llevara recados, y que padrino y ahijada cambiaban recatadamente palabras breves y cautelosas. Cuatro dias habian pasado así, cuando Isidora salió para ir, segun dijo, á casa de su procurador, y como al otro dia y al siguiente repitiese el mismo viaje, los esposos se alarmaron y empezaron á creer que Isidora no merecia la caritativa hospitalidad que le habian dado.

Fiel como un perro y callado como un cenotafio, don José fortalecia de tal modo su discrecion que en ésta no hallaba el más breve resquicio la curiosidad de su hija. ¡José, eres una alhaja!

III.

Y en tanto, excesivamente distraida de sus trabajos, Isidora visitaba con frecuencia el taller de Eponina, y se encantaba allí contemplando los magníficos vestidos, entre los cuales habia á la sazon tres de baile. Eran para una jóven condesa que tenia la misma estatura y talle de nuestra enferma. Eponina quiso que ésta se los pusiera para ver el efecto. ¡Ave María Purísima!... Púsose el primero: estaba encantadora. Púsose el segundo: ¡oh! arrebataba. El tercero... ¡Cristo! el tercero caia tan bien á su cuerpo y figura, que sólo la idea de tener que quitárselo le daba escalofríos. Contemplóse en el gran espejo, embelesada de su hermosura... Allí, en el campo misterioso de la luna azogada, el raso, los encajes, los ojos, formaban un conjunto en que habia algo de las inmensidades movibles del mar alumbradas por el astro de la noche. Isidora encontraba mundos de poesía en aquella reproduccion de sí misma. ¡Qué diria la sociedad si pudiera gozar de tal imágen! ¡Cómo la admirarian, y con qué entusiasmo habian de celebrarla las lenguas de la fama! ¡Qué hombros, qué cuello, qué... todo! ¿Y tantos hechizos habian de permanecer en la oscuridad, como las perlas no sacadas del mar? No, ¡absurdo de los absurdos! Ella era noble por su nacimiento, y si no lo fuera, bastarian á darle la ejecutoria su gran belleza, su figura, sus gustos delicados, sus simpatías por toda cosa elegante y superior. Queda sentado que era noble. ¿Por qué aquel traje no era suyo, sino prestado, y habia de quitárselo en seguida, sin poder siquiera, como los cómicos, lucirlo un momento? Ella no era reina de comedia, sino reina verdadera. Se miraba y se volvia á mirar sin har-

tarse nunca, y giraba el cuerpo para ver cómo se le enroscaba la cola. Pero qué, ¿iba á entrar realmente en el salon de baile? Su mentirosa fantasía, excitándose con enfermiza violencia, remedaba lo auténtico hasta el punto de engañarse á sí misma.

De repente oyéronse pasos. Isidora y Eponina miraron hácia la sala inmediata, y vieron entrar á un hombre. Era Miquis.

"Pase usted, doctor,—dijo la modista,—y verá usted cosa buena. Usted no estorba nunca.

Era Eponina mujer desordenada, y hacia mucho tiempo que no pagaba al médico, el cual asistia con gran celo á la anciana madre de la modista. Para hacerse perdonar su falta de conducta, la francesa era complaciente con Augusto; y le permitia entrar en su taller á todas horas y bromear con las oficialas. Al ver á Miquis, Isidora se turbó un momento. Despues se echó á reir.

"¿Te asombras de verme vestida de baile?—le dijo.—Sé que me has de reñir; pero vamos, sé franco, ¿estoy bien así, sí ó no?

Absorto la miraba el jóven, y con voz balbuciente, que declaraba su sorpresa y embeleso, dijo:

"Estás... no ya hermosa, ni guapa, sino... divina!

—Vamos que te he hecho tilin.

—A un ahorcado no se le hace tilin tan fácilmente; pero... Abismo de flores, de veras te digo que si no estuviera con la soga al cuello... Pero no, ¡fuera simplezas! El médico, el médico es el que habla ahora.

Y esgrimió el baston ante la imágen hechicera de la dama vestida de baile.

"Has contravenido mi plan; te has burlado de mis recetas. No te salvarás, Isidora. Yo te abandono á tu desgraciada suerte.

—Siéntese usted Augusto; deje usted el sombrero;—dijo Eponina con melosa urbanidad.

Desasosegado, Miquis se sentaba primero en una silla, despues en otra, luégo paseaba, y de pié y andando, no quitaba los ojos de su enferma.

—Pues mira,—le dijo Isidora con cierto descaro,—no me riñas; porque con tus medicinas tontas y con tu asquerosa ipecacuana no me he de curar, ni quiero curarme.

—Ya lo sé que no quieres. ¿Piensas que no estoy enterado de tus malos pasos de estos dias? A los médicos no se nos escapa nada. ¿Quieres que te lo cuente?

Isidora se turbó otra vez.

"Pues oye. La semana pasada llegó de Francia Joaquin Pez en el estado más deplorable. Sus acreedores, cansados ya de contemplarle, le han caido encima como buitres hambrientos. Su padre ha decidido no ampararle más y le ha echado de su casa...

—Es verdad, es verdad,—dijo la de Rufete con emocion, preparándose á derramar lágrimas.

—El pobre hombre, con el agua al cuello, desesperado y sin fuerzas para luchar con su destino, ha recurrido á tí. Sé que te ha buscado; que te mandó un recadito con tu padrino; que fuiste á verle... Es cierto, ¿sí ó no?

—Es cierto.

—Se ha refugiado en una miserable casa de huéspedes donde no hay más que toreros de invierno, jugadores y gente perdida... Le visitaste hace cuatro dias: has ido despues varias veces... Lo sé por el ama de la casa, que es una Aspasia jubilada y tiene relaciones con uno de mis más desgraciados enfermos. Reflexiona lo que haces, mira bien qué pasos das y entre qué gente vas á meterte.

—Es verdad lo que has dicho. ¿Cómo es que todo lo sabes, y todo lo averiguas?—dijo Isidora rompiendo á llo-

rar.—Augusto, ten compasion de mí. No, no me digas cosas... Él está perseguido, huye de la justicia y ha tenido que refugiarse en un sitio, que por ser tan malo le ofrece seguridad. No se comunica con ninguno de la casa. No le denuncies, ni me riñas á mí porque no he querido abandonarle en la desgracia.

—Perdóneme usted, amiguita,—indicó Eponina con bondad,—me va usted á estropear el vestido; me lo está usted mojando con sus lágrimas.

—Me lo quitaré,—replicó Isidora haciendo un gesto de niña mimosa.—Miquis, haz el favor de pasarte á la sala, que me voy á mudar de traje.

Alejóse un rato el médico. Cuando volvió, ya Isidora habia tomado su forma primera. Se abrochaba su vestidillo humilde diciendo:—"Ya tengo otra vez la librea de la miseria."

Eponina salió, dejándoles solos. De repente Isidora se fué derecha hácia Miquis, y cruzando las manos delante de él, le dijo con acento de gran dolor:

"¡Amigo, estoy desesperada!

—¿Qué tienes?—le preguntó él, sintiendo ante aquella pena y aquellas lágrimas una cobardía dulce.

—¡Estoy desesperada! Á tí me dirijo, á tí que eres bueno y me conoces hace tiempo.

—¿Bueno yo?...—dijo Augusto con ironía.—¿A ver, qué quieres?

—Necesito... ¿tendré qué decírtelo?... necesito dinero.

—Ya...

—Yo no puedo estar así. Váyanse al diablo tus recetas Te diré... yo quiero vivir y esto no es vivir.

—Dinero para el Pez.

—No, no, lo necesito para mi procurador y para mí. Estoy vestida de harapos... No me riñas, cada cual tiene su

manera de ver las cosas de la vida. Sé que me vas á sermonear, y á hablarme de moral y qué sé yo... No entiendo de tus medicinas. Te diré... Dios no quiere favorecerme, Dios me persigue, me ha declarado la guerra...

—¡Qué pillin!

—Yo quiero ir por los buenos caminos, y Él no me deja, —prosiguió Isidora con tanta agitacion que parecia demente.—Veremos si al fin me favorece. Te diré... lo que importa es que yo gane ese pleito. Cuando lo gane, tomaré posesion de mi casa... Mucho siento no poder llegar á ella con todo el honor que mi casa merece... pero, ¿qué voy á hacer ya? Entre tanto, amigo, la miseria me es antipática, es contraria á mi naturaleza y á mis gustos. La miseria es plebeya, y yo soy noble.

—Isidora,—declaró Augusto con seriedad;—al nacer te equivocaste de patria. Debiste nacer en Francia. Eres demasiado grande, eres un genio y no cabes aquí. ¿Quieres el último consejo? Pues vete á Paris. Allí encontrarás tu puesto. Aquí te degradarás demasiado. Aquí no las gastamos de tanto lujo como tú.

Levantóse para marcharse.

"No, no te vas,—dijo ella deteniéndole con fuerza por un brazo;—no te vas sin decirme si puedo contar contigo.

—¿Para qué?—murmuró el médico temblando.

¡Sentia un frio...!

"Yo necesito una cantidad,—dijo Isidora febril, con los labios secos.

—No te puedo... complacer,—repuso el jóven dejándose caer en una silla.

"Sí puedes, sí puedes. ¡Augusto, por amor de Dios!... socórreme, socórreme. Te diré...

—Si es nada más que un socorro...

Miquis, turbado hasta lo sumo, apreció con rápida ojea-

da interior su situacion. ¡Se habia casado seis dias ántes, estaba en la luna de miel!... ¡Ser traidor á su jóven y amable esposa! "¡No, no, no!„ gritó para sí, y luégo en voz alta:

"Pobre mujer, criminal ó desgraciada, noble, plebeya ó lo que seas, yo no te puedo amparar... Busca en otra parte...

—¡Ah! ¡qué amigos estos!—exclamó ella en lo último de la angustia.—¡Y luégo nos injurian si al vernos desamparadas corremos á la degradacion! Bueno, bueno, me perderé, me arrastraré.

Miquis cerró los ojos para no verla. Si la veia un momento más estaba perdido... Por lo que, sin añadir una palabra, echó á correr fuera del gabinete y de la casa.

Iba por la calle adelante, satisfecho de su triunfo, cuando sintió rápidos y leves pasos detras de sí. Al mismo tiempo oyó que le llamaban. Una mujer corria tras él. Al reconocer á Isidora, el pobre médico tembló de nuevo.

"Tengo un recelo,—le dijo Isidora agitadísima, la voz balbuciente, la expresion turbada y agoniosa.—No me has comprendido... Habrás creido tal vez que deseo ser tu querida, que te he propuesto que me compres... No me juzgues mal; yo quiero ser honrada. Si no lo consigo, es porque... te diré...

—¡Honrada!

—Sí, sí. No me comprendes. Si me socorres, yo te pagaré... dinero por dinero.

—Déjame en paz,—dijo Miquis retirándose.

—No, no te vas,—replicó ella deteniéndole con fuerza. —Estoy desesperada. Necesito... En último caso, paso por todo.

—Soy pobre.

—La desesperacion es ley, Augusto. Te hablaré con el corazon; te diré... Yo no quiero más que á un hombre.

Por él doy la vida, y en último caso el honor... Dí, ¿me favoreces?

—Lo que necesitas, ¿es para comer?

—No; necesito mucho.

—No puedo, no puedo.

—Augusto, Augusto,—exclamó ella colgándosele del brazo.—Mi necesidad es tan grande, que no puedo tener teson ni dignidad, ni nobleza. Yo no te quiero, no puedo quererte; pero como Dios me abandona, yo me vendo.

Pausa. Miquis la miraba pestañeando. Sobre ambos, un farol de gas alumbraba con rojiza luz aquella escena indefinible en que la necesidad desesperada de un lado y la integridad vacilante de otro, se batian con furor. ¡Dinero y hermosura, sois los dos filos de la espada de Satanás!

—Soy pobre,—repitió Miquis, haciendo un esfuerzo;—vete á Paris.

—¡Augusto!

Augusto sintio cólera. Aprovechándose de aquel movimiento del alma, desprendió su brazo de la mano de Isidora, y con toda energía le dijo:

"Dios te ampare.

Ya estaba distante cuando oyó esta voz sarcástica:

"¡Farsante!

Aquella misma noche desapareció Isidora de la casa de sus buenos amigos, dejándoles un papelillo que decia:

"Emilia, Juan José, amigos queridos: no soy digna de vivir en vuestra casa. Cuidad de mi hijo esta noche. Tened lástima de mí.

CAPITULO XI.

Otro entreacto.

En el famoso pleito de filiacion habia terminado la prueba; varios testigos habian declarado y ambas partes respondido á infinitas preguntas, repreguntas y posiciones; una bandada de golillas revoloteaba en torno á las ramas de aquel árbol de escaso fruto; se habia presentado el alegato de bien probado; se aproximaba la vista, á que seguiria la sentencia, y con esto la demandante se las prometia muy felices. Verdad que en la prueba, llamada Isidora á manifestar algun recuerdo de su niñez por donde se viniera á aclarar su nacimiento, no pudo suministrar noticia alguna que ayudara eficazmente á su defensa. Las declaraciones de los testigos eran poco acordes y confusas por todo extremo. Un tal Arroyo, del Tomelloso, amigo del Canónigo y de Tomás Rufete, confirmaba la pretension de Isidora. Un tal Arias depuso en términos diametralmente opuestos, y D. José de Relimpio, llamado tambien, declaró en términos categóricos á favor de la que llamaba su ahijada; mas su declaracion, falta de solidez, daba lugar á dudas acerca de la sinceridad del anciano. Sobre tan misterioso asunto, él no sabia gran cosa. Sabia, sí, y esto no podia dudarlo, que en 1851 habia sacado de pila una niña, hija de Tomás Rufete. A los seis meses no cabales, Relimpio y Rufete riñeron por cuestion de una pequeña herencia

y estuvieron siete años sin hablarse ni tener trato ni comunicacion alguna. Hechas las paces al cabo de tan largo tiempo, ambas familias volvieron á entrar en relaciones. Entónces vieron los de Relimpio que en casa de Rufete habia dos niños, Isidora y un varoncillo de dos años. Tomás dijo á Relimpio con misterio que su hija habia muerto y que aquella que vivia y el niño se los habia dado á criar una dama, que no nombró. D. José, que no habia visto á Isidora desde la edad de seis meses, no podia, por el rostro de ella, discernir si era cierto ó falso lo que afirmaba su pariente; pero por costumbre siguió llamándola ahijada, y desde entónces comenzó el cariño de que tan grandes pruebas diera más tarde. En cuanto á Francisca Guillen, nunca pudo Relimpio obtener de ella una declaracion terminante acerca de las dos criaturas que pasaban por suyas. Cuando Tomás estaba en el Tomelloso, la buena mujer se aventuraba á decir algo, que llenaba de gran confusion á D. José; pero cuando el otro volvia, todo era vaguedades y misterios. Esto era lo que Relimpio sabia, y estos breves datos y sus conversaciones, no largas, con Tomás y Francisca, debieron haber constituido su declaracion; pero llevado de un sentimiento de proteccion caballeresca á la desgracia, hizo las afirmaciones más conformes con su deseo y el de su ahijada. Sigamos ahora los pasos de Isidora, de cuyo paradero ni Emilia ni Juan José tenian noticia alguna. Tres veces en dos dias habia ido la pícara á ver á Riquin, porque la ortopedista no se lo habia querido entregar; pero ni con preguntas ni con capciosidades pudo obtener de ella un indicio del sitio en que moraba. Debia saberlo D. José; mas tambien guardaba fielmente el secreto. Tristeza tan profunda dominaba al buen tenedor de libros, que con el peso de ella parecia habérsele aumentado la cuenta de los años, extremando su vejez. Casi todo el dia lo pasaba fuera de

casa, y cuando entraba en ella anunciábase con suspiros. Habia perdido el apetito, dormia muy mal y tenia los sueños más raros del mundo. Soñaba que se batia en duelo de honor con Pez, Botin y otros caballeros, y que les mataba á todos, sacándoles hasta la postrera gota de sangre. ¡Horror de los horrores!

Pero si Relimpio era la misma tristeza, otro personaje muy conocido nuestro, el gran Bou, veia de súbito compensadas sus desdichas amorosas con una gran ventura en cuestion de intereses. ¡Oh! Si la ingrata se aviniera á dar el deseado *sí*, el Obrero-Sol seria un ejemplo de hombre venturoso cual pocas veces se ha visto sobre la tierra. Parecia que la Providencia cristiana, no ménos caprichosa á veces que la pagana Fortuna, se habia propuesto abrumarle de bienes positivos, negándole los que su corazon apetecia, y le colmaba de frutos riquísimos sin dejarle ver y gozar la flor hermosa del amor. Desde la visita al palacio de Aransis empezó la tal Providencia á divertirse con él. En el espacio de quince ó veinte dias le quitaba por un lado toda esperanza de amor, y le daba por otro tres gollerías ó momios pecuaniarios á cual más valiosos. Primero: aseguró un buen negocio contratando cierto trabajo de impresiones y etiquetas con un afamado industrial; segundo: percibió una herencia de ciento setenta mil reales; tercero: se sacó un segundo premio de lotería, importante cinco mil duros. ¿Qué tal? Aun con ser estos embolsos un estorbo más para llegar á la deseada liquidacion social, Bou se guardó su dinero y se puso muy contento, considerando en lo más escondido de su mente, que bien podia aplazarse la tal liquidacion, ó exceptuar de ella, en el punto y hora en que se hiciera, el dinero de la gente honrada.

Miquis, que le apreciaba y se reia con él, fué á darle la enhorabuena, y le encontró en su taller trabajando como

siempre. Bou se levantó, saludó á gritos, estrujó la mano de su amigo, y despues fué acometido de una tos tan violenta que su cara parecia un cuero de vino, y el ojo rotatorio estuvo á punto de desalojar su holgada órbita y caerse al suelo.

"Ese alquitran, hombre, ese alquitran...

—Déjese usted de alquitranes y de potingues. Ni curas ni boticarios me sacarán un cuarto. Que coman yerba... ¡hála! Y á ustedes los médicos, si yo arreglara el mundo, les pondria á que me barrieran las calles, á que me desecaran los pantanos, á que me desinfectaran las alcantarillas... Ahí es donde están las enfermedades.

—Pues á los litógrafos los pondria yo á que me afeitaran todas las ranas que se pudieran cojer... Pero vamos al caso... ¿Convida usted ó no convida?

—Sí señor; convido á una copita... y nada más.

—¡Qué miserable! Yo esperaba un banquete regio.

—No me gustan aparatos ni bulla.

—Hombre, siquiera un cubiertito de cincuenta reales... cuatro amigos...

—Pues *palante*,—exclamó el catalan disparando su risa, —y aunque sea de doscientos reales. Pero cuatro ó cinco amigos nada más.

Siguieron hablando de la buena fortuna. Él la habia recibido con calma y no pensaba hacer locuras. Si al fin se casaba, seguiria trabajando, con el mismo sistema de vida modesta y oscura. Pero si no se casaba, tenia el pensamiento de proporcionarse algunas satisfacciones, porque *¡voto va Deu!* no hay dinero más soso que el que uno deja á sus herederos cuando se muere. Es necedad irse al otro mundo sin poder contar por allá algo de lo poco bueno que hay en éste; y luégo, si viene la liquidacion, si tocan á desamortizar, es triste cosa que le limpien á uno sin haber

sido sanguijuela por un poco de tiempo. El trabajo es bueno, magnífica cosa, sí señor, admirable en extremo; y los holgazanes que se aprovechan del trabajo del pobre para gozar, son unos pillos, sí señor, grandes tunantes; pero el obrero que tiene una ocasion de introducirse, siquiera sea por breve tiempo, en el palacio encantado de los goces mundanos, debe hacerlo, aunque no sea sino por conocer el género de vida de las sanguijuelas y tenerlo en consideracion el dia en que se ajusten cuentas. Él (Juan Bou) habia pensado esto, y sacado en consecuencia que las teorías puras no resuelven la cuestion social; es preciso estudiar prácticamente los excesos de la holgazanería.

Aprobó cumplidamente estas ideas Miquis, y con toda energía excitó á su amigo á probar las escasas dulzuras de esta corta vida, ya que sin quererlo tenemos siempre entre los labios sus amarguras, y pues la ocasion de ser dichoso no se presenta siempre, aprovéchese cuando viene, que tiempo hay de sobra para privaciones, disgustos y penas.

"Supongo,—añadió,—que andaremos en coche y á caballo, que tendremos buena mesa y palco en la Opera...

Echose á reir Juan Bou y dijo que no pensaba correrse mucho, ni hacer el oso, ni ponerse en ridículo como un indianete sin seso; que tan sólo obsequiaria á cuatro amigos, y que, sin abandonar su taller, trataria de ver qué sabor tiene la sangre del pueblo.

Despues nombró Miquis á la ingrata, y oido su nombre, se puso tan serio el otro que parecia haber perdido en un instante todo su contento. No habrian dejado aquí un tema tan del gusto de ambos, si en aquel punto no hubiera entrado D. José, el cual se turbó al ver al médico. Bou, tambien algo turbado, pidió perdon á Miquis y se fué con Relimpio á un despachillo cercano, donde Augusto les oyó secretearse.

"Le ha traido una carta ó recadillo,—pensó el doctor, proponiéndose no darse por entendido.—Ya, ya...

D. José salió al parecer con otra esquela ó recadito verbal, aunque es más probable que llevara lo primero, y al salir habló á Miquis del tiempo, de política, de Cánovas y de que las tropelías de los ingleses en el campo de Gibraltar daban motivo á España para exigir de Albion que nos devolviera aquel pedazo de nuestro territorio. Augusto se mostró conforme con estas patrióticas ideas y le dejó marchar, admirado de su aspecto caduco, y del azoramiento que el semblante del pobre viejo declaraba. Bou le convidó para el banquete que celebraba á la siguiente noche, y fué D. José vestido con su levitita anticuada y su corbata azul de alfiler. Grave y silencioso estuvo toda la noche, sin que los demas comensales pudieran comunicarle su alegría. Era tan flojo de cerebro, que en cuanto bebia dos copas se ponia perdido; y hé aquí qne al probar el Champagne, el buen tenedor de libros, despues de haber dado varias pruebas de no ser dueño de sus ideas, se dirigió á Juan Bou y con lengua solemne aunque torpe, le dijo:

"Caballero, usted me dará una satisfaccion, ó me veré obligado á llevar la cuestion á un terreno...!

Todos prorumpieron en risas. Exacerbado con ellas el humor pendenciero de D. José, se puso éste como la grana y uniendo el gesto impetuoso á la diccion enfática, añadió:

"Porque usted se empeña en mancillar el honor de una jóven de altísima familia, y yo no permito, lo entiende usted? no permito... ¡yo que soy segundo padre...!

—Tiene razon,—dijo Miquis.—Esto no puede quedar así. El lance es inevitable.

—Inevitable,—gritó Relimpio descargando el puño sobre la mesa y rompiendo un plato.—Elija usted hora y arma. Si quiere usted, á la hora del alba...

—*Al matutino albore...*

Lo más particular fué que Bou, que tambien era hombre incapaz de llevar con aplomo tres copas de vino blanco, empezó á disparatar. Primero se rió mucho, despues todo su empeño era abrazar á D. José y llamarle su amigo. Relimpio, por el contrario, más se enfurecia á cada instante. Los otros le incitaban, y sabe Dios cómo habria concluido el lance, si el catalan, que brindaba á cada momento, no diera de improviso con la mole de su cuerpo en tierra.

Levantóse en esto D. José y señalando con dramático acento el cuerpo que parecia cadáver, dijo:

"La suerte me ha sido favorable, caballeros, ¡señal de mi derecho! ¡Le he matado...! He salvado el honor de una eminente doncella, de aquella hermosa entre las hermosas, de aquella oriental perla, de aquel serafin.

Dió tres ó cuatro pasos en falso, giró como un trompo, y fué á caer en un divan de hule, donde Miquis le mojó la cara.

CAPÍTULO XII.

Escenas.

I.

JOAQUIN. (*Solo, paseándose meditabundo por la habitacion, que es de bajo techo, súcia, con feísimos y ordinarios muebles, todo en desórden*).—Ni un dia más durará esta vida. Protesto con toda mi energía de sér racional y libre, y declaro absurdo y necio el deber de vivir. No hay tal deber. Cuando la sociedad nos declara la guerra, ó hay que rendirse entregándole las llaves de la plaza del alma, por otro nombre, la vergüenza, ó hay que tomar las de Villadiego, emigrando á la eternidad. Este es el dilema, *the question*, como decia el otro: ó vivir sin decoro, ó buscar en la muerte la imposibilidad absoluta de ruborizarse. Opto por morir. (*Da un gran suspiro, alza los ojos del suelo, y fijándolos en un espejo que hay en la pared, sucio de moscas y con gran parte del azogue borrada, se contempla en silencio un gran rato*). ¿Eres tú, imágen que aquí veo, la de Joaquin Pez? Te desconozco. Tú no eres yo. Yo era hermoso y tú, con esa palidez de Santo Cristo viejo y sin barniz, das grima. Mis ojos derramaban la alegría y la felicidad, y los tuyos están mortecinos y sin brillo. ¿Cómo puedo creer que el hombre mejor vestido de Madrid sea éste que aquí veo dentro de esta levitita abotonada hasta

el cuello, con los ojales rotos y los bordes grasientos y con flecos? No: el hombre que, á la hora que es, no ha tomado más que un café y un poco de pan no puede ser el Joaquin Pez que yo conocí. (*Da media vuelta y sigue paseando*). Me repugno, me doy asco. Vivir así es peor que cien muertes. Ya no puedo pasar mucho tiempo sin que me descubran. Me prenderán, me meterán en la cárcel... ¡Qué iniquidad! (*Se conmueve*). Soy un desgraciado, un hombre débil que no conoce el órden; soy un tonto; no tengo sentido comun, no sé arreglarme... no valgo dos cuartos. Cuanto se diga de mí en este sentido es justo. Pero acusarme de estafador!... Que en Paris contraigo deudas; que me vengo á España con intencion de pagar; que un frances sale escapado detras de mí persiguiéndome; que le entretengo unos dias; que me endosan unas letras para que las cobre; que las cobro y pago al frances; que los acreedores de aquí, envidiosos de ver la buena suerte del extranjero, se me echan encima, me ahogan, me embargan, me despojan la casa; que mi padre se enfurece y riñe conmigo y me retira su apoyo; que el dueño de las letras me exige su dinero; que no se lo puedo dar; que le pido un plazo; que me lo niega, y tomándolo por la tremenda, da parte á la justicia; que corro y me afano buscando un prestamista, y no lo puedo encontrar; que protesto de mis buenas intenciones y de mis deseos de cumplir, y nadie me cree; que me acusan de trapisondista y estaf... No, no lo puedo sufrir. En mí hay error; pero mala fé jamás. ¿La ligereza, será hermana del crímen?... He recurrido al juego y no he tenido suerte; se han conjurado contra mí hasta los abominables ganchos de los garitos. Es una guerra universal contra el infeliz caido; es la venganza de la cursilería contra el que fué ídolo de la sociedad y de las damas, hombre de moda y verdadero tipo del bien vestir. (*Dando un gran suspiro*). Yo juro que no se

reirán de mí; no, no me humillaré; no haré el mamarracho. Es preciso acabar dignamente. Cada cosa que pierde el cimiento cae segun su natural condicion. Caeré con catástrofe, como las torres, y los que oigan el estrépito de mi fin dirán: "Ese es un hombre„... (*Acércase á un rincon en que hay una percha de la cual pende un gaban. Toca la tela, reconociendo por fuera algo que abulta dentro de un bolsillo*). Aquí estas, pasaporte, billete de ida sin vuelta. Te guardaré en el cajon de la mesa (*Lo hace*) para que no te vea Isidora, que se asusta tanto de las armas de fuego. Ayer te vió y quiso tirarte á la calle. Esta noche, tú y yo nos entenderemos. Las horas, que se arrastran pesadamente de la mañana á la noche, despidiendo como una baba pegajosa, empapan mi alma en desesperacion. Esto ya no es vivir. Hágome cuenta de que ya se acabó todo, y voy á escribir. No quiero irme sin decir algo á ciertas personas. (*Se sienta en una claudicante silla, junto á la más derrengada mesa que es posible ver, y escribe*). Suprimiremos la fórmula vulgar de "Á nadie se acuse de mi muerte.„ Diré á mi padre que... Siento pasos. Isidora viene. Esta desgraciada es el único sér que ha tenido la abnegacion de unirse á mí y ampararme cuando me ha visto abandonado por todos. ¡Oh corazon generoso! Ha querido confortar mis penas con sus ilusiones y mi desesperacion con su esperanza. Cuando la veo, me dan ganas de vivir y de ser bueno y arreglado y de unirme para siempre con ella. Aquí está...

II.

ISIDORA.—(*Entra con muestras de mucho cansancio. Viene humildemente vestida y trae un lio de ropa en la mano. Siéntase en un sofá inválido que se inclina más de*

un lado que de otro, y poniendo sus ojos llenos de dulzura en Joaquin, espera que éste le dirija la palabra). ¡Dios mio, qué escalera!

JOAQUIN.—Más grande es la del Paraíso, al ménos así lo dicen, que yo no la he visto.

ISIDORA.—¿Ha venido mi padrino?

JOAQUIN.—No he tenido el gusto de ver á su señoría.

ISIDORA.—¡Cuánto he andado, cuánto he corrido hoy!... He vuelto á casa de Emilia para ver á Riquin. Yo he querido traérmele, temiendo que les molestase; pero Emilia no ha querido... Hemos llorado... (*Se conmueve*).

JOAQUIN.—Has hecho bien en dejarle allí. En ninguna parte estará mejor.

ISIDORA.—(*Suspirando fuerte*). ¡Ay! Dios de mi vida, ¡qué angustia! Por fin he logrado reunir... (*Lleva la mano á su bolsillo como para defenderlo de un brusco movimiento de Joaquin*). No, no te doy un cuarto. Déjame, que yo iré arreglando las cosas. Por de pronto es preciso que salgas de aquí. Esta casa es una pocilga, y ¡qué vecindad, qué huespedes, qué patrona! Anoche no me dejaron dormir esos torerillos y demas gentuza que cantaba y daba palmadas en el comedor. Pero dí, ¿no hallaste otro sitio mejor en que meterte?

JOAQUIN.—(*Con desaliento*). Perseguido, aterrado, aturdidísimo, me dejé conducir por un amigo, Pepe Nules.

ISIDORA.— Pues ya tengo para pagar los ocho dias que has estado aquí. Yo no he estado más que tres. El gasto es poco. Hoy te haré traer comida buena de la fonda.

JOAQUIN.—No te apures por eso... lo mismo me da.

ISIDORA.—Y mañana irás á una casa más decente.

JOAQUIN.—(*Con indiferencia*). ¿Para qué?

ISIDORA.—Para que vivas con más decoro.

JOAQUIN.—¡Ideas convencionales!

ISIDORA.—(*Pensativa*). Ayer te dije que tomaria una casita, y nos iríamos á vivir juntos, ocultamente, sin que nadie se enterara. Ya he reflexionado, y eso no puede ser.

JOAQUIN.—Esas ideas de vivir ocultamente, y eso de hacer un nido y... (*Riendo*). Estupideces, hija. Eso lo pueden hacer los pájaros, que no conocen la acuñacion de moneda. Estamos dejados de la mano de Dios. No hay que pensar en casita, ni en simplezas. Los novelistas han introducido en la sociedad multitud de ideas erróneas. Son los falsificadores de la vida, y por esto deberian todos ir á presidio.

ISIDORA.—No te desesperes. (*Sonriendo con dulzura*). ¿Y si yo te dijera que tengo probabilidades de reunir algun dinero?

JOAQUIN.—Tu dinero nos serviria para pasar dos dias, tres. Luégo volveríamos á la misma situacion de miseria, y como tus riquezas no habian de ser tales que yo pudiera con ellas romper este cerco en que me hallo...

ISIDORA.—(*Con cariño*). ¿Y si pudieras?...

JOAQUIN.—Tá, tá, tá. Tú vives de ilusiones. Aquí tenemos otra vez la fantasmagoría del pleito. Siempre crees que mañana te duermes Isidora y te despiertas marquesa de Aransis, harta de millones. No sé cómo, con tu buen talento, vives así, engañada por el deseo.

ISIDORA.—Vamos, hoy todo lo ves negro.

JOAQUIN.—Es que todo se ha vuelto ya retinto para mí.

ISIDORA.—Si quieres que no riñamos, no me hables del pleito con ese desprecio. Yo tengo confianza, y quiero que tú la tengas tambien. El procurador me ha dicho que es cosa ganada... Tardará algun tiempo, porque mi abuela apelará; pero de que lo gano, no te quede la menor duda.

JOAQUIN.—Pues poniendo las cosas á tu gusto, siempre pasarán tres, cuatro ó cinco años ántes de que lo ganes.

Ayúdame á sentir. Ni cómo he de remediarme yo ahora y sortear mi deshonra, con esos caudales que todavía no se han acuñado.

ISIDORA.—Al darte esperanzas, no me referia yo al pleito. Yo pensaba conseguirte el dinero con un préstamo.

JOAQUIN.—¡Un préstamo! (*Con estupor*).

ISIDORA.—En fin, yo me entiendo... No te desesperes...

JOAQUIN.—No creo ya en los préstamos, como no creo en los milagros. (*Da media vuelta y se pasea otra vez*).

ISIDORA.—(*Aparte y despues de mirar un rato á Joaquin*). Es preciso sobreponerse á la desgracia... Arreglaré el cuarto, que parece una leonera.

Gran pausa. Durante un momento, ambos personajes callan. Isidora coloca las sillas con cierto órden, arregla las camas, quita el polvo. Cuando limpia el espejo, se mira un poco, y dice:—Parezco qué se yo qué. (*Alto*). Hoy traeremos dos cubiertos de la fonda.

JOAQUIN.—Como tú quieras. El comer bien ó el comer mal me es indiferente; pero, pues tú lo quieres, comamos bien, que nada se pierde en ello.

ISIDORA.—(*Sentándose fatigada*). La miseria, hijo, me espanta. No tengo un vestido decente que ponerme... ¿Pues y tú? ¡Y á esto llaman vivir!...

JOAQUIN.—La vida sin dinero es una enfermedad del cerebro, una fiebre galopante, una meningitis. Ni el amor es posible en la pobreza. Mete á los amantes más finos y más exaltados, á Romeo y Julieta, por ejemplo, en un cuchitril, donde no tengan más que el consabido *pan* y *cebolla*, y á los dos dias se arañan la cara. La miseria es enemiga del alma humana. Con ella no es posible el talento, ni los afectos, ni la amistad, ni el arte, ni la dignidad, ni nada. Es la forma sintética del mal. Oye, oye, Isidora: el reloj de las monjas ha dado las tres. Tengo una debilidad...

Si persistes en el sibaritismo de traer algo de la fonda, mándalo traer pronto, ya sea almuerzo, ya comida, porque me muero de hambre.

Nueva pausa, durante la cual entran una criada de la casa y un mozo de la fonda. Este sirve el almuerzo. Joaquin demuestra más apetito que Isidora.

ISIDORA.—(*De sobremesa*). ¿Qué tal?

JOAQUIN.—Los langostinos estaban muy buenos; el *beefsteack* me ha rejuvenecido. ¡Bendita seas tú, que siempre tienes ideas grandes! Eso de sorprenderme con dos botellas de *Champagne* prueba que en tí todo es noble, lo mismo el corazon que la cabeza. Dejaremos una botella para mañana, porque la economía es la primera de las virtudes; no, la segunda, que la primera es cuidarse bien.

ISIDORA.—Alguna otra sorpresa te he de dar todavía. Díme, ¿mereces tú lo que hago por tí?

JOAQUIN.—No lo merezco ciertamente. Muchas veces te lo he dicho. Eres un ángel... no de esos ángeles desabridos que pintan en los cuadros y en las poesías, los cuales vienen con consuelillos de moral emoliente, sino un ángel mundano que derrama sobre el corazon del desgraciado bálsamo eficaz. En una palabra, eres un ángel práctico. Bien se conoce en todas tus acciones la nobleza. Podrás equivocarte, cometer faltas; pero ser innoble, jamás. No sé si me explicaré diciendo que tienes la elegancia del alma.

ISIDORA.—Tienes razon. Seré cualquier cosa, seré... mala si se quiere, pero ordinaria jamás.

JOAQUIN.—Indudablemente eso está en la sangre. Por vida de... Si no ganas ese endiablado pleito, no hay justicia en la tierra... ni en el cielo. ¡Ay! Isidora, no sé por qué el Champagne da á mi alma un vigor que ya no tenia. Ello es que siento deseos de echarme á pensar cosas agradables.

Isidora, Isidora, mujer mia. (*La abraza tiernamente*). Entretengámonos un momento con ilusiones...

ISIDORA.—(*Riendo*). Mejor es soñar que ver.

JOAQUIN.—Ganarás el pleito... Yo me casaré contigo...

ISIDORA.—(*Entristeciéndose súbitamente*). En lo primero creo, en lo segundo no. Esa ilusion es demasiado bonita para que pueda engañar.

JOAQUIN.—¿Por qué lo dices?... ¿Porque te lo he prometido muchas veces, y nunca lo he cumplido? Ahora...

ISIDORA.—Ni ahora ni nunca. Tú no te casarás conmigo. (*Derrama una lágrima*).

JOAQUIN.—El mundo es olvidadizo, tontuela.

ISIDORA.—Pero no tan olvidadizo que...

JOAQUIN.—Y en seguida que nos casemos, haremos un viaje por Italia y Suiza.

ISIDORA.—Ó por Inglaterra y Escocia... (*Con toda su alma*). ¿Sabes que de tanto oir hablar de Italia me apesta la tal Italia? Más quiero ver á Lóndres, sus inmensas calles, sus muelles que no tienen fin, sus parques... Aquello sí que es grandeza. Te diré... luégo haria una excursion por Escocia, donde hay unos lagos preciosos y unas montañas... Por allí andan las *ladys* visitando grutas, escudriñando ruinas y pintando paisajes. No hay nadie que entienda como esa gente inglesa el modo de hacer vida elegante en medio de la Naturaleza. Botin, que ha estado en Inglaterra, me contaba cosas que me hacian feliz.

JOAQUIN.—Pues si lo prefieres, iremos á Lóndres y á Escocia.

ISIDORA.—Calla, calla. Te diré... Iré yo sola, ó contigo si quieres acompañarme... Porque no me casaré, Joaquin; viviré soltera riéndome del mundo.

JOAQUIN.—¡Soltera! Si yo no me casara contigo, tendrias ocho mil pretendientes por semana.

ISIDORA.—(*Decidida*). Á todos les daria con mi puerta dorada en los hocicos. ¡Soltera, libre! Vestiré muy bien, protejeré las artes, seré una gran señora. Te diré... Mi casa va á tener que ver, porque no entrará en ella nada que no sea de lo más escogido. No has de ver ni cosas vulgares, ni tapicerías chillonas, ni objetos de mal gusto, ni cosa alguna que se vea en otra parte. Compraré cuadros de los grandes maestros, y tapices y antigüedades, y todo lo que sea curioso sin dejar de ser bello, porque las rarezas sin hermosura me desagradan tanto como las bellezas comunes.

JOAQUIN.—¡Bendito sea tu talento!

ISIDORA.—En mi casa no entrarán los tontos, eso te lo puedo jurar. Me rodearé de hombres discretos, distinguidos. En fin, será mi casa la academia del buen gusto, del ingenio, de la cortesía y de la inteligencia. Daré conciertos de música clásica.

JOAQUIN.—(*Con un poco de malicia*). ¿La has oido? ¿Te gusta?

ISIDORA.—Yo no sé si la he oido ó no; pero puedo asegurar que me gusta. Te diré... ¿Hay una música en que no se oigan esos mil sonsonetes de ópera que conocemos por los organillos, las bandas militares y los cantantes de aficion? Pues esa es mi música. Lo que te puedo asegurar es que un dia fuí al salon del Conservatorio á oir los cuartetos y me gustó tanto, que estaba embelesada... Aquello era un coro de serafines con guante blanco. ¡Qué sensaciones tan delicadas! Yo me remontaba á un cielo, que tambien era salon.

JOAQUIN.—(*Con admiracion*). ¡Isidora, tú eres noble!

ISIDORA.—Te diré... oyendo aquello, yo me olvidaba de todo y bendecia á Dios que no me ha hecho vulgo... Vamos á otra cosa. Yo no entiendo de pintura; pero cuando

tenga mi casa, entrarás en ella, y te desafío á que encuentres algo que no sea superior. Me atengo á los grandes maestros, y como he de ser muy rica, me formaré una buena coleccion. Tambien tendré contemporáneos, siempre que sean muy escogidos. Tres ó cuatro veces nada más he estado en el Museo. ¡Qué cosas, hijo! Aquello sí es grande. Con el talento que hay colgado de aquellas paredes habia para hacer un mundo nuevo si este se acabase. Yo me figuraba que habia pasado á otro mundo, á Venecia, á Roma, á la córte del Buen Retiro. Me parecia unas veces que estaba cubierta de brocados y otras que andaba á la ligera como se anda por el Olimpo. Aquello es belleza, chico, aquello es gracia. Yo decia: esto lo siento yo, esto es cosa mia, esto me pertenece...

JOAQUIN.—(*Con entusiasmo*). ¡Eres noble, eres noble!

DON JOSÉ.—(*Entrando súbitamente, produce, con la irrupcion inesperada de su personalidad, un abatimiento brusco del exaltado vuelo de su ahijada*). Aquí estoy.

ISIDORA.—¡Ah!... D. José...

DON JOSÉ.—(*Aprovechando el momento en que Joaquin vuelve la espalda, da un papelito á Isidora*). Toma.

ISIDORA.—(*Guardando el papelito*). Padrinito, ahora debe usted retirarse. Es de noche, y estará usted cansado. Mañana le necesito. Pero no se moleste usted en subir. Aguárdeme en la puerta y me acompañará á varias partes á donde he de ir. (*Despidiéndole con una mirada cariñosa*). Abur.

DON JOSÉ.—(*Con cierta reconcentracion shakesperiana*). La sangre que destila de mi corazon amarga mis labios. (*Exit*).

III.

Es de noche. Agonizante luz de un quinqué con pantalla torcida y sucia alumbra la estancia. JOAQUIN, *cansado de dar paseos por el cuarto y de fumar cigarrillos, se arroja vestido en la cama y se duerme.* ISIDORA *se reclina en el sofá y cierra los ojos. Pero no pudiendo dormir, habla consigo misma:*

Decididamente optaré por el canelo con combinacion níquel, por el azul de Ultramar y por el negro con combinacion de brochado, oro y cardenal... En los sombreros no determino nada hasta no enterarme bien. ¡Ay, Jesús! lo primero que tengo que hacer es tomar un profesor de frances... Supongamos que cuando ménos se piensa, mañana, ó la semana que entra, ó el mes que entra, gano mi pleito; bien porque lo gano, bien porque la marquesa se cansa, reconoce su terquedad, y cede y me llama y me dice... Hace dias que me estoy figurando esto y nada tendria de particular que lo que pienso resultase verdad. Pues bien, mi abuela me llama el mejor dia; voy allá, subo, entro, espero un ratito en el gabinete del piano, sale ella, me mira, me toma las manos, me las aprieta mucho y me dice: "Basta de pleitos, hija: abracémonos." Y me abraza, y yo me echo á llorar, y ella tambien, y todo queda concluido, y yo en la casa y en posesion de lo que es mio... Supongamos esto, que es lo más natural, lo más lógico. ¡Qué alegría tan grande, Dios de mi vida! Entónces sí que podré tener cuanto necesite y cuanto me agrade sin humillarme. Sacudiré la tierra que se haya pegado á las suelas de mis botas, y diré: "Ya no más, ya no más lodo de las calles." El cristal más puro no podrá compararse entónces á mi conciencia. Seré tan honrada como los ángeles... Levantaré mi frente... (*Se*

interrumpe y da un gran suspiro). ¿Pero podré levantarla con el peso de ciertas cosas de mi vida pasada... y presente? Esto me vuelve loca. ¡Maldita sea la necesidad, que no es otra cosa sino lo que ántes se llamaba el diablo! La decencia del vestir, la delicadeza en el comer, el aseo y las comodidades que son tan necesarias á ciertas personas, como el aire y la luz, nos matan el alma... ¡Que venga Dios en persona á sacarme de este círculo maldito! Si me privo de todo, me muero de pena, y si no me privo me deshonro... ¡Oh! Dios, ¡quién fuera cursi, quién fuera populacho!... Me pasaria la vida haciendo cigarros, lavando ropa, comiendo bodrio, durmiendo en un jergon asqueroso; me casaria con un cafre hediondo, tendria un chiquillo cada año, viviria como una bestia, toda imbécil, toda sucia...¡pero seria feliz como son felices los que no conocen el dinero!... ¿Qué es mejor, ser una piedra, que se está donde la ponen, ó ser una criatura racional que quiere ir á alguna parte? ¡No sé, no sé! ¡Benditos sean los adoquines, que ni siquiera sienten los pisotones que les dan!... Vaya, vaya, qué duro es este sofá. Y el pobre Joaquin, ¡qué profundamente duerme! ¡Buena falta le hace! ¡Cuánto has padecido estos dias, desgraciado mártir de la sociedad! Tienes mala cabeza; pero eres bueno. Has gozado mucho, demasiado quizás, y ahora lo estás pagando. Los muy felices tienen que pagar su felicidad con desgracias, y viceversa. Por eso yo, que he sido y soy tan desgraciada, he de cobrar pronto la felicidad que se me adeuda... (*Suspira y se aflige*). Sí, sí, no hay debajo del sol una persona más desgraciada. Y no me digan que soy mala. Yo no soy mala. Es que las circunstancias me obligan á parecerlo. Y si no, que baje una santa del cielo y se ponga en mi lugar, á ver si no haria lo mismo... (*Se da un golpe en la frente*). Cuando pienso lo que me espera mañana, me dan ganas de matarme. Y al mismo, tiempo, ¡vaya con

las jugarretas que me hace mi destino! deseo que llegue mañana. Mis necesidades, los apuros de este infeliz y la urgencia de pagar los gastos de mi pleito, me hacen cerrar los ojos... El honor me echa hácia atras; la ansiedad de satisfacer mis necesidades me echa hácia adelante. Pues no hay otro remedio, adelante. El sí y el no me vuelven igualmente loca. (*Rompe á llorar y para sofocar sus lamentos muerde el pañuelo. Larga pausa*). ¡Y cómo duerme él tan tranquilo!... Si yo no te quisiera tanto, podria suprimir uno de los principales motivos que tengo para dar este mal paso, y quizás, quizás hallaria otros medios... Pero no lo puedo remediar; se me despedaza el alma de verte así... Y para que veas lo que soy, siempre que considero lo mal que te has portado conmigo, me entran ganas de servirte, de favorecerte. Te diré... yo soy así; Dios mio, ¿por qué me hiciste noble? ¿Por qué no me hiciste nacer del vil populacho? ¿Por qué no me hiciste canalla de la cabeza á los piés, canalla la figura, canalla los modales, canalla el alma?... (*Gran pausa, durante la cual se adormece*). No, no; me decidiré por el azul Ultramar con combinacion rosa y plata... (*Otra pausa, durante la cual amanece*). Es de dia; me levantaré y saldré sin que él me vea. Aún es demasiado temprano. Procuraré no hacer ruido... Le dejaré el dinero suelto que me queda aquí y dos palabras escritas con este lápiz. (*Escribe y pone sobre la mesa el papel y algunas monedas*). Vaya, ya es tiempo. (*Afligidísima*). ¡No poderle decir adios! ¡Qué vida, qué humanidad! Me voy, porque si despierta, no tendré valor para salir. (*Vase*).

JOAQUIN.—(*Despertando, ya entrado el dia*). Isidora, Isidora... No está. Se ha ido. Me levantaré. Como estoy vestido, mi *toilette* no ofrece grandes dificultades. ¿Habrá por aquí el lujo de un peine? Es posible. (*Levántase y da algunos pasos por la habitacion*). ¡Qué claridad! ¡Qué feo

y antipático es el dia! Prefiero la noche, tapadora y discreta. ¡Ah! la señora de la casa, ántes de marcharse, ha dejado aquí sus disposiciones. (*Toma dos duros que hay sobre la mesa y el papelito, y lee*). Vamos, bien, me ha dejado el dinero para que almuerce hoy. (*Lee*). "Manda traer de la fonda tu almuerzo. No te apures. No volveré hasta la noche, porque tengo que hacer." Esta pobre Isidora, ¡qué buena es! Si no fuera la maldita manía del pleito, que no ganará nunca, seria una muchacha ejemplar. Bien, bien, haremos lo que manda la señora. La fiera patrona no me envenenará con sus guisotes. Voy á llamar, á pedir agua, á lavarme, y despues esperaremos. Luégo que almuerce dictaré mis últimas disposiciones, y en cuanto llegue la noche, la querida noche...

Pausa de algunas horas, durante la cual entra y sale una zafia criada, arréglase el personaje, y luégo almuerza lo que le traen de la fonda.

Me olvidé de la botella de Champagne que está en aquel armario. No me importa. Que se la beba otro. En mi testamento la dejaré á los huéspedes de esta casa para que la vacien por mi salvacion eterna... Ya que estoy solo escribiré á papá y á Isidora. (*Se sienta y escribe*). ¡Buenas cosas le digo á mi señor padre!... Si los deslices del hijo han sido grandes, el padre no tiene aún motivos para dudar de su buena fé... Jamás he cometido una vileza. Mis faltas son debilidades, y ademas un efecto preciso de la mala, de la perversa educacion que he recibido. ¿Por qué educaron en el lujo al hijo de un pobre empleado con treinta mil reales? ¿Por qué desde niño me enseñaban á competir con los hijos de los grandes de España? ¿Por qué no me dieron una carrera, por qué no me aplicaron á cualquier trabajo, en vez de meterme en una oficina, que es la escuela de la vagancia? Estas son las consecuencias. Me

criaron en la vanidad, y la vanidad me conduce á este fin desastroso. (*Sigue escribiendo con agitacion, se pone pálido, y al concluir, su mano tiembla*). Ahora escribiré á Isidora, á quien no veré más. La única persona por quien siente emociones cariñosas mi corazon es ella. ¡Cuánto más vales tú que otras virtudes secas y orgullosas! Nuestras dos almas han simpatizado, porque son similares. Tú, como yo, fuiste educada en la idea de igualar á los superiores... (*Escribe*). "Querida y adorable amiga: próximo á morir, adquiero una lucidez extraordinaria; veo el mundo y la vida en su verdadero aspecto. Yo no tengo ya salvacion; tú puedes salvarte. Procura olvidar tus aspiraciones, renuncia á ese pleito, hazte humilde, y si se te presenta un hombre honrado que quiera casarse contigo, cásate, aunque él sea muy bruto." (*Hablando*). No, no miento nada al decir que la quiero con todo mi corazon. Su lealtad conmigo, la constancia de afecto con que ha pagado mis desvíos prueban la grandeza de su alma. (*El personaje redacta largos párrafos amorosos y llena cuatro carillas de papel*)... ¡Ah! me olvidaba de lo principal, de Riquin, mi hijo. ¡En esta hora triste me ha entrado un amor por él!... ¡Si estuviera aquí me le comeria á besos! Le reconoceré. (*Escribe otro larguísimo párrafo, y pasa el tiempo y avanza la tarde*). En fin, esto es hecho. Ahora ánimo. Tremenda cosa es afrontar el dudoso abismo de la eternidad. Pero no puede ser de otra manera. Dios me perdonará mi crímen. ¡Todo ántes de ser chacota de la gente y presenciar la befa de mi honor! Pronto anochecerá. No vacilo más. (*Se dirige á la percha, saca el revólver y lo examina*). Aquí está. Me parece un juez de hierro que me condena sin permitirme defensa ni apelacion.

UNA VOZ.—(*Que suena cavernosa detras de la puerta, acompañada de dos golpecitos*). ¿Se puede?

JOAQUIN.—Adelante.

D. JOSÉ.—(*Entrando*). Buenas tardes.

JOAQUIN.—¿Viene usted en busca de Isidora? No está.

D. JOSÉ.—No, vengo de parte de ella. Esta carta...

JOAQUIN.—(*Tomando la carta con mano temblorosa*). ¿Á ver?... ¿En dónde está Isidora?

D. JOSÉ.—(*Con sequedad*). Hace un rato estaba en una tienda de la calle del Cármen, escogiendo telas para vestidos.

JOAQUIN.—(*Estupefacto*). ¡Telas! (*Abre la carta que es voluminosa. Dentro del pliego aparecen risueños algunos billetes de Banco. Joaquin palidece*). ¿Qué es esto? (*Se sienta y lee. Palidece más y luégo se pone encarnado y vuelve á palidecer*).

D. JOSÉ.—(*Aparte, mirando á Joaquin con expresion de pocas simpatías*). No lloro porque soy hombre. Mi corazon concluirá por ser como las rocas en que bate el mar.

JOAQUIN.—(*Guardando la carta en el bolsillo, se pasea*). ¡Estoy salvado! La cantidad es redonda... ¿Pero aceptaré esto? ¿De dónde procede?... ¿Es una vileza aceptarlo? Sí que lo es; pero las circunstancias... ¡el abismo!... Supongamos que un desventurado está al borde del precipicio y se le presenta el demonio de la infamia y le alza en sus manos... No, no, ántes rodar al fondo del abismo. (*Alto*). Don José, vuelva usted allá, y devuelva esto á Isidora.

D. JOSÉ.—(*Aparte y tétricamente, coincidiendo en sus expresiones, sin sospecharlo, con Otelo*). Oh flor graciosa y bella, ¿por qué has nacido?

JOAQUIN.—(*Vacilando*). No, no; deshonra por deshonra... Pesémoslas ambas en la balanza de la fria razon. ¿Cuál pesa más? ¡Oh! no hay que vacilar. Ésta lleva en sí la imposicion del acontecimiento, del hecho real. Tomaré el dinero... Me he salvado. Pero, ¿por qué no estoy tan

contento como debiera? (*Alto*). D. José, ¿con quién ha hablado hoy Isidora?... ¿en dónde ha estado?

D. José.—No lo sé... (*Aparte, lleno siempre de espíritu shakesperiano*). ¡Estúpido! ¿cómo quieres que te lo diga? No me atreveré á decirlo ni aun á vosotras, ¡oh castas estrellas!

Joaquin.—Usted nunca sabe nada. Usted está siempre en Babia. (*Aparte*). ¡Malditas sean las circunstancias!... Me engañaré á mí mismo, haciéndome creer que este dinero es de procedencia honrada. Es tan torpe el sér humano que fácilmente se le engaña... Pero discutamos esto; abordemos la cuestion con filosofía. Si este dinero ha venido á mí por una via poco honrosa, es evidente que yo no he ido á buscarlo por dicha via. Los procedimientos de la Providencia son misteriosos. Es irreverente y sacrílego ponerse á discutir sus designios. El hecho consumado lleva ya en sí una dósis tan grande de lógica que no necesita argumentaciones retóricas. (*Alto*). ¿No piensa usted lo mismo, hombre de Dios?

D. José.—(*Como quien despierta de un sueño*). ¿Yo?... Yo no pienso.

Joaquin.—(*Volviendo á mirar con cariño los billetes*). ¡Y la cantidad es redondita! ¡Pobre Isidora! ¿Cómo no amarla? No sé qué daria porque ganara el pleito. Pero no, no lo ganará. Sólo los pillos tienen suerte. ¡D. José, señor D. José!

D. José.—(*Pasándose la mano por la frente y el cráneo como para detener una idea que intenta escaparse*). ¿Qué?...

Joaquin.—Le voy á convidar á usted á una copa de Champagne.

D. José.—(*Con repugnancia*). Gracias, no... me mareo. (*Vacilando*). Pero, sí, venga; así se olvida.

Joaquin.—¿Tiene usted muchas penas que olvidar?

D. JOSÉ.—(*Mirándole con ojos dulzones*). ¿Yo?... ¿Penas yo? (*Contrae horriblemente sus facciones al tratar de contener la emision de un suspiro*).

JOAQUIN.—(*Escanciando*). Ahí va.

D. JOSÉ.—(*Bebe*). ¡Cómo pica la maldita! (*Apénas ha llegado á su estomago la primer gota del precioso líquido inclina la cabeza y cierra los ojos diciendo*): ¡Mundo miserable!

JOAQUIN.—¿Qué?... ¿Por tan poca cosa?

D. JOSÉ.—(*Levántase bruscamente, los ojos brillantes y airados, la actitud trágica*). Sí, lo repito. Un caballero no recoge sus palabras. ¡Es usted un miserable, y le voy á romper á usted el bautismo!

JOAQUIN.—(*Soltando la risa*). ¡D. Pepe!

D. JOSÉ.—(*Cuadrándose*). A sable ó á pistola, como usted quiera. Me es igual. De todas maneras sabré castigar su infamia. ¡Usted, un hombre ordinario, un mónstruo, un cafre, atreverse á coger en sus garras aquel lirio!... (*Da algunas vueltas por la habitacion, perseguido por espectros*). No, no os tengo miedo, no. Pez, Botin, Melchor, Bou, no os temo. Os mataré á todos, os haré polvo. Soy el defensor de la virginidad ultrajada, de la inocencia perseguida, de la casta paloma... Vamos, al momento, al momento, me bato con los cuatro!

JOAQUIN.—(*Le empuja hácia el sofá*). ¡Pobre hombre!

DON JOSÉ.—(*Cayendo en el sofá como un talego*)... Me habeis matado, porque sois cuatro. Os perdono á todos, ménos á uno. Os perdono á los tres; pero á tí bestia repugnante, á tí, tronco de la Ipecacuana, no te puedo perdonar. (*Se desvanece*).

JOAQUIN.—(*Disponiéndose á salir*). Ahí te quedarás hasta que te pase.

IV.

Mutacion. La escena representa una habitacion semielegante que parece ser de una fonda.

ISIDORA.—(*Mirando con zozobra hácia la puerta en la cual ha dado golpes una mano indiscreta*). ¿Quién es?

DON JOSÉ.—(*Levantándose de un sillon en que yace soñoliento*). Si es visita, me retiraré.

UN SEÑOR.—(*Entrando, sombrero en mano y dirigiéndose á Isidora*). ¿Es usted doña Isidora Rufete?

ISIDORA.—(*Trémula*). Servidora...

AQUEL SEÑOR.—(*Avanzando, seguido de otro indivíduo poco simpático y nada cortés*). Señora, el objeto de mi visita es poco agradable. Vengo á prender á usted de órden del juez del Hospicio. (*Muestra el auto de prision*).

ISIDORA.—(*Aterrada*). ¡Prenderme!... ¡á mí! ¿Está usted seguro?...

EL ESCRIBANO.—(*Volviendo á mostrar el auto*). Vea usted... Con que si tiene usted la bondad de seguirme...

DON JOSÉ.—(*Aparte, deplorando no tener espada, y sobre todo no ser hombre capaz de sacarla en caso de que la hubiera tenido*). ¡Qué picardía!

EL ESCRIBANO.—(*Queriendo, como hombre humanitario, sacar á Isidora de su extraordinaria perplejidad*). Ya sabria usted que la parte contraria pidió que se sacara el tanto de culpa...

ISIDORA.—(*Confusa, mareada*). Sí...

EL ESCRIBANO.—Y el juez ha encontrado fundamento...

ISIDORA.—Pues daré fianza...

EL ESCRIBANO.—Precisamente... en el delito de que se trata, no puede concederse fianza.

ISIDORA.—¡Delito! ¿Está usted seguro de lo que dice?

EL ESCRIBANO.—El pleito es ahora causa criminal...

ISIDORA.—(*Iracunda*). ¿Y de qué me acusan?

EL ESCRIBANO.—De falsificacion.

ISIDORA.—Falsificadora ¡yo! (*Fuera de sí*).

DON JOSÉ.—(*Aparte, apretando los dientes, frunciendo las cejas y contrayéndose todo*). No te pierdas, José.

ISIDORA.—Esto es una infame trama de mis enemigos... Pero Dios no consentirá que me pierdan ni que me deshonren (*Llora*)... ¡Y á esto llaman justicia, ley! (*Sobreponiéndose al dolor y secando sus lágrimas de tal modo que parece que se abofetea*). Yo probaré mi inocencia.. Esto me faltaba, esto; ser mártir. (*Aparte, con entereza y orgullo*). Bien venida sea esta noble corona. El martirio me purificará de mis culpas, y hará que resplandezca mi derecho de tal modo que lo puedan ver hasta los ciegos. (*Alto*). Vamos, cuando usted quiera.

CAPÍTULO XIII.

En el Modelo.

I.

La irritacion y la vergüenza, unidas á un desórden nervioso que casi la privaba de sensibilidad, tuvieron á Isidora toda aquella tarde y noche en un estado parecido al sonambulismo. Veia las cosas, las tocaba, preguntaba, y aún respondia como cediendo á una fuerza mecánica. No estaba segura de hallarse despierta, ni de que fuese realidad lo que le pasaba; iba y venia medio ciega, mareada, con algo en el cerebro, entre jaqueca y manía, sorprendiéndose de ver cómo brillaban instantáneos, sobre la densa lobreguez de su pena, algunos relámpagos de alegría. Rindióla el cansancio despues de media noche, se acostó vestida, cerró los ojos tratando de adormecer el dolor de cabeza, y entónces revivió bajo su cráneo, entre la vibracion de los nervios encefálicos, todo lo acaecido desde que el escribano se presentó en su casa para prenderla. Veíase en el coche de alquiler que les condujo á la calle de Quiñones, donde está el vulgar y triste edificio, llamado *Modelo* con descarada impropiedad; el coche paraba junto á una puerta en la cual habia un soldado de guardia, y más á la izquierda un grupo de pobres disputándose las sobras del ran-

cho de las presas. El escribano y ella entraban en un vestíbulo nada espacioso; salia á recibirles un empleado con gorra galonada; traspasaban un cancel de cristales, y volviendo un poco á la derecha, encaraban con una puerta de pesados cerrojos, sobre la cual se leia en letras negras la palabra *Rastrillo*. Una mujer de edad madura abria la puerta, Isidora pasaba, subia por la gran escalera blanqueada, y al llegar á lo alto miraba el letrero de la *Sala primera;* y echando la vista por el hueco, veia una especie de cláustro grande y luminoso, en cuya larga capacidad sesteaba, tomando el sol, el más bullicioso y pintoresco ganado femenino que se pudiera imaginar. La idea sola de tener que vivir entre aquella gente habia horrorizado á la de Rufete. Pero ella tenia fondos; ella pagaria una habitacion decente, y viviria con ciertas comodidades y completo decoro los pocos dias que, á su parecer, habria de permanecer en aquel tremendo asilo.

Una señora mayor, bondadosa y amable, la acompañaba, y precedíala una celadora, un cabo femenino ó presidiaria distinguida, de aspecto gitanesco y fornido. Hácia la izquierda estaba el aposento que á Isidora se destinaba, el cual tenia una ventana enrejada á la calle, un camastron de hierro, una mesa, dos sillas... La dejaban sola; poco despues entraba la celadora, quien, con formas de adulacion artera y llamándola *señorita*, le ofrecia servirla y acompañarla. Isidora la miraba con repulsion. Llegada la noche, le servian una cena, de la cual no probaba ni lo más mínimo, y al fin, sola, encerrada, abrumada por la pena, el cansancio y la jaqueca, se habia recostado en la cama, donde su cerebro le reproducia una, dos, tres veces ó más, la série de impresiones y sucesos que hemos referido.

Por la mañana despertáronla los gritos y desaforadas blasfemias de una mujer que moraba al otro lado del tabi-

que de su cuarto, el graznido de un ave domesticada, el ruido de la calle, el bullicio de la *Sala primera*, que muy cerca estaba, y el *tan tan* de la campana de Monserrat, iglesia del convento que hoy es prision del bello sexo. Y si el alma humana en las situaciones de gran tribulacion se ve siempre sacudida por ráfagas de inexplicable alegría, que más bien parecen protesta aislada de algun nervio rebelde contra el dolor, en Isidora habia un motivo para que aquellas ráfagas de alegría fueran algo más duraderas y eficaces, porque la prision, con ser tan odiosa, habia venido á librarla de otra esclavitud atrozmente repulsiva.

"Casi me alegro de esto,—decia,—porque si no estuviera aquí estaria ya muerta de horror y asco...

Ademas, la prision no podia durar, porque los jueces ¡cosa evidente! habian de convencerse pronto de la inocencia de la pobrecita demandante. Dios le habia deparado sin duda aquel trance para probarla y darle luégo, cuando más afligidita estuviese, el alegron de ganar el pleito y confundir á su implacable abuela. Pero donde la hallamos más en carácter, es en aquel punto y hora en que echaba mano de su cualidad de idealizar las cosas para obtener los más dulces confortamientos. ¿No ennoblece el martirio á las criaturas? Si los culpables, cuando son perseguidos, inspiran lástima, los inocentes, que sufren tormento de la justicia, ¡cuánto no se avaloran y subliman en el concepto de las almas sensibles! Ella era inocente, ella sufria persecuciones inauditas; luego tenia bastante motivo para erigirse en criatura celestial. Poco le faltaba aquella mañana para figurarse que todo Madrid la compadecia, que era el ídolo de las multitudes, que se hacia interesantísima, que era un tipo novelesco, y áun que salian por aquí y por allá bravos caballeros dispuestos á hacer cualquier barrabasada por sacarla de aquel mal paso.

¡Pero qué feo, qué desmantelado era su cuarto! ¡Qué cama, qué muebles, qué desnudas paredes! Era cosa de morirse de abatimiento. Y no obstante, como ella, para hacer frente á un hecho, siempre tenia pronta una idea, amparóse de una muy bella, que le valió de mucho para consolarse. ¿Con quién creerá el lector que se comparó? Con María Antonieta en la Conserjería. Era ni más ni ménos que una reina injuriada por la canalla. Determinó, pues, imitar en todos sus actos y palabras, hasta donde la realidad lo permitiese, la dignidad de aquella infelicísima señora, con lo que se crecia á sus propios ojos, y se veia idealizada por el martirio, grande en la humildad, rica en la pobreza, y purificada en los padecimientos. El dia lo pasó en estas cavilaciones, y acordándose mucho del Delfin, de Joaquin Pez y de otras personas. Mandáronle ropas, y Juan Bou, á quien pidió un libro de entretenimiento, le envió *Los Girondinos* de Lamartine y un gran ramo de flores. Isidora leyó en el libro y deshojó las flores, dándose el gusto de pisotearlas. Le recordaban cosas muy desagradables y la osadía y desparpajo de la canalla profanadora.

Empezó el sumario. Cuando bajaba á prestar declaracion á la salita de rojo dosel, que está junto al despacho del alcaide, Isidora contestaba á las preguntas del juez con una serenidad tranquila, con una confianza en su derecho y al mismo tiempo con un aire de superioridad que cautivaban, preciso es decirlo, al mismo señor juez dignísimo, y al escribano. En todo el trayecto desde su cuarto á la salita, lo mismo al subir que al bajar, la Rufete era gran incentivo á la curiosidad de las presas, que se agolpaban á la puerta de la Sala para verla pasar, y luégo estaban comentándola tres ó cuatro horas. Quién aseguraba que era una duquesa perseguida por su marido; quién la tenia por una cualquiera de esas calles de Dios; y alguna, que la cono-

cia verdaderamente, referia parte de su vida y milagros, añadiendo maliciosas invenciones. Y ella, á solas, sumergida en hondas perplejidades y tristezas, repetia en su mente las preguntas del juez, deploraba no haber dado tal ó cual contestacion, revolvia lo cierto con lo dudoso, la acusacion de la ley con los datos de su memoria, el testimonio de su conciencia con ciertas presunciones y sospechas, para tratar de sondear aquel antro oscuro que, desde la acusacion por falsificadora, se habia abierto ante sus ojos. Ella negaba con toda su alma, y al negar su conciencia se mostraba en la plenitud de la verdad. Los documentos se le habian entregado tal y como estaban, y ni ella habia añadido ni quitado cosa alguna, ni tenia noticia de que nadie lo hubiera hecho. No era posible que su tio el Canónigo alterase los tales papeles, y en cuanto al primitivo poseedor de ellos, Tomás Rufete... Al llegar á este punto de su cavilacion, Isidora fruncia el ceño y ahondaba, ahondaba en aquel mar inmenso de lo dudoso. ¿Pero á qué martirizar tanto el pensamiento? Los jueces, la ley, la marquesa de Aransis, la curia infame y el señorío prepotente eran los verdaderos autores de aquel embrollo, con el inícuo fin de desposeer á una huérfana noble, á un ángel desvalido. Pero Dios les castigaria, Dios volveria por los fueros de la verdad y de la inocencia. Pues no faltaba más...

Durante el sumario, la incomunicacion no fué tan rigurosa como la ley ordena, porque los cerrojos de nuestras cárceles se ablandan fácilmente. Isidora, como persona de aspecto decente y algo adinerada, se captó las simpatías de aquellas compasivas mujeres que guardaban á sus compañeras. Así pudo tener el gusto de ver, aunque por cortos ratos, á Riquin y á D. José, á su tia la Sanguijuelera y á Miquis. El dia mismo en que cesó la incomunicacion fué éste á verla, y tuvo con su amiga largo y sustancioso co-

loquio. El simpático doctor se conmovió mucho cuando vió aparecer detras de las dobles rejas del locutorio aquella figura hermosa, aquel rostro pálido y aquella expresion de noble conformidad.

"Isidora, gran mujer,—le dijo fingiendo burlas para ocultar emociones.—Estás guapa. Eres el soborno de la ley y la sustancia corrosiva del Código penal. Como sigas así, la curia, en vez de tomarte declaraciones, te las hará, y vas á pisar una alfombra de togas, y á subir por una escalera de birretes.

—Déjate de tonterías,—replicó ella apoyando los codos en la reja interior y sosteniendo la cabeza entre las palmas de las manos, actitud de aburrimiento que tomaba siempre que estaba largo rato en el locutorio.—¡Ay, Miquis, esto es morir!

—Con tu permiso, eso es vivir. ¿Pues qué creias tú?... La vida toda es cárcel, sólo que en unas partes hay rejas y en otras no. Unos están entre hierros y otros entre las paredes azules del firmamento... Pero vamos á otra cosa, gran mujer. Hoy vengo á darte noticias que serán para tí alegres ó tristes, segun como las tomes.

—Dímelas pronto.

—Mi suegro me ha hablado de tí, me ha hablado tambien de la marquesa.

Isidora, sin decir nada, demostraba inmenso interés.

"La marquesa llegó ayer, de paso para Córdoba. La buena señora se pone nerviosa y triste siempre que le hablan de este pleito y de tu prision.„ Muñoz y Nones,—dijo la señora á mi suegro,—yo quiero que usted arregle esto. Tómelo usted por su cuenta, hable á esa desgraciada, demuéstrele lo inútil de su tenacidad, y ofrézcale en mi nombre lo que á usted le parezca, con tal que me deje en paz.„

—¿Eso le dijo?...

—Sí; ya sabes que el documento falso, porque la existencia de la falsificacion ya no ofrece duda, aparece otorgado por Andreu, compañero y amigo de mi suegro. ¿Sabes lo que mi suegro dice? Que la falsificacion no está hecha por tí.

Isidora callaba. Hasta que el diálogo tomó otro giro, estuvo como una estátua, fijos en Miquis los ojos.

"Oyes. ¿Sabes que te me estás pareciendo á la pantera del Retiro? ¿Por qué me miras así y no dices nada? Pues bien: mi suegro, que es el notario de la casa de Aransis, vendrá á hablarte; te anuncio esa grata visita. Te ofrecerá la libertad, la declaracion de tu inocencia, y *ainda mais*, una gratificacion, un socorro. Pobrecita, has sido víctima de un grande y tremendo engaño. Broma más pesada no se ha dado ni se dará. Quién fué el autor de ella tú lo sabrás... Pero qué, ¿te has vuelto muda? ¿Eres de piedra? ¿Á dónde miras? ¿Estás gozando de alguna vision? ¿Estás en éxtasis?

Él tambien se callaba y la miraba. Metió la mano por la reja exterior é hizo algunas castañetas con los dedos, como cuando se trata de llamar la atencion á un animal perezoso. Ni por esas. Isidora no decia nada.

"Voy á hablarte de otra cosa,—añadió Miquis.—Ayer he tenido una grata sorpresa. Iba por la calle de Preciados, cuando oí una voz que decia: "Señorito Miquis, señorito Miquis." Volvíme y ví á tu tia, la sin par Sanguijuelera. "¿No sabe usted,—me dijo,—que hemos encontrado á la fiera perdida?..."—"¿Á quién?"—"Á Pecado." Allá en su lengua especial me contó que le habian dado noticias de tu hermano otros muchachos. Ha vivido algun tiempo en un tejar que hay detras de la nueva Plaza de Toros. ¡Pobre chico! Fuimos allá, y dos mujeres que encontramos y que no se recomiendan por su fisonomía, nos dijeron que habiendo caido enfermo con calenturas, le habian llevado al hospital.

—¡Al hospital!—repitió Isidora saliendo de su letargo

—Fuimos al momento al Hospital General, y le encontramos convaleciente. La enfermedad debe haber sido terrible, porque está poco ménos que idiota, y tan desmejorado como puedes suponer. De su vida en el tejar y de sus correrías y altas hazañas, ántes de caer enfermo, hemos sabido algo que te contaremos cuando tengas más tranquilidad de espíritu... Y ahora voy á hablarte de una tercera cosa, de Juan Bou. Dice que le haces muchos desaires, que no contestas á sus cartas, que pisoteas los ramos que te regala... Dice que eres la ingratitud misma.

—Augusto,—murmuró Isidora gravemente, apartándose de la reja,—es la hora de reglamento. Dispénsame que te despida. Estoy fatigada. Adios. Vuelve mañana.

Y se marchó *como una reina*, segun dijo Miquis para sí, viéndola internarse en la cárcel. Y, él se salió á la calle repitiendo: "¡Gran mujer, gran mujer!"

II.

¡Falsificacion! ¡Profanacion de aquella santa escritura, de la cual emanaba el más santo de los derechos! Si habia delito, ¿quién era el autor de él? ¿El Canónigo ó Tomás Rufete? ¡Enorme, endiablada confusion!... Pero lo que puso remate á la duda y trastorno de la infeliz presa fué que su abogado le dijo un dia estas palabras:

"Desde el tanto de culpa la cuestion ha variado por completo. La casa de Aransis y el Sr. Muñoz y Nones tratan de probar la falsedad de un documento, que es la base de nuestra demanda. Si lo prueban, nos quedamos en el aire, hija mia. El pleito toma un giro tal que difícilmente po-

dremos obtener un resultado satisfactorio. Haremos los mayores esfuerzos, y llegaremos hasta donde se pueda llegar. En caso de que la falsificacion resulte evidente, creo fácil probar que no ha sido usted la falsificadora, y que en este asunto ha procedido de buena fé. En resúmen: seguridades de éxito en la causa criminal; seguridades de un fracaso en el pleito de filiacion. Ya sabe usted que en la prueba hemos estado muy flojos, por no conservar usted recuerdos de la niñez que nos favorecieran, y por resultar muy débiles los testimonios de otras personas.

Y dicho esto, el abogado, frio, honrado y cruel, se despidió dando un suspiro, último tributo de la ley al volverse hostil.

"¡Tambien, tambien me han corrompido á mi abogado!—exclamó Isidora cuando se quedó sola.—¡Bien, seré mártir; que me maten de una vez, que acaben conmigo, que me lleven al cadalso!

Pasada la crísis de ira, estuvo dos dias sin salir del lecho; apénas hablaba; no tenia fuerzas para nada; estaba tambien algo idiota como su hermano, convaleciente de intensa fiebre. Á ratos injuriaba con dura frase á la justicia humana, exaltándose, para caer despues prontamente en el desánimo y derramar abundantes lágrimas. Su sueño entónces era breve, erizado de pesadillas, como un camino incierto y tortuoso, lleno de obstáculos. Unas veces se le aparecia Riquin, ladeando con gracia la enorme cabeza bonita, fusil al hombro, marchando al paso de soldado. Y el pícaro Anticristo la miraba, echándose el fusilillo á la cara con infantil gracejo, y ¡zás! disparaba un tiro que la dejaba muerta en el acto; acudian otros chicos, camaradas de Riquin, y entre risotadas y gritos la cogian á ella y la arrastraban por las calles. Gran algazara y befa de la multitud, que decia: "¡La marquesa, la marquesa!.. Otras veces era

ella gran señora, y estaba en su palacio, cuando de repente veia aparecer un esqueleto de niño, con la cabeza muy grande, y los huesos todos muy finos y limpios, cual si fueran de marfil. El esqueleto traia su fusilito al hombro y marchaba con paso militar. Llegándose á ella, movia la gran cabeza y se reia y hablaba. Pero Isidora, sin poder entender sus palabras, temblaba de espanto al oirlas. Luégo se borraba el niño del campo de los sueños, y aparecia Joaquin en mitad de una orgía, ébrio de felicidad y de Champagne. Por delante de la mesa se paseaba una sombra andrajosa: era ella, Isidora. Todos la miraban y prorumpian en carcajadas. Ella se reia tambien; pero ¡cosa rara! se reia de hambre. La debilidad contraia sus músculos haciéndola reir... y por aquí seguia de disparate en disparate hasta que despertaba y volvia al tormento de la realidad, no ménos cruel que el de los sueños.

A los tres meses de aquella tristísima vida á la cual llegó á acostumbrarse, porque es ley que nos acostumbremos á todo, sus guardianes le aplicaban con mucha laxitud el reglamento del Modelo, permitiéndole visitas largas, sin bajar nunca al departamento de comunicacion. La conducta de Isidora en la cárcel era irreprensible; no daba escándalos; trataba á las celadoras con urbanidad y miramientos; se habia hecho querer de todas, y las presas que pudieron gozar de su intimidad, se hacian lenguas de su buen corazon, finura y agradable trato. No tenia poca parte en esto la generosidad de la procesada, y su prontitud obsequiosa en remunerar cuantos servicios se le hacian. Lo peor de esto era que el dinero, mermado velozmente de dia en dia, marchaba á su completa extincion y acabamiento. Siempre que en esto pensaba, Isidora sentia trasudores y congojas, y echaba una sonda á lo futuro para ver si por alguna parte habia señales de cosa metálica. Grande fuera

su pena, si no la distrajeran á ratos los amigos. Juan Bou iba ya pocas veces, porque la franqueza con que la ingrata demostraba su antipatía, era lento antídoto del veneno de la pasion de él, y así, ó por dignidad ó por enfriamiento, el buen hombre se retraia y apartaba de aquel gran peligro de su vida.

"Calavera de un dia,—decia para sí,—vuelve á tu choza y no pierdas la chaveta. Bastante has gozado; ya supiste lo que es la vida de esas infames sanguijuelas... Vamos, que si no meten á esa divinidad en la cárcel, ¡pobre Juan Bou, infeliz obrero!... Sigamos, ahora siendo pueblo llano, independiente, liberal, y cuando caiga otra breva, veremos si conviene ser pueblo ó echar una cana al aire en el mundo de los burgueses. ¡Valientes pillos! Pero aquello es vivir...

La Sanguijuelera iba casi todos los dias á ver á su sobrina. Cuando le llevó á Mariano, Isidora se afligió mucho, porque estaba tan flaco, estenuado y consumido el chico, que apénas se le conocia. La fiebre le habia dejado en los puros huesos, y la piel se le transparentaba. En sus modales, en su manera de hablar, en su espíritu mismo, habia dejado el mal huellas quizás más profundas, porque hablaba poco, contestaba tardíamente, cual si necesitara mucho tiempo para recoger y coordinar sus ideas esparcidas y como fugitivas. Miraba á su hermana con espantados ojos, y ella le miraba lo mismo á él.

"Ya ves,—dijo Isidora sin saber qué términos emplear para dar una explicacion de su estado miserable.—Ya ves á dónde me han traido las picardías, las infamias de nuestros enemigos... Para que vayas formando idea de lo que es este mundo miserable, donde no hay justicia, ni ley... Y tú, ¿qué has hecho? cuéntame. ¡Has estado malo! ¿Ves? Si no hubieras salido de casa de la tia, ella te habria cuidado bien. ¡Qué tremenda leccion!

Mariano no decia nada y, con la barba hundida en el pecho, tan pronto miraba al suelo como al rostro de su hermana.

"¿No me dices nada?—preguntó ella impaciente.—Te has vuelto mudo? Esa cara, ese mirar, ¿qué son? arrepentimiento ó señal de mayor barbarie? ¡Ah! Mariano, Mariano; el único consuelo que podria tener yo ahora es verte corregido, verte caballero y persona decente. Levanta esa cabeza, abre esa boca, mueve esa lengua, habla, contéstame...

Y dándole un golpe en la barba le hizo alzar la cabeza.

"Su señoría gasta ahora pocas palabras,—dijo Encarnacion.—Le hemos de poner dentro de un cántaro en un cuarto oscuro, como á las maricas, para enseñarle á hablar... ¿Quieres ver tú que pronto se despavila el pájaro? Pues enséñale el cañamon. Verás...

Metiendo la mano en su bolsillo sacó una peseta y la mostró al muchacho, cuyos ojos soñolientos se reanimaron de súbito, y alzó la mano hácia la moneda, diciendo con un gruñido:

"*Pa mí.*

—Sí, para tí estaba,—dijo riendo la Sanguijuelera, guardándose la moneda con más viveza que un prestidigitador.

Mariano miró á su hermana, la cual, compadecida, echó mano á la faltriquera, y sacando dos pesetas dióselas al chico.

"Para tí... pero con condicion, de que has de contarme lo que has hecho en todo este tiempo, cómo caiste enfermo, cómo has vivido, quién te ha dado de comer...

Con gran prontitud se guardó Pecado su dinero, y alzando mucho los hombros y echando de sí un enorme suspiro, pronunció torpemente estas palabras:

Yo... de aquellas cosas que pasan... lo cual que me ví sólo, y... no me ha pasado nada.

—Nos hemos enterado.

—Tiene seco el entendimiento,—indicó la Sanguijuelera.—La calentura le abrasó los sesos. Dice el señorito Miquis que le dé baños en el rio. Oye tú,—añadió alzando la voz, como cuando se habla con un sordo.—¿Quieres trabajar, quieres volver al taller del señor Bou?

Como si nada oyera, Mariano se levantó desperezándose y dijo:

"Me voy.

—Alto ahí, amiguito,—replicó Encarnacion siguiéndole. —Has de arrastrar una calza como los pollos. No saldrás sin mi compañía.

Pero Mariano no le hacia caso y salió. La vieja fué detrás de él, gritando:

"Aguarda, aguarda, mala sangre. No creas que te me escapas. Yo tambien tengo buenos remos.

Al quedarse sola, Isidora estuvo largo tiempo pensando en su infeliz hermano, y decia:

"¡Imbécil, imbécil!... Así no sentirá nada... Y yo cada vez con más talento para pensar, para comparar... ¡Qué desgraciada soy, y él qué feliz!

III.

Tres dias despues volvió Mariano solo. Parecia más ágil, más despabilado, más dueño de su pensamiento y de su palabra.

"¿Vienes solo?—le preguntó Isidora, asombrada de que no le acompañara su tia.

—Solito.

—¿Y tu tia Encarnacion?

—¿La vieja? En su casa. Yo soy hombre... de consiguiente no necesito que me lleven y me traigan.

—¿Has ido al trabajo?

—Sí.

—¡Mentiroso!...

—Mira,—dijo Pecado abriendo su mano y mostrando algunas pesetas.

—¿Quién te ha dado eso?

—Gaitica.

—¿Gai...?

—Tica, tica. ¿No le conoces? es un caballero, un amigo mio.

—¿Y por qué te ha dado ese dinero?

—Porque me lo gané.

—¿Cómo?

Mariano guardó las monedas para dejar desembarazada la mano, metió ésta luégo por una abertura de su pantalon y...

—¿Aquí no nos ve nadie?...—preguntó receloso mirando á las paredes y á la puerta.

—Nadie.

—Porque si me guipan...

Y sacó del bolsillo un objeto cilíndrico, largo como de media tercia, de dos pulgadas de diámetro. Era un canuto fuertemente liado con bramante.

—¿Qué es eso?

—Un petardo.

—¡Ah! ¿eso que estalla?—exclamó Isidora con espanto.—¡Y va á estallar aquí!

—Burra... no estalla miéntras no se le enciende la mecha. Este es para esta noche. Anoche puse uno en la puerta de

la casa del duque, y cuando reventó cayeron todos los cristales de dos casas.

—¿Y te ocupas en eso? ¡Bárbaro!... No lo digo porque me importe nada que el palacio del duque salte en cuatrocientos mil pedazos. Yo pondria, si pudiera, un petardo tan grande, que levantara hasta el cielo todos los palacios de esa gente egoista que nos quita lo nuestro.

—Lo pondremos,—replicó Mariano, haciendo de la malignidad y de la estupidez una sola expresion.

—Pero eso es juego de chicos... Es como armar guerra con cohetes en vez de hacerla con cañones. ¿Qué resulta? Que suena mucho, que se asustan los que pasan, que se rompen dos cristales, que se caen algunas personas, y nada más. ¡Simplezas y pamplinas!

—Pondremos uno de este tamaño,—dijo Pecado expresando con la distancia de una mano á otra la grandeza de sus planes de petardista.—Hay en Madrid mucho pillo. Ellos guardan todo el dinero que debia ser para nosotros, ¿eh?

—Lo de ménos es que guarden el dinero. Lo peor es que nos quitan nuestro nombre, nuestra representacion social; nos meten en calabozos inmundos, nos martirizan, y entre tanto ellos gozan y se divierten con lo que roban. El mundo está perdido. Si no sale alguien que le vuelva del revés y ponga lo de arriba abajo y lo de abajo arriba...

—Lo de abajo arriba y lo de arriba abajo,—repitió Mariano con el gozo de quien ha encontrado la fórmula de un pensamiento que no ha sabido expresar.—¿Sabes?... ¡Cosas que pasan! Ayer he visto al señorito Melchor en coche de dos caballos. Iba con dos señoras, dos tias, ¿eh? y un caballero. Parecia un marqués.

—No le nombres delante de mí,—dijo Isidora cerrando los ojos.

—¡Cuánto ha robado!—exclamó el muchacho con cierta

efusion.— ¡Y nosotros tan pobres... porque somos buenos, porque no robamos!

—¡Oh!—exclamó Isidora sintiendo un nudo en la garganta.—Dios nos protejerá. Las persecuciones, los martirios, son nuestras coronas por ahora... pero esto ha de cambiar. ¿Quién sabe lo que pasará el mejor dia? Yo he leido que los soberbios serán humillados y los humildes ensalzados.

Interpretacion tan singular del texto evangélico cayó en el cerebro de Mariano como semilla en tierra fecunda, y bien pronto nacieron y fructificaron en él las ideas más extrañas.

"Ellos nos han quitado lo que es nuestro, ¿verdad, hermana?

Isidora rompió á llorar.

"Sí, sí, sí,—dijo entre lágrimas y sollozos.—Picardía tras picardía, nos han quitado nuestro derecho, es decir, nos lo han negado... ¿Cómo? Inventando mentiras, comprando la ley. La ley se vende, hijo. Tú y yo tenemos derecho á una casa y á una herencia. Pues bien, nos la han quitado. Mira lo que han hecho conmigo; meterme en una cárcel. Pues contigo harán lo mismo, y nos ahorcarán, si pueden.

Mariano oia absorto, y ella sacaba de su despecho admirables rasgos de elocuencia.

"Un marquesado, una fortuna de millones es lo que nos pertenecia. Pues ya ves, cárcel, infamia, pobreza. Tú y yo seremos mendigos ó Dios sabe qué. ¡Y Dios permite esto, y el cielo no se hunde, y todo sigue lo mismo! Y clamamos y gritamos sin que nadie nos oiga. Al contrario, á nuestros clamores responden con sus carcajadas, y nos llaman pordioseros, envidiosos, y nos desprecian, nos injurian. De nada nos vale invocar la ley. La ley es suya, porque teniendo ellos el dinero, tienen la conciencia de los jueces..

Que me den á mí el dinero, aunque sólo sea por ocho dias, y verán lo que soy. Pero estamos sin armas, y ya ves, nos abrasan, nos matan. ¿Qué es la ley? una engañifa, una farsa. Los que la representan, ¿qué son sino ladrones? La autoridad... ¡ah! ¡qué gracia me hace á mí la autoridad! Es la comedia de las comedias, mal representada para engañarnos, para explotarnos.

—Les pondremos un petardo, ¿eh?

—¿Uno? Cuatro mil, un millon...! Tú eres un infeliz chico, y no sabes lo mala que es esa gente.

Siguieron hablando largamente de esto, y al dia siguiente hablaron de lo mismo, porque Isidora, luégo que tomaba en su boca este asunto, no lo soltaba fácilmente. Á medida que sus ilusiones decaian, verificábase en su alma un cambio de sentimientos; simpatizaba más con el pueblo, á quien creia oprimido, y le entraba un vivo aborrecimiento de la gente grande. Lo más extraño es que, sin ceder en su vanidad ni en lo que podríamos llamar cóquetería de la desgracia, seguia encariñada con el bonito papel de María Antonieta en la Conserjería. Pero en aquel caso la buena reina estaba martirizada por la impía y egoista aristocracia, de donde venia que simpatizase en principio con el vulgo, con el populacho, con los descamisados; y decimos en principio, porque ninguna idea del mundo, unida á todo el despecho de su corazon, le hubiera hecho tolerar la grosería y suciedad de las personas bajas. Pensando en esto, ella daba vida en su mente á una gallarda utopia, es decir, á la existencia posible de un populacho fino ó de una plebe elegante y bien vestida. Pero esto, ¿no era una atrevida excursion al porvenir? Algo de genial habia en ella, porque confundida y mareada de tanto pensar, solia poner fin á sus cavilaciones sobre la plebe fina diciendo: "¡Qué talento tengo y qué cosas me ocurren!

CAPÍTULO XIV.

De aquellas cosas que pasan...

I.

Desde que Mariano empezó á entonarse, su tia Encarnacion no podia hacer carrera de él. Halagos y amenazas, blanduras y rigores, eran igualmente ineficaces contra él. Más le habria gustado á la buena mujer verle travieso, enredador é indomable como en su niñez, que observar aquella indolencia taciturna, aquella tétrica quietud, semejante al acecho de las bestias carnívoras, en las cuales la paciencia es precursora de la ferocidad.

"¿En qué piensas, animal?—le decia bruscamente.—¿Vas á inventar la pólvora ó qué? Eres un talego. ¿Por qué te estás dos horas mirando al suelo? Mira siquiera al cielo estrellado y aprende para Zaragozano, ¡puñales! ¿Vas á hacer el Almanaque del empedrado? ¡Qué poste! Tu hermana, de tanto mirar arriba, se ha perdido. Tú llevas otro camino, pero llegarás al mismo fin. ¿Por qué no trabajas?

—Porque no me da la gana... *hála*...—respondia Mariano saliendo de su somnolencia intelectual por la virtud de un pellizco.

—Pues ve á que te mantenga el obispo.

—No necesito que usted me mantenga. Tengo de acá.

—¡Anda, anda, chaval desorejado!... ¡y con qué tipos te juntarás tú para allegar eso! ¿Qué diabluras haces? ¿En qué te ocupas por las noches? ¿Qué llevas aquí debajo de la blusa?

—El copon.

—¡Jo... sus! ¡Qué blasfemias dices! Mira, mira, tú y yo haremos malas migas. Si sigues así, desocupa, hijo, desocupa y deja la casa. El dia en que te den garrote iré á verte.

"¡*Aur*!...—murmuró Pecado con gutural sonido.

Y se marchó despacio, con los manos en los bolsillos, la gorra encasquetada, la mirada vagabunda y sin fijeza, como su andar y pensamiento. Algunos dias, dando á su tétrico paseo una direccion determinada, se iba á casa de Juan Bou, no á pedir trabajo, sino á charlar un poco con el maestro, por quien conservaba ligera inclinacion parecida al afecto. Llegó al taller un dia (Enero del 77), y encontró al buen catalan festivo y engolfado en el trabajo, como en sus buenos tiempos.

"¿Hola, tagarote, qué buscas por aquí?—le dijo, tocado de aquella verbosidad que fuera interminable si no la entrecortara la tos.—Siéntate. Pues todavía mejoras poco. Hombre, á ver si echas de una vez ese pelo. Tienes la cabeza como la de un raton acabado de nacer... Te digo que te sientes y que te pongas la gorra. Aquí no se gastan cumplidos. Con que cuéntame, ¿trabajas ó no?

Mariano iba á contestar que no trabajaria más á jornal; pero Bou tenia tantas ganas de decir algunas cosas, que le cortó la palabra con la suya inagotable, diciéndole así:

"Aprovecho esta ocasion para decirte que tu hermana es una loca, una mal agradecida, una mujer ligera, una tonta, una disipadora, una cabeza destornillada. Yo la quise como yo sé querer, y me hubiera casado con ella. *¡Voto va Deu!* ¡de buena me he librado! Porque tu hermana es una

calamidad. Ahí la tienes en la cárcel por terca, porque se ha empeñado en que es marquesa. Tan marquesa es ella como yo subdiácono. En fin, ella lo quiere, con su pan se lo coma. Bien se ha comido el mio; y no creas lo que dicen por ahí, no; no es cierto que yo me gastara con ella lo que saqué á la lotería y la herencia de mi tio. En total, no me pellizcó arriba de dos mil duros, porque como la justicia me la quitó de entre las manos cuando ménos lo pensaba... Digan lo que quieran, chico, hay Providencia. Mi dinero se salvó en un papel, el auto de prision; porque trapitos por aquí, trapitos por allá, la chuchería *A*, el caprichito *B*, ello es que se me evaporaron diez ó doce mil reales en una mañana. Tu hermana es una liquidadora como no se ha visto. En su corazon, lleno de apetitos, está escrito con letras de oro "¡abajo los ricos!„ Buena pieza, sí. Es un tigre para el bolsillo ageno. Quien ve aquella cara, ¿cómo ha de sospechar lo que hay dentro? Quien ve aquellos ojos divinos, donde tienen su madriguera los ángeles, ¡cómo ha de pensar que estos ángeles son una cuadrilla de secuestradores!... Yo estaba ciego, yo estaba tonto. Cuando me mandó la primera carta con su padrino, pidiéndome socorros, me pareció que se me abrian las puertas del Cielo. Esta es la mia, dije, y con dos ó tres cartas, yo proponiendo, ella aceptando, nos arreglamos. La puse en una fonda miéntras arreglábamos una casita; yo estaba embobado; queria probar las delicias del mundo, cuando la justicia... ya sabes... Este animal de Bou se quedó con la copa en los labios... Ahora me alegro. Con los pocos tragos que gusté, tengo lo bastante para poder decir: conozco el mundo, señores, conozco sus mentirosas delicias, sus dulzuras y sus quebrantos; sé lo que cuestan los goces. Desde la sobriedad del pobre, á la disipacion inmoral de los ricos, todo lo conozco, todo es canalla, canalla arriba, cana-

lla abajo. ¿Se hace el bien? pues nadie lo agradace. ¿Se hace el mal? pues nadie lo censura. Mal y bien todo es igual. Si amas te desprecian; si eres rico te adulan; si eres pobre te escupen. Ó si no, observa lo que ha hecho tu hermana conmigo. La saqué de la miseria, la vestí, la calcé, le dí regalo, comodidades, cuanto pudiera apetecer. Ella abria la boca y yo abria el bolsillo, y *palante* siempre. Pues mira el pago. Dice que yo soy un bruto, que le repugno, que le doy asco. Le mando un ramo de flores y lo pisotea. Le escribo cartas y no me contesta. Voy á verla y me recibe con un gesto... En fin, la he mandado á paseo. Te digo estas cosas para que se lo cuentes á ella. Anda, anda, díle todo; no me importa. Veremos lo que hace cuando se le acabe el dinero y no tenga con qué pagar el cuarto en la cárcel. Irá á aquellas grandiosas salas á pasearse y á comer y á dormir con aquellas lindas duquesas y baronesas que están allá por hurtos, lesiones y otras gracias. Bien merecido. Ella no te preguntará por mí. Si te pregunta, le dices que el señor *Ipecacuana* (así me llama) está contento de haberla perdido de vista, que ha hecho las paces con su bolsillo y con el sentido comun, que le va tan lindamente. Díle que trabajo como ántes; que buscaré una mujer de bien con quien casarme; que, como hijo del pueblo, me rio de su aristocracia estúpida, y que me alegraria de que todos los aristócratas y chupadores juntos no tuvieran más que un solo pescuezo para ahorcarlos á todos de una vez.

Más hubiera dicho, pero la tos, que por lo homérica tenia cierta semejanza con la risa de los Dioses, le invadió de súbito y allí fué Troya. Concluido el acceso, el ojo rotatorio derramó abundante lloro, miéntras el otro más cerrado que arca de avaro, no daba señales de existencia.

"Y ahora,—continuó Bou gozoso del mutismo de Ma-

riano,—si quieres que te dé consejos, te los daré. Porque tú tan callado, tú tan sombrío no vienes á que te dé trabajo, ni dinero, sino un buen consejo, que valga millones. Oye bien. Si quieres trabajar, trabaja; y si no quieres trabajar, no trabajes. En este mundo, el que más trabaja tiene probabilidades de morirse de hambre, si no viene en su ayuda la lotería ó alguna herencia. Tú eres listo; busca un negocio atrevido, emprende algo, especula con la candidez de los demas. Yo he visto mucho mundo, y sé que los más pillos son los que tienen más dinero. Cuando tú lo tengas, gástalo, que hay tontos que al verte tirar tu dinero, te daran el suyo; así es el mundo. Haz cosas atrevidas, date á conocer, aunque sea con un gran escándalo; procura que tu nombre suene aunque sea para decir: "Que bárbaro es!„ Aquí hay dos papeles, el de víctima ó el de verdugo. ¿Cuál vale más? El de verdugo. Chupar y chupar todo lo que se pueda. El pueblo está sacrificado. Los grandes se comen todo lo que hay en la nacion. No hay más que dos caminos: ó acabar de una vez con todos los grandes, lo cual no es fácil, ó meterse entre ellos y aprender sus marrullerías y latrocinios. Escoge, toma tus medidas y echa á andar *palantito*.

—Yo,—dijo Mariano con súbita animacion,—quiero que se hable de mí.

—¡Que hablen de tí!... pues mete ruido.

—Lo que es ruido... ya lo meto,—replicó Mariano.

—¿Cómo? ¿Con un cencerro?

—Con esto,—dijo Mariano mostrando un canuto.

—¡Ah! ¡Tunante!...—exclamó Bou muy asombrado de ver el instrumento músico que el chico mostraba.—Con que tú te ocupas... Pues mira: desde hoy perdemos las amistades, porque con esa clase de armas no se defiende al pueblo. ¡Petardos, arma alevosa de los perdidos, truha-

nes, jugadores y demas escoria. Oye tú, mírame á la cara. ¿Me ves bien? Pues este que aquí ves, este nieto de mi abuela, cuando quiere significar su desprecio al Poder Público; cuando quiere dar una bofetada á cualquiera que represente la autoridad usurpada y la ley tiránica, lo hace cara á cara, á pecho descubierto, poniéndose entre el peligro y la inmortalidad, entre el verdugo y la gloria. ¡Pero disparar cohetes en la sombra, asustar á las mujeres y desesperar á los de Orden Público!... Reflexiona, hijo mio,—añadió despues de una pausa, con el tonillo de propaganda evangélica que sabia adoptar en ciertos casos;—reflexiona en que si quieres educar tus virtudes cívicas, y llegar al grado de estimacion pública á que hemos llegado los que estamos llenos de heridas, los que hemos ido de calabozo en calabozo, los que hemos comido ratas...

Dios sabe á dónde habria llegado por este brillante camino, si Mariano no se hubiese levantado, anheloso de marcharse. En el singular estado fisiológico en que se encontraba, su lúgubre atonía se interrumpia bruscamente por impaciencias inexplicables. Con un poquillo de ironía dió las gracias al maestro por sus consejos, y se fué á escape, como alma que lleva el diablo.

"Este chico tiene algo, dijo Bou para sí.

Olvidándose luégo del muchacho, siguió pausadamente los pasos contados de su metódica vida, paseó un poco por la tarde, comió despues, fué al café, regresó á su casa, y cuando se estaba acostando, ¡ay Dios! oyóse un estrépito tal, que no parecia sino que reventaba una mina junto á la casa y que ésta se venia abajo de golpe. El extremecimiento y el ruido dejaron á Bou parado y sin aliento, los vidrios estallaron en pedazos mil, la puerta de la casa saltó del quicio, y el vecindario, alarmadísimo, salia gritando á la calle con pánico horrible.

"¡Ah! pillete, aristócrata!—dijo Bou serenándose al comprender lo que era.—Si te cojo...

II.

Y algunos dias despues de esto, Mariano estaba en la encrucijada que llaman las Cuatro Calles, mirando indeciso á las vias que allí concurren, sin saber cuál escoger para entrar por ella. Oigámosle:

"¿Iré á casa de mi tia? No, que llama á los de Orden Público y me cogen. ¿Iré á ver á mi hermana? No, que estará allí Gaitica. ¿Á dónde iré?... Dejémonos ir. Por aquí, por la Carrera abajo, veré la gente que va á paseo, veré los coches, subiré al Retiro, y me estaré allí toda la tarde... Hace buen tiempo, tengo dos duros y no se me da cuidado de nada... Ya empieza á pasar la pillería. Allá va un coche... y otro y otro. Toma, aquel es de ministro. Chupa-gente, ¿sabe el coche? *Oigasté*, ¿y si le dijeran: "Suelte lo que no es suyo?... Ahí va otro. ¡Cuánto habrá robado ese hombre para llevar cocheros con tanto galon!... Anda, anda, y allí va un cochero montado en el caballo de la derecha, con su gorrete azul y charreteras... ¡Eh! y en el coche van dos señoras... Vaya unas tias, y cómo se revuelcan en los cojines. *Oigan ustés*, ¿de dónde han sacado tanto encaje? Y qué abrigaditas con sus pieles... Pues yo tuve anoche mucho frio, y ando con los zapatos rotos. Paren, paren el coche, que voy á subir un poquito. Estoy cansado. ¡Valientes tias!... Subiré por el Dos de Mayo. Por aquí va mucha gente á pié.

"Este Retiro es bonito; sólo que... de aquellas cosas que pasan, habiendo tantos que tienen frio, el pueblo debia ve-

nir aquí á cortar leña... Entro por este paseo de los muñecos de piedra con las manos y las narices rotas. ¡Qué feos son!... Ola, ola, ¿niñitos con guantes? ¡Y cuántos perifollos gasta esta familia!. Con lo que lleva encima la criada, habia para vestir á cuatro mil pobres... El papá debe de haber robado mucho. Está gordo como un lechon... De consiguiente que lo abran en canal... Tomemos por aquí á la derecha para ir á la Casa de Fieras... Pero no entraré: estoy cansado de verlas. ¡Puño, cuánto coche! Allá va don Melchor acompañando á dos niñas. Sí, para tí estaban, bruto. Son las niñas de Pez. Y el señor Pez va tambien con la gran tripa llena de billetes de Banco, que ha tragado... Más coches, más coches, más. Bien dice el maestro, que lo bueno seria que toda esta gente no tuviera más que un sólo pescuezo para ahorcarla toda de una vez... De consiguiente, todos viviríamos al pelo... Pero ¿qué es aquello que viene allí ? ¡Ah! ya sé. Primero un batidor á caballo. Despues el gran coche con ocho caballos... Puño, y toda esa gente de galones, ¿para qué sirve? Miale, miale, como saluda á todo el mundo, sombrero en mano; y ella tambien saluda, moviendo la cabeza. Descuidar, que alguno habrá que vus arregle. Yo lo que digo es que muerto el perro se acabó la rabia, y que muerta la cabeza, manos y piés se mueren... Miales, miales, dan vuelta para que les vean mejor. Ahora vuelven para acá. Ya, ya vus hemos visto bien.

¡Valientes perdularios! Si hubiera un hombre de corazon, ¿adónde iríais á parar todos? Todos os pasaríais al partido de los pobres. ¡Vivan los pobres! digo yo, y caiga el que caiga. ¡Abajo los ladrones!... Puño, vienen más coches, todos con tias brujas ó con mozas guapas muy tiesas. Ya, ya, ¿sombrillita para que el sol no les queme las caras? Pues yo, tias brujas, ando al sol y al aire, con los

zapatos rotos, y la blusa rota, muerto de frio, con que... ¡Eh!... ¿quién es aquél que va á caballo? ¿No es Gaitica? El mismo, un chulo vestido de persona decente. Y saluda á aquellas que van en coche. Todo porque estos dias ha ganado al juego muchos miles. Ladron, ruletero, chulapo, ordinario, canalla. Apuesto á que pasa por junto á mí y no me saluda, ¿apostamos? Aquí viene, me acercaré para que me vea. Le hablaré en flamenco. Buenas tardes, zeñó Zurupa.

Esto decia Mariano acercándose á un ginete que avanzaba por la orilla del paseo, montado en un caballo español puro, de cuello corvo y movimientos tan gallardos como pesados. El ginete vió al chico, y entre bromas y veras, sacudió el siniestro brazo, y con el látigo, quizás sin pensarlo, le cruzó la cara diciéndole: "*Granugiya*"...

III.

En una casa, que por su desordenado aspecto, la suciedad de sus muebles y la catadura ordinaria de sus habitadores, parecia ser la misma en que Joaquin é Isidora pasaron las tristes horas que en otra parte de esta historia quedan contadas, halláronse juntos otro dia Mariano y el caballero (llámese así porque iba á caballo), designado con el nombre de Gaitica. Entró Mariano en el cuarto en que el tal estaba y sin saludarle le dijo:

"Vengo *á* por aquello.

—¡Ah! qué listo andas. Agradece que lo hay. Toma, roío niño.

Sacó tres duros del bolsillo y sin mirarle se los arrojó sobre la mesa.

"El otro dia,—dijo Mariano con aquella timidez entre recelosa y salvaje que tanto le caracterizaba,—me dió usted un latigazo.

—Niño, fué sin querer. Pues, qué ¿á un roío caballero como tú se le dan latigazos?... ¡Taco, y qué orgullo vas echando!... ¡Roer! átame esa mosca. Por ahora no necesito de tí. Si algun dia necesitas una roía peseta vente acá. Si algun dia no tienes qué comer, no faltará acá un roío pedazo de pan que darte. Comerás las sobras de la mesa. Eres un roío gandul, un roío holgazan, un roío bergante, y acabarás en presidio.

—Como usted,—dijo Mariano con descaro.

—¡Roer! no te me subas á las barbas, porque de un roío puntapié vas á parar á Flandes. Yo soy una persona decente. Los holgazanes y gandules me cargan, ¡taco! Porque la necesidad le obligue á uno á poner la roía ruleta, no quiere decir que no sea persona decente. Ahora soy hombre formal, y voy á comprar mulas para venderlas á la roía Artillería; hombre de negocios, hombre que se puede poner delante del rey, sí señor, porque es un hombre que paga la roía contribucion, un hombre de órden, de ley, que no gusta de oir hablar del roío pueblo ni de la roía revolucion, un hombre, en fin, más honrado que Dios, más caritativo que la roía Biblia.

Mariano le oia espantado y con despecho. ¡Tambien Gaitica, aquel sér de la última gradacion moral, aquel hombre á quien Pecado consideraba como inferior, se sublimaba por la virtud de su pequeño capital adquirido en infames juegos de azar, y queria revestirse de la dignidad del burgués pacífico, del propietario conservador, y clasificarse entre los ciudadanos probos, que son base y sustento del órden social! Era lo último que á Mariano le quedaba que ver.

"Sí,—prosiguió aquel indivíduo, cuyo retrato no haremos porque una mano más hábil la hará despues,—soy hombre caritativo. Sabes que he visto á tu hermana, y que la he amparado. La he conocido estos dias, cuando he ido al roío Modelo á ver á una prima que está allí por unas roías lesiones... Tu hermana es muy guapa. La he amparado; la ví muy afligida porque se la habia acabádo el dinero y tenia que pasar á la sala comun. ¡Roer! ¡un hombre como yo ver esas cosas!... Al momento arreglé con el alcaide el pago del cuarto. Yo soy un hombre generoso, un caballero que sabe gastar las roías pesetas en beneficio del pobre y necesitado... Tu hermana es muy buena y muy señora. Voy á visitarla todos los dias y á ofrecerle mis roíos servicios. ¡Oh! no es como tú, que eres de lo que llaman un roío parásito, la polilla del órden social, un vago. Tú y tus compañeros debeis ser exterminados, porque la roía sociedad... en fin, yo me entiendo. Márchate. ¡Roer! ¿qué haces ahí como una estátua. Tú no tienes inteligencia, no comprendes lo que yo hablo... Abur.

En el cerebro de Mariano se repercutian, como vibraciones de una campana, aquellas execrables palabras, que son fiel copia de los textos auténticos del célebre Gaitica. Conocido de todo Madrid, este tipo ha venido á nuestra narracion por la propia fuerza de su realidad. El narrador no ha hecho más que limpiar todo lo posible su lenguaje al trascribirlo, barriendo con la pluma tanta grosería y bestialidad para no dejar sino la escoria absolutamente precisa.

Cuando Mariano se retiró aquella noche á su miserable alojamiento, despues de vagar toda la tarde y parte de la noche por las calles, sin tomar alimento, le dió un ataque epiléptico. Parecia que se desbarataba en horrorosas convulsiones, y se mordió las manos y se golpeó todo, que

dándose mal trecho. Por fin le pasó aquello, Dios sabe cómo, y al volver en sí, se encontró con una gran novedad en su cerebro: tenia una idea; pero una idea grande, clara, catégorica, sinceramente adherida á su inteligencia. No durmió en toda la noche, no comió nada á la mañana siguiente. Tenia momentos de gran temblor y confusion, y otros en que una actividad febril le obligaba á andar aprisa por las calles, sin ver á nadie, sin fijarse en nada más que en los coches que iban y venian.

Tomaba un bocado en cualquier taberna, y paseaba, paseaba. Pasear era su vida y el pasto de su idea. Rompió toda clase de relaciones, dejó de ver á su hermana, á su tia, á Bou, á Gaitica, y con quien únicamente cambiaba alguna palabra era con Modesto Rico, que vivia con él, y estaba casi siempre embriagado. Las noches siguientes las pasó tambien sin dormir. Un malestar inexplicable que á veces tomaba formas como de entusiasmo, á veces como de abatimiento letal, actuaba sin cesar dentro de él, absorbiendo sus fuerzas y sus pensamientos todos. Repitióle el ataque epiléptico y cuando le pasó, disparataba cual si hubiera perdido la razon. Durmió luégo profundamente; levantóse alegre, salió, y dirigiéndose al Rastro detúvose en un puesto á comprar una cosa. Regateó con discrecion y tacto, y de vuelta en su casa, con el objeto que habia comprado, lo escondió, lo agazajó debajo del colchon, diciendo estas palabras:

"Estate quieta ahí, quieta.

CAPITULO XV.

¿Es ó no es?

I.

¡Generoso señor aquel que evitó á Isidora la angustia y el bochorno de la sala comun, apresurándose á pagar la miserable cuota! ¿Quién era aquel sér benéfico que practicaba la caridad tan oportuna y noblemente? La agraciada no le conocia más que de haberle visto dos ó tres veces en el cuarto de su vecina (una tal Antoñita Surupa, que por ciertos porrazos, calificados de lesiones graves, estaba en la casa purgando la impetuosidad de su naturaleza meridional), y por lo mismo que era tan superficial el conocimiento, era mayor su gratitud. Al dia siguiente de aquel rasgo, merecedor de los mayores encomios, el autor de él, Frasquito Surupa, á quien por mote llamaban *Gaitica* en círculos que apénas es lícito nombrar, visitó solemnemente á Isidora. Segun él mismo daba á entender, era una persona notable y acaudalada, era hombre de gran mérito, que todo se lo debia á sí mismo, pues abandonado de sus nobles padres y desheredado por sus nobilísimos abuelos (¡miserias y bribonadas del mundo y de la ley!) habia tenido que crearse una posicion con su ingenio y su trabajo. Motivos diferentes halló Isidora en su nuevo amigo para sentir há-

cia él simpatía y antipatía, en porciones casi iguales, porque si bien aquello de ser hijo natural y abandonado y víctima del egoismo de sus padres le hacia sobremanera interesante, en cambio sus modales y su lenguaje eran de lo más antipático, soez y malsonante que imaginarse podria. Su figura hermosa, juvenil y hasta cierto punto elegante, que recordaba la de Joaquin Pez, perdia todas sus ventajas con lo que del alma salia á los labios de tan singular criatura, en esa florescencia del sér que se llama conversacion. Por momentos Isidora le encontraba agradable, por momentos aborrecible. Él, hablando sin cesar de las injusticias humanas y contando los martirios y persecuciones de que habia sido víctima, cautivaba más la atencion de la prisionera.

La soledad en que Isidora estaba iba siendo cada vez mayor. Emilia y Castaño no la visitaban ya; Bou habia roto con ella; Miquis iba muy rara vez. Sólo eran constantes D. José y la Sanguijuelera, que llevaba á Riquin. Joaquin Pez, cuyo trato en aquella soledad habria sido muy grato á Isidora, estaba en la Habana, desde donde le habia escrito algunas cartas cariñosas. Riquin, Encarnacion y Relimpio eran, pues, los únicos que llevaban la alegría, la distraccion y la esperanza á la triste celda durante un rato, que se alargaba todo lo posible, contando con la bondad de la celadora.

Miquis la visitó un dia para anunciarle la visita definitiva de Muñoz y Nones.

"Oye tú, gran mujer,—le dijo;—mañana viene mi querido suegro. Recíbele como se merece. Le he hablado de tí, y viene dispuesto á hacerte todo el bien posible. Te hablará largo de tu pleito y de tu causa criminal, y poniendo las cosas en su verdadero lugar, te las hará ver claras y sin telarañas. No te asustes de su franqueza. Es

un hombre que dice las cosas como las siente. Dice á veces barbaridades, pero sus barbaridades valen más que el oro, la plata y las piedras preciosas, porque son verdad pura. Lo que él te diga tómalo como el Evangelio. Si trata de encarrilarte por el camino *A* ó el camino *B* (aquí de nuestra *Ipecacuana*), marcha adelante con los ojos cerrados. Deja el orgullo á un lado, como se deja una corona de teatro despues de acabada la representacion. Así como se hace exámen de conciencia ántes de confesar, haz ahora exámen de tonterías para que las abjures todas. Haz acopio de sentido comun y ensáyate toda esta noche en apreciar la extension verdadera, el número y peso exactos de las cosas humanas. Siempre que tu fantasía te quiera llevar á una apreciacion falsa de la realidad, date un gran pellizco... y por último, no coquetees delante de mi suegro, porque, aunque muy bueno, es medianamente aficionado á las muchachas guapas, y podria suceder...

La primera impresion de Isidora al ver entrar á Muñoz y Nones fué muy grata, porque el notario era un hombre admirablemente dotado por la Naturaleleza en figura, modales, gracia de expresion y don de gentes. Su edad no pasaba de cincuenta años, y vestia con pulcritud y correccion. Gran calva lustrosa, bajo la cual actuaba sin cesar el prurito de la fundacion de una *Penitenciaría para jóvenes delincuentes*, le caracterizaba en primer término. Era ademas hombre que miraba con extraordinaria penetracion á las personas con quienes hablaba, y que para aprobar y afirmar decia siempre: *mucho, mucho*, y para negar empleaba irrevocablemente la frase: *no hay tal cosa ni ese es el camino*. No usaba más que una comparacion. Para él todo era... *como la luz del medio dia*. Si la costumbre de usar chalecos blancos, áun en invierno, significa algo, Muñoz y Nones era un hombre singularísimo en

esta materia. Si el deseo de no aparecer barrigudo distingue á un hombre grueso de otro, Muchoz y Nones debe ser puesto en la categoría de los que viven decididos á morirse esbeltos. Decir que era un tanto presumido y un mucho simpático, acabará de pintarle por fuera. Su franqueza le habia valido algunos disgustos; pero tambien grandes triunfos, porque el culto de la verdad, proclamando la honradez, trae siempre ventajas, las cuales no se concretan á la conciencia y á la moral, sino que se extienden á la esfera utilitaria de la vida. Por esto, y relacionando sus virtudes con sus éxitos, decia el gran notario que *tambien la honradez es negocio.*

"La señora marquesa,—dijo Muñoz despues de los saludos,—está en las mejores disposiciones respecto á usted. No sé si sabrá usted que esa señora es un ángel, una criatura celestial. Si no lo sabe, se lo digo yo, y basta. Imagínese usted el sér más bondadoso, más prudente, más sensible y cariñoso, y lo que resulte de ese esfuerzo de la imaginacion será siempre inferior á la marquesa de Aransis.

—No lo dudo,—replicó Isidora contrariada, porque hubiera querido oir hablar mal de su abuela, dado que lo fuese.—La señora marquesa será muy buena, aunque en este caso mio...

—Pero, criatura,—dijo Muñoz sin poderse contener;—¿todavía no se ha curado usted de la enfermedad de esa idea absurda?... ¿Todavía cree usted pertenecer á la casa de Aransis?...

—¿Acaso me han probado lo contrario?

—¡Probado!... Si está más claro que la luz del medio dia. No se trata ya del pleito de filiacion, ni ese es el camino. Eso es cosa juzgada. Empéñese usted en seguirlo adelante, y consumirá su vida, su dinero y su salud inútilmente.

Isidora sudaba.

—De modo,—dijo haciendo un esfuerzo para vencer su abatimiento y espolear sus ánimos decaidos,—de modo que usted cree en esa gran paparrucha de la falsificacion.

—¿Con que paparrucha?... Ay, niña, niña, usted no sabe lo que se dice. La falsificacion es tan evidente, tan clara, como la luz de medio dia. El tribunal lo ha declarado categóricamente. El pleito de filiacion carece de base y se cae, como un castillo de naipes.

Isidora sintió que se mareaba, que se le iba la vista, que el cuarto daba vueltas, que Muñoz y Nones se reproducia en infinitas imágenes ó copias del mismo Muñoz y Nones.

"Explíqueme usted...—balbució con voz dolorida, cerrando los ojos.—No puedo entender...

—Pues muy sencillo... ¿Pero se pone usted mala? Un vasito de agua..

—No es nada. Usted que entiende de estas cosas...

—Mucho, mucho. La falsificacion existe. Que usted no es autora de ella, no tiene duda, pues se perpetró ese delito, segun todas las apariencias, cuando usted tenia tres años.

—Entónces...

—Su padre de usted, Tomás Rufete, era un hombre ligero, de costumbres desordenadas. Le conocí, le tuve de escribiente. Muchas veces le presté dinero que no me devolvió; pero esto no hace al caso ni ese es el camino...

—¡Mi padre!... ¿Usted está seguro de que era mi padre?—exclamó Isidora sacando fuerzas no se sabe de dónde.—Estas cosas no se pueden apreciar así, señor mio.

—¿Pues no se han de poder apreciar, señora mia? Yo me contento con decir que la casa de Aransis no ha tenido parte mínima en echarla á usted al mundo. Dos chicos nacieron de una señorita desgraciada...

—¿Usted la conoció?—dijo Isidora con energía apelando á un recurso de gran efecto.

—Sí.

—¿Me ha mirado usted bien?

Muñoz y Nones, que ya la habia mirado bien, consecuente con aquella aficion declarada por Miquis, la volvió á mirar.

—En efecto, dijo sonriendo,—es usted muy guapa.

—¿Y no halla usted semejanza...?

—En la naturaleza,—replicó Muñoz muy sério,—se observan fenómenos de semejanza... Sin embargo, usted y Virginia sólo se parecen como dos mujeres hermosas. El cabello... efectivamente. En los ojos hay algo... pero no, no es tal la semejanza que pueda inducir á suponer parentesco.

Isidora no pudo contener su dolor. Se echó á llorar.

—Aunque se aflija, para mí la verdad es lo primero. Ni hay semejanza ni ese es el camino.

—¡Oh! señor Muñoz,—dijo ella con extraordinario énfasis;—si usted en esto que me dice, en esto que hace, no procede de buena fé, declaro que es usted el hombre más malo, el mayor mónstruo...

—Crea usted lo que quiera. ¿Tengo yo fama de mónstruo?

—No, no. Diré á usted...

Impaciente, inquieta en su asiento, como si por todas partes estuviese rodeada de puas, movia los brazos queriendo expresar con ellos una conviccion más enérgica que la que expresaban los labios.

"De modo que segun usted, segun usted, señor Nones, yo soy, yo soy, yo soy... una cualquiera.

—Segun lo que usted entienda por *una cualquiera*. Lo que yo afirmo es que al declararse usted sucesora de la casa de Aransis, ha sido víctima de un gran engaño. Las indagaciones que hemos hecho nos han llevado á averiguar

que el autor de esa execrable comedia fué Tomás Rufete, logrando engañar primero á D. Santiago Quijano y despues á su hija...

—¿Conoció usted á mi tio el Canónigo?

—Mucho, mucho, y tengo que decir á usted que era uno de los hombres más sencillos, hablemos claramente, más tontos que han comido pan en el mundo. Le traté mucho. ¡Qué hombre Santo Dios! Una vez le hicimos creer que con miga de pan se quitaban las canas, y andaba con la cabeza hecha una panadería. Tambien le hicimos creer que la baba del conejo era venenosa, y consultó cuatro médicos y se cauterizó un brazo. Se le daban las bromas más extraordinarias que usted puede figurarse. Él era poco valiente, como usted sabe, pero pundonoroso. Armábamos una camorra por cualquier tontería. Uno de nosotros se fingia agraviado. Los demas acalorábamos la disputa. No habia más remedio que batirse. Quijano hacia de tripas corazon. Le llevábamos al campo del honor, donde con mucho miedo, pero con teson muy grande, apuntaba al pecho de su contrario; mas como las pistolas estaban cargadas con sal no pasaba nada... Lo extraño es que siendo medianamente instruido, creyese en influencias de las estrellas, en barruntos y áun en maleficios. Escribia clásicamente, leia muchas novelas, era muy apasionado de las cosas aristocráticas, se sabia de memoria el *Becerro*, y tenia en la punta de la uña todos los linages de España. Juzgue usted si este santo varon era que ni pintado para sostener el bromazo que Tomás Rufete quiso dar á sus hijos.

"Esas historias, Sr. Nones,—dijo Isidora aparentando una firmeza que no tenia,—nada me prueban.

—Mucho, mucho. Pero son datos preciosos. Vamos á otra cosa. Un coronel de Artillería, cuyo nombre debe usted saber, se presentó en el despacho de Andreu, primo y

compañero mio, hace quince años y le habló de un asunto penoso y delicado. Al dia siguiente Andreu habia extendido un documento que llamamos *acta de reconocimiento*. En él reconocia como hijos suyos á una niña... (paciencia... déjeme usted concluir), á una niña y un niño, nacidos de quien usted sabe, de aquella desventurada jóven que, digámoslo otra vez, no tiene con usted semejanza de fisonomía, ni ese es el camino. Adelante. En el mismo documento hacia constar que confiaba ambos mocosos al cuidado de un antiguo criado y deudo suyo, retirado de la Guardia civil, el cual vivia... ¿sabe usted dónde?

—¿Yo qué he de saber?—replicó Isidora con desvío y detestable humor.

Muñoz y Nones se levantó. Dirigiéndose á la reja, y mirando hácia la calle, señaló una casa de la acera de enfrente hácia la plazuela de las Comendadoras.

"¿Quién vivia en aquella casa?

—Yo.

—Tomás Rufete tenia por vecino en el piso tercero á un licenciado de la Guardia civil. ¿Se acuerda usted?

—Yo no.

—¿Tampoco recuerda usted cuando se quemó esa casa?

—De eso tengo una idea: era yo muy niña. Mi hermanito empezaba á andar entónces.

—Mucho, mucho. Cuando se quemó la casa, Nicolás Font...

—¿El guardia civil?

—Estaba enfermo de gravedad. Lo que pasó aquel dia no lo sé. Font muere más tarde; la niña tambien; la viuda se va á vivir á Getafe; el niño es recogido más adelante por la marquesa de Aransis. Pasa el tiempo y se presenta usted con sus pretensiones apoyadas en el testimonio de su padre difunto, en una tradicion de familia y en varios documen-

tos. Las partidas de bautismo de los dos hijos del coronel nada prueban. Debieron ser sustraidas de casa de Font el dia del incendio. Pero hay otro documento, el acta hecha por Andreu. En ella aparece una novedad y es que el nombre de Nicolás Font aparece sustituido por el de Tomás Rufete. La falsificacion está hecha con suma habilidad, y las circunstancias la favorecen. Ha fallecido en Filipinas el coronel á quien usted tiene por su papá, y que es tan papá de usted como mio; ha muerto la mujer de Font y los tres testigos; pero por fortuna vive Andreu. Se busca en el protocolo la matriz, y se encuentra la misma sustitucion ó enmienda. Tomás Rufete vivió en gran intimidad con un escribiente de mi compañero... ¿Va usted atando cabos?...

—Yo no ato ningun cabo, ní ese es el camino, Sr. Nones,—dijo Isidora, dándose, en su despecho, el gusto de remedar un poco el estilo del notario.

—Ahora lo veremos. Se busca al cómplice de Tomás Rufete, á quien Andreu despidió hace años por infiel. Es medio químico y muy hábil; pero su principal habilidad está en huir de la justicia, y no parece. Se entrega el documento original á los peritos calígrafos y químicos, y al instante la falsedad salta á la vista. Hecha con precipitacion, es mucho más grosera que la de la copia. El tribunal ve claro, y como usted en el pleito de filiacion ha presentado testimonios tan débiles; como la prueba ha sido flojísima; como ninguno de los recuerdos de su infancia favorece á usted, es casi seguro que irá á presidio por delito de usurpacion de estado civil...

—Yo no soy falsificadora,—afirmó Isidora quedándose como una muerta.

—¡Qué gracia! No es usted falsificadora de un papel; pero lo es de un derecho, y con testimonios débiles y documentos apócrifos trata de usurpar un puesto que no le corresponde.

La de Rufete estaba humillada y abatida. Difícilmente entraba en su cabeza la idea de no ser quien pensaba, y de la lucha que con sus dudas sostenia, resultaba un decaimiento parecido á la agonía del morir. Nones la miraba en silencio, esperando una palabra.

—Dígame usted,—murmuró ella al fin con temor.—qué tengo que hacer para evitar... eso de ir á presidio.

—Declarar que ha sido engañada; descargar su responsabilidad sobre su señor papaito, reconocer que no tiene derecho alguno...

—¿Y quién me asegura que no lo tengo...?—volvió á decir, reaccionándose.

El instinto de conservacion de su error era tan grande, que éste necesitaba muchos y muy fuertes golpes para someterse. Muñoz y Nones tomó su sombrero.

"No se vaya usted, no,—dijo ella, temiendo quedarse sola con sus fieras dudas.—Hábleme algo más. No estoy convencida; pero dudo. ¡Oh! si me muriese hoy mismo, si me muriese ántes de que se me empezara á destruir esta fé, ¡qué dichosa seria! Señor Nones, usted es un hombre honrado. Augusto lo ha dicho. Usted no es capaz de fingir, ni de mentir, ni de engañar. Júreme usted por Dios, por su madre, por sus hijos, que no cree en mi derecho; júreme usted que lo que dice es verdad, y entónces quizás pueda yo empezar á acostumbrarme á esta idea...

—¡Jurar! Eso es anticuado. Basta la palabra de un hombre de bien... No hay motivo para tanta afliccion ni ese es el camino. Una existencia humilde y sin los desasosiegos de la ambicion, puede hacerla á usted dichosa. La señora marquesa me ha autorizado para ofrecer á usted un auxilio siempre que se preste á dar á esta enojosa cuestion un corte rápido y decisivo. La señora está disgustadísima; aborrece el escándalo, y llora mucho al ver que el nombre de su po-

bre hija es traido y llevado por las lenguas que gozan en resucitar deshonras pasadas. La señora no duda, ni puede dudar del resultado del pleito. Si usted espera aún, consulte á todos los abogados de Madrid, y como haya uno que aliente sus esperanzas, me dejo cortar la cabeza. Pero nuestras leyes favorecen á los pleiteantes tercos, y usted, empeñándose en seguir adelante, puede prolongar el pleito sin ningun fruto para usted y con cien probabilidades contra ninguna de ser condenada á presidio... Me retiro y le doy á usted unos dias de término para que lo piense bien. Mi yerno me ha dicho que tiene usted buen fondo y clara inteligencia, aunque ofuscada por desvaríos y falsas apreciaciones de la vida. Si usted lograra ver cada cosa como es realmente, estábamos de la otra parte. Con que... ánimo. Y para concluir: sé que tiene usted un hermanito que es una alhaja. Yo le prometo á usted darle la primera plaza cuando inauguremos la *Penitenciaría para jóvenes delincuentes*. Le reformaremos, y usted... trate de reformarse.

II.

¿Soy ó no soy? Esta pregunta fué para Isidora, desde aquella entrevista, el eje de todos sus pensamientos, de todo el sentir y obrar de su vida. Olvidada de las molestias y humillaciones de la cárcel, no tenia seso ni corazon más que para raciocinar sobre aquel problema y dolerse de él; porque sí, era un problema semejante á una llaga, un problema que la enloquecia como un logogrifo indescifrable, y la lastimaba como una úlcera abierta en lo más delicado y profundo de sus entrañas. La pavorosa duda tenia alternativas y lances de batalla. Ya vencia la con-

viccion, y entónces echaba bravatas de pueril orgullo; ya, por el contrario, triunfaba la sospecha, proclamando con gemidos de amargura la derrota de tanta grandeza vana. Con ser tan abultados y grandes los autos, no contenian tantas ideas, tantas fórmulas de investigacion, tantos ni tan variados argumentos como los que ella febrilmente acumulaba en su cerebro aquella tarde, aquella noche, y en las horas claras y oscuras de tres dias sucesivos. Porque diabólica era ciertamente la claridad é insistencia con que surgian en su mente todos los argumentos negativos de su derecho. Ella queria rechazarlos, y ellos crecian fortaleciéndose, vestidos con la inmaculada vestidura de lo evidente. Sí, su tio el Canónigo era tonto. ¿No podia dar ella mil testimonios de sus necias credulidades? Ella misma le habia imbuido algunas veces ideas sumamente extrañas. Como D. José, su tio el Cánonigo daba calor en su entendimiento á las ideas más absurdas, las fomentaba y se engreia con ellas. Su tio, engañado por Rufete, habia representado con ella la comedia funesta que tan desgraciada la habia hecho. ¡Cuántas veces en las noches del invierno, él la embelesaba hablándole de que seria marquesa, de que tendria palacio, coches, lacayos, lujo sin fin, y riquezas semejantes á las de las *¡Mil y una noches!* Él la habia enseñado á no trabajar, á esperarlo todo de una herencia, á soñar con grandezas locas, á enamorarse de fantasmagorías. Él le habia llenado la cabeza de frivolidades, la habia educado en la contemplacion mental de un órden de vida muy superior á su verdadero estado. Él, cuando ella se cansaba, le decia: "tendrás coche." Él, cuando ella trataba de arreglarse un vestidillo, le decia: "tendrás veinte modistas á tus órdenes." Él, le decia: "¡Qué palacio el tuyo!" y otras expresiones que encendian más y más en ella aquel volcan de ambicion que ardia en su pecho... Sí, su tio era tonto,

tonto rematado, un hombre calamitoso, en su buena fé, un hombre sin seso, un maestro contra la realidad, el apóstol de todo lo extravagante, ficticio y convencional que engendra en su estado morboso el pensamiento humano.

Luégo pensaba en su padre. Sí, sí, Tomás Rufete era un hombre desordenado, un hombre de insaciables apetitos y devorado por la envidia. Bien podia ser verdad lo que Nones decia, y ser Tomás autor de aquel dramático sainete, por satisfacer su codicia, ó simplemente por obtener de la marquesa, mediante un pleito enojoso, cualquier suma, en calidad de transaccion. Esto era razonable. ¿Qué demonio de lógica se escondia dentro de estas ideas, dándoles cuerpo y vida?... Tambien pensaba en su madre. ¿Por qué siempre que Tomás Rufete hablaba de la marquesa, de los niños de la marquesa, y de la indudable herencia y estado de estos niños, Francisca Guillen bajaba la cabeza, se ponia de mal humor, y no añadia palabra alguna á las espresiones de su marido? Su madre, pues indudablemente debia darle ya este nombre, era una mujer honrada. Rufete la atormentaba y la dominaba. Él le habia impuesto su infame comedia, y ella, por miedo y quizás por la ilusion de que sus hijos fueran marqueses, aunque usurpadores, callaba. ¿Por qué su tia (pues ya no habia duda de que era su tia), se burlaba siempre del marquesado y de las ideas ambiciosas que Rufete infundia á Isidora? Y D. José, que en la declaracion de la prueba habia dado, por amor de ella, testimonio favorable, tambien dudaba, sí, ó tal vez estaba seguro de la farsa. Bien se le conocia al tenedor de libros que no tenia fé en lo de Aransis, porque hablaba poco de esto, y siempre en términos indecisos.

Al tercer dia de andar en brega con estas dudas y sospechas, tomando muy poco alimento, sin dormir, llena de fiebre y medio trastornada, Isidora llegó al colmo de la

crísis. Una noche, hallándose sola, corrió furiosa á la reja, se agarró á ella, deseosa de hacerla pedazos, y á gritos, que alborotaron la calle, decia:

"Y sin embargo, soy noble. ¡Jueces, notarios, abuela, gente toda que me teneis aquí, yo soy noble!

Luégo recorria de un ángulo á otro el cuarto, con las manos en la cabeza, gritando:

"Soy noble, soy noble. No me quitareis mi nobleza, porque es mi esencia, y yo no puedo sér sin ella, ni ese es el camino, ni ese es el camino.

Entró la celadora y dos amigas, y quisieron calmarla. Trajéronle algo de comer para combatir el desvarío combatiendo la debilidad; pero ella tiró los platos y despidió á las mujeres.

"A mí no se me presenta ese bodrio. Eso no es para mí,—exclamaba.—Que me traigan mi baño. ¡Yo no puedo vivir sin baño! Que me saquen de esta pocilga; que me traigan mis vestidos, mi coche; que venga Joaquin...

Todo fué inútil para calmarla; pero al fin el exceso de la irritacion trajo á la mañana siguiente el agotamiento y con él la remision de un mal tan penoso. No obstante, era de todo punto imposible hacerla tomar alimento. Se quitó el vestido diciendo que no podia tener encima tales harapos, y pidió una y otra vez su baño, su querido baño. Por último, le trajeron á Riquin, y viéndole y acariciándole, descendió lentamente, en alas del cariño materno, de las borrascosas alturas en que su razon estaba tan nublada.

CAPÍTULO XVI.

Las ideas de Mariano.—La síntesis

La Sanguijuelera la acompañó á la siguiente mañana, obsequiándola con una retahila de preciosos consejos, que debieran reunirse y archivarse como uno de los mejores ejemplos de la sabiduría humana.

"Lo de tu herencia es ya sal y agua. Despues de tantos mareos y bascas, has vomitado al fin la gran pandorga. Si quieres ser honrada te llevo á vivir conmigo, te cedo la tienda, y no te pongo más obligacion que mantenerme y cuidarme los huesos hasta que venga por ellos la muerte. Cuando te ví en malos andares, te negué un ochavo y te saqué lo que pude; si ahora te enderezas, cuanto tengo es para tu rica persona y para este sol cabezudo del mundo... ¿Vas á ser honrada, sí ó no? Mira, tienes varios caminos. Ó te casas con el estampador de la calle de Juanelo, ó te vas á aquel señor Botin de otros tiempos y le pides el estanco que te prometió. Pondremos estanco y cacharrería en dos tiendas juntas de una buena calle, y no habrá quien nos tosa... Pero en mi casa no entran pantalones; ¿te conviene? Otra cosa te propongo. ¿Quieres ser ama de cura? Yo conozco un capellan de monjas, ancianito, buen cristiano, y que convierte gente mala, porque tiene un pico de oro, un gancho del Cielo que es un primor; el cual curita me está diciendo siempre que le busque un ama de funda-

mento... Decídete; ¿estampería, estanco ó religion con llaves?

Isidora no contestó nada, porque ni siquiera oia lo que Encarnacion hablaba. Despues nombraron á Mariano.

"Es cosa perdida. Hagamos cuenta de que se lo han llevado los demonios. Está viviendo con Modesto y Angustias en un cuarto de la calle de Ministriles que más parece ochavo que cuarto. Modesto sirve en un almacen de vinos y Palo-con-ojos va al rio. Vivirian si él no bebiera tanto. Es un pellejo con piés y manos. Lo bueno es que ya no pega á su mujer, porque en cuanto levanta la mano pierde pié y se cae al suelo.

Isidora se echó á reir. En el mismo instante, Riquin le daba bofetadas.

"No se pega, no se pega.

—Anda, cáscale duro. Déjale que pegue. Este va á tener más talento... Le criaremos para cura de escopeta y perro. Verás qué sermones salen de esa cabezota. ¿Verdad, hijo? Le has de ver obispo y puede que Papa... ¡Leña á los herejes y protestantes, duro, firme!

Acto seguido, Encarnacion cogió al niño por un brazo y se dispuso á salir.

"¿A dónde va usted?

—A ver la córte, que va hoy á Atocha de toda gala. Me pirro por ver la gala de la córte de España, que es la primera del orbe mundo. Pero ahora, hijita, todo es miseria. Yo me acuerdo de los tiempos de la reina, de aquellos tiempos, hija, en que el pan estaba á doce cuartos las dos libras y en que habia más religion, más aquél, más principios, en que los grandes eran grandes y los chicos chicos, y habia más respeto á todo. Yo me acuerdo de aquel tiempo y me dan ganas de llorar. Aquello era ser Majestad, aquello era señorío y grandeza. Entónces se daban vivas á

la reina, y le gustaba á una verla tan frescota, tan señora, con aquel aire... ¡Y con qué cariño miraba ella al pueblo! Parecia que iba diciendo: "Aquí teneis á vuestra madre...„ ¡Pero ahora...! Pasa la córte, y todo el mundo *mutis*. Dicen que libertad... Miseria, hija. Los pobres están más pobres, y la *Minificencia* no puede recoger á tantos. ¡La libertad!... Pillería, chica, pillería. Entónces habia más señorío, créelo, y donde hay señorío corre el dinero y vive el pobre. Con que abur, abur.

Encarnacion salió con Riquin, encaminándose hácia el centro de Madrid. Aquel era dia de gran solemnidad cortesana por motivos que no es necesario precisar. Las calles del centro estaban animadísimas. La gente circulaba alegre, bulliciosa, con frivolidad y alegría propiamente madrileñas, arremolinándose en algunos parajes, para dar paso á los regimientos que llegaban á cubrir la carrera. Los balcones, con abigarradas colgaduras, mostraban damas hermosas. El mujerío, la militar música y el cielo de Madrid, que es un cielo de encargo para festejos populares, concurrian á dar á la solemnidad su expresion característica. La Sanguijuelera, que habia visto y gozado un número infinito de funciones de tal especie desde la entrada de María Cristina hasta la de D. Juan Prim, y desde ésta hasta las festividades del actual reinado, hallaba en aquel espectáculo desinteresados placeres. Encarnaba en sí la novelería, la bullanga y el entusiasmo monárquico del antiguo pueblo de Madrid. Ella conocia, como se conocen los muebles de la casa, todos los coches de Palacio, el de carey, el de nácar, el de los globos, y hasta de los paramentos y arneses podia dar circunstanciadas noticias. Conocia tambien, como los dedos de su propia mano, el ceremonial y el órden de los coches, el puesto de los distintos grupos de la servidumbre y otras particularidades

que interesaban más á la gente antigua que á la moderna. En cuanto á elegir los sitios más propios y cómodos para verlo todo, nadie la igualaba.

En la calle Mayor encontró á su antigua vecina Palo-con-ojos. Ésta y Encarnacion, que alzó en sus brazos á Riquin, se colocaron en la embocadura del callejon de San Ginés, lugar donde no era grande la aglomeracion de gente, con la ventaja de una retirada segura en caso de corrida ó apreturas.

"Todavía es temprano. Tenemos para un rato,—dijo Angustias desatándose y liándose el pañuelo bajo la barba, con ese movimiento maquinal que en la gente chulesca hace las veces del movimiento de abanico.

—¿Y mi bergante?

—Esta mañana salió muy temprano. Desde ayer me ha estado mareando porque le tuviera hoy camisa limpia; ha salido hecho un brazo de mar, con la corbata negra y encarnada que se compró la semana pasada.

—Anda, anda.

—Hoy estrena zapatos y calzones. Yo no sé de dónde ha sacado los cuartos. Yo le dije, digo: "¿Has descargado la borrica? y él me dijo, dice: "Vayase usted al acá y al allá.„ Pues por ahí te pudras. Está... vamos, si usted le ve, no le conoce. Le ha dado el accidente cinco veces, y se ha quedado como un pergamino mojado. Los ojos se le saltan del casco, las manos le tiemblan y la lengua es un estropajo. Á veces se pone á dar vueltas, y marea, hija, marea. En fin, yo no sé que va á ser de él. No trabaja, no sirve para nada. Modesto le da consejos, calcule usted... ¡Modesto consejos! Él que es ya un puro aguardiente desde la cabeza á los piés...

"Todo sea por Dios,—dijo Encarnacion, y más iba á decir; pero en aquel momento oyéronse cornetas y clarines,

luégo la marcha real y el murmullo de espectacion unido á las frases sueltas "Ya vienen, ya vienen." Gran estupefaccion de Riquin, que nunca habia visto cosa más bonita; éxtasis de la Sanguijuelera que no cerraba el pico un momento al paso de la comitiva ó procesion real, poniendo un comentario á cada parte de ella.

"¡Qué viejecitos están ya los reyes de armas!... ¿Vé usted? ahora vienen los caballos de silla... Sigue el coche amarillo... penachos morados... Ahora vienen el mayordomo y el intendente... penachos azules y blancos. Mire usted que guapos chicos... Ahora viene el coche de nácar... penachos verdes. ¿Quién será este señor con tanto morrion y tanta cruz? debe ser de extranjis... Coche de concha, penachos blancos... Ahora viene lo bueno... ¡Qué preciosas van...! penachos rojos.

Y así continuó, despachándose á su gusto con progresivo entusiasmo, hasta el paso de la escolta, cola y remate de la procesion.

"¿Nos quedamos para verlo otra vez á la vuelta?—dijo luégo, no saciada aún del goce de aquel variado y teatral espectáculo.

Arremolinóse la gente; la tropa maniobró, y entre la revuelta muchedumbre, Palo-con-ojos distinguió á un indivíduo que iba en direccion á la Plaza Mayor.

"Allá va, allá va,—gritó señalando.

—¿Quién?

—El bergante.

—¡Sí, él es... Mariano, Pecado...!

Pero Mariano que las vió y oyó los gritos de su tia, no hizo caso, y apretó el paso como quien desea evitar un importuno encuentro. Poco despues estaba sentado en un banco de la Plaza Mayor, junto á una de aquellas graciosas fuentes, en las cuales el agua, saliendo de una fin-

gida roca, forma un globo elástico, cuyas paredes se ahuecan y se deprimen segun las bate más ó ménos el aire. En la movible costra líquida hace el sol caprichosos íris y se retratan convexas imágenes del jardin y de los transeuntes. Completaba la fascinacion del globito de agua un bullicio jugueton, en el cual cualquier poeta habria podido oir, con buena voluntad, las risotadas de los niños de las náyades. Mariano puso los codos en las rodillas, las quijadas en las palmas de las manos, y estuvo mirando el extraño surtidor... Dios sabe qué tiempo.

Así como su hermana, invadiendo con atrevido vuelo las esferas de lo futuro, se representaba siempre las cosas probables y no acontecidas áun, Pecado, cuando se sentia dispuesto á la meditacion, resucitaba lo próximamente pasado, y se recreaba con un dejo de las impresiones ya recibidas. Era un trabajo de rumiante y un placer de perezoso. Vió, pues, todo lo que habia hecho aquel dia, casi tan á lo vivo como si aún estuviera pasando. Se habia levantado muy temprano despues de una noche de desvelos y tortura; se habia puesto su camisa limpia y las demas prendas que estrenaba, mostrando un empeño particular en aparecer con la facha más decente que le fuera posible; habia salido y tomado café en un puesto de la calle del Ave-María, y despues se habia ido á vagar por las calles. Á eso de las diez habia almorzado en una taberna jamon con tomate, que estaba muy rico, y despues habia comprado un periódico y leido la mitad de él, indignándose con todas las picardías que denunciaba, y participando de la noble ira de sus redactores contra el gobierno. Más tarde habia paseado por la carrera para ver la gente, y la tropa que de los cuarteles venia. Bonito estaba todo; pero él lo miraba con desden, y sobre la impresion recibida, ponia un pensamiento de melancólica burla y sarcasmo. En un balcon habia visto á Mel-

chor de Relimpio, muy enfatuado, junto á unas damas, que le parecieron las de Pez. No léjos de allí, uno de los Peces, (él no les conocia bien, pero debia de ser Luis Pez), acompañaba en otro balcon á la familia del duque de Tal. Siguió adelante y á la vuelta de una esquina encaró con el nunca bien ponderado Gaitica, que venia á caballo, hecho un potentado, un sátrapa. La extraviada imaginacion de Mariano veia á este personaje cual si fuese un resúmen de todas las altas categorías, y la cifra del encumbramiento personal. "¡Cuánta pillería!„ habia exclamado para sí. Todos triunfaban y vivian regaladamente escalando cada dia un lugar más elevado, miéntras él, el pobre y desvalido Pecado, permanecia siempre en su nivel de miseria insignificante, sin que nadie le hiciera caso, ni fuese por nadie distinguida su persona en el inmenso mar de la muchedumbre. ¿Por qué era esto, cuando él valia más que toda aquella granujería de levita? Él, segun las creencias firmes de su hermana, habia nacido de sangre noble. Le habian sustraido lo suyo, le habian despojado de todo, arrojándole desnudo y miserable al seno del populacho, como se arroja al basurero un despojo inútil. ¿Quién sabia si muchas de aquellas casas, engalanadas con colgaduras de varios colores, eran suyas? ¿Quién sabia si el dinero de que debian tener llenos los bolsillos todos aquellos caballeros y damas procedia de riquezas que en rigor de la ley le pertenecian á él? ¿Y á quién se dirigiria para reclamar lo suyo? Á nadie, porque desde el primero al último todos eran grandísimos pícaros.

La nacion en masa, ¿qué nacion? la sociedad entera estaba confabulada contra él. ¿Qué tenia que hacer pues? Crecerse, crecerse hasta llegar á ser por la fuerza sola de su voluntad tan considerable que pudiera él solo castigar á la sociedad, ó al ménos vengarse de ella. ¿Cómo? En su mente habia entrado tiempo hacia una idea que resolvia la

cuestion. La idea y el propósito de ejecutarla se habian apoderado de él juntamente, dominándole y llenándole por entero. La idea y el propósito eran como una llaga estimulante en el cerebro, la cual le dolia y le comunicaba un vigor extraño. Repetidas veces habia puesto en ejecucion la idea y el propósito, ¿pero cómo? en sueños, y tambien alguna vez despierto, cediendo como á una fuerza automática y fatal que no era su propia fuerza. En estos casos de repeticion ó ensayo mental del hecho, se quedaba fatigado y orgulloso, cual si lo hubiera ejecutado realmente. Sondeándose para ver cuándo habia aparecido en él aquella idea y aquel propósito, calculaba que los tenia desde ántes de nacer. ¡Tan viejos, tenaces y arraigados le parecian!

Mirando siempre al globo de agua, pensaba que si no fuera por el firme teson que en aquel momento tenia, su miedo seria grande. Estaba viendo el terror escondido debajo del orgullo y asomando la cabeza; pero el orgullo, ó mejor, la terquedad, no le dejaba salir. No sentia miedo, sino dolor, un dolor inexplicable en el pensamiento, una sensacion rara de no dormir nunca, de no reposar jamás, de un alerta eterno. Detras del punto negro que tenia delante y que ya estaba cerca, veia seguro y claro un triunfo resonante. Principalmente la idea de que todo el mundo se ocuparia de él dentro de poco le embriagaba, le hacia sonreir con cierto modo diabólico y jactancioso. La aberracion de su pensamiento le llevaba á hacer generalizaciones, como en otros muchos casos en que la demencia parece tener por pariente al talento. El mismo criminal instinto le ayudaba á personalizar, y en efecto, siendo tan grande y múltiple el enemigo, ¿cómo aspirar á castigarle, sin hacer préviamente de él una sola persona?

Rumor de voces, cornetas y músicas anunciaban que el gran cortejo volvia de Atocha. Levantóse Mariano, y por

la calle de Ciudad-Rodrigo ganó la calle Mayor y la Plaza de la Villa. Multitud, tropa, caballos, uniformes, penachos, colores, oropeles y bullicio le mareaban de tal modo, que no veia más que una masa movible y desvaida, semejante á los cambiantes y contorsiones del globo de agua que habia estado mirando momentos ántes. Se le nublaron los ojos, y apoyándose en un farol, dijo para sí: "Que me da, que me da." Era el ataque epiléptico que se anunciaba; pero tanto pudo su excitacion, que lo echó fuera, irguió la cabeza, se sostuvo firme... Pasó un momento. Nunca habia sentido más energía, más resolucion, más brios. El ruido de las músicas le embriagaba. Vió pasar uno y otro coche. Cuando llegó el que esperaba, Mariano era todo ojos. Miró bien... en el acto sacó de debajo de la blusa una pistola vieja, y apuntando con mano no muy firme, salió el tiro con súbito estruendo... Movimiento y estupor en la muchedumbre, gritos, pánico, sacudidas. La bala se estrelló en la pared de enfrente sin hacer daño á nadie, y el autor del infame atentado cayó en una trampa, la indignacion pública, cuyo engranaje de brazos y manos le oprimia, como si quisiera pulverizarle.

CAPÍTULO XVII.

Disolucion.

I.

La noticia de este hecho, llevada por el viento de la novelería, penetró en los últimos y más apartados rincones de Madrid, en los palacios y en las covachas, y cuando ya todo el vecindario lo sabia, se enteraron del caso las monjas de los conventos, los enfermos de los hospitales y los presos de la cárcel. Las presas fueron las últimas en saber la ocurrencia, y lo que agradecerian las cien lenguas del Modelo aquel pasto riquísimo, no es para dicho. Comentáronlo de infinitos modos. Una gitana aseguró que ella lo habia soñado la noche anterior y otra hacia gala de un entusiasmo monárquico tan estrepitoso, que hubieron de encerrarla para que entrase en vias razonables. La piedad aconsejaba no se revelase á Isidora un suceso que debia impresionarla terriblemente; pero á sus amigas les faltó tiempo para decírselo. Ella no lo queria creer; decia que era imposible, que ciertas cosas no pueden pasar nunca. Poco á poco se fué convenciendo, y últimamente razonaba el caso de este modo:

"Sí, basta que sea disparatado y horrendo para que sea cierto. Dios se vuelve contra mí, Dios me deja de su mano.

Y diciéndolo, le entró una pena y una desesperacion tal, que si no enderezara su espíritu en el mismo instante por la

via religiosa, habria estado en peligro de perder la razon. Pidió á la celadora con grandes instancias la llave del coro, y se fué á él sola, decidida á hacer un acto espiritual que diese salida y respiro al dolor condensado en su seno. En el coro hizo tentativas de rezo, puesta de rodillas y mirando al altar. La cavidad sosegada, ancha y blanquecina del templo ofrecia á la tension de su espíritu un alivio dulce y lento; pero cuando más recogida estaba, se le desvaneció la cabeza, inclinóse de un lado, y no teniendo tiempo para asirse á la reja, cayó al suelo sin sentido.

Cuando la llevaron á su cuarto, el volver en sí fué la vuelta de la desesperacion y de los gritos; pero ya no se acordaba de la religion, sino de la libertad, y decia:

"Que me saquen de aquí. Señor Nones, yo firmaré lo que usted quiera con tal que me saquen de esta basura. Quiero aire, calle, mi baño, mi casa, vestirme como debo, y ser honrada y feliz.

Despues, sin poder apartar de su mente el crímen de su hermano, increpaba á éste con las frases más duras. Algo habia en lo íntimo de su sér que representaba como una tímida aprobacion del intento de Mariano, si no de la forma en que fuera realizado. Pero no, el crímen y la barbarie no hallarian jamás en su espíritu benevolencia ni simpatía. Su hermano era un bandido incorregible, ella era una mártir angelical. Lo que principalmente anhelaba ya era libertad, libertad áun sin nobleza, porque el papel de María Antonieta en la Conserjería, con ser muy poético, empezaba á serle odioso. El mal olor de su inmundo asilo, la falta de comodidades, el detestable comer y peor vestir, eran contrarios á su naturaleza aristocrática, y la misma corona del martirio, con toda su nobleza y su resplandor de gloria, le destrozaba las sienes tan horriblemente, que preferia, sí, preferia mil veces un sombrero de última moda.

Pero ¿y sus derechos? Ya dudaba de ellos, ya casi no creia en ellos. ¡Ay de aquel dogma que es contaminado de la duda. En seguida se daña y muere, y pára en ser ludibrio de quien ántes le adoraba! Y áun suponiendo que su dogma fuera verdadero, ¿qué podia obtener de su insistencia? Nada, porque las leyes todas se habian conjurado contra ella, y la condenarian y la encerrarian en un presidio. Libertad, pues, y adios para siempre la ilusion de toda su vida, el sosten y fundamento de su sér moral; adios nobleza, marquesado, fortuna... Mas ¿por qué afligirse tanto, si en sí misma hallaba indecibles consuelos? Libre, y ya sin pretensiones, procuraria ser siempre muy señora. ¿Acaso el verdadero señorío no puede existir sin títulos y grandes riquezas? Sí, sí, seria muy señora, muy honrada, muy decente, arreglaria sus cosas, trabajaria (¡otra vez!) pondria el mayor órden en todos los actos de su vida, educaria admirablemente á su hijo, se casaria con un hombre modesto y juicioso... Al pensar esto, un sabor ideal de ipecacuana le hizo contraer los labios. "Adelante, adelante,—dijo;—cerrar los ojos y adentro con la medicina, como dice Augusto. Es necesario amoldarse á las circunstancias, y templar el alma á las adversidades. La mia no se dejará vencer de la desesperacion. Plan magnífico: mujer de bien, mujer ordenada, mujer trabajadora, mujer exclusivamente práctica, eso es, práctica!„ ¡Oh, qué tarde!

Pensando en esto que tanto le ayudaba á combatir su desaliento, vió entrar á D. José, el cual venia muy erguido, con los ojos animadísimos, la sonrisa en los labios, y en su rostro todo una expresion particular y desusada que alarmó mucho á Isidora. Sentándose el anciano se sentó en el único sillon que en la celda habia, la contempló con éxtasis. ¿Qué habia en él? ¿Estupidez ó desvarío? Isidora le observó con tanta lástima como sorpresa, diciendo: "¡Padrino...!„

El anciano la miró como se mira una vision celeste, y poniendo los ojos en blanco, todo suspenso y como transportado á una esfera ideal por el delirio de la inspiracion poética, murmuró con arrullo estas palabras:

"Hurí, hurí... nadie osará ya mancillar tu blancura. Los dragones todos fueron vencidos por el fuerte brazo de tu caballero, á quien perteneces y que te pertenece.

Inmediatamente le entró como un acceso congestivo, inclinó la cabeza, cerró los ojos y empezó á roncar desaforadamente. Asustadísima, Isidora le mojó la cabeza, le llamó á voces, á gritos:

"¡Padrino, padrino!

Anunciado por un suspiro, reapareció en la persona de D. José el conocimiento de sí mismo. Abrió el viejo los ojos, suspiró más, y al ver á Isidora y hacerse cargo de su situacion, se avergonzó un poco.

"Ya me ha pasado,—dijo frotándose la frente con la palma de la mano.—¿Ha sido breve?... ¿He dicho muchos disparates?... No me riñas, no me riñas.

—Pero ¿qué es esto?

—Nada, nada. Ahora me dan... estos mareos... Todos tenemos nuestras debilidades, hija... ¡Miseria humana! He contraido un pequeño vicio; pero no ha sido por relajacion, no; ha sido por tristeza, por la fuerza de mis desgracias sin número. Creo que me comprenderás.

Isidora, en efecto, no comprendia nada.

"Soy muy desgraciado, padezco los mayores tormentos... tormentos morales, del corazon,—dijo Relimpio con la voz más débil y balbuciente que se puede oir.—Cierto dia unos amigos me hicieron tomar Champagne. ¿Qué creerás? Hubo en mí una revolucion, me entró el mareo, y con el mareo pasé á otro sér distinto, quiero decirte que fuí otro hombre, fuí un caballero, un jóven, un héroe, qué sé

yo... ¿No es cosa buena ser algo por espacio de diez minutos? Luégo he repetido la toma y los efectos han sido los mismos. Concluye todo por un sopor tan breve como profundo, y en seguida vuelvo á mi sér natural, ¡ay! á la miseria humana, á la realidad asquerosa, á la vejez caduca...

—"¡D. José! ¡D. José de mi alma!

—No me riñas, te digo que no me riñas. ¡Ser algo durante diez minutos! Los que no somos nada, caemos en estos peligros. Pues te confesaré todo con tal de que no me riñas. Me he comprado una botella de eso que llaman *fine Champagne*, y cuando veo que me entra la gran tristeza, cuando siento que se me desgarra el corazon y se me retuerce toda el alma, me tomo mi copita...

—¡Padrino!

—Somos débiles... Á mi edad... no te enfades. Cuando estoy con el mareo, te veo, te defiendo, te pongo en las nubes, hago por tí las cosas más bellas, arriesgadas y sublimes...

—¡Por María Santísima!—exclamó ella poniéndole la mano en la boca.

—En fin, ya esta vez me ha pasado... Vine por la calle con el mareo. Al entrar, creí que entraba en un encantado y hermosísimo palacio; las presas me parecieron unas ninfas muy aéreas, unas como animadas flores, hijas del viento, ¿que tal? La escalera una escalera de plata y la celadora un ángel...

—Jesús, basta, basta...

—Basta, sí, ya pasó, ya pasó. Hablaré ahora de lo que quieras.

—Es que ya no me fio de esa cabeza... Sin embargo, óigame usted, padrino. Yo estoy inclinada á renunciar á mis derechos para librarme de la persecucion de los malos. ¡Qué infames picardías! ¿Debo ó no debo hacerlo? Respecto

á mis derechos, ¿los tengo ó no? ¿Son un delirio ó una verdad? Usted que conoció á mis padres, que debió estar al corriente de lo que pasaba en su casa, dígame al fin y de una vez y con completa sinceridad lo que piensa; pero la verdad, la verdad.

—Hija, querida hija mia,—repuso el viejo con una torpeza de palabra y de pensamiento que anunciaban un lamentable estado cerebral.—¿Sabes lo que me pasa?...

—¿Qué?

—Que he perdido completamente la memoria. No me acuerdo de ninguna cosa anterior á la época en que viniste á vivir á mi casa de la calle de Hernan-Cortés. Ayer estuve todo el dia preocupado con una idea, y es que yo fuí un lince en Partida Doble.

—Sí, sí.

—¿Pues creerás que trataba de recordar algo de esta ciencia sublime, madre de todas las demas ciencias, y no podia?...

—¡Pobre padrino, pobre padrino!... ¿Se ha enterado usted de la accion de Mariano?

—Sí, hija, ¡qué deshonra!

—¡Qué deshonra!... Dios se ha vuelto contra mí, me ha dejado de su mano. Pero yo me haré mujer formal, mujer ordenada, mujer trabajadora, me casaré...

—¡Casarte!—exclamó el viejo con espanto, levantándose.

—Casarme con cualquier hombre honrado... Juan Bou me ofreció su mano, y aunque me gusta poco, es un hombre de mérito...

—¿Casarte?... con el mónstruo, con el dragon...

Y obedeciendo á una fuerza superior que nacia no se sabe en qué parte de su turbado sér, el tembloroso anciano marchó hácia la puerta. ¿Iba en busca de la milagrosa copita?... De pronto se detuvo, dióse una manotada en la

frente, se echó á reir, y mirando á Isidora con gozo, dijo:

—¡Maldita memoria mia! Ya no me acordaba...

—¿De qué?

—Tranquilízate, José. Juan Bou ha pedido ayer la mano de la hija de un herrero muy rico de la calle de las Navas de Tolosa. Él mismo me lo ha dicho.

Isidora se puso á meditar.

II.

La primera entrevista que tuvo con la Sanguijuelera despues del atentado de Mariano, fué conmovedora. La de Rufete no habia visto nunca llorar á su tia, la cual, envejecida considerablemente en aquellos tristes dias, traia un manton negro echado por la cabeza, con lo que su aspecto era harto lúgubre y repulsivo. No decia sino: "¡qué pena, qué bochorno!„ y de sus apergaminados labios habian huido los donaires, quizás para siempre. Parecia que se duplicaba, con la comun desgracia, el cariño que á su sobrina tenia, y que deliraba por Riquin. En los dias sucesivos la buena anciana no cesaba de hacer preguntas á Isidora acerca de sus planes, y perseverando en el proyectillo de colocarla ventajosamente, le decia una y otra vez:

"Decídete pronto, pronto á ser capellana, que es lo que te conviene, porque así matas de un tiro dos pájaros, *verbo y gracias:* que te colocas, y que salvas el alma, porque en la compañía de aquel santo varon te harás, aunque no lo quieras, una santa mujer... ¡Ay qué pena, qué bochorno!

No parecia la de Rufete muy inclinada á aceptar tales ofrecimientos á pesar del risueño horizonte espiritual que le señalaba su tia.

"El honor de la familia,—decia luégo Encarnacion,—

está en los calabozos del Saladero y ha de tener que ver con los señores de la Paz y Caridad. Ya que no nos es posible salvar el honor de la familia, ¡puñales! escondámonos donde nadie nos vea, metámonos en un rincon y vivamos tranquilas diciéndole al Señor: "Señor, nosotras no fuimos, nosotras no tuvimos culpa de aquella barbaridad, nosotras quisimos que fuera bueno, pero él se juntó con los pícaros... y sacó de su cabeza otras picardías." Con que hija, vente á vivir conmigo y olvídate de tus locuras, y si alguien quiere pleito, que lo siga con el Nuncio de Puerta Cerrada.

No estaba aún completamente decidida Isidora á comprar la libertad con la renuncia total de sus pretensiones: Muñoz y Nones le hizo otra visita, en que charlaron mucho; mas los argumentos de ella eran tan endebles, que el hábil notario los destruia sin esfuerzo. En cuanto al caso extraordinariamente horrible de Mariano, Nones dió pocas esperanzas, y el único consuelo que pudo ofrecer á la atribulada hermana del delincuente fué que la corta edad y el evidente desorden cerebral de éste, pesarian algo en la balanza de la justicia.

Un mes despues de la primera entrevista con el suegro de Miquis, Isidora habia perdido ya completamente la fe en sus derechos á la casa de Aransis. De ellos no quedaba en su alma, sino una grande y disolvente ironía. Ya no creia en sí misma, ó lo que es lo mismo, ya no creia en nada. Deshojada poco á poco por una lógica al principio tímida y por último irresistible aquella vistosa flor de su presuncion aristocrática, á que, falta de otras flores morales, desempeñaba en su alma un papel defensivo de primer órden, quedó completamente seca, muerta y más propia para irrisorio sambenito, que para adorno del cuerpo y del alma... Un dia llevó Muñoz un papel, firmólo Isidora, despues de negarse resueltamente á aceptar el auxilio que le ofrecia la

marquesa, y á las dos semanas el juez decretó la absolucion libre.

"A dónde vas ahora?—preguntó con interés de padre D. José de Relimpio.

Isidora tenia un papel en que habia apuntado varias cantidades. Era mujer de órden. Aquellos numeritos representaban deudas contraidas en la prision.

"No se preocupe usted de eso, niña,—dijo una voz, la voz áspera y antipática de un sér humano (por la figura) que apareció en la estancia cuando la jóven fijaba su atencion toda en el funesto papel. ¿Á qué hora sale usted? ¿Á las tres? Dígolo por traer una carretela para llevarla á usted á mi casa. ¿Usted se entera?

Isidora, sentada y apoyando la sien en el puño, parecia estar con su pensamiento en el más lejano de los mundos posibles.

"Si usted no aceptara, me ofenderia, prosiguió el sér humano, á quien Relimpio miraba (dígase de paso), con la expresion más hostil.—Mi casa es una casa-palacio. ¿Usted se entera? No le haré á usted compañía esta tarde porque voy á comer con Frascuelo y con el marqués de Torbiscon... Oigasté, Isidora, usted manda en mi casita, donde no faltará un roío pedazo de pan. Una persona que sale de la cárcel no puede hallarse en disposicion de atender á las primeras necesidades. Así, cuando usted entre por aquella puerta, hallará una modista y un chico de la tienda de sombreros que irá con muestras... ¿usted se entera?... Tengo allí el gran cuarto de baño; usted calcule... Con que hasta las tres. Voy á ver á mi hermana, que se va á quedar muy triste, usted calcule, con la marcha de su amiga. Adios; abur, Pepillo.

Y al salir hizo un gesto tan irreverente ante las barbas venerables de D. José de Relimpio, que éste, furioso ya por

oirse llamar *Pepillo*, no pudo contener su indignacion, y cuando el sér humano estuvo fuera, exclamó:

"¡Canalla...! Pero es posible, hija, que tú, tú, aceptes...

—Provisionalmente,—dijo Isidora, como si despertara de un desagradable sueño.—¡Estoy tan mal...! Necesito...

¡Necesito! ¡Cómo sonó este verbo en el cerebro del santo varon! Lo habia oido tantas veces en momentos terribles, que era para él como una voz de alarma que le erizaba el cabello y le detenia la circulacion de la sangre. Su abatimiento era tan grande, que si tuviera allí la botella, quizás, quizás la apurase valientemente de un trago.

¡Libertad, comodidades, buena ropa, baño, casa, lujo, dinero!... Así como á D. José le entraba el mareo con lo que el lector sabe, á Isidora la atacaba el mismo mal con solo la probabilidad de hacer efectivas las ideas expresadas por aquellos mágicos vocablos. Cada sér tiene sus imanes.

¡Oh pena de las penas! Cuando D. José la vió salir y entrar en la carretela de aquel ente que le llamaba Pepillo, cuando la vió partir... ¡Oh, qué horrores alumbra el desvergonzado sol, esa cínica lumbrera que no sabe llenar de tinieblas la tierra cuando se consuman hechos tan contrarios á las hermosas leyes del bien! El pobre hombre olvidaba que el error tiene tambien sus leyes, y que en la marcha del universo cada prurito aspira á su satisfaccion y la consigue, resultando la armonía total y este claro-oscuro en que consiste toda la gracia de la humanidad y todo el chiste del vivir.

Pero el buen viejo no podia ver aquello. Su espíritu se enardecia, sus sentimientos se sublevaban, quiso darse un fuerte golpe en la cabeza contra la pared de la iglesia de Monserrat para concluir allí su preciosa y fatigada existencia, pero no tuvo valor para ello. Necesitaba marearse, sí, darse un buen paseo por las doradas regiones de lo ideal.

Esta necesidad se impuso á su naturaleza de un modo tan imperioso, que no tuvo paciencia para aguardar á llegar á su casa, y se metió en la primera taberna que encontró al paso.

III.

Y un dia Emilia y Juan José Castaño vieron entrar en su casa á la gran Isidora, elegantemente vestida de negro, con un lujo, con un señorío, con un empaque tal, que ambos esposos se quedaron perplejos, como quien ve visiones, y no acertaron á contestar á sus primeras preguntas. La madre venia á ver á su hijo, al noble, al precioso y cabezudo Riquin, que recogido y amparado en casa de Castaño durante los cinco meses de prision, miraba á Emilia como madre y á los niños de aquélla como sus hermanitos. Muy afligida Emilia al ver la resolucion de Isidora de llevarse á su hijo, no se atrevió á oponer resistencia; pero Juan José, hablando con firmeza y teson, dijo que no entregaria á Joaquinito, porque Isidora, con su mala conducta, perdia los derechos de madre, y que él estaba decidido á llevar la cuestion á los tribunales, seguro de que el juez le autorizaria para retener al desgraciado niño en su poder.

Irritada Isidora, manifestó que no admitia tales ideas, y ya se agriaba la cuestion, cuando abrióse una puerta y apareció un señor obispo... digo, era Riquin, el cual traia en la cabeza una gran mitra de papel, y echando la bendicion graciosamente con su mano derecha, cantó en el latin más estropajoso que se ha oido jamás: *Dominus vobiscum.*

Es preciso hacer constar que los dos chicos de Castaño tenian loca aficion á los juguetes de Iglesia, que es un jugar muy comun en la infancia de estos tiempos, en los cuales

cada cosa grande tiene su manifestacion pueril. En el comedor de la casa tenian su magnífico altar, y cada dia ponian sobre él un objeto nuevo ó chuchería, bien araña, bien cáliz ó manga-cruz. Por distintas partes de la casa se veian retablos diminutos, sagrarios y hasta púlpitos improvisados con sillas. Últimamente habian hecho casullas, y decian sus misas como unos canónigos, echando cada latin que metia miedo y observando todas las reglas de aquel acto con notoria puntualidad. Que el misal fuese una novela y el copon una huevera, no era motivo de escándalo, porque la inocencia lo santificaba todo con su carácter altamente divino. Riquin, como más pequeñuelo, hacia al principio de sacristan; pero empezó á mostrar tales disposiciones que pronto dijo tambien sus misas y echaba graciosos sermones. Las reyertas frecuentes y el mucho ruido con que á menudo se disputaban allí las gerarquías eclesiásticas, exigian á veces la intervencion de Emilia, que más de una vez se prestó á ser monaguillo para apaciguar los ánimos y llevarlos á honrosas capitulaciones. Aquel dia, que era Domingo, Riquin habia sido elevado á la silla metropolitana, y estaba oficiando de pontifical cuando su mamá y Juan José disputaban.

"Ven,—le dijo Isidora sentándole sobre sus rodillas, dándole muchos besos,—y te haré una casulla de oro y un altar de plata.

El muchacho la miraba espantado.

"Que él decida,—dijo Juan José tomando al muchacho y poniéndole en medio de la sala.—Riquin, ¿quieres irte con tu madre?

Tan fuertemente negó con su cabezota, que la mitra se le cayó. En realidad es fuerte cosa que le propongan á un hombre abandonar su diócesis para irse con una mala mujer...

"¿Qué no, dices que no?

El muchacho dijo entónces claramente:

"No *quielo.*

Y echó á correr para dentro.

"No vale, no vale, eso no vale,—gritó Isidora con afan. —Mi hijo vendrá conmigo.

Á esto siguieron algunas lágrimas, y tomando entónces Castaño un tono conciliador, manifestó á la afligida madre que estando el niño en la ortopedia mejor que en ninguna parte, le dejase allí. Quizás ella, por sus muchas ocupaciones de señora principal, no podria cuidar y atender á Su Ilustrísima como merecia, y así, quedándose él donde estaba, ganaban todos; los ortopedistas, porque conservaban á Riquin, á quien miraban como hijo; Isidora porque estaria más ancha y podria campar por sus respetos libremente, y Riquin porque no se veria separado de su cabildo. Isidora cedió, más no sin obtener permiso para ir á ver á su hijo cuando quisiera.

Y en efecto, venia dos, tres y hasta cuatro veces por semana, trayendo golosinas para Riquin y sus camaradas, y ademas velas de cera, cálices de plomo, efigies, estampas del Sagrado Corazon, mitras, estolas, y por último, un monumento de Semana Santa tan completo y hermoso que no habia más que pedir. Algunas veces se encontraba allí con la Sanguijuelera que tambien á menudo visitaba á su adorado Anticristo, y ambas regañaban, si bien Encarnacion habia perdido el humor festivo, y estaba muy caduca y suspirona, no pudiendo apartar de su mente ni un instante la deshonra que habia caido sobre la familia. Cuando se hablaba de esto, ambas lloraban, y olvidando toda rencilla, confundian sus almas en un solo sentimiento.

Miquis no vivia ya frente á la ortopedia, ni visitaba tan frecuentemente á sus buenos amigos; pero siempre que

iba á casa de Castaño, preguntaba con mucho interés por Isidora. Pasados tres meses desde que Isidora salió de la cárcel, Emilia, dando noticia á Augusto de las observaciones que hacia en la persona de aquélla, le decia una noche:

"Desde la primera vez que vino hasta ahora ha variado tanto... Y parece que va descendiendo, que cada dia baja un escaloncito. La primera vez parecia una gran señora: traia un vestido de gró negro y un sombrero, que ya, ya... Poco despues venia vestida de merino y con mantilla, algo desmejorada la cara. Á la semana siguiente me pareció que su traje tenia algunas manchas y sus botas algunos agujeros. Por fin el lúnes de la semana pasada vino muy pálida y quejándose del pecho, con la voz ronca. El sábado creí observar en su cara algunos cardenales, y traia una mano liada. Ayer, señor doctor, vino con pañuelo á la cabeza, con bata de percal, zapatillas, la voz muy ronca, y lo más salado de todo fué... que me pidió dos reales... Debe de andar mal. Como siempre... ¡qué carácter y qué vida!

Despues hablaron del sér humano con quien Isidora vivia, y acerca de él dijo Miquis cosas tan atroces como verdaderas, de que se escandalizaron mucho Emilia y su marido. Aquel tal era jefe de garito, ruletista y empresario de ganchos, un caballero de condicion tan especial, que si le mandaran á presidio (y no le mandarian) los asesinos y ladrones se creerian deshonrados con su compañía.

"Nuestra pobre amiga,—dijo Augusto,—llevada de su miserable destino, ó si se quiere más claro, de su imperfectísima condicion moral, ha descendido mucho, y no es eso lo peor, sino que ha de descender más todavía. Su hermano y ella han corrido á la perdicion: él ha llegado, ella llegará. Distintos medios ha empleado cada uno; él ha ido con trote de bestia, ella con vuelo de pájaro; pero de todos

modos y por todas partes se puede ir á la perdicion, lo mismo por el suelo polvoroso que por el firmamento azul.

Desde que fueron dichas por el sabio Miquis estas sentenciosas frases y otras que omitimos, Isidora estuvo muchos dias sin presentarse en la casa de Emilia. D. José tambien se habia eclipsado, por lo que estaban los de Castaño disgustadísimos y llenos de temor. Un dia, por fin, entró Relimpio en casa de Miquis y entre lloroso y turbado, le dijo:

"Venga usted, venga usted, Sr. D. Augusto, á ver si la sana.

—¿Qué hay, pero qué...? ¿está mala?—preguntó Miquis encasquetándose el sombrero y tomando el baston.

—No señor... sí señor... quiero decir que no está buena, aunque tampoco está enferma, porque ya se levanta.

—Es decir, que ha estado mala.

—Sí señor.

—¿Y por qué no me avisó usted, hombre de Dios, mejor dicho, hombre de todos los demonios?

—Porque ella no quiso... Hoy, sin su permiso, vengo á buscarle á usted para que le quite de la cabeza...

—¿Qué le he de quitar, hombre?

—Una idea,—dijo Relimpio, cuando ambos andaban á prisa por la calle.

—¿Y cree usted que yo soy quitador de ideas?... Vamos á ver, ¿usted está en su sano juicio, ó se ha mareado hoy?

—No señor, D. Augusto, hace tiempo que no me mareo. Ella no me deja. Desde que vivimos juntos...

—¿Cómo...?

—Sí; ese salvaje, ese canalla, ese asqueroso reptil, ese inmundo... perdone usted, Sr. D. Augusto, me faltan palabras apropiadas... Para no cansar, ese basurero animado, la abandonó despues de darle tantos golpes, que por poco la

mata; despues de cruzarle la cara... mire usted, por semejante parte, con un navajazo. Por fortuna su herida no fué grave, aunque le ha dejado una cicatriz que desfigura bastante aquel rostro celestial, aquel encantador palmito...

Se limpió una lágrima con la mano.

"Pues sí, desde ese suceso, la pobrecita, con los pocos cuartos que pudo salvar y la escasa ropa... en fin, tomó un cuartito en la calle de Pelayo, número 93, piso cuarto, puerta número 6, y allí ha estado un mes retirada del mundo sin tratarse con nadie más que conmigo... pero honradamente, Sr. D. Augusto, honradamente. Yo le juro á usted por lo más sagrado...

Y con la mano derecha abierta y puesta sobre el pecho como una condecoracion, los ojos en blanco, protestó el anciano de su honesta conducta.

"Lo creo, hombre, lo creo.

—Yo la he acompañado, yo la he asistido, miéntras se curaba; yo la he servido... ¡qué dias, qué noches! yo, "voy á llamar á Miquis„ y ella, "no llame usted á Miquis ni á nadie; no quiero que nadie me conozca, soy una persona anónima, yo no existo.„ En fin, esta mañana me dijo unas cosas que me han partido el corazon.

—¿Qué cosas?—preguntó Miquis deteniéndose en el portal de la casa y mirando atentamente al desgraciado viejo.

—¡Ay! ¡yo no las puedo repetir!—exclamó Relimpio llorando como un niño.

IV.

Augusto subió y entró en la casa. Si pasmada y llena de turbacion se quedó Isidora al verle, mayor fué el asombro y pena del jóven médico al ver en tan deplorable facha

y catadura á la que conoció en forma tan distinta. No sólo habia perdido grandemente en el aspecto general de su persona, en su aire distinguido y decoroso, sino que su misma hermosura habia padecido bastante, á causa del decaimiento general, y más aún del chirlo que tenia en la mandíbula inferior, bajo la oreja izquierda. Estaba ella planchando unas chambras, y la ligereza de su vestido dejaba ver sus bellas formas enflaquecidas. Dejó la plancha y se sentó en un miserable sofá de paja. Un ratito no muy largo estuvo llorando, y despues dijo así:

"No queria que nadie me viese en este estado. Como pienso salir de él y hallarme en mejor posicion, porque todavía... á ver, ¿qué tal me encuentras?

—Muy mal, muy mal.

—¿He perdido mucho? ¿No me respondes? He estado muy mala, ¡qué puño!...

Miquis no dijo nada. La sorpresa que le causó la voz ronca de Isidora, y más que la voz, oir algunas expresiones que de la boca de ella se escaparon, túvole perplejo y mudo por breve rato.

"Te encuentro muy variada, tú no eres Isidora.

—Te diré... Yo misma conozco que soy otra, porque cuando perdí la idea que me hacia ser señora, me dió tal rabia que dije: "ya no necesito para nada la dignidad, ni la vergüenza„ ¿tú te enteras?... Por una idea se hace una persona decente, y por otra roía idea se encanalla. Pero no creas, todavía hay algo en mí que no perderé nunca, algo de nobleza, aunque me esté mal el decirlo... Mira tú, chavó, qué quieres... el aire hace á la persona. He vivido tres meses entre perros de presa. No te asombres de que muerda alguna vez...

—Sí, esa voz, esas expresiones, ese acentillo andaluz... Dime, ¿qué es lo que te queda de nobleza?

—No sé, no sé...—dijo Isidora aturdida, cual si registrara en su corazon y en su pensamiento.—Me queda el delirio por las cosas buenas, la generosidad... ¿Sabes? Ayer no tenia más que dos duros; esta mañana vino una amiga á llorarse aquí... total, me quedé sin un cuarto.

—¿Necesitas algo?—dijo Augusto llevándose la mano al bolsillo.

Y sacó algunas monedas. Mirólas Isidora con codicia, alargó su mano hacia la mano de Augusto... De repente se contuvo diciendo:

"No; todavía soy noble.

—¿En qué consiste tu nobleza?

—En que no recibo limosna... Pero por ser de tí...

Vacilaba, mirando alternativamente el rostro y la mano de Miquis. De súbito lanzó una exclamacion no muy delicada, y dijo:

"Sabes?... ya se me ha ido la delicadeza. Venga el dinero.

Y ántes que Miquis se lo diera, ella lo tomó de la mano de su amigo.

"De que te espantas, bobo?... ¿de mis nuevas maneras? Ahora soy así. Te diré... Á los hombres, desplumarles y sacarles las entrañas; quererles, nunca. Sois muy antipáticos; os desprecio á todos.

—¿Vas á meterte monja...?

—¿De veras?... ¡qué sombra! ¿monja yo?

—Ya sabes que Joaquin Pez ha venido de la Habana, casado con una americana muy rica. Da gusto verle, segun está de contento y satisfecho.

Isidora palideció un poco. Despues dijo:

—Ya lo sabia... Toma, si le ví, le ví una tarde. Yo iba por la Red de San Luis, y pasó él en coche. Me vió; pero el tunante fingió que no me veia. El corazon me dió un brin-

co; aquella noche lloré; pero ya me voy dominando y concluiré por aborrecerle tambien. Es un tipo.

—Pero Gaitica...

—¡Ah! ese es de los que deben ser cogidos con un papel como se coge á las cucarachas, y luégo tirados á la basura. Vamos, que sólo de mirarle se te ensucian los ojos...

—Y sin embargo, le has querido.

—¿Yo?... Hombre, tú estás malo. Que se te quite eso de la cabeza. Con decirte que me acordaba de Juan Bou y éste me parecia un ramillete de rosas. ¡Pobre Gaitica! El dia de la disputa ¡le escupí más!... Es un hombre con el cual no se debe hablar con palabras, sino con una zapatilla: es un bicho asqueroso. Aplastarlo y barrerlo luégo. Pero qué quieres, mi destino, mi triste destino... Yo empeñada en ser buena, y Dios, la Providencia, y mi roío destino empeñados en que he de ser mala. Salí de la cárcel, le debia dinero, no tenia sobre qué caerme muerta, me llevó á su casa, me dió cuanto necesitaba, mucho más de lo que necesitaba... Yo tengo este defecto de volverme loca con el lujo. Ví los trenes, el dinero y las comodidades, y no ví al hombre. Poco á poco, se me fué dando á conocer el hombre. Principió por escatimarme los gastos. Cada dia me parecia la vida más triste y él más horroroso. Y no lo digo por su cara, que no es mala, aunque es de un tipillo afeminado que no me gusta. ¿Le conoces? Ya ves qué carita de Páscua, qué patillas de azafran, y qué barba afeitadita y qué labios de carmin. Aquellas mejillas que parecen pintadas me dan un asco... Pero donde aparece de oro el tal es en el trato. Coje la desvergüenza, la traicion, la rapiña, la crueldad, júntalo todo, añádele toda la basura que puedas encontrar, revuelve, haz un muñeco, sopla, dale vida y tendras al que ha sido mi señor y dueño durante tres meses; peor que Bou, peor que Botin y que Joaquin, el cual era ya más

malo que Júdas. En fin, los hombres sois todos unos. Hay que vengarse, perdiéndoos á todos y arrastrándoos á la ignominia. Nosotras nos vengamos con nosotras mismas.

—Isidora, Isidora,—le dijo Agusto con profunda pena.—Valdria mil veces más que te murieras.

—No pienso en tal cosa... Te diré. Cuando estaba en la cárcel quise matarme. La vida me pesaba como un sombrero de plomo. Cuando Gaitica me maltrató y no pude hacerle pedazos ni aplastarle con la zapatilla, tambien tuve un momento de bochorno, de ira y de desesperacion en que quise suicidarme. Pero despues me he serenado. Eso de matarse se deja para los tontos. El que quiera viaducto, con su pan se lo coma. Á vivir, vidita, que vivir es lo seguro. Alma atrás... lo quiere el mundo, pues adelante. Que la sociedad para arriba y la moral para abajo... á hacer puñales. Yo me basto y me sobro. ¿No era yo noble, no tenia buenas inclinaciones? pues ¿por qué me cerraron la puerta?

—Pobre mujer, todavía, todavía tienes tiempo...

—¿De qué?

—De adoptar una vida arreglada. Yo te buscaré trabajo.

—No sé hacer nada.

—Yo te pasaré una pequeña pension...

—Dirán que soy tu querida. Concluiré por serlo...

—Búscate un modo de vivir. Véte con tu tia...

—No hay *tu tia*, no, no... déjame. ¿Para que has venido acá? Ni falta... Aire, aire. No necesito consejos.

—Aborreces á Surupa, y sin embargo ¡cuánto se te ha pegado de él! Cuando recuerdo cómo eras y cómo eres, cómo hablabas y cómo hablas, no se que me da.

—Así es el mundo: unos se quedan y otros se van. Yo me he ido, ¿te enteras? Yo me he muerto. Aquella Isidora,

ya no existe más que en tu imaginacion. Esta que ves, ya no conserva de aquélla ni siquiera el nombre.

—Pues aquélla era mi buena amiga,—dijo Augusto con teson,—ésta me repugna.

Isidora se conmovió al oir esto, pero disimulaba bien, esforzándose, por una inexplicable modificacion de su orgullo, en parecer peor de lo que era.

"Y no teniendo nada que hacer aquí,—dijo Miquis levantándose,—me retiro.

Isidora le miró de un modo que indicaba deseos de que no se marchara; pero despues se inclinó de hombros.

"Ya me han humillado tanto,—murmuró entre dos suspiros, —ya me he visto tan sola y tan abandonada, que el ver salir al último amigo no me causa impresion.

—Sr. D. Augusto de mi alma,—dijo á la sazon Relimpio, que hasta entónces, testigo mudo y doliente, no se habia atrevido á decir nada;—no se marche usted y exhórtele predíquele, y amonéstele, para que se le quite... eso... de la cabeza.

—¿Qué?

—Eso.

—¿Y qué es eso?

—El disparate que va á hacer. Vea usted cómo calla y se sonrie la pícara... Á mí me lo ha dicho, pero á usted no se lo quiere decir.

—¿Suicidio?

—Por ahí...

—No, no es suicidio,—exclamó el anciano con desesperacion, arrancándose (ó tratando de arrancarse, que es más verosímil) un mechón de cabellos.—¿Ve usted? se rie... Y que no diga que lo hace por no tener qué comer. Yo... aún puedo trabajar.

Isidora, sin desplegar los labios, clavaba sus ojos en las

ascuas del carbon sobre que se calentaban las planchas. Parecia que de aquel rescoldo ardiente y melancólico tomaba sus ideas.

—Pues yo le he de quitar de la cabeza esas tontunas, —dijo el médico inclinándose hacia ella y mirándola de cerca.

—¿Sabes lo que te digo?—replicó Isidora con el tono insolente que se le habia pegado de la sociedad gaitesca.—¿Sabes lo que te digo? que no me vengas con dianas, que no me marees. No te hago caso; el corazon se me ha hecho de piedra y mi cabeza es como esa plancha.

Levantóse, y murmurando no se sabe qué palabras, aunque es de suponer no serian de las más finas, tomó el pesado hierro y se puso á planchar con verdadera furia. Miquis se fué sin añadir una palabra, y D. José le siguió hasta la escalera con las manos cruzadas, el mirar compungido y suplicante:

"D. Augusto de mi alma,—le decia,—por Dios, no la abandone usted... Mire usted que lo hace, y lo hace... y yo me muero...

CAPÍTULO XVIII.

Muerte de Isidora.—Conclusion de los Rufetes.

Aunque Augusto no manifestó su propósito, lo tenia, y muy firme, de no abandonar á la infeliz mujer que tan sola y en peligro de ruina estaba. Volvió al dia siguiente; mas quiso Dios que fuese aquel uno de esos dias lúgubres que anublan la perpétua alegría de los meses de Madrid, uno de esos dias, por desgracia no muy raros, en que el vecindario está tristísimamente impresionado por una terrible solucion de la justicia humana, y encuentra, á su paso por ciertas calles, manifestaciones patibularias que llevan el pensamiento á cosas y personas de edad muy remota. Y en la tarde del dia anterior, una mujer vestida de negro, con un manton echado por la cabeza, alta, flaca, vieja, semejante á una momia animada por la afliccion, acechaba en las proximidades del Palacio Real la salida y paso de un coche. Su ansiedad era grande, su esperanza débil, aunque poseia el más vivo fervor monárquico que ha existido quizás en el presente siglo. Su idea del poder, de la mision providencial de los reyes, y principalmente la semejanza que suponia entre el soberano visible y el Rey de los cielos, dábanle un poco de aliento. Por eso cuando salió el coche, avanzó ella á escape sin temor de ser atropellada por los caballos, llegó hasta la portezuela, y con la presteza del asesino que alarga el puñal, alargó un papel arrollado en

forma de canuto. El papel cayó en el coche, y las dos personas que iban en éste se inclinaron al mismo tiempo para cogerlo. ¡Oh dicha! Leian el memorial, ó al ménos pasaban la vista por él. ¿Quién sabe si accederian á lo que en él con formas tan respetuosas y sentimentales se solicitaba? Así como es propia del pueblo la ofensa, propio y digno de los reyes es el perdon. ¡El perdon! Ved aquí el punto de semejanza y parentesco con la divinidad. "¿Para qué servirian los reyes,—dijo la Sanguijuelera concretando sus ideas monárquicas,—si no sirvieran para indultar?

La pobre mujer, en el momento de arrojar su papel dentro del coche, habia lanzado con él una exclamacion, que sintetizaba el respetuoso cariño que tenia al primer personaje de la nacion, y su pena acerba y desgarradora. "Rey mio... Niño-Dios de España, piedad para un desgraciado loco."

Habia invocado la juventud, la grandeza, el sentimiento religioso para interesarlos en su cuita. Satisfecha de lo que habia realizado, y con cierta confianza en el éxito, se dirigió lentamente hácia el Saladero. ¡Largo y tremendo dia, inmensa y pesada noche! Hay horas que parecen pedazos arrancados á las pavorosas eternidades del infierno. La Sanguijuelera esperaba, esperaba, y el indulto no parecia. La infeliz mujer, tan prendada de los poderes autoritarios no sabia que el Soberano tiene una esposa, la Ley, y que, segun el arreglo que hemos hecho, con el anillo nupcial de este himeneo se han de sellar lo mismo la sentencia que el perdon.

Hemos dicho que Augusto volvió á la casa de Isidora. Encontróla en el estado más deplorable, sentada en un rincon del cuarto, tras un sofá viejo, los piés desnudos, el vestido muy á la ligera, encorvada sobre sí misma, en des-

órden el precioso cabello. Con ambos índices se tapaba los oidos y su mirar revelaba espanto de pesadilla. Contemplábala Augusto, sin saber por dónde empezar su empresa caritativa, cuando D. José se le acercó y en voz cautelosa le dijo:

"Amigo Miquis, hoy no hemos comido. Dia tremendo es hoy... ya puede usted suponer por qué está tan afligida...

Augusto dió dinero á Relimpio para que trajese con qué arreglar una buena comida, y quiso tranquilizar á Isidora y obligarla á que se acostase. Ella no decia más que esto: "¡Hoy! ¡hoy!"

Ya de regreso el padrinito, lograron ambos, á fuerza de persuasiones y añadiendo á ellas algo de violencia, que Isidora se acostase. Relimpio preparó la comida. Augusto consolaba á su amiga con las frases más escogidas, con los pensamientos más cristianos que le sugeria su rica imaginacion; pero toda su dialéctica, engalanada de formas poéticas y de bonitas paradojas, no logró llevar la serenidad á aquel perturbado espíritu. Isidora le dijo:

"Mañana, mañana me tocará á mí.

Dicho esto, su silencio fué absoluto durante todo el dia. Miquis y D. José le hacian mil preguntas, pero ella no contestaba nada. Por la noche Augusto, despues de prescribirle el reposo se retiró seguro de hallarla mejor al dia venidero, lo que no resultó cierto, porque á la siguiente mañana encontró el médico en su infeliz enferma el mismo silencio, la misma apatía lúgubre y la propia indiferencia del dia precedente. Isidora, no obstante, comió con mediano apetito, y Miquis no hallaba en ella síntomas claros de enfermedad. D. José suspiraba á cada instante, é iba y venia sin cesar de una parte á otra de la casa con gran desasosiego. Por la tarde, cuando Miquis, despues de su tercera visita se retiraba, D. José se cuchicheó con él en la escalera.

"No nos abandone usted, señor doctor,—le dijo angustiadísimo.—Hay que estar con cien ojos... Hay moros por la costa...

—¿Qué es eso?

—Que aunque parece que no habla, habla; sí señor: hoy á las doce estuvo aquí una mujer que la viene persiguiendo hace dias... Es un dragon, ¿me entiende usted?... Pues Isidora charló largamente con ella. No pude entender lo que decian, porque me mandó salir fuera; pero hablaban con animacion, y la mujer aquella, á quien vea yo partida por un rayo, la enseñaba, ¡ay! muestras de vestidos.

—Veremos; hay que hacer algo decisivo,—dijo Augusto bajando pausadamente los últimos escalones.—Mañana temprano vendré con Emilia, Riquin y Encarnacion. Trataremos de llevárnosla á cualquier parte.

D. José movió la cabeza con expresion de profundísima incredulidad, y cerrando la puerta con llave, se guardó ésta en el bolsillo.

Isidora dormia, al parecer, sosegadamente; D. José, que desde algun tiempo ántes se habia sometido á un meritorio régimen de sobriedad en alimento y lecho, se recostó vestido en un sofá de paja, frontero á la cama de su ahijada, el cual le servia de punto de acecho ó vigilancia para no perder ni el más ligero movimiento de la enferma. Toda la noche ardia una vela, puesta dentro de una jofaina. Así, desde que Isidora parecia intranquila, D. José se levantaba diligente y acudia al lado de ella.

Las diez serian cuando Relimpio, que habia descabezado un sueñecillo, despertó con sobresalto, porque oyó la voz de Isidora. ¿Habia alguien en la habitacion? No, no habia nadie. Isidora hablaba consigo misma. D. José la miraba, sin moverse de su duro y martirizante sofá; pero su atencion se trocó en asombro, al ver que la jóven se le-

vantaba, se vestia, aunque á la ligera, echándose la bata, se calzaba y se dirigia al mezquino tocador que junto á su lecho estaba. Un terror acongojante y como supersticioso que se amparó del bueno de D. José, le impedia moverse y hablar. Le parecia contemplar una escena de sonambulismo, ó quizás ser víctima de un fenómeno óptico, formado y como vaciado en su propia mente. "Puede ser,—se dijo, —que esto que veo sea un sueño mio y que la pobrecita esté tan tranquila en su cama, miéntras yo la veo levantada y enredando en el tocador."

Isidora, pues ella misma era y no una vana imágen, se miró largo rato en el espejo. Aunque éste era pequeño y malo, ella queria verse, no sólo el rostro sino el cuerpo, y tomaba las actitudes más extrañas y violentas, ladeándose y haciendo contorsiones. La ligereza de su ropa era tal, que fácilmente salian al exterior las formas intachables de su talle y todo el conjunto gracioso y esbelto de su cuerpo. D. José se quedó lelo, frio, inerte cuando oyó estas palabras, pronunciadas claramente por Isidora:

"Todavía soy guapa... y cuando me reponga seré guapísima. Valgo mucho, y valdré muchísimo más.

Luégo empezó á recoger tranquilamente algunas prendas de ropa, que estaban arrojadas en diversos lugares de la habitacion, y á hacer con ellas un lio. Entónces el santo varon hizo un esfuerzo para vencer su inercia terrorífica, se sacudió todo y con una fuerte voz dijo:

"Niña mia, adónde vas?

—¡Ay!—exclamó ella sobresaltada, dando un chillido.—Me ha asustado usted. Yo creí que estaba sola.

¡Sola! segun eso D. José era un mueble. Esta idea causó al infeliz viejo grandísima afliccion.

"¿Pero qué haces, mujer? ¿Te has vuelto loca? Estás enferma y te levantas así...

—¿Enferma yo?—dijo Isidora echándose á reir con descaro.—Usted sí que lo está, de la cabeza, lo mismo que ese tonto de Miquis. Yo estoy buena y sana.

—¿Pero adónde vas?

—Á la calle.

—¡Á la calle! ¿Y qué vas á hacer en la calle? ¿Necesitas algo? Yo saldré.

—Ea, ea, no sea usted majadero. Acuéstese usted, duerma usted si tiene sueño, y déjeme á mí, que yo sé lo que tengo que hacer. No dependo de nadie, ¿estamos? Soy dueño de mi real voluntad, ¿estamos?

La determinacion firme que revelaban estas palabras llevó al bendito D. José á las más elevadas regiones del pasmo, del aturdimiento, de la confusion. Ántes que él pudiera decir nada, Isidora prosiguió de este modo:

"Me fastidia usted con su preguntar, con su entrometerse en todo, con sus cuidados tontos...

Cada palabra era como un golpe de maza en el bondadoso corazon de Relimpio, el cual, á punto de romper á llorar, se incorporó en el macizo lecho y habló así:

"Hija mia, yo te quiero más que á las niñas de mis ojos. Me intereso por tí, por tu bien, y no quiero que hagas disparates, ni que te pase mal alguno...

—Yo tambien le quiero á usted; pero... vamos, deseo ser libre, y hacer lo que se me antoje, sin que usted venga con sus mimos... ¿estamos?

—Todo sea por Dios,—dijo Relimpio, conociendo que habia llegado la ocasion de mostrar energía. Sospecho que vas á mala parte, sospecho que te perderemos para siempre, y no te puedo abandonar, no; tú eres lo que más amo, te quiero más que á mis hijas, porque te quiero de dos maneras, como padre y como... en fin, yo me entiendo. Si, como sospecho, quieres perderte é infamarte, no lo con-

sentiré miéntras tenga un aliento de vida; primero te rogaré, te suplicaré, aunque me sea menester ponerme de rodillas delante de tí...

Estaba tan acongojado que la frase se le retortijó en la garganta, y juzgando que más que las palabras serian elocuentes las actitudes, se hincó delante de su ahijada, y le tomó las manos para besárselas, y luégo que pasó un rato en estas mímicas, conmovidos ella y él, pudo articular Relimpio estas palabras:

"Niña mia, no des este paso, detente...

—¡Qué desgracia!...—murmuró ella llevándose la mano á los ojos, como para disimular una lágrima.—¿Y quién me va á mantener?

—¡Yo!—exclamó Relimpio dándose un golpe tan fuerte en el pecho que este resonó en hueco como una caja.

—¡Usted!... ¡Ay, qué gracia! Si usted más está para que le mantengan que para mantener!

—Trabajaré.

—Sí, y comeremos cañamones... Padrino, padrino, déjeme usted en paz; no se meta usted en mis cosas... Yo vengo pensando hace tiempo lo que debo hacer; he tomado un partido y ya no me vuelvo atras.

El anciano habia vuelto al sofá, donde estaba reclinado, sin fuerzas para seguir adelante en la lucha.

"Mira,—le dijo, echando lumbre por los ojos,—yo puedo trabajar... pediré un destino y me lo darán...

—¡Qué inocencia!

—Y con lo que yo gane y algo que te darán Emilia y Miquis, viviremos tan ricamente.

—Sí, muy ricamente,—replicó Isidora con terrible ironía.—¡Miserias, harapos, suciedad, escaseces, privaciones! guarde usted todo eso para los tórtolos simples que lo quieran.

—Si es que te dan pesadumbre algunos hechos de tu vida pasada, no trates de borrarlos con una vergüenza mayor,—dijo Relimpio, sintiéndose dotado por la Providencia, en aquel instante, de una lucidez filosófica que no era propia de él.—Lo mejor es que borres lo pasado con una conducta ejemplar. ¿Quieres un nombre, una posicion? pues yo te daré ambas cosas. Óyeme,—añadió solemnemente,—yo me casaré contigo; y para que no interpretes mal mi ofrecimiento, te prometo no ser tu esposo más que en el nombre y mirarte como una hija.

Por lástima del pobre viejo no se echó á reir Isidora con el desenfado que habia adquirido últimamente. En la pérdida de tantas nobles cualidades, conservaba algo de piedad.

"¿Con que nombre y posicion?—dijo,—gracias, gracias; es usted muy bueno. ¿Con que no puedo con mi nombre, y quiere usted que tome otro sobre mí? ¡Qué puño!... Si pudiera desbautizarme y no oir más con estas orejas el nombre de Isidora, lo haria... Me aborrezco; quiero concluir, ser anónima, llamarme con el nombre que se me antoje, no dar cuenta á nadie de mis acciones.

—¡Isidora!...

—Ya no soy Isidora. No vuelva usted á pronunciar ese nombre.

¡No pronunciarle más, cuando á él le parecia tan dulce, tan armonioso, cifra y compendio de la melodía infinita! Echó D. José un gran suspiro y tras él estas palabras:

"Ha sido una tontería que te ofrezca la mano y el nombre de un viejo caduco. Tú no puedes vivir sin amor. ¿Cómo habias de quererme á mí, que sólo tengo juventud en el corazon?... Óyeme...

Cada vez que decia "óyeme„ tomaba una actitud sacerdotal y el tono más solemne del mundo.

"Óyeme. Tú has amado á un solo hombre; ese hombre ha vuelto de la Habana. De todos tus amantes él era el más simpático, el más caballero. Ántes que verte caminar á la última degradacion, consiento en que reanudes tus amores con él. No me gusta esto, pero ántes que lo otro... yo me entiendo. ¿Quieres que le lleve un recadito tuyo, quieres que le busque, que le hable de tí?... Odiosa mision, hija mia; pero si con ella te aparto de la ignominia final, creeré realizar una accion meritoria.

—¿Joaquin, ese pillo?... Le diré á usted... siempre que le veo, me da un vuelco el corazon. Le quise y aún me parece que le volveria á querer... Pero déjele usted donde está. Yo estoy mejor así. Es un canalla ingrato... Y bastante hemos hablado, Sr. D. José. Yo me marcho...

—Por Dios, mujer...

—He dado mi palabra.

—Esas palabras no se cumplen. ¿De modo que no te veré más?

—Vendré por aquí... No se mueva usted de esta casa. Yo le daré algo para que se mantenga y pague el alquiler...

Relimpio tembló con sudor frio.

"Por mi hijo y por usted consiento en ser Isidora algunos ratitos. Con que... abur, abuelo.

Corrió hácia la puerta, y hallando que no estaba la llave en ella, como de costumbre, retrocedió para buscarla.

"No, no te doy la llave, no saldrás miéntras yo viva,—exclamó D. José, haciéndose superior á sí mismo y mostrando una de esas energías que á veces surgen del flaco ánimo de los débiles, como en ciertos momentos de crísis suelen salir las sublimidades del cerebro de los tontos.

Isidora le miró con ira, y respiró fuerte apretando contra el talle el lio de ropa.

"¡La llave, la llave!

—No saldrás, sino pasando sobre mi cadáver,—gritó con cavernosa voz Relimpio sintiéndose héroe de teatro.

Y al decirlo, cruzaba los brazos para proteger mejor la llave, que junto al pecho tenia, de un ataque de su enemiga.

"Vamos, vamos, que no tengo ganas de bromitas,—dijo la de Rufete encolerizada.—Venga la llave ó la tomaré yo donde quiera que la encuentre. Mire usted que yo no soy lo que ántes era: de cordera, me he vuelto loba. Ya no soy noble, Sr. D. José, ya no soy noble.

—Pero aunque no seas noble, no serás capaz de ultrajar á tu pobre viejo, á tu padre...

Acompañadas de lágrimas estas palabras, tenian bastante elocuencia.

"Vamos, abuelito, que ya me canso, que se me acaba la paciencia, que las simplezas me cargan, que no estoy de humor de mimos...

Y con loca impaciencia, airada, insensible para todo lo que no fuera su deseo y propósito, avanzó las manos contra el viejo, le atenazó los brazos, le sacudió un momento... ¡Ay! ¡ay! Relimpio sintió que sus brazos se volvian de algodon. Como si el roce de la piel de Isidora fuese un contacto mortífero, se quedó hecho una momia. Y miéntras ella le sacaba la llave del bolsillo, él inerte, sin vida, la miraba con espanto, y no podia defenderse, ni sabia detenerla, ni era dueño de ninguna de las energías de su sér, como no fuera de la voz, pues allá casi entre dientes pudo articular tres sílabas y decir: "¡Bribona!..."

Isidora marchó hácia la puerta. Bruscamente arrepentida de su accion, retrocedió hácia el sofá donde estaba la yacente estátua de Relimpio, le miró un si es no es conmovida (todavía era algo noble), y poniéndole la mano sobre la cabeza llena de canas, le dijo:

"Padrinito, le he ofendido á usted... pero... no lo puedo

remediar. Este es mi destino... quizás no nos veremos más... Adios.

Tuvo la singularísima piedad de inclinar sobre él su rostro y darle un rápido beso sobre las venerables canas. Él no tuvo fuerzas ni espíritu más que para verla salir. Salió efectivamente, veloz, resuelta, con paso de suicida; y como éste cae furioso, aturdido, demente en el abismo que le ha solicitado con atraccion invencible, así cayó ella despeñada en el voraginoso laberinto de las calles. La presa fué devorada, y poco despues en la superficie social todo estaba tranquilo.

D. José se levantó, anduvo como desconcertada máquina hasta un aposentillo interior donde tenia sus trastos, y tanteando con las temblorosas manos en la oscuridad, encontró una botella. Apuró del contenido de ella porcion bastante, y al tratar de volver al sofá, las piernas le faltaron y cayó redondo en mitad del aposento.

Como la puerta habia quedado abierta, Miquis, Emilia y Riquin, entraron sin necesidad de fatigar la campanilla, á una hora que, segun cálculos aproximados, debia de ser la de las nueve de la mañana del dia siguiente. Y como vieran á D. José tendido en el suelo, sin compañía, al punto coligió Miquis que Isidora estaba ausente. Miéntras Emilia acudia al socorro de su padre que parecia hallarse á dos dedos de la muerte, Augusto hizo un rapidísimo reconocimiento de la habitacion, buscando á Isidora. ¡No estaba!

"¡Se ha ido, se ha ido!—exclamó poniéndose de rodillas junto al pobre viejo para prestarle algun auxilio.

Con no poco trabajo transportaron á Relimpio al sofá, donde le tendieron, y él entónces entreabrió los ojos y los labios echando una mirada y un suspiro sobre el mundo, de que se alejaba para siempre. La notabilísima alteracion

de las facciones del anciano alarmó á Miquis, el cual respondia con muda expresion de desconsuelo á las apremiantes interrogaciones de Emilia.

"¿Pero esto es embriaguez... ó qué?...—preguntó la atribulada hija.

Y entónces D. José se reanimó de súbito, como la llama moribunda que se revuelca en las tinieblas; echó su espíritu un resplandor de vida, y moviendo la lengua, no ménos pesada que la de una campana, dijo pausadamente estas palabras:

"La hurí... ha bajado á los infiernos, y yo voy... en busca suya.

Á la sazon entraron algunos vecinos, y se ofrecieron á prestar los servicios propios del caso. Miquis, sin dejar de tomar disposiciones, veia que los remedios serian inútiles. Cerca ya del fin, el espíritu de D. José volvió á relampaguear, diciendo con expresion enamorada y caballeresca:

"La amé y la serví... fuí su paladin... Más ved aquí que la ingrata abandona la real morada y se arroja á las calles. Vasallos, esclavos, recogedla, respetad sus nobles hechizos. Tan celestial criatura es para reyes, no para vosotros. Ha caido en vuestro cieno por la temeridad de querer remontarse á las alturas con alas postizas.

Emilia, oyendo estos disparates, era un mar de lágrimas. Miquis la llevó á un cercano aposento, y en él la encerró con el pobre Riquin, que tambien lloraba, para que ambos no presenciasen el fin del buen Relimpio, el cual ocurrió media hora más tarde, y fué tranquilo y suave. Su muerte fué semejante á aquel dulce acceso de embriguez que le transportaba, mediante una breve toma, desde las miserias de la realidad á las delicias de una vida apócrifa, compuesta con extraños fingimientos de juventud, pasion y energía. ¿Entraba al fin en un mareo eterno? ¿Iba ya dere-

chamente á ser el noble, enamorado y valiente caballero, defensor y amparo de la hurí en las edades sin término y en los espacios sin medida? José, eres un ángel.

Abrazando estrechamente á Riquin y cubriéndole de besos la cara, Emilia le decia:

"Tan huérfano eres tú como yo; pero en mí tendrás la madre que te falta. Aquella mamá tuya no existe ya, se ha ido para siempre y no volverá; se ha caido al fondo, hijo mio, al fondo... ya lo entenderás más adelante.

CAPÍTULO XIX.

Moraleja.

Si sentís anhelo de llegar á una difícil y escabrosa altura, no os fieis de las alas postizas. Procurad echarlas naturales, y en caso de que no lo consigais, pues hay infinitos ejemplos que confirman la negativa, lo mejor, creedme, lo mejor será que tomeis una escalera.

Madrid, Junio de 1881.

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

Págs.

DEDICATORIA 1

PRIMERA PARTE

Personajes de esta primera parte. 2
CAPÍTULO PRIMERO.—Final de otra novela. 3
CAP. II.—La Sanguijuelera 33
CAP. III.—Pecado 42
CAP. IV.—El célebre Miquis. 54
CAP. V.—Una tarjeta. 82
CAP. VI.—¡Hombres!. 86
CAP. VII.—Tomando posesion de Madrid. 118
CAP. VIII.—D. José y su familia. 126
CAP. IX.—Beethoven. 148
CAP. X.—Sigue Beethoven. 161
CAP. XI.—Insomnio número cincuenta y tantos. 169
CAP. XII.—Los peces (sermon) 175
CAP. XIII.—¡Cursilona!. 190
CAP. XIV.—Navidad. 197
CAP. XV.—Mariano promete. 217
CAP. XVI.—Anagnórisis. 222
CAP. XVII.—Igualdad.—Suicidio de Isidora. 235
CAP. XVIII.—Últimos consejos de mi tio el Canónigo. 245

PARTE SEGUNDA

Personajes de esta segunda parte 254
CAPÍTULO PRIMERO.—Efemérides 255
CAP. II.—Liquidacion 267
CAP. III.—Entreacto en la Iglesia 287
CAP. IV.—A ó B... Palante. 291
CAP. V.—Entreacto en el café. 307
CAP. VI.—Escena vigésima quinta. 315
CAP. VII.—Flamenca Cytherea. 331
CAP. VIII.—Entreacto en la calle de los Abades. 341
CAP. IX.—La caricia del Oso. 358
CAP. X.—Las recetas de Miquis. 370
CAP. XI.—Otro entreacto 393
CAP. XII.—Escenas. 400
CAP. XIII.—En el Modelo. 420
CAP. XIV.—De aquellas cosas que pasan. 437
CAP. XV.—¿Es ó no es? 449
CAP. XVI.—Las ideas de Mariano.—La síntesis. 463
CAP. XVII.—Disolucion 472
CAP. XVIII.—Muerte de Isidora.—Conclusion de los Rufetes. 494
CAP. XIX.—Moraleja. 507

59603702

25

PÉREZ GALDÓS

—

LA DESHEREDADA

UNS. 164 J. 1

~~101~~
816